

Michael Moorcock

EL BASTÓN RÚNICO

Ediciones Martínez Roca, S. A.
Colección dirigida por Alejo Cuervo
Traducción de Joseph M. Apfelbäume
Diseño cubierta: Geest/Høverstad
Ilustración: Barclay Shaw/Thomas Schlück
Scan/Revisión: Elfowar/Cymoril

Título original: *The History of the Runestaff*

The Jewel in the Skull © 1967 Michael Moorcock
The Mad God's Amulet © 1968 Michael Moorcock
The Sword of the Dawn © 1968 Michael Moorcock
The Runestaff © 1969 Michael Moorcock

© 1989, Ediciones Martínez Roca, S. A.
Gran Via, 774, 7.º, 08013 Barcelona
ISBN 84-270-1543-7
Depósito legal B. 22335-1991

La joya en la frente

Libro primero

1. El conde Brass

Y entonces la Tierra envejeció, y sus paisajes se suavizaron y mostraron las señales del paso del tiempo, y sus caminos se hicieron caprichosos y extraños a la manera de un hombre en los últimos años de su vida.

—LA ALTA HISTORIA DEL BASTÓN RÚNICO

El conde Brass, lord Protector de la Camarga, salió una mañana a lomos de su unicornio para inspeccionar sus territorios. Cabalgó hasta llegar a una pequeña colina, sobre la que se elevaban unas ruinas antiquísimas, pertenecientes a una iglesia gótica cuyos muros de gruesa piedra habían quedado suavizados por los efectos de los vientos y las lluvias. La mayor parte estaba cubierta por un tipo de hiedra floral, de modo que, en esta estación del año, las flores de colores púrpura y ámbar cubrían los oscuros ventanales, como excelentes sustitutos de las vidrieras policromadas que en otros tiempos las habían decorado.

El conde Brass siempre acudía a estas ruinas cuando salía a cabalgar. Experimentaba por ellas una especie de sensación de compañerismo, ya que eran viejas, como él, habían sobrevivido a grandes tumultos, como él mismo y, también como él, parecía como si los estragos del tiempo no hubieran hecho otra cosa que fortalecerlas, en lugar de debilitarlas. La colina sobre la que se elevaban era un ondulante océano de hierba, movido por el viento. La colina se hallaba rodeada por las ricas y aparentemente infinitas marismas de la Camarga, formando un paisaje solitario poblado por toros blancos salvajes, manadas de centauros y los gigantescos flamencos escarlata, tan enormes que podían elevar fácilmente a un hombre adulto.

El cielo mostraba un ligero color gris que anunciaba lluvia, y de él procedía la luz solar de un dorado acuoso que, al tocar la armadura de bronce pulido del conde, la hacía refulgir como una llamarada. El conde llevaba colgada al cinto una enorme espada de hoja ancha, y sobre la cabeza lucía un casco sencillo, también de bronce. Todo su cuerpo aparecía envuelto en pesado bronce, y hasta los guanteletes y las botas estaban formados por juntas de bronce cosidas sobre cuero. El conde tenía un cuerpo ancho, rudo y alto, con una cabeza grande y fuerte sobre los hombros y un rostro curtido que daba la impresión de haber sido moldeado igualmente en bronce. Sus dos ojos, de un marrón dorado, miraban fijamente al frente. Su poblado bigote era rojizo, como su pelo. Tanto en la Camarga como más allá no era insólito escuchar la leyenda según la cual el conde no era, en realidad, un hombre de verdad, sino una estatua viva hecha de bronce, un Titán, invencible, indestructible, inmortal.

Pero quienes conocían bien al conde Brass sabían que era un hombre en todos los sentidos, un amigo leal, un enemigo terrible, proclive a la risa pero capaz de la más feroz de las cóleras, un bebedor de enorme capacidad a quien también le gustaba comer con abundancia, aunque sus gustos no eran en modo alguno indiscriminados, un bromista, espadachín y jinete sin parangón, sabio en el conocimiento de los hombres y de la historia, amante a la vez tierno y salvaje. Con su voz cálida y su exuberante vitalidad, el conde Brass no podía evitar haberse convertido en una leyenda, puesto que si el hombre era excepcional, también lo eran sus hazañas.

El conde Brass acarició la cabeza de su unicornio, rozando con su guantelete los agudos cuernos espirales del animal, y miró hacia el sur, allí donde el mar y el cielo se confundían. El caballo lanzó un relincho de placer y el conde sonrió, se enderezó sobre la silla y, con un movimiento rápido de las riendas, hizo que el animal descendiera por la colina para enfilarse el camino secreto que cruzaba las marismas y que conducía hacia las torres septentrionales, situadas más allá del horizonte.

El cielo se estaba ya oscureciendo cuando llegó ante la primera torre y distinguió a su guardián, una silueta provista de armadura que se recortaba, vigilante, contra la claridad del cielo. Aunque no se había lanzado ningún ataque contra la Camarga desde que el conde Brass llegara para sustituir al antiguo y corrupto lord Protector, existía ahora el ligero peligro de que los ejércitos nómadas, compuestos por aquellos a los que había derrotado el Imperio Oscuro del oeste, penetraran en sus dominios, en busca de ciudades y pueblos a los que saquear. El guardián, como todos sus compañeros, estaba equipado con una lanza de fuego de diseño algo barroco, una espada de casi metro y medio de longitud, un flamenco domesticado, atado a un lado de las almenas, y un heliógrafo para transmitir información a las otras torres. También había otras armas en las torres: se trataba de armas que había construido e instalado el propio conde, aunque los guardianes sólo sabían cómo funcionaban a nivel teórico, ya que nunca las habían visto emplear. El conde Brass les había asegurado que eran mucho más poderosas que cualquier otro tipo de armas poseído incluso por el Imperio Oscuro de Granbretan, algo que ellos creyeron, aun cuando seguían mostrándose algo cautelosos en cuanto a aquellas máquinas extrañas.

El guardián se volvió cuando el conde Brass se aproximó a la torre. El rostro del hombre quedaba casi oculto por su casco de hierro negro, que se curvaba alrededor de las mejillas y sobre la nariz. Una pesada capa de cuero envolvía su cuerpo. Saludó, elevando un brazo.

El conde Brass le devolvió el saludo, levantando también su brazo.

—¿Está todo bien, guardián?

—Muy bien, milord. —El guardián soltó la lanza de fuego y se levantó la capucha de la capa cuando empezaron a caer las primeras gotas de lluvia—. A excepción del tiempo —añadió.

—Espera a que llegue el mistral y luego podrás quejarte —dijo el conde riendo.

Apartó el caballo de la torre y se dirigió hacia la segunda.

El mistral era el feroz viento frío que soplaba sobre la Camarga durante meses y cuya frialdad penetrante producía un continuo sonido sibilante hasta la llegada de la primavera. Al conde Brass le encantaba cabalgar cuando más viento hacía, sólo para sentir su fuerza azotándole el rostro, y ver cómo su tez curtida adquiría brillantes tonalidades rojizas.

Ahora, la lluvia le rociaba la armadura, así que se volvió para sacar la capa que llevaba atada en la silla, echándosela sobre los hombros y cubriéndose la cabeza con la capucha. Los juncos se inclinaban por todas partes bajo el azote de la lluvia, cuyo ruido sordo tamborileaba sobre los charcos, produciendo incesantes círculos. Las nubes se hicieron cada vez más negras, amenazando con descargar una buena cantidad de agua. El conde Brass decidió dejar el resto de la inspección hasta el día siguiente y regresar hacia su castillo en Aigües-Mortes, del que le separaban unas buenas cuatro horas de marcha a través de los retorcidos caminos que serpenteaban por entre las marismas.

Hizo que su cabalgadura regresara por el mismo camino por el que había venido, sabiendo que el animal lo encontraría instintivamente. Mientras cabalgaba, la lluvia caía cada vez con mayor violencia, empapándole la capa, y la noche se cerró rápidamente a su alrededor hasta que sólo pudo ver el sólido muro de negrura únicamente interrumpido por los trazos plateados de la lluvia. El caballo se movió con mayor lentitud, pero no se detuvo. El conde Brass olió su piel húmeda y se prometió darle un tratamiento especial en las caballerizas cuando llegaran a Aigües-Mortes. Le limpió las crines empapadas con su mano enguantada y trató de mirar lo que tenía delante, aunque no vio sino los juncos más cercanos que se agitaban a su alrededor y, aparte del permanente tamborileo del agua, sólo pudo escuchar el maníaco cuá-cuá ocasional de un pato real aleteando sobre las marismas, perseguido sin duda por una nutria o algún otro animal. En algunas ocasiones creyó ver una sombra oscura deslizándose sobre su cabeza y sintió el aleteo de un flamenco que se dirigía hacia su nido comunal, o reconoció el graznido de una polla de agua luchando por su vida contra un buho. Una vez observó un relampagueo de blancura entre la oscuridad y escuchó claramente el ruidoso paso de un cercano rebaño de toros blancos que evidentemente buscaban un terreno más firme para dormir. Algo más tarde escuchó el sonido producido por un oso de las marismas que seguía al rebaño, con su sibilante respiración y el ligero murmullo de sus patas al posarse cuidadosamente sobre la estremecida superficie de barro. Todos estos sonidos eran muy familiares para él y no le alarmaron en lo más mínimo.

Ni siquiera se sintió perturbado cuando escuchó el agudo relincho de caballos asustados y las pisadas de sus

cascos en la distancia..., hasta que su propio caballo se detuvo de pronto, moviéndose inquieto. Los caballos se dirigían directamente hacia donde él se encontraba, avanzando llenos de pánico por el estrecho camino. De repente, el conde Brass distinguió al semental que iba a su cabeza, con los temerosos ojos muy abiertos y bufando por entre las aletas de la nariz.

El conde Brass gritó y osciló los brazos de un lado a otro, confiando en poder desviar así al semental, pero éste estaba demasiado asustado como para hacerle caso. No pudiendo hacer otra cosa, tiró de las riendas de su montura y la introdujo en la marisma, confiando desesperadamente en que el terreno fuera lo bastante firme como para soportar su peso, al menos hasta que hubiera pasado la manada. El caballo se tambaleó entre los juncos, buscando con sus cascos un lugar en el que afianzarse sobre el barro blando. Después, cayó al agua y el conde Brass sintió una ola de líquido sobre su rostro, y el caballo se puso a nadar lo mejor que pudo a través del frío lago, sosteniendo valientemente el considerable peso del jinete y su armadura.

La manada no tardó en pasar con gran estruendo. El conde Brass se preguntó extrañado qué podría haberles asustado tanto, ya que los unicornios salvajes de la Camarga no se alborotan tan fácilmente. Después, mientras guiaba a su montura hacia el camino que acababa de abandonar, escuchó un sonido que explicó inmediatamente la causa de tanta conmoción. El conde Brass extendió la mano hacia la empuñadura de su espada.

Lo que escuchó fue un sonido deslizante y chapoteante, producido por un baragón, el gibón de las marismas. Ahora ya no quedaban más que unos pocos de aquellos monstruos. Habían sido creados por el anterior lord Protector, que los había utilizado para aterrorizar a las gentes de la Camarga antes de la llegada del conde Brass, cuyos hombres, y él mismo, destruyeron esta raza de monstruos, a excepción de unos pocos que habían aprendido a cazar por la noche y a evitar a toda costa encontrarse con grandes grupos de seres humanos.

Antiguamente, los baragones habían sido hombres, antes de que fueran esclavizados en los embrujados laboratorios del anterior lord Protector, donde fueron transformados. Ahora eran unos monstruos de dos metros y medio de altura por metro y medio de anchura, del color de la bilis, que se deslizaban sobre sus vientres por entre las marismas elevándose sólo para saltar y dominar a su presa con sus garras aceradas. Ocasionalmente, tenían la buena suerte de encontrarse con un hombre solo y entonces se vengaban lentamente, devorando primero sus extremidades ante los aterrorizados ojos del infortunado.

Cuando el caballo regresó al camino, el conde Brass vio delante al baragón, olió su hedor y tosió a causa del mismo. La mano empuñaba ya su enorme espada.

El baragón le había oído y se detuvo.

El conde Brass desmontó y se situó entre su caballo y el monstruo. Sujetó con firmeza la amplia empuñadura de su espada, agarrándola con ambas manos, y empezó a caminar hacia el baragón, con las piernas rígidas embutidas en su armadura de bronce.

Instantáneamente, el monstruo empezó a gemir con una voz aguda y repulsiva, incorporándose y mostrando las garras, en un inútil esfuerzo por aterrorizar al conde. Pero aquel monstruo no era nada terrorífico para el conde Brass, ya que los había visto mucho peores en otros tiempos. No obstante, sabía que sus posibilidades de victoria sobre la bestia se veían disminuidas por el hecho de que el baragón era capaz de ver en la oscuridad, y de que la marisma era su propio ambiente natural. El conde tendría que actuar con astucia.

—Bien, bestia inmundada e infectada —empezó diciendo con su tono más burlón—. Soy el conde Brass, el enemigo declarado de tu raza. He sido yo quien ha destruido tu maldito clan, y a mí me debes que en estos tiempos tengas tan pocos hermanos y hermanas. ¿No los echas de menos? ¿No quieres unirse a los que faltan?

El rugido gimiente del baragón fue alto, pero no lo bastante como para disimular un atisbo de incertidumbre. Su enorme masa se estremeció, pero no avanzó hacia el conde Brass.

—Y bien, cobarde creación de la brujería... —dijo el conde Brass riendo—, ¿cuál es tu respuesta?

El monstruo abrió las fauces y trató de articular unas pocas palabras con sus labios deformados, pero pocos sonidos surgieron de ellos capaces de ser reconocidos como lenguaje humano. Sus ojos ya no miraban hacia donde estaba el conde Brass.

Actuando con la mayor naturalidad, el conde Brass enterró en el suelo la punta de la gran espada y apoyó sobre el puño sus manos recubiertas por los guanteletes.

—Ya veo que te avergüenzas de haber aterrorizado a los caballos que yo protejo, y como además me siento de buen humor, voy a tener piedad de ti. Vete y te dejaré vivir unos cuantos días más. Pero, si te quedas, morirás aquí mismo.

Pronunció aquellas palabras con tal seguridad que la bestia se dejó caer de nuevo al suelo, aunque no retrocedió. El conde volvió a elevar la espada, como en un gesto de impaciencia, y avanzó con decisión hacia el monstruo. Arrugó la nariz, tratando de evitar el olor nauseabundo del baragón, y le hizo un gesto imperativo.

—Desaparece en la marisma a la que perteneces. Esta noche estoy de buen humor.

El hocico húmedo del baragón se retorció, pero aún dudaba.

El conde Brass frunció un poco el ceño, juzgando la situación, pues sabía que el baragón no se retiraría tan fácilmente. Elevó la espada y preguntó:

—¿Te habrás encontrado por fin con tu destino?

El baragón empezó a elevarse sobre sus patas traseras, pero la acción del conde Brass se produjo en el momento más oportuno. Hizo oscilar la pesada hoja sobre el cuello del monstruo, y la dejó caer con fuerza.

La bestia extendió las garras de ambas manos delanteras, emitiendo un gemido agudo que fue una mezcla de odio y terror. Se escuchó un chirrido metálico cuando las poderosas garras arañaron la armadura del conde, obligándole a retroceder. Las fauces del monstruo se abrieron y se cerraron a pocos centímetros del rostro del conde, mientras sus enormes ojos negros parecían querer devorarlo con su cólera. Al retroceder, el conde retiró la espada, que quedó libre, al tiempo que recuperaba el equilibrio y volvía a golpear.

Una sangre negra surgió a borbotones de la herida, salpicando al conde. La bestia lanzó otro grito terrible y se llevó las manos a la cabeza, intentando desesperadamente sostenérsela en su sitio. Después, la cabeza del baragón medio se desprendió de sus hombros, un chorro de sangre brotó del cuello con fuerza y el cuerpo cayó de costado.

El conde Brass permaneció erguido, jadeando pesadamente, pero con una expresión de burlona satisfacción en su rostro. Se limpió con un gesto de fastidio la sangre del monstruo que le había salpicado sobre la cara, se alisó el poblado bigote con los dedos, y se felicitó a sí mismo al comprobar que no había perdido nada de su astucia y habilidad. Había planeado previamente cada instante del enfrentamiento, y desde el principio tuvo la intención de matar a la bestia. Para ello, mantuvo distraído al baragón, hasta que llegó el momento adecuado para golpear. No vio nada malo en el hecho de haber engañado a la bestia. En caso de haberle ofrecido una lucha honesta, probablemente sería él, y no el baragón, quien yacería sobre el barro con la cabeza cortada.

El conde Brass suspiró profundamente, aspirando el aire frío de la noche y avanzó hacia el monstruo caído. Se las arregló, con no poco esfuerzo, para apartarlo del camino y arrojarlo por la ligera pendiente hacia la marisma.

Después, el conde Brass volvió a montar en su unicornio y reanudó el camino de regreso hacia Aigues-Mortes sin que se produjeran más incidentes.

2. Yisselda y Bowgentle

El conde Brass había combatido al frente de los ejércitos en casi todas las batallas famosas de su época; había sido el poder existente detrás de los tronos de la mitad de los gobernantes de Europa, un verdadero hacedor y destructor de reyes y príncipes. Era un maestro en las artes de la intriga y un hombre cuyo consejo se buscaba en cualquier asunto relacionado con la lucha política por el poder. En realidad, siempre había sido un mercenario, pero un mercenario que perseguía un ideal: el de impulsar a todo el continente europeo hacia la unificación y la paz. Así pues, prefería aliarse con cualquier fuerza a la que juzgara capaz de contribuir a su propia causa. En más de una ocasión había rechazado la oferta de gobernar un imperio, sabiendo, como sabía, que le había tocado vivir en una época en la que un hombre podía ganar un imperio en cinco años y perderlo en seis meses, ya que la historia aún se encontraba en un estado de cambios continuos, y la situación no se estabilizaría en largo tiempo. Lo único que intentaba era guiar un poco la historia en el sentido que a él le parecía más conveniente.

Cansado de las guerras, las intrigas e incluso, hasta cierto punto, de los ideales, el viejo héroe había terminado por aceptar la oferta del pueblo de la Camarga de convertirse en su lord Protector.

Este antiquísimo territorio cubierto de marismas y lagos se encontraba muy cerca de la costa del Mediterráneo. En otros tiempos había formado parte de una nación llamada Francia, que ahora se había desmembrado en un par de docenas de ducados, todos ellos con nombres grandiosamente altisonantes. La Camarga, con sus extensos y desteñidos cielos de colores naranja, amarillo, rojo y púrpura, sus reliquias de un oscuro pasado, sus inmovibles costumbres y rituales, había atraído al viejo conde, quien se había impuesto la tarea de hacerse cargo de la seguridad de su país de adopción.

Durante sus viajes por todas las cortes de Europa había descubierto muchos secretos, de tal modo que, ahora, las grandes y lóbregas torres que se elevaban a lo largo de las fronteras de la Camarga, protegían el territorio con armas mucho más potentes y menos conocidas que las espadas de hoja ancha y las lanzas de fuego.

En los límites meridionales, las marismas daban paso gradualmente al mar, y a veces los barcos atracaban en los pequeños puertos, aunque raramente desembarcaban pasajeros. Ello se debía al terreno propio de la Camarga. Aquellos salvajes paisajes eran traicioneros para quienes no los conocían bien, y resultaba difícil encontrar los caminos que cruzaban las marismas; por otra parte, las cadenas montañosas flanqueaban tres lados del territorio. Quien deseaba introducirse en el interior del continente, prefería desembarcar más hacia el este y subir en una embarcación fluvial por el Ródano. De ese modo, a la Camarga llegaban pocas noticias del mundo exterior, y las que llegaban solían ser muy atrasadas.

Ésa era una de las razones por las que el conde Brass había decidido asentarse allí. Le encantaba disfrutar del aislamiento; se había visto involucrado durante demasiado tiempo en los asuntos mundanos como para que ahora le interesaran demasiado ni siquiera las noticias más sensacionales. En su juventud había dirigido ejércitos que intervinieron en las guerras que asolaban constantemente Europa. Ahora, sin embargo, se sentía cansado de tanto conflicto y se negaba a escuchar todas las peticiones que llegaban hasta él, pidiéndole ayuda o consejo, sin fijarse siquiera en las compensaciones que se le ofrecieran.

Al oeste se hallaba situada la isla imperio de Granbretan, la única nación que aún conservaba cierta estabilidad política real, con su ciencia medio loca y sus ambiciones de conquista. Tras haber construido un plateado puente alto y curvado que salvaba los poco más de cuarenta kilómetros que le separaban del continente, el imperio mostraba ahora inclinación a incrementar sus territorios por medio de su magia negra y de sus máquinas de guerra, como los ornitópteros soldados que poseían un radio de acción de más de ciento sesenta kilómetros. Pero el conde Brass ni siquiera se sentía excesivamente perturbado por la invasión del continente europeo por parte del Imperio Oscuro. Según creía, era una ley histórica que tales cosas sucedieran, y comprendía los beneficios que podrían derivarse del empleo de una fuerza capaz de unificar a todos los estados guerreros en una sola nación, independientemente de lo cruel que pudiera ser dicha fuerza.

La filosofía del conde Brass era la filosofía de la experiencia, la que corresponde a un hombre de mundo antes que a un erudito, y no veía razón alguna para dudar de ella, siempre y cuando la Camarga, su única responsabilidad por el momento, fuera lo bastante fuerte como para resistir todo el poderío de Granbretan.

Como quiera que él mismo no tenía nada que temer de Granbretan, observaba con una cierta y remota admiración toda la crueldad y eficacia con que aquella nación extendía su sombra más y más hacia el interior de Europa a medida que transcurrían los años.

Dicha sombra se había extendido ya sobre toda Scandia y las naciones septentrionales, a lo largo de una línea moteada por la existencia de ciudades famosas como Parye, Munchein, Wien, Krahkov y Kerninsburg (que representaba una posición avanzada en el misterioso territorio de Muskovia). Se había formado así un gran semicírculo de poder dentro del territorio continental; un semicírculo cuya extensión aumentaba casi a diario, y que no tardaría en entrar en contacto con los principados más septentrionales de Italia, Magyaria y Slavia. El conde Brass suponía que el poder del Imperio Oscuro no tardaría en extenderse desde el mar de Noruega hasta el Mediterráneo, de tal modo que únicamente la Camarga quedaría fuera de su ámbito de influencia. Sabiendo esto, había aceptado la jefatura del Protectorado del territorio, cuando su lord Protector anterior, un hechicero corrupto y falso procedente del territorio de los búlgaros, fue desmembrado y destrozado por los guardianes nativos a los que había mandado hasta entonces.

El conde Brass había transformado la Camarga en una región a salvo de ataques desde el exterior, librándola igualmente de amenazas interiores. Ya sólo quedaban unos pocos baragones capaces de aterrorizar a las gentes de los poblados pequeños, y también se habían eliminado otro tipo de terrores.

Ahora, el conde vivía en su cálido castillo de Aigues-Mortes, disfrutando de los placeres simples y rurales de la tierra, mientras el pueblo se veía libre de ansiedades por primera vez en muchos años.

El castillo, conocido como el castillo de Brass, había sido construido algunos siglos antes sobre lo que fuera una pirámide artificial que se elevaba sobre el centro de la ciudad. Pero la pirámide se hallaba ahora oculta por la tierra, en la que se había sembrado hierba y se habían creado jardines de flores, y plantado viñedos y hortalizas en una serie de terrazas. Allí había prados muy bien cuidados sobre los que jugaban los niños del castillo o por los que paseaban los adultos, y cerca de los cuales se cultivaban las viñas de las que se obtenía el mejor vino de la Camarga, más abajo de las cuales crecían bancales de alubias, patatas, coliflores, zanahorias, lechugas y otras muchas verduras, así como algunas otras especies algo más exóticas, como los gigantes tomates de calabaza, los árboles de apio y las berenjenas dulces. También había árboles frutales y arbustos de bayas cuyos frutos alimentaban a los habitantes del castillo durante la mayor parte del año.

El castillo estaba construido con la misma piedra blanca con que se habían construido las casas de la ciudad. Tenía ventanas de gruesos cristales (la mayoría de ellos graciosamente pintados), torres ornamentales y almenas de delicada manipostería. Desde sus torres más altas se distinguía la mayor parte del territorio que protegía, y la estructura estaba diseñada de tal modo que, cuando soplaban el mistral, se podía variar la disposición de los respiraderos, poleas y pequeñas puertas para que todo el castillo sonara de forma que su música, como la de un órgano, fuera transportada por el propio viento y escuchada a muchos kilómetros de distancia.

El castillo dominaba los tejados rojos de las casas de la ciudad, así como la plaza de toros que había más allá que, según se decía, había sido construida muchos milenios antes por los romanos.

El conde Brass condujo a su cansado caballo por el camino azotado por el viento que subía hacia el castillo, y gritó a los guardias para que abrieran la puerta. La lluvia amainaba, pero la noche era fría y el conde anhelaba encontrarse junto al fuego de la chimenea. Cruzó las grandes puertas de hierro y entró en el patio de armas, donde un caballero se hizo cargo de su montura. Subió los escalones, cruzó las puertas de entrada al castillo, bajó por un corto pasillo y entró en el vestíbulo principal.

Allí, un enorme fuego crepitaba ya en el hogar y junto a él, en un cómodo sillón acolchado, estaba su hija. Yisselda, y su viejo amigo, Bowgentle. Ambos se levantaron al entrar él y Yisselda se elevó sobre las puntas de los pies para besarle en la mejilla, mientras Bowgentle permanecía en pie a su lado, sonriente.

—Tenéis el aspecto de alguien a quien le vendría muy bien una comida caliente y ponerse algo más cálido que la armadura—dijo Bowgentle al tiempo que tiraba de un cordón de llamada—. Yo mismo me ocuparé de eso.

El conde Brass asintió con un gesto de agradecimiento y se acercó al fuego, quitándose el casco y dejándolo con un seco sonido metálico sobre la amplia repisa de la chimenea. Yisselda ya se había arrodillado a sus pies y le desataba las grebas de las piernas. Era una hermosa joven de diecinueve años, con una suave piel de color rosado y un pelo entre castaño y rubio. Llevaba puesto un amplio vestido de un vivo color naranja que le hacía parecer como un duende llameante mientras se movía con rapidez para entregar las grebas al sirviente, que había acudido con ropas limpias para

que su padre se cambiara.

Otro sirviente ayudó al conde Brass a quitarse el peto, el espaldar y el resto de la armadura, y éste no tardó en ponerse unos pantalones suaves y amplios, una camisa de lana blanca y una toga de lino.

Los sirvientes llevaron junto al fuego una pequeña mesa llena con platos de ensalada, patatas, carne asada y una deliciosa salsa espesa, así como una jarra de vino calentado con especias. El conde Brass tomó asiento con un suspiro y empezó a comer.

Bowgentle permaneció junto a la chimenea, observándole, mientras Yisselda se enroscaba en el sillón situado enfrente y esperaba a que él hubiera calmado una buena parte de su apetito.

—Bien, milord —dijo la joven con una sonrisa—, ¿cómo os ha ido el día? ¿Está seguro todo nuestro territorio?

—Así parece —asintió el conde Brass con una burlona seriedad—, aunque no he podido inspeccionar ninguna de las torres septentrionales, a excepción de una sola. Empezó a llover con tal fuerza que decidí regresar a casa.

Les contó el encuentro que había tenido con el baragón. Yisselda escuchó con los ojos muy abiertos, mientras Bowgentle adoptaba una expresión seria, con su rostro amable y ascético algo inclinado y los labios apretados. El famoso filósofo-poeta no siempre aprobaba las proezas de su amigo, y parecía creer que el conde Brass atraía tales aventuras hacia sí mismo.

—Recordaréis que esta misma mañana os aconsejé que viajarais con Von Villach y alguno de los demás —dijo Bowgentle cuando el conde hubo terminado su narración.

Von Villach era el lugarteniente del conde, un viejo y leal soldado que le había acompañado en la mayor parte de sus hazañas anteriores.

—¿Von Villach? —preguntó el conde riéndose al ver la cara preocupada de su amigo—. Se está volviendo viejo y lento, y no sería nada amable por mi parte hacerle salir con este tiempo.

—Tiene uno o dos años menos que vos, conde... —dijo Bowgentle con cierta hosquedad.

—Posiblemente, pero ¿podría derrotar él solo a un baragón?

—No es ésa la cuestión —replicó Bowgentle con firmeza—. Si hubierais viajado con él y os hubierais hecho acompañar por un grupo de hombres armados, no tendríais que haberos enfrentado vos solo con un baragón.

—Tengo que mantenerme en forma —dijo el conde Brass despreciando aquella discusión con un movimiento de la mano—. En caso contrario me convertiría en un viejo tan chocho como el propio Von Villach.

—Tenéis una responsabilidad para con el pueblo de aquí, padre —observó Yisselda con tranquilidad—. Si os mataran...

—¡Nadie me matará! —le interrumpió el conde sonriendo burlonamente, como si la muerte fuera algo que sólo sufrían los demás.

A la luz del fuego de la chimenea, su cabeza parecía la máscara de guerra de alguna antigua tribu bárbara, casi cincelada en metal y, de algún modo, daba la impresión de ser imperecedera.

Yisselda se encogió de hombros. Poseía la mayor parte de las cualidades del carácter de su padre, incluyendo el convencimiento de que no servía de nada discutir con alguien tan terco como el conde Brass. En cierta ocasión, Bowgentle había escrito acerca de ella, en un poema privado: «Es como la seda, tan fuerte y al mismo tiempo tan suave». Ahora, al mirarlos a ambos, observó con sereno afecto cómo la expresión del uno se reflejaba en la otra.

—Hoy me he enterado de que la Granbretan se apoderó hace apenas seis meses de la provincia de Colonia —dijo Bowgentle, cambiando de tema—. Sus conquistas se extienden como una plaga.

—Una plaga bastante saludable —replicó el conde Brass arrellanándose en la silla—. Por lo menos, establecen el orden.

—Quizá el orden político —argumentó Bowgentle con mayor vehemencia—, pero en modo alguno el orden espiritual o moral. Su crueldad no tiene precedentes. Están locos. Sus almas están corrompidas por la afición hacia todo lo malvado y por el odio contra todo lo que sea noble.

—Esa perversidad ya ha existido antes —observó el conde Brass acariciándose el bigote—. El hechicero búlgaro que me precedió aquí, por ejemplo, era tan malvado como ellos.

—El búlgaro sólo era un individuo, como el marqués de Pesht, Roldar Nikolayeff. y los de su clan. Pero se trataba de excepciones y en casi todos los casos los pueblos que gobernaban se rebelaron contra ellos y los destruyeron a su debido tiempo. Pero el Imperio Oscuro es una nación formada por individuos de esa ralea, y consideran como naturales todas las acciones malvadas que cometen. El deporte favorito que practicaron en Colonia consistió en crucificar a todas las niñas de la ciudad, convertir a los niños en eunucos y obligar a todos los adultos que quisieron salvar sus vidas a representar actos obscenos en las mismas calles. Eso no es ninguna crueldad natural, conde, y en modo alguno fue lo peor que hicieron. Su entretenimiento preferido consiste en degradar todo rasgo de humanidad.

—Esas historias han sido exageradas, amigo mío. Deberías darte cuenta de ello. Yo, por ejemplo, también he sido acusado de...

—Por lo que he podido oír —le interrumpió Bowgentle —, los rumores no son una exageración de la verdad, sino más bien una simplificación. Y si sus actividades públicas son tan terribles, ¿cómo serán sus placeres privados?

—No puedo soportar el pensar... —dijo Yisselda.

—Exactamente —intervino Bowgentle de nuevo, volviéndose hacia ella—. Y son muy pocos los que se atreven a repetir aquello de lo que han sido testigos. El orden que imponen es superficial, mientras que el caos que generan destruye las almas de los hombres.

El conde Brass encogió sus anchos hombros.

—Hagan lo que hagan, no es más que una cuestión temporal. Pero la unificación que imponen a todo el mundo es algo permanente... Recordad mis palabras.

—El precio a pagar por ello es demasiado elevado, conde Brass —dijo Bowgentle cruzando los brazos sobre el pecho cubierto con una toga negra.

—¡Ningún precio es demasiado alto! ¿Qué quieres? ¿Que los principados de Europa se dividan en segmentos cada vez más pequeños, y que la guerra se convierta en un factor constante en la vida del hombre común? Actualmente, muy pocos hombres conocen lo que significa la paz mental, desde la cuna hasta la tumba. Las cosas cambian una y otra vez. ¡Al menos, Granbretan ofrece consistencia!

—¿Y terror? No puedo estar de acuerdo con vos, amigo mío.

El conde Brass se sirvió una copa de vino, bebió su contenido y bostezó un poco.

—Te tomas estos acontecimientos inmediatos demasiado en serio, Bowgentle. Si tuvieras mi experiencia, te darías cuenta de que tales iniquidades no tardan en pasar, ya sea por simple aburrimiento de quienes las practican, o bien porque, de algún modo, son destruidos por los demás. Dentro de cien años Granbretan será una nación que se encontrará dentro de los límites de la rectitud y la moral.

El conde Brass miró a su hija, haciéndole un guiño y sonriéndole, pero ella no le devolvió la sonrisa, y pareció estar de acuerdo con Bowgentle.

—Su crueldad es demasiado profunda como para que se cure con el transcurso de cien años —dijo éste—. Eso es algo que se puede deducir observando simplemente su apariencia. Esas bestiales máscaras enjoradas que jamás se quitan, esas grotescas ropas que se ponen incluso cuando hace el calor más espantoso, las posturas que adoptan, su forma de moverse... Todo eso los muestran como lo que realmente son: locos por herencia, y su progenie heredará su misma locura. —Bowgentle pasó la mano por una de las columnas de la chimenea—. Nuestra pasividad es como una especie de admisión de sus propios actos. Deberíamos...

—Deberíamos irnos a la cama a dormir, amigo mío —le interrumpió el conde Brass levantándose—. Mañana tenemos que aparecer en la plaza de toros para el inicio de las fiestas.

Hizo un gesto de saludo hacia Bowgentle, besó ligeramente a su hija en la frente y abandonó el salón.

3. El barón Meliadus

En esta época del año, una vez terminados los trabajos del verano, el pueblo de la Camarga iniciaba su gran fiesta. Las casas aparecían cubiertas de flores, las gentes se ponían ropas de seda y lino ricamente bordadas, y los guardias desfilaban con su mayor marcialidad. Por las tardes, las fiestas de toros se celebraban en el antiguo anfiteatro de piedra situado en las afueras de la ciudad.

Los asientos del anfiteatro eran de granito, dispuestos en gradas. Cerca de la pared escalonada del propio ruedo, en la parte que daba al sur, había una zona cubierta compuesta por columnas talladas sobre las que se extendía un techo de pizarra roja, del que colgaban cortinajes de colores marrón oscuro y escarlata. En su interior estaba sentado el conde Brass, su hija Yisselda, Bowgentle y el viejo Von Villach.

Desde allí, el conde Brass y sus acompañantes podían observar casi todo el anfiteatro a medida que éste empezaba a llenarse, así como escuchar las excitadas conversaciones y los bufidos y golpes de los toros detrás de las barricadas.

En el extremo más alejado del anfiteatro había un grupo de seis guardias con cascos emplumados y capas azul celeste que hizo sonar las fanfarrias. A sus trompetas de bronce les contestó como un eco el ruido de los toros y el griterío de la multitud. El conde Brass avanzó un paso.

El griterío se hizo más fuerte cuando él apareció, sonriéndole a la multitud y elevando una mano a modo de saludo. Una vez que se aquietaron los gritos, empezó a pronunciar el tradicional discurso con el que se inauguraba la fiesta.

—Antiguo pueblo de la Camarga, preservado por el destino del infortunio del Milenio Trágico; vosotros, a quienes se os concedió la vida, celebráis hoy la vida. Vosotros, cuyos antepasados se salvaron gracias al feroz mistral que limpió los cielos de los venenos que produjeron la muerte y la malformación a otros, agradecéis ahora con esta fiesta la llegada del viento de la vida.

Los gritos estallaron de nuevo y las fanfarrias sonaron por segunda vez. Después, doce enormes toros entraron en el ruedo. Los animales patearon la arena, con las colas levantadas, los cuernos relucientes, las aletas de la nariz dilatadas y los ojos enrojecidos y brillantes. Eran toros seleccionados de la Camarga, entrenados durante todo el año para la fiesta de hoy, cuando se enfrentarían a hombres desarmados que tratarían de recoger las diversas banderolas que se les había atado alrededor de sus cuellos y cuernos.

Aparecieron a continuación unos guardias a caballo que saludaron a la multitud y volvieron a conducir los toros hacia el recinto cerrado situado bajo el anfiteatro.

Una vez que los guardias hubieron encerrado a los toros, no sin ciertas dificultades, salió a la arena el maestro de ceremonias, vestido con una capa multicolor, un sombrero de ala ancha de un brillante color azul y portando un megáfono dorado con el que anunciaría los nombres de los primeros contendientes.

La voz del hombre, amplificada por el megáfono y por los muros del anfiteatro, casi pareció el gran rugido de un toro encolerizado. Anunció primero el nombre del toro —*Cornerouge de Aigues-Mortes*, propiedad de Pons Yachar, el famoso criador de toros—, y a continuación el nombre del principal torero, Mahtan Just de Arles. El maestro de ceremonias caracoleó con su caballo y desapareció. Casi inmediatamente, *Cornerouge* surgió desde debajo del anfiteatro, con sus enormes cuernos cortando el aire y las cintas escarlata que los decoraban ondeando bajo la fuerte brisa.

Cornerouge era un toro enorme, de poco más de un metro y medio de alzada. Hacía oscilar la cola con fuerza de un lado a otro, como un león; sus enrojecidos ojos contemplaron desafiantes a la enfervorizada multitud que saludaba su presencia. Se arrojaron flores a la arena, que cayeron sobre su amplio lomo blanco. El animal se volvió con rapidez, pateando la arena y pisoteando las flores.

Entonces apareció una figura de corta estatura, pero fuerte, que se movió con ligereza y sin ostentación. Iba vestida con una capa negra que mostraba tiras de seda escarlata, un ajustado jubón negro, pantalones decorados con oro y botas de cuero negro que le llegaban hasta las rodillas, adornadas con plata. Su rostro era atezado, joven y mostraba una expresión de alerta. Se quitó el sombrero de ala ancha, haciendo una inclinación de saludo ante la

multitud, y se volvió para enfrentarse a *Cornerouge*. Aunque apenas tenía veinte años Mahtan Just ya se había destacado en tres festivales anteriores. Ahora, las mujeres le arrojaron flores que él recibió con galanura, enviándoles besos mientras avanzaba hacia el animal. Se quitó la capa con un movimiento lleno de gracia y extendió el manto rojo ante *Cornerouge*, que avanzó unos pocos pasos, bufó de nuevo y bajó los cuernos.

El toro se lanzó a la carga.

Mahtan Just dio un ligero salto hacia un lado, y extendió una mano para arrancar de un tirón una cinta de uno de los cuernos de *Cornerouge*.

La multitud lanzó gritos y vítores de alegría. El toro se volvió con rapidez y se lanzó de nuevo a la carga. Just volvió a saltar hacia un lado en el último instante y recogió otra cinta. Sostuvo ambos trofeos entre sus blancos dientes y sonrió burlonamente, mirando primero al toro y después a la multitud.

Las dos primeras cintas, que habían estado atadas en la parte superior de los cuernos del toro, resultaron comparativamente fáciles de conseguir y Just, que lo sabía perfectamente, las había obtenido casi con naturalidad. Ahora, sin embargo, tenía que coger las cintas inferiores, algo que resultaba bastante más peligroso.

El conde Brass se inclinó hacia adelante en su palco, contemplando con admiración al torero. Yisselda sonrió.

—¿No es maravilloso, padre? ¡Parece un bailarín!

—Sí, un bailarín que baila con la muerte —comentó Bowgentle con una indulgente severidad.

El viejo Von Villach se arrellanó en su asiento, con el aspecto de quien se aburre con el espectáculo, aunque eso podía deberse a que sus ojos ya no eran lo que habían sido y, sin embargo, no deseaba admitirlo así.

Ahora, el toro se lanzaba directamente contra Mahtan Just, quien se interponía en su camino, con las manos desdeñosamente en jarras y la capa abandonada sobre la arena. Cuando el toro ya casi se encontraba sobre él, Just dio un poderoso salto en el aire y su cuerpo rozó los cuernos, describiendo un salto mortal sobre *Cornerouge*, que frenó su carrera con las pezuñas sobre la arena y bufó lleno de estupefacción antes de volver la cabeza al escuchar el grito y la risa de Just detrás de él.

Pero antes de que el animal pudiera girarse, Just había vuelto a saltar, esta vez sobre su lomo y, mientras el toro se encabritaba locamente bajo él, el joven se sujetó con una mano a uno de los cuernos mientras con la otra desataba rápidamente una cinta más. En cuanto lo hubo hecho, Just se soltó, pegó un brinco llevando en la mano una nueva cinta, rodó sobre sí mismo y consiguió ponerse en pie antes de que el animal volviera a cargar.

Un tremendo rugido de satisfacción se elevó de entre la multitud, que gritaba y lanzaba un verdadero océano de vistosas flores hacia la arena. Ahora, Just corría grácilmente por el ruedo, perseguido por el toro.

De pronto, se detuvo y se volvió con deliberada lentitud, aparentemente sorprendido al ver que el toro se le echaba encima. Entonces, Just volvió a saltar. En esta ocasión, sin embargo, uno de los cuernos le enganchó el jubón, desgarrándolo y haciéndole perder el equilibrio. Una de sus manos se apoyó sobre el lomo del toro, ayudándose con ella para saltar al suelo, aunque cayó en mala posición y rodó sobre sí mismo al tiempo que el toro se lanzaba a la carga.

Just se revolvió, pero fue incapaz de levantarse, aunque seguía conservando el control de su cuerpo. El toro bajó la cabeza y uno de sus cuernos enganchó el cuerpo. Unas gotas de sangre salpicaron la arena, bajo la luz del sol, y la multitud gimió, con una mezcla de piedad y sed desangre.

—¡Padre! —exclamó Yisselda, cuya mano apretaba con fuerza el brazo del conde Brass—. Lo matará. ¡Ayúdalo!

El conde Brass sacudió negativamente la cabeza, a pesar de que su cuerpo ya se había movido involuntariamente hacia el ruedo.

—Es asunto suyo. Sabe a lo que se arriesga.

Ahora, el cuerpo de Just fue elevado por los aires, con los brazos y las piernas flaccidos, como si fuera un muñeco de trapo. Los guardias montados aparecieron inmediatamente en el ruedo para alejar al toro de su víctima, empujándolo con sus garrochas.

Pero el toro se negó a moverse y se mantuvo sobre el cuerpo inmóvil de Just, como un felino depredador sobre el

cuerpo de su presa.

El conde Brass saltó por encima de la barandilla casi antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo. Ya sobre la arena, echó a correr hacia el toro con su armadura de bronce, como un gigante de metal.

Los jinetes apartaron sus caballos mientras el conde lanzaba su cuerpo contra la cabeza del toro, agarrándole los cuernos con sus grandes manos, desde atrás. Las venas sobresalieron de la piel de su rudo rostro a medida que iba haciendo retroceder lentamente al toro.

Entonces, la cabeza se movió y los pies del conde Brass se elevaron sobre el suelo, pero sus manos seguían agarrando los cuernos con fuerza y desplazó su peso hacia un lado, obligando al animal a echar la cabeza hacia atrás, de tal modo que, gradualmente, pareció inclinarla.

Todo el mundo guardaba el más absoluto silencio. Desde el palco, Yisselda, Bowgentle y Von Villach se habían inclinado hacia adelante, con los rostros pálidos. Por todo el anfiteatro se extendió una gran tensión, mientras el conde Brass ejercía toda su fuerza sobre la cabeza del toro.

Las rodillas de *Cornerouge* se estremecieron. Bufó y bramó y su cuerpo se tensó. Pero el conde Brass no cejó en su empeño, temblando él mismo por el enorme esfuerzo que estaba realizando. Los pelos del bigote y de la nuca parecieron erizarse, los músculos del cuello se hincharon y se pusieron rojos, pero el toro se fue debilitando gradualmente y después, lentamente, cayó de rodillas sobre la arena.

Los hombres corrieron para sacar al herido Just del ruedo, pero la multitud seguía en silencio.

Y entonces, con una fuerte sacudida, el conde Brass obligó a *Cornerouge* a doblarse hacia su lado.

El toro permaneció quieto, reconociendo así a su dominador, admitiendo haber sido derrotado sin paliativos.

El conde Brass se incorporó y retrocedió y el toro ni se movió, sino que se limitó a levantar la cabeza para mirarle con unos ojos brillantes y extrañados, al tiempo que elevaba ligeramente la cola sobre la arena y su enorme pecho se agitaba.

Y entonces estallaron los vítores de la multitud.

El griterío fue aumentando de intensidad hasta que pareció como si se fuera a escuchar en todo el mundo.

La multitud se levantó de sus asientos y vitoreó a su lord Protector de un modo sin precedentes, mientras Mahtan Just avanzaba tambaleándose hacia él, sujetándose la herida, y le cogía al conde Brass el brazo en un breve instante de gratitud.

En el palco, Yisselda lloraba de orgullo y alivio, y hasta el propio Bowgentle se limpiaba sin remilgos unas lágrimas de sus ojos. El único que no lloraba era Von Villach, aunque su cabeza no dejaba de hacer serios gestos de aprobación ante la hazaña de su jefe.

El conde Brass regresó hacia el palco, sonriendo a su hija y a sus amigos. Se agarró a la barandilla y, de un salto grácil, regresó a su puesto. Después, se echó a reír alegremente y saludó a la multitud que le vitoreaba.

A continuación, elevó una mano pidiendo silencio y se dirigió a todos ellos cuando disminuyeron los vítores.

—No me ovacionéis a mí..., sino a Mahtan Just. Fue él quien se ganó los trofeos. Mirad... —Abrió las palmas de las manos y las mostró a la multitud—. ¡Yo no tengo nada! —Hubo grandes risas—. Que continúe el festival —terminó diciendo al tiempo que se sentaba.

Bowgentle había recuperado su compostura. Ahora, se inclinó hacia el conde Brass.

—Y ahora, amigo mío, ¿seguís afirmando que no queréis veros involucrado en las luchas de los demás?

—Eres infatigable, Bowgentle —dijo el conde sonriéndole—. Sin lugar a dudas, esto no ha sido más que un asunto local, ¿no es cierto?

—Si seguís conservando vuestros sueños sobre un continente unido, los asuntos de Europa deberían ser locales para vos —replicó Bowgentle acariciándose la barbilla—. ¿No es cierto?

La expresión del conde Brass se hizo muy seria por un momento.

—Quizá... —empezó a decir, pero después sacudió la cabeza y se echó a reír—. ¡Oh, insidioso Bowgentle! ¡Aún

te las arreglas para confundirme de vez en cuando!

Pero más tarde, cuando abandonaron el palco e iniciaron el regreso hacia el castillo, el conde Brass tenía fruncido el ceño.

Cuando el conde Brass y su séquito entraron a caballo en el patio de armas del castillo, un soldado echó a correr hacia ellos señalando con el brazo un carruaje ornamentado y un grupo de caballos negros y emplumados con sillas de una artesanía desconocida, que en aquellos momentos se encargaban de quitar los caballerizos.

—Señor —informó el soldado con voz entrecortada—, han llegado visitantes al castillo mientras estabais en la arena. Son visitantes nobles, aunque no sé si los queréis recibir.

El conde Brass contempló el carruaje. Era de metal batido, de un dorado oscuro, hecho de acero y cobre, con incrustaciones de madreperlas, plata y ónice. Había sido diseñado para que pareciera una bestia grotesca, con sus patas extendidas para formar garras que sostenían los ejes de las ruedas. Su cabeza era como la de un reptil, con ojos de rubí ahuecados desde arriba para formar así un asiento para el conductor. En las puertas se veía un elaborado escudo de armas dividido en cuartos representando armas animales de aspecto extraño y símbolos de una naturaleza oscura, aunque perturbadora. El conde Brass reconoció el diseño del carruaje, así como el escudo de armas. El primero era producto de la artesanía de los locos herreros de Granbretan, mientras que el segundo era el escudo de armas de uno de los nobles más poderosos e infames de aquella nación.

—Es el barón Meliadus de Kroiden —dijo el conde Brass al tiempo que desmontaba—. ¿Qué asunto puede traer a un señor tan grande a nuestra pequeña provincia rural? —Había hablado con cierta ironía, a pesar de lo cual su voz pareció algo preocupada. Miró a Bowgentle cuando el filósofo poeta desmontó y se le acercó—. Le trataremos con cortesía, Bowgentle —dijo el conde, advirtiéndole de sus intenciones—. Le mostraremos cómo es la hospitalidad del castillo de Brass. No tenemos ninguna disputa con los lores de Granbretan.

—Quizá no en estos momentos —dijo Bowgentle, hablando con evidente precaución.

Seguidos por Yisselda y Von Villach, el conde Brass y Bowgentle subieron los escalones y entraron en el gran salón, donde encontraron al barón Meliadus, que les estaba esperando, a solas.

El barón era casi tan alto como el propio conde Brass. Iba vestido con telas brillantemente negras y azul oscuras. Y hasta su máscara animal enjoyada, que le cubría toda la cabeza como si fuera un casco, estaba hecha de un extraño metal negro y mostraba por ojos unos zafiros de un intenso azul. La máscara tenía la forma de un lobo en actitud de gruñir, lo que le permitía mostrar unos agudos dientes como agujas en sus quijadas abiertas. De pie entre las sombras del salón, con la mayor parte de su armadura negra envuelta en su capa, igualmente negra, el barón Meliadus podría haber sido uno de los míticos dioses-bestia que aún eran adorados en los territorios situados más allá del mar Medio. Cuando ellos entraron, levantó las manos enfundadas en guanteletes negros, y se quitó la máscara, poniendo al descubierto una cabeza pálida y pesada, con una barba y un bigote negros bien cuidados. Su pelo también era negro y espeso y sus ojos mostraban un extraño color azul pálido. Aparentemente, el barón iba desarmado, quizá como muestra de que había acudido en son de paz. Se inclinó lentamente y habló con un tono de voz bajo y musical.

—Saludos, famoso conde Brass, y os ruego disculpéis esta repentina intrusión. Envié mensajeros para anunciarme, pero desgraciadamente llegaron cuando ya habíais salido. Soy el barón Meliadus de Kroiden, Gran Guarda de la Orden del Lobo, primer lugarteniente de los ejércitos de nuestro gran rey-emperador Huon...

—Conozco vuestras grandes hazañas, barón Meliadus —dijo el conde Brass inclinando la cabeza a modo de saludo—, y he reconocido vuestras armas en vuestro carruaje. Sed bienvenido. El castillo de Brass es vuestro mientras decidáis quedaros. Nuestra comida es simple, me temo, en comparación con la riqueza con la que he oído se sirve la mesa del ciudadano más sencillo de ese poderoso imperio de Granbretan. pero ésa también os la ofrecemos.

—Vuestra cortesía y hospitalidad avergüenzan a las de la Granbretan, poderoso héroe —dijo el barón Meliadus con una sonrisa—. Os lo agradezco.

El conde Brass presentó a su hija y el barón avanzó unos pasos para inclinarse ante ella y besarle la mano, evidentemente impresionado por su extraordinaria belleza. Después, se mostró cortés con Bowgentle,

demostrando estar familiarizado con los escritos del poeta filósofo, aunque a Bowgentle se le notó en la voz el esfuerzo que tuvo que hacer para ser amable. En cuanto a Von Villach, el barón Meliadus le recordó varias famosas batallas en las que se había distinguido el viejo guerrero, que ahora se sintió visiblemente complacido.

A pesar de todas estas exquisitas cortesías y palabras elaboradamente altisonantes, se podía percibir la existencia de una cierta tensión en el salón. Bowgentle fue el primero en presentar sus excusas y, poco después, Yisselda y Von Villach se marchaban discretamente, permitiendo así que el barón Meliadus abordara libremente el tema que le había traído al castillo de Brass. La mirada del barón Meliadus siguió durante un momento a la figura de la joven, mientras ésta abandonaba el salón.

Los sirvientes trajeron vino y refrescos, y los dos hombres tomaron asiento en pesados sillones tallados.

El barón Meliadus miró al conde Brass por encima del borde de su copa.

—Sois un hombre de mundo, milord —dijo—. Lo sois en todos los sentidos. Estoy seguro de que apreciaréis el hecho de que mi visita se haya visto alentada por algo más que la urgencia de disfrutar de las vistas de vuestra hermosa provincia.

El conde Brass sonrió ligeramente, agradándole la franqueza del barón.

—Sí que es hermosa —admitió—. Por mi parte, es un verdadero honor encontrarme con un noble tan famoso de la corte del gran rey Huon.

—Un sentimiento que comparto con respecto a vos —replicó el barón Meliadus—. Sois, sin duda, el héroe más famoso en toda Europa, y quizás el más famoso de su historia. Resulta casi alarmante descubrir que, después de todo, estáis hecho de carne y hueso y no de metal.

Se echó a reír y el conde Brass rió con él.

—He tenido bastante buena suerte —dijo el conde Brass—. Y el destino se ha mostrado amable conmigo, ya que, al parecer, ha colaborado en confirmar mis juicios. ¿Quién puede decir si la época en que vivimos es buena para mí, o yo soy bueno para esta época?

—Vuestra filosofía rivaliza con la de vuestro amigo, el señor Bowgentle —dijo el barón Meliadus—, y confirma lo que he oído decir sobre vuestra sabiduría y buen juicio. Nosotros, en Granbretan, nos enorgullecemos de nuestras propias capacidades en ese sentido, pero creo que podríamos aprender mucho de vos.

—Yo sólo domino los detalles —replicó el barón Brass—, pero vos, en cambio, tenéis el talento de comprender el esquema general de las cosas.

Trató de averiguar, a partir de la expresión del rostro de Meliadus, hacia dónde quería llevar la conversación, pero aquel rostro permaneció inexpresivo.

—Precisamente son los detalles lo que necesitamos —dijo el barón Meliadus—, sobre todo si queremos que nuestras ambiciones generales se conviertan en realidad con toda la rapidez que nos gustaría.

Ahora, el conde Brass comprendió la razón de la presencia allí del barón Meliadus, aunque no lo dejó entrever; únicamente pareció algo extrañado y se inclinó amablemente para servir más vino a su huésped.

—Tenemos la misión de gobernar toda Europa —dijo el barón Meliadus.

—Ese parece ser vuestro destino —dijo el conde Brass, mostrándose de acuerdo—. Y, en principio, apoyo tal ambición.

—Me alegro de ello, conde Brass. A menudo se nos describe engañosamente y, según parece a veces, tenemos muchos enemigos dedicados a extender calumnias sobre nosotros por todo el globo.

—A mí no me interesan ni la verdad ni la falsedad de tales rumores —le dijo el conde Brass—. Yo únicamente creo en vuestras actividades generales.

—En tal caso, ¿quiere eso decir que no os opondríais a la extensión de nuestro imperio? —preguntó el barón Meliadus mirándole atentamente.

—Sólo en un caso particular —contestó el barón Brass sonriendo—. En el caso particular de este territorio que protejo, la Camarga.

—En tal caso, ¿estaríais de acuerdo en obtener la seguridad de un tratado de paz entre nosotros?

—No veo la necesidad de hacerlo. Tengo la seguridad de mis torres.

—Hmmm... —murmuró el barón Meliadus mirando el suelo.

—¿Ha sido ésa la razón por la que habéis venido, lord barón? ¿Para proponerme un tratado de paz? ¿O incluso, quizá, para proponer una alianza?

—Una alianza de objetivos —asintió el barón Meliadus.

—Yo no me opondría ni os apoyaría en la mayor parte de los casos —le dijo el conde Brass—. Sólo me opondría si atacarais mis territorios. En cuanto a mi apoyo, únicamente lo tenéis en mi actitud de considerar que, en estos momentos, Europa necesita una fuerza unificadora.

El barón Meliadus guardó un momento de silencio, pensativo, antes de hablar.

—¿Y si esa unificación se viera amenazada? —preguntó por fin.

—No creo que pueda serlo —replicó el conde Brass riendo—. En estos momentos no existe poder alguno capaz de resistir a la Granbretan.

—Tenéis razón al pensar así —admitió el barón con los labios apretados—. Nuestra lista de victorias casi nos aburre. Pero cuanto más conquistamos, tanto más extendemos nuestras fuerzas. Si, por ejemplo, conociéramos tan bien como vos las cortes de Europa, sabríamos en quién confiar y de quién desconfiar, y de ese modo podríamos concentrar nuestra atención en los puntos débiles. Tenemos, por ejemplo, al gran duque Ziminon como gobernador nuestro en Normandía. —El barón Meliadus miró cautelosamente al conde Brass—. ¿Diríais que hemos acertado al elegirlo? Intentó apoderarse del trono de Normandía cuando lo poseía su primo Jewelard. ¿Creéis que se sentirá satisfecho con el trono estando bajo nuestro dominio?

—Ziminon, ¿eh? —dijo el conde Brass sonriendo—. Ayudé a derrotarlo en Rouen.

—Lo sé. Pero ¿qué opinión os merece?

La sonrisa del conde Brass se hizo más amplia al ver la ansiedad en la actitud del barón Meliadus. Ahora sabía con toda exactitud qué quería de él la Granbretan.

—Es un jinete excelente y ejerce cierta fascinación sobre las mujeres —dijo.

—Eso no nos ayuda a valorar hasta qué punto podemos confiar en él —dijo el barón dejando la copa de vino sobre la mesa, con un gesto casi impaciente.

—Cierto —admitió el conde Brass. Levantó la vista hacia el gran reloj de pared que colgaba sobre la chimenea. Sus manecillas doradas mostraban las once de la noche. Su enorme péndulo se balanceaba lentamente de un lado a otro, arrojando sobre la pared una sombra oscilante. En aquel momento empezaron a sonar las horas—. En el castillo de Brass solemos acostarnos temprano —dijo el conde con naturalidad—. Me temo que aquí vivimos como los campesinos de nuestro territorio. —Se levantó del sillón—. Haré que un sirviente os muestre vuestras habitaciones. Vuestros hombres ya han sido alojados en estancias cercanas a las vuestras.

Una débil sombra se extendió sobre el rostro del barón Meliadus.

—Conde Brass..., sabemos de vuestra habilidad política, de vuestra sabiduría y amplio conocimiento sobre todas las debilidades y fortalezas de las cortes europeas. Queremos emplear esos conocimientos. A cambio de lo cual os ofrecemos riquezas, poder, seguridad...

—En cuanto a las dos primeras, tengo todo lo que necesito, y con respecto a la tercera, estoy lo bastante seguro —replicó el conde Brass con suavidad al tiempo que tiraba de un cordón—. Espero que me disculpéis por estar tan cansado y deseando acostarme. He tenido una tarde muy ajetreada.

—Escuchad la voz de la razón, milord conde, os lo ruego —dijo el barón Meliadus, haciendo un evidente esfuerzo por parecer amable.

—Espero que os quedéis algún tiempo con nosotros, barón, y podáis comunicarnos todas las noticias. —En ese momento apareció un sirviente—. Mostrad sus habitaciones a nuestro huésped, por favor —le dijo al sirviente. Después, inclinándose hacia el barón, añadió—: Buenas noches, barón Meliadus. Espero veros mañana durante el desayuno, que aquí tomamos a las ocho.

Una vez que el barón se hubo marchado en pos del sirviente, el conde Brass permitió que en su rostro se reflejara una parte del regocijo que sentía. Era muy agradable saber que la Granbretan buscaba su ayuda, pero él no tenía la menor intención de concedérsela. Confiaba en que podría resistirse amablemente a las peticiones del barón, pues no sentía el menor deseo de enemistarse con el Imperio Oscuro. Además, el barón Meliadus le caía bien. Ambos parecían compartir ciertas cualidades comunes.

4. La lucha en el castillo de Brass

El barón Meliadus permaneció durante una semana en el castillo de Brass. Después de la entrevista de la primera noche, logró recuperar su compostura y no volvió a mostrar el menor signo de impaciencia ante el conde Brass por su persistente negativa a escuchar los incentivos y propuestas de Granbretan.

Quizás el barón no se quedó en el castillo de Brass únicamente a causa de su misión, ya que fue evidente la gran atención que dedicó a Yisselda. Se mostró particularmente agradable y cortés con ella, hasta el punto de que la joven no dejó de sentirse atraída por él, sobre todo porque no estaba familiarizada con las actitudes sofisticadas habituales en las grandes cortes.

El conde Brass no pareció darse cuenta de ello. Una mañana, mientras paseaban por las terrazas superiores del jardín del castillo, Bowgentle habló con su amigo.

—El barón Meliadus no sólo parece interesado en seduciros para la causa de la Granbretan —dijo—. Si no me equivoco, tiene en mente ejercer otra clase de seducción.

—¿Eh? —El conde Brass dejó de contemplar los viñedos que se extendían por la terraza de abajo—. ¿Qué otra cosa anda buscando?

—A vuestra hija —contestó Bowgentle con suavidad.

—Oh, vamos, Bowgentle —dijo el conde riendo—. Veis malicia y malvadas intenciones en todas las acciones de ese hombre. Es un caballero, un noble. Y, además, quiere obtener algo de mí. Jamás permitiría que la ambición se viera entorpecida por un flirteo. Creo que os mostráis injusto con el barón Meliadus. A mí ha empezado a gustarme.

—En tal caso, ya va siendo hora de que volváis a comprometeros con la política, amigo mío —dijo Bowgentle con una mirada muy intensa, aunque hablando con suavidad—, porque, al parecer, vuestro juicio ya no es tan agudo como solía ser.

—Como quieras —replicó el conde Brass encogiéndose de hombros—. Creo que os estáis convirtiendo en una vieja gruñona, amigo mío. El barón Meliadus se ha comportado con todo decoro desde su llegada. Admito que está despilfarrando su tiempo al quedarse aquí y desearía que se marchara pronto, pero si guarda alguna intención con respecto a mi hija, os aseguro que no me he dado cuenta de nada. Puede desear casarse con ella, desde luego, con el propósito de establecer un lazo de sangre entre nosotros y la Granbretan, pero Yisselda jamás consentiría aceptar esa idea. Y yo tampoco.

—¿Qué sucedería si Yisselda amara al barón Meliadus y él sintiera pasión por ella?

—¿Cómo podría ella amar al barón Meliadus?

—Es una jovencita que ha visto muy pocos hombres tan elegantes y sofisticados en la Camarga.

—Hmmm —gruñó el conde con cierto desprecio—. Si amara al barón me lo habría dicho, ¿no os parece? Creeré en vuestra historia cuando la vea confirmada de los propios labios de Yisselda.

Bowgentle se preguntó si la negativa del conde a ver la verdad se veía estimulada por un secreto deseo de no querer saber nada sobre el verdadero carácter de quienes gobernaban Granbretan, o bien si se trataba simplemente de la habitual incapacidad de los padres para ver en sus hijos lo que era tan perfectamente evidente para los demás. Bowgentle decidió vigilar atentamente tanto al barón Meliadus como a la joven Yisselda. No podía creer que el juicio del conde fuera correcto tratándose, como se trataba, del nombre que había causado la masacre de Lieja, el mismo que había dado la orden de entrar a saco en Sahbruck, y cuyos perversos apetitos eran el horror de todas las murmuraciones, desde el cabo Norte hasta Túnez. Tal y como él mismo había admitido, el conde llevaba demasiado tiempo viviendo en el campo, respirando el limpio aire rural. Ahora, ni siquiera era capaz de reconocer la nauseabunda hediondez de la corrupción cuando la olía.

A pesar de que el conde Brass se mostró reticente en sus conversaciones con el barón Meliadus, el granbretaniano pareció dispuesto a contarle muchas cosas. Al parecer, había nobles y campesinos descontentos, incluso allí donde no gobernaba Granbretan, dispuestos a establecer tratados secretos con los agentes del Imperio

Oscuro, obteniendo la promesa de alcanzar poder bajo el rey-emperador si ayudaban a destruir a quienes se oponían a Granbretan. Y, al parecer, las ambiciones de Granbretan se extendían más allá de Europa y penetraban en Asia. Al otro lado del Mediterráneo había grupos bien establecidos y dispuestos a apoyar al Imperio Oscuro cuando llegara el momento del ataque. A cada día que pasaba aumentaba la admiración del conde Brass por las habilidades tácticas del imperio.

—Dentro de veinte años —dijo el barón Meliadus—, toda Europa será nuestra. Dentro de treinta habremos ocupado toda Arabia y los países que la rodean. Dentro de cincuenta, tendremos la fuerza necesaria para atacar ese misterioso territorio de nuestros mapas al que denominamos Asiacomunista.

—Un nombre antiguo y romántico —sonrió el conde Brass—, lleno de grandes embrujos, según se dice. ¿No es allí donde está el Bastón Rúnico?

—Eso es lo que se dice..., que está en la más alta montaña del mundo, allí donde la nieve se arremolina y los vientos aullan constantemente, protegido por hombres peludos de una increíble sabiduría y edad, que tienen más de tres metros de altura y rostros de mono. —El barón Meliadus sonrió—. Pero se dice que el Bastón Rúnico está en muchos lugares..., en Amarehk, por ejemplo.

—Ah —asintió el conde Brass—, Amarehk, ¿incluís ese territorio en vuestros sueños de crear un gran imperio?

Amarehk era el gran continente que, según se decía, se encontraba al otro lado del océano, hacia el oeste, gobernado por seres de poderes casi divinos. Tenían la reputación de llevar unas vidas abstractas, tranquilas y remotas. Según afirmaban las historias que se contaban, la suya era la civilización que menos había sufrido los efectos del trágico Milenio, cuando el resto del mundo se colapso en diversos grados de ruina. El conde Brass bromeó al mencionar Amarehk, pero el barón Meliadus le miró de soslayo, con un extraño brillo en sus ojos pálidos.

—¿Por qué no? —replicó—. Asaltaría los muros del cielo si supiera dónde están.

Molesto, el conde Brass le dejó a solas poco después, preguntándose por primera vez si su decisión de permanecer neutral era tan prudente como él mismo creía.

A Yisselda, aun siendo tan inteligente como su padre, le faltaba tanto su experiencia como su habitual buen juicio. La infame reputación del barón le parecía incluso atractiva y, al mismo tiempo, no podía creer que fueran ciertas todas las historias que se contaban sobre él. Porque, cuando se dirigía a ella, era tan suave, su voz era tan cultivada cuando alababa su gracia y su belleza, que creía ver a un hombre de temperamento amable, obligado a parecer severo y rudo a causa de las exigencias de su cargo y al papel que jugaba en la historia.

Ahora, por tercera vez desde su llegada, Yisselda abandonó su dormitorio a altas horas de la noche para acudir a una cita amorosa con él en la torre oeste, que no se utilizaba desde que se cometiera allí el sangriento asesinato del anterior lord Protector.

Sus encuentros eran bastante inocentes... Se cogían de las manos, se besaban suavemente, susurraban palabras de amor, y él hablaba de matrimonio. Aunque todavía no estaba segura de esa última sugerencia (pues amaba a su padre y tenía la sensación de que le haría mucho daño si se casaba con el barón Meliadus), no podía resistir las atenciones que el barón le prodigaba. Ni siquiera estaba segura de que fuera amor lo que sentía por él, pero le gustaba la sensación de aventura y excitación que le proporcionaban aquellos encuentros.

En esta ocasión particular, mientras se deslizaba rápida y sigilosamente por los oscuros pasillos, no se dio cuenta de que la estaban siguiendo. Detrás de ella avanzaba una figura envuelta en una capa negra, que llevaba en la mano derecha una larga daga enfundada en un tahalí de cuero.

Con el corazón latiéndole violentamente en el pecho y los rojos labios ligeramente abiertos en una semisonrisa, Yisselda subió rápidamente los escalones que conducían a la torre, hasta llegar a la pequeña estancia de la torre, donde ya la estaba esperando el barón.

El hombre se inclinó cortésmente ante ella y después la estrechó entre sus brazos, acariciando su piel suave a través del ligero batín de seda que llevaba puesto. En esta ocasión, su beso fue más firme, casi brutal, y la respiración de la joven se hizo más profunda al devolvérselo, aferrándose a su espalda cubierta de cuero. Entonces, la mano del barón descendió hacia su cintura y después hacia su muslo y, por un momento, ella apretó

estrechamente su cuerpo contra el del hombre, tratando después de apartarse al experimentar una creciente y desconocida sensación de pánico.

Pero él la retuvo, jadeante. Un rayo de luz lunar penetró por la estrecha ventana iluminando el rostro del barón y poniendo al descubierto su ceño fruncido y la expresión de odio de sus ojos.

—Yisselda, tenéis que casaros conmigo. Podemos abandonar el castillo de Brass esta misma noche y mañana ya estaremos más allá de las torres. Vuestro padre no se atreverá a seguirnos hasta Granbretan.

—Mi padre se atrevería a cualquier cosa —dijo ella totalmente convencida—, pero creo, milord, que no tengo el menor deseo de causarle problemas.

—¿Qué queréis decir?

—Quiero decir que no me casaré sin su consentimiento.

—¿Estará él de acuerdo?

—Creo que no.

—En tal caso...

Ella trató de apartarse, pero las fuertes manos del barón la sujetaron por los brazos. Ahora, Yisselda tuvo miedo, y se preguntó cómo era posible que su pasión anterior pudiera transformarse tan rápidamente en miedo.

—Tengo que marcharme —dijo.

—¡No! Yisselda, no estoy acostumbrado a que nadie se oponga a mi voluntad. En primer lugar, tu obstinado padre se niega a aceptar lo que le pido... ¡Y ahora tú! ¡Te mataré si no me prometes venir conmigo a Granbretan! —la amenazó, atrayéndola con más fuerza hacia él e intentando besarla.

Yisselda gimió, al tiempo que trataba de resistirse.

En ese momento, la figura envuelta en la capa negra entró en la estancia, desenvainando la larga daga de su funda. El acero brilló a la luz de la luna y el barón Meliadus miró al intruso con una expresión de cólera, pero no por ello soltó a la muchacha.

—Soltadla —dijo la oscura figura—. Si no lo hacéis, olvidaré todos los principios y os mataré aquí mismo.

—¡Bowgentle! —exclamó Yisselda entre sollozos—. Buscad a mi padre... ¡No sois lo bastante fuerte para enfrentaros con él!

El barón Meliadus se echó a reír y arrojó a Yisselda hacia un rincón de la pequeña estancia.

—¿Luchar? No será una lucha con vos, filósofo... Será una carnicería. Apartaos y os dejaré en paz..., pero debo llevarme a la muchacha.

—Marchaos solo —replicó Bowgentle—. Hacedlo así, por los dioses, pues no quiero tener vuestra muerte sobre mi conciencia. Pero Yisselda se queda conmigo.

—Ella viene conmigo esta misma noche..., ¡tanto si quiere como si no! —Meliadus se apartó la capa con un gesto brusco, revelando una corta espada colgando de su cinto—. Apartaos, señor Bowgentle. En caso contrario, os prometo que jamás escribiréis un soneto sobre este asunto.

Bowgentle se mantuvo firme, con la daga extendida hacia el pecho del barón Meliadus.

El granbretaniano echó mano de la empuñadura de su espada y la desenvainó con un rápido movimiento.

—¡Tenéis una última oportunidad, filósofo!

Bowgentle no dijo nada. Sus ojos, algo vidriosos, no parpadearon. Únicamente la mano que sostenía la daga tembló ligeramente.

Yisselda gritó. Su grito fue agudo y penetrante y su eco pareció recorrer todo el castillo.

El barón Meliadus se volvió en un acceso de cólera, levantando la espada.

Bowgentle avanzó, lanzando un desmañado tajo con la daga, que fue desviado por el resistente peto de cuero que llevaba puesto el barón. Meliadus se volvió de nuevo hacia él con una risa despreciativa, y su espada golpeó dos

veces el cuerpo de Bowgentle, una en la cabeza y otra en el torso. El poeta filósofo cayó sobre las losas, que quedaron manchadas con su sangre. Yisselda volvió a gritar, esta vez llena de terror y compasión por el fiel amigo de su padre. El barón Meliadus se volvió hacia ella y la agarró por un brazo, se lo retorció hasta dejarla sin aliento y, con un rápido movimiento, se echó su cuerpo sobre un hombro. Inmediatamente después, abandonó la pequeña estancia de la torreta y empezó a descender la escalera con rapidez.

Tenía que cruzar el salón principal para llegar a sus propios aposentos. Al entrar en él escuchó un rugido procedente del otro lado. A la luz de los rescoldos de la chimenea, vio al conde Brass, vestido sólo con una túnica suelta, con su gran espada de hoja ancha en las manos, bloqueando la puerta por la que tenía que pasar el barón Meliadus.

—¡Padre! —gritó Yisselda.

El granbretaniano la dejó a un lado y blandió su corta espada ante el conde Brass.

—De modo que Bowgentle tenía razón —retumbó la voz del conde Brass—. Abusáis de mi hospitalidad, barón.

—Quiero a vuestra hija. Ella me ama.

—Eso parece. —El conde Brass miró a Yisselda al tiempo que ésta se incorporaba, sollozando—. Defendeos, barón.

—Tenéis una espada de hoja ancha —dijo el barón Meliadus frunciendo el ceño—. Mi hoja no es más que un punzón. Además, no deseo luchar contra un hombre de vuestra edad. Sin duda alguna, podemos hacer las paces...

—¡Padre..., ha matado a Bowgentle!

Al escuchar estas palabras, el cuerpo del conde Brass tembló de rabia. Se dirigió hacia el muro, donde había una panoplia con espadas, cogió la mayor de ellas y se la arrojó al barón Meliadus. El arma se estrelló ruidosamente sobre las losas. Meliadus dejó caer su pequeña espada y recogió la otra del suelo. Ahora tenía ventaja, pues llevaba puesto el peto de duro cuero, mientras que el conde no llevaba puesto más que una bata de lino.

El conde Brass avanzó hacia él, con la espada en alto, y lanzó un tajo contra el barón Meliadus que lo detuvo, desviándolo. Las pesadas hojas se cruzaron de uno y otro lado, y el estrépito que producían llenó el salón. Ante el ruido, acudieron los sirvientes del castillo, así como los soldados del barón. Todos contemplaron desconcertados la escena, sin saber qué hacer. Poco después llegaron Von Villach y sus hombres; los granbretanianos comprendieron que estaban en inferioridad numérica y decidieron no hacer nada.

Los destellos producidos por el choque de las hojas surgieron en la semipenumbra del salón, mientras los dos hombres continuaban su duelo, levantando y dejando caer sus espadas, moviéndose de un lado a otro, deteniendo y desviando cada estocada con suma habilidad. El sudor cubría los rostros de ambos hombres, que jadeaban pesadamente.

El barón Meliadus lanzó un tajo hacia el hombro del conde Brass, pero sólo logró arañarle. La espada del conde cayó sobre el costado del barón, pero su penetración quedó bloqueada por el espeso cuero del peto. Se intercambiaron una serie de rápidos golpes, a cada uno de los cuales parecía como si ambos hombres fueran a quedar cortados en trozos, pero cuando retrocedieron y volvieron a ponerse en guardia, el conde Brass sólo tenía un ligero corte en la frente y el batín rasgado, mientras que la capa del barón Meliadus había quedado desgarrada.

El sonido de sus jadeos y de sus fuertes pisadas sobre las losas del suelo quedaba apagado por el estruendo de las hojas al entrechocar cada vez que se encontraban, lanzándose el uno contra el otro.

Entonces, el conde Brass tropezó con una pequeña mesa y cayó hacia atrás, con las piernas extendidas, al tiempo que la espada se le escapaba de entre las manos. El barón Meliadus sonrió, satisfecho, y levantó su arma, dispuesto a descargar su golpe mortal; el conde Brass rodó sobre sí mismo, se lanzó hacia las piernas del barón y lo hizo caer a su lado.

Con las espadas olvidadas por el momento, ambos se enzarzaron en una dura lucha cuerpo a cuerpo sobre las losas, golpeándose fieramente.

Entonces, el barón se hizo rápidamente hacia atrás y se puso en pie de un salto, pero el conde Brass también se incorporó en seguida agarrando su espada y pegándole una patada a la espada del barón, enviándola hacia el otro lado del salón, donde quedó incrustada en una columna de madera, temblando como un junco de metal al rojo.

En la mirada del conde Brass no había el menor asomo de piedad; sólo había en sus ojos la intención de matar al barón Meliadus.

—Habéis matado a mi más leal y mejor amigo —rugió, levantando la espada.

Lentamente, el barón Meliadus cruzó los brazos sobre su pecho y esperó el golpe, con la mirada baja y una expresión casi de aburrimiento en su rostro.

—Habéis matado a Bowgentle, y por eso os voy a matar.

—¡Conde Brass!

El conde vaciló, con la espada aún levantada por encima de su cabeza.

La voz que acababa de sonar era la de Bowgentle.

—Conde Brass, no me ha matado. Me alcanzó con la hoja, no con el filo. Y la herida que me ha hecho en el pecho no es mortal.

Bowgentle avanzó por entre los presentes, cubriéndose la herida con la mano. Tenía un gran moretón en la frente.

El conde Brass suspiró.

—Agradecédselo al destino, Bowgentle. A pesar de todo... —Se volvió para contemplar al barón Meliadus—. Este villano ha abusado de mi hospitalidad, ha insultado a mi hija, ha herido a mi amigo...

El barón Meliadus levantó la mirada para encontrarse con la del conde.

—Perdonadme, conde Brass. La pasión que me ha producido la belleza de Yisselda ha cegado mi cerebro y me ha poseído como un demonio. No os pido compasión, ahora que amenazáis mi vida, pero sí os pido que comprendáis que sólo han sido las emociones humanas más honestas las que me han impulsado a hacer lo que hice.

—No puedo perdonaros, barón —dijo el conde Brass sacudiendo la cabeza—. No estoy dispuesto a seguir escuchando vuestras insidiosas palabras. Tenéis que marcharos del castillo de Brass ahora mismo y haber salido de mis territorios mañana por la mañana. En caso contrario, pereceréis.

—¿Os arriesgaríais a ofender a Granbretan?

—No ofendo al Imperio Oscuro —replicó el conde Brass con un encogimiento de hombros—. En cuanto se sepa la verdad de lo que ha sucedido aquí esta noche, os castigarán por vuestros errores, y no vendrán contra mí por haber hecho justicia. Habéis fracasado en vuestra misión. Sois vos quien me habéis ofendido a mí..., no yo a Granbretan.

El barón Meliadus no dijo nada más, y rabioso se dirigió a sus aposentos para preparar su partida. Deshonrado y encolerizado, no tardó en hallarse en su extraño carruaje y cruzar las puertas del castillo apenas media hora después. No se despidió de nadie.

El conde Brass, Yisselda, Bowgentle y Von Villach permanecieron en el patio de armas viéndole marchar.

—Teníais razón, Bowgentle —murmuró el conde—. Tanto Yisselda como yo mismo fuimos engañados por ese hombre. No permitiré que ningún otro emisario de Granbretan visite el castillo de Brass.

—¿Os dais cuenta de que se tiene que luchar contra el Imperio Oscuro hasta destruirlo? —preguntó Bowgentle lleno de esperanza.

—Yo no he dicho eso. No creo que vayamos a tener más problemas ni con Granbretan ni con el barón Meliadus.

—Os equivocáis —dijo Bowgentle muy convencido.

Mientras tanto, en su oscuro carruaje que traqueteaba por entre la noche dirigiéndose hacia los límites septentrionales de Camarga, el barón Meliadus hablaba en alta voz consigo mismo, haciendo un solemne juramento ante el objeto sagrado más misterioso que conocía. Juró por el Bastón Rúnico (ese artefacto perdido del que se decía que contenía todos los secretos del destino) que se apoderaría del conde Brass, utilizando para ello todos los medios a su alcance, que poseería a Yisselda, y que la Camarga se convertiría en un gran horno en el que perecerían todos sus habitantes.

Así lo juró por el Bastón Rúnico, y de ese modo quedó irrevocablemente decidido el destino del barón Meliadus, del conde Brass, de Yisselda, el Imperio Oscuro y de todos aquellos que participaron ahora o participarían en el futuro en los acontecimientos ocurridos y por ocurrir en el castillo de Brass.

De ese modo se había iniciado la representación, se había preparado el decorado y se había levantado el telón. Ahora, las máscaras deberían cumplir con su destino.

Libro segundo

2.Dorian Hawkmoon

Quienes se atreven a jurar por el Bastón Rúnico tienen que beneficiarse o sufrir las consecuencias del modelo fijo de destino que acaban de poner en movimiento con su juramento. A lo largo de la historia de la existencia del Bastón Rúnico se han hecho algunos de tales juramentos, pero ninguno de ellos con tan vastos y terribles como el poderoso juramento de venganza hecho por el barón Meliadus de Kroiden el año antes de que Dorian Hawkmoon de Colonia apareciera en las páginas de esta antigua narración.

—LA ALTA HISTORIA DEL BASTÓN RÚNICO

El barón Meliadus regresó a Londra, la tenebrosa capital del Imperio Oscuro, llena de torres, y meditó obsesivamente durante casi un año antes de poner en marcha su plan. Durante todo ese tiempo, otros asuntos de Granbretan le mantuvieron ocupado. Hubo rebeliones que reprimir, ejemplos que dar a ciudades recién conquistadas, nuevas batallas que planificar y ganar, y gobernadores marioneta a los que entrevistar y situar en el poder.

El barón Meliadus cumplió con todas estas responsabilidades con fidelidad e imaginación, pero no desapareció de sus pensamientos ni su pasión por Yisselda ni el odio que sentía por el conde Brass. Seguía sintiéndose frustrado, a pesar de no haber sufrido ignominia alguna por su fracaso en ganarse al conde Brass para la causa de Granbretan. Además, siempre tenía que enfrentarse con problemas en los que el conde podría haberle ayudado con suma facilidad. Cada vez que surgía uno de tales problemas, el cerebro del barón Meliadus no dejaba de imaginar una docena distinta de formas de vengarse, pero ninguna de ellas le parecía adecuada para conseguir todo lo que él exigía. Tenía que poseer a Yisselda, obtener la ayuda del conde para manejar los asuntos de Europa, y tenía que destruir la Camarga, tal y como había jurado hacer. Se trataba, pues, de ambiciones incompatibles entre sí.

En su alta torre de obsidiana, desde la que se dominaba el enrojecido río Tayme, por donde las barcasas de bronce y ébano transportaban las mercancías llegadas a la costa, el barón Meliadus se paseaba preocupadamente por su atestado despacho, con sus tapices de colores marrones, negros y azules, algo desvaídos por el paso del tiempo, sus relojes de metales preciosos y gemas, sus globos y astrolabios de hierro batido, latón y plata, sus muebles de madera oscura y bien pulimentada, y sus alfombras de pelo espeso que imitaban los colores de las hojas otoñales.

Alrededor de él, en las paredes, en cada uno de los estantes y de los ángulos, estaban sus relojes. Todos perfectamente sincronizados, y que daban los cuartos, las medias horas y las horas, muchos de ellos con efectos musicales. Tenían diversas formas y tamaños y se alojaban en cajas de metal, de madera e incluso de sustancias menos reconocibles. La mayor parte de ellos mostraba tallas ornamentales, hasta el punto de que, a veces, resultaba difícil saber con exactitud la hora que marcaban. Se trataba de piezas obtenidas en su mayoría de las regiones de Europa y el Oriente Próximo, como botín de una serie de provincias conquistadas. Esta colección representaba lo que el barón Meliadus más quería de entre todas sus posesiones. No sólo su despacho, sino todas las estancias de la vasta torre estaban llenas de relojes. En la parte más alta de la torre había un enorme reloj de cuatro caras, hecho de bronce, ónice, oro, plata y platino, y cuando sus grandes campanas eran golpeadas por figuras de muchachas desnudas, de tamaño natural, que sostenían martillos en sus manos, toda Londra escuchaba sus ecos. Los relojes rivalizaban en variedad con los del cuñado de Meliadus, Taragorm, el señor del palacio del Tiempo, a quien Meliadus detestaba profundamente como rival, debido a los extraños afectos que sentía por su perversa y caprichosa hermana.

El barón Meliadus interrumpió su paseo y cogió un pergamino de la mesa. Contenía la última información recibida de la provincia de Colonia, a la que apenas dos años antes Meliadus había sometido a un duro y ejemplar

castigo. Al parecer, aquello no había sido suficiente, ya que el hijo del viejo duque de Colonia (a quien Meliadus había arrancado personalmente las entrañas en la plaza pública de la capital) se había rebelado al frente de un ejército que casi había conseguido vencer a las fuerzas de ocupación de Granbretan. De no haberse enviado refuerzos rápidamente, sobre todo en forma de ornitópteros armados con lanzas de fuego de amplio radio de acción, el Imperio Oscuro podría haber perdido temporalmente la provincia de Colonia.

Pero los ornitópteros destrozaron a las fuerzas del joven duque, que fue hecho prisionero. El duque no tardaría en llegar a Londra, y sus sufrimientos servirían para distraer y complacer a los nobles de Granbretan. Ésta era, una vez más, una situación en la que el conde Brass podría haber ayudado, puesto que, antes de lanzarse a una rebelión abierta, el duque de Colonia se había ofrecido como comandante mercenario al Imperio Oscuro, siendo aceptado y habiendo luchado bien al servicio de Granbretan en Nuremberg y Ulm, ganándose así la confianza del imperio, que le concedió el mando de una fuerza compuesta en su mayor parte por soldados que en otros tiempos habían servido bajo las órdenes de su padre. Fue precisamente al mando de esos soldados con los que se rebeló y marchó hacia Colonia, con el propósito de atacar la provincia.

El barón Meliadus frunció el ceño, ya que el joven duque había sido un ejemplo pernicioso que podrían seguir otros. Según aseguraban los informes, ya se había convertido en un héroe en las provincias germánicas. Pocos se atrevían a oponerse al Imperio Oscuro como lo había hecho él.

Si el conde Brass hubiera estado de acuerdo en...

De pronto, el barón Meliadus empezó a sonreír ante la idea que surgió completa e instantánea en su mente. Quizá pudiera utilizar de algún modo al joven duque de Colonia, en lugar de entregarlo para la diversión de sus pares.

El barón Meliadus volvió a dejar el pergamino sobre la mesa y tiró de un cordón de llamada. En el despacho entró una mujer esclava con el cuerpo enrojecido, que se arrodilló ante él para recibir instrucciones. (Todos los esclavos del barón eran mujeres; no permitía que ningún hombre entrara en su torre, por temor a ser traicionado.)

—Lleva un mensaje al jefe de las catacumbas-prisión —le ordenó a la muchacha—. Dile que el barón Meliadus se entrevistará con el prisionero Dorian Hawkmoon de Colonia en cuanto llegue allí.

—Sí, amo.

La mujer se levantó y retrocedió hacia la puerta, sin darle la espalda al barón, a quien dejó contemplando el río desde la ventana. Meliadus mostraba una ligera sonrisa en los labios.

Dorian Hawkmoon, cargado de cadenas de hierro sobredorado (como correspondía a su situación ante los ojos de los granbretanios), descendió tambaleándose por la pasarela tendida entre la barcaza y el muelle, parpadeando a la luz del atardecer y contemplando a su alrededor las enormes y amenazadoras torres de Londra. Si alguna vez había necesitado poseer una prueba de la locura congénita de los habitantes de la Isla Oscura, ahora tenía la más completa evidencia de ella. Había algo antinatural en las líneas arquitectónicas, en la elección de los colores y las esculturas. Y, sin embargo, todo poseía un gran sentido de la fortaleza, el sentido y la inteligencia. No era extraño que fuera tan difícil llegar a conocer la psicología del pueblo del Imperio Oscuro cuando sus obras parecían tan paradójicas.

Uno de los guardias le empujó suavemente hacia adelante. Llevaba la máscara de la muerte, de metal blanco, e iba vestido de cuero, como correspondía con el uniforme de la orden a la que servía. Hawkmoon se tambaleó a pesar de la ligereza de la presión, pues llevaba casi una semana sin comer. La mente se le nubló en seguida; apenas si se daba cuenta del significado de las circunstancias. No había hablado con nadie desde que fuera capturado durante la batalla de Colonia. Se había pasado la mayor parte del tiempo tumbado en la oscuridad de la bodega del barco, bebiendo ocasionalmente del abrevadero de agua sucia situado junto a donde se encontraba. Iba sin afeitarse, tenía los ojos vidriosos, el largo pelo rubio estaba enmarañado, y tenía la malla y los calzones cubiertos de suciedad. Las cadenas le habían rozado la piel de tal modo que mostraba surcos sanguinolentos en el cuello y en las muñecas, aunque no experimentaba dolor alguno. De hecho, se sentía como un sonámbulo y lo veía todo como si estuviera inmerso en un sueño.

Dio dos pasos sobre el muelle de cuarzo, se tambaleó y cayó de rodillas. Los guardias, uno a cada lado, le ayudaron a levantarse y lo sostuvieron mientras se dirigían hacia el muro negro que se elevaba sobre el muelle.

Había una pequeña puerta enrejada en el muro a cuyos lados había dos soldados que llevaban máscaras de cerdo coloreadas de rojo. La orden del Cerdo controlaba las prisiones de Londra. Los guardias intercambiaron unas pocas palabras pronunciadas como gruñidos, en el lenguaje secreto propio de su orden, y uno de ellos se echó a reír, agarró a Hawkmoon por el brazo y, sin decirle nada al prisionero, lo empujó hacia el interior mientras el otro guardia abría la puerta de rejas.

El interior estaba a oscuras. La puerta se cerró detrás de Hawkmoon, que se encontró a solas durante unos momentos. Después, a la débil luz que procedía de la puerta, vio una máscara; era una máscara de cerdo, aunque mucho más elaborada que las que llevaban los guardias del exterior. Acto seguido, apareció otra máscara similar y a continuación otra más. Hawkmoon fue agarrado y conducido a través de la maloliente oscuridad, descendiendo hacia las catacumbas-prisión del Imperio Oscuro. En su fuero interno se daba cuenta, aunque con muy poca emoción, de que su vida había terminado allí.

Finalmente, escuchó que alguien abría otra puerta. Lo empujaron hacia el interior de una pequeña cámara; después, la puerta se cerró y alguien colocó una viga al otro lado.

El aire de la mazmorra era fétido y las losas del suelo y la pared estaban cubiertas por una capa de asquerosa suciedad. Hawkmoon se apoyó contra el muro y luego, poco a poco, su cuerpo se fue deslizando hacia el suelo. No supo si se desmayó o se quedó dormido, pero sus ojos se cerraron y cayó en la inconsciencia.

Apenas una semana antes había sido el héroe de Colonia, un campeón que se había rebelado contra los agresores, un hombre lleno de gracia y burla sardónica y un guerrero de gran habilidad. Ahora, los hombres de Granbretan lo habían convertido en un animal..., un animal al que le quedaba muy poca voluntad de seguir viviendo. Cualquier otro hombre se habría agarrado ceñudamente a su humanidad, se habría alimentado con su propio odio, habría imaginado mil formas de escapar; pero Hawkmoon, que lo había perdido todo, ya no deseaba nada.

Quizá llegara a despertar de su trance. En tal caso, se habría convertido en un hombre muy distinto al que había luchado con un valor tan insolente en la batalla de Colonia.

2. El trato

Había luz procedente de las antorchas, y el brillo de máscaras bestiales; hocicos de cerdos y lobos aullantes, metal rojo y negro; ojos de miradas burlonas, blanco diamante y azul zafiro. El pesado susurrar de las capas y el sonido de una conversación mantenida en murmullos.

Hawkmoon suspiró débilmente y cerró los ojos. Luego los volvió a abrir cuando los pasos se acercaron y la máscara de lobo se inclinó sobre él, acercándole la antorcha al rostro. El calor que sintió fue incómodo, pero Hawkmoon no hizo el menor esfuerzo para apartarse.

El lobo se enderezó y le habló al cerdo.

—No sirve de nada hablarle ahora. Alimentadle, lavadle. Restaurad un poco su inteligencia.

El cerdo y el lobo se marcharon, cerrando la puerta tras de sí, y Hawkmoon cerró los ojos.

Cuando se despertó, lo estaban transportando a lo largo de lóbregos pasillos, a la luz de las antorchas. Lo introdujeron en una estancia iluminada con lámparas. Había una cama cubierta con ricas pieles y sedas, y comida servida sobre una mesa tallada, un baño de un metal anaranjado brillante lleno de agua humeante y dos mujeres esclavas dispuestas a atenderle.

Le quitaron las cadenas y después las ropas; lo volvieron a levantar y lo introdujeron en el agua. La piel le escoció cuando las esclavas empezaron a lavarle. Poco después acudió un hombre que le cortó y peinó el pelo y la barba. Hawkmoon asistió a todo esto con una actitud pasiva, contemplando el cielo de mosaicos con una mirada perdida. Permitted que lo vistieran con suave y exquisito lino, una camisa de seda y unos calzones de terciopelo. Poco a poco una débil sensación de bienestar se fue apoderando de él. Pero cuando lo sentaron ante la mesa y le introdujeron fruta en la boca, su estómago se contrajo y sintió inútiles ganas de vomitar. Le dieron entonces un

poco de leche narcotizada, lo llevaron a la cama y lo dejaron allí, a excepción de una esclava que se quedó para vigilarle.

Transcurrieron algunos días y Hawkmoon empezó a comer gradualmente y a apreciar el lujo de su existencia. Había libros en la habitación, y las mujeres eran suyas, pero aún mostraba muy poca tendencia a utilizar ambas facilidades.

La mente de Hawkmoon, que había quedado aletargada poco después de haber sido capturado, tardó algún tiempo en despertar, y cuando finalmente lo hizo sólo fue para recordar su vida pasada como si todo hubiera sido un sueño. Un día abrió un libro y las letras le parecieron extrañas, a pesar de que sabía leerlas perfectamente. Lo que sucedía era que no encontraba en ellas ningún significado, no daba importancia alguna a las palabras y frases que formaban, a pesar de que el libro había sido escrito por un erudito que en otros tiempos fue uno de sus filósofos favoritos. Se encogió de hombros y dejó el libro sobre una mesa. A ver su acción, una de las mujeres esclavas apretó su cuerpo contra el de él, acariciándole la mejilla. Suavemente, Hawkmoon la apartó de su lado y se dirigió a la cama, tumbándose en ella, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó al cabo de un rato.

Eran las primeras palabras que pronunciaba.

—Oh, milord duque, no sé nada..., excepto que sois un prisionero respetado.

—Supongo que se tratará de un juego antes de que los lores de Granbretan se diviertan conmigo.

Hawkmoon habló sin experimentar la menor emoción. Su voz era monótona, aunque profunda. Hasta las propias palabras le parecieron extrañas al tiempo que las pronunciaba. Se volvió hacia la muchacha, que temblaba, y la miró. Tenía un pelo largo y rubio y estaba bien formada; por su acento, parecía una muchacha de Scandia.

—No sé nada, milord. Lo único que sé es que debo complaceros en todo aquello que deseáis.

Hawkmoon hizo un ligero gesto de asentimiento y contempló la estancia.

«Yo diría que me están preparando para infligirme alguna clase de tortura», se dijo para sí mismo.

La habitación no tenía ventanas, pero Hawkmoon supuso por la calidad del aire relativamente viciado y húmedo que debía ser subterránea, y que probablemente estaría situada en alguna parte de las catacumbas-prisión. Empezó a medir el paso del tiempo por las lámparas que, según le pareció, eran rellenadas una vez al día. Permaneció en la habitación durante unos quince días antes de volver a ver al lobo que le había visitado en su mazmorra.

La puerta se abrió sin ceremonia alguna y entró la alta figura vestida de cuero negro desde la cabeza a los pies. Llevaba colgando al cinto una larga espada (de negra empuñadura) en una funda de cuero negro. La negra máscara de lobo le ocultaba toda la cabeza. De ella surgió la misma voz rica y musical que apenas si había escuchado la vez anterior.

—De modo que nuestro prisionero parece haber recuperado su antigua compostura.

Las dos mujeres esclavas se inclinaron y se retiraron. Hawkmoon se incorporó de la cama en la que había permanecido tumbado durante la mayor parte del tiempo que llevaba allí. Hizo oscilar el cuerpo hacia un lado y se levantó.

—¿Os encontráis bien, duque de Colonia?

—Muy bien.

La voz de Hawkmoon no puso de manifiesto la menor inflexión.

Bostezó, con una actitud conscientemente desinteresada, y decidió que, después de todo, no tenía por qué permanecer de pie, de modo que volvió a tumbarse en la cama.

—Supongo que me conocéis —dijo el lobo con un atisbo de impaciencia en su voz.

—No.

—¿Ni siquiera lo habéis supuesto?

Hawkmoon no dijo nada.

El lobo cruzó la estancia y se detuvo ante la mesa, donde había un gran cuenco de cristal lleno de fruta. Su mano enguantada cogió una granada y la máscara de lobo se inclinó para inspeccionarla.

—¿Estáis completamente recuperado, milord?

—Así parece —contestó Hawkmoon—. Tengo una gran sensación de bienestar. Todas mis necesidades han sido atendidas tal y como, según creo, habéis ordenado. Y ahora, supongo que tenéis la intención de burlaros de mí.

—No parece que eso os moleste mucho.

—Finalmente, todo terminará —dijo Hawkmoon encogiéndose de hombros.

—Podría durar toda una vida. Aquí, en Granbretan, tenemos mucha inventiva.

—Después de todo, una vida no es tan larga.

—Tal y como están las cosas —dijo el lobo cambiándose la fruta de una mano a otra—, sucede que estamos pensando en ahorraros tanta incomodidad. —El rostro de Hawkmoon no mostró ninguna expresión—. Os mostráis muy reservado, milord duque —siguió diciendo el lobo—. Algo tanto más extraño en cuanto que sólo vivís gracias al capricho de vuestros enemigos..., esos mismos enemigos que mataron tan despiadadamente a vuestro padre.

Las cejas de Hawkmoon se contrajeron como si un lejano recuerdo acudiera a su mente.

—Recuerdo eso —dijo vagamente—. Mi padre..., el viejo duque.

El lobo dejó caer la granada al suelo y se quitó la máscara, poniendo al descubierto unos rasgos elegantes y una barba negra.

—Fui yo mismo, el barón Meliadus, quien le mató —dijo con una sonrisa provocadora en sus labios gruesos.

—¿El barón Meliadus...? ¿Vos... le matasteis?

—Habéis perdido todo rasgo de virilidad, milord —murmuró el barón Meliadus—. ¿O acaso intentáis engañarnos con la esperanza de volvernos a traicionar?

—Estoy cansado —dijo Hawkmoon apretando los labios.

Los ojos de Meliadus lo miraron extrañados, casi con un gesto de cólera.

—¡Yo maté a vuestro padre! —exclamó.

—Si vos lo decís...

—¡Bien! —Desconcertado, Meliadus dio media vuelta, se dirigió hacia la puerta y allí se volvió de nuevo hacia él—. No he venido aquí para discutir eso. Sin embargo, me parece muy extraño que no sintáis contra mí ningún odio o deseo de venganza.

Hawkmoon empezó a sentirse aburrido, y deseó que Meliadus le dejara finalmente en paz. La actitud tensa de aquel hombre y sus expresiones medio histéricas le importunaban más bien como el zumbido de un mosquito podría distraer a un hombre que sólo desea dormir.

—No siento nada —replicó Hawkmoon, confiando en que eso fuera suficiente para satisfacer al intruso.

—¡No os queda ningún temple! —exclamó enojado Meliadus—. ¡Ninguno! ¡Vuestra derrota y captura os lo han quitado todo!

—Quizá. Y ahora, estoy cansado...

—He venido para ofreceros la devolución de vuestros territorios —siguió diciendo Meliadus—. Os ofrezco un estado totalmente autónomo dentro de nuestro imperio. Mucho más de lo que jamás hemos ofrecido antes a un país conquistado.

Ante aquellas palabras, un atisbo de curiosidad apareció en el rostro de Hawkmoon.

—¿Por qué lo hacéis? —preguntó.

—Deseamos establecer un trato con vos..., en beneficio mutuo. Necesitamos un hombre fuerte y hábil en el

combate, como vos. —El barón Meliadus frunció el ceño en un gesto de duda y añadió—: O eso es lo que parecíais ser. Y necesitamos a alguien en quien puedan confiar quienes no confían en Granbretan. —No era precisamente así como Meliadus había tenido la intención de plantear el trato, pero se sentía desconcertado por la extraña falta de emoción de Hawkmoon—. Deseamos que cumpláis una misión para nosotros..., a cambio de vuestros territorios.

—Me gustaría regresar al hogar —asintió Hawkmoon—. A los valles de mi niñez... —dijo, sonriendo al recordar.

Perturbado por aquella muestra de lo que le pareció erróneamente no era más que un rasgo de sentimentalismo, el barón Meliadus espetó:

—No nos interesa lo que hagáis una vez hayáis regresado... Podéis dedicaros a plantar margaritas o a construir castillos. Pero, en cualquier caso, sólo regresaréis una vez hayáis cumplido fielmente con vuestra misión.

—¿Acaso creéis que he perdido la razón, milord? —preguntó Hawkmoon levantando sus ojos tristes para mirar a Meliadus.

—No estoy seguro de eso, pero tenemos medios para descubrirlo. Nuestros brujos científicos harán ciertas pruebas...

—Estoy perfectamente cuerdo, barón Meliadus. Quizá mucho más cuerdo de lo que estuve jamás. No tenéis nada que temer de mí.

—¡Por el Bastón Rúnico! —exclamó el barón Meliadus elevando la mirada hacia el techo—. ¿Es que no sois capaz de tomar partido? —Se dirigió hacia la puerta—. Ya veremos de lo que sois capaz, duque de Colonia. ¡Más tarde vendrán a buscaros!

Una vez que el barón Meliadus se hubo marchado, Hawkmoon continuó tumbado sobre la cama. La entrevista desapareció rápidamente de su mente y apenas si la recordaba cuando, dos o tres horas más tarde, unos guardias con máscaras de cerdo entraron en la habitación y le ordenaron que les acompañara.

Hawkmoon fue conducido a través de numerosos pasillos, marchando siempre a buen paso hasta que llegaron a una gran puerta de hierro. Uno de los guardias la empujó ayudándose con el mango de su lanza de fuego y la puerta se abrió con un crujido dejando entrar el aire fresco y la luz del día. Al otro lado de la puerta esperaba un destacamento de guardias vestidos con armaduras y capas de color púrpura. Todos llevaban los rostros cubiertos con las máscaras púrpura de la orden del Toro. Hawkmoon les fue entregado y, al mirar a su alrededor, vio que se encontraba en un amplio patio cubierto de césped, a excepción de un camino de gravilla. El prado aparecía rodeado por un muro alto en el que vio una puerta estrecha, hacia la que se dirigieron los guardias de la orden del Cerdo. Por detrás de los muros sobresalían las lúgubres torres de la ciudad.

Hawkmoon fue conducido por el camino de gravilla hacia la puerta. La atravesaron y se encontraron en una calle estrecha, donde le esperaba un carruaje de ébano sobredorado que tenía la forma de un caballo de dos cabezas. Subió al carruaje, acompañado siempre por dos guardias silenciosos. El vehículo se puso en marcha. Gracias a un resquicio de los cortinajes, Hawkmoon pudo contemplar las torres mientras pasaban ante ellas. Eran las últimas horas de la tarde, el sol se ponía y una luz misteriosa envolvía toda la ciudad.

Finalmente, el carruaje se detuvo. Pasivamente, Hawkmoon permitió que los guardias le sacaran y entonces se dio cuenta de que se encontraba en el palacio del rey-emperador Huon.

El palacio se elevaba hasta casi perderse de vista. Estaba coronado por cuatro torres gigantescas, que refulgían, envueltas en una profunda luz dorada. El palacio estaba decorado con bajorrelieves que representaban extraños ritos, escenas de batallas, episodios famosos de la prolongada historia de Granbretan, gárgolas, figurines, figuras abstractas..., toda la grotesca y fantástica estructura que se había ido construyendo a lo largo de muchos siglos. En su construcción se habían empleado todos los materiales imaginables, y en los colores más diversos, de tal modo que el edificio brillaba ahora con una extraña mezcla de matices que parecía abarcar todo el espectro. No existía el menor orden en la disposición de los colores, ni se había hecho el más mínimo intento de emparejarlos o contrastarlos. Cada color fluía en el siguiente, produciendo una gran tensión a la vista y ofendiendo la inteligencia. Era el palacio de un loco que ensombrecía al resto de la ciudad con su sobreimpresión de locura.

Ante sus puertas, otro grupo de guardias armados esperaba a Hawkmoon. Los nuevos guardias llevaban las máscaras y armaduras de la orden de la Mantis, la orden a la que pertenecía el propio rey Huon. Sus elaboradas

máscaras en forma de insecto estaban cubiertas de joyas, con antenas hechas de hilo de platino y ojos facetados con distintas piedras preciosas. Los hombres tenían piernas y brazos largos y delgados, y cuerpos enjutos recubiertos por armaduras de placas, como insectos, de colores negro, dorado y verde. Cuando hablaban entre sí empleando su lenguaje secreto, lo hacían de tal modo que los susurros y chasquidos parecían los propios de unos insectos.

Hawkmoon se sintió perturbado por primera vez cuando estos guardias le condujeron por los pasillos inferiores del palacio, cuyos altos muros estaban hechos de metal de un profundo color escarlata que reflejaba distorsionadamente las imágenes de los hombres a medida que éstos se movían.

Entraron por fin en una gran sala de techo alto cuyas paredes oscuras mostraban vetas, como el mármol, de color blanco, verde y rosado. Pero esas vetas se movían constantemente, parpadeando y cambiando el sentido de la longitud y la anchura de las paredes y el techo.

El suelo de la sala, que tenía casi cuatrocientos metros de longitud por algo menos de anchura, estaba lleno de instrumentos que a Hawkmoon le parecieron máquinas, aunque no sabía cuál podría ser su función. Como todo lo que había visto desde su llegada a Londra, estas máquinas estaban ornamentadas y muy decoradas, hechas de metales preciosos y piedras semipreciosas. Se trataba de instrumentos desconocidos para él, muchos de los cuales estaban en actividad, registrando, contando y midiendo, atendidos por hombres que llevaban las máscaras serpiente de la orden de la Serpiente, compuesta exclusivamente por brujos y científicos al servicio del rey-emperador. Los hombres iban envueltos en capas moteadas, y se cubrían las cabezas con capuchas.

Desde la parte central de la sala, una figura se dirigió hacia Hawkmoon haciendo un gesto a los guardias para que se retiraran.

Hawkmoon juzgó que ese hombre debía ocupar un alto cargo en la orden puesto que su máscara serpiente aparecía mucho más ornamentada que las de los demás. Incluso era posible que se tratara del gran jefe, a juzgar por su porte y su actitud generales.

—Saludos, milord duque.

Hawkmoon correspondió a la inclinación de saludo con una leve inclinación propia, pues no había olvidado las costumbres de su vida anterior.

—Soy el barón Kalan de Vitall, científico jefe ante el rey-emperador. Tengo entendido que seréis mi huésped durante un día. Sed bienvenido a mis apartamentos y laboratorios.

—Gracias. ¿Qué deseáis que haga? —preguntó Hawkmoon con una actitud abstraída.

—En primer lugar, espero que aceptéis cenar conmigo.

El barón Kalan le hizo un gracioso gesto a Hawkmoon para que le precediera, y ambos caminaron a lo largo de la sala, pasando junto a construcciones muy peculiares, hasta que llegaron a una puerta que conducía al interior de lo que, evidentemente, eran los apartamentos privados del barón. La cena ya había sido servida. En comparación con lo que Hawkmoon había estado comiendo durante las dos últimas semanas, fue una cena sencilla, pero estaba bien cocinada y tenía buen gusto. Una vez que hubieron terminado, el barón Kalan, que ya se había quitado la máscara, dejando al descubierto un rostro pálido de edad mediana, con una diminuta perilla blanca y un pelo escaso, sirvió vino para ambos. Apenas si habían hablado durante la cena. Hawkmoon probó el vino. Era excelente.

—Ese vino es una invención mía —dijo Kalan sonriendo afectadamente.

—No me es conocido — admitió Hawkmoon—. ¿De qué uvas... ?

—De ninguna uva..., sino de grano. Se trata de un proceso algo diferente.

—Es fuerte.

—Más fuerte que la mayoría de los vinos —admitió el barón—. Y ahora, duque, debéis saber que se me ha encargado establecer el nivel de vuestra cordura, juzgar vuestro temperamento y decidir si sois adecuado para servir a Su Majestad el rey-emperador Huon.

—Sí, creo que eso fue lo que me dijo el barón Meliadus —dijo Hawkmoon sonriendo débilmente—. Me interesará mucho aprender de sus observaciones.

—Hmmm. —El barón Kalan lo observó atentamente—. Ya comprendo por qué me pidieron que os atendiera.

Debo decir que parecís ser una persona muy racional.

—Gracias.

Merced a la influencia de aquel vino tan extraño, Hawkmoon volvía a descubrir una parte de su antigua ironía.

El barón Kalan se frotó la cara y emitió una tos seca, apenas audible, durante unos instantes. Sus actitudes denotaban un cierto nerviosismo desde que se quitara la máscara. Hawkmoon ya había observado que las gentes de Granbretan preferían conservar puesta la máscara durante la mayor parte del tiempo. Ahora, Kalan extendió la mano para coger su extravagante máscara serpiente y se la colocó sobre la cabeza. La tos se detuvo de inmediato, y el cuerpo del hombre se relajó visiblemente. Aun cuando Hawkmoon había oído decir que la etiqueta granbretaniana prohibía conservar puesta la máscara mientras se atendía a un invitado de noble origen, no demostró ninguna sorpresa ante la acción del barón.

—Ah, milord duque —dijo un susurro desde el interior de la máscara—, ¿quién soy yo para juzgar qué es la cordura? Hay quienes creen que nosotros, los granbretanianos, somos unos locos...

—Seguramente no.

—Es cierto. Quienes tienen sus percepciones embotadas, quienes son incapaces de comprender nuestro gran plan, no están convencidos de la nobleza de nuestra gran cruzada. Dicen, como debéis saber, que estamos locos. ¡Ja, ja! —El barón Kalan se levantó—. Pero ahora, si queréis acompañarme, iniciaremos nuestras investigaciones preliminares.

Regresaron a la sala de máquinas, que cruzaron para entrar en otra sala apenas más pequeña que la anterior. Las paredes eran igualmente oscuras, pero éstas pulsaban con una energía que se desplazaba gradualmente a lo largo de todo el espectro, desde el violeta al negro para regresar al violeta. En esta sala únicamente había una máquina, un artefacto de brillante metal de color azul y rojo, dotado de proyecciones, brazos y adminículos, con un objeto similar a una gran campana suspendido de un intrigante andamio que parecía formar parte de la propia máquina. En uno de los lados había una consola atendida por una docena de hombres que vestían el uniforme de la orden de la Serpiente, con sus máscaras de metal reflejando parcialmente la luz pulsante procedente de las paredes. Un zumbido llenaba toda la sala. Emanaba de la propia máquina y era como un débil martilleo, un gemido y una serie de silbidos, como si aquel artilugio respirara como una bestia.

—Ésta es nuestra máquina de la mentalidad —dijo el barón Kalan con orgullo—. Ella será la que os someterá a prueba.

—Es muy grande —dijo Hawkmoon avanzando hacia ella.

—Una de las mayores de que disponemos. Tiene que serlo, puesto que debe realizar tareas muy complejas. Esto es el resultado de la brujería científica, milord duque, nada parecido a los hechizos que suelen emplearse en el continente. Es nuestra ciencia la que nos proporciona nuestra principal ventaja sobre naciones inferiores.

A medida que iba desapareciendo el efecto de la bebida, Hawkmoon se fue convirtiendo cada vez más en el mismo hombre que había sido en las catacumbas-prisión. Su sentido de la imparcialidad aumentó, y experimentó muy poca ansiedad o curiosidad cuando fue conducido hacia la campana y se le pidió que permaneciera de pie bajo ella, al tiempo que ésta descendía sobre su cabeza.

Finalmente, la campana le cubrió por completo y los lados flexibles del artilugio se movieron para adaptarse alrededor de su cuerpo. Era como un abrazo obsceno, algo que habría horrorizado al Dorian Hawkmoon que había combatido en la batalla de Colonia, pero que a este nuevo Hawkmoon sólo produjo una vaga impaciencia e incomodidad. Empezó a notar que algo se arrastraba sobre su cráneo, como si unos hilillos increíblemente finos estuvieran penetrando en el interior de su cerebro, tanteándolo. Las alucinaciones empezaron a manifestarse sin que él hiciera nada por ello. Vio brillantes océanos de color, rostros distorsionados, edificios y flora de una perspectiva antinatural. Pareció como si llovieran joyas durante cientos de años, y después unos vientos negros le soplaron a través de los ojos, que quedaron desgarrados para revelar océanos que estaban helados al mismo tiempo que en movimiento, unas bestias de infinita simpatía y bondad, mujeres de una extraña humanidad. Intercaladas con todas estas visiones, tuvo claros recuerdos de su niñez, de su propia vida hasta el momento mismo en que había entrado en la máquina. Uno tras otro, los recuerdos fueron aumentando hasta que toda su vida había sido recordada y presentada ante él mismo. Y, sin embargo, seguía sin experimentar emoción alguna, a excepción del recuerdo de

las emociones sentidas en el pasado. Cuando finalmente los lados de la campana se apartaron y la propia campana empezó a elevarse, Hawkmoon permaneció impassible, con la sensación de haber asistido a la experiencia de otro.

Kalan estaba allí. Le cogió por el brazo y le apartó de la máquina de la mentalidad.

—Las investigaciones preliminares muestran que sois bastante más que normalmente cuerdo, milord duque..., si es que he leído correctamente lo que me han indicado los instrumentos. Dentro de unas pocas horas la máquina de la mentalidad nos proporcionará un informe detallado. Ahora, debéis descansar. Mañana por la mañana continuaremos con las pruebas.

Al día siguiente, Hawkmoon fue nuevamente entregado al abrazo de la máquina de la mentalidad. En esta ocasión le hicieron tumbarse por completo, mirando hacia arriba, posición en la que se le pasó una imagen tras otra ante los ojos, y aquellas imágenes que más le recordaban a sí mismo fueron proyectadas después sobre una pantalla. Durante todo este proceso, el rostro de Hawkmoon apenas si cambió su expresión. Experimentó una serie de alucinaciones en las que se encontró inmerso en situaciones muy peligrosas: un demonio oceánico atacándole, una avalancha, una lucha contra tres espadachines, hallarse en el incendio de un edificio y tener que saltar desde un tercer piso... En cada uno de los casos, se salvó actuando mentalmente con valor y habilidad, a pesar de que sus reflejos fueron mecánicos y no estuvieron inspirados por ninguna sensación particular de temor. Fue sometido a numerosas pruebas similares, y pasó por todas ellas sin haber demostrado en ningún momento emoción alguna de ningún tipo. Incluso sus reacciones fueron principalmente de expresión física cuando la máquina de la mentalidad le indujo a reír, llorar, odiar, amar, etcétera.

Finalmente, la máquina le dejó libre y a continuación se encontró ante la máscara serpiente del barón Kalan.

—Da la impresión de que, en cierto sentido muy peculiar, sois demasiado cuerdo, milord duque —susurró el barón—. Parece una paradoja, ¿verdad? Sí, eso es, demasiado cuerdo. Es como si una parte de vuestro cerebro hubiera desaparecido, o bien hubiera sido separada del resto. No obstante, lo único que puedo hacer es informar al barón Meliadus de que sois eminentemente adecuado para sus propósitos, siempre y cuando se tomen ciertas precauciones elementales.

—¿Qué propósitos son esos? —preguntó Hawkmoon sin sentir un verdadero interés.

—Eso será él quien os lo diga.

Poco después, el barón Kalan se despidió de Hawkmoon, que fue escoltado por dos guardias de la orden de la Mantis a lo largo de un laberinto de pasillos. Finalmente, llegaron ante una puerta de plata pulimentada que se abrió para mostrar una estancia escasamente amueblada cuyas paredes, suelo y techo estaban formadas por espejos, a excepción de un gran ventanal situado en un extremo que se abría a un balcón desde el que se dominaba toda la ciudad. Cerca del ventanal había una figura que llevaba puesta una máscara negra de lobo, y que no podía ser otro que el barón Meliadus.

En efecto, el barón Meliadus se volvió e hizo una seña a los guardias para que se marcharan. A continuación, tiró de un cordón y los tapices se desenrollaron desde los techos, cubriendo los espejos de las paredes. Hawkmoon aún podía mirar hacia abajo y ver su propio reflejo si así lo deseaba. Pero en lugar de hacerlo así prefirió mirar por el ventanal.

Una espesa niebla cubría toda la ciudad, enroscándose alrededor de las torres y oscureciendo el río. Era tarde y el sol ya casi se había puesto. Las torres parecían extrañas y antinaturales formaciones rocosas que surgieran de un océano primitivo. No le habría sorprendido que de aquel océano hubiera surgido un gran reptil y hubiera apretado un ojo contra la humedad exterior del ventanal.

Una vez ocultos los espejos de las paredes, la estancia aún pareció más sombría, pues no había ninguna fuente artificial de luz. El barón, enmarcado por el ventanal, murmuraba algo para sí mismo, ignorando la presencia de Hawkmoon.

Desde alguna parte de las profundidades de la ciudad surgió un grito lejano cuyo eco atravesó la niebla y se extinguió. El barón Meliadus se quitó la máscara de lobo y miró atentamente a Hawkmoon, a quien ahora apenas si podía ver debido a la penumbra.

—Acercaos a la ventana, milord —dijo. Hawkmoon avanzó, y sus pies resbalaron una o dos veces sobre las

alfombras que cubrían parcialmente el suelo de espejo—. Bien —siguió diciendo Meliadus—, he hablado con el barón Kalan, y éste me ha comunicado la existencia de un enigma. Al parecer tenéis una psique que él apenas si puede interpretar. Me ha dicho que una parte de ella parece haber muerto. ¿Por qué ha muerto?, me pregunto. ¿De dolor? ¿De humillación? ¿De temor? No había esperado encontrarme con tales complicaciones. Había confiado en poder hacer un trato con vos, de hombre a hombre, intercambiando algo que deseáis por un servicio que os pido. Aun cuando no veo razón alguna para no seguir queriendo obtener ese servicio de vos, ahora ya no estoy tan seguro en cuanto a la manera de abordarlo. ¿Consideraríais la posibilidad de establecer un trato, milord duque?

—¿Qué proponéis? —preguntó Hawkmoon mirando más allá de donde se encontraba el barón, hacia el oscurecido cielo del otro lado del ventanal.

—¿Habéis oído hablar del conde Brass, el viejo héroe?

—Sí.

—Ahora es el lord Protector de la provincia de Camarga.

—He oído hablar de eso.

—Se ha mostrado muy tozudo al oponerse a la voluntad del rey-emperador, y ha insultado a Granbretan. Deseamos estimular en él algo de sabiduría. La forma de conseguirlo consistirá en capturar a su hija, que le es muy querida, y traerla a Granbretan como rehén. Sin embargo, él no confiará jamás en ningún emisario nuestro y tampoco en cualquier extranjero. No obstante, debe de haberse enterado de vuestras hazañas en la batalla de Colonia y, sin duda alguna, simpatiza con vos. Si acudierais a Camarga en busca de refugio, huyendo del imperio de Granbretan, estoy casi seguro de que os recibiría bien. Una vez que os encontréis en el castillo, no será nada difícil para un hombre de vuestros recursos elegir el momento más adecuado para raptar a la joven y traérsela a nosotros. Naturalmente, una vez que estéis al otro lado de las fronteras de Camarga, no será posible daros todo nuestro apoyo. La Camarga es un territorio pequeño, por lo que podréis escapar con facilidad.

—¿Es eso lo que deseáis de mí?

—Exactamente eso. A cambio de ello os devolveremos vuestros territorios para que los gobernéis como os plazca, siempre y cuando no toméis partido contra el Imperio Oscuro, ya sea de palabra u obra.

—Mi pueblo vive en la miseria bajo Granbretan —dijo de pronto Hawkmoon, como si hubiera tenido una revelación. Habló sin pasión alguna, más bien como el que está tomando una decisión moral abstracta—. Será mucho mejor que sea yo quien lo gobierne.

—¡Ah! —exclamó el barón Meliadus sonriendo—. ¡De modo que mi oferta os parece razonable!

—Sí, aunque no creo que cumpláis vuestro compromiso.

—¿Por qué no? Esencialmente, sería una ventaja para nosotros que un estado problemático fuera gobernado por alguien en quien ese pueblo pudiera confiar..., y en el que nosotros también pudiéramos confiar.

—Iré a Camarga. Les contaré la historia que me habéis sugerido, capturaré a la joven y la traeré a Granbretan. —Hawkmoon suspiró y miró al barón Meliadus—. ¿Por qué no?

Desconcertado por el extraño comportamiento de Hawkmoon, poco acostumbrado a tratar con una personalidad como la suya, Meliadus frunció el ceño.

—No podemos estar absolutamente seguros de que no albergáis alguna forma compleja de engañarnos permitiendo que os liberemos. Aunque la máquina de la mentalidad es infalible en los casos de todos los demás sujetos que han sido sometidos a ella, podría ser que conocierais alguna clase de brujería secreta capaz de confundirla.

—No sé nada de brujería.

—Eso es lo que creo... casi. —El tono de voz del barón Meliadus se hizo algo más alegre—. Pero no tenemos ninguna necesidad de sentir miedo... Podemos tomar una excelente precaución contra cualquier veleidad de traición por vuestra parte. Una precaución capaz de obligaros a regresar, o de suicidaros si ya no tuviéramos razones para confiar en vos. Se trata de un instrumento inventado hace poco por el barón Kalan, aunque tengo entendido que no se trata de un invento original suyo. Se le conoce con el nombre de la Joya Negra. Os la

entregarán mañana. Esta noche dormiréis en apartamentos preparados especialmente para vos en el palacio. Antes de que os marchéis tendréis el honor de ser presentado a Su Majestad el rey-emperador. A muy pocos extranjeros se les ha concedido tanto.

Y, tras pronunciar estas palabras, el barón Meliadus llamó a los guardias con máscaras de insecto y les ordenó escoltar a Hawkmoon a sus aposentos.

3. La Joya Negra

A la mañana siguiente, Dorian Hawkmoon fue llevado a ver de nuevo al barón Kalan. La máscara serpiente parecía mostrar una expresión casi cínica al observarle, pero el barón no dijo una sola palabra, y se limitó a precederle a través de una serie de habitaciones y salas hasta que llegaron a una estancia que tenía una puerta de acero puro. Se abrió la puerta, poniendo al descubierto una segunda puerta de características similares que, al abrirse, reveló una tercera. Esta última conducía a una cámara pequeña intensamente iluminada, hecha de metal blanco, que contenía una máquina de gran belleza. Estaba compuesta de delicados tejidos rojos, dorados y plateados, algunas de cuyas tiras rozaron la cara de Hawkmoon. Tenían la calidez y vitalidad de la piel humana. Una débil música procedía de los tejidos, que se movían como impulsados por una ligera brisa.

—Parece como si estuviera vivo —dijo Hawkmoon.

—Está vivo —dijo el barón Kalan orgullosamente—. Está vivo.

—¿Es una bestia?

—No. Es una creación de la hechicería. Ni siquiera estoy seguro de saber lo que es. Lo construí de acuerdo con las instrucciones de un antiguo documento que le compré a un oriental hace muchos años. Es la máquina de la Joya Negra. Ah, y pronto os familiarizaréis más íntimamente con ella, lord duque.

En lo más profundo de su ser, Hawkmoon sintió una débil agitación de pánico, que ni siquiera llegó a aflorar a la superficie de su mente. Dejó que las tiras rojas, doradas y plateadas le acariciaran.

—No está completa —dijo Kalan—. No está completa. Tiene que hacer girar la joya. Acercaos más a ella, milord. Meteros en ella. Os garantizo que no sentiréis ningún dolor. Tiene que hacer girar la Joya Negra.

Hawkmoon obedeció al barón y los tejidos se agitaron y comenzaron a cantar. Sintió confusión en sus oídos, y los tirantes sueltos de rojo, dorado y plateado confundieron su visión. La máquina de la Joya Negra le acarició, pareció penetrar en él, se convirtió en él mismo, y él en ella. Suspiró y su voz fue la música de los tejidos; se movió y sus extremidades fueron como las tenues tiras de tejido.

Experimentó una presión en el interior de su cráneo, y su cuerpo se vio invadido por un calor y una suavidad absolutas. Se desplazó como si no tuviera cuerpo y perdió el sentido del transcurso del tiempo, aunque sabía que la máquina estaba tejiendo algo de su propia sustancia, naciendo algo que se convirtió en duro y denso y que se implantó en su frente de tal modo que, de pronto, tuvo la impresión de poseer un tercer ojo y contempló el mundo con una nueva clase de visión. Después, gradualmente, todo esto se fue desvaneciendo y finalmente se encontró mirando de nuevo al barón Kalan, que se había quitado la máscara para contemplarle mejor.

Hawkmoon sintió un dolor repentino y agudo en su cabeza. El dolor desapareció casi inmediatamente. Miró de nuevo la máquina, pero sus colores se habían apagado y sus tejidos parecían haberse encogido. Se llevó una mano a la cabeza y sintió con un estremecimiento que allí había algo que no había estado antes. Era algo duro y liso. Y ahora formaba parte de él. Se estremeció.

—¡Eh! —exclamó el barón Kalan mirándole con preocupación—. No estaréis loco, ¿verdad? ¡Estaba seguro de alcanzar el éxito! ¿No estaréis loco?

—No, no estoy loco —contestó Hawkmoon—. Pero creo que siento miedo.

—Os acostumbraréis a la presencia de la joya.

—¿Es eso lo que tengo en mi cabeza? ¿Una joya?

—En efecto. Es la Joya Negra. Esperad.

Kalan apartó una cortina de terciopelo escarlata, poniendo al descubierto un óvalo plano de cuarzo lechoso de unos sesenta centímetros de longitud. En él empezó a formarse una imagen. Hawkmoon vio que la imagen correspondía al propio Kalan mirando fijamente el cuarzo ovalado, hacia el infinito. La pantalla reveló exactamente aquello que Hawkmoon veía. Al volver ligeramente la cabeza, la imagen se alteró en el mismo sentido.

—Funciona, ¿lo veis? —murmuró Kalan encantado—. Aquello que vos percibís, es lo que percibe la joya.

Vayáis adonde vayáis, desde aquí podremos ver todo aquello que hagáis y las personas con las que os encontréis.

Hawkmoon trató de hablar, pero no pudo decir nada. Tenía la garganta reseca y parecía como si algo le estuviera presionando los pulmones. Volvió a tocarse la cálida joya, de una textura tan similar a la carne, pero al mismo tiempo tan distinta en cualquier otro aspecto.

—¿Qué me habéis hecho? —terminó por preguntar con su tono uniforme de siempre.

—Simplemente, nos hemos asegurado vuestra lealtad —contestó Kalan con una sonrisa—. Habéis entrado a formar parte de la vida de la máquina. Si así lo deseáramos, podríamos transferir toda la vida de la máquina a la joya, y entonces...

Hawkmoon se adelantó rígidamente hacia el barón y le cogió por el brazo.

—¿Qué hará en tal caso?

—Devorará vuestro cerebro, duque de Colonia. Devorará vuestro cerebro.

El barón Meliadus precedió apresuradamente a Dorian Hawkmoon a través de los pasillos brillantemente iluminados del palacio. Hawkmoon llevaba ahora una espada colgada al cinto, e iba vestido con ropas como las que había llevado en la batalla de Colonia. Era plenamente consciente de la presencia de la joya en la frente, pero de muy poco más. Los pasillos se fueron haciendo cada vez más anchos, hasta alcanzar la extensión de una calle de buen tamaño. A lo largo de las paredes se alineaban de trecho en trecho los guardias con las máscaras de la orden de la Mantis. Ante ellos se levantaban enormes puertas, como masas de joyas que configuraban extraños modelos de mosaicos.

—La sala del trono —murmuró el barón—. Ahora, el rey-emperador os inspeccionará.

Las puertas se abrieron lentamente para dejar al descubierto la magnificencia de la sala del trono, que casi cegó a Hawkmoon con su brillantez. Había resplandor y música; desde una docena de galerías que se elevaban hacia el techo abovedado descendían centenares de temblorosos estandartes pertenecientes a las familias más nobles de Gran Bretaña. Los soldados de la orden de la Mantis, con sus máscaras insecto y sus armaduras de colores negro, verde y dorado, se alineaban a lo largo de las paredes y galerías, rígidamente en su actitud de presentar armas, con la lanza de fuego adelantada. Detrás de ellos estaban los cortesanos, formando una gran multitud de diferentes máscaras y una atiborrada profusión de ricos ropajes. Todos miraron llenos de curiosidad a Meliadus y a Hawkmoon cuando ambos entraron en la sala del trono.

Las hileras de soldados se extendían en la distancia. Allí, al final del salón, casi tan lejos que no se podía ver, colgaba algo que Hawkmoon no pudo distinguir al principio. Entonces frunció el ceño.

—El globo del trono —le susurró Meliadus—. Y ahora, haced lo mismo que yo.

El barón empezó a caminar.

Las paredes de la sala del trono eran de un lustroso verde y púrpura, pero los colores de los estandartes eran muy diversos, tanto como las telas, metales y piedras preciosas que llevaban los cortesanos. No obstante, Hawkmoon tenía la mirada fija en el globo.

Empequeñecido por las proporciones de la sala del trono, Hawkmoon y Meliadus avanzaron con paso medido hacia el globo del trono, acompañados por el sonido de las fanfarrias que tocaban los trompeteros situados a izquierda y derecha, sobre las galerías.

Poco a poco, Hawkmoon pudo ir distinguiendo el globo del trono y se quedó atónito. Contenía un fluido lechoso de color blanco que surgía lenta y casi hipnóticamente. A veces, el fluido parecía contener una radiación iridiscente que se desvanecía gradualmente para reanudarse después. En el centro de este fluido parecía flotar un hombre muy anciano, que a Hawkmoon le hizo pensar en un feto, con la piel muy arrugada, las extremidades aparentemente inútiles y una cabeza desproporcionadamente grande. Desde aquella cabeza, unos ojos miraban aguda y maliciosamente.

Siguiendo el ejemplo de Meliadus, Hawkmoon se humilló ante la extraña criatura.

—Levantaos —dijo una voz.

Hawkmoon se dio cuenta con un estremecimiento de que la voz surgía del globo. Correspondía a la voz de un hombre joven en lo más vigoroso de su salud; era una voz excelsa, melódica y vibrante. Hawkmoon se preguntó de qué garganta joven habría sido arrancada aquella voz.

—Rey-emperador —dijo Meliadus inclinándose—, os presento a Dorian Hawkmoon, duque de Colonia, que ha

elegido realizar una delicada misión para nosotros. Recordaréis, noble señor, que os mencioné mi plan...

—Hemos hecho muchos esfuerzos y actuado con una considerable ingenuidad para asegurarnos los servicios de ese conde Brass —dijo la excelsa voz—. Confiamos en que vuestro juicio sea correcto en este asunto, barón Meliadus.

—Tenéis razones para confiar en mí, a la vista de mis pasados actos, gran majestad —dijo Meliadus inclinándose de nuevo.

—¿Ha sido advertido el duque de Colonia del inevitable castigo que tendrá que pagar en el caso de que no nos sirva fielmente? —preguntó la voz juvenil, ahora un tanto sardónica—. ¿Se le ha dicho que podemos destruirle instantáneamente, desde cualquier distancia?

—Así se le ha dicho, poderoso rey-emperador —contestó Meliadus.

—¿Le habéis informado de que la joya de su frente ve todo lo que él ve y nos lo muestra en la cámara de la máquina de la Joya Negra? —siguió preguntando la voz con viveza.

—Sí, noble monarca.

—¿Y le habéis aclarado que haremos que la joya adquiera toda su potencia vital, en el caso de mostrar algún signo de querer traicionarnos, por muy ligero que sea, y que nosotros podremos detectar fácilmente observando, a través de sus ojos, los rostros de las personas con las que habla? ¿Que podemos liberar toda la energía de la máquina en él? ¿Le habéis dicho, barón Meliadus, que la joya, una vez haya adquirido toda su vitalidad, devorará poco a poco su cerebro, convirtiéndolo en una criatura babeante e inútil?

—En esencia, ha sido informado de todo ello, gran emperador.

El ser suspendido en el trono rió burlescamente.

—Por su aspecto, barón, se diría que no le asusta la amenaza de la estupidez total. ¿Estáis seguro de que no está poseído ya por toda la fuerza vital de la joya?

—Forma parte de su personalidad aparentarlo así, inmortal gobernante.

Entonces, los ojos se volvieron para escudriñar los de Dorian Hawkmoon, y la voz sardónica y excelsa surgió nuevamente de aquella garganta infinitamente vieja.

—Duque de Colonia, habéis establecido un trato con el inmortal rey-emperador de Gran Bretaña. Corresponde a nuestra magnanimidad el que ofrezcamos tal clase de trato a alguien que, después de todo, es nuestro esclavo. Tenéis que servirnos, a cambio de ello, con toda lealtad, sabiendo que compartís una parte del destino de la raza más grande que haya surgido jamás sobre este planeta. Tenemos el derecho de gobernar la Tierra, en virtud de nuestro intelecto omnisciente y de nuestra fuerza omnipotente, y no tardaremos en ejercer plenamente ese derecho. Todo aquel que nos ayude a alcanzar nuestros nobles propósitos, recibirá nuestra aprobación. Ahora, duque, id y ganáros esa aprobación.

La apergaminada cabeza se volvió, y una lengua prensil surgió de su boca para tocar una pequeña joya que flotaba cerca de la pared del globo del trono. El globo empezó entonces a empequeñecerse, hasta que la figura fetal del rey-emperador, descendiente inmortal de una dinastía fundada casi tres mil años antes, apareció por un breve instante en forma de silueta.

—Y recordad el poder de la Joya Negra —dijo la voz juvenil antes de que el globo adquiriera el aspecto de una esfera sólida, de un negro apagado.

La audiencia había terminado. Inclinándose, Meliadus y Hawkmoon retrocedieron unos pasos sin darle la espalda, y finalmente se volvieron para salir de la sala del trono. La audiencia había servido para un propósito no anticipado ni por el barón ni por su superior: dentro de la extraña mente de Hawkmoon, en sus profundidades más ocultas, había empezado a surgir una diminuta irritación; una irritación que no estaba siendo causada por la Joya Negra incrustada en su frente, sino por una fuente mucho menos tangible.

Quizá dicha irritación no fuera más que una señal de la recuperación por parte de Hawkmoon de su sentido de la humanidad. Quizá indicara el desarrollo de una cualidad nueva y totalmente diferente; quizá no fuera más que la influencia ejercida por el Bastón Rúnico.

4. El viaje al castillo de Brass

Dorian Hawkmoon fue devuelto a sus apartamentos originales en las catacumbas-prisión y allí esperó durante dos días hasta que el barón Meliadus acudió, llevando consigo un traje de cuero negro, completado con botas y guanteletes, una pesada capa negra con capucha, y una espada de hoja ancha con empuñadura de plata, introducida en una funda de cuero negro, decorada sencillamente con hilo de plata, y una máscara de color igualmente negro con figura de un lobo aullante. Evidentemente, el equipo y las ropas eran iguales a los del propio Meliadus.

—Al llegar al castillo de Brass —empezó diciendo Meliadus— contaréis una historia muy bonita. Yo mismo os hice prisionero y después, con la ayuda de un esclavo, os las arreglasteis para narcotizarme y adoptar mi personalidad. Disfrazado de este modo, cruzasteis Granbretan y todas las provincias que están bajo su control, antes de que Meliadus se recuperara de los efectos del narcótico. Siempre es mucho mejor contar una historia sencilla, y ésta sirve no sólo para explicar cómo lograsteis escapar de Granbretan, sino también para aumentar vuestra importancia a los ojos de quienes me odian.

—Comprendo —dijo Hawkmoon pasando los dedos por el pesado jubón negro—. Pero ¿cómo podré explicar la presencia de la Joya Negra?

—Diciendo que ibais a ser sometido a un experimento inventado por mí, pero que lograsteis escapar antes de que nadie os hiciera ningún daño. Contad bien esta historia, Hawkmoon, pues vuestra seguridad dependerá de ello. Estaremos observando la reacción del conde Brass..., y particularmente la de ese astuto creador de rimas que se llama Bowgentle. Aunque no podremos escuchar lo que decís, podremos leer perfectamente los labios de los demás. Ante cualquier signo de traición por vuestra parte... daremos su plena vitalidad a la joya.

—Comprendo —repitió Hawkmoon con el mismo tono uniforme de antes.

—Evidentemente —siguió diciendo Meliadus frunciendo el ceño—, ellos observarán vuestra extraña manera de comportaros, pero con un poco de suerte se lo explicarán al pensar en las grandes desgracias que habéis sufrido. Y eso es algo que hasta les puede inducir a mostrarse más solícitos. —Hawkmoon asintió con un gesto vago. Meliadus le observó escrutadoramente. Después, añadió—: Seguíis preocupándome, Hawkmoon. Aún no estoy plenamente seguro de que no nos hayáis engañado mediante alguna treta o clase de hechicería..., pero, a pesar de todo, estoy seguro de vuestra lealtad. La Joya Negra es lo que me proporciona esa seguridad. —Sonrió—. Bien, os espera un ornitóptero para llevaros a Deau-Vere, en la costa. Preparaos, milord duque, y servid fielmente a Granbretan. Si alcanzáis el éxito que espero, no tardaréis en encontraros de nuevo al mando de vuestros territorios.

El ornitóptero se había posado sobre los prados situados más allá de la entrada a las catacumbas. Era un artilugio de gran belleza, con forma de un grifo gigantesco, todo él hecho en cobre, latón, plata y acero negro. Descansaba sobre poderosas patas que tenían forma de garras de león, con las alas, de unos doce metros, plegadas sobre el lomo. El piloto estaba sentado por debajo de la cabeza, en la pequeña cabina de mando. Llevaba puesta la máscara pájaro característica de su orden, la del Cuervo, a la que pertenecían todos los aviadores, y mantenía sus manos enguantadas sobre los controles enjogados.

Actuando con cautela, vestido ahora con las ropas que tanto le hacían parecerse a Meliadus, Hawkmoon subió y se situó detrás del piloto, aunque le resultó difícil acomodar su espada cuando trató de sentarse en el largo y estrecho asiento. Finalmente, adoptó una posición relativamente cómoda y se agarró a los costillares metálicos laterales de la máquina voladora cuando el piloto bajó una palanca y las alas se desplegaron y empezaron a batir el aire, produciendo un extraño estruendo. El ornitóptero se estremeció y se inclinó un instante hacia un lado antes de que el piloto, lanzando una maldición, lograra controlarlo. Hawkmoon había oído decir que volar en aquellas máquinas tenía sus peligros, y había visto cómo algunas de las que le atacaron en Colonia plegaban de pronto sus alas y se precipitaban contra el suelo. Pero, a pesar de su inestabilidad, los ornitópteros del Imperio Oscuro habían sido el arma principal en la lucha por conquistar tan rápidamente el continente europeo, puesto que ninguna otra raza poseía máquinas voladoras de ningún tipo.

Ahora, el grifo metálico empezó a elevarse lentamente con un incómodo movimiento de sacudida. Las alas golpearon el aire, como en una parodia del vuelo natural, y el artilugio se fue elevando más y más, hasta que se encontraron por encima de las torres más altas de Londra y describieron un amplio círculo hacia el sudeste.

Hawkmoon respiraba pesadamente, disgustado por aquella sensación tan desconocida.

El monstruo no tardó en atravesar una pesada capa de nubes oscuras y la luz del sol refulgió sobre sus escamas de metal. Con el rostro y los ojos protegidos por la máscara, a través de cuyos ojos enjorjados podía mirar, Hawkmoon vio la luz del sol refractada en un millón de relámpagos con los colores del arco iris. Cerró los ojos.

Transcurrió el tiempo y notó que el ornitóptero empezaba a descender. Abrió los ojos y vio que estaban de nuevo entre las nubes, que ya empezaban a desgarrarse para mostrar campos de un color gris ceniza, los contornos de una ciudad llena de torres y el lívido océano más allá.

Pesadamente, la máquina aleteó hacia una extensión de roca plana que se elevaba desde el centro de la ciudad. Aterrizó con un pesado movimiento de sacudidas, con las alas moviéndose frenéticamente, hasta que se detuvo cerca del borde del acantilado de la meseta artificial.

El piloto le hizo a Hawkmoon una seña para que descendiera. Así lo hizo, sintiendo el cuerpo rígido y las piernas temblorosas, mientras el piloto trababa los controles y descendía a su lado. Aquí y allá se veían otros ornitópteros. Mientras atravesaban la explanada de roca, uno de ellos se elevó en el aire, y Hawkmoon sintió el batir del viento producido por las alas del artilugío, cuando éste pasó por encima de su cabeza.

—Deau-Vere —le dijo el piloto con máscara de cuervo—. Un puerto muy adecuado para la mayor parte de nuestras naves aéreas, aunque los buques de guerra siguen utilizando el puerto.

Hawkmoon no tardó en ver una escotilla circular de acero por delante de ellos, sobre la roca. El piloto se detuvo al lado de ella y dio una serie de complicados golpes con la bota. Finalmente, la escotilla se abrió hacia abajo, poniendo al descubierto una escalera de piedra. Descendieron por ella y la escotilla volvió a cerrarse a su espalda. El interior estaba en penumbras, y la decoración estaba compuesta por brillantes gárgolas de piedra y algunos bajorrelieves inferiores.

Al cabo de un rato atravesaron una puerta vigilada por guardias, y salieron a una calle pavimentada situada entre los edificios dotados de torres que llenaban la ciudad. Las calles estaban atestadas con los guerreros de Granbretan. Grupos de aviadores con máscaras de cuervo se mezclaban con las tripulaciones de los buques de guerra, con máscaras de pez o serpiente marina, los soldados de infantería y caballería, con su gran variedad de máscaras, algunas de ellas pertenecientes a la orden del Cerdo, otras a la orden del Lobo, la Calavera, la Mantis, el Toro, el Sabueso, el Carnero y muchas otras. Las espadas se balanceaban junto a las piernas protegidas por corazas, las lanzas de fuego tintineaban entre los apretones, y por todas partes se escuchaba el lúgubre tintineo de los arreos militares.

Abriéndose paso por entre la multitud, Hawkmoon se sorprendió al observar que le dejaban pasar con suma facilidad, hasta que recordó lo mucho que debía de parecerse al barón Meliadus.

En las puertas de la ciudad había un caballo esperándole, con las alforjas llenas de provisiones. A Hawkmoon ya se le había informado que tendría que cabalgar, y qué caminos debía seguir. Montó el animal y cabalgó hacia el mar.

Las nubes no tardaron en abrirse y el sol se filtró por entre ellas. Dorian Hawkmoon contempló entonces por primera vez el puente de plata que se extendía a lo largo de cuarenta y cinco kilómetros, cruzando el mar. Refulgía a la luz del sol. Era una construcción bellísima, aparentemente demasiado delicada como para resistir la menor brisa, pero en realidad lo bastante fuerte como para soportar a todos los ejércitos de Granbretan. El puente se curvaba sobre el océano, más allá del horizonte. La propia calzada tenía casi cuatrocientos metros de anchura, y estaba flanqueada por estremecidas redes de calabrotes de plata, sostenidos por torres arqueadas, intrincadamente modeladas con motivos militares.

El puente era cruzado en uno y otro sentido por una espléndida variedad de tráfico. Hawkmoon pudo ver carruajes de nobles, tan elaborados que hasta era difícil creer que pudieran funcionar; escuadrones de caballería, con los caballos tan magníficamente acorazados como los jinetes; batallones de infantería que marchaban de a cuatro en fondo con una increíble precisión; caravanas comerciales de carros; bestias de carga con oscilantes bultos de toda clase de mercancías concebibles: pieles, sedas, carne de res, frutas, verduras, cofres, candelabros, camas, juegos enteros de sillas... Hawkmoon comprendió que una buena parte de todo aquello no era más que el producto del botín arrancado a estados como el de Colonia, recientemente conquistado por aquellos mismos ejércitos que pasaban junto a las caravanas.

También pudo ver máquinas de guerra, artefactos de hierro y cobre, dotadas con crueles picos de demolición, altas torres de asedio, largas vigas para el lanzamiento de bolas de fuego y piedras. Marchando junto a ellas, portando máscaras que ostentaban la insignia del hurón, avanzaban los zapadores del Imperio Oscuro, de cuerpos recios y poderosos y manos grandes y pesadas. Todo esto le produjo a Hawkmoon la impresión de hallarse en un hormiguero, empequeñecido por la majestuosidad del puente de plata que, como sucedía con los ornitópteros, tanto había contribuido a facilitar las conquistas de Granbretan.

A los guardias de la puerta de acceso al puente se les había comunicado la orden de dejar pasar a Hawkmoon, por lo que las puertas se abrieron al acercarse él. Cabalgó directamente hacia el vibrante puente y los cascos de su caballo repiquetearon sobre el metal. La calzada, vista de cerca, perdía algo de su magnificencia. Su superficie había quedado ya entallada y dentada por el paso del tráfico. Aquí y allá se veían montones de estiércol de caballo, andrajos, paja y otras cosas menos reconocibles. Era imposible mantener en perfectas condiciones un lugar de paso tan utilizado como aquel, pero, de algún modo, la sucia calzada simbolizaba una parte del espíritu de la extraña civilización de Granbretan.

Hawkmoon cruzó el puente de plata a través del océano y, al cabo de algún tiempo, llegó al continente europeo, dirigiéndose a continuación hacia la ciudad de Cristal, últimamente conquistada por el Imperio Oscuro; descansaría en la ciudad de Cristal de Parye durante un día antes de continuar su viaje hacia el sur.

Pero, por mucho que cabalgara, aún le quedaba más de un día de viaje antes de llegar a Parye. Decidió no quedarse en Karlye, la ciudad más cercana al puente, sino encontrar un pueblo donde pudiera descansar aquella noche antes de continuar su viaje, a la mañana siguiente.

Poco antes de la puesta de sol llegó a un pueblo formado por agradables villas y jardines que aún mostraban las señales del conflicto. De hecho, algunas de las villas estaban en ruinas. El pueblo estaba extrañamente tranquilo, aunque unas pocas luces empezaban a encenderse en las ventanas. Cuando llegó a la posada vio que tenía las puertas cerradas y que desde su interior no llegaba ninguna señal de actividad. Desmontó en el patio de la posada y golpeó la puerta con el puño. Esperó varios minutos antes de que alguien retirara la tranca de la puerta y el rostro de un muchacho le mirara interrogativamente. El chico pareció asustarse en cuanto vio la máscara de lobo. Terminó de abrir la puerta de mala gana para permitirle a Hawkmoon que entrara. En cuanto se halló en el interior, Hawkmoon se quitó la máscara y trató de sonreírle al chico para tranquilizarlo, pero su sonrisa fue artificial, pues Hawkmoon se había olvidado de mover correctamente sus labios. El chico pareció tomar su expresión como un gesto de desaprobación y retrocedió con los ojos medio desafiantes, como si esperara recibir un golpe en cualquier momento.

—No pretendo hacerte ningún daño —dijo Hawkmoon con rigidez—. Sólo quiero que te cuides de mi caballo y me ofrezcas comida y cama. Me marcharé mañana al amanecer.

—Señor, sólo tenemos comida muy sencilla —murmuró el muchacho, algo más tranquilo.

En estos tiempos, las gentes de Europa estaban acostumbradas a soportar la ocupación por parte de una u otra facción y, en esencia, la conquista de Granbretan no era para ellos una nueva experiencia. La ferocidad del pueblo del Imperio Oscuro era algo nuevo, desde luego y, evidentemente, eso era lo que más temía y odiaba aquel muchacho, que no esperaba ni el menor gesto de justicia por parte de quien, sin lugar a dudas, era un noble granbretaniano.

—Tomaré lo que tengas. Guarda tu mejor comida y tu vino más exquisito si quieres. Sólo pretendo satisfacer mi hambre y dormir un poco.

—Señor, nuestra mejor comida ha desaparecido. Si nosotros...

—No me interesa lo que puedas decirme, muchacho —le interrumpió Hawkmoon con un gesto—. Acepta mis palabras literalmente, y ésa será la mejor forma de servirme.

Contempló la sala en la que se encontraba y observó a uno o dos viejos sentados en la penumbra, bebiendo de unas jarras y evitando mirarle. Se dirigió hacia el centro de la sala y se sentó ante una mesa pequeña, quitándose la capa y los guanteletes y sacudiéndose el polvo del camino del rostro y del resto del cuerpo. Dejó la máscara de lobo en el suelo, junto a la silla, un gesto de lo más insólito para un noble del Imperio Oscuro. Vio que uno de los hombres le miraba con un cierto gesto de sorpresa, y cuando algo más tarde escuchó un murmullo, se dio cuenta de que aquel hombre había visto la Joya Negra. El muchacho regresó trayéndole una cerveza ligera y unos trozos de

carne de cerdo, y Hawkmoon tuvo la sensación de que, en efecto, aquello era lo mejor que tenía. Se comió la carne y bebió la cerveza, y después llamó al muchacho para que le acompañara a su habitación. En cuanto se encontró en una estancia escasamente amueblada, se quitó todos sus avíos, tomó un baño, se metió entre las bastas sábanas y no tardó en quedarse dormido.

Durante la noche experimentó una cierta molestia, sin darse cuenta de qué era lo que le había despertado. Por alguna razón, se sintió atraído hacia la ventana y miró al exterior. A la luz de la luna creyó ver una figura montada en un pesado caballo de combate que miraba hacia su ventana. La figura correspondía a un guerrero con su armadura completa, y la visera le cubría el rostro. Hawkmoon creyó captar un destello de azabache y oro. Después, el guerrero se dio media vuelta y desapareció.

Hawkmoon regresó a la cama con la sensación de que aquel acontecimiento tenía algún significado. Se volvió a dormir con la misma facilidad que antes, pero a la mañana siguiente no estaba seguro de saber si lo había soñado o no. En el caso de que hubiera sido un sueño, sin duda alguna era el primero que había tenido desde que fuera capturado. Una punzada de curiosidad le hizo fruncir ligeramente el ceño mientras se vestía, pero finalmente se encogió de hombros y bajó a la sala principal de la posada para pedir el desayuno.

Hawkmoon llegó a la ciudad de Cristal durante la noche. Sus edificios, del más puro cuarzo, parecían vivos por el color, y observó por todas partes el destello de las decoraciones de cristal con el que los ciudadanos de Parye solían adornar sus casas, edificios públicos y monumentos. Era una ciudad tan hermosa que hasta los señores de la guerra del Imperio Oscuro la habían dejado casi completamente intacta, prefiriendo apoderarse de la ciudad con sigilo y emplear en ello varios meses, antes que atacarla abiertamente.

Pero las señales de la ocupación en el interior de la ciudad eran visibles por todas partes, desde las expresiones de temor en los rostros de la gente sencilla, hasta los guerreros con máscaras de bestias que pululaban por las calles, y las banderas que ondeaban al viento sobre las casas que antes habían pertenecido a los nobles de Parye. Ahora, las banderas eran las de Jarak Nankenseen, señor de la guerra de la orden de la Mosca; Adaz Promp, gran jefe de la orden del Sabueso; Mygel Holst, archiduque de Londra; y Asrovak Mikosevaar, renegado de Moscovia, mercenario señor de la guerra de la legión Buitre, un hombre perverso y destructor, cuya legión había servido a Granbretan incluso antes de que fuera evidente su plan de conquista de Europa. Se trataba de un loco comparable a los dementes nobles de Granbretan, a los que permitía ser sus dueños. Asrovak Mikosevaar siempre se encontraba en la vanguardia de los ejércitos de Granbretan, ampliando más y más los límites del imperio. Su infame bandera, que llevaba bordadas en escarlata las palabras «Muerte a la vida», inducía un gran temor en los corazones de quienes luchaban contra él. Hawkmoon llegó a la conclusión de que Asrovak Mikosevaar debía de estar descansando en la ciudad de Cristal, puesto que no era propio de él encontrarse tan lejos de la línea de batalla. Los cadáveres atraían al moscoviano del mismo modo que las rosas atraen a las abejas.

No había niños en las calles de la ciudad de Cristal. Quienes no habían sido asesinados por los granbretanios habían sido hechos prisioneros por los conquistadores, como medio para asegurarse el buen comportamiento de los ciudadanos que habían quedado con vida.

El sol pareció manchar de sangre el cristal de los edificios mientras descendía en el horizonte, y Hawkmoon, demasiado cansado para seguir cabalgando, se vio obligado a buscar la posada que Meliadus le había indicado, durmiendo allí durante la mayor parte de la noche y el día siguiente, antes de reanudar su viaje hacia el castillo de Brass. Aún le faltaba por hacer más de la mitad de ese viaje.

Más allá de la ciudad de Lyon, el imperio de Granbretan había encontrado dificultades para extender sus conquistas, pero el camino que conducía a Lyon estaba desierto, salpicado de horcas y cruces de madera de las que colgaban hombres y mujeres, jóvenes y viejos, chicos y chicas e incluso, como una broma que ponía de manifiesto la mayor de las locuras, animales domésticos como gatos, perros y conejos de compañía. Allí se pudrían familias enteras, linajes completos, desde el bebé recién nacido hasta el más anciano de los sirvientes, todos ellos clavados en actitudes agónicas a las cruces que sostenían sus cadáveres.

El olor nauseabundo de la carne corrompida llenó las narices de Hawkmoon mientras conducía su caballo por el camino de Lyon, y el hedor de la muerte pareció agarrársele a la garganta. El fuego había ennegrecido los campos y los bosques, asolado las ciudades y pueblos, haciendo que hasta el propio aire pareciera gris y pesado. Todos los que aún quedaban con vida se habían convertido en mendigos, fuera cual fuese su situación social anterior, a excepción de las mujeres que se habían transformado en prostitutas de los soldados del imperio, o de aquellos

hombres que habían jurado una lealtad inquebrantable al rey-emperador.

Del mismo modo que antes se había sentido aguijoneado por la curiosidad, ahora una sensación de disgusto agitó levemente el pecho de Hawkmoon, pero él apenas si se dio cuenta de ello. Siguió cabalgando hacia Lyon sin quitarse la máscara de lobo. Nadie le detuvo; nadie le interrogó, pues quienes servían en la orden del Lobo se hallaban luchando sobre todo en el norte, por lo que Hawkmoon estaba a salvo de que cualquiera de ellos se dirigiera a él empleando el lenguaje secreto de la orden.

Más allá de Lyon, Hawkmoon prefirió cabalgar por entre los campos, pues los caminos eran patrullados por los guerreros granbretanios. Guardó la máscara de lobo en una de sus alforjas, ahora ya vacías, y cabalgó rápidamente hacia el territorio libre donde el aire seguía teniendo un olor dulce, pero donde ya empezaba a florecer el terror, aunque este terror se refería más al futuro que al presente.

Hawkmoon contó su historia por primera vez en la ciudad de Valence, donde los guerreros se preparaban para resistir el inminente ataque del Imperio Oscuro, discutiendo inútiles estratagemas y construyendo inadecuadas máquinas de guerra.

—Soy Dorian Hawkmoon de Colonia —le dijo al capitán ante quien le llevaron unos soldados.

El capitán le observó atentamente. Uno de sus pies, enfundado en una bota que le llegaba hasta el muslo, descansaba sobre uno de los bancos de la atestada posada.

—El duque de Colonia ya debe de estar muerto a estas horas —dijo—. Fue capturado por Granbretan. Más bien creo que sois un espía.

Hawkmoon no protestó, sino que se limitó a contarle la historia que Meliadus le había dicho que contara. Hablando sin expresión alguna, describió su captura y el método empleado para escapar, y el extraño tono empleado convenció al capitán mucho más que la propia historia. Entonces, un espadachín que llevaba puesta una cota de malla avanzó por entre la multitud gritando el nombre de Hawkmoon. Volviéndose, Hawkmoon reconoció su propia insignia en la capa del hombre: eran las armas de Colonia. Aquel nombre era uno de los pocos que había logrado huir de algún modo del campo de batalla de Colonia. Habló al capitán y a la multitud, describiendo el valor y la habilidad del duque. Como consecuencia de ello, Dorian Hawkmoon fue vitoreado como héroe en Valence.

Aquella misma noche, mientras se festejaba su llegada, Hawkmoon le dijo al capitán que debía seguir viaje hacia la Camarga para tratar de obtener ayuda del conde Brass en la guerra contra Granbretan.

—El conde Brass no se pone de parte de nadie —dijo el capitán, sacudiendo la cabeza—. Pero es muy probable que os escuche a vos antes que a nadie más. Sólo espero que tengáis éxito, milord duque.

A la mañana siguiente, Hawkmoon se alejó cabalgando de Valence por el camino que conducía al sur, cruzándose con hombres de aspecto ceñudo que se dirigían hacia el norte para unirse a las fuerzas que se disponían a resistir los embates del Imperio Oscuro.

El viento empezó a soplar cada vez con mayor fuerza a medida que Hawkmoon se iba acercando a su destino. Finalmente, contempló ante sí las marismas de la Camarga, con los lagos brillando en la distancia, los juncos inclinados bajo la fuerza del mistral... Era un territorio solitario y encantador. Al pasar cerca de una de las altas y viejas torres vio el destello del heliógrafo, y supo que su llegada sería conocida en el castillo de Brass antes de que se produjera.

Con el rostro impertérrito y una expresión fría, Hawkmoon siguió cabalgando, muy erguido en la silla, a lo largo del camino que bordeaba las marismas, donde crecían los matojos, el agua formaba suaves ondas y unos pocos pájaros sobrevolaban los cielos.

El castillo de Brass apareció ante su vista poco antes de la caída de la noche, recortándose a la luz del atardecer su silueta negra y gris, con su colina llena de terrazas y sus delicadas torres.

5. El despertar de Hawkmoon

El conde Brass sirvió a Dorian Hawkmoon una nueva copa de vino y murmuró:

—Continuad, por favor, milord duque.

Hawkmoon estaba contando su historia por segunda vez. En el salón del castillo de Brass estaban también Yisselda, desplegando toda su hermosura, Bowgentle, con una expresión reflexiva en su rostro, y Von Villach, que se acariciaba el bigote y se dedicaba a contemplar el fuego de la chimenea.

—Y así fue como decidí buscar ayudar en Camarga —terminó diciendo Hawkmoon—. Conde Brass, sé que éste es el único territorio que se halla a salvo del poder del Imperio Oscuro.

—Sois bienvenido aquí —dijo el conde Brass frunciendo el ceño—, si todo lo que buscáis es refugio.

—Eso es todo.

—¿No venís a pedirnos que nos alcemos en armas contra Granbretan? —preguntó Bowgentle con una expresión esperanzadora.

—He sufrido bastante por haberlo intentado yo mismo, y por el momento no desearía estimular a otros para que se arriesguen a correr un destino del que yo sólo he podido escapar por los pelos —contestó Hawkmoon.

Yisselda casi pareció sentirse desilusionada. Estaba claro que todos los presentes en la sala, a excepción del propio conde Brass, deseaban la guerra con Granbretan. Quizá fuera así por razones distintas: Yisselda para vengarse de Meliadus; Bowgentle porque creía que alguien se tenía que enfrentar contra aquel mal, y Von Villach simplemente porque deseaba volver a ejercitar su espada.

—Bien —dijo el conde Brass—, porque ya estoy cansado de oponerme a los argumentos en el sentido de que debo ayudar a éste o aquél. Pero, ahora, parecéis agotado, milord duque. De hecho, raras veces he visto a un hombre tan cansado como vos. Os hemos entretenido durante demasiado tiempo. Yo mismo os mostraré vuestras habitaciones.

Hawkmoon no experimentó ninguna sensación de triunfo por haber conseguido que su engañosa historia fuera creída. Había dicho aquellas mentiras porque había acordado con Meliadus que así lo haría. Y cuando llegara el momento de raptar a Yisselda realizaría la tarea con la misma actitud.

El conde Brass le acompañó para mostrarle sus habitaciones, compuestas por un dormitorio, un lavabo y un pequeño estudio.

—Confío en que sea de su agrado, milord duque.

—Completamente —replicó Hawkmoon.

El conde Brass se detuvo ante la puerta, diciendo:

—Esa joya..., la que lleváis en la frente... ¿Decís que Meliadus no tuvo éxito alguno con su experimento?

—Así es, conde.

—Aja... —El conde Brass miró hacia el suelo y después, tras un momento de reflexión, volvió a levantar la mirada—. Es posible que yo conozca un hechizo para quitárosla..., si es que os molesta mucho...

—No me molesta en absoluto —dijo Hawkmoon.

—Aja —volvió a decir el conde.

Y abandonó la habitación.

Aquella misma noche, Hawkmoon se despertó de pronto, tal y como se había despertado en la posada unas pocas noches antes, y creyó ver una figura en su habitación... Era un hombre vestido con una coraza azabache y dorada. Sus pesados párpados se mantuvieron cerrados durante un momento a causa del sueño, y cuando volvió a abrirlos la figura había desaparecido.

Un conflicto empezaba a desarrollarse en el pecho de Hawkmoon... Quizá fuera un conflicto entre la humanidad y su ausencia, o entre la conciencia y la falta de ella, si es que tales conflictos son posibles.

Fuera cual fuese la naturaleza exacta del conflicto, no cabía la menor duda de que el carácter de Hawkmoon estaba cambiando por segunda vez. No era el mismo carácter que había tenido en el campo de batalla de Colonia, ni el extraño estado de ánimo apático en el que había caído desde que se produjera la batalla, sino un nuevo carácter, como si Hawkmoon estuviera naciendo de nuevo bajo un molde completamente diferente.

Pero las indicaciones de que se estuviera produciendo tal renacimiento aún eran débiles, y se necesitaba un catalizador, así como un clima en el que su renacimiento fuera posible.

Hawkmoon se despertó a la mañana siguiente pensando en la forma más rápida de llevar a cabo la captura de Yisselda y regresar a Granbretan con ella para librarse de la Joya Negra y volver al territorio donde había pasado su juventud.

Cuando abandonaba sus habitaciones se encontró con Bowgentle. El filósofo poeta le cogió por el brazo.

—Ah, milord duque, quizá podáis contarme algo de Londra. Nunca he estado allí, a pesar de que viajé mucho cuando era joven.

Hawkmoon se volvió para mirar a Bowgentle, sabiendo que el rostro que vería sería el mismo que contemplarían los nobles de Granbretan gracias a la Joya Negra. En los ojos de Bowgentle había una expresión de franco interés, y Hawkmoon decidió que aquel hombre no sospechaba de él.

—Es una ciudad enorme, alta y lóbrega —contestó Hawkmoon—. La arquitectura es complicada y la decoración compleja y variada.

—¿Y su espíritu? ¿Cómo es el espíritu de Londra? ¿Cuál ha sido vuestra impresión?

—Es un espíritu de poder — contestó Hawkmoon —. De confianza...

—¿De locura, acaso?

—Soy incapaz de saber lo que es locura y lo que no lo es, sir Bowgentle. ¿Os parezco quizá un hombre extraño? ¿Os resulta curiosa mi actitud? ¿Distinta a la de otros hombres?

Sorprendido ante el giro que tomaba la conversación, Bowgentle observó atentamente a Hawkmoon.

—Bueno, sí..., pero ¿por qué lo preguntáis?

—Porque las preguntas que me hacéis me parecen insensatas. Os lo digo sin..., sin desear insultaros... —Hawkmoon se frotó la barbilla—. A mí, al menos, me parecen insensatas.

Empezaron a bajar los escalones que conducían al salón principal, donde ya se había servido el desayuno, y donde el viejo Von Villach ya se estaba sirviendo un gran filete de una bandeja sostenida por un sirviente.

—Sensatez... —murmuró Bowgentle—. Os preguntáis lo que es la locura..., y yo me pregunto lo que es la sensatez.

—Eso es algo que no sé —replicó Hawkmoon—. Yo sólo sé aquello que hago.

—¿Acaso vuestra penosa experiencia os ha impulsado a retraeros..., a abolir la moralidad y la conciencia? —preguntó Bowgentle con simpatía—. No es una circunstancia desconocida. Cuando uno lee los textos antiguos se aprende que hubo muchos que perdieron los mismos sentidos bajo condiciones de extrema dureza. Una buena alimentación y una compañía afectuosa os servirán de mucho para restaurar esos sentidos. Ha sido una suerte que hayáis venido al castillo de Brass. Quizá una voz interior os ha enviado hasta nosotros.

Hawkmoon escuchó sin interés mientras observaba a Yisselda que bajaba la escalera opuesta y le sonreía a él y a Bowgentle desde el otro extremo del salón.

—¿Habéis descansado bien, milord duque? —preguntó la joven.

—Este hombre ha sufrido mucho más de lo que imaginamos —dijo Bowgentle antes de que él pudiera contestar—. Creo que nuestro huésped tardará una o dos semanas en recuperarse por completo.

—¿Queréis acompañarme esta mañana, milord? —sugirió Yisselda graciosamente—. Os mostraré nuestros

jardines. Son muy hermosos, incluso en invierno.

—Sí —asintió Hawkmoon—. Me gustaría verlos.

Bowgentle sonrió al darse cuenta de que el cálido corazón de Yisselda se había visto afectado por la difícil situación de Hawkmoon. Desde su punto de vista, nadie mejor que ella para restaurar el dañado estado de ánimo del duque.

Caminaron por las terrazas de los jardines del castillo, donde había árboles de hoja perenne, flores de invierno y vegetales. El cielo era claro y el sol lucía con todo su esplendor, y el viento no les incomodaba mucho ya que iban envueltos en pesadas capas. Contemplaron los tejados de la ciudad y todo a su alrededor era paz. Yisselda apoyaba su brazo en el de Hawkmoon y conversaba con agilidad, sin esperar ninguna respuesta del hombre de rostro triste que caminaba a su lado. Al principio, la presencia de la Joya Negra en su frente la había perturbado un poco, hasta que decidió que no era tan diferente de un adorno en forma de círculo que ella solía ponerse en la frente para impedir que el pelo le cayera sobre los ojos.

Su joven corazón rebosaba de calidez y afecto. El mismo afecto que se había convertido en pasión por el barón Meliadus, pues necesitaba expresarlo de todas las formas posibles. Ella se sentía contenta de ofrecérselo ahora a este extraño y rígido héroe de Colonia, con la esperanza de que pudiera ayudar a curar las heridas de su espíritu.

Pronto observó que la única vez en que apareció un amago de expresión en sus ojos fue cuando le mencionó al duque su tierra natal.

—Habládme de Colonia —le pidió—. No como es ahora, sino como fue..., o como puede volver a ser un día.

Aquellas palabras le recordaron a Hawkmoon la promesa de Meliadus de restituirle sus territorios. Apartó la vista de la muchacha y la dirigió hacia el cielo, cruzando los brazos sobre su pecho.

—Colonia —dijo ella con suavidad—, ¿era como la Camarga?

—No... —contestó él volviéndose para mirar los tejados allá abajo—. No..., porque la Camarga es salvaje y se conserva tal y como ha sido a lo largo de los tiempos. En Colonia se puede observar por todas partes la mano del hombre..., en sus campos bordeados de setos, en sus cursos de agua rectos, en sus pequeños caminos, en sus granjas y pueblos. Sólo era una pequeña provincia, con gruesas vacas y ovejas bien alimentadas, con sus almiarés de heno y sus prados suaves que protegían a los conejos y a los ratones de campo. Tenía cercas amarillas y bosques umbríos, y nunca se dejaba de ver el humo del hogar surgiendo de alguna que otra chimenea. Sus gentes eran sencillas y amistosas, y amables con los niños. Sus edificios eran antiguos y originales, y tan sencillos como las propias gentes que vivían en ellos. No había nada oscuro en Colonia hasta que llegó Granbretan, con una riada de duro metal y fuego feroz procedente desde el otro lado del Rhin. Y Granbretan también dejó la impronta del hombre sobre el paisaje campesino..., la marca de la espada y de la antorcha... —Suspiró, dejando que su tono de voz fuera adquiriendo un creciente signo de emoción—. La marca de la espada y de la antorcha sustituyendo a la del arado... —Se volvió para mirarla—. Y la cruz y la horca se confeccionaron con las maderas de las cercas amarillas, y los esqueletos de las vacas y de las ovejas obturaron los cursos de agua y emponzoñaron la tierra, y las piedras de las granjas se transformaron en munición para las catapultas, y las gentes del pueblo se convirtieron en cadáveres o en soldados... porque no había otra elección.

Ella le puso suavemente una mano sobre el brazo envuelto en cuero.

—Habláis como si los recuerdos fueran muy lejanos —dijo.

La expresión se desvaneció de los ojos de Hawkmoon, que volvieron a adquirir un matiz de frialdad.

—Así es, así es.... como en un viejo sueño. Ahora, todo eso significa muy poco para mí.

Pero Yisselda le observó reflexivamente mientras le conducía por entre los jardines, creyendo haber encontrado una forma de llegar hasta él y ayudarlo.

En cuanto a Hawkmoon, acababa de recordar todo lo que perdería si no conducía a la muchacha hasta donde estaban los lores oscuros, y agradeció las atenciones que ella le dispensaba, aunque por razones muy distintas a las que ella misma suponía.

El conde Brass los encontró en el patio de armas. Estaba inspeccionando un viejo caballo de guerra y hablando con un caballero.

—Déjalo fuera de servicio —ordenó el conde Brass—. Ya está viejo. —Después se acercó a Hawkmoon y a su hija—. Sir Bowgentle me dice que os encontráis más débil de lo que pensábamos —le dijo a Hawkmoon—. Pero podéis permanecer en el castillo de Brass todo el tiempo que juzguéis conveniente. Espero que Yisselda no os esté cansando con su conversación...

—No. Me parece... sosegante.

—¡Bien! Esta noche tendremos un pequeño entretenimiento. Le he pedido a Bowgentle que nos lea algo de su última obra. Nos ha prometido ofrecernos algo ligero y cómico. Confío en que lo disfrutéis.

Hawkmoon se dio cuenta de que la mirada del conde Brass le observaba atentamente, a pesar de que su actitud parecía muy sincera. ¿Acaso podía sospechar el conde Brass la naturaleza de su misión? El conde era una persona muy conocida por su carácter prudente, sabio y de buen juicio. Pero si su propia personalidad había logrado confundir al barón Kalan, sin duda alguna engañaría al conde. Hawkmoon decidió que no tenía nada que temer. Después, permitió que Yisselda le condujera al interior del castillo.

Aquella noche se celebró un banquete en el que se sirvieron las mejores viandas del castillo de Brass sobre una larga mesa. Allí estaban los principales ciudadanos de la Camarga, algunos dedicados a la cría de toros y otros que eran toreros afamados, incluyendo al ahora recuperado Mahtan Just, cuya vida había salvado el conde Brass un año antes. Sobre la larga mesa se amontonaban pescados y aves de corral, carnes rojas y blancas, verduras de todas clases, vinos de una docena de variedades, cerveza y numerosas salsas y guarniciones de aspecto delicioso. Dorian Hawkmoon estaba sentado a la derecha del conde Brass, y a su izquierda se sentaba Mahtan Just, convertido ahora en el campeón de la temporada. Just adoraba al conde y le trataba con tal respeto que hasta el propio conde se sentía algo incómodo por ello. Junto a Hawkmoon estaba sentada Yisselda, y frente a ella se acomodaba Bowgentle. En el otro extremo de la mesa estaba el viejo Zhonzhac Ekare, el mayor de los criadores de toros, vestido con pesadas pieles y con el rostro oculto por su enorme barba y espesa mata de pelo. Era un hombre que reía a menudo y comía desafortunadamente. Junto a él se sentaba Von Villach, y ambos parecían disfrutar mucho con la compañía del otro.

Cuando ya casi había terminado el banquete y se habían retirado las pastas y dulces, así como los ricos quesos de Camarga, cada invitado tenía ante sí tres jarras de vino de distintas clases, un diminuto barril de cerveza y una gran copa para beber. Únicamente Yisselda tenía una sola botella y una copa más pequeña, ya que, al parecer, ella prefería beber menos.

El vino había nublado un poco la mente de Hawkmoon, otorgándole lo que quizá fuera una falsa apariencia de humanidad normal. Sonrió una o dos veces, y si bien no contestó las bromas de sus compañeros con algunas de su cosecha, al menos no les ofendió con una expresión hosca.

—¡Bowgentle! —rugió entonces el conde Brass—. ¡La balada que nos has prometido!

Bowgentle se incorporó sonriente, con el rostro enrojecido, como el de los demás, por el buen vino y la excelente comida.

—A esta balada le he puesto el título de *El emperador Glaucoma*, y confío en que os divertirá —dijo, y a continuación empezó a recitar las palabras:

*El emperador Glaucoma
pasó ante los formales guardias
en la arcada más lejana
y entró en el bazar,
donde yacían entre las sombras
de las palmeras del templo
los restos de la última guerra,*

*desde los caballeros templarios
hasta el otomano,
los huéspedes del alcázar
y el poderoso khan.
Pero el emperador Glaucoma
pasó sin detenerse,
mientras flautas y tambores
tocaban en honor
del paso del emperador.*

El conde Brass observaba cuidadosamente el grave rostro de Bowgentle con una irónica sonrisa en sus labios. Mientras tanto, el poeta recitaba la compleja poesía con ingenio y graciosos ademanes. Hawkmoon miró en derredor y vio que unos sonreían y otros tenían la mirada perdida, a causa del alcohol. Hawkmoon permanecía impertérrito. Yisselda se inclinó hacia él y murmuró algo inaudible.

*Los barcos del puerto hicieron sonar sus cañones cuando el emperador rechazó al embajador vaticano (***)*

—¿De qué diablos está hablando? —gruñó Von Villach.

—De cosas antiguas —contestó el viejo Zhonzhac Ekare—. De cosas que sucedieron antes del Milenio Trágico.

—Pues yo preferiría escuchar una balada de combate.

Zhonzhac Ekare se llevó un dedo a los labios casi cubiertos por la barba y le hizo guardar silencio a su amigo, mientras Bowgentle continuaba:

*que le había hecho regalos
de alabastro,
y una hoja de Damasco,
y una escayola de París,
de la tumba de Zoroastro,
allí donde florecen
las sombras de la noche.*

Hawkmoon apenas si escuchaba las palabras, aunque su cadencia parecía ejercer sobre él un efecto peculiar. Al principio pensó que sólo se trataba del vino, pero entonces se dio cuenta de que en un determinado momento de la recitación su mente pareció estremecerse, y unas olvidadas sensaciones brotaron de pronto en su pecho. Se revolvió, incómodo, en su asiento.

Bowgentle observó duramente a Hawkmoon, mientras continuaba con su poema, al tiempo que gesticulaba de un modo exagerado.

*El poeta laureado con laurel
y brocados de color naranja
adornado con topacio, y ópalo,*

*y lucido jade,
lleno de fragantes ungüentos,
perfumado con mirra y lavanda,
los tesoros de Tracia y Samarcanda,
cayó postrado
en la plaza del mercado,*

—¿Os encontráis bien, milord? —preguntó Yisselda inclinándose hacia Hawkmoon y hablándole con una expresión de preocupación.

—Estoy bien, gracias —contestó Hawkmoon sacudiendo la cabeza. Se estaba preguntando si no habría ofendido de algún modo a los señores de Granbretan y ellos habían decidido transmitir ahora a la Joya Negra todo su poder vital. Sentía que la cabeza le daba vueltas.

*insensato,
y mientras las antífonas corales
cantaban su gloria,
el emperador, majestuoso,
con babuchas de oro y marfil,
tropezó con él,
arrancando aplausos
al dios mortal.*

Ahora, todo lo que Hawkmoon podía ver era la figura y el rostro de Bowgentle, y no podía escuchar más que el ritmo de las palabras, preguntándose si no sería aquello una especie de encantamiento. Y si Bowgentle estaba tratando de encantarle, ¿cuál era la razón de su actitud?

*Desde ventanas y torres
alegremente ornamentadas
con guirnaldas de flores
y ramos frescos,
los niños arrojaban
lluvias de pétalos de rosas
y de jacintos a la calle
por donde Glaucoma pasaba.
Abajo, desde las casas
y los parapetos
otros niños arrojaban
violetas, pimpollos de flores,
lilas y peonías,
y finalmente, ellos mismos,*

por donde Glaucoma pasaba.

Hawkmoon bebió un largo trago de vino y respiró profundamente, mirando con fijeza a Bowgentle mientras el poeta continuaba recitando sus versos:

*La luna
brillaba débilmente,
el caliente sol oscilaba
retrasando el mediodía,
y las estrellas se esparcían,
con serafín elevando un himno
pues pronto el emperador
estaría ante la ruina sagrada,
sublime,
y apoyaría su mano en aquella puerta
desconocida para el tiempo,
que sólo él, entre los mortales, podía abrir.*

Hawkmoon boqueó como puede hacerlo un hombre cuando acaba de ser arrojado al agua helada. Yisselda le puso la mano sobre la frente humedecida por el sudor y sus dulces ojos reflejaban una expresión preocupada.

—¿Milord...?

Hawkmoon miró fijamente a Bowgentle mientras el poeta, implacable, seguía recitando:

*Glaucoma cruzó
con los ojos bajos
el tenebroso portal ancestral
incrustado de piedras preciosas,
perlas, huesos y rubíes.
Cruzó la puerta
y la columnata,
mientras el sonido
de trombones y trompetas
hacían retemblar la tierra,
y por encima
se extendían las huestes,
y un olor de ámbar gris
quemaba en el aire.*

Débilmente, Hawkmoon fue consciente de la mano de Yisselda tocándole el rostro, pero no pudo escuchar lo que

ella le dijo. Tenía los ojos fijos en Bowgentle, y sus oídos se concentraban en la tarea de escuchar lo que éste seguía recitando. Una copa se le cayó de la mano. Indudablemente, se sentía enfermo, pero el conde Brass no hizo el menor movimiento por ayudarlo. En lugar de ello, miraba de Hawkmoon a Bowgentle, con el rostro medio oculto tras su propia copa de vino y una expresión irónica en los ojos.

*Ahora el emperador libera
una paloma blanca como la nieve.
Oh, una paloma tan justa
como la propia paz,
tan rara que el amor
aumenta en todas partes.*

Hawkmoon gimió. En el extremo más alejado de la mesa, Von Villach dejó su copa de vino sobre la mesa. —Estaría de acuerdo con eso —dijo—. ¿Por qué no recitar *La montaña del baño de sangre*? Es una buena...

*El emperador liberó
esa paloma blanca como la nieve,
y ésta voló
hasta que nadie pudo verla
volar a través del aire nítido,
a través del fuego,
volando aún más alto,
aún más y más alto,
justo hacia el sol,
para morir
por el emperador Glaucoma.*

Hawkmoon se incorporó, tambaleante, y trató de decirle algo a Bowgentle, pero finalmente cayó sobre la mesa, derramando el vino en todas direcciones.

—¿Está borracho? —preguntó Von Villach con un tono de disgusto.

—¡Está enfermo! —exclamó Yisselda—. ¡Oh, está enfermo!

—No creo que esté borracho —dijo el conde Brass inclinándose sobre el cuerpo de Hawkmoon y levantándole un párpado—. Pero, desde luego, ha perdido el conocimiento.

Levantó la mirada hacia Bowgentle y sonrió. Bowgentle le devolvió la sonrisa y se encogió de hombros, diciendo:

—Espero que estéis seguro de eso, conde Brass.

Hawkmoon permaneció durante toda la noche en un coma profundo, del que despertó a la mañana siguiente, encontrando a Bowgentle, que actuaba como físico del castillo, inclinado sobre él. Aún no podía estar seguro de si lo sucedido había sido causado por la bebida, la Joya Negra, o Bowgentle. Ahora se sentía muy caliente y débil.

—Tenéis fiebre, milord duque —le dijo Bowgentle con suavidad—. Pero os curaremos, no temáis.

Después acudió a verle Yisselda, que se sentó al lado de la cama y le sonrió.

—Bowgentle dice que no es nada serio —le dijo—. Yo os cuidaré. No tardaréis en volver a sentirnos bien.

Hawkmoon escudriñó su semblante y experimentó una gran oleada de emoción.

—Lady Yisselda...

—¿Sí, milord?

—Yo..., gracias...

Hawkmoon desvió la mirada, aturdido. Desde detrás de él escuchó una voz que hablaba con urgencia. Era la del conde Brass.

—No digáis nada más. Descansad. Controlad vuestros pensamientos. Dormid todo lo que podáis.

Hawkmoon no se había dado cuenta de que el conde Brass estaba en la habitación. Entonces, Yisselda le acercó un vaso a los labios. Bebió el frío líquido y no tardó en volver a quedarse dormido.

Al día siguiente la fiebre ya había desaparecido y, en lugar de una ausencia de emoción. Dorian Hawkmoon se sintió más bien como si estuviera física y espiritualmente entumecido. Se preguntó si acaso no le habrían drogado.

Yisselda acudió a verle cuando estaba terminando de desayunar, y le preguntó si se sentía con fuerzas para acompañarla a dar un paseo por los jardines, ya que hacía un día estupendo.

Se frotó la frente, sintiendo el extraño calor de la Joya Negra bajo su mano. Apartó la mano, alarmado.

—¿Os sentís mal todavía, milord? —preguntó Yisselda.

—No... Yo... —Hawkmoon suspiró—. No sé. Me siento extraño... Es algo desconocido...

—Quizá un poco de aire fresco os ayude a despejaros la cabeza.

Pasivamente, Hawkmoon se levantó para acompañarla a los jardines. El aire de éstos estaba lleno con toda clase de agradables aromas, el sol lucía espléndidamente, haciendo que los arbustos y los árboles se destacaran nítidamente en el claro aire invernal.

El contacto del brazo de Yisselda, apoyado en el suyo, aún agitó más los sentimientos de Hawkmoon. Era una sensación agradable, como lo era la sensación del viento en la cara y la vista de los jardines y de las casas de la ciudad. Sentía una mezcla de temor y desconfianza... Temor por la Joya Negra, pues estaba seguro de que le destruiría si dejaba entrever cualquier indicio de lo que ahora estaba ocurriendo; y desconfianza para con el conde Brass y los demás, pues tenía la sensación de que le estaban engañando de algún modo, y de que tenían algo más que un indicio sobre el verdadero propósito de su presencia en el castillo de Brass. Podía raptar a la muchacha ahora mismo, robar un caballo y quizá contara con una buena oportunidad para escapar. De pronto, se volvió hacia ella, mirándola.

Ella le sonrió dulcemente.

—¿Os hace sentir mejor el aire, milord duque?

Hawkmoon escudriñó su rostro al tiempo que sentía en su interior el conflicto de numerosas y encontradas emociones.

—¿Mejor? —replicó roncamente—. ¿Mejor? No estoy seguro...

—¿Estáis cansado?

—No.

Empezó a dolerle la cabeza y volvió a tener miedo de la Joya Negra. Extendió una mano y agarró a la muchacha. Ésta, creyendo que estaba a punto de caerse a causa de la debilidad, le cogió a su vez de los brazos tratando de sostenerle. Entonces, las manos de Hawkmoon perdieron su fuerza y no pudo hacer nada.

—Sois muy amable —dijo el duque.

—Y vos sois un hombre muy extraño —dijo ella, casi hablando consigo misma—. Sois un hombre que se siente

infeliz.

—Ah...

Se apartó de ella y empezó a caminar sobre el césped, en dirección al borde de la terraza. ¿Podrían saber los señores de Granbretan lo que estaba sucediendo en su interior? No era muy probable. Por otro lado, le parecía verosímil que hubieran entrado en sospechas y que pudieran activar la fuerza vital de la Joya Negra en cualquier momento. Respiró profundamente el aire frío y enderezó los hombros, recordando lo que le había dicho la noche anterior el conde Brass: «Controlad vuestros pensamientos».

El dolor de su cabeza iba en aumento. Se volvió hacia la joven.

—Creo que será mejor que regresemos al castillo —le dijo a Yisselda.

Ella asintió con un gesto y volvió a cogerle del brazo. Ambos regresaron por el mismo camino por el que habían venido.

Ya en el salón principal, el conde Brass salió a su encuentro. Tenía una expresión de amable preocupación, pero no distinguió en su semblante nada capaz de confirmarle el tono de urgencia que había empleado la noche anterior. Hawkmoon se preguntó si no lo habría soñado, o si quizá el conde Brass había supuesto la naturaleza de la Joya Negra y estaba actuando ahora para engañar tanto a la joya como a los lores oscuros, que incluso ahora podrían estar observando aquella escena desde los laboratorios del palacio en Londra.

—El duque de Colonia no se encuentra bien —dijo Yisselda.

—Me apena mucho saberlo —replicó el conde Brass—. ¿Necesitáis algo, milord?

—No —se apresuró a contestar Hawkmoon—. No..., gracias.

Se dirigió hacia la escalera, caminando con la mayor firmeza que pudo. Yisselda le acompañó, sosteniéndole todavía por un brazo, hasta que llegaron a sus habitaciones. Una vez ante la puerta, él se detuvo y la miró. Los ojos de la muchacha estaban muy abiertos y le miraban con una expresión llena de simpatía; ella levantó una mano y le acarició suavemente la mejilla por un breve instante. Ante aquel contacto, Hawkmoon experimentó un estremecimiento y tuvo que abrir la boca para respirar con fuerza. Después, ella se volvió y casi echó a correr por el pasillo.

Hawkmoon entró en sus habitaciones y se arrojó sobre la cama. Respiraba con rapidez, tenía todo el cuerpo en tensión y trataba desesperadamente de comprender lo que le estaba sucediendo y cuál era la fuente del dolor que sentía en la cabeza. Finalmente, volvió a dormirse.

Se despertó por la tarde, sintiéndose débil. El dolor ya casi había desaparecido por completo y Bowgentle estaba junto a la cama, dejando un cuenco lleno de fruta en una mesa cercana.

—Me equivoqué al creer que ya habíais dejado de tener fiebre —dijo.

—¿Qué me está sucediendo? —murmuró Hawkmoon.

—Por lo que yo puedo decir, creo que estáis sufriendo una ligera fiebre causada por todas las penalidades por las que habéis tenido que pasar, y me temo también que a causa de nuestra hospitalidad. Sin duda alguna era demasiado pronto para que comierais una comida tan abundante y rica y bebierais tanto vino. Tendríamos que habernos dado cuenta de eso. Sin embargo, os encontraréis bien dentro de muy poco, milord.

En su fuero interno, Hawkmoon sabía que aquel diagnóstico no era acertado, pero no dijo nada. Escuchó una ligera tos a su izquierda y volvió la cabeza, pero sólo vio la puerta abierta que conducía al despacho, en cuyo interior parecía haber alguien. Volvió a mirar interrogativamente a Bowgentle, pero el semblante del hombre permaneció inexpresivo, mientras aparentaba controlar el pulso de Hawkmoon.

—No debéis temer nada —dijo una voz procedente del cuarto contiguo—. Deseamos ayudaros. —La voz correspondía a la del conde Brass—. Comprendemos la naturaleza de la joya que lleváis en la cabeza. En cuanto hayáis descansado, levantaos y acudid al salón principal, donde Bowgentle os entretendrá con una conversación trivial. No os sorprendáis aunque sus acciones os parezcan un tanto extrañas.

Bowgentle apretó los labios y se incorporó.

—No tardaréis en estar bien, milord. Y ahora, os dejo.

Hawkmoon le vio marcharse y después oyó que se cerraba otra puerta..., la de la habitación donde había estado el conde Brass. ¿Cómo podían haber descubierto la verdad? ¿Y cómo le afectaría eso a él? A estas alturas, los lores oscuros debían de estar muy extrañados ante el raro giro que habían tomado los acontecimientos, y quizá hubieran empezado a sospechar algo. Podían poner en funcionamiento toda la fuerza vital de la Joya Negra en cualquier momento. Y, por alguna razón, el saberlo así le perturbó mucho más de lo que le había preocupado hasta entonces.

Hawkmoon llegó a la conclusión de que no podía hacer nada, excepto obedecer la orden del conde Brass, aunque era muy probable que, al haber descubierto el propósito de su presencia allí, el conde se mostrara tan vengativo como los lores de Granbretan. En cualquier caso, Hawkmoon se encontraba metido en una situación muy desagradable.

Cuando la habitación se fue oscureciendo y cayó la noche, Hawkmoon se levantó y bajó al salón principal. Estaba vacío. Miró a su alrededor a la débil luz de la chimenea encendida, preguntándose si acaso no le habrían inducido a meterse en alguna clase de trampa.

Entonces apareció Bowgentle por la puerta más alejada y le sonrió. Vio que los labios de Bowgentle se movían, pero no escuchó ningún sonido que surgiera de ellos. A continuación, Bowgentle se detuvo como si estuviera escuchando la respuesta de Hawkmoon y él se dio cuenta de que aquello no era más que una pantomima destinada a engañar a quienes les observaban gracias al poder de la Joya Negra.

Al escuchar unos pasos tras él, no se volvió, sino que aparentó replicar a la silenciosa conversación mantenida con Bowgentle.

Entonces, el conde Brass le habló a su espalda:

—Sabemos lo que es la Joya Negra, milord duque. Sabemos que los de Granbretan os indujeron a venir aquí, y creemos conocer el propósito de vuestra visita. Os explicaré...

Hawkmoon se sintió impresionado ante lo inverosímil de aquella situación en la que Bowgentle aparentaba estar hablando, sin decir nada, mientras que la profunda voz del conde surgía de alguna parte situada a su espalda.

—Cuando llegasteis al castillo de Brass —siguió diciendo el conde Brass—. me di cuenta de que la Joya Negra era algo más de lo que vos decíais..., aunque ni vos mismo os dierais cuenta. Me temo que los del Imperio Oscuro me han valorado en muy poco, puesto que he estudiado tanta hechicería como ellos mismos y poseo un antiguo documento en el que se describe la máquina de la Joya Negra. Sin embargo, no sabía si erais una víctima consciente o inconsciente de la joya, y tenía que descubrirlo sin que los granbretanianos se dieran cuenta.

»Así pues, la noche del banquete le pedí a sir Bowgentle que camuflara una runa en forma de una sucesión de versos aparentemente suyos. El propósito de dicha runa consistía en privaros de vuestra conciencia, para así poder privaros también de la joya, de modo que pudiéramos estudiaros sin que se dieran cuenta los lores del Imperio Oscuro. Confiábamos en que os creyeran borracho y no relacionaran vuestra repentina pérdida de conciencia con las rimas de Bowgentle.

»Así, Bowgentle empezó a pronunciar su runa, destinada exclusivamente a vuestros oídos. Ello sirvió para haceros entrar en un coma profundo. Mientras dormíais, Bowgentle y yo nos las arreglamos para introducirnos en vuestra mente interior, profundamente enterrada... como la de un animal asustado que excava un agujero tan profundo que, una vez allí, empieza a sofocarse casi hasta morir. Ciertos acontecimientos ya habían contribuido a conseguir que vuestra mente interior se acercara a la superficie un poco más de lo que había estado en Granbretan, y de ese modo pudimos interrogarla. Descubrimos así la mayor parte de lo que os había ocurrido en Londra, y cuando supe la misión que os había traído aquí estuve a punto de deshacerme de vos. Pero entonces me di cuenta de que en vuestro interior se desarrollaba un conflicto... del que vos apenas si erais consciente. En el caso de que ese conflicto no hubiera surgido a la luz, yo mismo os habría matado, o habría permitido que la Joya Negra cumpliera su cometido.

Hawkmoon, que aparentaba contestar a la inexistente conversación con Bowgentle, se estremeció a pesar de sí mismo.

—Sin embargo —siguió diciendo el conde Brass —, llegué a la conclusión de que no se os podía acusar por lo ocurrido y de que, al mataros, podía destruir a un enemigo potencialmente poderoso de Granbretan. Aun cuando permanezco neutral, Granbretan me ha ofendido demasiado como para enviar a la muerte a una persona de

vuestras características. Así, hemos imaginado esta situación con el exclusivo propósito de informaros sobre lo que sabemos, y también para deciros que hay esperanza. Poseo los medios necesarios para anular temporalmente el poder de la Joya Negra. En cuanto yo haya terminado, acompañaréis a Bowgentle a mis habitaciones del sótano, donde yo haré lo que tenga que hacer. Disponemos de poco tiempo antes de que los lores de Granbretan pierdan la paciencia y liberen toda la fuerza vital de la joya en vuestra cabeza...

Hawkmoon escuchó alejarse los pasos del conde Brass. Entonces, Bowgentle sonrió y dijo en voz alta:

—De modo que si queréis acompañarme, milord, os mostraré algunas de las partes del castillo que no habéis visitado todavía. Pocos invitados han visitado las cámaras privadas del conde Brass.

Hawkmoon se dio cuenta de que aquellas palabras habían sido pronunciadas en beneficio de los vigilantes de Granbretan. Sin duda alguna, Bowgentle confiaba en estimular así su curiosidad y ganar algo más de tiempo.

Bowgentle le indicó el camino hacia un pasillo que terminó en lo que aparentemente era un muro sólido cubierto de tapices. Apartó los tapices a un lado y tocó un pequeño clavo introducido en la piedra del muro. Inmediatamente, una sección del muro empezó a refulgir y después se desvaneció, poniendo al descubierto un portal a través del cual podía pasar un hombre agachando la cabeza. Hawkmoon lo cruzó, seguido por Bowgentle, y se encontró en una pequeña estancia cuyos muros aparecían cubiertos por antiguos gráficos y diagramas. Abandonaron esta estancia y entraron en otra más grande. Contenía una gran cantidad de aparatos alquímicos, con las paredes cubiertas de estanterías llenas de enormes volúmenes antiguos de química, hechicería y filosofía.

—Por aquí —murmuró Bowgentle apartando una cortina tras la que se extendía un pasillo oscuro.

—Hawkmoon aguzó la mirada tratando de distinguir algo en la oscuridad, pero le fue imposible. Avanzó precavidamente por el pasillo que, de repente, cobró vida con una luz cegadora muy potente.

Revelada en forma de silueta vio la amenazante figura del conde Brass, que sostenía un arma extraña en las manos, apuntada hacia la cabeza de Hawkmoon.

Hawkmoon jadeó y trató de hacerse a un lado, pero el pasillo era demasiado estrecho. Se produjo un crujido que pareció romperle los tímpanos, seguido por un sonido extraño, zumbante y melodioso, y cayó hacia atrás, perdiendo el conocimiento.

Hawkmoon se despertó y se encontró envuelto en una suave luz dorada, experimentando una asombrosa sensación de bienestar físico. Sentía completamente vivas toda su mente y su cuerpo, como si jamás hubiera estado vivo con anterioridad. Sonrió y se despezó. Estaba tumbado sobre un banco de metal y se encontraba solo. Levantó una mano y se tocó la frente. La Joya Negra seguía estando allí, pero su textura había cambiado. Ahora ya no la percibía como carne, y tampoco poseía aquel extraño calor antinatural. Ahora la sentía como una joya ordinaria, dura, lisa y fría.

Se abrió una puerta y el conde Brass entró, mirándole con una expresión de satisfacción en su semblante.

—Siento haberos alarmado tanto ayer por la noche —dijo—, pero tenía que actuar con rapidez, paralizar el poder de la Joya Negra y aprisionar la fuerza vital que contenía. Ahora poseo esa fuerza vital, obtenida tanto por medios físicos como de hechicería. Sin embargo, no puedo contenerla para siempre. Es demasiado fuerte. En algún momento se escapará y regresará a la joya que seguís teniendo en la frente, sin que importe el lugar donde os encontréis.

—De modo que sólo es un alivio temporal y no estoy a salvo —dijo Hawkmoon—. ¿Cuánto tiempo durará esa situación?

—No estoy seguro. Por lo menos seis meses... Es posible que un año..., o incluso dos. Pero entonces sólo será cuestión de horas. No debo engañaros, Dorian Hawkmoon, pero sí puedo daros una esperanza adicional. Existe un hechicero en el Oriente que podría quitaros la Joya Negra de la cabeza. Es un oponente del Imperio Oscuro y podría ayudaros si pudierais encontrarlo.

—¿Cómo se llama?

—Malagigi de Hamadán.

—¿Es de Persia ese hechicero?

—En efecto —asintió el conde Brass—. Está tan lejos que casi está fuera de vuestro alcance.

—Bien —dijo Hawkmoon con un suspiro, incorporándose —, en tal caso sólo puedo confiar en que vuestra hechicería dure el tiempo suficiente para sostenerme durante una temporada. Abandonaré vuestro territorio, conde Brass, y me dirigiré hacia Valence para unirme allí al ejército que se está formando para luchar contra Granbretan. Aunque no pueda ganar la batalla, al menos me llevaré conmigo unos cuantos perros del rey-emperador a modo de venganza por todo lo que me han hecho.

—Os devuelvo la vida e inmediatamente decidís sacrificarla —dijo el conde Brass sonriendo—. Yo os sugeriría que reflexionáis durante algún tiempo antes de tomar ninguna decisión. ¿Cómo os sentís ahora, milord duque?

Dorian Hawkmoon osciló las piernas fuera del banco y volvió a desperezarse.

—Despierto —contestó —, como si fuera un hombre nuevo... —Frunció el ceño y añadió—: Ah..., como un hombre nuevo... Y estoy de acuerdo con vos, conde Brass —murmuró reflexivamente —. La venganza puede esperar hasta que se me ocurra un plan algo más sutil.

—Al salvaros os he privado de vuestra juventud —dijo el conde Brass, casi con tristeza—. Ya no volveréis a conocerla jamás.

6. La batalla de Camarga

—No se extienden ni hacia el este ni hacia el oeste —dijo Bowgentle una mañana, unos dos meses más tarde—, sino que avanzan directamente hacia el sur. No cabe la menor duda, conde Brass, de que se han dado cuenta de la verdad y tienen el propósito de vengarse de vos.

—Quizá su venganza vaya dirigida contra mí —dijo Hawkmoon desde donde estaba sentado, en un cómodo sillón situado junto al fuego de la chimenea—. Si yo saliera a su encuentro, es posible que se dieran por satisfechos. No cabe la menor duda de que me consideran un traidor.

—Por lo que conozco al barón Meliadus —dijo el conde Brass sacudiendo la cabeza—, creo que ahora desea la sangre de todos nosotros. El y sus lobos marchan al frente de los ejércitos. No se detendrán hasta que no hayan llegado a nuestras fronteras.

Von Villach se volvió desde la ventana donde había estado mirando la ciudad.

—Dejadlos acercarse. Los borraré de un plumazo, del mismo modo que el mistral se lleva las hojas de los árboles.

—Esperemos que así sea —dijo Bowgentle con expresión de duda—. Sus fuerzas son masivas. Da la impresión de que están ignorando por primera vez sus tácticas habituales.

—¡Qué tontos! —exclamó el conde Brass—. Siempre les he admirado por la forma en que solían extenderse, describiendo un amplio semicírculo. De ese modo, siempre podían reforzar su retaguardia antes de avanzar. Ahora se van a encontrar con territorios todavía no conquistados situados en sus dos flancos, y también con ejércitos enemigos capaces de cortarles la retaguardia. Si les derrotamos lo pasarán muy mal para poder retirarse. La sed de venganza que siente el barón Meliadus contra nosotros le ha privado de su buen sentido.

—Pero si ganan —dijo Hawkmoon con suavidad—, habrán creado un camino de penetración que llegará de un océano a otro, y de ese modo el resto de sus conquistas será más fácil.

—Es posible que Meliadus justifique su acción de ese modo —admitió Bowgentle—. Me temo que podría tener razón al anticipar tal desenlace.

—¡Tonterías! —gruñó Von Villach—. Nuestras torres resistirán los embates de Granbretan.

—Han sido diseñadas para resistir un ataque por tierra —señaló Bowgentle—. Pero no hemos tenido en cuenta las naves aéreas del Imperio Oscuro.

—Disponemos de nuestro propio ejército aéreo —observó el conde Brass.

—Sí, pero los flamencos no son de metal —replicó Bowgentle. Hawkmoon se levantó de su asiento. Seguía llevando el peto de cuero negro y los grebones que le había entregado Meliadus. El cuero crujió al moverse.

—Dentro de unas pocas semanas, los ejércitos del Imperio Oscuro estarán ante nuestras puertas —dijo—. ¿Qué preparativos debemos hacer?

—En primer lugar, debemos estudiar esto —dijo Bowgentle tocando el gran mapa que llevaba enrollado bajo el brazo.

—Extendedlo sobre esa mesa —dijo el conde Brass señalándola.

Cuando Bowgentle extendió el mapa, utilizando copas de vino para sostener las esquinas, el conde Brass, Hawkmoon y Von Villach se reunieron a su alrededor. El mapa mostraba los territorios de Camarga, así como algunos cientos de kilómetros de la tierra que los rodeaba.

—Sus ejércitos avanzan siguiendo más o menos la orilla oriental del río —dijo el conde Brass indicando la ondulante línea del Ródano—. Por lo que nos ha dicho el mensajero, dentro de una semana deberían estar aquí. —Su dedo señaló las colinas que rodeaban Cevennes—. Debemos enviar exploradores para asegurarnos de conocer todos sus movimientos con anticipación. Después, cuando lleguen a los límites de nuestro territorio, deberemos agrupar todas nuestras fuerzas exactamente en la posición correcta.

—Es posible que envíen por delante a sus ornitópteros —señaló Hawkmoon—. ¿Qué haremos entonces?

—Mantendremos en el aire a nuestros propios exploradores aéreos, y de ese modo podremos descubrirlos anticipadamente —gruñó Von Villach—. Y las guarniciones de las torres podrán entenderse con ellos si los flamencos no pueden.

—Nuestras fuerzas actuales son escasas —observó Hawkmoon—, de modo que dependeremos casi por completo de esas torres, que tendrán que limitarse a desarrollar una acción netamente defensiva.

—Eso es todo lo que necesitamos hacer —puntualizó el conde Brass—. Esperaremos dentro de nuestras fronteras, distribuyendo fuerzas de infantería para rellenar los huecos existentes entre las torres, y utilizaremos heliógrafos y otros señalizadores para dirigir la potencia de fuego de las torres hacia donde más se necesite.

—De ese modo sólo vamos a intentar detener su ataque contra nosotros —dijo Bowgentle con una ligera entonación sarcástica—. No tenemos más intención que la de resistir.

—Exactamente, Bowgentle —admitió el conde Brass mirándole y frunciendo el ceño—. Seríamos unos estúpidos si pretendiéramos atacarles... Somos demasiado pocos contra muchos. Nuestra única esperanza de supervivencia consiste en depender de las torres y demostrarle al rey-emperador y a sus lacayos que en Camarga podemos resistir cualquier cosa que intente, ya se trate de una batalla abierta o de un largo asedio, o de un ataque por tierra, mar o aire. Sería una insensatez extender nuestras fuerzas más allá de nuestras fronteras.

—¿Y qué decís vos, amigo Hawkmoon? —preguntó Bowgentle—. Sois el único que tenéis experiencia de combate con el Imperio Oscuro.

Hawkmoon guardó un momento de silencio, consultando el mapa.

—Comprendo el sentido de la táctica del conde Brass —dijo al fin—. He aprendido a costa mía que no se puede plantear una batalla abierta contra Granbretan. Pero se me ocurre pensar que podríamos hacer algo para inclinar un poco más la balanza a nuestro favor, siempre y cuando pudiéramos elegir el terreno donde librar la batalla. ¿En qué lugar son más fuertes nuestras defensas?

Von Villach señaló una zona situada al sudeste del Ródano.

—Aquí es donde las torres son más sólidas y el terreno es más abrupto, lo que permitiría agruparse a nuestros hombres. El terreno en el que tendrá que luchar el enemigo, por el contrario, está lleno de marismas en esta época del año, y eso les causaría algunas dificultades. —Se encogió de hombros y añadió—: Pero ¿de qué sirve discutir lo que más nos gustaría? Serán ellos los que elijan el punto del ataque, no nosotros.

—A menos que se les pueda atraer hacia esa zona —puntualizó Hawkmoon.

—¿Cómo lo conseguiríais? ¿Desencadenando una tormenta de cuchillos? —preguntó el conde Brass sonriendo.

—Algo así —admitió Hawkmoon—. Con la ayuda de un par de cientos de guerreros montados... que nunca aceptarían entablar una batalla abierta. Un grupo de combate capaz de agujonear constantemente sus flancos podría desviarlos, con un poco de suerte, hacia esa zona, del mismo modo que los perros conducen a los toros. Al mismo tiempo, los tendríamos siempre a la vista y podríamos enviaros mensajes, de modo que supierais en todo momento dónde se encuentran exactamente.

El conde Brass se acarició el bigote y miró a Hawkmoon con una expresión de respeto.

—Ésa es una de mis tácticas preferidas. Quizá, después de todo, esté actuando a mis años de un modo excesivamente prudente. Si fuera más joven, probablemente habría imaginado un plan bastante similar. Podría funcionar, joven Hawkmoon, siempre y cuando tuviéramos bastante suerte.

—Ah... —exclamó Von Villach aclarándose la garganta—. Suerte y perseverancia. ¿Os dais cuenta de lo que estáis hablando, muchacho? Habrá muy poco tiempo para dormir, y tendréis que estar en guardia en todo momento. Lo que estáis considerando representa una tarea muy penosa. ¿Seréis lo bastante hombre como para llevarla a cabo? ¿Y podrán soportarla los soldados que os llevéis? Además, hay que considerar la acción de las máquinas voladoras...

—Sólo necesitaremos vigilar cuidadosamente a sus exploradores —dijo Hawkmoon—, ya que golpearemos y huiremos antes de que pueda levantar el vuelo la mayor parte de su fuerza aérea. Vuestros hombres conocen bien el

terreno... y saben dónde ocultarse.

—Debemos hacer otra consideración —dijo Bowgentle apretando los labios—. La razón por la que avanzan a lo largo del río es para estar cerca de su línea de suministros fluvial. Utilizan el río para acarrear provisiones, utillaje, máquinas de guerra, ornitópteros..., lo cual, a su vez, explica por qué se están moviendo con tanta rapidez. ¿Cómo se les va a poder inducir a abandonar ese esquema con todo su bagaje?

Hawkmoon lo pensó durante un rato y por fin sonrió burlonamente.

—No es una pregunta tan difícil de contestar —dijo—. Escuchadme...

Al día siguiente, Dorian Hawkmoon salió a cabalgar por las salvajes marismas, con lady Yisselda a su lado. Habían pasado mucho tiempo juntos desde su recuperación, y él se sentía profundamente atraído hacia ella, a pesar de que parecía dedicarle muy poca atención. En cuanto a Yisselda, se contentaba con permanecer cerca de él, aunque a veces experimentaba cierto resentimiento por el hecho de que él no le hiciera ninguna demostración de afecto. No sabía que eso era precisamente lo que él más deseaba hacer, pero que sentía por ella una cierta responsabilidad que le obligaba a controlar su deseo natural de cortejarla. Sabía que en cualquier momento de la noche o del día podía convertirse de pronto en una criatura babeante y sin mente, totalmente privada de su humanidad. Vivía sabiendo constantemente que el poder de la Joya Negra podía traspasar los límites entre los que había sido encerrada por el hechizo del conde Brass, y que poco después de que eso sucediera, los lores de Granbretan darían a la joya toda su fuerza vital para que le devorara la mente.

Así pues, no le dijo que la amaba y que había sido precisamente ese amor el que se había agitado primero en su mente más profunda, gracias a lo cual el conde Brass le había perdonado la vida. Ella, por su parte, era demasiado tímida como para hablarle de su propio amor.

Cabalgaron juntos sobre las marismas, experimentando la sensación del viento en sus rostros, envueltos en sus capas, galopando más rápidamente de lo que era aconsejable por entre los caminos semicultos batidos por el viento, por entre los lagos y los charcos superficiales, perturbando la existencia de las codornices y los patos, haciéndoles salir volando, asustados, encontrándose con manadas de caballos salvajes a los que espantaban, alarmando igualmente a los toros blancos, galopando por las extensas playas donde las olas se deshacían en espuma blanca por entre la que chapoteaban los cascos de los caballos, bajo las sombras de las vigilantes torres, riendo y deteniendo finalmente sus monturas para contemplar el mar y gritar por encima del silbante sonido del mistral.

—Bowgentle me dijo que os marcháis mañana —dijo ella aprovechando un instante en que disminuyó la fuerza del viento y todo quedó repentinamente tranquilo.

—Sí, mañana. —Volvió hacia ella su semblante triste y después, rápidamente, se volvió de nuevo hacia el otro lado—. Mañana. Pero no tardaré en regresar.

—No permitáis que os maten, Dorian.

—No creo que mi destino sea el de caer muerto por Granhretan —replicó él, sonriendo confiadamente—. Si fuera así..., ya habría muerto varias veces.

Ella quiso decir algo pero entonces el viento volvió a soplar con furia, revolviéndole el pelo alrededor de la cara. Él se inclinó para apartarlo, sintió la suavidad de la piel en sus dedos y deseó con todo su corazón poder coger aquel rostro entre las manos y besarlo dulcemente con sus labios. Yisselda levantó la mano para coger la de él y mantenerla donde estaba, pero Hawkmoon la retiró suavemente, hizo dar la vuelta a su caballo y lo lanzó al galope, de regreso hacia el castillo de Brass.

Las nubes se arremolinaban en el cielo, por encima de los inclinados juncos y el agua ondulante de las marismas. Empezó a caer una lluvia ligera, apenas lo suficiente como para humedecer sus hombros. Después, ambos cabalgaron despacio, uno junto al otro, cada uno perdido en sus propios pensamientos.

Vestido con una cota de malla desde el cuello hasta los pies, con un casco de acero provisto de nariguera para protegerle la cabeza y el rostro, y armado con una larga y ancha espada que le colgaba del cinto y un amplio escudo

sin insignia, Dorian Hawkmoon levantó la mano para ordenar a sus hombres que se detuvieran. Los hombres iban fuertemente armados, con arcos y flechas, hondas, algunas lanzas de fuego, hachas y lanzas, cualquier cosa capaz de ser lanzada desde cierta distancia. Las llevaban colgando de las espaldas, de las sillas de montar, de los costados; las sostenían con las manos y colgaban de sus cintos. Hawkmoon desmontó y siguió a su escolta hacia la cresta de la colina, agachándose y moviéndose con precaución.

Una vez que llegó arriba se tumbó en el suelo y miró hacia el valle que se extendía más abajo, por donde pasaba el río. Era la primera vez que veía todo el poder de los ejércitos de Granbretan.

Era como una vasta legión surgida de los infiernos que se movía lentamente hacia el sur, un batallón de infantería tras otro, un escuadrón de caballería tras otro, con todos los hombres enmascarados de tal modo que parecía como si todo el reino animal marchara contra Camarga. Altas banderolas ondeaban al viento, sobresaliendo de esta fuerza, y los estandartes de metal se balanceaban en los extremos de largas lanzas. Allí estaba el estandarte de Asrovak Mikosevaar, con su sonriente calavera en cuyo hombro aparecía un buitre, y bajo la cual se había bordado la frase ¡MUERTE A LA VIDA! La diminuta figura que se balanceaba sobre la silla, cerca del estandarte, debía de corresponder al propio Asrovak Mikosevaar. Junto al barón Meliadus, era uno de los más despiadados señores de la guerra de Granbretan. Cerca distinguió el estandarte del felino, correspondiente al duque de Vendel, gran jefe de dicha orden; más allá estaba el estandarte de lord Jarak Nankenseen, y otros muchos cientos de banderas similares, pertenecientes a otras tantas cientos de órdenes. Hasta la bandera de la Mantis se encontraba allí, aunque su gran jefe estaba ausente, pues no era otro que el propio rey-emperador Huon. Pero al frente de todos ellos cabalgaba la figura de Meliadus, con su máscara de lobo, portando su propio estandarte, la figura de un lobo rampante, y hasta su propio caballo, acorazado con su armadura, parecía la cabeza de un lobo gigantesco.

La tierra se estremecía, incluso desde aquella distancia, a medida que el ejército avanzaba, y el aire portaba hasta la colina el sonido metálico del entrechocar de las armas, y un olor a sudor y a animales.

Hawkmoon no se quedó mucho tiempo contemplando el avance del ejército. Su mirada se concentró en observar más allá, donde discurría el río, lleno con un gran número de barcazas pesadamente cargadas que se apretaban unas contra otras, formando un conjunto tan espeso que casi ocultaban las aguas del río. Sonrió y le susurró al escolta que estaba a su lado:

—Eso viene muy bien para nuestro plan, ¿lo veis? Todas sus naves están juntas. Vamos, tenemos que rodear su ejército y cruzar al otro lado desde una gran distancia a su retaguardia.

Bajaron la colina corriendo. Hawkmoon montó en su silla e hizo señas a sus hombres con la mano para que continuaran avanzando. Siguiéndole, el grupo se lanzó al galope. Sabían que no podían perder el tiempo.

Cabalgaron durante la mayor parte del día, hasta que el ejército de Granbretan no fue más que una lejana nube de polvo hacia el sur, y el río quedó libre de embarcaciones del Imperio Oscuro. Se encontraban en una zona donde el Ródano se estrechaba y sus aguas eran más superficiales, ya que atravesaban un curso de agua artificial hecho de piedra antigua, cruzado por un bajo puente de piedra. En uno de los lados el terreno era plano, mientras que en el otro formaba un suave declive que descendía, terminando en un valle.

Cuando llegó la noche, Hawkmoon vadeó esta parte del río, inspeccionando cuidadosamente las riberas de piedra y el puente, y comprobando la naturaleza del propio lecho del río, mientras el agua se arremolinaba alrededor de sus piernas, dejándose las heladas al penetrar por entre los intersticios de su cota de malla. El curso de agua estaba en malas condiciones. Había sido construido antes del Milenio Trágico y apenas había sido reparado desde entonces. Lo habían construido para desviar el río por alguna razón. Ahora, Hawkmoon tenía intenciones de darle un nuevo uso.

En la orilla, esperando su señal, se habían agrupado sus lanceros, sosteniendo cuidadosamente las largas y pesadas lanzas de fuego. Hawkmoon regresó a la orilla y empezó a señalar ciertos lugares del puente y de las orillas. Los lanceros saludaron y empezaron a moverse en las direcciones que él les había indicado, levantando sus armas. Hawkmoon extendió un brazo hacia el oeste, allí donde el terreno formaba un declive y les llamó, señalándolo. Los hombres asintieron.

Cuando aún se hizo más de noche, unas llamaradas rojas empezaron a surgir de las bocas ahusadas de las armas, abriéndose paso por entre la piedra, convirtiendo el agua en vapor hirviente, hasta que todo fue caos y calor.

Las lanzas de fuego cumplieron su tarea; después, de pronto, se escuchó un gran crujido y el puente se vino abajo

sobre el río enviando el agua en todas direcciones. Ahora, los lanceros de fuego volvieron su atención hacia la ribera occidental, desprendiendo bloques que cayeron igualmente sobre las aguas, formando así una especie de represa ante la que se iba amontonando el agua.

A la mañana siguiente, el agua ya se precipitaba por un nuevo curso, en dirección al valle, y sólo una débil corriente seguía fluyendo por lo que hasta entonces había sido el lecho original del río.

Cansados pero satisfechos, Hawkmoon y sus hombres se miraron sonrientes y montaron en sus caballos, volviendo grupas para regresar por la misma dirección por donde habían venido. Acababan de lanzar su primer golpe contra Granbretan. Y era un golpe muy efectivo.

Hawkmoon y sus soldados descansaron en las colinas durante unas pocas horas y después reanudaron la marcha hacia donde se hallaba el ejército del Imperio Oscuro.

Hawkmoon sonrió, a cubierto entre unos matorrales, sonrió al mirar hacia el valle y observar la escena de confusión que allí se desplegaba.

El río se había convertido ahora en un cenagal de barro oscuro y en medio de su cauce, como ballenas varadas en medio de una playa, estaban las barcas de batalla de Granbretan, algunas con las proas elevadas y las popas hundidas en el barro del lecho del río. Otras tumbadas de costado, con las máquinas de guerra desparramadas por cualquier parte, el ganado mugiendo de pánico y las provisiones estropeadas. Y en medio de toda aquella confusión, los soldados, chapoteando en el barro, intentaban transportar a tierra seca las cargas llenas de barro, liberar a los caballos de las cuerdas que los sujetaban, y rescatar a las ovejas, cerdos y vacas que se agitaban salvajemente entre el barro.

Hasta él llegaban los fuertes ruidos producidos por los animales y los gritos de los hombres. Las hileras ordenadas y uniformes que Hawkmoon había visto antes se habían roto ahora. En las orillas, los orgullosos caballeros se veían obligados a utilizar sus monturas como animales de carga para transportar los fardos más cerca de tierra firme. Por todas partes se habían levantado campamentos, al darse cuenta Meliadus de la imposibilidad de continuar su avance hasta que no se hubiera recuperado toda la carga de las barcas de transporte. Aunque se habían apostado guardias alrededor de los campamentos, todos ellos tenían puesta su atención en lo que sucedía en el río, y no en las colinas donde Hawkmoon y sus hombres esperaban pacientemente.

La tarde ya estaba muy avanzada, y como los ornitópteros no podían volar de noche, el barón Meliadus no se enteraría hasta el día siguiente de la razón exacta del repentino y sorprendente resecamiento del río. Entonces, según esperaba el propio Hawkmoon, enviaría río arriba a sus equipos de zapadores para tratar de reparar el daño; pero Hawkmoon estaría preparado para tal eventualidad.

Ahora había llegado el momento de preparar a sus hombres. Arrastrándose, retrocedió, bajando hacia la depresión que formaba la colina, donde sus hombres vivaqueaban, y conferenció con sus capitanes. Tenía el proyecto de perseguir un objetivo particular que confiaba ayudaría a desmoralizar a los guerreros de Granbretan.

Cayó la noche y, a la luz de las hogueras, los hombres del valle continuaron su trabajo, moviendo a mano las pesadas máquinas de guerra, dirigiéndolas poco a poco hacia la orilla, y transportando cajas de provisiones hacia las elevadas orillas del río. Meliadus, cuya impaciencia por llegar a Camarga no permitía descanso alguno a sus hombres, cabalgaba entre los agotados y sudorosos soldados, urgiéndoles a darse prisa. Detrás de él se levantaban los estandartes de cada orden, rodeados por un gran círculo de tiendas, aunque muy pocas de ellas estaban ocupadas en aquellos momentos, ya que la mayor parte del ejército seguía dedicado al trabajo.

Nadie descubrió las sombras de los guerreros montados cuando éstos se aproximaron. Los caballos descendieron suavemente de las colinas y cada jinete iba envuelto en una capa oscura.

Hawkmoon detuvo su caballo y se llevó la mano derecha al costado izquierdo, de donde colgaba la fina espada que Meliadus le había entregado. La desenvainó, levantándola por un momento en el aire y después señaló con su punta hacia el frente. Era la señal para lanzarse a la carga.

Sin lanzar gritos de guerra, produciendo únicamente el sonido del retumbar de los cascos de los caballos y el tintineo metálico de sus armas y arneses, los camarguanos se lanzaron al ataque, conducidos por Hawkmoon,

inclinado sobre el cuello de su animal, que se abalanzó directamente contra un sorprendido guardia. La espada alcanzó al hombre en el cuello y el guardia se derrumbó con un sonido gorgoteante. Cruzaron por entre las primeras tiendas, cortando las cuerdas que las sostenían, destrozando a los pocos hombres armados que intentaron detenerles, sin que los granbretanianos tuvieran la menor idea de quiénes les estaban atacando. Hawkmoon llegó al centro del primer círculo, y su espada trazó un amplio arco, dando un golpe cortante sobre el estandarte que se elevaba allí, perteneciente a la orden del Perro. El palo que lo sostenía crujió, gimió y finalmente cayó sobre una de las hogueras levantando una gran cantidad de chispas.

Hawkmoon no se detuvo a mirar; espoleó a su caballo hacia el centro del enorme campamento. En la orilla del río no cundió la alarma, pues era tal el ruido producido por los propios granbretanianos, que no pudieron escuchar el que estaban creando los invasores.

Tres hombres con sus corazas a medio poner se dirigieron contra Hawkmoon. Tiró del caballo hacia un lado e hizo oscilar su espada a derecha e izquierda, deteniendo los golpes que le dirigían y logrando desarmar a uno de ellos. Los otros dos presionaron más, pero Hawkmoon rebanó de un tajo una de las muñecas que se adelantaban contra él. El otro guerrero retrocedió y Hawkmoon se abalanzó contra él hasta que su espada le destrozó el pecho.

El caballo se encabritó y Hawkmoon se esforzó por controlarlo, obligándolo después a cruzar por entre otra hilera de tiendas, seguido por sus hombres. Salió entonces a un espacio abierto y vio que su camino se hallaba bloqueado por la presencia de un grupo de guerreros vestidos únicamente con sus ropas de dormir y armados con espadas. Hawkmoon gritó una orden a sus hombres, que se desparramaron hacia los flancos para lanzarse en tromba contra la línea defensiva, con las espadas tendidas al frente. Casi con un solo movimiento mataron o pusieron en fuga la línea de guerreros y lograron así pasar al siguiente círculo de tiendas, donde siguieron cortando las cuerdas de aquéllas. A medida que lo hacían, las tiendas se desmoronaban sobre quienes las ocupaban.

Finalmente, con la espada reluciente de sangre, Hawkmoon se abrió paso hacia el centro de este nuevo círculo, encontrando allí lo que andaba buscando: el orgulloso estandarte de la orden de la Mantis, cuyo gran jefe era el propio rey-emperador. Había un grupo de guerreros a su alrededor poniéndose los cascos y ajustándose los escudos. Sin esperar a ver si sus hombres le seguían, Hawkmoon se lanzó hacia ellos emitiendo un poderoso grito de guerra. El brazo que sostenía la espada experimentó un fuerte estremecimiento cuando ésta golpeó contra el escudo del guerrero más cercano, que alcanzó el rostro del hombre que se protegía tras él, haciéndole retroceder, arrojando sangre por la boca destrozada. Inmediatamente, Hawkmoon lanzó la espada hacia un lado, cortando otra cabeza. Su hoja se elevaba y caía como una máquina de matar implacable. Sus hombres se le unieron ahora, haciendo retroceder más y más a los defensores que formaban un grupo cada vez más apretado alrededor del estandarte de la Mantis.

Hawkmoon hizo una mueca, se inclinó hacia adelante y, con un movimiento de la espada, le sacó a un hombre el casco de la cabeza y se la partió en dos. Después, se inclinó y arrancó el estandarte de la Mantis de donde estaba clavado en la tierra, lo levantó para mostrarlo a sus hombres e hizo dar media vuelta a su caballo, disponiéndose a cabalgar de nuevo hacia las colinas. No sería nada difícil dejar atrás los cadáveres y las tiendas destrozadas.

A su espalda, escuchó el grito de un guerrero herido:

—¿Lo has visto? ¡Llevaba una joya negra incrustada en la frente!

Supo así que el barón Meliadus no tardaría en comprender quién había asaltado su campamento arrebatándole el estandarte más precioso de todo el ejército.

Se volvió hacia la dirección de donde había partido el grito, hizo ondear triunfalmente el estandarte y lanzó una risa salvaje y burlona.

—¡Hawkmoon! —gritó—. ¡Hawkmoon!

Era el viejo grito de guerra de sus antepasados. Ahora, había surgido inconscientemente en sus labios, estimulado por el afán de que su gran enemigo Meliadus, el destructor de su linaje, supiera quién se le oponía.

El semental azabache que montaba se levantó sobre sus patas traseras, con los belfos abiertos y los ojos brillantes, se mantuvo así durante un instante y después descendió y se lanzó al galope por entre la enorme confusión que reinaba en el campamento.

Detrás de él cabalgaban sus guerreros montados, aguijoneados por la furiosa risa de Hawkmoon.

No tardaron en llegar de nuevo a las colinas, dirigiéndose hacia el campamento secreto que ya habían preparado. Detrás de ellos, los hombres de Meliadus se movían a ciegas de un lado a otro. Hawkmoon vio que la escena de las secas orillas del río se había hecho aún más confusa, y que las antorchas se movían apresuradamente en dirección al campamento recién asaltado.

Gracias a su perfecto conocimiento del terreno, los hombres de Hawkmoon no tardaron en distanciarse de sus perseguidores hasta que finalmente llegaron a una colina rocosa donde el día anterior habían camuflado la entrada de una gran cueva. Ahora se metieron en ella, desmontando rápidamente y volviendo a colocar el camuflaje. La cueva era enorme, y más allá había cavernas incluso mayores, lo bastante grandes como para ocultar a toda la fuerza y sus caballos. Una pequeña corriente de agua se deslizaba por la caverna más alejada, donde se habían guardado provisiones para varios días. A lo largo de todo el camino de regreso hacia Camarga se habían preparado otras cuevas similares.

Alguien encendió antorchas y Hawkmoon desmontó, dejando el estandarte de la Mantis en un rincón. Sonrió burlonamente mirando el rostro rubicundo de Pelaire, su lugarteniente.

—Mañana, Meliadus enviará zapadores a nuestra represa, una vez que los ornitópteros le hayan informado de la causa de sus dificultades. Debemos asegurarnos de que no destruyan el hermoso trabajo que hemos hecho.

—Sí —asintió Pelaire —, pero aun cuando destruyamos a un grupo, enviaré a otro.

—Y a otro, sin duda alguna —admitió Hawkmoon encogiéndose de hombros—. Pero confío en su impaciencia por llegar a Camarga. Terminará por darse cuenta de que no vale la pena perder tiempo y hombres tratando de volver a encauzar el río. Entonces continuará su avance..., y si tenemos suerte y sobrevivimos, quizá podamos empujarlo hacia el sudeste de nuestras fronteras.

Pelaire había empezado a contar el número de los guerreros que habían regresado. Hawkmoon esperó a que terminara y después preguntó:

—¿Cuántas bajas hemos tenido?

—Ninguna, señor... —contestó Pelaire con una expresión de regocijo e incredulidad—. ¡No hemos perdido un solo hombre!

—Eso es un buen augurio —dijo Hawkmoon palmeando la espalda de Pelaire—. Ahora tenemos que descansar, pues mañana nos queda un largo camino que recorrer.

Al amanecer, el guardia que Hawkmoon había apostado a la entrada regresó trayendo malas noticias.

—Una máquina voladora —le informó al duque, que estaba lavándose en la corriente de agua—, ha estado describiendo círculos desde hace diez minutos, sobrevolando la zona.

—¿Creéis que el piloto ha podido sospechar algo..., distinguir nuestras huellas, quizá? —preguntó Pelaire.

—Imposible —contestó Hawkmoon secándose el rostro—. Las rocas no permitirían ver nada incluso a alguien que hubiera tratado de seguirnos por tierra. Tenemos que esperar el momento más oportuno... Los ornitópteros no pueden permanecer durante mucho tiempo en el aire sin regresar a repostar.

Sin embargo, una hora más tarde, el guardia regresó para informar que el primer ornitóptero había sido sustituido por un segundo. Hawkmoon se mordió un labio y después tomó una decisión.

—Se nos acaba el tiempo. Tenemos que llegar a la represa antes de que los zapadores inicien su trabajo. Tendremos que recurrir a un plan bastante más arriesgado de lo que me había imaginado...

Rápidamente, llamó a uno de sus hombres y le habló; después, ordenó que se acercaran dos lanceros de fuego y finalmente ordenó al resto de sus hombres que ensillaran los caballos y se dispusieran a abandonar la cueva.

Un poco más tarde, un jinete solitario salió de la caverna y empezó a descender lentamente la suave pendiente rocosa.

Observando desde la caverna. Hawkmoon vio el brillo del sol reflejado en el gran cuerpo metálico de la máquina voladora, cuyas alas mecánicas se balanceaban ruidosamente en el aire al tiempo que descendía hacia el jinete solitario. Hawkmoon ya había previsto la curiosidad del piloto. Ahora hizo un gesto con la mano y los dos lanceros

de fuego elevaron sus pesadas y largas armas, cuyos tubos ya empezaban a enrojecer, preparados. Las desventajas de la lanza de fuego consistían en que no se podían manejar instantáneamente, y en que a menudo se calentaban demasiado como para poderlas manejar.

El ornitóptero trazaba círculos cada vez más bajos. Los ocultos lanceros de fuego levantaron sus armas. Se pudo ver al piloto, inclinado sobre la cabina, con la máscara de cuervo dirigida hacia abajo.

—Ahora —murmuró Hawkmoon.

Las llamaradas rojas abandonaron los cañones de las lanzas como si fueran una sola. La primera se estrelló contra la parte lateral del ornitóptero y sólo calentó un poco la armadura. Pero la segunda estalló contra el cuerpo del piloto, que empezó a arder casi instantáneamente. El piloto trató de apagar el fuego con las manos, abandonando los delicados controles de la máquina. Las alas se movieron erráticamente y el ornitóptero se retorció en el aire, se inclinó hacia un lado y se precipitó a tierra con el piloto tratando de recuperar el control. Chocó contra una colina cercana desmembrándose en trozos, con las alas todavía batiendo por un instante más, y el desgarrado cuerpo del piloto a varios metros de distancia; finalmente, se produjo un estallido y se escuchó un extraño chasquido. La máquina no se incendió pero sus fragmentos quedaron desparramados por toda la colina. Hawkmoon no comprendía las peculiaridades de la unidad de potencia utilizada por los ornitópteros, pero una de ellas era la forma en que explotaban.

Hawkmoon montó en su semental negro e hizo señas a sus hombres para que le siguieran. Pocos instantes después bajaban al galope la suave pendiente rocosa de la colina, dirigiéndose hacia la represa que habían creado el día anterior en el curso superior del río.

El día de invierno era brillante y claro, y el aire muy vigorizante. Cabalgaron con cierta confianza, alegres por el éxito alcanzado la noche anterior. Ralentizaron el paso al llegar cerca de la represa, vieron el río, que ahora seguía su nuevo curso, y observaron desde lo alto de la colina un destacamento de guerreros y zapadores, dedicados a inspeccionar el puente roto que bloqueaba el antiguo curso de agua. Después, se lanzaron a la carga, con los lanceros de fuego montados a la cabeza, firmemente apoyados en los estribos al tiempo que manejaban sus terribles armas.

Diez líneas de fuego surgieron en dirección de los sorprendidos granbretanianos, convirtiendo a los hombres en antorchas vivientes que corrían gritando en busca del agua. El fuego se extendió por entre las filas de hombres con sus máscaras de topos y tejones, así como por entre el destacamento de protección, con sus máscaras de buitres..., los mercenarios de Asrovak Mikosevaar. A continuación, los hombres de Hawkmoon se abalanzaron sobre ellos, y el aire se llenó con el estruendo de sus armas. Hachas ensangrentadas se elevaron en el aire, las espadas repartieron tajos a diestro y siniestro, los hombres lanzaron gritos de agonía y los caballos bufaron y relincharon, golpeando con sus cascos.

El caballo de Hawkmoon, protegido por una cota de malla, se tambaleó cuando un hombre enorme lanzó contra él una gran hacha de guerra de doble filo. El caballo cayó, arrastrando con él a Hawkmoon y atrapándole con su cuerpo. El hachero, con la cabeza cubierta por la máscara de buitre, se acercó levantando el arma sobre la cabeza de Hawkmoon. Éste sacó un brazo de debajo del cuerpo del animal. Sostenía la espada en alto, y la movió justo a tiempo para detener la mayor parte de la fuerza del golpe. El caballo volvió a incorporarse. Hawkmoon se levantó a su vez, soltó las riendas y, al mismo tiempo, se protegió del hacha que volvía a lanzarse contra él.

Las armas entrechocaron una, dos, tres veces, hasta que a Hawkmoon le dolió el brazo que sostenía la espada. Entonces, deslizó hacia un lado el mango de la espada y alcanzó con él las muñecas del hachero. Una de las manos del adversario de Hawkmoon soltó el hacha y el hombre lanzó un juramento desde el interior de su máscara. Hawkmoon le golpeó la máscara de metal con toda la fuerza de su espada, abollándola. El hombre lanzó un gemido y se tambaleó hacia atrás. Hawkmoon agarró la espada con ambas manos y la volvió a dirigir contra la cabeza. La máscara de buitre se partió, dejando al descubierto un rostro ensangrentado, cuya boca, rodeada por una barba, gritaba pidiendo piedad. Los ojos de Hawkmoon se estrecharon, pues detestaba mucho más a los mercenarios que a los propios granbretanianos. Lanzó un tercer golpe contra la cabeza, abriéndole un gran agujero y haciendo retroceder al hombre, ya muerto, que se desmoronó contra uno de sus compañeros, enzarzado en la lucha contra un jinete camarguiano.

Hawkmoon volvió a montar y dirigió a sus hombres contra los restos del destacamento de la legión Buitre, golpeando y destrozando cuerpos, sumidos todos ellos en una verdadera fiebre de sangre, hasta que sólo quedaron

los zapadores, apenas armados con espadas cortas. Sin embargo, los zapadores presentaron muy poca resistencia y no tardaron en ser diezmados. Sus cuerpos quedaron tendidos sobre la represa, y algunos fueron arrastrados por las aguas que habían intentado liberar.

Mientras cabalgaban de regreso hacia las colinas, Pelaire miró a Hawkmoon y exclamó:

—¡No tenéis piedad alguna, capitán!

—Así es —replicó el duque con aire ausente—. Ninguna piedad. Todos los granbretanianos o los que luchan a su favor, son enemigos míos, ya se trate de hombres, mujeres o niños.

Esta vez habían perdido ocho hombres. Habían vuelto a tener mucha suerte, teniendo en cuenta la fuerza del destacamento que acababan de destruir. Los granbretanianos estaban acostumbrados a masacrar a sus enemigos, y no estaban habituados a ser atacados de aquella manera. Quizá eso explicaba las pocas pérdidas que habían sufrido hasta el momento los hombres de Camarga.

Meliadus envió cuatro expediciones más para destruir la represa, cada una de ellas acompañada por fuerzas más y más numerosas. Todas fueron destruidas por los repentinos ataques lanzados por los jinetes de Camarga, y aún quedaban ciento cincuenta hombres de los doscientos que habían partido con Hawkmoon. Esta exigua fuerza sería suficiente para llevar a cabo la segunda parte del plan concebido por Hawkmoon: empujar a los ejércitos de Granbretan, estorbados por las máquinas de guerra y los suministros que tenían que transportar ahora por tierra, de modo que poco a poco se fueran dirigiendo hacia el sudeste.

Hawkmoon decidió no seguir atacando durante el día, cuando los ornitópteros describían grandes círculos en el cielo, sino que prefirió lanzar sus asaltos por la noche. Sus lanceros de fuego quemaban grupos de tiendas, abrasando a sus ocupantes, mientras que sus flechas derribaban a los hombres destinados a montar la guardia alrededor de las tiendas, así como a los pequeños grupos de exploradores que salían durante el día para intentar encontrar los lugares donde los camarguianos tenían sus campamentos secretos. Las espadas apenas se secaban cuando ya tenían que ser utilizadas de nuevo. Las hachas se despuntaron a causa de su terrible trabajo, y las pesadas lanzas de Camarga empezaron a fallar. Hawkmoon y sus hombres se sentían agotados, con los ojos enrojecidos por la falta de sueño, ya que a veces apenas si podían desmontar de sus sillas, librándose a menudo por los pelos de ser descubiertos por los ornitópteros o las patrullas de exploradores. No obstante, se aseguraban de que el camino seguido a lo largo del río quedara lleno de cadáveres de granbretanianos.

Tal y como había supuesto Hawkmoon, Meliadus no perdió el tiempo intentando buscar a la partida de guerrilleros. Su impaciencia por llegar a Camarga era incluso superior al gran odio que abrigaba contra Hawkmoon y, sin duda alguna, pensaba que una vez se hubiera apoderado de Camarga tendría tiempo suficiente para vérselas con él.

Sólo en una ocasión estuvieron ambos lo bastante cerca como para enfrentarse directamente, cuando Hawkmoon y sus jinetes, que se movían por entre las tiendas, incendiándolas y acuchillando enemigos, ya se disponían a abandonar el campo ante la proximidad del amanecer. Meliadus montó en su caballo, se puso al frente de un grupo de su caballería de lobos, y distinguió a Hawkmoon, ocupado en aquellos momentos en despachar a dos hombres aprisionados entre una tienda caída. El barón se lanzó a la carga contra él.

Hawkmoon levantó la vista, levantó la espada para detener el golpe que le dirigía Meliadus y sonrió burlonamente, al tiempo que hacía retroceder gradualmente el arma de su enemigo.

Meliadus gruñó cuando Hawkmoon le obligó a retrocer su brazo más y más.

—Os tengo que dar las gracias, barón Meliadus —dijo Hawkmoon—. La alimentación que me dispensasteis en Londra parece haber aumentado mi fortaleza...

—Oh, Hawkmoon —replicó Meliadus con voz suave pero temblando de rabia—. No sé cómo habéis logrado escapar al poder de la Joya Negra, pero cuando me haya apoderado de Camarga y volváis a ser mi prisionero, sufriréis un destino mil veces más cruel del que habéis evitado por el momento.

De repente, Hawkmoon movió su hoja por debajo de la espada de Meliadus, hizo girar la punta con un movimiento rápido y desarmó al otro. Levantó después la espada, dispuesto a golpear, y en ese instante se dio cuenta de que se acercaba un numeroso grupo de granbretanianos.

—Lo siento, barón, pero ya es hora de marcharse. ¡Os recordaré vuestra promesa..., cuando seáis mi prisionero!

Volvió grupas y se alejó riendo, poniéndose al frente de sus hombres y sacándolos del caos que reinaba por todo el campamento. Describiendo un movimiento colérico con la mano, Meliadus desmontó para recuperar su espada.

—¡Insolente! —exclamó, jurando en voz alta—. ¡Se arrastrará a mis pies antes de un mes!

Llegó el día en que Hawkmoon y sus jinetes ya no lanzaron ningún ataque más contra las fuerzas de Meliadus, sino que galoparon rápidamente a través del terreno pantanoso situado por debajo de la hilera de colinas donde les esperaban el conde Brass, Leopold von Villach y su ejército. Las altas torres oscuras, casi tan antiguas como la propia Camarga, dominaban el paisaje, cubiertas ahora de guardias cuyas poderosas armas sobresalían de casi todas las almenas.

El caballo de Hawkmoon subió la colina, aproximándose a la solitaria figura del conde Brass, quien sonrió con calidez y alivio al reconocer al joven y valeroso noble.

—Me alegro mucho de haber decidido conservaros la vida, duque de Colonia —dijo con un tono de buen humor—. Habéis realizado todo lo que planeasteis..., conservando con vida a la mayor parte de vuestras fuerzas. No estoy seguro de que yo mismo hubiera podido hacerlo mejor en mis buenos tiempos.

—Gracias, conde Brass. Ahora tenemos que prepararnos. El barón Meliadus apenas si se encuentra a medio día de marcha por detrás de nosotros.

Por debajo de donde se encontraban, en el extremo más alejado de la colina, distinguió ahora a las fuerzas de Camarga, compuestas fundamentalmente por infantería.

Eran, como máximo, unos mil hombres, una cifra ridículamente exigua en comparación con el amplio peso de los guerreros que marchaban contra ellos. Los camarguianos se veían superados en número, en una proporción de veinte a uno, y probablemente en el doble de esa cantidad.

El conde Brass observó la expresión de Hawkmoon.

—No temáis, muchacho. Disponemos de armas mejores que las espadas para resistir esta invasión.

Hawkmoon se equivocó al creer que las fuerzas de Granbretan alcanzarían las fronteras en apenas medio día. Habían decidido acampar, antes de emprender el asalto, y no fue hasta el mediodía del día siguiente que los camarguianos vieron aproximarse las fuerzas del enemigo. Avanzaban sobre la llanura en una formación abierta. Cada escuadrón de infantería y caballería estaba formado por miembros de una orden determinada, y cada miembro de una orden estaba comprometido a defender a su compañero, ya estuviera vivo o muerto. Este sistema formaba parte de la gran fuerza de Granbretan, ya que implicaba que ningún hombre se retiraba del campo a menos que su gran jefe diera una orden expresa en tal sentido.

El conde Brass, montado en su caballo, observaba la aproximación del enemigo. A un lado tenía a Dorian Hawkmoon y al otro a Leopold von Villach. El conde Brass, en el centro, daría las órdenes. «Ahora, la batalla empieza en serio», pensó Hawkmoon. Y resultaba difícil comprender cómo podrían ganar. ¿Acaso el conde Brass estaba sintiendo una confianza desmesurada?

La poderosa aglomeración de guerreros y máquinas se detuvo finalmente a unos ochocientos metros de distancia; entonces, dos figuras se apartaron del cuerpo principal del ejército y empezaron a cabalgar hacia la colina. A medida que se acercaban, Hawkmoon reconoció el estandarte del barón Meliadus, y un momento más tarde se dio cuenta de que una de las figuras era el propio Meliadus, que avanzaba acompañado de su heraldo. Sostenía un megáfono de bronce, simbolizando así el deseo de parlamentar pacíficamente.

—No creo que se vaya a rendir..., ni que espere nuestra rendición —comentó Von Villach con un tono de malhumor.

—Sin duda alguna se trata de uno de sus trucos —dijo Hawkmoon sonriendo—. Es muy famoso por ellos.

Al observar la naturaleza de la sonrisa de Hawkmoon, el conde Brass le aconsejó:

—Llevad cuidado con ese odio, Dorian Hawkmoon. No permitáis que se apodere de vuestro buen juicio, tal y como le sucede a Meliadus.

Hawkmoon se limitó a mirar delante de él y no dijo nada.

Entonces, el heraldo se llevó el pesado megáfono hacia los labios.

—Hablo en nombre del barón Meliadus, gran jefe de la orden del Lobo, primer capitán de los ejércitos al mando del muy noble rey-emperador Huon, gobernante de Granbretan y destinado a ser el gobernante de toda Europa.

—Decidle a vuestro amo que se quite la máscara y hable él mismo —gritó el conde Brass.

—Mi amo os ofrece una paz honorable. Si os rendís ahora, promete que no matará a nadie y que sólo se limitará a nombrarse como gobernador de vuestra provincia, en nombre del rey Huon, para que se haga justicia y se imponga el orden en este revoltoso territorio. Os ofrecemos clemencia. Si os negáis, toda Camarga será destruida, todo será incendiado y las mareas se llevarán los restos. El barón Meliadus dice que sabéis muy bien que tiene el poder para hacerlo así. y que vuestra resistencia será la responsable de la muerte de todo vuestro pueblo y de vos mismo.

—Decidle al barón Meliadus, que se esconde tras su máscara, demasiado avergonzado para hablar por sí mismo, puesto que sabe que es un canalla desagradecido que ha abusado de mi hospitalidad, y a quien yo mismo he derrotado en una justa lucha —decidle que bien podría suceder lo contrario: que fuéramos nosotros quienes le matáramos a él y a todos los de su clase. Decidle que es un perro cobarde, y que ni siquiera mil como él serían capaces de derribar a uno de nuestros toros. Decidle que nos burlamos de su oferta de paz, por considerarla un truco más.... algo tan evidente que hasta un niño lo comprendería. Decidle que aquí no necesitamos ningún gobernador, que nos gobernamos nosotros mismos y a nuestra entera satisfacción. Decidle...

El conde Brass no pudo dejar de lanzar una sonora risotada cuando el barón Meliadus volvió grupas con un gesto de cólera y. con el heraldo pegado a sus talones, galopó de regreso hacia donde aguardaban sus hombres.

Esperaron durante un cuarto de hora y entonces vieron que los ornitópteros se elevaban en el aire. Hawkmoon lanzó un suspiro. En otra ocasión ya había sido derrotado por aquellas máquinas voladoras. ¿Volvería a ser derrotado por segunda vez?

El conde Brass levantó su espada a modo de señal y se escuchó un gran sonido de aleteo. Hawkmoon miró hacia atrás y vio que los flamencos escarlata levantaban el vuelo, con sus gráciles movimientos muy superiores en belleza, en comparación con los torpes movimientos de los ornitópteros de metal que los parodiaban. Elevándose vertiginosamente en el cielo, los flamencos escarlata aletearon en dirección de los ornitópteros metálicos, con sus jinetes montados en las altas sillas, cada uno de ellos armado con una lanza de fuego.

Los flamencos ganaron altura con facilidad y no tardaron en hallarse en mejor posición, aunque resultaba difícil creer que pudieran igualar a las máquinas de metal, por muy torpes que éstas fueran. Rojos chorros de fuego, apenas visibles desde la distancia, envolvían los costados de los ornitópteros, y uno de los pilotos fue alcanzado de lleno, muriendo casi instantáneamente y cayendo de su máquina. El ornitóptero, sin piloto, siguió batiendo las alas y entró en barrena, cayendo en la marisma situada bajo la colina. Hawkmoon vio un ornitóptero que disparaba su doble cañón de fuego contra un flamenco y su jinete. El pájaro escarlata dio un brinco en el aire, describió una vuelta de campana y se estrelló contra el suelo entre un verdadero diluvio de plumas. El aire estaba caliente y las máquinas voladoras hacían mucho ruido, pero la atención del conde Brass se dirigía ahora hacia la caballería granbretaniana. que avanzaba hacia la colina, lanzada a la carga.

Al principio, el conde Brass no hizo el menor movimiento, sino que se limitó a observar la enorme oleada de jinetes a medida que se acercaba más y más. Después, levantó de nuevo la espada y gritó:

—¡Torres... abran fuego!

Las toberas de algunas de las desconocidas armas se volvieron hacia los jinetes enemigos y produjeron un sonido agudo que Hawkmoon creyó le iba a hacer estallar la cabeza, pero no vio que nada saliera de aquellas armas. Entonces, se dio cuenta de que los caballos se encabritaban en cuanto llegaban a la zona cubierta por las marismas. A continuación, los caballos corcovearon, con los ojos muy abiertos y la espuma saliéndoles de los belfos. Los jinetes fueron desmontados hasta que la mitad de la caballería se encontró con sus hombres desparramados por encima del traicionero barro de las marismas, tratando de controlar a sus animales.

El conde Brass se volvió a mirar a Hawkmoon.

—Un arma que emite un rayo invisible capaz de transportar el sonido. Sólo escucháis una parte del que

produce..., pero los caballos lo experimentan con toda intensidad.

—¿Debemos lanzarnos ahora a la carga? —preguntó Hawkmoon.

—No. no hay necesidad. Esperad y contened vuestra impaciencia. Los caballos caían, rígidos, perdido el sentido.

—Desgraciadamente, al final los mata —dijo el conde Brass.

La mayor parte de los caballos no tardó en hallarse entre el barro, mientras sus jinetes maldecían y trataban de vadear las marismas para ganar tierra firme, donde permanecieron, sin saber qué hacer.

Por encima de ellos, los flamencos aleteaban y rodeaban a los ornitópteros, compensando con su gracilidad de movimientos lo que les faltaba en poder y fortaleza. Pero muchos de los pájaros gigantes estaban cayendo, en mayor número que los ornitópteros.

Grandes piedras empezaron a caer entonces cerca de las torres.

—Las máquinas de guerra están utilizando sus catapultas —gruñó Von Villach—. ¿No podríamos...?

—Paciencia —le interrumpió el conde Brass, aparentemente imperturbable.

En ese momento, una gran bola de fuego se dirigió hacia ellos, yendo a chocar contra la torre más cercana. Hawkmoon señaló hacia el frente enemigo:

—Es un cañón de fuego.... el mayor que he visto jamás. ¡Nos va a destruir a todos!

El conde Brass se dirigió hacia la torre sometida al ataque. Le vieron desmontar y entrar en la construcción, que parecía condenada. Momentos más tarde, la torre empezó a girar sobre sí misma, cada vez con mayor rapidez, y Hawkmoon observó, lleno de asombro, que estaba desapareciendo bajo tierra, mientras las llamas se extinguían inofensivamente sobre ella. Él cañón dirigió entonces su atención hacia la torre contigua y, al hacerlo, ésta empezó a girar a su vez y a descender hacia el suelo, al tiempo que la forre anterior surgía de nuevo de la tierra, se detenía y abría fuego contra el cañón con un arma montada sobre sus almenas. Este arma tenía un brillo verde y púrpura, y mostraba forma acampanada. De ella salieron volando una serie de objetos blancos y redondos que cayeron cerca del cañón de fuego. Hawkmoon vio como aquellos objetos rebotaban entre los artilleros que manejaban el cañón. Entonces, su atención se desvió hacia un ornitóptero que se estrelló cerca de donde se encontraba, lo que le obligó a volver grupas y galopar a lo largo de la cresta de la colina, hasta hallarse lo bastante lejos de la unidad de fuerza que debía de estar a punto de explotar. Von Villach se le unió enseguida.

—¿Qué son esas cosas? —le preguntó Hawkmoon.

Pero Von Villach sacudió la cabeza, tan extrañado como su camarada.

Hawkmoon se dio cuenta entonces de que habían dejado de surgir esferas blancas y de que el cañón de fuego ya no disparaba. El centenar de guerreros que antes había estado actuando alrededor del cañón tampoco se movía. Con un estremecimiento, Hawkmoon se dio cuenta de que todos habían quedado helados. Ahora, el arma de forma acampanada siguió lanzando esferas blancas, que cayeron cerca de las catapultas y otras máquinas de guerra de Granbretan. Poco después, los servidores de todas estas piezas también habían quedado helados, y dejaron de caer rocas cerca de las torres.

El conde Brass abandonó la torre en la que había entrado, montó sobre su caballo y cabalgó para unirse a ellos.

—Aún nos quedan por desplegar otras armas ante esos estúpidos —dijo.

—Pero ¿podrán hacer retroceder a un ejército tan numeroso? —preguntó Hawkmoon.

Porque, ahora, la infantería había empezado a moverse, y su contingente era tan enorme que no parecía que pudiera haber armas lo bastante poderosas como para detener su avance.

—Ya veremos —replicó el conde Brass señalando una atalaya que se elevaba sobre una torre cercana.

Por encima de ellos, el aire estaba ennegrecido por las aves y las máquinas enzarzadas en la lucha y el trazo de las llamaradas cruzaba los cielos, así como piezas de metal y plumas ensangrentadas, que caían a su alrededor. Resultaba imposible saber qué bando estaba ganando la batalla aérea.

La infantería ya estaba casi encima de ellos cuando el conde Brass levantó la espada en dirección a la atalaya, y desde la torre unas armas de boca ancha apuntaron contra los ejércitos de Granbretan. Unas esferas de cristal, de un

azul brillante a la luz del día, se abalanzaron hacia los guerreros atacantes, cayendo entre ellos. Hawkmoon observó cómo se rompía su formación y los guerreros empezaban a correr salvajemente, tratando de apartar el aire a su alrededor y arrancándose de las cabezas las máscaras de sus respectivas órdenes.

—¿Qué ha sucedido? — le preguntó extrañado al conde Brass. —Las esferas contienen un gas alucinatorio —le dijo el conde—. Eso hace que los hombres tengan terribles visiones. —Entonces se volvió sobre la silla y levantó la espada hacia los hombres que esperaban más abajo. Éstos empezaron a avanzar—. Ha llegado el momento de enfrentarnos a Granbretan con armas más ordinarias —dijo.

Desde las filas de infantería que habían quedado indemnes surgió una lluvia de flechas y de llamaradas disparadas por las lanzas de fuego. Los arqueros del conde Brass se tomaron la revancha y sus lanceros de fuego replicaron al ataque. Las flechas rebotaron en sus armaduras y algunos hombres cayeron. Otros fueron alcanzados por las llamaradas. A través del caos producido por las lanzas de fuego y la lluvia de flechas, la infantería de Granbretan fue avanzando con lentitud, pero con seguridad, a pesar del gran número de bajas que había sufrido. Se detuvieron al llegar ante el terreno pantanoso, obstruido como estaba por los cadáveres de los caballos, mientras sus oficiales les gritaban furiosamente que siguieran el avance.

El conde Brass ordenó que acudiera su heraldo, y los hombres se aproximaron llevando la sencilla bandera de su jefe, un guantelete rojo sobre campo blanco.

Los tres hombres esperaron, mientras la infantería enemiga rompía filas y empezaba a abrirse paso por entre el barro y los cadáveres de los caballos, esforzándose por llegar al pie de la colina, donde esperaban las fuerzas de Camarga para rechazarlos.

Hawkmoon distinguió a Meliadus a cierta distancia en la retaguardia, y también reconoció la bárbara máscara de buitre de Asrovak Mikosevaar, mientras el gigantesco muscoviano dirigía a su legión Buitre a pie y era uno de los primeros en cruzar la ciénaga y alcanzar la pendiente de la colina.

Hawkmoon hizo avanzar un poco su cabalgadura, de tal modo que pudiera encontrarse directamente en el camino que debía seguir Mikosevaar cuando éste avanzara.

Escuchó un grito y la máscara de buitre le miró fijamente, con ojos inyectados en sangre.

—¡Aja! ¡Hawkmoon! ¡El perro que nos ha preocupado durante tanto tiempo! ¡Veamos cómo os comportáis ahora en una lucha justa, traidor!

—¡No me llaméis traidor, carroñero! —espetó Hawkmoon lleno de cólera.

Mikosevaar levantó con ambas manos acorazadas su gran hacha de guerra, volvió a gritar y se lanzó hacia donde estaba Hawkmoon, que saltó del caballo y, armado con escudo y espada, se preparó para defenderse.

El hacha, toda ella calzada de metal, retembló contra el escudo haciendo retroceder un paso a Hawkmoon. Inmediatamente siguió otro golpe que rajó el borde superior del escudo. Hawkmoon balanceó la espada y golpeó con fuerza el hombro de Mikosevaar, pesadamente acorazado, produciendo un gran crujido y haciendo saltar las chispas. Los dos hombres se mantuvieron firmes en su puesto, lanzando un golpe tras otro, mientras la batalla arreciaba a su alrededor. Hawkmoon miró hacia donde se encontraba Von Villach y lo vio enzarzado en una lucha cuerpo a cuerpo contra Mygel Holst, archiduque de Londra. Ambos eran hombres de fuerza y edad similares. En cuanto al conde Brass, se abrió paso por entre las hordas de guerreros, tratando de salir al encuentro de Meliadus, quien, evidentemente, había preferido supervisar el curso de la batalla desde cierta distancia.

Desde su posición ventajosa, los camarguanos resistieron el embate de los guerreros del Imperio Oscuro, manteniendo sus posiciones con firmeza.

El escudo de Hawkmoon ya había quedado transformado en un retorcido amasijo de metal y resultaba prácticamente inútil. Su brazo lo dejó caer y agarró la enorme espada con ambas manos, levantándola para detener el hachazo de Mikosevaar, dirigido contra su cabeza. Los dos hombres gruñían de agotamiento mientras maniobraban de un lado a otro sobre la resbaladiza tierra de la colina, tratando de golpear al otro con la fuerza suficiente como para hacerle perder el equilibrio, o dirigiendo un golpe repentino contra las piernas o el torso, ya fuera desde arriba o desde los flancos.

Hawkmoon sudaba copiosamente en el interior de su armadura, y lanzó un fuerte gruñido causado por el esfuerzo. De pronto, uno de sus pies se deslizó, haciéndole resbalar y cayó con una rodilla en tierra. Mikosevaar se

adelantó y levantó el hacha para decapitar a su enemigo de un solo tajo. Hawkmoon se dejó caer a lo largo en dirección a su enemigo, al que agarró de las piernas, haciéndole perder igualmente el equilibrio. Ambos hombres rodaron hacia la ciénaga y los montones de caballos muertos.

Golpeándose y lanzando maldiciones, ambos se detuvieron entre el barro. Ninguno de los dos había soltado su arma, y ahora se incorporaron, tambaleantes, preparándose para continuar la lucha. Hawkmoon se apoyó contra el cuerpo de un caballo de guerra y lanzó un tajo contra el muscoviano. El golpe le habría podido cortar el cuello a Mikosevaar si éste no se hubiera agachado a tiempo, pero le arrancó el casco de buitre de la cabeza, poniendo al descubierto su poblada barba blanca y unos ojos encendidos y llenos de locura. El hacha del muscoviano descendió hacia el vientre de Hawkmoon, pero éste la detuvo con un giro de su espada.

En ese momento, Hawkmoon soltó la espada y se lanzó contra el pecho de Mikosevaar, con ambas manos por delante. El muscoviano cayó hacia atrás. Mientras trataba de incorporarse, Hawkmoon se revolvió rápidamente, agarró la espada, la levantó y la descargó de punta contra el rostro de su enemigo. El hombre lanzó un grito horrendo. La hoja se elevó y volvió a descender. Asrovak Mikosevaar volvió a gritar y, de pronto, el sonido murió en su garganta. Hawkmoon atravesó una vez más a su enemigo hasta que su cabeza apenas si fue reconocible; después, se volvió para ver cuál era el curso de la batalla.

Era difícil decirlo. Los hombres caían por todas partes y daba la impresión de que la gran mayoría de ellos eran granbretanianos. La lucha en el aire ya casi había terminado y sólo unos pocos ornitópteros trazaban círculos en el cielo, aunque parecía haber muchos más flamencos.

¿Sería posible que Camarga estuviera ganando?

Hawkmoon se volvió cuando dos guerreros de la legión del Buitre corrieron hacia él. Despiadadamente, se agachó para levantar la ensangrentada máscara de Mikosevaar y se echó a reír ante ellos.

—¡Mirad! ¡Vuestro gran jefe ha sido vencido..., destruido!

Los guerreros dudaron un instante. Después, dieron media vuelta y echaron a correr por donde habían venido, alejándose de Hawkmoon. La legión del Buitre no tenía la misma disciplina que las otras órdenes.

Hawkmoon empezó a abrirse paso dificultosamente sobre los cadáveres de los caballos, que ahora estaban literalmente cubiertos de cadáveres humanos. La batalla había amainado en esta zona, pero pudo ver a Von Villach en la colina lanzando una tremenda patada contra el cadáver de Mygel Holst, y emitiendo un rugido de triunfo, al tiempo que se volvía para enfrentarse a un grupo de guerreros de Holst que corrían hacia él blandiendo sus lanzas. Von Villach no parecía necesitar ninguna ayuda. Hawkmoon empezó a correr lo mejor que pudo hacia la cresta de la colina para hacerse así una mejor idea de cómo se desarrollaba la batalla.

Su espada quedó ensangrentada tres veces más antes de llegar a donde se había propuesto. Una vez allí, contempló el campo de batalla. El enorme ejército que Meliadus había lanzado contra ellos había quedado reducido a una sexta parte de su tamaño original, mientras que la línea de los guerreros camarguanos seguía sosteniéndose con firmeza.

La mitad de las banderas de los señores de la guerra habían caído, y otras apenas si se mantenían en pie. Las apretadas formaciones de la infantería granbretaniana ya se habían roto desde hacía tiempo, y Hawkmoon comprendió que estaba sucediendo lo increíble, que las filas de unas órdenes se mezclaban con las de otras, produciéndose así una gran confusión, ya que estaban acostumbrados a luchar hombro con hombro de sus propios camaradas.

Hawkmoon distinguió al conde Brass, todavía montado a caballo, enzarzado en una lucha contra varios guerreros, en una posición situada colina abajo. Vio el estandarte de Meliadus a una cierta distancia. Estaba rodeado por los hombres de la orden del Lobo. Meliadus se había ocupado de protegerse muy bien. Ahora, Hawkmoon distinguió a algunos de sus comandantes —entre los que estaban Adaz Promp y Jarak Nankenseen—, que cabalgaban hacia donde se encontraba Meliadus. Evidentemente, deseaban retirarse, pero antes tenían que recibir la orden de Meliadus en tal sentido.

Sólo pudo suponer lo que los comandantes le dijeron a Meliadus: que la flor y nata de sus guerreros había quedado destruida, que no valía la pena soportar tal destrucción simplemente por apoderarse de una pequeña provincia.

Pero los heraldos que estaban cerca no hicieron ninguna llamada con sus trompetas. Evidentemente, Meliadus se resistía a admitir sus ruegos.

Yon Villach se acercó a donde él estaba, montado sobre un caballo cogido en el campo de batalla. Se levantó el yelmo y le sonrió a Hawkmoon.

—Creo que los estamos derrotando —dijo—. ¿Dónde está el conde Brass?

—Está dando buena cuenta de unos cuantos —contestó Hawkmoon señalando hacia donde estaba el conde—. ¿Debemos sostener la posición o empezar a avanzar? —preguntó con una sonrisa—. Ahora podríamos hacerlo si quisiéramos. Creo que los comandantes granbretanianos están flaqueando y desean retirarse. Si les presionáramos un poco, eso podría decidirles.

—Enviaré un mensajero a consultar al conde —asintió Von Vülach—. Es él quien debe tomar la decisión.

Se volvió hacia un jinete y le murmuró unas palabras. El hombre empezó a descender la colina a través de la confusión de guerreros enzarzados en la batalla.

Hawkmoon le vio llegar a donde estaba el conde. El conde Brass levantó la mirada hacia donde ellos estaban, saludó con la mano, hizo dar una vuelta a su caballo y empezó a subir. Diez minutos más tarde, el conde se las había arreglado para llegar a lo alto de la colina.

—He destrozado a cinco señores de la guerra —dijo lleno de satisfacción—. Pero Meliadus se me ha escapado.

Hawkmoon repitió lo que antes le había dicho a Von Villach. El conde Brass se mostró de acuerdo con el sentido del plan, y la infantería de Camarga no tardó en avanzar con firmeza, empujando a los guerreros granbretanianos colina abajo.

Hawkmoon encontró un caballo sin jinete, lo montó y condujo el avance, emitiendo salvajes gritos mientras lanzaba tajos a diestro y siniestro, cortando cabezas, desgarrando extremidades y torsos como manzanas cortadas del árbol. Su cuerpo se hallaba totalmente cubierto con la sangre de la matanza. La cota de malla aparecía rasgada y amenazaba con desprendérselo. Todo su pecho era una informe masa de cardenales y cortes menores, el brazo le sangraba y la pierna le dolía horriblemente, pero lo ignoró todo, arrebatado por la sed de sangre, y se dedicó a matar un hombre tras otro.

Durante un instante de momentánea tranquilidad. Von Villach, que cabalgaba a su lado, le dijo:

—Parecéis dispuesto a matar más perros que todo nuestro ejército junto.

—No cejaré hasta que la sangre de Granbretan llene toda esta llanura —replicó Hawkmoon hoscamente—. No cejaré hasta que haya quedado destruido todo rastro de vida en Granbretan.

—Vuestra sed de sangre es como la de ellos —observó Von Villach irónicamente.

—No, la mía es mayor —replicó Hawkmoon al tiempo que continuaba su avance—, porque la mitad de la suya sólo es por puro deporte.

Y se alejó sin dejar de lanzar tajos.

Finalmente, pareció como si sus comandantes le hubieran convencido, porque las trompetas de Meliadus sonaron, tocando a retirada, y los supervivientes se apartaron de los camarguianos y echaron a correr.

Hawkmoon mató a varios de los que arrojaron sus armas en actitudes de rendición.

—No me importan los granbretanianos vivos —espetó en una ocasión atravesando con su espada a un joven que se había quitado la máscara y suplicaba piedad.

Pero, finalmente, hasta la amargura de Hawkmoon quedó más que saciada. Entonces, dirigió su caballo hacia donde se encontraban el conde Brass y Von Villach, y los tres observaron cómo los granbretanianos reorganizaban sus filas y se alejaban.

Hawkmoon creyó escuchar un gran grito de cólera elevándose por encima del ejército en retirada, creyó reconocer al propio Meliadus en aquel grito de venganza y sonrió despreciativamente.

—De una u otra forma, volveremos a ver a Meliadus —dijo. El conde Brass asintió, mostrándose de acuerdo con su observación—. Se ha dado cuenta de que Camarga es invencible cuando se la ataca con los ejércitos, y sabe que

somos demasiado listos para dejarnos engañar por sus tretas. Pero no tardará en encontrar otra forma de atacarnos. Los territorios que rodean Camarga no tardarán en pertenecer al Imperio Oscuro, y entonces tendremos que estar en guardia durante todo el tiempo.

Aquella noche, cuando regresaron al castillo de Brass, Bowgentle habló al conde:

—Ahora os daréis cuenta de que Granbretan es un imperio loco..., como un cáncer capaz de infectar a la historia, dirigiéndola por un curso que no sólo conducirá a la más completa destrucción de la raza humana, sino que, en último término, es capaz de producir la destrucción de toda criatura inteligente o potencialmente inteligente en el universo.

—Estáis exagerando, Bowgentle —replicó el conde Brass sonriendo—. ¿Cómo podríais saber tanto?

—Porque mi tarea consiste en comprender las fuerzas que actúan para configurar lo que denominamos destino. Os lo vuelvo a decir, conde Brass, el Imperio Oscuro infectará a todo el universo, a menos que sea extirpado de este planeta..., y preferiblemente de este continente.

Hawkmoon estaba sentado, con las piernas extendidas ante él, haciendo todo lo que podía por aliviar el dolor de sus músculos.

—No he comprendido los principios filosóficos en los que basáis vuestras creencias, sir Bowgentle —dijo—. Pero, instintivamente, sé que tenéis razón. Nosotros sólo creemos ver a un enemigo implacable que tiene el propósito de gobernar el mundo... Ya ha habido otras razas como ésta en el pasado, pero en el Imperio Oscuro hay algo diferente. No olvidéis, conde Brass, que pasé algún tiempo en Londra, y fui testigo presencial de muchas de sus locuras más excesivas. Vos sólo habéis visto sus ejércitos, los cuales, como sucede con la mayoría de los ejércitos, luchan despiadadamente por ganar, utilizando para ello tácticas convencionales porque creen ser los mejores. Pero no hay nada de convencional en ese rey-emperador, que no es más que un cadáver inmortal metido en su globo del trono. Tampoco hay nada de convencional en la forma secreta que tienen de relacionarse unos con otros, ni en el sentido de locura que subyace en el ánimo de toda la ciudad...

—¿Queréis decir que no hemos sido testigos de lo peor que son capaces de hacer? —preguntó el conde Brass con una expresión muy seria.

—Eso es lo que pienso —contestó Hawkmoon—. Lo que me induce a descuartizarlos como lo hago no es sólo la sed de venganza..., sino una sensación mucho más profunda que me hace verlos como verdaderas amenazas para las propias fuerzas de la vida misma.

—Quizá tengáis razón —dijo el conde Brass suspirando—. No lo sé. Únicamente el Bastón Rúnico podría demostrar que tenéis razón o que estáis equivocado.

Hawkmoon se levantó, con el cuerpo rígido.

—No he visto a Yisselda desde que hemos regresado —dijo.

—Creo que esta noche se ha acostado temprano —le dijo Bowgentle.

Hawkmoon se sintió desilusionado. Había anhelado tanto su bienvenida. Hubiera deseado contarle todas sus victorias. Ahora, le sorprendía que no estuviera allí para saludarle.

—Bueno —dijo, encogiéndose de hombros—, en tal caso creo que yo haré lo propio. Buenas noches, caballeros.

Desde su regreso, habían hablado poco de su triunfo. Ahora empezaban a experimentar la reacción natural ante un duro día de lucha, y todos parecían sentirse un poco ausentes aunque, sin lugar a dudas, al día siguiente lo celebrarían.

Al llegar a sus habitaciones, Hawkmoon las encontró a oscuras, pero tuvo la sensación de que allí había algo extraño y desenvainó la espada antes de acercarse tambaleante a una mesa y encender la lámpara que había sobre ella.

Había alguien tumbado en la cama, sonriéndole. Era Yisselda.

—Ya me he enterado de vuestras hazañas —dijo la joven—, y quería felicitaros en privado. Sois un gran héroe, Dorian.

A Hawkmoon se le aceleró la respiración y el corazón empezó a latirle con violencia en el pecho.

—Oh, Yisselda...

Lentamente, paso a paso, avanzó hacia la joven acostada, librando un conflicto entre su conciencia y su deseo.

—Me amáis, Dorian, lo sé —dijo ella con suavidad—. ¿Os atrevéis a negarlo?

No pudo hacerlo.

—Sois... muy... audaz —balbuceó Hawkmoon tratando de sonreír.

—Así es..., puesto que vos os mostráis tan extraordinariamente tímido. Como veis no soy inmodesta.

—Yo... no soy tímido, Yisselda. Pero nada bueno puede salir de esto. Estoy condenado... La Joya Negra...

—¿Qué es esa joya?

Hawkmoon se lo contó todo con cierta vacilación, le dijo que no sabía durante cuántos meses resistirían las cadenas del hechizo del conde Brass, impidiendo que la joya adquiriera toda su fuerza vital, le dijo que en cuanto su poder quedara en libertad, los lores del Imperio Oscuro serían capaces de destruir su mente.

—De modo que, como veis... no debéis comprometeros conmigo... Sería mucho peor si lo hicierais.

—Pero ese Malagigi..., ¿no trataréis de conseguir su ayuda?

—El viaje duraría meses. Y en tal caso podría estar desperdiciando todo el tiempo que me queda en una búsqueda inútil.

—Si me amáis os arriesgaréis a hacerlo así —dijo ella, mientras él se sentaba en la cama, junto a ella, y le cogía la mano.

—Sí, lo haré —admitió él pensativamente—. Quizá tengáis razón...

Yisselda se incorporó y atrajo el rostro de él hacia el suyo, besándole en los labios. El gesto no fue artero, sino que estuvo lleno de dulzura.

Hawkmoon ya no pudo contenerse. La besó apasionadamente y la estrechó entre sus brazos.

—Iré a Persia —dijo al fin—, aunque el camino será peligroso, ya que en cuanto abandone la seguridad que me ofrece la región de Camarga, las fuerzas de Meliadus me perseguirán...

—Regresaréis —dijo ella convencida—. Sé que regresaréis. Mi amor os traerá de vuelta a mi lado.

—¿Y el que yo siento por vos? —preguntó él, casi hablando consigo mismo, acariciándole el rostro con suavidad—. Sí..., es posible que sea así.

—Mañana —dijo ella—. Marchaos mañana mismo y no perdáis más tiempo. Esta noche...

Yisselda volvió a besarle y Hawkmoon replicó intensamente a su apasionamiento.

Libro tercero

1. Oladah

Las historias cuentan como, tras abandonar Camarga, Hawkmoon voló hacia el este montado en un gigantesco pájaro escarlata que le transportó a más de mil quinientos kilómetros de distancia, hasta posarse en las montañas que bordeaban los territorios de los griegos y de los búlgaros...

—LA ALTA HISTORIA DEL BASTÓN RÚNICO

Fue asombrosamente fácil volar en el flamenco, tal y como le había asegurado el conde Brass. Respondía a las órdenes a la manera de un caballo, por medio de riendas sujetas a su pico curvado, y su vuelo era tan grácil que Hawkmoon nunca tuvo miedo de caerse. A pesar de la negativa del ave a volar cuando llovía, le transportó diez veces más rápidamente que cualquier caballo, ya que sólo necesitaba descansar durante un corto período de tiempo al mediodía, y dormir por la noche, como el propio Hawkmoon.

La alta y suave silla de montar, con su pomo curvado, resultaba bastante cómoda, y de ella colgaban alforjas llenas de provisiones. Un arnés aseguraba a Hawkmoon a la silla. El largo cuello del animal se extendía directamente ante él y las grandes alas batían suavemente el aire. El pájaro escarlata le llevó por encima de las montañas, los valles, los bosques y las llanuras. Hawkmoon siempre intentaba que el pájaro descendiera cerca de ríos o lagos donde pudiera encontrar alimento de su gusto.

Ocasionalmente, la cabeza le latía con fuerza, recordándole la urgencia de su misión, pero a medida que su montura alada le llevaba más y más lejos hacia el este y el aire se hacía cada vez más cálido, Hawkmoon empezó a sentirse también mucho más animado, y tenía la impresión de que aumentaban considerablemente las posibilidades de volver a ver a Yisselda.

Aproximadamente una semana después de haber abandonado Camarga, estaba volando por encima de una cadena de montañas escarpadas, atento por si veía un lugar adecuado para aterrizar. Eran las últimas horas de la tarde y el pájaro empezaba a sentirse cansado, descendiendo más y más, hasta que empezaron a verse rodeados de tenebrosos picos montañosos, y él seguía sin descubrir el menor rastro de la presencia de agua. Entonces, de repente, Hawkmoon distinguió la figura de un hombre en las laderas rocosas situadas más abajo y, casi al instante, el flamenco lanzó un grito y batió frenéticamente las alas, meciéndose en el aire. Hawkmoon vio que una larga flecha le sobresalía de un costado. Una segunda flecha acertó en el cuello del animal el cual se precipitó rápidamente hacia el suelo al tiempo que lanzaba un graznido de dolor. Hawkmoon se agarró con fuerza al pomo de la silla con el viento alborotándole los cabellos. Vio que las rocas se acercaban con rapidez, sintió una gran conmoción y después su cabeza golpeó contra algo y pareció caer, tambaleante, en un pozo negro y sin fondo.

Hawkmoon se despertó presa de pánico. Tenía la sensación de que la Joya Negra había recuperado su fuerza vital y le estaba devorando el cerebro, como una rata abriéndose paso por un saco lleno de grano. Se llevó ambas manos a la cabeza y notó cortes y chichones, dándose cuenta con cierto alivio de que todo su dolor era físico, y sólo era el resultado del choque contra la tierra. Todo estaba a oscuras y, al parecer, se hallaba en el interior de una cueva. Miró hacia adelante y distinguió el parpadeo de una hoguera más allá de la entrada a la cueva. Se levantó y empezó a caminar hacia ella.

Cerca de la abertura, su pie tropezó contra algo y descubrió todos sus avíos apilados sobre el suelo. Todo había sido ordenadamente dispuesto..., la silla, las alforjas, la espada y la daga. Se inclinó para recoger la espada, que sacó suavemente de su funda; después, salió.

El calor de una gran hoguera encendida a corta distancia le dio en la cara. Sobre ella se había construido un gran espetón, y en él giraba lentamente la enorme carcasa del flamenco, debidamente espetada, desplumada y privada

de cabeza y garras. Una figura de aspecto fornido, pero que sólo tenía la mitad de altura que el propio Hawkmoon, se dedicaba a girar el espetón por medio de un complicado sistema de correas de cuero que humedecía de vez en cuando.

Al acercarse Hawkmoon, el pequeño hombre se volvió, lanzó un grito en cuanto vio la espada en sus manos y pegó un salto, apartándose del fuego. El duque de Colonia quedó asombrado; el rostro del pequeño hombre estaba cubierto de un fino pelo rojizo, y una piel más espesa del mismo color parecía cubrirle el cuerpo. Iba vestido con un justillo de cuero y un kilt de cuero sostenido por un amplio cinturón. Calzaba botas de suave piel de ante, y llevaba puesta sobre la cabeza una gorra en la que había sujetado cuatro o cinco de las más finas plumas del flamenco, obtenidas sin duda del exquisito plumaje del ave mientras la estuvo desplumando.

Se apartó de Hawkmoon, levantando las manos con un gesto apaciguador.

—Perdonadme, señor. Siento mucho lo ocurrido, os lo aseguro. De haber sabido que el ave transportaba a un jinete, no le habría disparado, desde luego. Pero todo lo que pude ver fue una cena que no debía dejar pasar por alto...

—¿Quién sois? —preguntó Hawkmoon bajando la espada—. En realidad, ¿qué sois?

Se llevó entonces una mano a la cabeza. El calor de la hoguera y el excesivo esfuerzo le hacían sentirse mareado.

—Yo soy Oladahn, de la familia de los gigantes de las montañas —empezó a decir el pequeño hombre—, muy bien conocida por estos lares...

—¿De los gigantes? ¿Gigantes?

Hawkmoon se echó a reír roncamente, se tambaleó y cayó, perdiendo de nuevo el conocimiento.

Cuando volvió a despertarse, fue para sentir el delicioso olor de la carne de ave asada. La saboreó antes de darse cuenta de lo que significaba. Estaba medio sentado a la entrada de la cueva, y su espada había desaparecido. El pequeño hombre peludo se le acercó vacilante, ofreciéndole una baqueta enorme con carne ensartada en ella.

—Comed, señor y os sentiréis mejor —le dijo Oladahn. Hawkmoon aceptó el gran trozo de carne.

—Supongo que sí —dijo—, puesto que, casi con toda certeza, me habéis quitado aquello que más deseaba.

—¿Queríais mucho a ese pájaro, señor?

—No.... pero estoy en peligro mortal y el flamenco era mi única forma de escapar —contestó Hawkmoon mordiendo la dura carne.

—¿Queréis decir que alguien os persigue?

—Sí, alguien me persigue..., un destino insólito y muy perturbador...

Y Hawkmoon se encontró contando su historia a la criatura cuya acción había contribuido más a acercarle a dicho destino. Mientras hablaba, le resultó difícil comprender por qué confiaba en Oladahn. Había algo tan serio en su rostro semihumano, algo tan atento en la forma con que ladeaba su pequeña cabeza, con los ojos abriéndose más a cada nuevo detalle de su historia, que Hawkmoon olvidó su reticencia natural.

—Y ahora aquí estoy —concluyó diciendo—, comiéndome la misma ave que probablemente habría sido mi salvación.

—Es una historia irónica, milord —dijo Oladahn con un suspiro, limpiándose la grasa de la comisura de los labios—, y se me ensombrece el corazón al darme cuenta de que ha sido mi ávido estómago el causante de esta última desgracia vuestra. Mañana mismo haré todo lo que pueda por rectificar mi error y encontraros algún tipo de montura que os pueda llevar hacia el este.

—¿Algo capaz de volar?

—Desgraciadamente, no. Lo mejor en lo que se me ocurre pensar es en una cabra. —Antes de que Hawkmoon pudiera decir nada, Oladahn siguió diciendo—: Poseo cierta influencia en estas montañas, donde soy considerado como una especie de curiosidad. Soy el fruto de un cruce, como podéis ver; el resultado de la unión entre un joven aventurero de gustos bien peculiares, de naturaleza hechicera, y Alas, una gigante de las montañas. Ahora soy

huérfano, pues mi madre se comió a mi padre durante un crudo invierno, y mi madre fue devorada a su vez por mi tío Barkyos, el terror de estos territorios, el más grande y feroz de los gigantes de las montañas. Desde entonces he vivido solo, teniendo por única compañía los libros de mi padre. Soy un marginado, demasiado extraño para ser aceptado por los de la raza de mi padre como por los de la raza de mi madre. Ahora vivo a mi aire. Si no fuera tan pequeño no cabe la menor duda de que a estas alturas ya habría sido devorado por mi tío Barkyos...

El semblante de Oladahn parecía tan cómico en su melancolía que Hawkmoon ya no pudo sentir por él ningún rencor. Además, empezaba a sentirse cansado debido al calor del fuego y a la cena abundante que había tomado.

—Ya es suficiente, amigo Oladahn. Olvidemos lo que no se puede rectificar y durmamos ahora. Por la mañana debemos encontrar una nueva montura que me lleve hasta Persia.

Durmieron y, al despertarse al amanecer, vieron el fuego, cuyos rescoldos todavía refulgían bajo la carcasa del ave, y a un grupo de hombres envueltos en pieles y hierro comiendo su carne con regocijo.

—¡Bandidos! —gritó Oladahn levantándose alarmado—. ¡No tendría que haber dejado el fuego encendido!

—¿Dónde habéis escondido mi espada? —le preguntó Hawkmoon.

Pero dos de los hombres, que olían fuertemente a grasa animal rancia, ya se contoneaban hacia ellos con las espadas desenvainadas. Hawkmoon se levantó lentamente, preparado para defenderse lo mejor que pudiera, pero Oladahn ya había empezado a hablar.

—Te conozco, Rekner —dijo, señalando al más alto de los bandoleros—. Y debes saber que yo soy Oladahn de los gigantes de las montañas. Ahora que ya habéis comido, marcharos o los de mi familia vendrán para mataros.

Rekner sonrió burlonamente, imperturbable, limpiándose los dientes con una uña sucia.

—Ya he oído hablar de ti, el más pequeño de los gigantes, y no veo nada de lo que tener miedo, aunque me han dicho que los aldeanos de la zona evitan encontrarse contigo. Pero los aldeanos no son bandidos valientes, ¿verdad? Y ahora guarda silencio, o te mataremos lentamente en lugar de hacerlo con rapidez. —Oladahn pareció perder el ánimo, pero siguió mirando con dureza al jefe de los bandidos. Rekner se echó a reír—. Y ahora veamos qué tesoros ocultas en el interior de tu cueva.

Oladahn se movió de un lado a otro, como lleno de terror, canturreando algo en voz baja. Hawkmoon lo miró, y después al bandido, preguntándose si le daría tiempo a meterse rápidamente en la cueva en busca de su espada. Entonces, el canturreo de Oladahn se hizo más fuerte y Rekner se detuvo, con la sonrisa helada en su rostro y una mirada vidriosa en los ojos, mientras Oladahn no dejaba de mirarlo intensamente. De pronto, el pequeño hombre levantó una mano, señalándole y diciendo con una voz fría:

—¡Duerme, Rekner!

Rekner se desmoronó sobre el suelo y sus hombres lanzaron maldiciones y empezaron a avanzar hacia ellos, pero Oladahn les detuvo manteniendo la mano en alto.

—Cuidado con mis poderes, sabandijas, pues Oladahn es hijo de un hechicero.

Los bandidos dudaron, observando a su jefe dormido. Hawkmoon miró asombrado a la criatura peluda, que mantenía a raya a todos aquellos bribones. Después, se metió en el interior de la cueva y encontró su espada. Se puso el cinturón con la funda y el tahalí donde estaba su daga y se lo ató, desenvainando la hoja y regresando al lado de Oladahn. El pequeño hombre murmuró desde la comisura de los labios:

—Traed vuestras provisiones. Sus monturas están en el fondo de la pendiente. Los utilizaremos para escapar, pues Rekner no tardará en despertarse y después de eso ya no podré contenerle.

Hawkmoon cogió las alforjas, y él y Oladahn retrocedieron poco a poco hacia la pendiente, con los pies resbalando sobre las rocas y los guijarros sueltos. Rekner ya se estaba despertando. Lanzó un gemido y se sentó en el suelo. Sus hombres se inclinaron sobre él para ayudarlo a levantarse.

—Ahora —dijo Oladahn.

Se volvió y echó a correr, seguido por Hawkmoon. Y allí abajo, para su sorpresa, había media docena de cabras del tamaño de ponies. Cada uno de los animales tenía sobre el lomo una silla de piel de oveja. Oladahn se subió sobre la del animal más cercano y cogió las bridas de otro para entregárselas a Hawkmoon. El duque de Colonia

vaciló por un momento, después sonrió secamente y montó sobre la silla. Rekner y sus hombres bajaban corriendo la pendiente en dirección a ellos. Con la parte plana de la espada, Hawkmoon dio un golpe sobre las grupas de los restantes animales y éstos empezaron a dar saltos, alejándose.

—¡Seguidme! —gritó Oladahn espoleando a su cabra para que bajara la montaña en dirección a un estrecho camino. Pero los hombres de Rekner ya habían llegado a donde estaba Hawkmoon, cuya brillante espada tuvo que cruzarse con las toscas armas de los bandoleros, que se arremolinaban a su alrededor. Le traspasó el corazón a uno de los hombres, golpeó a otro en un costado, consiguió descargar la parte plana de la espada sobre la mollera de Rekner, y después se encontró cabalgando sobre la cabra, que avanzaba a saltos, en pos del extraño enano, dejando tras de sí a los bandoleros, que lanzaban juramentos y maldiciones.

La cabra se movía con una serie de saltos, con lo que él corría el peligro de que se le descoyuntaran todos los huesos del cuerpo, pero no tardaron en llegar al estrecho camino y poco más tarde bajaban por otro camino algo más ancho, aunque tortuoso, que iba rodeando la montaña, mientras los gritos de los bandoleros iban quedando más y más atrás. Oladahn se volvió hacia él con una sonrisa de triunfo.

—Ya tenemos nuestras monturas, lord Hawkmoon. Ha sido mucho más fácil de lo que yo mismo había esperado. ¡Eso es un buen presagio! Seguidme. Os conduciré hacia el camino que debéis seguir.

Hawkmoon sonrió a pesar de sí mismo. La compañía de Oladahn le parecía muy estimulante, y la curiosidad que sentía por aquel hombre pequeño, junto con el creciente respeto y gratitud por la forma en que había salvado sus vidas, hicieron que Hawkmoon casi se olvidara por completo del hecho de que aquel hombrecillo peludo de los gigantes de las montañas había sido, en realidad, el causante de todos sus nuevos problemas.

Oladahn insistió en cabalgar con él durante varios días más hasta atravesar las montañas. Cuando llegaron a una vasta llanura amarillenta, Oladahn señaló hacia el horizonte y dijo:

—Ése es el camino que debéis seguir.

—Os lo agradezco —dijo Hawkmoon, mirando ahora hacia Asia—. Es una verdadera pena que tengamos que separarnos.

—¡Aja! —exclamó Oladahn, sonriente, frotándose el pelo rojizo de la cara—. Estoy de acuerdo con ese sentimiento. Vamos, os acompañaré por la llanura durante un trecho.

Y, diciendo esto, espoleó a su montura hacia adelante.

Hawkmoon se echó a reír, se encogió de hombros y le siguió.

2. La caravana de Agonosvos

Empezó a llover casi en cuanto llegaron a la llanura, y las cabras que tan bien les habían transportado sobre terreno montañoso, empezaron a moverse con lentitud al no estar habituadas a terrenos blandos. Viajaron durante un mes, envueltos en sus capas, estremecidos por la humedad que les enfriaba hasta los huesos. Durante todo ese tiempo a Hawkmoon le palpitaba la cabeza con frecuencia. En cuanto empezaban las palpitaciones era incapaz de hablar con el solícito Oladahn, y se limitaba a ocultar la cabeza entre los brazos, con el rostro pálido, los dientes muy apretados y una mirada atormentada en los ojos que no miraban hacia ningún lugar. Sabía que allá lejos, en el castillo de Brass, el poder de la joya empezaba a romper las cadenas con que lo había aprisionado el hechizo del conde, y a veces se desesperaba pensando que jamás volvería a ver a Yisselda.

La lluvia caía con fuerza y soplaba un viento frío. A través de la densa cortina de agua, Hawkmoon vio amplios terrenos pantanosos ante ellos, interrumpidos por aulagas y árboles negros y caídos. Había perdido el sentido de la orientación, ya que las nubes oscurecían el cielo durante la mayor parte del tiempo. El único indicio de dirección estribaba en observar la forma en que crecían los matorrales en esta parte del mundo, todos ellos inclinados casi invariablemente hacia el sur. No había esperado encontrarse con aquel paisaje tan al este, y supuso que aquello no era más que el resultado de algún cataclismo ocurrido en aquella zona durante el Milenio Trágico.

Hawkmoon se frotó la cara, apartándose el pelo humedecido por el agua, sintiendo el duro tacto de la Joya Negra incrustada en su frente. Se estremeció y miró el rostro abatido de Oladahn, para volver a mirar después a través de la lluvia. Allá lejos, en la distancia, distinguió una línea oscura que podía indicar la existencia de un bosque, donde al menos podrían hallar cierta protección de la fuerte lluvia. Los cascos puntiagudos de las cabras avanzaban dando traspies por entre la hierba encharcada. A Hawkmoon empezó a hormiguarle la cabeza, y volvió a tener la sensación de que algo le roía el cerebro y de una náusea en el estómago. Aspiró aire profundamente, apretándose un antebrazo contra la frente, mientras Oladahn le observaba con silenciosa simpatía.

Finalmente, llegaron al bosque de árboles bajos. La marcha se había hecho aún más lenta y evitaron los charcos de agua negra que aparecían por todas partes. Los troncos y las ramas de los árboles parecían malformados, retorciéndose hacia el suelo, en lugar de alejarse de él. La corteza era negra, o de un color marrón oscuro y en esta época del año no tenían follaje. A pesar de todo, el bosque les pareció espeso y difícil de penetrar. El agua brillaba en la zona donde ellos se encontraban y daba la impresión de que un foso húmedo protegía los árboles.

Los cascos de sus monturas chapotearon entre el agua llena de barro cuando penetraron en el bosque, inclinando las cabezas para evitar las retorcidas ramas bajas. El terreno era pantanoso, incluso aquí, y se habían formado charcos alrededor de las bases de los troncos, pero, después de todo, los árboles desnudos no les protegían mucho de la lluvia, que seguía cayendo con fuerza.

Aquella noche acamparon en un terreno relativamente seco, y aunque Hawkmoon trató de ayudar a Oladahn a encender un buen fuego, no tardó en verse obligado a sentarse, apoyando la espalda contra el tronco de un árbol, apretándose la cabeza con las manos, mientras que el pequeño hombre terminaba la difícil tarea.

Al día siguiente avanzaron por entre el bosque. Oladahn conducía la montura de Hawkmoon, pues el duque de Colonia se había dejado caer pesadamente sobre el cuello del animal. Hacia el mediodía, escucharon voces humanas y dirigieron sus bestias hacia el lugar de donde procedía el sonido.

Se trataba de una caravana de mercaderes, que se abría paso a través del barro y del agua existente entre los árboles. Había unos quince carros, con toldos empapados por el agua, de colores escarlata, amarillo, azul y verde. Las mulas y los bueyes se esforzaban por tirar de ellos, con las patas resbalando en el barro y los músculos abultados y tensos, al tiempo que eran azuzados por sus conductores, que avanzaban junto a ellas con látigos y bastones. Otros hombres se esforzaban junto a las ruedas de los carros, tratando de ayudarlos a avanzar, y en la parte posterior también había otros hombres empujando, consiguiendo moverlos a duras penas.

Pero los dos viajeros no se asombraron tanto por esta escena como por la naturaleza de las gentes que componían la caravana. Hawkmoon los vio con ojos nublados y no pudo dejar de extrañarse.

Todos ellos eran grotescos, sin excepción. Se trataba de enanos, gigantes y gordos, todos cubiertos de pelo (bastante parecidos en ese aspecto a Oladahn, aunque en este caso resultaba desagradable mirarlos); otros, en

cambio, eran calvos y no mostraban pelo alguno. Había un hombre con tres brazos, otro con uno solo, dos personas unidas con sólo dos piernas para ambos —un hombre y una mujer—, niños con barba, hermafroditas con los órganos correspondientes a ambos sexos, otros con pieles moteadas como serpientes, y otros con rabos, extremidades y cuerpos malformados, rostros con rasgos retorcidos o anormalmente desproporcionados; algunos tenían gibas enormes, otros no tenían cuello, o mostraban brazos y piernas raramente acortados, y a uno de ellos que tenía el pelo de color púrpura le sobresalía un cuerno de la frente. Sólo en los ojos había una cierta similitud entre todos ellos, pues en sus expresiones se reflejaba una sombría desesperación, mientras aquel extraño grupo de seres se esforzaba por hacer avanzar la caravana unos pocos metros más a través del pantanoso bosque.

Parecía como si estuvieran en el infierno y pertenecieran a los seres condenados.

El bosque olía a corteza húmeda y a musgo, a lo que ahora se mezclaban otros olores difíciles de identificar. Se percibía el olor propio de los hombres y las bestias, un pesado perfume y ricas especias, pero además de eso había algo más que parecía flotar sobre todos ellos; algo que a Oladahn le produjo un estremecimiento. Hawkmoon se había incorporado sobre el cuello de su montura y ahora olisqueaba el aire como un lobo agotado. Miró a Oladahn, frunciendo el ceño. Las deformadas criaturas no prestaron la menor atención a los recién llegados y continuaron realizando su trabajo en silencio. Sólo se escuchaba el ruido de las carretas al avanzar, el bufido de los animales y el restallar de los látigos.

Oladahn espoleó a su montura, decidido a adelantar a la caravana, pero Hawkmoon no siguió su ejemplo. Continuó contemplando pensativamente la extraña procesión.

—Vamos —le dijo Oladahn—. Aquí corremos peligro, lord Hawkmoon.

—Tenemos que orientarnos..., saber dónde estamos y cuánto tenemos que viajar aún por esta llanura —dijo Hawkmoon con un duro susurro—. Además, ya casi se nos han terminado las provisiones...

—Ya encontraremos algún venado que cazar en el bosque.

—No —replicó Hawkmoon sacudiendo la cabeza—. Por otro lado, creo que sé a quién pertenece esta caravana.

—¿A quién?

—A un hombre del que he oído hablar, pero al que no he llegado a conocer. Se trata de un paisano mío..., que es incluso de mi propio linaje... y que se marchó de Colonia hace unos nueve siglos.

—¿Nueve siglos? ¡Eso es imposible!

—No. no lo es. Agonosvos es inmortal..., o casi. Si se trata de él, podría ayudarnos, ya que sigo siendo su jefe por derecho...

—¿Seguirá conservando su lealtad al linaje de Colonia después de nueve siglos?

—Veámoslo.

Hawkmoon espoleó a su bestia hacia la cabeza de la caravana, donde se movía dificultosamente una carreta con toldo de seda dorada y la estructura de la carreta mostrando complicados dibujos pintados de colores brillantes. Muy a su pesar, Oladahn le siguió con mayor lentitud. En el asiento de la carreta, algo echado hacia atrás para evitar lo más recio de la lluvia, había una figura envuelta en un amplio manto de piel de oso, con un sencillo casco que le cubría todo el rostro, a excepción de los ojos. La figura se movió cuando vio a Dorian Hawkmoon observándole, y un sonido tenue y hueco surgió del casco.

—Lord Agonosvos —dijo Hawkmoon—, soy el duque de Colonia, el último miembro del linaje iniciado hace mil años.

La figura contestó con un tono de voz bajo y lacónico:

—Ah, Hawkmoon. ya veo. Os habéis quedado sin tierras, ¿eh? Granbretan se apoderó de Colonia, ¿no es cierto?

—Sí...

—De modo que ambos hemos sido desterrados; yo mismo por vuestros antepasados, y vos por vuestro conquistador.

—Sea como fuere, sigo siendo el último de mi linaje y, en consecuencia, vuestro jefe —dijo Hawkmoon, cuyo

rostro atormentado miraba fija y duramente la figura sentada en el pescante del carro.

—¿Mi jefe, decís? Vuestros antepasados renunciaron a ejercer ninguna autoridad sobre mí cuando el duque Dietrich me desterró a las tierras salvajes.

—Debéis saber que eso no es así. Ningún hombre de Colonia puede negarse a acatar jamás la autoridad de su príncipe.

—¿Que no? —Agonosvos se echó a reír tranquilamente—. ¿Que no puede, decís?

Hawkmoon hizo un movimiento, como para volverse, pero Agonosvos levantó una mano delgada mostrando un dedo huesudo.

—Quedaos. Os he ofendido y ahora tengo que reparar mi ofensa. ¿En qué puedo servirlos?

—¿Admitís la lealtad que me debéis?

—Admito mi descortesía. Parecéis sentirlos agotado. Detendré mi caravana y os atenderé. ¿Qué me decís de vuestro sirviente?

—No es mi sirviente, sino mi amigo. Oladahn, de las Montañas Búlgaras.

—¿Un amigo? ¿Y no es de vuestra raza? Bueno, de todas formas dejad que se una a nosotros. — Agonosvos se inclinó sobre el pescante y llamo lánguidamente a sus hombres, ordenándoles que dejaran de trabajar. Instantáneamente, las extrañas figuras se relajaron, quedándose dónde estaban, con los cuerpos flácidos, pero conservando aún una lúgubre expresión de desesperación en sus ojos—. ¿Qué os parece mi colección? — preguntó Agonosvos una vez que ellos hubieron desmontado y subido al espacio sombrío del interior de la carreta—. En otros tiempos me divertieron tales curiosidades, pero ahora me parecen lerdos. Por eso tienen que trabajar para justificar su existencia. Tengo por lo menos uno casi de cada tipo. —Miró a Oladahn y añadió—: Incluyendo el vuestro. Alguien a quien yo mismo crucé con otra raza.

Oladahn cambió de posición, sintiéndose incómodo. Dentro de la carreta se estaba extrañamente caliente y, sin embargo, no se observaba la menor señal de que hubiera estufa alguna o cualquier aparato para calentar el ambiente. Agonosvos le sirvió vino que extrajo de una calabaza azul. El vino también tenía un color azul profundo y lustroso. El antiguo exiliado de Colonia seguía llevando su casco negro, sin rasgos distintivos, y sus ojos oscuros y sardónicos contemplaban a Hawkmoon con una cierta expresión calculadora.

Hawkmoon hacía considerables esfuerzos por aparentar una excelente salud, pero quedó claro que Agonosvos había adivinado la verdad cuando, al tenderle una copa dorada de vino, le dijo:

—Esto hará que os sintáis mejor, milord.

El vino contribuyó a reavivarle realmente y el dolor que había sentido no tardó en desaparecer. Agonosvos le preguntó cómo era que se encontraba por aquellos parajes, y Hawkmoon le contó una buena parte de su historia.

—De modo que queréis mi ayuda, ¿no es eso? —dijo finalmente Agonosvos—. En consideración a vuestro antiguo linaje, ¿no? Bueno, meditaré sobre eso. Mientras tanto, os destinaré una de las carretas para que podáis descansar. Mañana ya habrá tiempo para discutir la cuestión.

Hawkmoon y Oladahn no se quedaron dormidos de inmediato. Se sentaron entre las sedas y pieles que Agonosvos les prestó y discutieron el comportamiento del extraño hechicero.

—Me recuerda mucho a los lores del Imperio Oscuro de los que tanto me habéis hablado —dijo Oladahn—. Creo que no abriga buenas intenciones con respecto a nosotros. Quizá desee vengarse de vos por todo el mal que en su opinión, le hicieron vuestros antepasados..., y quizá pretenda añadirme a mí a su colección —terminó diciendo con un estremecimiento.

—Es posible —admitió Hawkmoon, pensativo—. Pero no sería prudente encolerizarnos con él sin razón alguna. Podría sernos útil. Dormiremos y ya veremos mañana.

—Dormid cautelosamente —le advirtió Oladahn.

Pero Hawkmoon durmió profundamente y cuando se despertó se encontró envuelto en apretadas correas de cuero que le envolvían todo el cuerpo y que luego habían sido tensadas para impedirle todo movimiento. Se revolvió, mirando el enigmático casco que cubría el rostro de su compatriota inmortal. Agonosvos emitió una ligera risita.

—Me conocíais, vos, el último de los Hawkmoon..., pero no sabíais de mí lo suficiente. ¿Acaso no sabíais que me he pasado muchos años en Londra, enseñando mis secretos a los lores de Granbretan? Hace ya mucho tiempo que el Imperio Oscuro y yo tenemos establecida una alianza. El barón Meliadus me habló de vos la última vez que le vi. Me pagará cualquier cosa que yo desee con tal de que os entregue con vida.

—¿Dónde está mi compañero?

—¿Os referís a esa criatura peluda? Se perdió entre la noche cuando nos oyó llegar. Todos los miembros de ese pueblo de bestias son iguales..., amigos tímidos y de corazón débil.

—¿De modo que tenéis intenciones de entregarme al barón Meliadus?

—Me habéis comprendido perfectamente. Sí, eso es lo que tengo intención de hacer. Dejaré que esta pesada caravana continúe su camino lo mejor que pueda hasta mi regreso. Nosotros nos moveremos cabalgando en rápidos corceles. Se trata de corceles especiales que he conservado para una ocasión como ésta. Ya he enviado a un mensajero para comunicarle al barón la captura que acabo de hacer. Vosotros... ¡cogedlo!

Ante la orden de Agonosvos, dos enanos acudieron presurosos, agarraron a Hawkmoon por los largos y musculosos brazos y lo sacaron de la carreta a la luz grisácea del amanecer.

Aún caía una ligera llovizna, a través de la cual Hawkmoon distinguió dos grandes caballos, ambos con ojos azules brillantes, de mirada inteligente, y poderosas patas. Nunca había visto caballos tan buenos y exquisitos.

—Yo mismo los he criado —le dijo Agonosvos—, no para que sean montados por extraños, como en este caso, sino para alcanzar mayor velocidad. No tardaremos en hallarnos en Londra.

Volvió a reír burlescamente cuando Hawkmoon fue izado sobre el lomo de uno de ellos y atado al pomo de la silla.

Agonosvos montó en el segundo corcel, tomó las riendas de la cabalgadura de Hawkmoon y espoleó a su montura. Los caballos se movieron con facilidad, galopando casi con la misma rapidez con que había volado el flamenco de Hawkmoon. Pero mientras que el ave le había transportado hacia la salvación, este caballo le acercaba ahora hacia su perdición. Con la mente atormentada por la desesperación, Hawkmoon se dijo que su causa estaba perdida.

Cabalgaron durante largo rato a través de la encharcada tierra del bosque. El rostro de Hawkmoon empezó a quedar cubierto de barro, hasta el punto de que sólo podía ver parpadeando con fuerza y echando la cabeza hacia atrás con una sacudida.

Mucho más tarde, escuchó a Agonosvos lanzar una maldición y un grito.

—¡Apártate de mi camino! ¡Apártate!

Hawkmoon trató de distinguir algo, pero sólo pudo ver los cuartos traseros del caballo de Agonosvos y una parte de la capa del hombre. Débilmente, escuchó otra voz, pero no pudo comprender lo que dijo.

—¡Aaah! ¡Que Kaldreen te coma los ojos!

Ahora. Agonosvos parecía tambalearse sobre la silla. Los dos caballos aminoraron el paso y finalmente se detuvieron. Hawkmoon vio a Agonosvos inclinarse hacia adelante y después caer sobre el barro, por el que se arrastró, tratando de incorporarse. Llevaba una flecha clavada en un costado. Inútilmente. Hawkmoon se preguntó qué nuevos peligros habían podido surgir. ¿Lo iban a matar allí mismo, en lugar de ser llevado a la corte del rey Huon?

Una pequeña figura apareció ante su diminuto campo de visión. La figura se subió sobre el estremecido cuerpo de Agonosvos y le desató las correas a Hawkmoon. Éste se dejó caer de la silla, agarrándose al pomo, y se frotó los entumecidos brazos y piernas. Oladahn le miró, sonriente.

—Encontraréis vuestra espada en el equipaje del hechicero —le dijo.

Hawkmoon sonrió a su vez, lleno de alivio.

—Creí que habíais huido a vuestras montañas.

Oladahm empezó a contestar algo, pero Hawkmoon lanzó un grito de advertencia.

—¡Agonosvos!

El hechicero se había incorporado, agarrándose con una mano la flecha que le sobresalía del costado, y tambaleándose hacia el pequeño hombre de las montañas. Hawkmoon se olvidó de su propio dolor, corrió hacia donde estaba el caballo del hechicero y desgarró las pertenencias del hombre hasta que encontró su espada. Ahora, Oladahm se hallaba enzarzado en una pelea con Agonosvos, revolcándose ambos por el barro.

Hawkmoon se lanzó hacia ellos, pero no se atrevió a dirigir ninguna estocada contra el hechicero por temor a hacerle daño a su amigo. Se inclinó y agarró a Agonosvos por el hombro, tirando hacia atrás del encolerizado hechicero. Escuchó una maldición que surgió de debajo del casco, y Agonosvos desenvainó su propia espada de la funda. El acero silbó en el aire al tiempo que descendía hacia Hawkmoon quien detuvo el golpe con la suya y retrocedió, tambaleándose, apenas con fuerzas para mantenerse en pie. El hechicero volvió a golpear.

Hawkmoon desvió la hoja, lanzó su propia espada contra la cabeza de Agonosvos. aunque algo débilmente, y apenas tuvo el tiempo justo de parar el siguiente golpe. Entonces, vio un hueco en su defensa y rápidamente introdujo la punta de la hoja en el vientre del hechicero. El hombre lanzó un grito y retrocedió, con las piernas curiosamente rígidas, agarrando la espada de Hawkmoon con ambas manos, y arrancándola de manos del propio duque de Colonia. Después, abrió ampliamente los brazos, empezó a decir algo y finalmente cayó de bruces sobre el agua oscura de la charca.

Jadeante, Hawkmoon tuvo que apoyarse contra el tronco de un árbol, notando como aumentaba el dolor de sus extremidades a medida que iba recuperando la circulación.

Oladahm se levantó de entre el barro, apenas reconocible. Un montón de flechas se había desprendido de su cinturón y ahora las recogió, inspeccionando las puntas.

—Se han estropeado algunas —dijo—, pero no tardaré en sustituirlas.

—¿De dónde las habéis sacado?

—Anoche decidí inspeccionar el campamento de Agonosvos por mi propia cuenta. Encontré el arco y las flechas en una de las carretas y pensé que podrían serme útiles. Al regresar, vi que Agonosvos entraba en la carreta donde descansabais y no me fue difícil suponer lo que se proponía. De modo que permanecí oculto y os seguí.

—Pero ¿cómo pudisteis seguir a unos caballos tan rápidos? —preguntó Hawkmoon.

—Encontré a un aliado incluso más rápido —contestó Oidahm sonriendo y señalando hacia los árboles. Una figura grotesca empezó a acercarse hacia ellos. Tenía unas piernas increíblemente largas, mientras que el resto de su cuerpo era de un tamaño normal —. Éste es Vlespeen. Odia a Agonosvos y se ha mostrado dispuesto a ayudarme.

Vlespeen les observó a ambos.

—Le habéis matado —dijo—. Eso está bien.

Oladahm inspeccionó el equipaje de Agonosvos. Poco después mostró un rollo de pergamino, diciendo:

—Un mapa. Y provisiones suficientes como para que todos nosotros podamos llegar a la costa. —Desenrolló el mapa—. No está muy lejos. Mirad.

Los tres se inclinaron sobre el mapa y Hawkmoon vio que apenas faltaban ciento sesenta kilómetros para llegar al mar de Mormian. Vlespeen se dirigió a continuación hacia donde había caído Agonosvos, quizá para contemplar triunfalmente el cadáver. Un instante después escucharon su grito y se volvieron para ver el cuerpo del hechicero, blandiendo la misma espada que le había atravesado, avanzando rígidamente hacia el hombre de piernas tan largas. La espada desgarró hacia arriba el estómago de Vlespeen, cuyas piernas se desmoronaron bajo su cuerpo como si fueran las de un muñeco, hasta que el hombre quedó inmóvil, tendido sobre el barro. Hawkmoon quedó horrorizado. Desde el interior del casco de su enemigo surgió una risita sardónica.

—¡Idiotas! He vivido durante novecientos años. Durante ese tiempo, he aprendido a engañar a todas las formas

de la muerte.

Sin pensárselo dos veces, Hawkmoon se abalanzó contra él, sabiendo que aquélla era la única oportunidad que tenía de salvar su propia vida. Aunque había sobrevivido a una estocada que debería haber sido mortal, Agonosvos estaba evidentemente debilitado. Los dos se enzarzaron en una pelea cuerpo a cuerpo, al borde de la charca, mientras Oladahn bailoteaba a su alrededor, saltando finalmente sobre la espalda del hechicero y arrancándole el apretado casco de la cabeza. Agonosvos lanzó un aullido, y Hawkmoon sintió náuseas al contemplar ante él la cabeza blanca y descarnada que quedó al descubierto. Era la cabeza de un antiguo cadáver que ya se habían encargado de comerse los gusanos. Agonosvos se cubrió el rostro con las manos y retrocedió, tambaleándose.

Mientras Hawkmoon se apresuraba a recoger su espada y montar sobre el gran caballo azul, escuchó tras él una voz que le gritó:

—No olvidaré esto, Dorian Hawkmoon. Llegará el día en que os convertiréis en juguete del barón Meliadus..., y yo estaré allí para verlo.

Hawkmoon se estremeció y espoleó su caballo hacia el sur, en dirección al lugar donde, según el mapa, estaba el mar de Mermian.

Dos días más tarde el cielo se había despejado y un sol amarillento refulgía en el cielo azul. Por delante de ellos se extendía una ciudad situada junto al mar refulgente. Allí podrían embarcarse en dirección a Turquía.

3. El Guerrero de Negro y Oro

El pesado mercante turco surcó las tranquilas aguas del océano, con la espuma rompiéndose ante su quilla y su única vela latina extendida como el ala de un ave para tomar el fuerte viento. El capitán de la nave, que llevaba un fez dorado con borla y una chaquetilla bordada, con los largos y sueltos pantalones sujetos a los tobillos por bandas doradas, se encontraba en la popa de la nave, en compañía de Hawkmoon y Oladahn. El capitán señaló con un dedo los dos grandes caballos azules sujetos en el puente inferior y comentó:

—Son animales muy hermosos. Nunca he visto otros iguales por estos parajes. — Se rascó la barba puntiaguda y añadió—: ¿No estaríais dispuestos a venderlos? Una parte de este barco me pertenece y podría pagaros un buen precio.

—Esos caballos valen para mí mucho más que cualquier riqueza —contestó Hawkmoon negando con un movimiento de cabeza.

—Lo creo —replicó el capitán, sin comprender el verdadero significado de sus palabras.

Después, levantó la mirada hacia lo alto del palo cuando escuchó el grito del hombre que había allí, quien señalaba, con el brazo extendido hacia el oeste.

Hawkmoon miró en la misma dirección y observó que tres velas surgían sobre el horizonte. El capitán levantó su catalejo.

—¡Por Rakar...! ¡Son naves del Imperio Oscuro!

Le entregó el catalejo a Hawkmoon y éste pudo observar con claridad las velas negras de las naves. Cada una de ellas ostentaba el símbolo del tiburón, perteneciente a la flota de guerra del Imperio Oscuro.

—¿Tendrán intenciones de hacernos algún daño? —preguntó.

—Esas naves hacen daño a todas las que no son de su clase —contestó sombríamente el capitán—. Sólo podemos rezar para que no nos hayan descubierto. Cada vez hay más naves como éstas en los mares. El año pasado... —Se detuvo para comunicar unas órdenes a sus hombres. El barco mercante avanzó con mayor rapidez cuando se desplegó la vela de estay—. Hace un año sólo había unas pocas, y la mayoría de ellas se dedicaban al comercio pacífico. Pero ahora dominan los mares. Encontraréis sus armas en Turquía, en Siria, en Persia, en todas partes, extendiendo la insurrección y ayudando a los revoltosos locales. En mi opinión, no tardarán en apoderarse del este del mismo modo que se han apoderado del oeste... Sólo necesitarán un par de años más.

Las naves del Imperio Oscuro no tardaron en desaparecer de nuevo bajo la línea del horizonte, y el capitán lanzó un suspiro de alivio.

—No me sentiré tranquilo hasta que no hayamos divisado puerto — dijo.

Avistaron el puerto turco a la caída del sol, y se vieron obligados a permanecer fuera de sus aguas hasta la mañana siguiente, cuando entraron en él, aprovechando la marea alta, y atracaron.

No mucho después, los tres barcos de guerra del Imperio Oscuro entraron a su vez en el puerto, mientras Hawkmoon y Oladahn se apresuraban a comprar todas las provisiones que podían y a seguir la ruta indicada por el mapa, hacia el este, en dirección a Persia.

Una semana más tarde los grandes caballos les habían llevado ya más allá de Ankara y cruzado el río Kizilirmac, y ahora cabalgaban por un terreno lleno de colinas, donde todo parecía amarillo y pardo bajo un sol implacable. En varias ocasiones vieron el paso de ejércitos, pero los evitaron. Los ejércitos estaban compuestos por tropas locales, incrementadas a menudo por guerreros enmascarados de Granbretan. Hawkmoon se sintió muy perturbado al ver esto último, pues no había esperado que la influencia del Imperio Oscuro se extendiera tan lejos. En una ocasión fueron testigos de una batalla, librada a cierta distancia, y observaron cómo las disciplinadas fuerzas de Granbretan derrotaban con facilidad al ejército oponente. Ahora, Hawkmoon cabalgaba desesperadamente hacia Persia.

Un mes más tarde, mientras sus caballos trotaban a lo largo de las riberas de un lago enorme, Oladahn y Hawkmoon se vieron repentinamente sorprendidos por un grupo de unos veinte guerreros que aparecieron de pronto sobre la cresta de una colina, que descendieron, lanzándose a la carga contra ellos. Las máscaras de los guerreros refulgieron al sol, aumentando así la ferocidad de su aspecto... Eran las máscaras de la orden del Lobo.

—¡Vaya! ¡Los dos que busca nuestro jefe! —gritó uno de los jinetes delanteros—. Si apresamos con vida al más alto obtendremos una buena recompensa.

—Me temo, lord Dorian, que estamos condenados —dijo Oladahn con serenidad.

—No queda más escapatoria que morir luchando —dijo Hawkmoon sombríamente, desenvainando la espada.

Si los caballos no hubieran estado tan cansados, habría tratado de huir a ña de caballo, pero sabía que eso sería inútil ahora.

Los jinetes con máscaras de lobo no tardaron en rodearlos. Hawkmoon contaba con la ligera ventaja de querer matarlos, mientras que ellos le querían coger vivo. Golpeó de lleno a uno en plena máscara con la empuñadura de su espada, medio cortó un brazo de otro, atravesó la ingle de un tercero y derribó a un cuarto de su caballo. Ahora combatían ya en las aguas superficiales del lago, con los caballos chapoteando en el agua. Hawkmoon vio que Oladahn se estaba defendiendo bien, pero el pequeño hombre lanzó de pronto un grito y cayó de la silla de su montura. Hawkmoon ya no pudo verle, rodeado de enemigos como estaba, pero lanzó maldiciones y redobló sus esfuerzos.

Ahora, le presionaban tanto que apenas si disponía de sitio para maniobrar la espada. Se dio cuenta, con una oleada de angustia, de que no tardarían en apresarle. Siguió revolviéndose e hiriendo a sus enemigos, ensordecido por el entrecocar de los metales y con las narices llenas del olor de la sangre.

Entonces notó que la presión cedía y, a través de un bosque de espadas levantadas, vio que un aliado se le había unido en su lucha. Ya había visto con anterioridad a aquel hombre..., pero sólo en sueños, o en visiones muy similares a los sueños. Se trataba del mismo hombre que había visto en Francia y más tarde en Camarga. Iba vestido con una armadura completa de colores negro y oro, y un largo casco le cubría la cabeza por entero. Manejaba una enorme espada de más de metro y medio de longitud, y montaba un caballo blanco de batalla, casi tan grande como el del propio Hawkmoon. Cada vez que lanzaba un golpe caía un hombre, y pronto no quedaron más que unos pocos guerreros lobo montados, los cuales no tardaron en volver grupas y alejarse a todo galope por el agua, dejando atrás a los muertos y heridos.

Hawkmoon vio que uno de los jinetes caídos se esforzaba por levantarse. Entonces vio que otra figura se incorporaba a su lado: era Oladahn. El pequeño hombre conservaba la espada en la mano y se defendía desesperadamente contra el granbretaniano. Hawkmoon obligó a su caballo a avanzar sobre el agua y osciló la espada con fuerza para golpear al guerrero lobo en la espalda, atravesándole la cota de malla y el cuero y hundiendo la hoja en la carne. El hombre cayó con un gemido de dolor, y su sangre contribuyó a enrojecer aún más las aguas ya rojas.

Hawkmoon se volvió hacia donde el Guerrero de Negro y Oro permanecía silenciosamente sentado en su silla.

—Os agradezco vuestra ayuda, milord —le dijo al tiempo que limpiaba la hoja de su espada—. Me habéis seguido durante un largo camino.

—Mucho más largo del que imagináis, Dorian Hawkmoon —dijo la voz profunda y sonora del guerrero—. ¿Os dirigís a Hamadán?

—En efecto..., para buscar al hechicero Malagigi.

—Bien. Os acompañaré durante un trecho del camino. Ahora ya no os falta mucho.

—¿Quién sois? —preguntó Hawkmoon—. ¿A quién debo mi agradecimiento?

—Soy el Guerrero de Negro y Oro. No me deis las gracias por haberos salvado la vida, pues todavía no os habéis dado cuenta de para qué la he salvado. Vamos.

Y el guerrero inició la marcha, alejándose del lago. Algo más tarde, mientras descansaban y comían, con el guerrero sentado frente a él, Hawkmoon le preguntó:

—¿Conocéis bien a Malagigi? ¿Estará dispuesto a ayudarme?

—Le conozco —contestó el Guerrero de Negro y Oro—. Quizá os ayude. Pero debéis saber que Hamadán se ve asolada en estos momentos por la guerra civil. Nahak, el hermano de la reina Frawbra, intriga contra ella, y cuenta para ello con la ayuda de muchos que llevan la misma máscara de quienes hemos derrotado junto al lago.

4. Malagigi

Una semana más tarde pudieron contemplar la ciudad de Hamadán a sus pies, toda blanca y refulgente bajo la luz del sol, con sus agujas, cúpulas y minaretes revestidos de oro, plata y madreperlas.

—Os dejo ahora —dijo el misterioso guerrero, haciendo girar a su montura—. Adiós, Dorian Hawkmoon. Sin duda alguna, volveremos a encontrarnos.

Hawkmoon le vio alejarse a lomos de su caballo por entre las colinas; después, él y Oladahn espolearon a sus monturas en dirección a la ciudad.

Pero a medida que se aproximaron a las puertas de entrada escucharon un gran ruido procedente desde el otro lado de las murallas. Era el sonido característico de la lucha, los gritos de los guerreros y los relinchos de las bestias. De pronto, por las puertas salió un gran contingente de soldados, muchos de ellos terriblemente heridos y todos con aspecto agotado. Los dos hombres dirigieron sus caballos hacia un lado, tratando de apartarse, pero no tardaron en verse rodeados por el ejército, que huía a la desbandada. Un grupo de jinetes pasó a todo galope a su lado, y Hawkmoon oyó que uno de ellos gritaba:

—¡Todo está perdido! ¡Nahak ha vencido!

Detrás de ellos apareció un enorme carro de guerra, hecho de bronce, tirado por cuatro caballos negros, en el que se encontraba una mujer de pelo revuelto, que llevaba puesta una hermosa armadura azul y gritaba a sus hombres, tratando de que éstos se volvieran y reanudaran la lucha. La mujer era joven y muy hermosa, con unos ojos grandes, oscuros y rasgados llenos ahora de cólera y frustración. Sostenía una cimitarra con una mano, que blandía en lo alto.

La mujer tiró de las riendas en cuanto vio a los extrañados Hawkmoon y Oladahn.

—¿Quiénes sois? ¿Más mercenarios del Imperio Oscuro?

—No —contestó Hawkmoon—. Soy enemigo del Imperio Oscuro. ¿Qué está ocurriendo?

—Un levantamiento. Mi hermano Nahak y sus aliados han penetrado por los túneles secretos que comunican la ciudad con el desierto y nos han sorprendido. Si sois enemigo de Granbretan, será mejor que huyáis ahora mismo. Ellos disponen de bestias de batalla que...

No terminó la frase, sino que se volvió hacia sus hombres gritándoles de nuevo y continuó su marcha.

—Será mejor que regresemos a las colinas —murmuró Oladahn.

Pero Hawkmoon sacudió la cabeza con un gesto negativo.

—Tengo que encontrar a Malagigi. Está en alguna parte, dentro de esta ciudad. Nos queda poco tiempo.

Se abrieron paso entre el ejército que huía y entraron en la ciudad, donde algunos hombres seguían luchando en las calles. Los cascos puntiagudos de los soldados locales se entremezclaban con los cascos de lobo de los guerreros del Imperio Oscuro. Observaron una verdadera carnicería por todas partes. Hawkmoon y Oladahn cabalgaron por una calle secundaria donde había poca lucha y salieron finalmente a una plaza cuadrada. En el lado opuesto vieron unas gigantescas bestias aladas, como grandes murciélagos negros pero dotadas de largas patas delanteras armadas con garras curvadas. Se estaban cebando en los guerreros en retirada, y algunas de las bestias se dedicaban a devorar los cadáveres. Aquí y allá, los hombres de Nahak intentaban espolear a las bestias para que continuaran la batalla, pero estaba claro que aquellos murciélagos gigantes ya habían servido para su propósito.

Uno de los murciélagos se volvió de pronto y los vio. Hawkmoon le gritó a Oladahn para que le siguiera por una estrecha calleja, pero la bestia ya les perseguía, medio corriendo, medio batiendo las alas en el aire, produciendo un angustiante sonido sibilante que les pisaba los talones, y exhalando un terrible olor pestilente de su cuerpo. Se metieron por la calleja, pero el murciélago se deslizó por entre las casas en su persecución. Entonces, en el extremo opuesto de la calleja apareció media docena de jinetes con máscaras de lobo. Hawkmoon desenvainó la espada y cargó contra ellos. No podía hacer otra cosa.

Se enfrentó con el primero de los jinetes con tal arremetida que el hombre saltó de la silla. Una espada golpeó su

hombro y notó la mordedura del metal en su carne, pero siguió luchando a pesar del agudo dolor. La bestia de batalla lanzó un grito y los guerreros lobo empezaron a volver grupas, presas del pánico.

Hawkmoon y Oladahn pasaron entre ellos y se encontraron de pronto en una plaza mayor que la anterior y en la que no vieron a nadie. Sólo había cadáveres desparramados sobre las piedras y el pavimento. Hawkmoon vio a un hombre vestido de amarillo que salió de un portal y se inclinó sobre uno de los cadáveres, cortándole la bolsa y la daga enjoyada que pendía de su cinto. El hombre levantó la mirada, lleno de pánico y trató de volver a meterse en el interior de la casa al ver al duque de Colonia, pero Oladahn le impidió el paso. Hawkmoon le colocó la espada ante el pecho.

—¿Qué camino debo seguir para encontrar la casa de Malagigi? —preguntó.

El hombre señaló hacia un lado con un dedo tembloroso y balbuceó:

—Por ahí... Es la casa con bóveda que tiene los signos zodiacales incrustados en ébano sobre un tejado de plata. Por esa calle. No me matéis, yo...

El hombre suspiró aliviado cuando Hawkmoon hizo girar su gran caballo azul y se alejó por la calle que le habían indicado.

No tardó en divisar la casa con bóveda donde se veían los signos zodiacales. Hawkmoon se detuvo ante la entrada y golpeó la puerta con el pomo de su espada. La cabeza empezaba a latirle de nuevo, y supo instintivamente que el hechizo del conde Brass no lograría contener la fuerza vital de la Joya Negra durante mucho más tiempo. Se dio cuenta de que debería haberse aproximado a la casa del mago de un modo mucho más cortés, pero no disponía de tiempo, con los soldados de Granbretan desparramados por todas las calles de la ciudad. Por encima de él, dos murciélagos gigantes aleteaban en busca de víctimas.

La puerta se abrió por fin y cuatro enormes negros armados con picas y vestidos con ropas de color púrpura le impidieron el paso. Hawkmoon vio un patio interior tras ellos. Trató de avanzar hacia allí, pero las picas le amenazaron inmediatamente.

—¿Qué asunto tenéis que tratar con nuestro amo, Malagigi? —le preguntó uno de los negros.

—Busco su ayuda. Se trata de una cuestión de gran importancia. Estoy en peligro.

Una figura apareció en los escalones que conducían a la casa. El hombre iba vestido con una sencilla toga blanca. Tenía un largo pelo gris e iba pulcramente afeitado. Su rostro era arrugado y viejo, pero la piel mostraba un aspecto juvenil.

—¿Por qué razón debería ayudaros Malagigi? —preguntó el hombre—. Ya veo que venís del oeste. Las gentes que llegan del oeste sólo traen guerra y disensión a Hamadán. ¡Marchaos! ¡No quiero saber nada de ninguno de vosotros!

—¿Sois el señor Malagigi? —preguntó Hawkmoon—. Yo mismo soy una víctima de esas gentes. Ayudadme y yo podré ayudaros a desembarazaros de ellos. Por favor, os lo ruego...

—Marchaos. ¡No tomaré parte en vuestras luchas internas!

Los negros hicieron retroceder a los dos hombres y las puertas se cerraron.

Hawkmoon empezó a golpear de nuevo las puertas, pero entonces Oladahn le agarró por un brazo, haciéndole una indicación hacia la parte alta de la calle. Por allí llegaban seis jinetes con máscara de lobo, dirigidos por alguien cuya ornamentada máscara Hawkmoon reconoció instantáneamente. Se trataba del propio Meliadus.

—¡Ja! ¡Vuestro momento ha llegado, Hawkmoon! —gritó Meliadus con una expresión de triunfo, al tiempo que desenvainaba la espada y se lanzaba a la carga.

Hawkmoon le hizo dar la vuelta a su caballo. Aunque su odio contra Meliadus era tan fuerte como siempre, sabía que no podía enfrentarse con él en aquellos momentos. Él y Oladahn huyeron calle abajo, y sus poderosos caballos no tardaron en dejar atrás a los de los hombres de Meliadus.

Agonosvos o su mensajero debía de haberle dicho a Meliadus lo que Hawkmoon se proponía, y el barón habría acudido para unirse a sus propios hombres, ayudarles a apoderarse de Hamadán y cumplir su venganza personal sobre Hawkmoon.

Hawkmoon huyó pasando de una estrecha calle a otra hasta que perdió de vista a su perseguidor, al menos por el momento.

—Tenemos que escapar de la ciudad —le gritó a Oladahn—. Es nuestra única oportunidad. Quizá podamos volver a entrar más tarde y convencer a Malagigi de que nos ayude...

Su voz se detuvo de pronto cuando uno de los murciélagos gigantes descendió de repente para posarse justo frente a ellos, con las garras extendidas. Más allá de aquella tenebrosa criatura se abría una puerta y se encontraba la libertad.

Hawkmoon se hallaba ahora tan desesperado, sobre todo después de la negativa de Malagigi a ayudarle, que cargó directamente contra la bestia de batalla, haciendo oscilar la espada contra sus crueles garras. El murciélago lanzó un silbido y sus garras golpearon, alcanzando a Hawkmoon en el brazo que ya tenía herido. El joven noble levantó su espada una y otra vez, introduciéndola en la carne de aquella bestia horrible hasta que surgió una sangre negra y le cortó uno de los tendones. El hocico picudo se abrió y se lanzó contra Hawkmoon. El caballo retrocedió cuando la cabeza de la bestia avanzó y Hawkmoon lanzó rápidamente la espada hacia arriba, tratando de golpear el enorme y brillante ojo. La hoja se introdujo en él. La criatura lanzó un grito terrible y una mucosa amarillenta empezó a brotar de la herida.

Hawkmoon introdujo la hoja por segunda vez. Aquella bestia se tambaleó y empezó a caer hacia él, pero Hawkmoon se las arregló para lograr ladear su caballo, apenas a tiempo, en el instante en que el murciélago de batalla se desmoronaba. Después, se lanzó a todo galope hacia la puerta y las colinas que se extendían más allá, mientras Oladahn gritaba a su espalda:

—¡Le habéis matado, lord Dorian!

Y el pequeño hombre reía ferozmente.

No tardaron en hallarse entre las colinas, donde se unieron a los cientos de guerreros derrotados que habían sobrevivido a la batalla librada en el interior de la ciudad. Ahora cabalgaban con lentitud. Finalmente, llegaron todos a un valle profundo donde vieron el carro de bronce que había conducido antes la reina guerrera. Los soldados se habían tumbado sobre la hierba, agotados, mientras que la mujer de pelo revuelto deambulaba entre ellos. Hawkmoon vio otra figura cerca del carro. Se trataba del Guerrero de Negro y Oro, que parecía estar esperándole a él.

Hawkmoon desmontó y se acercó al guerrero. La mujer se aproximó y permaneció apoyada contra el carro, con los ojos encendidos por la misma cólera que Hawkmoon había observado antes en ellos.

La profunda voz del Guerrero de Negro y Oro surgió de debajo del casco, sonando lacónica:

—De modo que Malagigi no está dispuesto a ayudaros, ¿no es eso?

Hawkmoon sacudió la cabeza, mirando a la mujer sin curiosidad alguna. Se sentía desilusionado, aunque esa sensación empezaba a ser sustituida por el salvaje fatalismo que le había salvado la vida en su lucha contra el murciélago gigante.

—Ahora ya he terminado —se limitó a decir—, pero al menos puedo regresar para tratar de encontrar una forma de matar a Meliadus.

—Ésa es una ambición común a ambos —intervino la mujer—. Soy la reina Frawbra. Mi traicionero hermano aspira a ocupar el trono y trata de conseguirlo con la ayuda de vuestro Meliadus y de sus guerreros. Es posible que ya lo haya conseguido, puesto que, al parecer, nuestros enemigos nos superan en número y no contamos con la menor posibilidad de recuperar la ciudad.

Hawkmoon la miró con una expresión reflexiva.

—Si hubiera una posibilidad, por muy débil que fuera, ¿correríais el riesgo?

—Si no existiera esa posibilidad, trataría de encontrarla —replicó la mujer—. Pero no estoy segura de que mis guerreros quieran seguirme.

En ese momento, otros tres jinetes llegaron al campamento. La reina Frawbra les llamó y preguntó:

—¿Acabáis de escapar de la ciudad?

—Sí —contestó uno de ellos—. Están empezando a saquearla. Jamás he visto unos conquistadores tan salvajes como esos occidentales. Su jefe, un hombre muy alto, se ha atrevido a asaltar la casa de Malagigi y le ha hecho prisionero.

—¿Qué? —exclamó Hawkmoon—. ¿Que Meliadus ha hecho prisionero al hechicero? En tal caso no me queda la menor esperanza.

—Tonterías —dijo el Guerrero de Negro y Oro—. Aún queda esperanza. Mientras Meliadus conserve a Malagigi con vida, tendréis una posibilidad. Y a él le interesa conservarlo con vida, puesto que el hechicero conoce muchos secretos que a Meliadus le encantaría aprender. Tenéis que regresar a Hamadán con los ejércitos de la reina Frawbra, volver a tomar la ciudad y rescatar a Malagigi.

—Pero ¿nos queda tiempo? —preguntó Hawkmoon encogiéndose de hombros—. La Joya Negra ya muestra señales de estar calentándose. Eso significa que está recuperando su fuerza vital. No tardaré en verme convertido en una criatura sin mente...

—En tal caso, nada tenéis que perder, lord Dorian —intervino Oladahn. Puso una mano peluda sobre el brazo de Hawkmoon y le dirigió una sonrisa amistosa—. Nada que perder.

Hawkmoon se echó a reír amargamente apartando con suavidad la mano de su amigo.

—Ah, tenéis razón. No tengo nada que perder. Bien, reina Frawbra, ¿qué decís vos?

—Hablemos con los que quedan de mi ejército —dijo la mujer embutida en su coraza.

Un momento después, Hawkmoon se subió al carro de combate y se dirigió a los agotados guerreros.

—Hombres de Hamadán, he recorrido muchos centenares de kilómetros desde el oeste, donde Granbretan gobierna. Mi propio padre fue torturado hasta morir por el mismo barón Meliadus que hoy ayuda a los enemigos de vuestra reina. He visto naciones enteras reducidas a cenizas, con sus poblaciones diezmadas o esclavizadas. He visto niños crucificados y colgados de las horcas. He conocido a bravos guerreros convertidos en perros serviles.

»Sé que os debe parecer inútil resistir a los hombres enmascarados del Imperio Oscuro, pero pueden ser derrotados. Yo mismo fui uno de los comandantes de un ejército que apenas contaba con mil hombres, y que fue capaz de poner en fuga a un ejército de Granbretan de más de veinte mil soldados. Y lo que nos permitió conseguir la victoria fue nuestra voluntad de vivir, el hecho de saber que, si huíamos, nos merecíamos ser cazados como conejos y morir finalmente de un modo ignominioso.

»Vosotros, al menos, podéis morir con valentía, como hombres..., sabiendo que existe una posibilidad de derrotar a las fuerzas que hoy han ocupado vuestra ciudad...

Siguió hablando de la misma guisa y, poco a poco, los cansados guerreros se fueron reanimando. Algunos le vitorearon. Entonces, la reina Frawbra se unió a él en el carro y gritó a sus hombres que siguieran a Hawkmoon de regreso a Hamadán, para atacar mientras el enemigo se hallaba desprevenido, mientras sus soldados estaban borrachos, peleándose entre ellos por la posesión del botín.

Las palabras de Hawkmoon les habían animado; ahora, las palabras de la reina Frawbra les ayudaron a comprender la lógica de su actitud. Empezaron a aprestar sus armas, a ajustarse las armaduras, a buscar sus caballos.

—Atacaremos esta misma noche —gritó la reina—. No les daremos tiempo para que adivinen nuestro plan.

—Creo que cabalgaré con vos —dijo el Guerrero de Negro y Oro.

Y aquella misma noche regresaron a caballo hacia Hamadán, donde los soldados conquistadores se divertían tumultuosamente. Las puertas de acceso seguían abiertas y apenas si estaban vigiladas, mientras que las bestias de batalla dormían sonoramente, con los estómagos llenos con la carne de sus presas.

5. La vida de la Joya Negra

Penetraron estruendosamente en la ciudad y asaltaron a sus enemigos casi antes de que se dieran cuenta de lo que estaba ocurriendo. Hawkmoon los dirigió. La cabeza le dolía terriblemente, y la Joya Negra había empezado a palpar en su cráneo. Tenía el rostro tenso y pálido, y había en su actitud algo que inducía a los soldados a huir ante su sola presencia, cuando su caballo se encabritaba y él levantaba la espada y gritaba: «¡Hawkmoon! ¡Hawkmoon!», lanzando estocadas a uno y otro lado, lleno de una histeria por matar.

Pisándole los talones avanzaba el Guerrero de Negro y Oro, que combatía metódicamente con el aspecto de quien cumplía con una aburrida obligación. La reina Frawbra también estaba allí, dirigiendo su carro de combate contra los asombrados grupos de guerreros, mientras que Oladahn de las montañas, subido a uno de los pescantes, arrojaba una flecha tras otra contra el enemigo.

Hicieron retroceder a las fuerzas de Nahak y a los mercenarios de la orden del Lobo por toda la ciudad. Entonces, Hawkmoon distinguió la bóveda de la casa de Malagigi y lanzó a su caballo sobre las cabezas de quienes le impedían el paso hasta llegar ante la casa. Una vez allí, se puso en pie sobre la grupa de su montura, se agarró a la parte superior del muro y se izó a pulso.

Cayó al otro lado del patio evitando por poco el cuerpo despatarrado de uno de los guardianes negros de Malagigi. La puerta de la casa estaba destrozada y el interior había sido saqueado.

Abriéndose paso por entre los muebles destrozados, Hawkmoon encontró una estrecha escalera. Sin duda alguna, conducía a los laboratorios del mago. Empezó a subir la escalera, y se hallaba a medio camino cuando una puerta se abrió en la parte superior y aparecieron ante él dos guardias con máscaras de lobo. Los hombres descendieron a su encuentro, con las espadas preparadas. Hawkmoon levantó la suya para defenderse. La expresión de su rostro se contrajo en una mueca mortal mientras lo hacía, y en sus ojos brillaba un rasgo de locura que se mezclaba con la furia y la desesperación. Lanzó su espada una, dos veces y dos cadáveres cayeron rodando por los escalones. Poco después, Hawkmoon entró en la estancia situada en la parte superior de la escalera, donde descubrió a Malagigi atado con correas al muro, con huellas de haber sido torturado en las extremidades.

Rápidamente, cortó las ligaduras del anciano y lo depositó suavemente sobre un camastro que había en un rincón. Había bancos de trabajo por todas partes, llenos de aparatos alquímicos y de pequeñas máquinas. Malagigi se agitó y abrió los ojos.

—Tenéis que ayudarme, señor —dijo Hawkmoon con la voz enronquecida—. He venido para salvaros la vida. Al menos podríais intentar salvar la mía.

Malagigi se incorporó sobre el camastro, haciendo muecas de dolor.

—Ya os lo dije... No haré nada en favor de ninguno de los dos bandos. Torturadme si queréis, como ha hecho vuestro compatriota, pero yo no...

—¡Maldito seáis! —exclamó Hawkmoon—. Me arde la cabeza. Tendré suerte si consigo llegar al amanecer. No podéis negaros. He recorrido más de tres mil kilómetros sólo para buscar vuestra ayuda. Yo soy tan víctima de Granbretan como vos, e incluso más. Yo...

—Demostrádmelo y quizá os ayude —dijo Malagigi—. Arrojad a los invasores de la ciudad y después de eso venid a verme.

—Para entonces ya será demasiado tarde. La joya tiene su propia vida. En cualquier momento puede...

—Demostrádmelo —insistió Malagigi, volviendo a hundirse en el camastro.

Hawkmoon medio levantó la espada, lleno de rabia y desesperación, casi decidido a matar al anciano. Pero finalmente se dio media vuelta y bajó corriendo la escalera, salió al patio, abrió la puerta y montó de un salto sobre la silla de su caballo.

Finalmente, encontró a Oladahn.

—¿Qué curso sigue la batalla? —le preguntó a gritos por encima de las cabezas de los combatientes.

—Creo que no muy bien. Meliadus y Nahak se han reagrupado y conservan la mitad de la ciudad. La fuerza principal se ha concentrado en la plaza central, donde está el palacio. La reina Frawbra y vuestro amigo de la coraza negra ya dirigen un ataque en esa zona, pero me temo que inútilmente.

—Veámoslo por nosotros mismos —dijo Hawkmoon.

Tiró brutalmente de las riendas de su caballo y lo obligó a abrirse paso por entre los guerreros que no dejaban de combatir, lanzando tajos aquí y allá, contra amigos o enemigos, dependiendo de quien se interpusiera en su camino.

Oladahn le siguió, y finalmente ambos llegaron a la gran plaza central, donde encontraron a los dos ejércitos enfrentados. Montado y a la cabeza de sus hombres estaba Meliadus, acompañado por Nahak, de expresión bastante estúpida, que, evidentemente, no era más que un títere en manos del barón del Imperio Oscuro. Frente a ellos se encontraban la reina Frawbra en su ya medio destrozado carro de guerra y el Guerrero de Negro y Oro.

Cuando Hawkmoon y Oladahn entraron en la plaza, escucharon a Meliadus que, a la luz de las antorchas que iluminaban a ambos ejércitos, gritaba:

—¿Dónde está ese cobarde traidor de Hawkmoon? ¿Acaso se oculta?

Hawkmoon se abrió paso por entre las filas de guerreros, dándose cuenta de lo débiles que eran sus líneas.

—Aquí estoy, Meliadus. ¡He venido para destruirte!

—¿Destruirme? —preguntó Meliadus echándose a reír—. ¿Acaso no sabéis que vuestra vida depende de mi capricho? ¿No sentís ya la Joya Negra dispuesta a devoraros el cerebro?

Involuntariamente, Hawkmoon se llevó la mano a la frente palpitante, percibiendo el malvado calor de la Joya Negra, sabiendo que Meliadus estaba diciendo la verdad.

—¿A qué esperáis entonces? —dijo torvamente.

—Estoy dispuesto a ofrecer un trato. Decidle a estos idiotas que su causa es inútil. Decidle que arrojen sus armas..., y os evitaré lo peor a vos.

Ahora, Hawkmoon se dio cuenta realmente de que sólo conservaba su mente para el placer de sus enemigos. Meliadus había contenido su deseo de alcanzar una venganza inmediata, con la esperanza de obligar a Hawkmoon a evitar más pérdidas de guerreros de Granbretan.

Incapaz de contestar a la propuesta, Hawkmoon se detuvo, tratando de debatir las alternativas. Entre sus propias filas se produjo un gran silencio, mientras los hombres esperaban tensamente su decisión. Sabía que, en aquellos instantes, todo el destino de Hamadán podía depender de él. Mientras permanecía allí, con la mente confundida, Oladahn le tiró de un brazo y murmuró:

—Tomad esto, lord Dorian.

Hawkmoon bajó la mirada hacia el objeto que le ofrecía el hombre de las montañas. Era un casco. Al principio, no lo reconoció. Entonces vio que se trataba del mismo casco que el hombrecillo le había arrancado de la cabeza a Agonosvos. Recordó la nauseabunda cabeza que lo había portado antes y se estremeció.

—¿Por qué? Eso está contaminado.

—Mi padre fue hechicero —le recordó Oladahn—. Él me enseñó sus secretos. Este casco tiene ciertas propiedades. En él se han introducido circuitos que os protegerán durante un breve período de tiempo de toda la fuerza vital de la Joya Negra. Ponéoslo, milord, os lo ruego.

—¿Cómo puedo estar seguro...?

—Ponéoslo... y lo descubriréis.

Cautelosamente, Hawkmoon se quitó su propio casco y aceptó el que le entregaba Oladahn. El casco se le ajustó perfectamente y se sintió aprisionado por él, pero también se dio cuenta de que la joya ya no le palpitaba tan rápidamente en la frente. Sonrió y una salvaje sensación de alivio llenó todo su ser. Desenvainó la espada.

—¡Ésta es mi respuesta, barón Meliadus! —gritó lanzándose a la carga contra el sorprendido lord de Granbretan.

Meliadus lanzó una maldición y se esforzó por desenvainar su propia espada de la funda. Apenas había logrado hacerlo cuando la espada de Hawkmoon le alcanzó de plano en la cabeza, arrancándole el casco, dejando al descubierto su rostro ceñudo y desconcertado. Detrás de Hawkmoon sonaron los vítores de los soldados de Hamadán, que, dirigidos por Oladahn, la reina Frawbra y el Guerrero de Negro y Oro, se lanzaron contra el enemigo, obligándole a retroceder hacia las puertas del palacio.

Por el rabillo del ojo, Hawkmoon vio que la reina Frawbra se inclinaba sobre su carro y rodeaba el cuello de su hermano con un brazo, arrancándole de la silla de su caballo. La reina levantó la mano y la dejó caer dos veces, después de lo cual sólo sostenía una daga ensangrentada, mientras el cadáver de Nahak caía al suelo, donde fue pisoteado por los cascos de los caballos de los hombres que seguían a la reina.

Hawkmoon seguía experimentando una salvaje desesperación, sabiendo, como sabía, que el casco de Agonosvos no podía protegerle durante mucho tiempo. Hizo oscilar la espada rápidamente, lanzando un golpe tras otro contra Meliadus, que los fue deteniendo con la misma rapidez. El semblante de Meliadus se hallaba contraído en una expresión que le hacía parecerse a la del lobo del casco que acababa de perder; de sus ojos se desprendía un odio que sólo era igualado por el del propio Hawkmoon.

Sus espadas se cruzaban rítmicamente, bloqueando cada una de las estocadas, devolviendo cada uno de los golpes. Parecía como si pudieran continuar así hasta que uno de los dos cayera agotado. Pero entonces, un grupo de guerreros en lucha retrocedió contra el caballo de Hawkmoon, obligándolo a su vez a retroceder, arrojándole hacia atrás y haciéndole perder los estribos. Meliadus sonrió salvajemente y se lanzó contra el pecho desguarnecido de Hawkmoon. A su golpe le faltó fuerza, aunque fue suficiente para lograr que Hawkmoon cayera de la silla. Cayó al suelo por debajo de los cascos del caballo de Meliadus.

Rodó de costado y el barón trató de lanzarle el caballo encima. Hawkmoon logró ponerse en pie y trató de defenderse lo mejor que pudo de la lluvia de golpes que el triunfante granbretaniano hacía descender sobre él.

La espada de Meliadus golpeó en dos ocasiones el casco de Agonosvos, abollándolo. Hawkmoon sintió que la joya empezaba a palpar de nuevo en su frente. Maldijo interiormente y, con un arranque de furia, se acercó más.

Asombrado ante aquel movimiento inesperado, Meliadus fue sorprendido con la guardia baja y su intento de detener la estocada de Hawkmoon sólo consiguió a medias su propósito. La espada de Hawkmoon trazó un gran surco en uno de los lados de la desprotegida cabeza de Meliadus, y todo su rostro pareció abrirse al tiempo que la sangre surgía a borbotones. Meliadus lanzó un grito de dolor y quedó paralizado por un momento. Trató de limpiarse la sangre de los ojos y Hawkmoon aprovechó el instante de vacilación para agarrarle el brazo que sostenía la espada y tirar de él con fuerza hacia el suelo. Meliadus se liberó de un tirón, retrocedió, tambaleándose, y después se lanzó contra Hawkmoon con la espada en alto, chocándola contra la hoja de éste con tal fuerza que ambas se partieron.

Los jadeantes antagonistas quedaron quietos por un instante, mirándose fijamente el uno al otro; después, cada uno extrajo un largo puñal de su cinto y empezaron a estudiarse, moviéndose en círculo, dispuestos para lanzarse al ataque. Los elegantes rasgos de Meliadus ya no eran tan elegantes, y si lograba sobrevivir siempre llevaría en su cabeza la marca del golpe que le había dejado Hawkmoon. La sangre continuaba saliendo por la herida, goteándole sobre el peto.

En cuanto a Hawkmoon, se estaba debilitando por momentos. La herida recibida el día anterior empezaba a causarle dolorosas molestias, sentía la cabeza ardiente por el dolor causado por la joya, y a causa de ello apenas si podía ver. Se tambaleó dos veces, pero se enderezó inmediatamente en cuanto Meliadus hizo una finta hacia él empuñando la daga.

Entonces, los dos hombres se abalanzaron el uno contra el otro y quedaron enzarzados instantáneamente en una lucha a muerte, esforzándose desesperadamente por dar un golpe mortal que pusiera punto final a su antagonismo.

Mehadus lanzó un golpe contra un ojo de Hawkmoon pero lo falló, y la daga resbaló por la parte lateral del casco, mientras que el arma de éste buscaba el cuello de Meliadus. La otra mano del barón se levantó a tiempo de agarrar la muñeca que empuñaba la daga y se la retorció.

La danza de la muerte continuó, con ambos hombres enzarzados, pecho contra pecho, dispuestos a dar el golpe final. La respiración se les escapaba de las gargantas produciendo gemidos, los cuerpos les dolían de agotamiento, pero un odio feroz brillaba en ambos pares de ojos, y así continuarían hasta que uno de los dos hubiera dejado de

existir.

A su alrededor, la batalla continuaba, con las fuerzas de la reina Frawbra haciendo retroceder más y más a sus enemigos. Ahora, nadie luchaba ya cerca de los dos hombres, que sólo estaban rodeados de cadáveres.

El amanecer empezaba a asomar en el cielo.

El brazo de Meliadus tembló cuando Hawkmoon trató de hacerlo retroceder para dejar libre su muñeca. Su propia mano libre sostenía débilmente el antebrazo de Meliadus, pues era la que correspondía a la parte que tenía herida. Desesperadamente, Hawkmoon elevó la rodilla, protegida por la armadura, metiéndola en la entropierna de Meliadus y levantándola con fuerza. El barón retrocedió, tambaleándose. Un pie tropezó con uno de los arneses de un caballo muerto y cayó al suelo. Hizo un esfuerzo por levantarse, pero eso contribuyó a enredarle aún más. Los ojos se le llenaron de temor al ver avanzar a Hawkmoon, que apenas si podía sostenerse en pie.

Hawkmoon levantó su daga. La cabeza le palpitaba ahora con tal fuerza que se sentía mareado. Se lanzó contra el barón, y en ese instante notó que una gran debilidad se apoderaba de pronto de él y la daga se le cayó de la mano.

Ciegamente, extendió la mano en busca del arma, pero en ese momento perdió el conocimiento. Abrió la boca, lleno de cólera, pero hasta esa emoción se desvaneció en la nada. De un modo fatalista, se dio cuenta, en aquel último instante de conciencia, de que Meliadus podría matarle en el momento en que él había creído alcanzar el triunfo.

6. Servidor del Bastón Rúnico

Hawkmoon miró a través de las ranuras del casco, parpadeando al percibir el fulgor de la luz. Aún le ardía la cabeza, pero la cólera y la desesperación parecían haberle abandonado. Volvió la cabeza y vio a Oladahn y al Guerrero de Negro y Oro que le contemplaban. Oladahn mostraba un gesto de preocupación en el rostro, pero el semblante del guerrero seguía oculto tras aquel casco enigmático.

—¿No estoy... muerto? —preguntó Hawkmoon débilmente.

—A mí no me lo parece —respondió lacónicamente el guerrero—. Aunque quizá lo estéis.

—Simplemente, estáis agotado —se apresuró a decir Oladahn, dirigiendo una mirada de desaprobación hacia el misterioso guerrero—. Ya os han curado la herida del brazo y es probable que sane con rapidez.

—¿Dónde estoy? —preguntó Hawkmoon—. Una habitación...

—Una habitación en el palacio de la reina Frawbra. La ciudad vuelve a ser suya, el enemigo ha sido destrozado, capturado o ha huido. Encontramos vuestro cuerpo tendido sobre el del barón Meliadus. Al principio, pensamos que los dos habíais muerto.

—¿De modo que Meliadus ha muerto!

—Es probable. Cuando nos volvimos para mirar su cadáver, éste se había desvanecido. Sin duda alguna se lo llevaron algunos de sus hombres que huían.

—Ah, muerto al fin —dijo Hawkmoon sintiéndose agradecido. Ahora que Meliadus había pagado por todos sus crímenes, se sintió repentinamente en paz, a pesar del dolor que seguía experimentando en su cabeza. Y entonces se le ocurrió otro pensamiento—. Malagigi. Tenéis que encontrarle. Decidle...

—Malagigi ya viene hacia aquí. En cuanto se enteró de vuestras hazañas decidió venir al palacio.

—¿Me ayudará ahora?

—No lo sé —contestó Oladahn volviendo a mirar al Guerrero de Negro y Oro.

Algo más tarde la reina Frawbra entró en la habitación. Detrás de ella venía el brujo de rostro arrugado, llevando consigo un objeto cubierto con una tela. El objeto en cuestión tenía aproximadamente el tamaño y la forma de la cabeza de un hombre.

—Lord Malagigi —murmuró Hawkmoon tratando de incorporarse en la cama.

—¿Sois vos el joven que me ha estado persiguiendo estos últimos días? No puedo ver vuestro rostro con ese casco que lleváis.

Malagigi habló irasciblemente, y Hawkmoon volvió a sentirse desesperado.

—Soy Dorian Hawkmoon. He demostrado mi amistad por Hamadán. Meliadus y Nahak han sido destruidos y sus fuerzas han huido.

—¿De veras? —Malagigi frunció el ceño—. Ya me han hablado de esa joya que tenéis en la cabeza. Conozco muy bien esa clase de creaciones y cuáles son sus propiedades. Pero no sé si se podrá eliminar su poder...

—Me dijeron que erais el único hombre que podría hacerlo —dijo Hawkmoon.

—Podría..., sí. Pero ¿puedo? No lo sé. Me estoy haciendo viejo. Físicamente, no estoy seguro de si...

El Guerrero de Negro y Oro avanzó un paso y tocó a Malagigi suavemente en el hombro.

—¿Me conocéis, hechicero?

—Ah, sí, os conozco —asintió Malagigi.

—¿Y conocéis también el poder al que sirvo?

—Sí —asintió Malagigi frunciendo el ceño, mirando a uno y a otro—. Pero ¿qué tiene eso que ver con este joven?

—Él también sirve a ese mismo poder, aunque no lo sabe.

El semblante de Malagigi adquirió una expresión de resolución.

—En tal caso le ayudaré —dijo con firmeza—, aun cuando eso signifique arriesgar mi propia vida.

Hawkmoon se incorporó de nuevo en la cama.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó—. ¿A quién estoy sirviendo? No sabía...

Malagigi apartó la tela que cubría el objeto que sostenía entre las manos. Se trataba de un globo cubierto de pequeñas irregularidades, cada una de las cuales brillaba con un color diferente. Los colores cambiaban constantemente, lo que hizo que Hawkmoon parpadeara con rapidez.

—Primero tenéis que concentraros —le dijo Malagigi, sosteniendo el extraño globo cerca de su cabeza—. Contemplad fijamente este objeto. Miradlo sin apartar la vista. Miradlo todo el rato. Mirad, Dorian Hawkmoon, todos los colores...

Hawkmoon dejó de parpadear hasta que ya no pudo apartar la mirada de los colores del globo, que cambiaban rápidamente de lugar. Se sintió poseído por una extraña sensación de ingravidez y de bienestar enormes. Empezó a sonreír y después todo se hizo neblinoso y le pareció hallarse suspendido en medio de una neblina suave y cálida, más allá del espacio y del tiempo. En cierto modo, seguía conservando toda su conciencia y, sin embargo, no percibía nada del mundo que le rodeaba.

Permaneció en este estado durante largo rato, sabiendo vagamente que su cuerpo, que ya no parecía formar parte de él, estaba siendo trasladado de un lugar a otro.

Los delicados colores de la neblina cambiaban a veces, pasando de una sombra de rosa rojizo a un azul cielo o a un amarillo dorado, pero eso era todo lo que se sentía capaz de ver, y no sentía absolutamente nada más. Se sintió en paz, como no se había sentido jamás, a excepción quizá de cuando era un niño pequeño y se encontraba entre los brazos de su madre.

Después, los tonos pastel empezaron a verse cruzados por venas de colores más oscuros y sombríos, y la sensación de paz se fue perdiendo gradualmente a medida que unos relámpagos negros y rojizos zigzagueaban ante sus ojos. Experimentó la sensación de que algo tiraba violentamente de él, sintió una gran angustia y lanzó un grito.

Después, abrió los ojos para contemplar horrorizado la máquina que estaba delante de él. Era idéntica a la máquina que había visto tanto tiempo atrás en los laboratorios del palacio del rey Huon.

¿Se encontraba acaso de regreso en Londra?

Las tiras de tejido negro, dorado y plateado le murmuraban, pero ahora no le acariciaban como lo habían hecho la vez anterior; en lugar de eso, se contraían, alejándose de donde él estaba, haciéndose más y más pequeña, hasta que sólo ocuparon una fracción del espacio. Hawkmoon miró a su alrededor y vio a Malagigi y detrás de él el laboratorio donde antes había rescatado al mago de los hombres del Imperio Oscuro.

Malagigi parecía exhausto, pero en su viejo rostro había una expresión de gran autosatisfacción.

Avanzó hacia él sosteniendo una caja de metal, levantó la máquina de la Joya Negra y la guardó en la caja, cerrándola firmemente con llave.

—La máquina —dijo Hawkmoon espesamente—. ¿Cómo la conseguisteis?

—Yo mismo la construí —contestó Malagigi sonriendo—. Así es, duque Hawkmoon, yo mismo la construí. Me ha costado una semana de intenso esfuerzo mientras vos yacíais aquí, protegido en parte de esa otra máquina..., la que está en Londra..., gracias a mis hechizos. Hubo momentos en que creí haber perdido la batalla, pero esta mañana terminé por fin la máquina, a excepción de un solo elemento...

—¿De qué se trataba?

—De su fuerza vital. Esa era la cuestión crucial..., saber si podría pronunciar el hechizo a tiempo. Tenía que conseguir que toda la fuerza vital de la Joya Negra apareciera y llenara vuestra mente, confiando en que esta máquina absorbería todo su poder antes de que pudiera empezar a devorar vuestro cerebro.

—¡ Y lo hizo! —exclamó Hawkmoon aliviado.

—En efecto, lo hizo. Ahora, en cualquier caso, estáis libre de ese temor.

—En cuanto a los peligros humanos, los puedo aceptar y arrostrar alegremente —dijo Hawkmoon levantándose de la cama donde había estado tumbado—. Estoy en deuda con vos, lord Malagigi. Si puedo servirlos en algo...

—No, en nada —replicó Malagigi con una sonrisa de satisfacción—. Me alegra poder tener aquí esta máquina —añadió dando unos golpecitos sobre la caja cerrada—. Quizá en algún momento me sea de gran utilidad. Además...

Frunció el ceño, mirando pensativamente a Hawkmoon.

—¿Qué sucede?

—Ah, nada —contestó Malagigi encogiéndose de hombros. Hawkmoon se tocó la frente. La Joya Negra seguía incrustada allí, pero ahora estaba fría.

—¿No me habéis quitado la joya?

—No, aunque podría hacerse si así lo deseáis. Pero ahora no ofrece peligro alguno para vos. Quitarla de vuestra frente sólo será una cuestión de cirugía menor.

Hawkmoon estaba a punto de preguntarle cómo se podría hacer eso, cuando se le ocurrió otra idea.

—No —dijo al fin—. No, dejádmela... Será un símbolo de mi odio contra el Imperio Oscuro. Confío en que no tarden en temer ese símbolo.

—¿Queréis decir que tenéis la intención de continuar la lucha contra ellos?

—En efecto..., y con un esfuerzo redoblado ahora que me habéis liberado.

—Representan una fuerza a la que hay que oponerse —dijo Malagigi. Después, dando un profundo suspiro, añadió—: Ahora tengo que dormir. Me siento muy cansado. Encontraréis a vuestros amigos esperándoos en el patio de la casa.

Hawkmoon bajó los escalones de la casa, saliendo a la brillante y cálida luz solar de la mañana, y allí estaba Oladahn, con una brillante sonrisa casi dividiendo su rostro en dos. Junto a él estaba la alta figura del Guerrero de Negro y Oro.

—¿Estáis completamente bien? —preguntó el guerrero.

—Completamente.

—Bien. En tal caso, os dejo. Adiós. Dorian Hawkmoon.

—Os agradezco toda vuestra ayuda —dijo Hawkmoon mientras el guerrero se encaminaba hacia su gran caballo blanco de combate. Entonces, cuando ya se disponía a montar, le asaltó un recuerdo y añadió—: Esperad.

—¿Qué ocurre? —preguntó la cabeza cubierta por el casco, volviéndose hacia él.

—Fuisteis vos quien convencisteis a Malagigi para que eliminara la fuerza vital de la Joya Negra. Le dijisteis que yo estaba al servicio del mismo poder al que vos servís. Y, sin embargo, no conozco poder alguno a cuyo servicio me encuentre.

—Algún día lo conoceréis.

—¿A qué poder servís vos?

—Sirvo al Bastón Rúnico —contestó el Guerrero de Negro y Oro.

Montó en su cabalgadura y la espoleó, pasando a través de la gran puerta y alejándose antes de que Hawkmoon pudiera hacerle más preguntas.

—¿Ha dicho el Bastón Rúnico? —murmuró Oladahn, frunciendo el ceño—. Creo que se trata de un mito...

—Sí, un mito. Creo que a ese guerrero le gustan mucho los misterios. Sin duda alguna se ha burlado de nosotros. —Hawkmoon sonrió burlonamente, palmeando ligeramente a Oladahn en el hombro—. Si volvemos a verle le sonsacaremos la verdad de todo esto. Y ahora, estoy hambriento. Vendría muy bien un buen almuerzo...

—Se está preparando un banquete en el palacio de la reina Frawbra —dijo Oladahn con un guiño—. El más exquisito que he visto jamás. Y creo que el interés que la reina siente por vos no sólo se debe a la gratitud.

—¿De veras? Bueno, confío en no desilusionarla, amigo Oladahn, puesto que estoy comprometido con una doncella más hermosa que la propia Frawbra.

—¿Es eso posible?

—Sí. Vamos, pequeño amigo..., disfrutemos de la buena comida de la reina y hagamos nuestros preparativos para regresar al oeste.

—¿Tenemos que marcharnos tan pronto? Aquí somos héroes y, además, nos merecemos un buen descanso, ¿no os parece?

—Quedaos si queréis —le dijo Hawkmoon sonriendo—. Pero yo tengo que asistir a una boda..., la mía.

—Oh, si es así —concedió Oladahn con un suspiro y una mueca burlona—. Yo tampoco debería perderme ese acontecimiento. Supongo que tendré que acortar mi estancia en Hamadán.

A la mañana siguiente, la propia reina Frawbra les escoltó hasta las puertas de Hamadán.

—¿No queréis cambiar de opinión, Dorian Hawkmoon? Os ofrezco un trono... El trono por el que mi hermano encontró la muerte.

Hawkmoon miró hacia el oeste. A más de tres mil kilómetros de distancia y varios meses de viaje estaría Yisselda esperándole, sin saber si había tenido éxito en su misión o si en estos momentos había caído víctima de la Joya Negra. El conde Brass también le esperaba y debía contarle la nueva infamia cometida por Granbretan. Sin duda alguna, Bowgentle estaba ahora junto a Yisselda, en la torreta de la torre más alta del castillo de Brass, contemplando las marismas de Camarga, tratando de consolar a la joven, que se preguntaría si el hombre que se había comprometido a casarse con ella regresaría alguna vez.

Se inclinó en su silla y besó la mano de la reina.

—Os lo agradezco, majestad, y me honráis mucho al creerme digno de gobernar a vuestro lado, pero debo cumplir un compromiso... por el que renunciaría a veinte tronos si fuera necesario... Debo marcharme. También se necesita mi espada para luchar contra el Imperio Oscuro.

—En tal caso, marchaos —dijo ella con tristeza—, pero acordaos de Hamadán y de su reina.

—Así lo haré.

Espoleó a su gran caballo azul y se lanzó al galope sobre la rocosa llanura. Detrás de él, Oladahn se volvió, lanzó un beso hacia la reina Frawbra, le sonrió, haciéndole un guiño, y cabalgó en pos de su amigo.

Dorian Hawkmoon, duque de Colonia, cabalgó firmemente en dirección al oeste, dispuesto a afirmar su amor y tomar su venganza.

El amuleto del dios Loco

Libro primero

Sabemos ahora cómo Dorian Hawkmoon, el último duque de Colonia, se desembarazó del poder de la Joya Negra y salvó a la ciudad de Hamadán de ser conquistada por el Imperio Oscuro de Granbretan. Su archienemigo, el barón Meliadus, había sido derrotado. Hawkmoon se puso de nuevo en marcha hacia el oeste, en dirección hacia la sitiada Camarga, donde le esperaba su amada Yisselda, la hija del conde Brass. Junto con su

compañero inseparable, Oladahn, hombre-bestia de las Montañas Búlgaras, Hawkmoon cabalgó desde Persia hasta el mar de Chipre y el puerto de Tarabulus, donde confiaban en encontrar un buque con una tripulación lo bastante valiente como para llevarles a ambos de regreso a Camarga. Pero se perdieron en el desierto sirio y estuvieron a punto de morir de sed y agotamiento antes de divisar las pacíficas ruinas de Soryandum, situadas al pie de una cadena de verdes colinas sobre las que pastaba el ganado salvaje...

Mientras tanto, en Europa, el Imperio Oscuro extendía su terrible gobierno, mientras el Bastón Rúnico palpitaba en otras partes, ejerciendo su influencia sobre miles de kilómetros, implicando con ello los destinos de unos pocos seres humanos de caracteres y ambiciones muy distintos...

—LA ALTA HISTORIA DEL BASTÓN RÚNICO

1. Soryandum

La ciudad era antigua y se notaba en ella el paso del tiempo. Era un lugar lleno de piedras desgastadas por el viento, y de manipostería desmoronada, con sus torres ladeadas y los muros derrumbados. Las ovejas salvajes apacentaban la hierba que crecía entre las piedras cuarteadas del pavimento, y las aves con plumajes de brillantes colores anidaban entre columnas cubiertas de mosaicos descoloridos. Daba la impresión de que, en otros tiempos, la ciudad había sido espléndida y terrible, pero ahora sólo era hermosa y tranquila. Los dos viajeros llegaron a ella envueltos en el halo amarillento de la mañana, cuando una suave brisa melancólica soplaba por entre las antiguas calles, rompiendo su silencio. Los cascos de los caballos se impusieron al silencio, mientras los dos viajeros los conducían por entre las torres verdeantes por el transcurso de! tiempo, y pasaban junto a ruinas llenas de colorido, gracias a las flores de color naranja, ocre y púrpura. Se encontraban en Soryandum, abandonada por sus gentes.

Los nombres y sus caballos únicamente mostraban un solo color gracias al polvo que les cubría, haciéndoles parecerse a estatuas que, de pronto, hubieran cobrado vida. Se movieron con lentitud, contemplando admirativamente lo que veían a su alrededor: la belleza de la ciudad muerta.

El primero de ellos era un hombre alto y delgado y, aunque agotado, se movía con la gracia propia de un guerrero bien entrenado. Su largo pelo rubio había quedado casi blanqueado por el sol, y en sus pálidos ojos azules se observaba un atisbo de locura. Pero lo más notable de todo su aspecto era la opaca joya negra incrustada en su frente, justo por encima y entre los ojos, un estigma que debía a los pervertidos hechos milagrosos de los hechiceros científicos de Granbretan. Se trataba de Dorian Hawkmoon, duque de Colonia, expulsado de sus tierras por las conquistas del Imperio Oscuro, que abrigaba el propósito de extender su gobierno a todo el mundo. Dorian Hawkmoon había jurado vengarse de la nación más poderosa de todo su planeta, atormentado por la guerra.

La criatura que seguía a Hawkmoon portaba un gran arco de hueso y un carcaj de flechas en la espalda. Iba únicamente vestido con un par de pantalones bombachos y unas botas de cuero blando, pero todo su cuerpo, incluyendo el rostro, estaba cubierto de un pelo rojo lanudo. La cabeza sólo le llegaba a la altura de la parte inferior del hombro de Hawkmoon. Se trataba de Oladahn, descendiente cruzado entre un hechicero y una mujer gigante procedente de las Montañas Búlgaras.

Oladahn se limpió el pelo de arena y mostró una expresión de perplejidad.

—Jamás había visto una ciudad tan extraña. ¿Por qué está desierta? ¿Quién pudo haber vivido en un lugar como éste?

Hawkmoon se frotó la opaca Joya Negra de su frente, como solía hacer siempre que se sentía desconcertado.

—Quizá a causa de una enfermedad... ¿quién sabe? Confiemos en que, si fue una enfermedad, no quede ahora nada de ella. Quizá especule más tarde, pero no en estos momentos. Estoy seguro de escuchar el ruido del agua en alguna parte..., y ésa es mi primera necesidad. La segunda será comer, y la tercera dormir... Y creo, amigo Oladahn, que la cuarta aún está muy distante...

En una de las plazas de la ciudad descubrieron una roca azulgrisácea, con bajorrelieves en los que se mostraban figuras corrientes. De los ojos de una doncella de piedra brotaba una verdadera fuente de agua que caía en un hueco

hecho debajo. Hawkmoon se detuvo y bebió, pasándose las manos humedecidas por el rostro polvoriento. Se apartó para que Oladahn pudiera beber y después ambos permitieron que los caballos saciaran su sed.

Hawkmoon buscó en el interior de una de sus alforjas y sacó el arrugado mapa de pergamino que les habían entregado en Hamadán. Su dedo recorrió el mapa hasta que se detuvo sobre la palabra «Soryandum». Sonrió, aliviado.

—No estamos tan lejos de nuestra ruta original —comentó—. Por detrás de estas colinas fluye el Eufrates, y Tarabulas está más allá, aproximadamente a una semana de camino. Descansaremos aquí y mañana continuaremos nuestro viaje. Una vez nos hayamos refrescado y descansado, viajaremos más rápidamente.

—Sí —asintió Oladahn—, y me imagino que exploraréis la ciudad antes de marcharnos. —Se roció el pelo con agua fresca y después se inclinó para recoger el arco y el carcaj—. Y ahora procuremos atender vuestra segunda exigencia: la comida. No estaré ausente durante mucho tiempo. He visto un carnero salvaje en las colinas. Esta noche cenaremos buena carne asada.

Volvió a montar en su caballo y se alejó, dirigiéndose hacia las derrumbadas puertas de la ciudad, mientras Hawkmoon se quitaba las ropas y metía las manos en el agua fresca de la fuente, sonriendo con una sensación de extraordinaria lujuria, al tiempo que vertía parte del agua sobre la cabeza y el cuerpo. A continuación, sacó ropas limpias de las alforjas, poniéndose una camisa de seda que le había regalado la reina Frawbra de Hamadán, y un par de pantalones bombachos de algodón azul. Contento de verse libre de los pesados avíos de cuero y hierro que había llevado hasta entonces como medida de protección contra los hombres del Imperio Oscuro con los que pudieran encontrarse en el desierto, Hawkmoon se puso un par de sandalias para completar su nueva vestimenta. La única concesión que hizo a la precaución consistió en ajustarse el cinto del que pendía la espada.

No era muy probable que les hubieran seguido hasta allí y, además, la ciudad parecía tan pacífica que no le pareció posible verse amenazado por ningún peligro.

Se acercó al caballo y lo desensilló, para dirigirse después hacia la sombra de una torre medio desmoronada, donde se sentó con la espalda apoyada contra el muro, en espera de que Oladahn regresara con el carnero.

Pasó el mediodía y Hawkmoon empezó a preguntarse qué habría sido de su amigo. Dormitó durante otra hora antes de empezar a sentirse realmente preocupado, y finalmente se levantó y volvió a ensillar su caballo.

Sabía que no era nada normal que un arquero tan hábil como Oladahn pasara tanto tiempo persiguiendo a un carnero salvaje. Y, sin embargo, allí no parecía haber ninguna clase de peligro. Quizá Oladahn se había sentido tan cansado que había decidido dormir una hora o dos antes de emprender el esfuerzo de cargar con el animal. Aun cuando fuera eso lo único que lo estaba retrasando, Hawkmoon llegó a la conclusión de que quizá necesitara ayuda.

Montó en su caballo y recorrió las calles en ruinas hasta llegar a los muros exteriores de la ciudad y dirigirse hacia las colinas que había más allá. El caballo pareció recuperar buena parte de su antigua energía en cuanto sus cascos pisaron hierba, y Hawkmoon tuvo que tensar las riendas cabalgando hacia las colinas a un trote ligero.

Allá delante vio una manada de ovejas dirigidas por un carnero de aspecto prudente, quizás el que Oladahn había mencionado, pero no se veía la menor señal del pequeño hombre bestia.

—¡Oladahn! —gritó Hawkmoon, mirando a su alrededor—. ¡Oladahn!

Pero sólo le contestaron los ecos apagados de su propia voz.

Hawkmoon frunció el ceño y lanzó su caballo al galope, subiendo a la cresta de una colina algo más elevada que las demás, con la ventaja de poder distinguir a su amigo desde aquella altura. Las ovejas se desparramaron ante él cuando el caballo avanzó sobre la hierba de primavera. Llegó a lo más alto de la colina y se protegió los ojos del resplandor del sol. Miró en todas direcciones, pero siguió sin ver la menor señal de Oladahn.

Continuó mirando a su alrededor durante un momento más, confiando en descubrir algún rastro de su amigo; entonces, al mirar hacia la ciudad, vio un movimiento cerca de la plaza de la fuente. ¿Le habían engañado sus ojos o había visto realmente a un hombre que entraba en las sombras de las calles que conducían a la parte oriental de la plaza? ¿Podía haber regresado Oladahn siguiendo otra ruta? En tal caso, ¿por qué no había contestado a sus llamadas?

Ahora, Hawkmoon experimentó una cosquilleante sensación de terror en el fondo de su mente, pero seguía sin creer que aquella ciudad pudiera representar ningún tipo de amenaza.

Espoleó al caballo colina abajo y en cuanto llegó a la ciudad lo hizo meterse por entre un trozo de murallas derrumbadas.

Los cascos del caballo, amortiguados por el polvo, retumbaron por entre las calles mientras Hawkmoon se dirigía hacia la plaza gritando el nombre de Oladahn. Pero, una vez más, únicamente le contestaron los ecos de su propia voz. En la plaza no había el menor rastro del pequeño hombre montado.

Hawkmoon frunció el ceño. Ahora estaba casi seguro de que, después de todo, él y Oladahn no estaban solos en aquella ciudad. Y, sin embargo, no había señales de la presencia de habitantes.

Hizo dar media vuelta a su caballo para dirigirse hacia las calles. Al hacerlo, sus oídos captaron un débil sonido procedente de lo alto. Miró hacia arriba, con los ojos escudriñando el cielo, seguro de haber reconocido aquel sonido. Finalmente, lo vio... Era una distante figura negra suspendida en el aire. Entonces, la luz del sol relampagueó sobre el metal y el sonido se escuchó con mayor claridad. Correspondía al aleteo de unas gigantescas alas de bronce. A Hawkmoon se le hundió el corazón en el pecho.

La cosa que descendía de! cielo era. indudablemente, un ornitóptero que tenía la figura de un cóndor gigantesco, esmaltado en azul, escarlata y verde. Se trataba de una máquina voladora del Imperio Oscuro de Granbretan. Ninguna otra nación de la Tierra poseía tales naves.

Ahora se explicaba por completo la desaparición de Oladahn. Los guerreros del Imperio Oscuro estaban en Soryandum. Además, era muy probable que hubieran reconocido a Oladahn y que, a estas alturas, ya supieran que Hawkmoon no podía hallarse muy lejos. Y Hawkmoon era el enemigo más odiado del Imperio Oscuro.

2. Huillam d'Averc

Hawkmoon se dirigió hacia las sombras de la calle, confiando en no haber sido descubierto por el ornitóptero.

¿Podrían haberles seguido los granbretanios a lo largo de todo el camino recorrido por el desierto? No era probable. Y, sin embargo, ¿de qué otro modo explicar su presencia en este lugar tan remoto?

Hawkmoon desenvainó de la funda su gran espada de batalla y desmontó. Vestido como iba con finas ropas de seda y algodón se sentía extraordinariamente vulnerable. Corrió por las calles, tratando de ocultarse.

Ahora, el ornitóptero sólo volaba unos pocos metros por encima de las torres más altas de Soryandum. Sin duda alguna le estaban buscando a él, el hombre del que el rey-emperador Huon había jurado vengarse como consecuencia de su «traición» contra el Imperio Oscuro. Hawkmoon había podido matar al barón Meliadus en la batalla de Hamadán, pero, sin lugar a dudas, el rey Huon se había apresurado a enviar a un emisario con la tarea de dar caza a su odiado enemigo.

No es que el joven duque de Colonia hubiera esperado viajar sin contratiempos, pero no había creído posible encontrárselos tan pronto.

Llegó a un edificio oscuro medio en ruinas cuyo frío portal le ofreció protección. Entró en el edificio y se encontró en un amplio salón de muros pálidos y piedra tallada, parcialmente cubiertos de suaves musgos y líquenes. Una escalera partía de uno de los lados del salón, y Hawkmoon, con la espada en la mano, subió los escalones cubiertos de musgo hasta encontrarse en una pequeña estancia iluminada por la luz del sol. que penetraba por un agujero del muro, allí donde las piedras se habían caído. Se protegió contra el muro y miró por el trozo desmoronado. Desde allí podía ver una buena parte de la ciudad, y distinguió al ornitóptero que daba vueltas mientras su piloto, con una máscara de buitre, escudriñaba las calles.

No muy lejos de donde se encontraba se levantaba una torre de granito verde descolorido. Se hallaba situada más o menos en el centro de Soryandum, dominando la ciudad. El ornitóptero trazó círculos a su alrededor durante un rato y, al principio, Hawkmoon pensó que el piloto estaba convencido de que se ocultaba allí. Pero entonces, la máquina voladora se posó sobre el tejado plano de la torre, rodeado por almenas. Desde alguna parte de abajo surgieron otras figuras que se unieron al piloto.

Evidentemente, aquellos hombres también eran de Granbretan. Todos llevaban puestas pesadas armaduras y capas y, a pesar del calor que hacía, unas enormes máscaras de metal les cubrían las cabezas. La naturaleza retorcida de los hombres del Imperio Oscuro era tal que no podían quitarse las máscaras, fueran cuales fuesen las circunstancias. Parecían tener una profunda dependencia psicológica con respecto a tales máscaras.

Las máscaras eran de un rojo óxido y un amarillo turbio, y estaban hechas de modo que parecieran osos salvajes rampantes, con ojos feroces en forma de joyas que refulgían bajo la luz del sol, y grandes colmillos de marfil surgiendo en espiral de los acampanados hocicos.

Así pues, aquellos eran los hombres de la orden del Oso, famosos en toda Europa por su salvajismo. Había seis rodeando a sujete, un hombre alto y delgado, cuya máscara estaba hecha de oro y bronce y que mostraba un acabado mucho más delicado, casi hasta el punto de caricaturizar la máscara de la orden. El hombre se apoyaba en los brazos de dos de sus compañeros, uno de ellos pequeño y fornido y el otro tan alto que era virtualmente un gigante, con los brazos desnudos y las piernas cubiertas con tanto pelo que casi parecía inhumano. ¿Estaría enfermo o herido su líder?, se preguntó Hawkmoon. Casi parecía haber algo de artificial en la forma en que se apoyaba en los dos hombres..., alto histriónico. Hawkmoon creyó reconocer entonces al líder de la orden del Oso. Se trataba, casi sin lugar a dudas, del renegado francés Huillam d'Averc, que en otros tiempos fuera brillante pintor y arquitecto, y que se había unido a la causa de Granbretan mucho antes de que el Imperio Oscuro conquistara Francia. D'Averc era un enigma, aunque un hombre peligroso, a pesar de toda su afectada enfermedad.

Ahora, el jefe de la orden del Oso habló con el piloto con máscara de buitre y éste sacudió la cabeza negativamente. Era evidente que no había descubierto a Hawkmoon, aunque señaló hacia el lugar donde Hawkmoon había dejado su caballo. D'Averc, si es que se trataba de él, hizo lánguidamente una señal a uno de sus hombres, quien desapareció hacia abajo, reapareciendo casi inmediatamente sujetando a un Oladahn que se debatía y bufaba.

Aliviado, Hawkmoon observó como dos de los hombres con máscaras de oso empujaban a Oladahn cerca de las almenas. Su amigo, al menos, estaba vivo.

Entonces, el jefe del grupo volvió a hacer una señal y el piloto se inclinó hacia el interior de la cabina de su máquina voladora y extrajo un megáfono con forma de campana, que entregó al gigante sobre cuyo brazo seguía apoyado el jefe. El gigante colocó el megáfono cerca del hocico de la máscara de su jefe.

De repente, la quietud del aire de la ciudad se vio perturbada por la aburrida y cansina voz del jefe de los guerreros Oso.

—Duque de Colonia, sabemos que os encontráis en la ciudad, pues hemos capturado a vuestro sirviente. El sol se pondrá dentro de una hora. Si para entonces no os habéis entregado, nos veremos obligados a matar a este pequeño...

Hawkmoon estuvo seguro ahora de que se trataba de D'Averc. Ningún otro ser humano podía tener aquel aspecto y poseer una voz como aquella. Hawkmoon vio que el gigante volvía a entregar el megáfono al piloto y a continuación, con ayuda de su compañero bajo y rechoncho, ayudó a su jefe a dirigirse hacia las almenas parcialmente destrozadas, de modo que D'Averc pudiera apoyarse en ellas y mirar hacia abajo, escudriñando las calles.

Hawkmoon controló la furia que sentía y estudió la distancia que separaba la torre del edificio donde estaba. Saltando por el hueco del muro podría alcanzar una serie de tejados planos que le permitirían acercarse a un montón de manipostería caída, amontonada contra un muro de la torre. Observó que desde allí podría escalar fácilmente hasta alcanzar las almenas. Pero lo descubrirían en cuanto abandonara su refugio. Sólo de noche podría seguir aquella ruta..., y en cuanto aquélla cayera empezarían a torturar a Oladahn.

Desconcertado, Hawkmoon se acarició la Joya Negra, la señal de su antigua esclavitud con respecto a Granbretan. Sabía que, si se entregaba, lo matarían instantáneamente, o bien lo llevarían de regreso a Granbretan, donde lo matarían con una terrible lentitud para servir de diversión a los pervertidos lores del Imperio Oscuro. Pensó en Yisselda, a quien había jurado que regresaría; en el conde Brass, a quien había prometido ayudar en su lucha contra Granbretan..., y también pensó en Oladahn, con quien había intercambiado un juramento de amistad después de que el pequeño hombre bestia le salvara la vida.

¿Podía sacrificar a su amigo? ¿Podía justificar tal acción, aun cuando la lógica le dijera que su propia vida era mucho más valiosa en la lucha contra el Imperio Oscuro? Hawkmoon sabía que aquella clase de lógica no servía de nada en una situación como ésta. Pero también sabía que su sacrificio podía ser inútil, pues no tenía la menor garantía de que el jefe de los guerreros Oso pusiera a Oladahn en libertad una vez que Hawkmoon se le hubiera entregado.

Se mordió los labios, apretando la espada con fuerza; entonces, tomó una decisión. Introdujo el cuerpo por el hueco abierto en el muro, se agarró a las piedras con una mano e hizo oscilar la brillante espada hacia la torre. D'Averc levantó lentamente la mirada hacia él.

—Tenéis que poner en libertad a Oladahn antes de que yo me entregue —gritó Hawkmoon—. Sé que todos los hombres de Granbretan son unos embusteros. Sin embargo, si dejáis a Oladahn en libertad, tenéis mi palabra de que me entregaré en vuestras manos.

—Es posible que seamos embusteros —dijo la voz lánguida, apenas audible—, pero no somos idiotas. ¿Cómo puedo confiar en vuestra palabra?

—Porque soy el duque de Colonia —contestó Hawkmoon con sencillez—. Yo no miento.

Una risa ligera e irónica surgió del interior de la máscara oso.

—Vos podéis ser un ingenuo, duque de Colonia, pero sir Huillam d'Averc no lo es. No obstante, ¿puedo sugeriros un compromiso?

—¿De qué se trata? —preguntó Hawkmoon secamente.

—Sugiero que os acerquéis hacia donde estamos nosotros, de modo que os encontréis a tiro de la lanza de fuego de nuestro ornitóptero. Entonces pondré en libertad a vuestro sirviente. —D'Averc tosió ostentosamente y después se apoyó pesadamente sobre una almena—. ¿Qué me decís?

—Eso no es un compromiso —replicó Hawkmoon—. En tal caso nos podríais matar a ambos con muy poco esfuerzo o peligro para vos.

—Mi querido duque, el rey-emperador os prefiere vivo. Seguramente lo sabéis, ¿verdad? Pongo en juego mi propio interés. El mataros ahora sólo me reportaría un título de barón, mientras que entregaros vivo para que sirváis de diversión al rey-emperador, me convertiría casi con toda seguridad en príncipe. ¿Acaso no habéis oído hablar de mí, duque Dorian? Yo soy el ambicioso Huillam d'Averc.

El argumento de D'Averc parecía convincente, pero Hawkmoon no podía olvidar la reputación de taimado que tenía el francés. Aun siendo cierto que para D'Averc tenía más valor vivo que muerto, el renegado bien podría decidir no arriesgar sus ganancias y, en consecuencia, matar a Hawkmoon en cuanto se hallara a tiro de la lanza de fuego del ornitóptero.

Hawkmoon reflexionó un momento y finalmente suspiró.

—Haré lo que sugerís, sir Huillam.

Se dispuso entonces a saltar sobre la estrecha callejuela que le separaba de los tejados que había debajo.

—¡No, duque Dorian! —gritó entonces Oladahn—. ¡Dejad que me mate! ¡Mi vida no tiene ningún valor!

Hawkmoon actuó como si no hubiera escuchado las palabras de su amigo y saltó todo lo que pudo, cayendo de pie sobre el tejado. La vieja manipostería se estremeció bajo el impacto y, por un momento, creyó que iba a caer tras el tejado desmoronado. Pero la obra resistió, y él empezó a caminar cautelosamente hacia la torre.

Oladahn volvió a gritarle y empezó a forcejear en manos de sus captores.

Hawkmoon lo ignoró y siguió avanzando, con la espada todavía en una mano, pero sosteniéndola con imprecisión, virtualmente olvidada.

Entonces, Oladahn logró librarse y se movió rápidamente por la torre, perseguido por dos guerreros. Hawkmoon le vio precipitarse hacia el extremo más alejado de las almenas, detenerse allí un instante, y luego saltar sobre el parapeto al vacío.

Hawkmoon quedó helado de horror por un instante, sin comprender la naturaleza del sacrificio de su amigo.

Después, apretó la empuñadura de la espada con fuerza y levantó la cabeza para mirar coléricamente a D'Averc y a sus hombres. Se inclinó y se dirigió hacia el borde del tejado en el momento en que el cañón de fuego empezaba a girar en su dirección. Escuchó un gran rugido de fuego sobre su cabeza y después se descolgó por el borde del tejado, mirando hacia abajo, a la calle.

Cerca de él, a su izquierda, había una serie de esculturas de piedra que sobresalían del muro. Tanteó con los pies hasta que pudo posarlos sobre una de ellas, sin dejar de agarrarse en el borde del tejado. Las esculturas descendían lateralmente por el muro, hasta llegar casi al nivel de la calle. Pero la piedra parecía estar en mal estado. ¿Resistiría su peso?

Hawkmoon no se detuvo. Dejó caer todo su peso sobre la primera escultura, que empezó a crujiir y a desmoronarse como un diente podrido. Rápidamente, se dejó caer sobre la siguiente y luego sobre la otra, mientras los trozos de piedra se desprendían, cayendo por los lados del edificio para ir a estrellarse sobre el lejano pavimento de la calle.

Finalmente, consiguió descender lo bastante como para saltar y pronto se encontró sobre las piedras del pavimento, cubiertas de polvo. Entonces, echó a correr, no para alejarse de la torre..., sino hacia ella. En su mente no existía ahora otro pensamiento que vengarse de D'Averc por haber sido el causante del suicidio de Oladahn.

Encontró la entrada de la torre y la traspasó a tiempo de escuchar el sonido de pisadas de metal, indicativas de que D'Averc y sus hombres descendían. Escogió un lugar de la escalera, cerrada por una maciza barandilla, en la que podría enfrentarse a los granbretanianos uno a uno en cuanto aparecieran. D'Averc fue el primero en hacerlo. Se detuvo en seco al ver al encendido Hawkmoon, y su mano, enfundada en el guantelete, descendió hacia la empuñadura de su espada.

—Os habéis comportado como un idiota al no haber aprovechado el tonto sacrificio de vuestro amigo para escapar —dijo despreciativamente el mercenario con máscara de oso—. Ahora, nos guste o no, supongo que

tendremos que mataros... —Empezó a toser, doblándose en un aparente gesto de angustia, apoyándose débilmente contra el muro. Le hizo una desmayada señal al nombre bajo y fornido que venía detrás de él, uno de los que Hawkmoon había visto ayudándole sobre las almenas—. Oh, mi querido duque Dorian. Debo pedir disculpas... Mi enfermedad se apodera de mí en los momentos más inconvenientes. Ecardo..., ¿queréis...?

Ecardo, de cuerpo poderosamente constituido, saltó hacia adelante lanzando un gruñido y extrayendo del cinto un hacha de combate de mango corto, que se añadió a la espada que ya sostenía en la otra mano. El hombre sonrió con placer.

—Gracias, amo. Veamos cómo lucha este ser sin máscara.

Se movió como un gato, disponiéndose para el ataque. Hawkmoon se preparó para detener el primer golpe de Ecardo.

Entonces, el hombre lanzó un feroz aullido y el hacha de combate cortó el aire para chocar estruendosamente contra la hoja de Hawkmoon. Inmediatamente después, la espada corta de Ecardo se lanzó hacia arriba, y Hawkmoon, que aún se sentía débil por el viaje y el hambre, apenas si logró hurtar el cuerpo a tiempo. A pesar de ello, la espada le atravesó el algodón de los pantalones bombacho y notó el frío borde cortante contra su carne.

La hoja de Hawkmoon se deslizó por debajo del hacha y golpeó contra la burlona máscara de oso de Ecardo, desprendiéndole uno de los colmillos y abollándole el hocico. Ecardo lanzó una maldición y volvió a intentar una estocada, pero Hawkmoon se echó contra el brazo que sostenía la espada, atrapándole entre su propio cuerpo y el muro. Dejó entonces su propia espada, que le quedó colgando de la muñeca, sujeta por la correa, y agarró el brazo de Ecardo, tratando de retorcerselo para arrebatarle el hacha.

La rodilla de Ecardo, cubierta con las placas de la armadura, se introdujo entre las ingles de Hawkmoon, pero éste mantuvo su posición a pesar del terrible dolor, tiró del hombre escalera abajo, lo empujó en esa dirección y lo soltó, dejando que cayera llevado por su propio impulso.

Ecardo cayó sobre las piedras del suelo con un golpe seco que hizo retumbar toda la torre. Y ya no se movió.

Hawkmoon miró a D'Averc.

—Bien, sir, ¿os habéis recuperado ya?

D'Averc se levantó la máscara ornamentada, poniendo al descubierto el rostro pálido y los ojos apagados de un inválido. Su boca se retorció en una ligera sonrisa.

—Haré todo lo que pueda —dijo.

Y cuando avanzó lo hizo con rapidez, con movimientos que correspondían a los de un hombre bien entrenado.

Pero esta vez fue Hawkmoon quien tomó la iniciativa lanzando contra su enemigo una estocada que casi le cogió por sorpresa, pero que el otro detuvo con una sorprendente rapidez. El tono lánguido de su voz no hacía justicia a la rapidez de sus reflejos.

Hawkmoon se dio cuenta de que, a su manera, D'Averc era tanto o más peligroso que el propio Ecardo. También pensó que si éste último sólo había quedado conmocionado, pronto podría encontrarse atrapado entre dos enemigos.

El intercambio de golpes con las espadas fue tan rápido que las dos hojas daban una sola impresión de metal. Pero los dos hombres se mantuvieron firmes. D'Averc, con su gran máscara echada hacia atrás, sonreía, y mostraba en los ojos una expresión de tranquilo placer. Casi parecía un hombre que estuviera disfrutando de una buena interpretación musical o de algún otro pasatiempo pasivo.

Debilitado por el viaje a través del desierto y hambriento, Hawkmoon sabía que no podía seguir luchando de aquella forma durante mucho más tiempo. Buscó desesperadamente un hueco en la espléndida defensa de D'Averc. Entonces, su enemigo resbaló ligeramente sobre uno de los escalones rotos. Hawkmoon le lanzó una rápida estocada, pero el otro la detuvo, aunque sufrió una herida en el antebrazo.

Detrás de D'Averc, los guerreros de la orden del Oso esperaban ávidamente, con las espadas preparadas para terminar con Hawkmoon en cuanto se les presentara la menor oportunidad.

Hawkmoon empezó a cansarse con rapidez, hasta que se encontró actuando en el más puro estilo defensivo,

consiguiendo apenas detener el acero que le buscaba la cara, el cuello, el corazón o el vientre. Retrocedió un paso y luego otro.

Al dar el segundo paso hacia atrás, escuchó tras él un gruñido y supo que Ecardo estaba recuperando el sentido. Los osos no tardarían en apoderarse de él.

Sin embargo, eso apenas le importaba ahora que Oladahn había muerto. El intercambio de estocadas se hizo más duro, y la sonrisa de D'Averc se hizo más amplia al darse cuenta de que cada vez tenía más cerca la victoria.

En lugar de tener a Ecardo a su espalda, Hawkmoon prefirió saltar de pronto los escalones, sin volverse. Su hombro chocó contra otro cuerpo y se giró rápidamente, dispuesto a enfrentarse al embrutecido Ecardo.

Y entonces, su espada casi se le cayó de la mano, lleno de asombro.

—¡Oladahn!

El pequeño hombre bestia estaba levantando la espada del propio guerrero oso sobre la agitada cabeza de Ecardo.

—Sí..., estoy vivo. Pero no me preguntéis cómo. También es un misterio para mí.

Y, con un gran crujido, golpeó con la parte plana de la espada contra el casco de Ecardo, cuyo cuerpo volvió a quedar inmediatamente inmóvil.

No había más tiempo para hablar. Hawkmoon apenas si logró detener la siguiente estocada de D'Averc, quien también mostraba una expresión de incredulidad en el rostro al ver vivo a Oladahn.

Hawkmoon se las arregló para penetrar a través de la guardia del francés, partiéndole la armadura del hombro, pero D'Averc pudo desviar a un lado la mayor parte de la fuerza del golpe y reanudó el ataque. Sin embargo, Hawkmoon había perdido ahora la ventaja de su posición. La salvaje máscara de oso le sonrió burlonamente al tiempo que sus guerreros bajaban atropelladamente la escalera.

Hawkmoon y Oladahn retrocedieron hacia la puerta, confiando en recuperar su ventaja, aun sabiendo que contaban con muy pocas posibilidades de conseguirlo. Mantuvieron su posición durante otros diez minutos de encarnizada lucha contra un enemigo que les superaba ampliamente en número. Mataron a dos granbretanianos e hirieron a tres más. Pero se estaban debilitando rápidamente. Hawkmoon apenas si podía sostener ya la espada.

Sus ojos nublados apenas lograban divisar a sus oponentes, mientras éstos estrechaban el cerco como brutos dispuestos a matar. Escuchó el grito triunfal de D'Averc. «¡Cegedlos vivos!», y después se desmoronó bajo una oleada de metal.

3. El pueblo fantasma

Cargados de cadenas, hasta el punto de que casi no podían respirar, Hawkmoon y Oladahn fueron obligados a bajar innumerables tramos de escalera hasta las profundidades de la gran torre, que parecía hundirse bajo tierra tanto como sobresalía en el aire.

Los guerreros oso llegaron finalmente a una cámara que, evidentemente, había sido un antiguo almacén, pero que ahora podía servir como eficaz mazmorra.

Allí fueron arrojados sobre la dura roca. Permanecieron tendidos sobre ella hasta que una bota les obligó a darse la vuelta. Ambos se quedaron mirando, con los ojos parpadeantes, la luz de la antorcha sostenida por el fornido Ecardo, cuya máscara abollada parecía sonreír burlonamente. D'Averc, que seguía manteniendo la máscara echada hacia atrás, estaba de pie, al lado de Ecardo, acompañado por el enorme y peludo guerrero que Hawkmoon viera anteriormente. D'Averc sostenía un pañuelo de brocado sobre sus labios, y se apoyaba pesadamente en el brazo del gigante.

D'Averc tosió teatralmente y sonrió, mirando a sus prisioneros.

—Me temo que voy a tener que dejaros pronto, caballeros. Este aire subterráneo y viciado no es bueno para mí. Sin embargo, no creo que resulte dañino para dos jóvenes tan robustos como vosotros. No tendréis que permanecer aquí más que un día, os lo aseguro. He enviado a pedir un ornitóptero más grande, capaz de transportaros a ambos a Sicilia, donde en estos momentos acampa el grueso de mis fuerzas.

—¿Ya os habéis apoderado de Sicilia? —preguntó Hawkmoon con aparente indiferencia—. ¿Habéis conquistado la isla?

—En efecto. El Imperio Oscuro no anda perdiendo el tiempo. De hecho... —D'Averc tosió con fingida modestia sobre el pañuelo—, yo soy el héroe de Sicilia. Ha sido mi liderazgo el que ha permitido subyugar la isla tan rápidamente. Pero ese triunfo no ha sido nada especial, ya que el Imperio Oscuro cuenta con muchos capitanes tan capaces como yo mismo. Hemos hecho numerosas conquistas en toda Europa durante estos últimos meses.... y también en el este.

—Pero la Camarga sigue resistiendo —dijo Hawkmoon—. Eso es algo que debe irritar mucho al rey-emperador.

—Oh, la Camarga no podrá resistir nuestro asedio durante mucho más tiempo —dijo D'Averc con fiabilidad—. Estamos concentrando toda nuestra atención en esa pequeña provincia. Incluso es posible que a estas alturas ya haya caído...

—No mientras viva el conde Brass —replicó Hawkmoon sonriendo.

—En tal caso no durará mucho —dijo D'Averc—. He oído decir que fue gravemente herido y que su lugarteniente Von Villach murió en una batalla reciente.

Hawkmoon no sabía si D'Averc estaba mintiendo o no. No permitió que ningún rasgo de emoción apareciera en su semblante, pero aquellas noticias le produjeron una gran conmoción interna. ¿Estaba Camarga a punto de caer? Y, en tal caso, ¿qué sería de Yisselda?

—Es evidente que estas noticias os perturban —murmuró D'Averc—. Pero no temáis, duque, porque cuando la Camarga caiga será en mis manos si todo marcha como espero. Tengo la intención de reclamar esa provincia como recompensa por haberos capturado. Y a estos fieles compañeros —añadió, señalando a sus embrutecidos sirvientes— les confiaré el gobierno de Camarga cuando yo no pueda hacerlo. Ellos comparten todos los aspectos de mi vida..., mis secretos, mis placeres. Por lo tanto, es justo que también compartan mis triunfos. A Ecardo lo nombraré administrador de mis bienes, y creo que a Peter lo nombraré conde.

Desde el interior de la máscara del gigante surgió un gruñido animal. D'Averc sonrió.

—Peter no tiene mucho cerebro, pero su fuerza y su lealtad son incuestionables. Quizá me decida a sustituir al conde Brass, colocando a Peter en su lugar.

Hawkmoon se agitó coléricamente entre sus cadenas.

—Sois una bestia salvaje, D'Averc, pero no os daré el placer de verme explotar, si es eso lo que pretendéis. Esperaré pacientemente a que llegue mi momento. Quizá logre escapar de vos. Y, en tal caso..., viviréis aterrorizado en espera del día en que se cambien los papeles y estéis en mi poder.

—Me temo que os mostráis demasiado optimista, duque. Descansad aquí, disfrutad de la paz, pues no volveréis a conocerla una vez hayáis regresado a Granbretan.

D'Averc hizo una inclinación burlona y se marchó, seguido por sus hombres. La luz de la antorcha se desvaneció, y Hawkmoon y Oladahn quedaron sumidos en la más completa oscuridad.

—Ah —sonó la voz de Oladahn al cabo de un rato—. Me resulta difícil aceptar seriamente mi situación después de todo lo que ha sucedido a lo largo del día. Ni siquiera estoy seguro aún de saber si esto es sólo un sueño, la muerte, o la realidad.

—¿Qué os ocurrió, Oladahn? —preguntó Hawkmoon—. ¿Cómo pudisteis sobrevivir a ese gran salto en el vacío que disteis? Me imaginé que vuestro cuerpo había quedado aplastado bajo la torre.

—Y así habría tenido que ser —asintió Oladahn—, si no me hubiera visto detenido en plena caída por los fantasmas.

—¿Fantasmas? Bromeáis.

—No... Esas cosas... como fantasmas... surgieron de las ventanas de la torre, me recogieron y me depositaron suavemente sobre el suelo. Tenían el tamaño y la figura de los hombres, pero apenas si eran tangibles...

—¡Debisteis caer, golpearos la cabeza y luego soñasteis todo eso!

—Podrías tener razón —admitió Oladahn, quien, tras una pausa, añadió—: Pero, de ser así, aún debo estar soñando. Mirad a vuestra izquierda.

Hawkmoon volvió la cabeza, y se quedó con la boca abierta por el asombro ante lo que vio. Allí, pudo ver con toda claridad la figura de un hombre. Sin embargo, también podía mirar a través del hombre, distinguiendo el muro que se hallaba tras él, como si estuviera mirando a través de una neblina lechosa.

—Parece un fantasma clásico —observó Hawkmoon—. Resulta extraño compartir vuestro sueño...

Desde la figura que se erguía sobre ellos surgió una risa débil y musical.

—No soñáis, extranjeros. Somos hombres como vosotros. La masa de nuestros cuerpos sólo está alterada un poco, eso es todo. No existimos en las mismas dimensiones que vosotros, pero somos perfectamente reales. Somos los hombres de Soryandum.

—De modo que no habéis abandonado vuestra ciudad —dijo Oladahn—. Pero ¿cómo habéis alcanzado este... peculiar estado de existencia?

El hombre fantasma volvió a reír.

—Mediante el control de la mente —contestó—, el experimento científico y un cierto dominio del tiempo y del espacio. Lamento que sea imposible describir cómo alcanzamos este estado, ya que, entre otras cosas, lo hemos conseguido mediante la creación de un vocabulario completamente nuevo, y el lenguaje que yo tendría que utilizar para explicarlo no significaría nada para vosotros. No obstante, podéis estar seguros de una cosa... Poseemos una excelente capacidad para juzgar a las personas, y es por ello por lo que os hemos reconocido a vosotros como amigos potenciales, y a esos otros como enemigos reales.

—¿Enemigos vuestros? ¿Cómo es eso? —preguntó Hawkmoon.

—Os lo explicaré más tarde.

El hombre fantasma se inclinó hacia adelante hasta encontrarse sobre la figura de Hawkmoon. El joven duque de Colonia sintió una extraña presión sobre su cuerpo y después fue elevado del suelo. Aquel hombre podía parecer intangible, pero sin duda alguna era mucho más fuerte que cualquier ser mortal. Desde las sombras surgieron otros dos hombres fantasma. Uno de ellos cogió a Oladahn, mientras que el otro levantaba una mano y, de algún modo extraño, producía una radiación en la mazmorra que, a pesar de ser muy suave, fue suficiente para iluminar todo el lugar. Hawkmoon observó que los hombres fantasma eran altos y delgados, que tenían rostros enjutos y elegantes y ojos aparentemente ciegos.

Al principio, supuso que el pueblo de Soryandum era capaz de atravesar los muros sólidos, pero ahora se dio cuenta de que habían entrado procedentes de la parte superior de la mazmorra, ya que aproximadamente a media altura del muro se abría un largo túnel. Quizá en un lejano pasado ese túnel fue utilizado como una especie de tobogán, para dejar caer por él sacos de mercancías.

Entonces, los hombres fantasma se elevaron en el aire en dirección al túnel, sosteniendo a los dos hombres encadenados, entraron en él y se desplazaron hacia arriba, hasta que se pudo ver luz en el extremo más alejado... Era la luz de la luna y las estrellas.

—¿Adonde nos lleváis? —susurró Hawkmoon.

—A un lugar más seguro donde podamos liberaros de vuestras cadenas —le contestó el hombre fantasma que le transportaba.

Una vez que llegaron a la parte superior del túnel y sintieron el frío de la noche, se detuvieron un momento para permitir que el que no llevaba carga alguna se adelantara para asegurarse de que no había por allí guerreros de Granbretan. Éste hizo una seña a los otros, indicándoles que le siguieran, y todos se desplazaron por las calles arruinadas de la silenciosa ciudad, hasta que llegaron a un sencillo edificio de tres pisos, que se encontraba en mejores condiciones que el resto, pero en el que no parecía existir ninguna entrada al nivel del suelo.

Los hombres fantasma volvieron a elevar a Hawkmoon y a Oladahn y, al llegar a la altura del segundo piso, pasaron a través de un amplio ventanal, introduciéndose en la casa.

Se detuvieron en una estancia vacía de todo tipo de ornamentación y los depositaron suavemente en el suelo.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Hawkmoon, a quien todavía no le parecía seguro confiar en lo que le decían sus sentidos.

—Aquí es donde vivimos —contestó el hombre fantasma—. No somos muchos. Aunque vivimos durante siglos, somos incapaces de reproducirnos. Eso fue lo que perdimos al convertirnos en lo que somos.

Ahora, otras figuras salieron por una puerta. Algunas de ellas eran mujeres. Todas mostraban el mismo aspecto hermoso y grácil, y todos los cuerpos eran de una opacidad lechosa; ninguno de ellos portaba ropas. Los rostros y los cuerpos no parecían tener edad alguna, apenas si eran humanos, pero irradiaban tal sensación de tranquilidad, que Hawkmoon se sintió inmediatamente relajado y seguro.

Uno de los recién llegados traía con él un pequeño instrumento, apenas mayor que el dedo índice de Hawkmoon. Se inclinó y lo aplicó sobre los diferentes candados que cerraban las cadenas. Los candados se abrieron uno tras otro, hasta que, finalmente, Hawkmoon y Oladahn se encontraron libres.

Hawkmoon se sentó en el suelo, frotándose los doloridos músculos.

—Os lo agradezco —dijo—. Me habéis salvado de un desagradable destino.

—Nos alegramos de haberos sido de alguna ayuda —replicó uno de los hombres fantasma, algo más bajo de estatura que el resto—. Soy Rinal, antiguo jefe consejero de Soryandum —se presentó, adelantándose y sonriendo—. Y nos preguntamos si os interesaría sernos de alguna ayuda para nosotros.

—Me encantaría realizar cualquier cosa a vuestro servicio, en pago por lo que habéis hecho por nosotros —replicó Hawkmoon con seriedad—. ¿De qué se trata?

—Nosotros también nos encontramos en grave peligro ante esos extraños guerreros con sus grotescas máscaras bestiales —le dijo Rinal—. Porque tienen la intención de arrasarse Soryandum.

—¿Arrasarla? Pero ¿por qué? Esta ciudad no representa ningún peligro para ellos... y se encuentra demasiado lejos como para que deseen anexionársela.

—No tanto —dijo Rinal—. Hemos escuchado sus conversaciones y sabemos que Soryandum tiene cierto valor para ellos. Desean construir aquí una gran estructura para almacenar avíos de guerra y cientos de sus máquinas voladoras. De ese modo, desde aquí podrán enviar sus máquinas voladoras contra los territorios adyacentes, para amenazarlos y apoderarse de ellos.

—Ya entiendo —murmuró Hawkmoon—. Eso tiene sentido. Y esa es la razón por la que D'Averc, el ex arquitecto, ha sido elegido para cumplir esta misión particular. Aquí ya hay suficientes materiales de construcción

que podrían ser remodelados para formar una de sus bases de ornitópteros. Por otro lado, el lugar es tan remoto que pocos se darían cuenta de su actividad. De ese modo, el Imperio Oscuro contaría a su favor con el factor sorpresa en cuanto decidiera lanzar un ataque. ¡Debemos detenerlos!

—Así debe ser, aunque sólo sea en beneficio nuestro —siguió diciendo Rinal—. Nosotros formamos parte de esta ciudad desde hace mucho más tiempo del que podáis imaginar. Tanto ella como nosotros existimos como una misma cosa. Si la ciudad fuera destruida, nosotros también pereceríamos.

—Pero ¿cómo podemos detenerlos? —preguntó Hawkmoon—. ¿Y cómo puedo yo seros de alguna ayuda? Sin duda alguna, debéis tener a vuestra disposición los recursos de una ciencia muy sofisticada. Yo sólo dispongo de mi espada..., ¡e incluso ésa está en manos de D'Averc!

—Ya os he dicho que estamos inextricablemente unidos a la ciudad —siguió diciendo Rinal con paciencia—. Y así es, exactamente. No podemos alejarnos de ella. Hace ya mucho tiempo que nos desembarazamos de cosas tan poco sutiles como las máquinas. Todas ellas fueron escondidas en una colina situada a muchos kilómetros de distancia de Soryandum. Ahora necesitamos una en particular, y nosotros no tenemos acceso a ella. Vos, sin embargo, podréis obtenerla para nosotros gracias a vuestra movilidad mortal.

—Con mucho gusto —dijo Hawkmoon—. Si nos indicáis la localización exacta de esa máquina, os la traeremos. Será mejor que nos marchemos pronto, antes de que D'Averc se dé cuenta de que hemos escapado.

—Estoy de acuerdo en que esa tarea debe realizarse lo antes posible —asintió Rinal—, pero he omitido deciros una cosa. Ocultamos las máquinas en una caverna cuando aún éramos capaces de alejarnos algo de Soryandum. Para estar seguros de que nadie acudiría a buscarlas, las protegimos con una máquina bestia..., un terrible artilugio diseñado para aterrorizar a cualquiera que descubriera el lugar. Pero esa criatura de metal también puede matar..., y matará a cualquiera que, no siendo de nuestra raza, se atreva a entrar en la caverna donde están las máquinas.

—En ese caso, decidnos cómo podemos anular a esa bestia —dijo Oladahn.

—Únicamente podéis utilizar un método —contestó Rinal con un suspiro—. Tenéis que luchar contra ella... y destruirla.

—Ya entiendo —asintió Hawkmoon con una sonrisa—. De modo que acabo de escapar de una dificultad para tener que enfrentarme con otra apenas menos peligrosa.

—No —dijo Rinal levantando una mano—. No os exigimos nada. Si creéis que vuestra vida será más útil poniéndola al servicio de alguna otra causa, olvidaros inmediatamente de nosotros y seguid vuestro camino.

—Os debo la vida —replicó Hawkmoon—. Y mi conciencia no se quedaría tranquila si me limitara a marcharme de Soryandum sabiendo que vuestra ciudad será destruida, vuestra raza exterminada, y que el Imperio Oscuro contará así con la posibilidad de penetrar aún más profundamente en el este de lo que ya ha hecho. No... Haré todo lo que pueda, aunque no será nada fácil sin contar con armas.

Rinal hizo una seña a uno de los hombres fantasma, que abandonó la estancia para regresar al cabo de un rato con la espada de combate de Hawkmoon, y el arco, las flechas y la espada de Oladahn.

—Nos ha sido muy fácil recuperarlas —dijo Rinal con una sonrisa—. Y tenemos otra arma especial para vos. —Le entregó a Hawkmoon el pequeño artilugio que antes había utilizado para abrir los candados—. Esto fue lo único que conservamos cuando ocultamos nuestras otras máquinas. Es capaz de abrir cualquier cerradura... Todo lo que tenéis que hacer es apuntar hacia ella con esto. Os ayudará a entrar en el almacén principal donde la bestia mecánica guarda las viejas máquinas de Soryandum.

—¿Y cuál es la máquina que deseáis que os encontremos? —preguntó Oladahn.

—Se trata de un pequeño artilugio que tiene aproximadamente la cabeza de un hombre. Tiene los colores del arco iris, y reluce. Su aspecto es el del cristal, pero al tacto parece metal. Posee una base de ónice de la cual se proyecta un objeto octogonal. Es posible que en el almacén haya dos. Si podéis, traed los dos.

—¿Qué es lo que hace? —inquirió Hawkmoon.

—Eso lo veréis cuando regreséis con él.

—Si es que lo conseguimos —observó Oladahn con un sombrío acento filosófico.

4. La bestia mecánica

Después de haberse recuperado con buena comida y vino robados a los hombres de D'Averc por los hombres fantasma, Hawkmoon y Oladahn se ciñeron las armas y se aprestaron para abandonar la casa.

Sostenidos por dos de los hombres de Soryandum, fueron suavemente depositados sobre el suelo.

—Que el Bastón Rúnico os proteja —susurró uno de ellos mientras la pareja se dirigía hacia los muros de la ciudad—, pues hemos oído decir que estáis a su servicio.

Hawkmoon se volvió para preguntarle cómo se había enterado de ello. Era la segunda vez que alguien le decía que estaba al servicio del Bastón Rúnico; y, sin embargo, no tenía la menor conciencia de estarlo. Pero el hombre fantasma se desvaneció antes de que él pudiera preguntarle nada.

Frunciendo el ceño, Hawkmoon emprendió la marcha hacia las afueras de la ciudad.

A varios kilómetros de distancia de Soryandum, entre las colinas, Hawkmoon se detuvo para orientarse. Rinal le había dicho que buscara un mojón hecho de granito, dejado allí varios siglos antes por sus antepasados. Finalmente lo vio. Era una vieja piedra que parecía de plata bajo la luz de la luna.

—Ahora tenemos que dirigirnos hacia el norte —dijo—, en busca de la colina de la que se extrajo esta piedra de granito.

Media hora después distinguieron la colina. Por su aspecto parecía como si, en alguna época lejana, una espada gigantesca la hubiera cortado, aunque ahora dicha característica parecía natural puesto que la hierba había vuelto a crecer en ella.

Hawkmoon y Oladahn cruzaron el césped primaveral hasta llegar a un lugar donde unos espesos matorrales crecían contra la pared de la colina. Apartándolos, divisaron una estrecha abertura en la pared. Aquella era la entrada secreta a los almacenes donde los hombres de Soryandum guardaban sus máquinas.

Se metieron por ella y los dos hombres se encontraron en el interior de una gran caverna. Oladahn encendió la antorcha que habían traído consigo para ese propósito, y a la luz de la misma observaron una gran caverna cuadrada que, evidentemente, había sido hecha de modo artificial.

Recordando las instrucciones recibidas, Hawkmoon cruzó la caverna, dirigiéndose hacia la pared más alejada, buscando una pequeña señal que debía estar situada a la altura del hombro. Finalmente la vio... Era una señal escrita con caracteres desconocidos para él. Debajo de ella había un pequeño agujero. Hawkmoon sacó el instrumento que se le había entregado y lo apuntó hacia el agujero.

Experimentó una sensación hormigueante en la mano al aplicar una ligera presión sobre el instrumento. Delante de él, la roca empezó a retemblar. Una poderosa bocanada de aire hizo oscilar las llamas de la antorcha, amenazando con apagarlas. La pared empezó a brillar, se hizo transparente y terminó por desaparecer completamente. «Seguirá estando allí —les había dicho Rinal —, pero habrá sido removida temporalmente a otra dimensión.»

Cautelosamente, con las espadas en las manos, los dos hombres se introdujeron en un gran túnel lleno de una fría luz verde procedente de paredes que semejaban vidrio fundido.

Delante de ellos se encontraron con otra pared. En ella sólo había un único lugar rojo, y Hawkmoon apuntó su instrumento hacia él.

Una vez más se produjo una repentina bocanada de aire. En esta ocasión casi estuvo a punto de derribarlos. Después, la pared resplandeció con un color blanco que adquirió un lechoso color azulado antes de desvanecerse por completo.

Esta parte del túnel tenía el mismo color azulado lechoso, pero la pared que se extendía ante ellos era negra. Una vez que ésta se hubo desvanecido también, entraron en un túnel de piedra amarillenta y supieron que la cámara principal de almacenamiento y su guardián se encontraban ante ellos.

Hawkmoon se detuvo un momento antes de aplicar el instrumento a la pared que tenían ante ellos.

—Debemos ser hábiles y movernos con rapidez —le dijo a Oladahn—, porque la criatura que está al otro lado de esta pared se activará en cuanto perciba nuestra presencia...

Se calló al escuchar un sonido apagado..., un fantástico fragor y estruendo. La pared se estremeció como si algo hubiera lanzado contra ella un enorme peso desde el otro lado. Oladahn contempló la pared con expresión dudosa.

—Quizá debiéramos reconsiderarlo. Después de todo, si sacrificamos inútilmente nuestras vidas...

Pero Hawkmoon ya estaba activando el instrumento y la pared protectora empezó a cambiar de color mientras una bocanada de aire frío y extraño les daba en las caras. Desde detrás de la pared llegó hasta ellos un misterioso lamento de dolor y perplejidad. La pared adquirió un tono rosado, se desvaneció... y dejó al descubierto a la bestia mecánica.

La desaparición de la pared pareció perturbarla por un instante, pues no hizo ningún movimiento hacia ellos. Estaba acurrucada sobre pies de metal, elevándose por encima de ellos, y sus planchas metálicas multicolores medio les cegaron. A lo largo de los hombros, a excepción del cuello, mostraba una masa de cuernos agudos como cuchillos. Tenía un cuerpo algo parecido al de un mono, con cortas patas traseras y largas patas anteriores terminadas en manos con garras metálicas. Sus ojos eran multifacetados, como los de una mosca, y brillaban con cambiantes colores. En cuanto a su hocico, estaba lleno de dientes metálicos tan agudos como navajas.

Más allá de la bestia mecánica distinguieron grandes montones de maquinaria, apilada en filas ordenadas a lo largo de los muros. La estancia era muy grande. Más o menos en el centro, a la izquierda de donde se encontraba, Hawkmoon descubrió los dos instrumentos cristalinos que Rinal le había descrito. Silenciosamente, señaló hacia ellos y después se precipitó al interior de la caverna, pasando junto al monstruo.

En cuanto se pusieron en movimiento, la bestia se agitó. Lanzó un grito y trató de cortarles el paso, exudando un extraño olor metálico que a Hawkmoon le pareció repulsivo.

Hawkmoon vio por el rabillo del ojo que una gigantesca mano llena de garras se abalanzaba hacia él. Se hizo a un lado, tropezando con una delicada máquina que se estrelló contra el suelo, haciéndose añicos, desparramando fragmentos de cristal y partes metálicas rotas. La mano gigantesca se cerró en el aire, a pocos centímetros de su rostro. Cuando volvió a intentarlo, Hawkmoon ya se había apartado lo suficiente.

De pronto, una flecha se estrelló con un tintineante sonido metálico contra el hocico de la bestia, pero ni siquiera logró arañar las placas amarillas y negras de su armadura.

Lanzando un rugido, la bestia se volvió hacia su otro enemigo, vio a Oladahn y avanzó hacia él.

Oladahn retrocedió, pero no con la rapidez suficiente. La criatura lo agarró con su manaza y lo levantó, llevándose a la boca abierta. Hawkmoon lanzó un grito y golpeó con la espada la entrepierna de aquella bestia, que lanzó un gruñido y dejó a un lado a su prisionero. Oladahn quedó tendido en el suelo, conmocionado o herido.

Hawkmoon retrocedió cuando la criatura avanzó hacia él; de pronto, cambió de táctica, se agachó y se lanzó hacia la sorprendida bestia pasando por entre sus patas. Cuando ésta empezó a girarse, él retrocedió de nuevo.

El monstruo metálico bufó lleno de furia, manoteando por todas partes con las garras extendidas. Elevó las manos para intentar recuperar el equilibrio y finalmente cayó con un fortísimo estruendo, precipitándose contra Hawkmoon, ya en el suelo de la galería. Éste se deslizó ágilmente entre dos máquinas y, utilizándolas como medio protector, fue acercándose a los instrumentos que había venido a recoger.

Ahora, el monstruo empezó a destrozar máquinas en una insensata búsqueda de su enemigo. Hawkmoon se detuvo junto a una máquina que mostraba un tubo acampanado. En el extremo del tubo había una palanca. Aquella máquina parecía ser un tipo de arma desconocido para él. Sin detenerse a pensarlo dos veces, Hawkmoon bajó la palanca. Un débil ruido surgió de aquel artificio, pero no pareció suceder nada más.

Ahora, la bestia ya casi estaba de nuevo sobre él.

Hawkmoon se preparó para ofrecerle resistencia, decidiendo que sería mejor dirigirle una estocada contra uno de los ojos, ya que parecían ser los elementos más vulnerables de la criatura. Rinal le había dicho que aquella bestia metálica no podía ser eliminada de ninguna forma ordinaria; pero si lograba cegarla, al menos contaría con una

posibilidad de escapar.

La bestia avanzó directamente hacia la máquina tras la que él se protegía. Entonces, se detuvo de pronto, se tambaleó y gruñó. Evidentemente, estaba siendo atacada por algún rayo invisible que probablemente interfería el funcionamiento de su complicado mecanismo. La bestia volvió a tambalearse y, por un instante, Hawkmoon experimentó una oleada de triunfo al creer que ya la había derrotado. Pero la criatura sacudió todo el cuerpo y volvió a avanzar, aunque con movimientos lentos y aparentemente dolorosos.

Hawkmoon comprendió que estaba recuperando lentamente su fortaleza. Tenía que atacar ahora si es que quería contar con alguna posibilidad. Echó a correr hacia la bestia. Ésta movió la cabeza con lentitud. Pero Hawkmoon se había aupado sobre sus planchas, apoyándose en las hendiduras que formaban, para sentarse sobre sus hombros mecánicos. La bestia emitió un fuerte rugido y levantó un brazo para arrancarse a Hawkmoon de un manotazo.

Desesperado, Hawkmoon se inclinó hacia adelante y, utilizando el pomo de su espada, golpeó con fuerza, primero sobre un ojo y después sobre el otro. Ambos ojos quedaron hechos añicos con un sonido agudo de cristal quebrado.

La bestia rugió y elevó las garras no hacia Hawkmoon sino hacia sus propios ojos heridos, dando así al joven duque el tiempo necesario para bajarse de los hombros de la criatura y precipitarse hacia las dos cajas que había venido a buscar.

Se sacó una bolsa de tela del cinturón, donde la había llevado sujeta, y metió las dos cajas en su interior.

El monstruo mecánico deambulaba ciegamente de un lado a otro. Cada vez que chocaba contra algo, sonaba un fuerte estruendo metálico. Ahora podía estar ciego, pero, desde luego, no había perdido nada de su fuerza.

Hawkmoon se deslizó silenciosamente por entre la bestia aullante, corrió hacia donde Oladahn seguía tendido, se echó al pequeño hombre sobre uno de sus hombros y se precipitó hacia la salida.

Detrás de él, la bestia metálica había captado el sonido de sus pasos y empezaba a volverse, dispuesta a perseguirle. Hawkmoon aumentó la velocidad de su carrera, con el corazón amenazando salirse del pecho a causa del enorme esfuerzo.

Corrió por los pasillos, dejándolos atrás poco a poco, hasta que llegó a la entrada de la caverna que daba al mundo exterior. El monstruo metálico no podría seguirle a través de un hueco tan pequeño.

En cuanto se hubo deslizado por la abertura, sintiendo el aire fresco de la noche en sus pulmones, se relajó y contempló el semblante de Oladahn. El pequeño hombre bestia respiraba con normalidad y no parecía tener nada roto. Sólo un lívido moretón en la cabeza parecía lo bastante serio como para explicar la pérdida del conocimiento. Mientras inspeccionaba su cuerpo en busca de otras posibles heridas, el pequeño hombre bestia empezó a abrir los ojos lentamente. Un débil sonido surgió de entre sus labios.

—Oladahn, ¿os encontráis bien? —preguntó Hawkmoon con ansiedad.

—Ah... Me arde la cabeza —gruñó Oladahn—. ¿Dónde estamos?

—A salvo. Y ahora, intenta levantarte. Está a punto de amanecer y tenemos que regresar a Soryandum antes de que se haga de día. En caso contrario nos descubrirán los hombres de D'Averc.

Dolorosamente, Oladahn se puso en pie. Desde el interior de la caverna llegó hasta ellos un aullido salvaje y un gran estruendo metálico, señal de que la bestia mecánica intentaba atraparles.

—¿A salvo, decís? —dijo Oladahn señalando hacia la ladera de la colina situada detrás de Hawkmoon—. Es posible, aunque... ¿por cuánto tiempo?

Hawkmoon se volvió. Una gran fisura acababa de aparecer en la muralla. La bestia mecánica se agitaba, esforzándose por liberarse para perseguir a sus enemigos.

—Mayor razón para poner pies en polvorosa —dijo Hawkmoon recogiendo la bolsa y echando a correr en dirección a Soryandum.

Apenas habían avanzado un kilómetro cuando escucharon un terrible estruendo tras ellos. Miraron hacia atrás y vieron como la pared de la colina se cuarteaba hasta abrirse y por allí surgía la bestia de metal, cuyos aullidos resonaron a lo largo de las colinas, amenazando con llegar incluso a Soryandum.

—La bestia está ciega —explicó Hawkmoon—, de modo que es posible que no nos siga de inmediato. Si logramos llegar a la ciudad creo que estaremos a salvo.

Aumentaron la velocidad de su carrera y no tardaron en alcanzar las afueras de Soryandum.

Poco después, cuando ya estaba amaneciendo, recorrían las calles en busca de la casa de los hombres fantasma.

5. La máquina

Rinal y otros dos hombres se encontraron con ellos junto a la casa y los elevaron rápidamente hasta el ventanal de entrada.

Rinal tomó ávidamente las cajas que Hawkmoon llevaba en la bolsa en el momento en que salía el sol y la luz entraba por las ventanas, haciendo que los miembros del pueblo fantasma parecieran menos tangibles que antes.

—Son tal y como yo las recuerdo —murmuró, desplazando su extraño cuerpo hacia la luz para poder contemplar mejor los objetos. Su mano fantasmagórica acarició el octógono instalado sobre la base de ónice—. Ahora ya no tenemos por qué tener miedo de los extranjeros enmascarados. Podemos escapar de ellos en cuanto queramos...

—Pero yo creía que no teníais medio de abandonar la ciudad —dijo Oladahn.

—Eso es cierto..., pero con estas máquinas podemos llevarnos a toda la ciudad con nosotros, si tenemos suerte.

Hawkmoon estaba a punto de hacerle más preguntas a Rinal cuando escuchó una gran conmoción en la calle y se acercó a la ventana para mirar cautelosamente hacia abajo. Allí vio a D'Averc, acompañado por sus dos brutales lugartenientes y unos veinte guerreros. Uno de ellos señalaba hacia el ventanal.

—Tienen que habernos visto —dijo Hawkmoon con voz entrecortada—. Tenemos que marcharnos todos de aquí. No podemos luchar contra tantos.

—Tampoco podemos marcharnos —dijo Rinal—. Y si utilizamos la máquina ahora os dejaremos a merced de D'Averc. Me encuentro en un dilema.

—En tal caso, utilizad la máquina —dijo Hawkmoon—, y dejad que nosotros nos ocupemos de D'Averc.

—¡No podemos permitir que muráis por nuestra causa! No, después de todo lo que habéis hecho.

—¡Utilizad la máquina!

Pero Rinal seguía dudando.

Hawkmoon escuchó entonces otro sonido procedente del exterior y volvió a asomarse cautelosamente por la ventana.

—Han traído escaleras. Están a punto de subir. Utilizad la máquina, Rinal.

—Utilizad la máquina, Rinal —repitió suavemente una de las mujeres fantasma—. Si lo que hemos oído decir es cierto, no es probable que nuestro amigo sufra mucho daño a manos de D'Averc, al menos en estos momentos.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Hawkmoon—. ¿Cómo sabéis eso?

—Tenemos un amigo que no es de nuestro pueblo —contestó la mujer—. Un amigo que a veces nos visita y nos trae noticias del mundo exterior. Él también sirve al Bastón Rúnico...

—¿Es un guerrero con armadura negra y oro? —la interrumpió Hawkmoon.

—Sí, él nos dijo que vos...

—¡Duque Dorian! —gritó Oladahn en ese instante, señalando hacia la ventana.

El primero de los guerreros oso había alcanzado ya la ventana.

Hawkmoon desenvainó su espada, dio un salto hacia la ventana y le introdujo la punta en la garganta del guerrero, justo por debajo de la nuez. El hombre echó los brazos hacia atrás y cayó escalera abajo lanzando un grito sofocado y gorgoteante. Hawkmoon agarró la escalera y trató de ladearla para derribarla, pero desde abajo la sostenían con fuerza. Otro guerrero se situó al nivel de la ventana y Oladahn le golpeó la cabeza, haciéndole ladearse, pero el hombre se sostuvo sobre la escalera. Hawkmoon abandonó sus inútiles esfuerzos y descargó con la espada un tajo sobre los dedos de una mano cubiertos por el guantelete. El hombre se soltó lanzando un grito, y cayó al suelo.

—¡La máquina! —gritó Hawkmoon desesperadamente—. Utilizadla ahora mismo, Rinal. No podremos contenerlos durante mucho tiempo.

Desde detrás de él surgió un sonido rasgueante y musical, y Hawkmoon se sintió ligeramente mareado al tiempo que su espada alcanzaba al siguiente atacante.

Después, todo empezó a vibrar rápidamente y los muros de la casa adquirieron un brillante color rojo. Fuera, en la calle, los guerreros oso estaban gritando..., no por la sorpresa, sino por el extraordinario temor que sentían. Hawkmoon no pudo comprender por qué razón aquella visión les aterrorizaba tanto.

Observó que toda la ciudad había adquirido ahora el mismo y vibrante color escarlata y que todo parecía retemblar y desmoronarse, en armonía con el sonido rasgueante producido por la máquina. Después, abruptamente, el sonido y la ciudad se desvanecieron y Hawkmoon se encontró cayendo suavemente hacia el suelo.

Escuchó todavía la voz de Rinal, débil y desvaneciéndose, que decía:

—Os dejamos la máquina gemela de ésta. Es nuestro regalo para ayudaros en la lucha contra vuestros enemigos. Tiene la virtud de desplazar zonas enteras de la tierra a una dimensión ligeramente diferente del espacio-tiempo. Nuestros enemigos no se apoderarán ahora de Soryandum...

Y entonces. Hawkmoon aterrizó sobre suelo duro. Oladahn estaba cerca de él. Ambos vieron que no había quedado el menor rastro de la ciudad. Su lugar sólo quedó ocupado por un terreno cubierto de hoyos que daba la impresión de haber sido arado recientemente.

Las tropas de Granbretan se encontraban a cierta distancia, con D'Averc entre ellas. Hawkmoon comprendió entonces por qué los guerreros habían gritado horrorizados.

La bestia mecánica había llegado finalmente a la ciudad y estaba atacando a los guerreros oso. Por todas partes se veían desparramados los cadáveres ensangrentados y destrozados de los granbretanianos. Estimulados por D'Averc, que había desenvainado la espada uniéndose a la batalla, los guerreros intentaban destruir al monstruo.

Sus espinas de metal se estremecieron con furia, los dientes metálicos entrechocaron en su cabeza, y las garras puntiagudas desgarraban y destrozaban las armaduras y los cuerpos.

—Esa bestia se encargará de ellos —le dijo Hawkmoon a Oladahn—. Mirad..., nuestros caballos.

En efecto, los dos magníficos corceles se encontraban a unos cien metros de distancia. Hawkmoon y Oladahn echaron a correr hacia ellos, los montaron y se alejaron a uña de caballo del lugar que antes había ocupado Soryandum y de la carnicería que la bestia mecánica estaba produciendo entre los guerreros oso de D'Averc.

Los dos aventureros continuaron su interrumpido viaje hacia la costa, con el extraño regalo del pueblo fantasma envuelto cuidadosamente y guardado en la alforja del caballo de Hawkmoon.

El terreno cubierto de hierba era cómodo para los cascos de los caballos y ambos progresaron rápidamente sobre las colinas, hasta que finalmente alcanzaron el amplio valle por donde fluía el Eufrates.

Acamparon junto a una de las orillas del vasto río y discutieron la mejor forma de cruzarlo, pues las aguas fluían con rapidez en este tramo y, según indicaba el mapa de Hawkmoon, tendrían que viajar muchos kilómetros hacia el sur para encontrar un lugar mejor para vadearlo.

Hawkmoon contempló las aguas, enrojecidas por el sol poniente. Dejó escapar un largo suspiro casi silencioso, y Oladahn le miró con curiosidad desde donde estaba preparando el fuego.

—¿Qué os preocupa, duque Dorian? Deberíais estar de buen humor después de haber conseguido escapar.

—Es el futuro lo que me preocupa, Oladahn. Si D'Averc tenía razón y el conde Brass está gravemente herido, con Von Villach muerto y Ca-marga asediada por un poderoso ejército, me temo que vamos a regresar para no encontrar más que las cenizas y el barro en que el barón Meliadus nos prometió convertir toda Camarga.

—Esperemos a llegar allí —opinó Oladahn tratando de mostrarse alegre—. Es muy probable que D'Averc sólo tratara de entristeceros. Es casi seguro que vuestra Camarga todavía resistirá. Por todo lo que me habéis contado sobre las grandes defensas y el poderoso valor demostrado por los habitantes de la provincia, no me cabe la menor duda de que seguirán resistiendo al Imperio Oscuro. Vos mismo lo veréis cuando lleguemos allí.

—¿De veras? —Hawkmoon bajó la mirada hacia el suelo—. ¿De veras lo veré, Oladahn? Estoy casi convencido

de que D'Averc tenía razón al hablar de las otras conquistas hechas por Granbretan. Si se han apoderado de Sicilia, también se habrán apoderado de partes de Italia y España. ¿Es que no comprendéis lo que eso significa?

—Mis conocimientos de geografía son más bien escasos fuera de las Montañas Búlgaras —contestó Oladahn con turbación.

—Eso significa que las hordas del Imperio Oscuro bloquean todas las vías de penetración hacia Camarga, ya sea por tierra o mar. Aunque lleguemos al mar y encontremos un barco, ¿qué posibilidad tendremos de pasar por el canal de Sicilia sin sufrir daño alguno? Aquellas aguas deben de estar llenas de barcos de guerra del Imperio Oscuro.

—Pero ¿tenemos que viajar por esa ruta? ¿Qué me decís de la ruta que vos seguisteis para llegar al este?

—Dejé atrás una buena parte de todo ese territorio volando por los aires —contestó Hawkmoon frunciendo el ceño—, y ahora tardaríamos el doble de tiempo intentando cruzarlo por tierra. Por otro lado, Granbretan también ha extendido sus conquistas en esa zona.

—Pero se podrían rodear los territorios que están bajo su control —comentó Oladahn—. De ese modo, al menos, tendremos una oportunidad, mientras que, por lo que decís, no contaremos con ninguna si hacemos el viaje por vía marítima.

—Eso es cierto —admitió Hawkmoon reflexivamente—. Pero eso significaría tener que cruzar Turquía..., un viaje que nos costaría varias semanas. En tal caso quizá pudiéramos utilizar el mar Negro que, según tengo entendido, se halla todavía bastante libre de barcos del Imperio Oscuro. —Consultó el mapa y añadió—: Sí..., cruzaríamos el mar Negro y después Rumania..., pero la situación sería cada vez más peligrosa a medida que nos acercáramos a Francia, pues allí las fuerzas del Imperio Oscuro están desparramadas por todas partes. No obstante, tenéis razón..., esa ruta nos ofrece mejores posibilidades; incluso podríamos matar a un par de granbretanios y utilizar sus máscaras como disfraz. Una de sus desventajas es que no pueden reconocer por el rostro si una persona es amigo o enemigo. Si no fuera por los lenguajes secretos de las distintas órdenes, podríamos viajar con toda seguridad ocultos bajo máscaras de bestias y adecuadas armaduras.

—En tal caso, cambiaremos nuestra ruta —dijo Oladahn—. Sí. Mañana emprendemos camino hacia el norte.

Durante una serie de largos días siguieron el curso del Eufrates hacia el norte, cruzando la frontera entre Siria y Turquía, y llegando finalmente a la tranquila ciudad de Birachek, donde el Eufrates se convertía en el río Firat.

En Birachek, un posadero desconfiado, creyéndoles servidores del Imperio Oscuro, les dijo al principio que no disponía de habitaciones, pero Hawkmoon señaló entonces la Joya Negra que llevaba incrustada en la frente y dijo:

—Mi nombre es Dorian, último duque de Colonia, declarado enemigo de Granbretan.

El posadero, que había oído hablar de él, incluso en aquella remota ciudad, les dejó entrar.

Algo más tarde, aquella misma noche, ambos estaban sentados en la sala pública de la posada, bebiendo vino dulce y hablando con los miembros de una caravana de mercaderes que había llegado a Birachek poco antes que ellos.

Los mercaderes eran hombres de rostros atezados, con pelo negro azulado y barbas brillantes y aceitadas. Iban vestidos con camisas de cuero y kilts de lana de brillantes colores; sobre estas ropas llevaban capas tejidas, también de lana, con dibujos geométricos de colores púrpura, rojo y amarillo. Según dijeron a los viajeros, aquellas capas demostraban que eran hombres de Yenahan, mercader de Ankara. De sus cintos colgaban sables curvados con empuñaduras ricamente decoradas y hojas grabadas, que llevaban sin funda. Aquellos mercaderes estaban tan acostumbrados a combatir como a regatear.

Su jefe, un hombre llamado Saleem, con nariz de halcón y penetrantes ojos azules, se inclinó sobre la mesa y habló lentamente, dirigiéndose al duque de Colonia y a Oladahn.

—¿Sabéis que los emisarios del Imperio Oscuro han rendido homenaje al califa de Estambul y le han pagado a ese monarca derrochador para que les permita estacionar una gran fuerza de guerreros con máscaras de toro dentro de las murallas de la ciudad?

—Tengo muy pocas noticias del mundo —dijo Hawkmoon negando con un gesto de la cabeza—. Pero os creo. Es la forma de actuación habitual de Granbretan: apoderarse de algo por medio del oro, en lugar de emplear la fuerza. Sólo cuando ya no les sirva el oro sacarán a relucir sus armas y ejércitos.

—Yo también lo creo así —asintió Saleem—. En tal caso, ¿no creéis que Turquía esté a salvo de los lobos occidentales?

—Ninguna parte del mundo está a salvo de su ambición, ni siquiera Amarehk. Incluso sueñan con conquistar territorios que jamás existieron, salvo en las fábulas. Tienen intención de apoderarse de Asia comunista. aunque primero deben descubrir dónde está. Arabia y el este no son más que lugares para que acampen sus ejércitos.

—Pero ¿cómo es posible que tengan tanto poder? —preguntó Saleem asombrado.

—Tienen el poder —dijo Hawkmoon seguro de lo que decía—. Y también la locura que los convierte en seres salvajes, astutos y muy inventivos. Yo he visto Londra, la capital de Granbretan, y su vasta arquitectura se corresponde con la de las más brillantes pesadillas convertidas en realidad. He visto al propio rey-emperador en su globo del trono hecho de un fluido lechoso... Es un arrugado inmortal que tiene la voz dorada de un joven. He visto los laboratorios de los hechiceros científicos... innumerables cavernas llenas de extrañas máquinas, muchas de cuyas funciones aún tienen que ser redescubiertas hasta por los propios granbretanianos. Y he hablado con sus nobles, he conocido cuáles son sus ambiciones, y sé que están más locos de lo que vos o cualquier otro hombre normal podría imaginar. No tienen ninguna humanidad, experimentan muy pocas emociones por los demás, y ninguna en absoluto para aquellos que, en su opinión, pertenecen a especies inferiores... es decir, para los que no son de Granbretan. Crucifican a los hombres, las mujeres, los niños y los animales sólo para decorar y marcar los caminos cuando van y vienen para llevar a cabo sus conquistas...

Saleem se reclinó en su asiento con un gesto de la mano.

—Ah, vamos duque Dorian, exageráis...

Hawkmoon miró fijamente a Saleem y exclamó con toda convicción:

—Os lo aseguro, mercader de Turquía..., ¡no puedo exagerar la maldad de Granbretan!

—Yo... —dijo Saleem frunciendo el ceño y estremeciéndose—, os creo. Pero desearía no tener que creerlos. Porque, en tal caso, ¿cómo va a poder resistir tanto poder y crueldad una nación tan pequeña como Turquía?

—No puedo ofreceros ninguna solución —dijo Hawkmoon con un suspiro—. Yo diría que deberíais uniros, no permitiendo que os debiliten con oro y mediante una ocupación gradual de vuestros territorios... Pero creo que estaría perdiendo el tiempo si intentara convencerlos, ya que los hombres son codiciosos y, ante una moneda, jamás quieren saber la verdad. Yo diría que debéis resistiros, con honor y valor honesto, con prudencia e idealismo. Sin embargo, aquellos que se les resisten son vencidos y torturados, y tienen que ver, impotentes, cómo violan a sus esposas y las desgarran ante sus propios ojos, cómo sus hijos se convierten en juguetes de los guerreros y son arrojados a las hogueras encendidas para quemar ciudades enteras. Pero si no resistís, o si escapáis a la muerte en la batalla, os puede suceder exactamente lo mismo, o bien vos y los vuestros terminaréis por convertirlos en serviles esclavos, menos que humanos, dispuestos a ejecutar cualquier indignidad o acto malvado con tal de salvar la piel. Os hablo con toda honestidad..., la misma honestidad que me impide animaros con palabras valientes sobre nobles batallas y muertes de guerreros en el combate. Yo trato de destruirlos, soy su enemigo declarado, pero dispongo de grandes aliados y de una suerte considerable, e incluso así, tengo la sensación de que no podré escapar para siempre a su sed de venganza, a pesar de haberlo conseguido ya en varias ocasiones. Lo único que puedo hacer es aconsejar a quienes deseen salvar algo que se opongan a los esbirros del rey Huon, que utilicen su astucia. Astucia, amigo mío. Ésa es la única arma de que disponemos para luchar contra el Imperio Oscuro.

—¿Queréis decir que debemos aparentar servirlos? —preguntó Saleem pensativamente.

—Yo lo hice así. Y ahora estoy vivo y soy comparativamente libre...

—Recordaré vuestras palabras, occidental...

—Pero recordadlas todas —le advirtió Hawkmoon—. Pues el compromiso más difícil de establecer es aquel en el que uno decide aparentar que se acepta tal compromiso. Sucede a menudo que la realidad resulta ser decepcionante, incluso mucho antes de que uno se dé cuenta de ello.

—Os comprendo —dijo Saleem, acariciándose la barba. Miró por la sala donde se encontraban. Las parpadeantes sombras que producían las antorchas encendidas parecieron adoptar una repentina amenaza—. Me pregunto cuánto tiempo tardarán aún... Una buena parte de Europa ya es suya.

—¿Sabéis algo de una provincia llamada Camarga? —preguntó Hawkmoon.

—Camarga..., un territorio de bestias con cuernos, ¿no es eso?, y también de monstruos semihumanos dotados de grandes poderes que, de algún modo, han conseguido resistir al Imperio Oscuro. Son dirigidos por un gigante de metal, el conde Brass...

—Habéis oído decir muchas cosas que sólo forman parte de la leyenda —le interrumpió Hawkmoon sonriendo—. El conde Brass es un hombre de carne y hueso, y hay muy pocos monstruos en Camarga. Las únicas bestias con cuernos que existen allí son los toros de las marismas, y también algunos caballos. ¿Decís que han logrado resistirse al Imperio Oscuro? ¿Sabéis algo sobre el destino del conde Brass o de su lugarteniente Von Villach..., o de Yisselda, la hija del conde?

—He oído decir que tanto el conde Brass como su lugarteniente han muerto. Pero en cuanto a la mujer, no sé nada... Y por lo que sé, Camarga sigue resistiendo.

—Vuestra información no es lo bastante segura —dijo Hawkmoon frotándose la Joya Negra—. No puedo creer que Camarga continúe resistiendo si el conde Brass ha muerto. Si desapareciera el conde Brass, lo mismo sucedería con la provincia.

—Bueno, yo sólo repito los rumores que se dicen sobre otros rumores —dijo Saleem—. Nosotros, los mercaderes, estamos seguros de los rumores locales, pero la mayor parte de lo que sabemos sobre el oeste son cosas vagas y oscuras. Vos venís de Camarga. ¿no es cierto?

—Es mi hogar de adopción —admitió Hawkmoon—. Si es que todavía existe.

Oladahm puso una mano sobre el hombro de Hawkmoon.

—No os deprimáis, duque Dorian. Vos mismo habéis dicho que la información del mercader Saleem no es verosímil. Esperad a encontrarnos más cerca de nuestro objetivo antes de perder la esperanza.

Hawkmoon hizo un esfuerzo por librarse de su triste estado de ánimo, y pidió más vino y platos de trozos de carnero y de tortas calientes sin levadura. Y aunque logró parecer algo más alegre su mente seguía inquieta, temeroso de que todos aquellos a los que amaba hubieran encontrado la muerte, y de que la belleza salvaje de las marismas de Camarga se hubieran transformado en tierra quemada.

6. El barco del dios Loco

Después de viajar en compañía de Saleem y de sus mercaderes a Ankara, y de trasladarse desde allí al puerto de Zonguldak, en el mar Negro, Hawkmoon y Oladahn obtuvieron papeles que les proporcionó el jefe de Saleem, gracias a los cuales consiguieron pasajes a bordo del Muchacha sonriente, el único barco dispuesto a llevarles a Simferopol, en la costa de la península de Crimea. El Muchacha sonriente no era un barco agraciado, y tampoco parecía muy feliz. Tanto el capitán como su tripulación estaban sucios, y las bodegas olían a mil clases distintas de mercancías podridas. A pesar de todo, se vieron obligados a pagar una suma elevada por el privilegio de embarcarse en aquel viejo cascarón. Los camarotes que les destinaron no eran menos nocivos que los pantoques sobre los que estaban situados. El capitán Mouso, con sus largos y grasientos bigotes y sus ojos de mirar taimado, no les inspiró la menor confianza, como tampoco la botella de vino fuerte que el primer oficial parecía llevar permanentemente en la mano.

Filosóficamente, Hawkmoon llegó a la conclusión de que, al menos, aquel barco no atraería la atención de los piratas y, por las mismas razones, tampoco la de las naves de guerra del Imperio Oscuro. Y así fue como decidió embarcarse, acompañado por Oladahn, poco antes de que el barco se hiciera a la vela.

El Muchacha sonriente se alejó del muelle aprovechando la marea de las primeras horas de la mañana. En cuanto sus velas extendidas se hincharon con el viento, todas las cuadernas de la nave crujieron y gimieron. El barco avanzó lentamente hacia el noreste bajo un cielo nublado del que se desprendía una fuerte lluvia. La mañana era fría y gris, con la peculiaridad de que los sonidos parecían quedar amortiguados y la visibilidad resultaba difícil.

Envuelto en su capa, Hawkmoon permaneció junto al foque, contemplando cómo la ciudad de Zonguldak desaparecía poco a poco tras ellos.

Cuando el puerto se perdió de vista, la lluvia empezó a caer en forma de gruesos goterones, y Oladahn subió a cubierta para buscar a Hawkmoon.

—He limpiado nuestros camarotes lo mejor que he podido, duque Dorian, aunque no creo que podamos librarnos del olor que despide el barco, y supongo que habrá pocas cosas capaces de asustar a las enormes ratas que he visto.

—Lo soportaremos —dijo Hawkmoon estoicamente—. Hemos pasado por cosas peores y el viaje sólo durará dos días. —Miró hacia donde estaba el primer oficial, apoyado sobre la rueda del timón—. Aunque me sentiría bastante mejor si los oficiales y la tripulación de este barco fueran un poco más capaces. —Sonrió y añadió—: Si el primer oficial continúa bebiendo tanto, y el capitán se dedica a dormir la mona, es posible que tengamos que hacernos cargo del mando.

En lugar de encerrarse en sus camarotes, los dos hombres prefirieron quedarse en la cubierta, bajo la lluvia, mirando hacia el norte y preguntándose qué podría ocurrirles todavía en su largo viaje hacia Camarga.

El desdichado barco navegó lentamente a lo largo de un día triste, zarandeado por el mar revuelto, impulsado por un viento traicionero que amenazaba con transformarse en tormenta, pero que nunca llegaba a tanto. El capitán acudía tambaleándose a la cubierta de tanto en tanto. Se dedicaba a gritarles a los hombres, maldecirles y golpearles, ordenándoles que izaran una vela o arriaran otra. Las órdenes que daba el capitán Mouso les parecieron totalmente arbitrarias tanto a Hawkmoon como a Oladahn.

Hacia el anochecer, Hawkmoon acudió al puente de mando para reunirse con el capitán. Mouso le miró con una expresión furtiva.

—Buenas noches, sir —dijo sorbiendo por la nariz y limpiándose con la manga—. Espero que el viaje sea satisfactorio para vos.

—Razonablemente, gracias. ¿Hemos hecho un buen promedio o no?

—Bastante bueno, sir —contestó el marino, volviéndose para no tener que mirar a Hawkmoon directamente—. Bastante bueno. ¿Queréis que ordene a la cocina que os preparen algo de cenar?

—Sí —asintió Hawkmoon.

El primer oficial apareció, procedente de debajo del puente, cantando suavemente y evidentemente borracho

como una cuba.

Entonces, un repentino golpe de mar zarandeo el buque de costado, haciéndolo inclinarse de modo alarmante. Hawkmoon se agarró con fuerza a la pasarela, con la sensación de que ésta podría desprenderse en cualquier momento. El capitán Mousó no pareció darse cuenta de la existencia de ningún peligro, y en cuanto al primer oficial dio con sus huesos en el suelo, la botella se le cayó de la mano y su cuerpo se ladeó más y más.

—Será mejor que le ayudéis —dijo Hawkmoon.

—Ese está bien —replicó el capitán Mousó con una risotada—. Tiene la suerte de los borrachos.

Pero el cuerpo del primer oficial ya se había deslizado hasta la barandilla de estribor, pasando la cabeza y uno de los hombros a través de ella. Hawkmoon se inclinó y agarró al hombre, tirando de él hacia la seguridad del puente mientras el barco volvía a inclinarse, esta vez en la dirección opuesta, y las olas barrían la cubierta.

Hawkmoon miró al hombre al que acababa de rescatar. El primer oficial estaba tumbado, con los ojos cerrados, y sus labios seguían moviéndose débilmente, pronunciando las palabras de la canción que había estado cantando.

Hawkmoon se echó a reír, sacudiendo la cabeza y, dirigiéndose al capitán, le dijo:

—Tenéis razón... Tiene la suerte de los borrachos.

Entonces, al volver la cabeza creyó ver algo en las aguas. La luz se desvaneció con rapidez, pero estuvo seguro de haber visto un barco no lejos de donde ellos se encontraban.

—Capitán..., ¿veis algo en esa dirección? —gritó, sujetándose a la barandilla y escudriñando la masa imponente de las aguas.

—Parece una especie de almadía —respondió el capitán.

Hawkmoon pudo ver aquella cosa con mayor claridad cuando una ola la acercó. Se trataba, en efecto, de una almadía sobre la que se veía a tres hombres.

—Por el aspecto que tienen parecen naufragos —dijo Mousó como sin darle importancia alguna—. Pobres bastardos. —Se encogió de hombros y añadió—: Bueno, eso no es asunto nuestro...

—Capitán, tenemos que salvarlos —dijo Hawkmoon.

—Jamás lo conseguiremos con esta luz. Además, estamos perdiendo el tiempo. En este viaje no transporto nada, excepto a vos, y tengo que llegar a Simferopol con el tiempo suficiente para recoger mi carga antes de que lo haga otro.

—Tenemos que salvarlos —repitió Hawkmoon con firmeza—. Oladahn..., una cuerda.

El hombre bestia búlgaro encontró un cabo de cuerda en la caseta del timón y acudió corriendo con ella. La almadía todavía estaba a la vista. Los hombres estaban tendidos sobre ella, con las caras hacia abajo, agarrándose con todas sus fuerzas para salvar sus vidas. A veces, la almadía desaparecía, hundiéndose en el agua, pero al cabo de unos segundos reaparecía de nuevo, a buena distancia del barco. El espacio que los separaba se hacía cada vez más y más grande, y Hawkmoon se dio cuenta de que les quedaba poco tiempo antes de que la almadía fuera arrastrada demasiado lejos como para alcanzarla. Ató uno de los extremos de la cuerda a la barandilla de cubierta y se ató el otro extremo alrededor de la cintura, se quitó la capa y la espada y se lanzó al mar espumeante.

Hawkmoon se dio cuenta inmediatamente del grave peligro en que se encontraba. Era casi imposible nadar en contra de las enormes olas, y era muy posible que las aguas le arrojaran contra el costado del buque, estrellándole contra él, aturdiéndole y ahogándole. A pesar de todo, braceó con fuerza en el agua, luchando por mantener la boca fuera de ella y tratando desesperadamente de localizar la posición de la almadía.

¡Allí estaba! Sus ocupantes ya habían visto el barco y se habían medio incorporado, gritando y levantando los brazos. No habían visto aún a Hawkmoon, que nadaba hacia ellos.

Mientras nadaba, Hawkmoon logró distinguir alguna que otra vez a los hombres de la almadía, aunque no pudo verlos con claridad. Ahora, dos de ellos parecían estar luchando entre sí, mientras que el tercero permanecía sentado, observándolos.

—¡Aguantad! —gritó Hawkmoon por encima del rugido del mar, la espuma y el viento.

Echando mano de todas sus fuerzas, Hawkmoon nadó con mayor firmeza y no tardó en hallarse junto a la almadía, como si un salvaje caos de aguas negras y blancas le hubieran arrojado allí.

Hawkmoon se agarró al borde de la almadía y vio que, en efecto, dos de los hombres luchaban ferozmente entre sí. También se dio cuenta de que llevaban las máscaras de la orden del Oso. Así pues, se trataba de guerreros de Granbretan.

Por un instante, Hawkmoon debatió consigo mismo si debía dejarlos abandonados a su destino. Pero si lo hacía así, terminó por reflexionar, no sería mejor que ellos. Debía hacer todo lo posible por salvarlos. Después ya decidiría lo que hacer con ellos.

Llamó a la pareja que seguía luchando, pero ninguno de ellos pareció escucharle. Gruñeron y maldijeron enfrascados en su forcejeo, y Hawkmoon se preguntó si acaso no se habían vuelto locos a causa de sus sufrimientos.

Trató de subirse a la almadía, pero el agua y la cuerda que llevaba atada alrededor de la cintura se lo impidieron. Vio que la figura sentada le miraba y le hacía una señal casi con naturalidad.

—Ayudadme —dijo Hawkmoon con la voz entrecortada por el esfuerzo—, o no podré ayudaros.

La figura se incorporó y avanzó sobre la almadía hasta que su paso quedó bloqueado por los dos hombres enzarzados en lucha. Se encogió de hombros, los agarró a ambos por el cuello, se detuvo un instante hasta que la almadía se hundió en el agua, y después los empujó al mar.

—¡Hawkmoon, mi querido amigo! —dijo una voz desde el interior de la máscara de oso—. ¡Cuánto me alegra verte! Bueno..., ya os he ayudado. He aligerado vuestra carga...

Hawkmoon consiguió agarrar a uno de los hombres, que seguía forcejeando con su compañero. Con sus pesadas máscaras y armaduras, no tardarían más que unos segundos en hundirse. Pero no pudo sostenerlos. Contempló fascinado cómo las máscaras se fueron hundiendo bajo las olas con una aparente lentitud gradual.

Miró al superviviente, que ahora se inclinaba para ofrecerle una mano.

—¡Habéis asesinado a vuestros amigos, D'Averc! Tengo muy buenas razones para dejar que os hundáis con ellos.

—¿Amigos? Mi querido Hawkmoon, no eran nada de eso. Sirvientes, sí, pero no amigos. —D'Averc se sujetó cuando otra ola golpeó la almadía, casi obligando a Hawkmoon a perder su punto de apoyo—. No eran amigos. Eran leales, sí..., pero tremendamente aburridos. Y se habían convertido en verdaderos idiotas. Eso es algo que no puedo tolerar. Vamos, permitidme que os ayude a subir a mi pequeña embarcación. No es mucho, pero...

Hawkmoon dejó que D'Averc le ayudara a subir a la almadía. Después, se volvió hacia el barco y les hizo señas, apenas visible a través de la oscuridad. Sintió que la cuerda se tensaba cuando Oladahn empezó a tirar de ella.

—Ha sido una verdadera suerte que pasarais por aquí —dijo D'Averc tan fríamente como la lentitud con que estaban siendo arrastrados hacia el barco—. Ya me imaginaba ahogado en este mar, hundiéndome en él cuando aún no se habían cumplido todas mis gloriosas promesas..., ¿y a quién me encuentro en ese espléndido barco sino al noble duque de Colonia? El destino ha hecho que nos encontremos de nuevo, duque.

—Sí, pero estoy dispuesto a arrojaros por la borda como habéis hecho con vuestros amigos. Y así lo haré si no contenéis la lengua y me ayudáis con esta cuerda —gruñó Hawkmoon.

La almadía se balanceó sobre las aguas y finalmente chocó contra el medio podrido costado del Muchacha sonriente. Una escala descendió hacia ellos y Hawkmoon empezó a subir por ella, aupándose finalmente sobre la borda, respirando entrecortadamente, pero sintiéndose aliviado.

Cuando Oladahn vio aparecer la cabeza del naufrago, lanzó una maldición e hizo el gesto de desenvainar la espada, pero Hawkmoon le detuvo.

—Es nuestro prisionero, y podemos mantenerlo con vida, ya que, si más tarde nos encontramos con problemas, puede ser un buen medio para llegar a un compromiso.

—¡Qué sensible! —exclamó D'Averc admirativamente. Después empezó a toser—. Perdonadme... Me temo que

mis padecimientos me han debilitado extraordinariamente. En cuanto me cambie de ropa, tome algo caliente y haya descansado una noche entera, volveré a ser yo mismo.

—Tendréis suerte si no os dejamos pudrir atado al palo mayor —dijo Hawkmoon—. Llevadlo abajo, a nuestro camarote, Oladahn.

Encorvados en el pequeño camarote débilmente iluminado por un pequeño farol que colgaba del techo. Hawkmoon y Oladahn observaron a D'Averc, mientras éste se quitaba la máscara, la armadura y sus empapadas ropas.

—¿Cómo es que estabais en la almadía, D'Averc? —preguntó Hawkmoon mientras el francés se secaba nerviosamente.

Incluso él se sentía perplejo ante la aparente frialdad de aquel hombre. Admiraba aquella cualidad e incluso se preguntó si no estaría empezando a gustarle D'Averc de alguna forma extraña. Quizá fuera la honestidad con la que D'Averc admitía sus propias ambiciones, o lo poco dispuesto que estaba para justificar sus acciones aun cuando implicaran el asesinato, como había sucedido hacía bien poco.

—Se trata de una larga historia, querido amigo. Nosotros tres, Ecardo, Peter y yo, dejamos que nuestros hombres se encargaran de aquel monstruo ciego que vos pusisteis en libertad y que se lanzó sobre nosotros. Nos las arreglamos para alcanzar la seguridad de las colinas. Algo más tarde apareció el ornitóptero que habíamos enviado a buscar para recogeros a vos. El aparato empezó a trazar círculos, evidentemente extrañado ante la desaparición de toda una ciudad..., tal y como nos sentíamos nosotros mismos, debo admitirlo. Eso es algo que debéis explicarme más tarde. Bueno, el caso es que le hicimos señales al piloto y éste descendió hacia donde nos encontrábamos. Ya nos habíamos dado cuenta de la posición algo difícil en que estábamos... —D'Averc se detuvo y preguntó—: ¿Es posible comer algo?

—El capitán ha ordenado que nos sirvan una cena —dijo Oladahn—. Continúa.

—Éramos tres hombres sin caballos en un lugar del mundo bastante apartado. Por otro lado, no habíamos logrado manteneros cautivo cuando os apresamos y, por lo que sabíamos, el piloto era la única persona con vida que conocía todo lo sucedido...

—¿Matasteis al piloto? —preguntó Hawkmoon.

—En efecto. Fue necesario. Entonces subimos a su máquina con la intención de llegar hasta la base más cercana.

—¿Qué ocurrió después? —preguntó Hawkmoon—. ¿Sabíais cómo controlar el ornitóptero?

—Habéis hecho una buena deducción —contestó D'Averc sonriendo—. Mis conocimientos sobre esas máquinas voladoras son muy limitados. Logramos elevarnos en el aire, pero esa condenada máquina no se dejaba controlar con facilidad. Antes de que nos diéramos cuenta, nos arrastraba sabe el Bastón Rúnico adonde. Sentí miedo por mi propia seguridad, lo admito. El monstruo se comportaba cada vez de un modo más errático, hasta que finalmente empezó a caer. Me las arreglé para guiarlo de modo que cayera sobre las suaves orillas de un río, y apenas si sufrimos daños. Ecardo y Peter empezaron a mostrarse histéricos; no dejaban de pelear entre ellos y sus actitudes se me hicieron insoportables y difíciles de controlar. A pesar de todo, logramos construir una almadía, con la intención de flotar río abajo hasta que llegáramos a una ciudad...

¿En esa misma almadía? —preguntó Hawkmoon.

—En la misma, sí.

—Entonces, ¿cómo llegasteis al mar?

—Debido a las mareas, mi buen amigo —contestó D'Averc con un airoso movimiento de la mano—. O de las corrientes. No me había dado cuenta de que estuviéramos tan cerca de un estuario. La corriente nos arrastró a buena velocidad y finalmente nos alejó de tierra. Pasamos varios días sobre esa condenada almadía, viéndome obligado a soportar los lloriqueos de Ecardo y Peter, que se acusaban mutuamente de sus desgracias, cuando, en realidad, tendrían que habérmelas achacado a mí. Oh, no podéis imaginar lo torturante que fue esa situación, duque Dorian.

—Os merecáis algo peor —espetó Hawkmoon.

Se escuchó un golpe en la puerta del camarote. Oladahn la abrió y entró un muchacho que llevaba una bandeja con tres cuencos llenos con una especie de cocido gris.

Hawkmoon aceptó la bandeja y le entregó a D'Averc uno de los cuencos y una cuchara. El francés dudó un instante; después, se atrevió a llevarse una cucharada a la boca. Pareció comer haciendo un considerable esfuerzo por controlarse. Terminó el contenido del cuenco y lo volvió a dejar sobre la bandeja.

—Delicioso —dijo—. Bastante bueno, tratándose de comida preparada en un barco.

Hawkmoon, que sintió verdaderas náuseas ante aquel rancho, le entregó a D'Averc su propio cuenco, y Oladahn hizo lo mismo.

—Os lo agradezco —dijo D'Averc—. pero creo en la moderación. Haber comido lo suficiente es tan bueno como un festín.

Hawkmoon sonrió ligeramente, admirando una vez más la frialdad que demostraba el francés. Evidentemente, la comida le había parecido tan nauseabunda como a ellos, pero tenía tanta hambre que se la comió y con ganas.

D'Averc se despezó los doloridos músculos, contradiciendo así la invalidez que pretendía aparentar.

—Ah —bostezó—. Si me perdonáis, caballeros, ahora preferiría dormir. He pasado unos días verdaderamente agotadores.

—Ocupad mi cama —dijo Hawkmoon, indicando su desvencijado camastro. No mencionó que anteriormente había observado en él a toda una tribu de nerviosas pulgas—. Veré si el capitán dispone de una hamaca.

—Os lo agradezco —accedió D'Averc.

Y en su tono de voz pareció expresarse tal seriedad y convencimiento, que Hawkmoon se volvió hacia él desde la puerta, preguntándole:

—¿Porqué?

D'Averc empezó a toser ostentadamente, después levantó la mirada y contestó con su viejo tono burlón:

—¿Que por qué, mi querido duque? Pues por haberme salvado la vida, claro.

A la mañana siguiente la tormenta ya se había calmado y aunque el mar seguía encrespado, estaba mucho más tranquilo que el día anterior.

Hawkmoon se encontró con D'Averc en la cubierta. El hombre se había vestido una camisa y pantalones bombacho de terciopelo verde, pero no llevaba la armadura. Se inclinó en cuanto vio a Hawkmoon.

—¿Habéis dormido bien? —le preguntó éste.

—Excelentemente.

Los ojos de D'Averc estaban llenos de humor, por lo que Hawkmoon supuso que había sido mordido numerosas veces por las pulgas.

—Esta noche llegaremos a puerto —le informó Hawkmoon—. Seréis mi prisionero..., mi rehén, si así lo preferís.

—¿Rehén? ¿Acaso creéis que al Imperio Oscuro le importa que yo viva o muera una vez que he perdido mi utilidad?

—Ya veremos —replicó Hawkmoon acariciándose la joya de la frente—. Si intentáis escapar, os aseguro que os mataré... tan fríamente como habéis asesinado a vuestros hombres.

D'Averc tosió, ocultando la boca entre el pañuelo que llevaba.

—Os debo la vida —dijo—. De modo que tenéis el derecho de quitármela si así lo queréis.

Hawkmoon frunció el ceño. D'Averc era demasiado tortuoso como para que él comprendiera bien sus intenciones. Empezaba ya a lamentar su decisión. El francés podía demostrar ser más una molestia que un rehén. En aquel momento Oladahn se acercó corriendo sobre la cubierta.

—Duque Dorian —jadeó, señalando hacia un punto delante de ellos—. Una vela... Y se dirige directamente

hacia nosotros.

—No corremos peligro —le tranquilizó Hawkmoon sonriendo—. No somos una presa codiciada por ningún pirata.

Pero momentos después, Hawkmoon observó señales de pánico entre la tripulación y cuando el capitán pasó a su lado, tambaleándose, le agarró por el brazo.

—Capitán Mouso..., ¿qué sucede?

—Peligro, señor —respondió el marino—. Un gran peligro. ¿Es que no habéis reconocido la vela?

Hawkmoon escudriñó el horizonte y vio que el otro barco llevaba una sola vela negra. Sobre ella aparecía pintado un emblema, aunque no pudo distinguir cuál era.

—Sin duda alguna no nos molestarán —dijo—. ¿Por qué iban a arriesgarse a luchar por un viejo cascarón como éste? Vos mismo habéis dicho que no llevamos ningún cargamento.

—No les importa lo que llevemos o dejemos de llevar, sir. Atacan a cualquier cosa que vean moverse en el océano. Son como ballenas asesinas, duque Dorian... Su placer no consiste en apoderarse de tesoros, sino en destruir.

—¿Quiénes son? Por su aspecto no parece un barco de Granbretan —dijo D'Averc.

—Probablemente, uno de esos no se molestaría en atacarnos —balbuceó el capitán Mouso—. No... Se trata de un barco tripulado por miembros adictos al culto del dios Loco. Son de Muscovia y han empezado a aterrorizar estas aguas durante los últimos meses.

—Definitivamente, parecen tener intenciones de atacarnos —observó D'Averc con naturalidad—. Con vuestro permiso, duque Dorian, bajaré al camarote y me ceñiré la espada y me pondré la armadura.

—Yo también iré a por mis armas —intervino Oladahn—. Os traeré vuestra espada.

—¡De nada servirá luchar! —gritó el primer oficial, gesticulando con su botella en la mano—. Será mejor que nos arrojemos al agua ahora mismo.

—Sí —asintió el capitán Mouso viendo como D'Averc y Oladahn iban en busca de sus armas—. Tiene razón. Nos superarán en número y nos harán pedazos. Si nos hacen prisioneros, nos torturarán durante días.

Hawkmoon empezó a decirle algo al capitán, pero se volvió al escuchar un chapoteo. El primer oficial se había lanzado al agua... cumpliendo lo que había dicho, Hawkmoon se abalanzó hacia la borda, pero no pudo ver nada.

—No os molestéis en ayudarlo..., sino más bien seguid su ejemplo —dijo el capitán—, porque es el más prudente de todos nosotros.

Ahora, la nave enemiga se dirigía hacia ellos. En su vela negra aparecían pintadas un par de grandes alas rojas, en el centro de las cuales se veía un rostro enorme y bestial, en actitud de aullar, como si estuviera lanzando una risotada maniaca. Las cubiertas estaban llenas de marineros desnudos que no llevaban más que cintos con espadas y escudos recubiertos de metal. Desde la distancia, Hawkmoon escuchó un sonido extraño que al principio no pudo distinguir. Después, levantó la vista hacia la vela y supo de qué se trataba.

Era el sonido de una risotada salvaje y demencial, como si los condenados del infierno estuvieran pidiendo clemencia.

—El barco del dios Loco —dijo el capitán Mouso con los ojos empezando a llenársele de lágrimas—. Ahora vamos a morir todos.

7. El anillo en el dedo

Hawkmoon, Oladahn y D'Averc permanecieron hombro con hombro junto a la barandilla del barco mientras la extraña nave se acercaba más y más.

Todos los miembros de la tripulación se habían arremolinado alrededor de su capitán, alejándose todo lo que pudieron de los atacantes.

Al ver los ojos desorbitados y las bocas espumeantes de los locos del otro barco, Hawkmoon comprendió que no tenían la menor oportunidad de salir bien librados. Unos garfios fueron arrojados desde el barco del dios Loco, que quedaron bien sujetos en la suave madera de la barandilla del Muchacha sonriente. Instantáneamente, los tres hombres empezaron a lanzar tajos contra las cuerdas, cortando la mayoría de ellas.

—Que sus hombres suban a la arboladura —le gritó Hawkmoon al capitán—. Que traten de hacer girar el barco. —Pero los hombres, asustados, no se movieron—. ¡Estarán todos más seguros en el aparejo!

Los hombres se agitaron, inquietos, pero siguieron sin hacer nada.

Hawkmoon se vio obligado a volver toda su atención al barco atacante, y se quedó horrorizado al comprobar que ya se había pegado al suyo, y que su loca tripulación ya empezaba a saltar sobre la cubierta del Muchacha sonriente, con las espadas desenvainadas. Sus risotadas llenaron el aire y la sed de sangre brillaba en sus retorcidos semblantes.

El primero de ellos se lanzó por el aire contra Hawkmoon, con el brillante cuerpo desnudo y la espada levantada. La hoja de Hawkmoon se elevó para recibirlo y lo atravesó al tiempo que caía; luego, con un giro rápido, dejó que el cadáver cayera al mar, a través de la estrecha abertura que aún separaba a ambos barcos. Momentos después, todo el aire se llenó de guerreros desnudos que se balanceaban de las cuerdas, saltando salvajemente de un barco a otro. Los tres hombres lograron detener a la primera oleada, lanzando sablazos a su alrededor, hasta que todo pareció adquirir el color rojo de la sangre. Pero poco a poco se vieron obligados a retroceder a medida que los hombres locos inundaban la cubierta, luchando sin gran habilidad, pero con un escalofriante desprecio por sus propias vidas.

Hawkmoon quedó separado de sus compañeros y a partir de un momento determinado ya no supo si vivían o si habían sido muertos. Los guerreros, que saltaban como locos a su alrededor, se lanzaron sobre él, pero sostuvo la espada de combate con ambas manos, haciéndola oscilar con fuerza de un lado a otro, trazando un gran arco defensivo, rodeado por un brillante semicírculo de acero. Estaba cubierto de sangre de la cabeza a los pies; únicamente le brillaban los ojos, azules y firmes, refulgiendo desde el visor de su casco.

Y los hombres del dios Loco no dejaban de lanzar risotadas... e incluso seguían riendo cuando se les cortaba la cabeza o se les separaban los miembros del cuerpo con certeros tajos.

Hawkmoon se dio cuenta de que no tardaría en verse abrumado por el cansancio. Ya empezaba a sentir la espada en sus manos como algo muy pesado, y le temblaban las rodillas. Con la espalda apoyada contra un mamparo, se defendía continuamente contra la incesante oleada de locos rientes, cuyas espadas trataban de arrancarle la vida.

Decapitó a un hombre, desmembró a otro, pero a cada golpe que daba Hawkmoon iba perdiendo gradualmente su energía.

Entonces, al bloquear con su hoja dos espadas que buscaban su cuerpo, las rodillas se le doblaron de tal forma que cayó al suelo, apoyándose en una de ellas. Las risotadas se hicieron aún mayores cuando los hombres del dios Loco avanzaron dispuestos a rematarle.

Elevó la espada desesperadamente; agarró la muñeca de uno de sus atacantes, se la retorció y le cogió la espada, de modo que ahora tenía dos. Utilizó la espada del loco para detener los golpes, y la suya para lanzar nuevas estocadas, y poco después logró recuperar la verticalidad, le pegó una patada a otro hombre y se volvió rápidamente con la intención de correr hacia la escalera que conducía al puente. Una vez allí, se volvió de nuevo para continuar la lucha, disponiendo en esta ocasión de una ventaja adicional sobre sus atacantes, que se apelotonaron ante los escalones para subir hacia donde él estaba. Desde su posición elevada, vio que D'Averc y Oladahn todavía estaban junto a la barandilla, y que se las habían arreglado hasta el momento para mantener a raya

a sus atacantes. Miró hacia el barco del dios Loco. Seguía estando bien sujeto al Muchacha sonriente, pero no había nadie en él, puesto que toda la tripulación se había lanzado al ataque. Entonces, a Hawkmoon se le ocurrió una idea.

Dio media vuelta y echó a correr, alejándose de sus atacantes, se subió a la barandilla, agarró una cuerda que colgaba de las jarcias, y se lanzó al vacío.

Mientras atravesaba el aire, rogó para que la cuerda fuera lo bastante larga. Cuando ya empezaba a perder impulso se dejó caer, aparentemente contra el costado del buque enemigo. Sus manos lograron agarrarse a la barandilla del otro buque mientras caía. Se aupó sobre la cubierta y empezó a cortar las cuerdas que mantenían unidas a las dos naves.

—¡Oladahn..., D'Averc, seguidme, rápido! —les gritó.

Desde la barandilla del barco asaltado, los dos hombres le vieron, empezaron a subirse a las jarcias y caminaron precariamente por el peñol del mástil principal, seguidos por los aullantes hombres del dios Loco.

El barco del dios Loco ya empezaba a deslizarse sobre las aguas, apartándose, y el espacio que lo separaba del Muchacha sonriente se iba ampliando rápidamente.

D'Averc fue el primero en saltar hacia la barandilla del barco de vela negra, agarrado a una cuerda con una sola mano. Se balanceó en el aire durante un instante, corriendo peligro de estrellarse contra las aguas. Pero finalmente lo consiguió.

Oladahn le siguió, cortando una cuerda que todavía unía a ambos barcos y dejándose caer sobre el vacío, deslizándose hacia un lado y terminando por caer de bruces sobre la cubierta del otro barco.

Algunos de los guerreros locos trataron de seguirles, y algunos lograron alcanzar la cubierta de su propio barco. Se lanzaron en grupo contra Hawkmoon, sin dejar de reír, juzgando, sin duda alguna, que Oladahn había muerto.

Hawkmoon tuvo que defenderse de nuevo. Una hoja le golpeó en un brazo, y otra en el casco, cerca del visor. Entonces, de repente, un cuerpo cayó entre los guerreros desnudos y empezó a lanzar tajos a su alrededor, casi de un modo tan maniaco como ellos.

Se trataba de D'Averc, metido en su armadura de cabeza de oso, cubierto por la sangre de los guerreros que había matado. Instantes después, apareciendo por detrás de los atacantes, llegó Oladahn, que como es evidente sólo había quedado ligeramente aturdido a causa de la aparatosa caída, emitiendo el salvaje grito de guerra de las montañas.

Entre los tres, no tardaron en matar a todos los guerreros locos que habían logrado alcanzar el barco. Los demás se lanzaban al agua desde la cubierta del Muchacha sonriente, sin dejar de reír salvajemente, tratando de alcanzar su barco a nado.

Al mirar hacia el Muchacha sonriente, Hawkmoon vio que, milagrosamente, la mayor parte de los hombres de su tripulación habían sobrevivido..., pues en el último instante habían subido a los aparejos del barco.

D'Averc echó a correr y se hizo cargo del timón del barco del dios Loco, cortando las amarras y manejando el timón de modo que la nave se alejara de los hombres que se acercaban a nado.

—Bueno —comentó Oladahn envainándose la espada e inspeccionándose las heridas—, parece que hemos escapado por poco... y con un barco mejor.

—Con un poco de suerte volveremos a encontrarnos en el puerto con el Muchacha sonriente —dijo Hawkmoon sonriendo burlonamente—. Confío en que siga queriendo llegar a Crimea, pues hemos dejado todas nuestras posesiones a bordo de ese barco.

D'Averc dirigía hábilmente el barco hacia el norte. Su única vela se hinchó al verse impulsada por el viento y la nave fue dejando atrás a los hombres, que continuaban nadando en su dirección. Aquellos locos seguían riendo, incluso cuando se ahogaban.

Después de haber ayudado a D'Averc a trincar el timón, de modo que el barco pudiera continuar el curso por sí solo, iniciaron la exploración de la nave. Estaba abarrotada de tesoros que, evidentemente, eran el fruto del pillaje de otras naves, pero también había gran cantidad de cosas inútiles —armas rotas, instrumentos de navegación,

montones de ropa—, y aquí y allá se encontraron con un cadáver en descomposición o un cuerpo desmembrado, todos ellos apilados en las bodegas.

Los tres hombres decidieron desembarazarse de los cadáveres. Los envolvieron en capas, o ataron con correas los miembros sueltos y lo arrojaron todo por la borda. Fue un trabajo nauseabundo que les ocupó durante largo rato, ya que algunos de los restos los encontraron semicultos bajo montones de otras cosas.

De pronto, Oladahn se detuvo mientras trabajaban, con los ojos fijos en una mano humana cortada que, de algún modo, se había momificado. La tomó de mala gana entre sus manos e inspeccionó un anillo que vio en el dedo meñique. Miró a Hawkmoon y dijo:

—Duque Dorian...

—¿Qué ocurre? No te molestes en quitar ese anillo. Lo único que tienes que hacer es desembarazarte de esa cosa...

—No... Se trata del anillo. Mirad..., tiene un dibujo peculiar... Hawkmoon cruzó con impaciencia la estancia débilmente iluminada y observó el objeto, abriendo la boca, desconcertado, al reconocerlo.

—¡No! ¡No puede ser!

El anillo era el de Yisselda. Se trataba del mismo anillo que el conde Brass le había colocado en el dedo para señalar así su compromiso con Dorian Hawkmoon.

Aturdido por el horror, Hawkmoon tomó la mano momificada, con una expresión de incompreensión en su rostro.

—¿De qué se trata? —susurró Oladahn—. ¿Qué os perturba tanto?

—Es de ella. Es de Yisselda.

—Pero ¿cómo pudo haberse encontrado navegando por este océano, a tantos cientos de kilómetros de Camarga? No es posible, duque Dorian.

—Es el anillo de ella —repitió Hawkmoon contemplando fijamente la mano, inspeccionándola ávidamente cuando cobró conciencia del hecho—. Pero... la mano no es suya. Mirad, ese anillo apenas si encaja en ese dedo. El conde Brass se lo colocó en el dedo medio, e incluso entonces estaba bastante suelto. Esta mano pertenece a algún ladrón. —Sacó el precioso anillo del dedo y arrojó la mano al suelo—. Alguien que quizá estuvo en Camarga y robó el anillo... —Sacudió la cabeza y añadió casi como hablando para sí mismo—: Pero no es probable. Y, sin embargo, ¿qué otra explicación hay?

—Quizá ella viajó en esta dirección..., dirigiéndose posiblemente en vuestra busca —sugirió Oladahn.

—Sería una tontería haberlo hecho. Pero es posible. No obstante, si ha sido así, ¿dónde está ahora Yisselda?

Oladahn estaba a punto de decir algo cuando, procedente de arriba, se escuchó un terrible estruendo. Ambos levantaron la vista hacia la entrada a la bodega.

Un rostro sonriente, con expresión de loco, les contemplaba desde arriba. De algún modo, uno de los guerreros locos se las había arreglado para subir a bordo. Ahora se preparaba para saltar sobre ellos.

Hawkmoon consiguió desenvainar la espada en el instante en que el loco atacaba, espada en mano. El metal se cruzó con el metal.

Oladahn desenvainó su propia espada, y D'Averc acudió corriendo, pero Hawkmoon gritó:

—¡Cogedlo vivo! ¡Tenemos que cogerle vivo!

Mientras Hawkmoon contenía al loco, D'Averc y Oladahn volvieron a envainar las espadas y cayeron sobre la espalda del guerrero, agarrándole por los brazos. El hombre se liberó dos veces, pero finalmente cayó al suelo pataleando, al tiempo que ellos lo sujetaban con fuertes cuerdas y lo ataban. Al cabo de un rato se quedó quieto, riéndose de ellos, sin ver nada, echando espumarajos por la boca.

—¿De qué nos va a servir vivo? —preguntó D'Averc con amable curiosidad—. ¿Por qué no cortarle el cuello y acabar de una vez con él?

—Esto es un anillo que acabo de encontrar —dijo Hawkmoon sosteniéndolo en alto para que lo viera—.

Pertenece a Yisselda, la hija del conde Brass. Quiero saber cómo lo obtuvieron estos hombres.

—Es extraño —comentó D'Averc frunciendo el ceño—. Tengo entendido que la muchacha todavía está en Camarga, cuidando de su padre.

—¿De modo que el conde Brass está herido?

—Así es —contestó D'Averc sonriendo—. Pero Camarga sigue resistiendo nuestros ataques. Yo sólo trataba de perturbar vuestro ánimo, duque Dorian. No conozco la gravedad de las heridas del conde Brass, pero sé que él aún vive. Y ese prudente amigo suyo, Bowgentle, le ayuda a mandar a sus tropas. Por lo último que sé, el enfrentamiento entre el Imperio Oscuro y Camarga ha terminado en tablas.

—¿Y no habéis sabido nada de Yisselda? ¿No habéis oído decir que haya abandonado Camarga?

—No —contestó D'Averc desconcertado—. Pero creo recordar... Ah, sí..., a un hombre que sirvió en el ejército del conde Brass. Creo que lo convencieron para que tratara de raptar a la muchacha, aunque ese intento no tuvo ningún éxito.

—¿Cómo lo sabéis?

—Porque Juan Zhinaga..., el hombre en cuestión, desapareció. Es presumible que el conde Brass descubriera sus pérfidos propósitos y lo matara.

—Me resulta difícil creer que Zhinaga sea un traidor. Conozco superficialmente a ese hombre... Fue capitán de caballería.

—Capturado por nosotros durante la segunda batalla de Camarga —añadió D'Averc sonriendo—. Creo que era un alemán, y nosotros teníamos a buen recaudo a algunos miembros de su familia...

—¡Le hicisteis chantaje!

—Le hicieron chantaje, en efecto, aunque yo no fui el responsable de eso. Simplemente, me enteré del plan durante una conferencia que se celebró en Londra entre los diversos comandantes que habían sido convocados por el rey Huon para informarle del curso de los acontecimientos en las campañas que estábamos librando en Europa.

—Pero supongamos que Zhinaga tuvo éxito en sus propósitos —dijo Hawkmoon con las cejas fruncidas— y que, de algún modo, no consiguió llegar con Yisselda hasta donde está vuestra gente, y fue detenido en su camino por los hombres del dios Loco...

—Jamás se atreverían a ir tan lejos como el sur de Francia —rechazó D'Averc la idea—. Si lo hubieran hecho así nos habríamos enterado.

—En tal caso, ¿cuál es la explicación?

—Preguntémosle a este caballero —sugirió D'Averc señalando al loco, cuyas risas se habían apagado de tal modo que eran casi inaudibles.

—Confiemos en que podamos sacarle alguna cosa con sentido —comentó Oladahn dubitativamente.

—¿Creéis que se puede conseguir algo con dolor? —preguntó D'Averc.

—Lo dudo —contestó Hawkmoon—. No conocen el miedo. Tenemos que intentar otro método distinto. —Miró con aversión al loco y añadió—: Le dejaremos tranquilo durante un tiempo y confiaremos en que eso le calme un poco.

Volvieron a subir a la cubierta, cerrando la entrada a la bodega. El sol empezaba a ponerse y ahora ya tenían a la vista la costa de Crimea, en forma de unos negros acantilados recortados contra el cielo púrpura. El agua estaba tranquila y parecía moteada bajo la luz del sol poniente. El viento soplaba hacia el norte.

—Será mejor que corrija nuestro curso —sugirió D'Averc—. Creo que estamos navegando demasiado hacia el norte.

Avanzó por la cubierta para aflojar el timón y hacerlo girar varios puntos hacia el sur.

Hawkmoon asintió, con un gesto ausente, observando a D'Averc, quien, con su gran máscara echada hacia atrás, gobernaba el barco con mano experta.

—Esta noche tendremos que echar anclas y continuar la navegación por la mañana —observó Oladahn.

Hawkmoon no dijo nada. Su cabeza estaba llena de interrogantes sin contestar. Las vicisitudes de las últimas veinticuatro horas le habían puesto al borde del agotamiento, y el temor que ahora había aparecido en su mente amenazaba con conducirlo a una locura mucho más terrible que la del hombre que tenían atado en la bodega.

Aquella misma noche, algo más tarde, estudiaron a la luz de las lámparas suspendidas del techo el rostro dormido del hombre que habían capturado. Las lámparas se balanceaban al compás del barco anclado mecido por las aguas, arrojando sombras oscilantes hacia los rincones de la bodega y sobre los grandes montones de objetos desparramados por todas partes. Una rata chilló en alguna parte, pero los hombres ignoraron el sonido. Todos ellos habían dormido un poco y ahora se sentían más relajados.

Hawkmoon se arrodilló al lado del hombre atado y le tocó la cara. Sus ojos se abrieron al instante, miró apagadamente a su alrededor y les observó a ellos. Su expresión ya no era la de un loco, sino más bien la de alguien que está algo sorprendido.

—¿Cuál es vuestro nombre? —le preguntó Hawkmoon.

—Coryanthum de Kerch..., y vos, ¿quién sois? ¿Dónde estoy?

—Deberíais saberlo —contestó Oladahn—. A bordo de vuestro propio barco, ¿no lo recordáis? Vos y vuestros compinches atacasteis nuestra nave. Hubo una lucha feroz. Logramos escapar y vos nadasteis en pos de nosotros e intentasteis matarnos.

—Recuerdo haberme hecho a la vela, pero nada más —dijo Coryanthum con un tono de voz que reflejaba perplejidad. Entonces trató de incorporarse—. ¿Por qué me habéis atado?

—Porque sois peligroso —contestó D'Averc con naturalidad—. Estáis loco.

Coryanthum se echó a reír. Era una risa totalmente natural.

—¿Loco? ¡Tonterías!

Los tres hombres se miraron entre sí, extrañados. Porque, en efecto, el hombre no mostraba ahora el menor rasgo de locura. Una expresión de comprensión apareció en el semblante de Hawkmoon.

—¿Qué es lo último que recordáis?

—Al capitán dirigiéndose a nosotros.

—¿Qué os dijo?

—Que íbamos a tomar parte en una ceremonia..., que íbamos a beber una bebida especial... Nada más que eso. —Coryanthum frunció el ceño—. Tomamos aquella bebida...

—Describidnos vuestra vela —le pidió Hawkmoon.

—¿Nuestra vela? ¿Por qué?

—¿Tiene algo especial?

—No que yo recuerde. Es una vela... de color azul oscuro. Eso es todo.

—¿Sois marino mercante? —preguntó Hawkmoon.

—En efecto.

—¿Y éste es el primer viaje que hacéis en este barco?

—Así es.

—¿Cuándo os enrolasteis?

—Anoche, amigo —contestó Coryanthum con expresión de impaciencia—. El día del Caballo, según el cálculo de Kerch.

—¿Es ése un cálculo universal?

—Oh... —exclamó el marino levantando una ceja—, fue el once del tercer mes.

—De eso hace tres meses —dijo D'Averc.

—¿Eh? —Coryanthum miró al francés a través de la semipenumbra—. ¿Tres meses? ¿Qué queréis decir?

—Que fuisteis drogado —le explicó Hawkmoon—. Drogado y después utilizado para cometer los actos de piratería más bárbaros de los que hayáis oído hablar. ¿Sabéis algo sobre el culto al dios Loco?

—Un poco. He oído decir que se localiza en alguna parte de Ucrania y que sus partidarios se han aventurado últimamente por otras partes..., incluso en mar abierto.

—¿Sabéis que vuestra vela lleva ahora la señal del dios Loco? ¿Qué hace apenas unas horas asaltasteis nuestra nave y os visteis involucrado en un baño de sangre? Mirad vuestro cuerpo... —Hawkmoon se inclinó hacia él para cortar las cuerdas—. Estáis completamente desnudo. Mirad lo que lleváis en el cuello.

Coryanthum de Kerch se incorporó lentamente, extrañado ante su propia desnudez, llevándose los dedos al cuello y palpando el collar que llevaba allí.

—Yo... no comprendo nada. ¿Se trata de un truco?

—De un truco malvado... que nosotros no cometimos —contestó Oladahn—. Fuisteis drogado hasta que os volvisteis loco. Después se os ordenó matar y apoderaros de todo el botín de que fuerais capaces. Sin duda alguna, vuestro «capitán mercante» era el único hombre que sabía lo que iba a sucederos, y ahora es casi seguro que no está a bordo. ¿Recordáis algo? ¿Alguna instrucción sobre el lugar al que debíais ir?

—Ninguna.

—Sin duda el capitán tenía la intención de encontrarse más adelante con el barco y guiarlo hacia el puerto que él utilice como base —comentó D'Averc—. Quizá exista un barco que mantiene regularmente el contacto con los otros, si es que todos están llenos con idiotas como éste.

—En alguna parte de este mismo barco debe existir una gran provisión de droga —dijo Oladahn—. No cabe la menor duda de que todos se alimentaban regularmente con ella. Este tipo no ha vuelto a tomar la droga únicamente gracias a que hemos sido nosotros quienes le hemos encontrado.

—¿Cómo os sentís? —le preguntó Hawkmoon al marinero.

—Débil..., como si me faltara todo signo de vida y sentimiento.

—Es comprensible —dijo Oladahn—. Es casi seguro que esa droga termina por matarle a uno. ¡Es un plan monstruoso! Apoderarse de hombres inocentes, administrarles y alimentarles con una droga que los enloquece y que en último término los mata, y utilizarlos mientras tanto para robar y matar, para después recoger todo el botín. Jamás había escuchado nada igual. Creía que el culto al dios Loco estaba compuesto por fanáticos honestos, pero da la impresión de que todo está controlado por una fría inteligencia.

—Por lo menos en sus acciones sobre el mar —dijo Hawkmoon—. A pesar de todo, me gustaría encontrar al hombre responsable de todo esto. Sólo él puede saber dónde está Yisselda.

—En primer lugar, sugiero que arriemos la vela —dijo D'Averc—. Entraremos en el puerto con ayuda de la marea. No nos recibirán muy bien si ven la vela que llevamos. Por otra parte, podemos hacer un buen uso de todo este tesoro. ¡Ahora somos hombres ricos!

—Seguís siendo mi prisionero, D'Averc —le recordó Hawkmoon—. Pero tenéis razón, podemos disponer de una parte de este tesoro, puesto que las pobres almas que lo poseían ya han muerto. En cuanto al resto, lo podemos entregar a algún hombre honesto para que lo reparta, y compense así a quienes han perdido a sus parientes y fortunas a manos de los marineros locos.

—¿Y después, qué? —preguntó Oladahn.

—Después volveremos a hacernos a ¡a vela... en espera de que asome el jefe de este barco.

—¿Podemos estar seguros de que aparecerá? ¿Qué pasará si se entera de nuestra visita a Simferopol? —preguntó Oladahn.

—En tal caso, no cabe la menor duda de que aún tendrá más deseos de encontrarnos —replicó Hawkmoon

sonriendo burlescamente.

8. El hombre del dios Loco

Así pues, el botín fue vendido en Simferopol. Una parte del dinero obtenido se utilizó para aprovisionar el barco y comprar nuevo equipo y caballos, y el resto se le entregó para su reparto a un mercader, a quien todos recomendaron como el más honesto de toda Crimea. No mucho después de la llegada del barco capturado apareció el Muchacha sonriente. Hawkmoon se apresuró a comprar el silencio de su capitán en lo relativo a la naturaleza del barco de la vela negra. Recuperó sus pertenencias, incluyendo la alforja que contenía el regalo que le hiciera Rinal y, acompañado por Oladahn y D'Averc, subieron de nuevo a su barco y salieron del puerto aprovechando la marea de la tarde. Dejaron a Coryanthum en compañía del mercader, para que se recuperara.

El barco negro navegó tranquilamente durante más de una semana, ya que apenas si hubo viento durante todo ese tiempo. Según los cálculos de Hawkmoon las corrientes los llevaban cerca del canal que separaba el mar Negro del mar de Azov, en las proximidades de Kerch, allí donde había sido reclutado Coryanthum.

D'Averc se había instalado una hamaca en medio del barco, tosiendo teatralmente de vez en cuando y comentando el aburrimiento que sentía. Oladahn se sentaba a menudo en la torre de vigía, escudriñando el mar, mientras Hawkmoon paseaba por la cubierta, empezando a preguntarse si su plan tendría algún sentido más allá de su propia necesidad de saber qué había sido de Yisselda. Incluso empezaba a dudar de que el anillo hubiera sido de ella, y llegó a pensar que quizá, a lo largo de los años, se habían fabricado varios anillos como aquel en Camarga.

Entonces, una buena mañana, una vela apareció en el horizonte, procedente del noroeste. Oladahn fue el primero en divisarla y llamó a Hawkmoon para que subiera a la cubierta. Hawkmoon acudió apresuradamente y escudriñó el horizonte. Podría tratarse del barco que estaban esperando.

—Id abajo —gritó—. Que todo el mundo vaya abajo.

Oladahn descendió del puesto de vigía y D'Averc, repentinamente activo, dejó su hamaca y se dirigió hacia la escalerilla que conducía al interior del buque. Se encontraron en la oscuridad de la bodega central y esperaron.

Pareció transcurrir una hora antes de que escucharan el ruido característico de la madera chocando contra la madera, y supieron así que el otro barco se había situado al costado. No obstante, podía tratarse de una nave inocente que sólo sintiera curiosidad por un barco aparentemente vacío y a la deriva.

Unos momentos después. Hawkmoon escuchó los pasos de una persona con botas que caminaba por la cubierta; los pasos recorrieron lentamente toda la cubierta y después regresaron. Se produjo entonces un silencio, mientras el hombre entraba en un camarote o subía al puente.

La tensión aumentó cuando se escuchó de nuevo el sonido de los pasos, que esta vez se dirigían directamente a la bodega central.

Hawkmoon vislumbró una silueta por encima, inclinada para atisbar hacia la oscuridad donde ellos se encontraban. La figura se detuvo un instante y después empezó a bajar la escalera. Mientras lo hacía, Hawkmoon avanzó hacia adelante.

En cuanto el recién llegado hubo alcanzado el suelo, Hawkmoon saltó sobre él, agarrando al hombre por el cuello, que rodeó con su brazo. Era un verdadero gigante, de casi dos metros de altura, con una enorme y poblada barba negra y el pelo plateado, que portaba un peto de bronce sobre su camisa de seda negra. Gruñó, lleno de sorpresa, y saltó hacia un lado, arrastrando consigo a Hawkmoon. Aquel gigante era increíblemente fuerte. Sus enormes dedos se dirigieron hacia el brazo de Hawkmoon y empezaron a soltar el abrazo de éste.

—Rápido..., ayudadme a sujetarle —gritó Hawkmoon.

Sus amigos surgieron de la oscuridad y se abalanzaron a su vez sobre el gigante, derribándole.

D'Averc desenvainó su espada. Con su máscara de oso y los grabados metálicos de Granbretan, tenía un aspecto terrible, a pesar de que colocó delicadamente la punta de su espada contra el cuello del gigante.

—¿Cuál es vuestro nombre? —preguntó D'Averc haciendo resonar la voz en el interior del casco.

—Capitán Shagarov. ¿Dónde está mi tripulación? —El gigante de barba negra les miró con ojos refulgentes, sin sentirse avergonzado por haber sido capturado, y repitió—: ¿Dónde está mi tripulación?

—¿Os referís a los locos que enviasteis a matar? —preguntó Oladahn—. Se han ahogado todos excepto uno, y ése nos ha contado vuestras malvadas artimañas.

—¡Idiotas! —maldijo Shagarov—. Sólo sois tres hombres. Creéis que me habéis atrapado y no os dais cuenta de que tengo a un montón de guerreros en mi propio buque.

—Como os habréis dado cuenta, ya nos hemos encargado de una tripulación —le dijo D'Averc con un tono burlón—. Ahora también podemos encargarnos de otra.

Por un instante, el temor brilló en los ojos de Shagarov. Pero después su expresión se endureció.

—No os creo. Quienes iban en este barco sólo vivían para matar. ¿Cómo pudisteis...?

—El caso es que lo hicimos —le interrumpió D'Averc. Volvió hacia Hawkmoon su enorme cabeza cubierta por el casco y preguntó — : ¿Subimos al puente y ponemos en marcha el resto de nuestro plan?

—Un momento —contestó Hawkmoon inclinándose hacia Shagarov—. Quiero interrogarle antes. Shagarov..., ¿capturaron vuestros hombres a una mujer?

—Tenían órdenes de no matar a ninguna mujer, sino de traérmela a mí.

—¿Porqué?

—No lo sé... Yo sólo tenía órdenes de enviarle mujeres..., y eso es lo que hacía. —Shagarov se echó a reír—. No me tendréis durante mucho tiempo en vuestras manos, ¿sabéis? En menos de una hora los tres estaréis muertos. Los hombres entrarán en sospechas.

—¿Por qué no habéis traído a bordo a ninguno de ellos? Quizá porque no están tan locos... ¿Acaso porque les puede dar náuseas lo que encuentren?

—Acudirán en cuanto grite —replicó Shagarov encogiéndose de hombros.

—Posiblemente —admitió D'Averc—. Levantaos, por favor.

—En cuanto a esas mujeres —siguió diciendo Hawkmoon—. ¿A dónde las enviabais... y a quién?

—Tierra adentro, desde luego, a mi jefe... el dios Loco.

—¿De modo que servís al dios Loco? ¿No engaáis a la gente haciéndoles creer que estos actos de piratería son cometidos por sus seguidores?

—Bueno.... yo sólo le sirvo, aunque no soy miembro de su culto. Sus agentes me pagan muy bien por piratear en los mares y enviarle el botín.

—¿Por qué lo hacéis de este modo?

—El culto no cuenta con marineros —espetó Shagarov—. De modo que uno de ellos imaginó este plan para conseguir dinero, aunque no sé para qué lo utilizan. Después, se puso en contacto conmigo. —El hombre se puso en pie, con su cabeza sobresaliendo por encima de las de todos ellos—. Vayamos arriba. Me va a divertir mucho ver lo que hacéis.

D'Averc hizo un gesto de asentimiento hacia los otros dos, que volvieron a meterse entre las sombras y sacaron antorchas apagadas, una para cada uno de ellos. D'Averc indicó a Shagarov que siguiera a Oladahn escalera arriba.

Subieron lentamente a cubierta hasta que salieron a la luz del sol y contemplaron un enorme y elegante velero de tres palos anclado junto a su barco.

Los hombres del otro barco comprendieron inmediatamente lo que había sucedido e hicieron intención de avanzar hacia ellos, pero Hawkmoon apretó su espada contra las costillas de Shagarov y les gritó:

—¡No os mováis o mataré a vuestro capitán!

—Matadme... y ellos os matarán a vos — murmuró Shagarov —. ¿Quién saldrá ganando entonces?

—Silencio —ordenó Hawkmoon—. Oladahn, encended las antorchas.

Oladahn aplicó yesca y pedernal a la primera antorcha, que se encendió inmediatamente. Encendió las otras y entregó una a cada uno de sus compañeros.

—Y ahora —siguió diciendo Hawkmoon—, debo advertiros que este barco está lleno de aceite. En cuanto le apliquemos las antorchas, todo el barco estallará en llamas... y probablemente también el vuestro. De modo que os aconsejamos no hagáis ningún movimiento para intentar rescatar a vuestro capitán.

—De modo que nos quemaríamos todos —dijo Shagarov—. Estáis tan loco como los que habéis matado.

—Oladah —dijo Hawkmoon sacudiendo la cabeza—, preparad el esqui.

Oladah se dirigió a popa, hacia la escotilla más alejada, haciendo oscilar una grúa sobre ella, retiró la tapa de la escotilla y desapareció bajo ella llevando consigo el cable que colgaba de la grúa.

Hawkmoon vio que los hombres del otro barco empezaban a agitarse, inquietos, y movió la antorcha amenazadoramente. El calor de las llamas hizo que su rostro adquiriera un tono rojo oscuro, y las llamas se reflejaron ferozmente en sus ojos.

Oladah volvió a salir y empezó a maniobrar con una mano la grúa especialmente diseñada, mientras que con la otra seguía sosteniendo la antorcha. Lentamente, algo empezó a surgir por la escotilla, algo que cabía justo por la amplia abertura.

Shagarov lanzó un gruñido de sorpresa al ver que se trataba de un enorme esqui sobre el que había tres caballos atados, que tenían aspecto de sentirse asustados y perplejos, mientras eran izados sobre la cubierta hasta que quedaron suspendidos sobre el agua.

Oladah interrumpió su trabajo y se apoyó contra la grúa, jadeando y sudando, pero asegurándose en todo momento de sostener la antorcha lejos del maderamen de la cubierta.

—Un plan muy elaborado —bufó Shagarov—, pero seguís siendo únicamente tres hombres. ¿Qué intentáis hacer ahora?

—Ahorcaros —contestó Hawkmoon—. Ante los ojos de toda vuestra tripulación. Dos cosas me han impulsado a tenderos esta trampa. En primer lugar... necesitaba información. En segundo término, decidí entregaros en manos de la justicia.

—¿La justicia de quién? —aulló Shagarov con los ojos llenos de temor—. ¿Por qué meteros en los asuntos de los demás? No os hemos hecho ningún daño. ¿La justicia de quién? —repitió.

—La justicia de Hawkmoon —replicó el duque de Colonia.

Ahora, bajo los rayos del sol, la siniestra Joya Negra de su frente parecía brillar y cobrar vida.

—¡Hombres! —gritó de pronto Shagarov—. ¡Rescatadme! ¡Atacadlos!

—Un solo movimiento y le mataremos y lo incendiaremos todo —gritó en seguida D'Averc—. No ganáis nada con esto. Si queréis salvar vuestras vidas y vuestro barco, alejaos y dejadnos. Nuestra disputa sólo es con Shagarov.

Tal y como habían esperado, la tripulación mandada por el pirata no sentía una gran lealtad para con su jefe y, al sentir amenazada su propia piel, no se vieron muy estimulados para acudir en su ayuda. Sin embargo, no soltaron los ganchos que sujetaban juntos a los dos barcos, sino que esperaron a ver qué harían a continuación los tres hombres.

Hawkmoon cogió entonces una cuerda en la que ya se había hecho un nudo y saltó a la viga transversal. Al llegar al extremo, dejó caer la cuerda por encima del brazo, de modo que quedó colgando sobre el agua. A continuación, la ató firmemente y regresó de nuevo a la cubierta.

Se produjo un gran silencio cuando Shagarov se dio cuenta de que no podía esperar ninguna ayuda por parte de sus hombres.

En la popa, el esqui con su carga de caballos y provisiones colgaba ligeramente sobre el aire sereno, con los pescantes crujiendo. Las antorchas flameaban en las manos de los tres compañeros.

Shagarov gritó y trató de liberarse, pero tres espadas le detuvieron, dirigidas hacia el cuello, el pecho y el vientre.

—No podéis... —empezó a decir Shagarov, pero abandonó su incipiente intento en cuanto vio la determinación que reflejaban los semblantes de los tres hombres.

Oladahn se inclinó sobre la borda hacia la cuerda que colgaba y, utilizando su espada, la enganchó y la atrajo hacia sí. D'Averc empujó a Shagarov hacia adelante. Hawkmoon cogió el extremo de la cuerda, donde se había hecho el nudo, lo ensanchó y lo pasó alrededor del cuello de Shagarov. Éste, al sentir la cuerda alrededor de su cuello lanzó un golpe repentino hacia Oladahn, que todavía estaba inclinado sobre la borda. El pequeño hombre, lanzando un grito de sorpresa, se dobló y cayó al agua. Hawkmoon abrió la boca, perplejo, y se asomó sobre la borda para ver qué le había ocurrido a Oladahn. Entonces, Shagarov se volvió contra D'Averc, tratando de arrebatarle la antorcha, que cayó sobre la cubierta. Pero D'Averc retrocedió al tiempo que extendía la espada ante la nariz de Shagarov.

El capitán pirata le escupió en el rostro, se dio media vuelta, avanzó con decisión hacia la borda y lanzó una patada contra Hawkmoon, que trató de detenerle; después, el capitán se lanzó al vacío.

El nudo se apretó alrededor de su cuello, el peñol se dobló, pero después se enderezó, y el cuerpo del capitán Shagarov quedó balanceándose salvajemente arriba y abajo. Se le había roto el cuello y había muerto.

D'Averc se precipitó sobre la antorcha caída, pero ésta ya había incendiado la cubierta impregnada de aceite. Empezó a pegar patadas, tratando de apagar las llamas.

Hawkmoon se precipitó para lanzarle una cuerda a Oladahn que, chorreante, empezó a subir por el costado del barco, sin que el chapuzón le hubiera hecho aparentemente ningún daño.

La tripulación del otro barco empezó a moverse agitadamente, y Hawkmoon se preguntó qué harían a continuación.

—¡Alejaos! —les gritó en el momento en que Oladahn regresaba a la cubierta—. Ahora ya no podéis salvar a vuestro capitán.... ¡y corréis peligro a causa del fuego!

Pero los hombres no se movieron.

—¡El fuego, idiotas! —gritó Oladahn señalando hacia donde D'Averc retrocedía ante las llamas que ahora se elevaban altas, alcanzando el mástil y la superestructura.

—Vayamos a nuestro pequeño bote —dijo D'Averc riendo.

Hawkmoon arrojó su propia antorcha hacia donde había caído la de D'Averc y se volvió.

—Pero ¿por qué no se marchan?

—Por el tesoro —le dijo D'Averc mientras hacían descender el esquife hacia el agua, con los asustados caballos bufando al olor del fuego—. Se creen que el tesoro sigue estando a bordo.

En cuanto el esquife estuvo a flote, bajaron por las cuerdas que lo sostenían y luego las cortaron. El barco negro se había convertido en una gran llamarada que despedía olor a aceite quemado. Destacado contra el fuego, el cuerpo de Shagarov se balanceaba, como tratando de evitar aquel infierno.

Levantaron la vela del esquife y el viento la hinchó, alejándoles del barco en llamas. Ahora, al otro lado, vieron el barco pirata. Una de sus velas empezó a arder cuando una chispa del otro cayó en ella. Algunos miembros de la tripulación se ocuparon de intentar apagarla, mientras que los otros cortaban de mala gana las cuerdas de los garfios. Pero el barco pirata ya se había incendiado y el fuego no tardaría en extenderse.

Pronto el esquife se halló demasiado lejos como para ver si el barco pirata se había salvado o no. Y, en la otra dirección, ya se divisaba tierra. Era Crimea, y más allá estaba Ucrania.

Y en alguna parte de Ucrania encontrarían al dios Loco, a sus seguidores y, posiblemente, a Yisselda...

Libro segundo

Ahora, mientras Dorian Hawkmoon y sus compañeros navegaban hacia la costa montañosa de Crimea, los ejércitos del Imperio Oscuro que rodeaban el pequeño territorio de Camarga, recibieron órdenes de Huon, el rey-emperador, para que no se escatimara ninguna vida, energía e inspiración en el esfuerzo destinado a aplastar y destruir por completo a los insolentes que se atrevían a resistir a Granbretan. Las hordas del Imperio Oscuro cruzaron el puente de plata que cruzaba el mar a lo largo de más de cuarenta kilómetros; entre ellas había las máscaras de cerdos y lobos, buitres y perros, mantas y rayas, con sus armaduras de extraño diseño y sus armas de brillante metal. Y en su globo del trono, encogido como un feto en el fluido que preservaba su inmortalidad, el rey Huon ardía de odio contra Hawkmoon, el conde Brass y el resto de los que, de algún modo, no lograba manipular tal y como había manipulado al resto del mundo. Era como si alguna fuerza oponente les ayudara — quizá manipulándolos como él no podía hacer—, y éste era un pensamiento que el rey-emperador no podía tolerar...

Pero muchas cosas dependían de aquellos pocos que estaban fuera del poder de influencia del rey Huon, aquellas tres almas..., Hawkmoon, Oladah, quizá el propio D'Averc, y también del misterioso Guerrero de Negro y Oro. de Yisselda, el conde Brass y unos pocos más. Pues el Bastón Rúnico dependía de ellos para poner en marcha su propio modelo de destino...

—LA ALTA HISTORIA DEL BASTÓN RÚNICO

1. El guerrero que espera

Mientras se acercaban a los negros acantilados que indicaban la costa, Hawkmoon observó con curiosidad a D'Averc, que se había echado hacia atrás la máscara de oso de su casco y escudriñaba el mar con una ligera sonrisa sobre los labios. D'Averc pareció darse cuenta de la atención que le dirigía Hawkmoon y dijo:

—Parecéis perplejo, duque Dorian. ¿Acaso no os agrada el resultado de nuestro plan?

—Sí —asintió Hawkmoon—. Pero sois vos el que me tenéis perplejo, D'Averc. Os habéis unido a esta aventura de un modo espontáneo; y, sin embargo, no ganáis nada con ella. Estoy seguro de que no sentisteis ningún gran interés por darle su merecido a Shagarov y, desde luego, no compartís mi desesperación por conocer el destino de Yisselda. Por otro lado, no habéis hecho ningún intento por escapar, al menos que yo sepa.

—¿Y por qué iba a intentarlo? —replicó D'Averc sonriendo más ampliamente—. Vos no amenazáis mi vida. En realidad, me la habéis salvado. En estos momentos mi destino parece estar más unido al vuestro que al del Imperio Oscuro.

—Pero vos no me debéis vuestra lealtad, ni a mí ni a mi causa.

—Como ya os he explicado, mi querido duque, debo mi lealtad a aquella causa que mejor parezca corresponderse con mis propias ambiciones. Debo admitir que he cambiado mi punto de vista con respecto a la imposibilidad de vuestra causa... Parecéis estar dotado de tal monstruosa buena suerte, que a veces incluso me siento tentado de creer que hasta podéis ganar en vuestra lucha contra el Imperio Oscuro. Y si eso parece posible, bien puedo unirme a vos, y hacerlo con gran entusiasmo.

—¿Acaso no esperaréis pacientemente el momento de cambiar de nuevo nuestros papeles y hacerme prisionero con la intención de entregarme a vuestros jefes?

—Ninguna negativa por mi parte os convencería de lo contrario —contestó D'Averc sonriendo—, de modo que no os lo voy a negar.

Aquella enigmática respuesta hizo que Hawkmoon volviera a fruncir el ceño.

Entonces, como si pretendiera cambiar de conversación, D'Averc se dobló de pronto sobre sí mismo con un

acceso de tos, y terminó sentado, jadeante, sobre el esquife.

—¡Duque Dorian! —llamó Oladahn desde la proa—. ¡Mirad allí..., sobre la playa!

Hawkmoon miró hacia adelante. Por debajo de los imponentes acantilados distinguió una estrecha franja de guijarros. Sobre la playa había un jinete que permanecía inmóvil, mirando hacia ellos como si les estuviera esperando para transmitirles algún mensaje especial.

La quilla del esquife se arrastró sobre los guijarros de la playa y Hawkmoon reconoció al jinete que esperaba a la sombra del acantilado.

Hawkmoon saltó del esquife y se aproximó a él. Iba cubierto de la cabeza a los pies con una armadura plateada, y tenía la cabeza algo inclinada, como si estuviera reflexionando.

—¿Sabíais que llegaría aquí? —le preguntó Hawkmoon.

—Me pareció que podíais desembarcar en este lugar en particular —contestó el Guerrero de Negro y Oro—. De modo que os esperé.

—Ya veo. —Hawkmoon le miró sin saber qué hacer o decir a continuación—. Ya veo...

D'Averc y Oladahn se acercaron a ellos.

—¿Conocéis a este caballero? —preguntó D'Averc a la ligera.

—Es un viejo conocido mío —contestó Hawkmoon.

—Vos sois sir Huillam d'Averc —dijo sonoramente el Guerrero de Negro y Oro—. Veo que todavía lleváis los ropajes de Granbretan.

—Eso se ajusta a mis gustos —replicó D'Averc—. No he oído que os hayáis presentado.

El Guerrero de Negro y Oro ignoró a D'Averc y elevó una pesada mano, cubierta por el guantelete, para señalar a Hawkmoon.

—Ésta es la única persona con la que tengo que hablar. Buscáis a vuestra prometida, Yisselda, y ahora andáis buscando al dios Loco.

—¿Es Yisselda una prisionera del dios Loco?

—En cierto modo, lo es. Pero tenéis que buscar al dios Loco por otra razón.

—¿Yisselda viva? —preguntó Hawkmoon con insistencia.

—Ella vive. —El Guerrero de Negro y Oro se movió sobre la silla y añadió —: Pero antes de que ella pueda volver a ser vuestra, tenéis que destruir al dios Loco. Tenéis que destruirle y arrebatarle el Amuleto Rojo que lleva colgando del cuello..., pues ese Amuleto Rojo os pertenece a vos por derecho. El dios Loco ha robado dos cosas..., y ambas son vuestras... Me refiero a la muchacha y al amuleto.

—Yisselda es mía, desde luego..., pero no sé nada de ningún amuleto. Nunca he poseído ninguno.

—Éste es el Amuleto Rojo, y es vuestro. El dios Loco no tiene derecho alguno a llevarlo, y por esa razón ha enloquecido.

—Si ésa es la propiedad que tiene ese Amuleto Rojo —dijo Hawk moon sonriendo—, prefiero que lo lleve el dios Loco.

—Éstas no son cosas para bromear, duque Dorian. El Amuleto Rojo ha hecho enloquecer al dios Loco porque se lo robó a un sirviente del Bastón Rúnico. Pero si el sirviente del Bastón Rúnico llevara el Amuleto Rojo, lograría obtener un gran poder del propio Bastón Rúnico gracias a ese mismo amuleto. Únicamente se vuelve loco aquel que lo lleva sin derecho.... y sólo podrá recuperarlo aquel que tenga derecho a ello. En consecuencia, yo no se lo puedo quitar, como tampoco se lo puede quitar nadie más, excepto Dorian Hawkmoon de Colonia, sirviente del Bastón Rúnico.

—Volvéis a llamarme sirviente del Bastón Rúnico y, sin embargo, no tengo ninguna obligación que cumplir, que yo sepa, y ni siquiera sé si todo esto no es más que producto de vuestra imaginación, o si no estaréis loco vos mismo.

—Pensad lo que queráis. Sin embargo, no cabe la menor duda de que buscáis al dios Loco..., de que no deseáis otra cosa que encontrarle, ¿no es cierto?

—Para encontrar a Yisselda, su prisionera...

—Como queráis. Bien, en tal caso no necesito convenceros de cuál es vuestra misión.

—Se ha producido una extraña serie de coincidencias desde que me embarqué en mi viaje desde Hamadán —observó Hawkmoon frunciendo el ceño—. Coincidencias que apenas si son creíbles.

—En lo que se refiere al Bastón Rúnico no existe la menor coincidencia. En ocasiones se descubre el modelo, y en otras no. —El Guerrero de Negro y Oro se volvió en la silla y señaló hacia un estrecho camino abierto en el acantilado—. Podemos subir por ahí, acampar y descansar arriba. Mañana emprenderemos el viaje hacia el castillo del dios Loco.

—¿Sabéis dónde está situado? —preguntó ávidamente Hawkmoon, olvidando todas sus otras dudas.

—Así es.

Entonces, otro pensamiento se le ocurrió a Hawkmoon, que preguntó:

—¿Vos... no..., no habréis organizado la captura de Yisselda? ¿Para obligarme a mí a buscar al dios Loco?

—Yisselda fue capturada por un traidor que perteneció al ejército de su padre... Juan Zhinaga, quien planeaba llevarla a Granbretan. Pero en el transcurso de su camino fue desviado por guerreros del Imperio Oscuro que deseaban obtener el mérito de haberla raptado. Mientras luchaban, Yisselda escapó y finalmente se unió a una caravana de refugiados que atravesaba Italia, consiguiendo embarcarse algo más tarde en un barco que iba a cruzar el mar Adriático y que, según se le dijo, se dirigía a Provenza. Pero, en realidad, ese barco era de esclavas destinadas a Arabia. La nave fue atacada en el golfo de Sidra por un pirata de Carpathos.

—Resulta una historia algo difícil de creer. ¿Qué pasó después?

—Los carpatianos decidieron pedir rescate por ella sin saber que Camarga estaba siendo asediada. Sólo más tarde se enteraron de que no podrían obtener dinero de ese lado. Decidieron llevarla a Estambul para venderla, pero cuando llegaron encontraron el puerto lleno de barcos del Imperio Oscuro. Temerosos de estos barcos, siguieron viaje hacia el mar Negro, donde su embarcación fue atacada por la que vos acabáis de incendiar...

—El resto ya lo conozco. Esa mano que encontré debió de haber pertenecido a un pirata que le robó a Yisselda su anillo. Pero es una historia muy extraña y no suena mucho a verdadera. Es una coincidencia...

—Ya os lo he dicho... No hay coincidencias en todo lo relacionado con el Bastón Rúnico. En algunas ocasiones, el modelo parece más sencillo que en otras.

—¿Ella no ha recibido ningún daño? —preguntó Hawkmoon con un suspiro.

—Relativamente.

—¿Qué queréis decir con eso?

—Esperad a que lleguéis al castillo del dios Loco.

Hawkmoon trató de seguir interrogando al Guerrero de Negro y Oro, pero el enigmático hombre permaneció completamente en silencio, sentado en la silla, aparentemente sumido en profundos pensamientos. Finalmente, el duque acudió a ayudar a D'Averc y Oladahn a sacar a los nerviosos caballos del esquife y a descargar el resto de provisiones que habían traído. Encontró la zarandeada alforja y se extrañó de que hubiera podido conservarla a lo largo de todas sus últimas aventuras.

Una vez que estuvieron preparados, el Guerrero de Negro y Oro hizo volver grupas a su caballo y, en silencio, inició el ascenso de la estrecha senda que subía por el acantilado.

Los tres compañeros, sin embargo, se vieron obligados a desmontar y le siguieron a un paso mucho más lento. Tanto los hombres como los caballos estuvieron a punto de caer en varias ocasiones, y las piedras sueltas cayeron bajo sus pies hacia el vacío, chocando contra los guijarros que ahora parecían hallarse muy lejos, allá abajo. Pero terminaron por alcanzar la parte más alta del acantilado, desde donde contemplaron una llanura moteada de colinas que parecía extenderse hasta el infinito.

El Guerrero de Negro y Oro señaló hacia el oeste.

—Mañana seguiremos por ese camino, hacia el Puente Palpitante, más allá del cual está Ucrania. El castillo del dios Loco está situado a varios días de viaje hacia el interior. Estad vigilantes porque hay tropas del Imperio Oscuro por los alrededores.

Les observó mientras ellos preparaban el campamento. D'Averc le miró y preguntó con un tono burlón:

—¿No queréis participar en nuestra comida, señor?

Pero la gran cabeza, cubierta por el casco, permaneció inclinada y tanto el guerrero como el caballo siguieron quietos, como formando una sola estatua, y así se quedaron durante toda la noche, como si les estuviera vigilando..., o posiblemente asegurándose de que ellos no se marchaban durante la noche por cuenta propia.

Hawkmoon se tumbó en su tienda y contempló la quieta silueta del Guerrero de Negro y Oro, preguntándose si aquella criatura sería humana, y si el interés que sentía por él era, en último término, amistoso o maligno. Suspiró. Lo único que le importaba era encontrar a Yisselda, salvarla y llevarla de regreso a Camarga, satisfecho de saber que la provincia seguía resistiendo los embates del Imperio Oscuro. Pero su vida se veía complicada ahora por este extraño misterio del Bastón Rúnico, y por un cierto destino por el que, al parecer, tenía que pasar, y que encajaba con el «esquema» del Bastón Rúnico. Y, sin embargo, el Bastón Rúnico era una cosa, no una inteligencia. ¿O acaso se trataba de una inteligencia? Era el poder más grande sobre el que uno podía jurar. Se creía que controlaba toda la historia humana. Si era así, se preguntó, ¿por qué necesitaría «sirvientes» cuando, de hecho, todos los hombres le servían?

Pero quizá no todos los hombres le sirvieran. Quizá de vez en cuando emergían fuerzas que, como el Imperio Oscuro, se oponían al esquema que el Bastón Rúnico había diseñado para el destino humano. En tal caso, quizá el Bastón Rúnico necesitara, en efecto, de sirvientes.

Hawkmoon se sintió confundido. No poseía una mente capaz de analizar profundidades de aquel calibre o apta para dedicarse a la filosofía especulativa. Y no mucho después, se quedó profundamente dormido.

2. El castillo del dios Loco

Cabalaron durante dos días hasta que llegaron al Puente Palpitante, que salvaba un trecho de mar extendido entre dos altos acantilados separados por unos cuantos kilómetros.

El Puente Palpitante fue para ellos una visión asombrosa, pues no parecía estar hecho de ninguna sustancia sólida, sino de un gran número de vigas cruzadas de luz coloreada que habían sido trenzadas de algún modo. Predominaba el color dorado y el azul brillante, pero también había un refulgente escarlata, verde y un pulsante amarillo. Todo el puente palpitaba como si se tratara de un órgano vivo, y más abajo de él el mar lanzaba olas espumeantes contra agudos cantos rocosos.

—¿Qué es? —le preguntó Hawkmoon al Guerrero de Negro y Oro—. No se trata de nada natural, ¿verdad?

—Es un artefacto antiguo —contestó el guerrero—, creado por una ciencia y una raza olvidadas que surgieron en algún momento de la historia, entre el Diluvio Mortal y la aparición de los principados. No sabemos ni quiénes fueron, ni cómo surgieron a la existencia, ni cómo murieron.

—Sin duda alguna, vos sí que lo sabéis —comentó D'Averc alegremente—. Me desilusionáis. Había creído que erais omnisciente.

El Guerrero de Negro y Oro no contestó. La luz procedente del Puente Palpitante se reflejaba en sus pieles y armaduras, arrojando sobre ellos una gran variedad de matices. Los caballos empezaron a encabritarse y les fue difícil controlarlos a medida que se acercaban al gran puente de luz.

El caballo de Hawkmoon corcoveó y bufó y tuvo que sujetarle bien de las riendas, obligándolo a seguir avanzando. Finalmente, sus cascos tocaron la luz palpitante del puente y el animal se tranquilizó, al darse cuenta de que el puente soportaría realmente su peso.

El Guerrero de Negro y Oro ya estaba cruzándolo y todo su cuerpo parecía envuelto en un aura multicolor. Hawkmoon también vio que la extraña luz subía por el cuerpo del caballo hasta sumergirlo a él mismo en una misteriosa radiación. Miró hacia atrás y vio a D'Averc y a Oladahn que refulgían como seres procedentes de las estrellas, mientras se movían lentamente atravesando la luz palpitante del puente.

Más abajo, apenas vislumbrados a través de las vigas cruzadas, se veían las olas grises y las rocas circundadas de espuma. A los oídos de Hawkmoon llegó un rumor musical y agradable que parecía vibrar al compás de la propia luz del puente.

Finalmente, cruzaron el puente y Hawkmoon se sintió fresco, como si hubiera descansado durante varios días. Se lo mencionó así al Guerrero de Negro y Oro, quien le dijo:

—En efecto, según me han dicho ésa es otra de las propiedades del Puente Palpitante.

Después, siguieron cabalgando. Ahora ya les quedaban pocos días de camino hasta el castillo del dios Loco.

Al tercer día de viaje empezó a caer una fina llovizna que terminó por empaparles y les desanimó. Los caballos avanzaban despacio por la vasta y anegada llanura ucraniana y parecía como si aquel mundo gris no se fuera a terminar nunca.

Al sexto día de viaje, el Guerrero de Negro y Oro levantó la cabeza e hizo detener su caballo, haciendo una señal para que los otros tres también se detuvieran. Parecía estar escuchando algo.

Hawkmoon no tardó en escuchar también un sonido..., el retumbar de cascos de caballos. Entonces, coronando una ligera elevación situada a su izquierda, apareció un grupo de jinetes con gorras y capas de piel de oveja, largas lanzas y sables sujetos a la espalda.

Parecían acometidos por el pánico ya que, sin hacer el menor caso de los cuatro jinetes que les observaban, pasaron a su lado a una fantástica velocidad, fustigando a sus cabalgaduras de tal modo que incluso dejaron tras de sí un olor a sangre.

—¿Qué ocurre? —les gritó Hawkmoon—. ¿De qué huís?

Uno de los jinetes se volvió en la silla sin disminuir por ello su velocidad.

—¡El ejército del Imperio Oscuro! —gritó alejándose.

—¿Debemos continuar en esa dirección? —le preguntó Hawkmoon al guerrero con expresión preocupada—. ¿O será mejor que encontremos otra ruta?

—Ninguna ruta es segura —contestó el Guerrero de Negro y Oro—. De modo que da lo mismo seguir por ésta.

Media hora más tarde distinguieron una humareda en la distancia. Era un humo espeso y aceitoso que se mantenía cerca del suelo y que tenía un olor desagradable. Hawkmoon sabía lo que significaba aquel humo, pero no dijo nada. Algo más tarde llegaron a una ciudad ardiendo y vieron, apilados en la plaza, un gran montón de cadáveres desnudos..., hombres, mujeres, niños y animales amontonados indiscriminadamente los unos sobre los otros, y ardiendo.

Era aquella pila de carne lo que producía el olor nauseabundo que venían percibiendo desde hacía rato, y Hawkmoon sabía muy bien que sólo una raza podía haber realizado un acto de aquella clase. Los jinetes habían tenido razón. Los soldados del Imperio Oscuro debían de estar muy cerca. Por todas partes había señales de que un batallón completo de tropas se había apoderado de la ciudad, saqueándola.

Se deslizaron furtivamente fuera de la ciudad, pues no había nada que ellos pudieran hacer, y continuaron su viaje con un estado de ánimo aún más sombrío, aunque muy atentos ahora a cualquier señal que les indicara la presencia de las tropas de Granbretan.

Oladahn, que aún no había visto muchas de las atrocidades del Imperio Oscuro, fue el que más visiblemente se emocionó a la vista de lo que había presenciado.

—Unos hombres mortales no podrían... —balbuceó—, no podrían...

—Ellos no se consideran a sí mismos como seres mortales ordinarios —dijo D'Averc—, sino como semidioses, y a sus gobernantes los consideran como verdaderos dioses.

—Eso justifica ante sus ojos todas sus acciones inmorales —añadió Hawkmoon—. Además, les encanta extender la destrucción y el terror, torturar y matar. Al Imperio Oscuro le sucede igual que a algunas bestias: la necesidad de matar es mucho mayor que la de vivir. Esa isla ha sido el origen de una raza de locos cuyo único pensamiento y acción resultan totalmente extraños para quienes no han nacido en Granbretan.

La depresiva llovizna siguió cayendo mientras abandonaban la ciudad dejando atrás su horrorosa pira humana .

—Ahora ya no falta mucho para llegar al castillo del dios Loco —dijo el Guerrero de Negro y Oro.

A la mañana siguiente llegaron a un valle amplio y poco profundo con un pequeño lago sobre el que pendía una neblina grisácea. Al otro lado del lago vieron una forma negra y lúgubre, un edificio hecho de piedra sin desbastar situado en el extremo más alejado del agua.

Aproximadamente a medio camino entre el lugar donde ellos se encontraban y el castillo, observaron un grupo de destartadas casuchas arracimadas junto al lago y unas pocas barcas atracadas cerca. Había redes tendidas a secar, pero no se veía el menor rastro de los pescadores que las utilizaban.

El día era oscuro, frío y opresivo y sobre el lago, el pueblo y el castillo parecía extenderse una atmósfera ominosa. Los tres hombres siguieron de mala gana al Guerrero de Negro y Oro que siguió su camino hacia al castillo, bordeando la orilla del lago.

—¿Qué se sabe de ese culto al dios Loco? —susurró Oladahn—. ¿Con cuántos hombres cuenta? ¿Son tan feroces como los que lucharon en el barco? ¿Acaso el guerrero subestima su fortaleza o sobrestima la nuestra?

Hawkmoon se encogió de hombros, ya que sólo podía pensar en Yisselda. Escudriñó el gran castillo negro, preguntándose dónde estaría prisionera.

A medida que se acercaron al pueblo de pescadores, comprendieron por qué estaba tan silencioso. Todos los habitantes del pueblo habían sido asesinados, destrozados por las espadas o las hachas. Algunas de las hojas seguían enterradas en los cuerpos, pertenecientes tanto a mujeres como hombres.

—¡El Imperio Oscuro! —exclamó Hawkmoon.

—Esto no ha sido trabajo de ellos —replicó el Guerrero de Negro y Oro, negando con un gesto de la cabeza—. No se trata de sus armas, ni ése es su estilo.

—Entonces..., ¿quién ha sido? —preguntó Oladahn, estremeciéndose—. ¿Los miembros del culto?

El guerrero no contestó. Desmontó y se dirigió hacia el cadáver más cercano. Los demás también desmontaron, mirando perplejos a su alrededor. La neblina procedente del lago se arremolinaba a su alrededor como si se tratara de una fuerza maligna que tratara de atraparles.

—Todos estos eran miembros del culto —dijo el guerrero señalando el cadáver—. Algunos lo servían dedicándose a pescar para proporcionar alimentos al castillo. Otros vivían en el propio castillo. Algunos de éstos son del castillo.

—¿Es que han luchado entre ellos? —sugirió D'Averc.

—En cierto sentido, quizá —contestó el guerrero.

—¿Qué queréis decir...? —empezó a decir Hawkmoon, pero de pronto se volvió, al escuchar un grito escalofriante que procedía de detrás de las casuchas.

Todos desenvainaron las espadas y formaron un círculo, preparados para resistir un ataque procedente de cualquier parte.

Pero cuando el ataque se produjo, Hawkmoon bajó la espada, momentáneamente atónito ante la naturaleza de los atacantes.

Llegaron corriendo por entre las casuchas, con las espadas y las hachas levantadas. Llevaban petos y kilts de cuero, y una luz feroz les iluminaba los ojos. Sus labios estaban contraídos en unas risas bestiales. Sus dientes blancos brillaban y la espuma surgía de sus bocas.

Pero no fue nada de eso lo que dejó atónitos a Hawkmoon y a sus compañeros. Fue su sexo lo que más les sorprendió, ya que todos los guerreros que gritaban de un modo maniaco abalanzándose sobre ellos eran mujeres de una increíble belleza.

Hawkmoon, que recuperó lentamente su posición defensiva, buscó desesperadamente entre aquellos rostros el de Yisselda y se sintió aliviado al no encontrarlo entre ellos.

—De modo que por eso el dios Loco pedía que se le enviaran mujeres —comentó D'Averc boquiabierto—. Pero ¿por qué?

—Tengo entendido que es un dios perverso —dijo el Guerrero de Negro y Oro casi al tiempo que levantaba su espada para detener el ataque de la primera mujer guerrera.

Aunque se defendió desesperadamente contra las espadas de las mujeres locas, a Hawkmoon le fue imposible contraatacar. Vio muchos huecos para introducir la espada, y podría haber matado a varias, pero cada vez que se le presentaba la oportunidad de hacerlo, se contenía. Y lo mismo parecía sucederles a sus compañeros. En un momento de respiro, miró a su alrededor y se le ocurrió una idea.

—Retiraos lentamente —les dijo a sus compañeros—. Seguidme. Tengo un plan para conseguir la victoria... sin derramamiento de sangre.

Los cuatro hombres fueron retrocediendo lentamente hasta que llegaron a las vigas sobre las que se secaban las redes de los pescadores. Sin dejar de defenderse, Hawkmoon rodeó la primera red y cogió uno de los extremos. Oladahn adivinó sus intenciones y cogió el otro extremo. Entonces, Hawkmoon gritó: «¡Ahora!», y los dos lanzaron la red por encima de las cabezas de las mujeres.

La red cayó sobre la mayoría de ellas, enredándolas. Pero algunas lograron liberarse y siguieron luchando.

Al comprender las intenciones de Hawkmoon, D'Averc y el Guerrero de Negro y Oro hicieron lo mismo, para atrapar a las mujeres que habían escapado. Mientras tanto, Hawkmoon y Oladahn arrojaron una segunda red sobre las que ya habían atrapado con la primera. Finalmente, todas las mujeres quedaron atrapadas entre los pliegues de varias redes fuertes, y los cuatro hombres pudieron aproximarse a ellas con precaución, arrebatándoles las armas y desarmándolas poco a poco.

Hawkmoon jadeó mientras se apoderaba de una espada y la arrojaba al lago.

—Quizá el dios Loco no esté tan loco como parece. Las mujeres entrenadas para luchar siempre contarán con una cierta ventaja momentánea sobre los soldados masculinos. Sin duda alguna, esto formaba parte de un plan mucho más vasto...

—¿Queréis decir que la obtención de dinero a través de la piratería tenía el propósito de financiar un ejército conquistador compuesto por mujeres? —preguntó Oladahn sin dejar de arrojar armas al lago mientras los esfuerzos de las mujeres por liberarse se nacían cada vez más débiles.

—Me parece algo bastante probable —admitió D'Averc, que les observaba—. Pero ¿por qué mataron las mujeres a los otros habitantes del pueblo?

—Eso es posible que lo descubramos cuando llegemos al castillo —comentó el Guerrero de Negro y Oro—. Nosotros...

Se interrumpió cuando una de las redes se abrió de pronto y una de las mujeres guerreras se lanzó gritando contra ellos, con los dedos extendidos como garras. D'Averc la atrapó y le rodeó la cintura con los brazos, sin que ella dejara de gritar y patear. Oladahn se acercó, cogió la espada al revés y le propinó un fuerte golpe con el pomo sobre la cabeza.

—Por mucho que eso ofenda mi sentido de la caballerosidad —comentó D'Averc depositando en el suelo a la hermosa mujer—, creo que acabáis de encontrar la mejor forma de enfrentarnos con todas estas hermosas asesinas. —Se dirigió hacia las redes y empezó a golpear a las mujeres, que seguían gritando, haciéndolo de un modo sistemático y lánguido—. Al menos, no las hemos matado... y ellas tampoco nos han matado a nosotros. Se logra así un equilibrio excelente.

—Me pregunto si son las únicas —dijo Hawkmoon sombríamente.

—Estáis pensando en Yisselda, ¿verdad? —preguntó Oladahn.

—Sí, estoy pensando en Yisselda. Vamos. —Hawkmoon saltó sobre la silla del caballo—. Vayamos al castillo del dios Loco.

Inició un rápido galope a lo largo de la orilla del lago en dirección hacia el gran edificio negro. Los otros le siguieron algo más lentamente, quedando rezagados. Primero le siguió Oladahn, después el Guerrero de Negro y Oro y finalmente D'Averc, quien tenía todo el aspecto de un joven despreocupado dedicado a dar un paseo a caballo por la mañana.

Al acercarse al castillo, Hawkmoon aminoró su alocada carrera, reteniendo con las riendas la marcha de su caballo hasta detenerlo al llegar ante el puente levadizo.

En el interior del castillo, todo estaba tranquilo. Un poco de neblina se ensortijaba alrededor de sus torres. El puente levadizo estaba bajado y sobre él se veían los cadáveres de los guardias.

En alguna parte de una de las torres más altas, un cuervo graznó y echó a volar hacia las aguas del lago.

Las nubes no dejaban pasar los rayos del sol. Era como si allí no hubiera brillado jamás, como si nunca llegara a brillar. Como si ellos hubieran abandonado el mundo para entrar en algún otro plano donde el desespero y la muerte prevalecerían durante toda la eternidad.

La oscura entrada al patio de armas del castillo se abría ante Hawkmoon como un enorme túnel negro.

La neblina trazaba formas grotescas y por todas partes existía un silencio opresivo. Hawkmoon respiró

profundamente, aspirando el aire frío y húmedo, desenvainó la espada, golpeó suavemente los flancos del caballo y se lanzó a la carga sobre el puente levadizo, dejando atrás los cadáveres y penetrando en el castillo del dios Loco.

3. El dilema de Hawkmoon

El gran patio de armas del castillo estaba repleto de cuerpos. Algunos de ellos pertenecían a las mujeres guerreras, pero la mayoría eran de hombres que llevaban el collar del dios Loco. La sangre reseca cubría los guijarros del empedrado que aparecían al descubierto entre los cadáveres caídos en las grotescas actitudes de la muerte.

El caballo de Hawkmoon bufó lleno de temor al oler la carne putrefacta, pero él lo espoléó, aterrizado ante la idea de ver el rostro de Yisselda entre aquellos cadáveres.

Desmontó, dando la vuelta a los rígidos cuerpos de las mujeres, observando atentamente sus rostros. Pero ninguno de ellos era el de Yisselda.

El Guerrero de Negro y Oro entró en el patio de armas, seguido por Oladahn y D'Averc.

—Ella no está aquí —dijo—. Está viva... en el interior.

Hawkmoon levantó hacia él su tenebroso rostro. La mano le tembló al recoger las riendas del caballo.

—¿Le han... hecho algún daño, Guerrero?

—Eso es algo que debéis comprobar vos mismo, duque Dorian —contestó el Guerrero de Negro y Oro señalando hacia la puerta principal de entrada al castillo—. Por esa puerta se va a la corte del dios Loco. Un corto pasillo conduce al salón principal y él está allí sentado, esperándoos...

—¿Él conoce mi existencia?

—Sabe que llegará el día en que aparecerá el que tiene derecho a llevar el Amuleto Rojo para reclamárselo...

—No me importa el amuleto, sino sólo Yisselda. ¿Dónde está ella, Guerrero?

—Dentro. Ella está dentro. Id y reclamad vuestros dos derechos..., vuestra mujer y vuestro amuleto. Ambos son importantes para el esquema del Bastón Rúnico.

Hawkmoon se volvió y echó a correr hacia la puerta, desapareciendo en la oscuridad del interior del castillo.

Dentro hacía un frío increíble. Un agua helada goteaba del techo del pasillo, y el musgo crecía en los muros. Hawkmoon lo recorrió con la espada en la mano, casi esperando ser atacado en cualquier momento.

Pero no apareció nadie. Llegó ante una enorme puerta de madera que se elevaba seis metros por encima de su cabeza, y allí se detuvo.

Desde detrás de la puerta le llegaba un extraño sonido zumbante, correspondiente a una profunda voz que murmuraba y que parecía llenar todo el salón que había tras la puerta. Precavidamente, Hawkmoon empujó la puerta y ésta se abrió. Asomó la cabeza por el hueco abierto y contempló la extraña escena que se ofreció ante sus ojos.

El salón era de unas proporciones extrañamente distorsionadas. En algunas partes, el techo era muy bajo, mientras que en otras se elevaba hasta alcanzar alturas de incluso quince metros. No había ventanas, y la luz la suministraban las antorchas situadas aleatoriamente en los muros.

En el centro del salón, sobre el suelo donde yacían uno o dos cadáveres, tal y como habían quedado al morir, había una gran silla de madera. Frente a ella, balanceándose de una parte del techo que en ese lugar era relativamente baja, había una jaula, como la que se podría haber utilizado para un ave domesticada, sólo que ésta era mucho mayor. Hawkmoon vio dentro de ella a una figura humana acurrucada.

Por lo demás, el misterioso salón aparecía desierto. Hawkmoon entró y se dirigió hacia la jaula.

Se dio cuenta entonces de que el perturbador sonido murmurante procedía de la jaula, aunque parecía imposible debido a que parecía llenarlo todo. Llegó a la conclusión de que eso se debía al efecto amplificador causado por la peculiar acústica del salón.

Llegó junto a la jaula y sólo pudo ver a la figura acurrucada en la semipenumbra, pues la luz era débil.

—¿Quién sois? —preguntó—. ¿Un prisionero del dios Loco?

El gemido cesó de pronto y la figura se agitó. De ella surgió una profunda voz de ecos melancólicos, que le contestó:

—Sí..., se podría decir así. El prisionero más infeliz de todos.

Ahora, Hawkmoon pudo distinguir mejor a la criatura. Tenía un cuello largo y fibroso, y su cuerpo era alto y muy delgado. La cabeza estaba cubierta por un pelo largo y enmarañado moteado por la suciedad, y mostraba una barba puntiaguda, igualmente sucia que le sobresalía unos treinta centímetros de la barbilla. La nariz era grande y aquilina y en sus profundos ojos se reflejaba la luz de una melancólica locura.

—¿Puedo salvaros? —preguntó Hawkmoon—. ¿Puedo apartar los barrotes?

—La puerta de la jaula no está cerrada —contestó la figura encogiéndose de hombros—. Los barrotes no son mi prisión. He sido atrapado dentro de mi gimiente cráneo. Ah, tened lástima de mí.

—¿Quién sois?

—En otros tiempos se me conoció por el nombre de Stalnikov, de la gran familia de los Stalnikov.

—¿Y el dios Loco usurpó vuestro puesto?

—Sí, lo usurpó. Exactamente eso. —El prisionero de la jaula abierta volvió su enorme y triste cabeza para contemplar fijamente a Hawkmoon—. ¿Quién sois vos?

—Soy Dorian Hawkmoon, duque de Colonia.

—¿Un alemán?

—En otros tiempos, Colonia formó parte del país llamado Alemania.

—Tengo miedo de los alemanes —dijo Stalnikov retrocediendo en el interior de la jaula, alejándose aún más de Hawkmoon.

—No tenéis por qué tenerme miedo a mí.

—¿No? —replicó Stalnikov con un tono burlón, y el sonido llenó todo el salón—. ¿No? —repitió.

Se metió la mano entre las ropas y sacó algo sujeto a una cuerda que le colgaba del cuello. El objeto brilló con una profunda luz roja, como si se tratara de un enorme rubí iluminado desde su propio interior. Hawkmoon observó que mostraba el signo del Bastón Rúnico.

—¿Queréis decir que no sois el alemán que ha venido a robarme mi poder? —preguntó.

—¡El Amuleto Rojo! —exclamó Hawkmoon sorprendido—. ¿Cómo lo habéis obtenido?

—¿Cómo! —exclamó Stalnikov levantando la cabeza y sonriéndole horriblemente—. Lo obtuve hace treinta años del cadáver de un guerrero sobre el que cayeron mis partidarios y al que mataron cuando pasaba por aquí. —Acarició el amuleto y su luz le dio a Hawkmoon directamente en los ojos, pero él apenas si pudo verla—. Esto es el dios Loco. Esto es la fuente de mi locura y de mi poder. ¡Esto es lo que me aprisiona!

—¿Sois el dios Loco! ¿Dónde está mi Yisselda?

—¿Yisselda? ¿La muchacha? ¿La nueva chica con el pelo rubio y la piel blanca y suave? ¿Por qué me lo preguntáis?

—Porque es mía.

—¿Es que no queréis el amuleto?

—Quiero a Yisselda.

El dios Loco se echó a reír y sus risas llenaron el gran salón y reverberaron por todos los rincones de aquel lugar distorsionado.

—¡En tal caso la tendréis, alemán!

Dio unas palmadas con sus manos similares a garras, moviendo todo su cuerpo como si se tratara de un maniquí de miembros flojos. La jaula se balanceó con fuerza de un lado a otro.

—¡Yisselda, muchacha! ¡Yisselda, venid a servir a vuestro amo! Desde las profundidades de una parte del salón, allí donde el techo casi se tocaba con el suelo, emergió una mujer. Hawkmoon la vio dibujada a contraluz, pero no pudo estar seguro de que se tratara de Yisselda. Envainó su espada y se dirigió hacia ella. Sí..., los movimientos, la prestancia... eran los de Yisselda.

Una sonrisa de alivio empezó a formarse en sus labios al extender los brazos hacia ella para abrazarla.

Entonces se escuchó un salvaje grito animal y la muchacha se abalanzó hacia él, con dedos cubiertos de metal buscando sus ojos, con el rostro distorsionado por la sed de sangre, con cada una de las partes de su cuerpo envuelta en un traje del que sobresalían cortantes pinchos.

—Matadle, hermosa Yisselda —dijo riendo el dios Loco—. ¡Matadle, flor mía! Os recompensaremos con sus entrañas.

Hawkmoon levantó las manos para defenderse de aquellas garras y la palma de una de ellas quedó gravemente herida. Retrocedió apresuradamente.

—Yisselda, no... Soy vuestro prometido, Dorian...

Pero los ojos enloquecidos no mostraron el menor signo de reconocimiento y la boca babeó al tiempo que volvía a golpear con las garras de metal. Hawkmoon dio un salto, apartándose, rogándole con los ojos que le reconociera.

—Yisselda...

El dios Loco volvió a reír, agarrado a los barrotes de la jaula y contemplando ávidamente la escena.

—Matadle, palomita. Desgarradle el cuello.

Ahora, Hawkmoon casi estaba llorando. Volvió a apartarse una y otra vez, evitando las garras brillantes de Yisselda.

—¿A qué poder tan fuerte obedece que hasta le ha arrebatado su amor por mí? —gritó dirigiéndose a Stalnikov.

—Obedece al poder del dios Loco, tal y como yo lo obedezco —contestó Stalnikov—. ¡El Amuleto Rojo convierte a todos en esclavos!

—Sólo en manos de una criatura malvada...

Hawkmoon se hizo a un lado cuando Yisselda volvió a intentar desgarrarle con sus uñas metálicas. Se tambaleó y luego avanzó hacia la jaula.

—Convierte en malvados a todos los que lo llevan —replicó Stalnikov riendo al ver que las garras de Yisselda habían logrado destrozar la manga de Hawkmoon —. A todos...

—¡Excepto a un sirviente del Bastón Rúnico!

La nueva voz procedió de la entrada al salón y pertenecía al Guerrero de Negro y Oro. Era una voz sonora y grave.

—Ayudadme —le suplicó Hawkmoon.

—No puedo —contestó el Guerrero de Negro y Oro, que permaneció inmóvil, con su enorme espada dirigida hacia el suelo y las manos cubiertas por los guanteletes apoyadas sobre el pomo.

Hawkmoon tropezó y cayó y sintió las garras de Yisselda hundiéndose en su espalda. Levantó las manos para cogerla por las muñecas, y gritó de dolor cuando los pinchos se le hundieron en las palmas, pero logró liberarse de las garras, apartarla de un empujón y dirigirse precipitadamente hacia la jaula, donde el dios Loco farfullaba algo, encantado.

Hawkmoon se aupó, sujetándose de las barras, lanzando una patada contra Stalnikov. La jaula se balanceaba erráticamente de un lado a otro y después empezó a girar. Yisselda bailoteaba debajo, tratando de alcanzarle con sus garras.

Stalnikov se retiró al extremo más alejado de la jaula, con los ojos locos llenos ahora de terror. Hawkmoon logró

abrir la puerca y se introdujo en el interior de la jaula, cerrando la puerta tras él. En el exterior, Yisselda aulló viendo frustrada su sed de sangre, con la luz del amuleto convirtiendo sus ojos en escarlata.

Hawkmoon lloraba abiertamente al mirar a la mujer a la que amaba; después, volvió el rostro, lleno con una expresión de odio, hacia el dios Loco.

La profunda voz de Stalnikov, todavía temblorosa y gimiente, resonó en todo el salón. Acarició el amuleto, dirigiendo su luz hacia los ojos de Hawkmoon.

—Atrás, mortal. Obedecedme... Obedeced al poder del amuleto...

Hawkmoon parpadeó, sintiéndose repentinamente débil. Su mirada se fijó en el brillante amuleto, y se detuvo, sintiendo como el poder de aquello se apoderaba de él.

—Ahora —dijo Stalnikov —, ahora os entregaréis a vuestro destructor.

Pero Hawkmoon hizo acopio de toda su determinación y dio un paso hacia adelante. La mandíbula barbuda del dios Loco cayó hacia abajo, lleno de asombro.

—Os ordeno, en nombre del Amuleto Rojo...

Desde el umbral de la puerta llegó hasta ellos la voz sonora del Guerrero de Negro y Oro:

—Él es aquel a quien el amuleto no puede controlar. Es el único... porque es el único que tiene derecho a llevarlo.

Stalnikov tembló y empezó a retroceder alrededor de la jaula, mientras Hawkmoon, que aún se sentía algo débil, seguía avanzando, decidido.

—¡Atrás! —gritó el dios Loco—. ¡Abandonad la jaula!

Abajo, las garras de las manos de Yisselda se habían cogido a los barrotes de la jaula y empezaba a aupar hacia ella su cuerpo cubierto de metal, con una mirada asesina fija en el cuello de Hawkmoon.

—¡Atrás!

Esta vez el grito de Stalnikov había perdido algo de su fuerza y confianza. Llegó hasta la puerta de la jaula y la abrió de una patada.

Yisselda, con los blancos dientes al descubierto y el hermoso rostro retorcido en una expresión de terrorífica locura, se había aupado de modo que colgaba ahora del exterior de la jaula. El dios Loco le estaba dando la espalda, dirigiendo el Amuleto Rojo hacia los ojos de Hawkmoon.

Yisselda extendió sus garras y golpeó a Stalnikov en la parte posterior de la cabeza. Este lanzó un grito y cayó al suelo. Entonces, Yisselda vio a Hawkmoon e hizo ademán de entrar en la jaula.

Hawkmoon comprendió que no disponía de tiempo para intentar razonar con su enloquecida prometida. Reunió todas sus fuerzas y pasó como un relámpago ante sus garras extendidas hacia él. Cayó sobre las irregulares piedras del pavimento y, por un momento, permaneció allí, aturdido.

Se puso en pie con un gesto de dolor. Yisselda también se disponía a bajar al suelo.

El dios Loco se había arrastrado hacia el gran asiento situado frente a la jaula, sentándose allí, con el Amuleto Rojo balanceándose de su cuello, arrojando una extraña luz sobre el rostro de Hawkmoon. La sangre le corría por los hombros a partir de la gran herida que le habían infligido las garras de Yisselda.

Stalnikov balbuceó de terror cuando Hawkmoon llegó junto al asiento y se apoyó en uno de sus brazos.

—Os lo ruego, dejadme... No os haré ningún daño.

—Ya me habéis hecho mucho daño —replicó Hawkmoon torvamente, desenvainando la espada —. Mucho daño. Lo suficiente como para que el sabor de la venganza sea dulce, dios Loco...

Stalnikov se enderezó todo lo que pudo y le gritó a la muchacha:

—¡Yisselda..., alto! Recuperad vuestra anterior personalidad. ¡Os lo ordeno por el poder del Amuleto Rojo!

Hawkmoon se volvió y vio que Yisselda se había detenido. Ahora tenía aspecto de sentirse perpleja. Tenía los labios abiertos llenos de horror y miraba fijamente las cosas que terna en las manos, y los pinchos de metal que

cubrían su cuerpo.

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué me han hecho?

—Habéis sido hipnotizada por este monstruo —rugió Hawkmoon haciendo oscilar la espada en dirección del aterrorizado Stalnikov—. Pero yo vengaré todas las maldades que él ha cometido con vos.

—¡No! —gritó Stalnikov—. ¡No es justo!

Yisselda se echó a llorar. Stalnikov miraba de un lado a otro, desesperado.

—¿Dónde están mis criados..., dónde mis guerreros?

—Habéis hecho que se destruyeran los unos a los otros para diversión vuestra —le dijo Hawkmoon—. Y a los que no han muerto, los hemos capturado.

—¡Mi ejército de mujeres! Quería que la belleza conquistara toda Ucrania. Recuperar toda la herencia de los Stalnikov...

—Esa herencia está aquí —le dijo Hawkmoon levantando la espada.

Stalnikov se levantó de pronto de la silla y echó a correr hacia la puerta, pero se hizo a un lado al ver que ésta se encontraba bloqueada por la presencia del Guerrero de Negro y Oro.

Se introdujo en la oscuridad del salón, dirigiéndose hacia un rincón por donde desapareció de la vista.

Hawkmoon se bajó de la silla y se volvió para mirar a Yisselda, que se había dejado caer al suelo y lloraba desconsoladamente. Se dirigió hacia ella y, actuando con mucha suavidad, le quitó las garras manchadas de sangre de sus delgados y suaves dedos.

—¡Oh, Dorian! —exclamó mirándole—. ¿Cómo me habéis encontrado? Oh, amor mío...

—Gracias al Bastón Rúnico —dijo la voz del Guerrero de Negro y Oro.

Hawkmoon se volvió hacia él y se echó a reír, aliviado.

—Sois muy persistente en vuestras afirmaciones, Guerrero.

El Guerrero de Negro y Oro no dijo nada, pero permaneció allí como una estatua, inexpresivo y alto, ante la puerta.

Hawkmoon encontró los cierres del cruel traje de pinchos de la muchacha y empezó a desabrocharlos.

—Encontrar al dios Loco —dijo el Guerrero—. Recordad que el Amuleto Rojo es vuestro. Os dará poder.

—¿Y quizá me volverá loco? —replicó Hawkmoon frunciendo el ceño.

—No, idiota, es vuestro por derecho.

Hawkmoon se detuvo, impresionado por el tono empleado por el Guerrero. Yisselda le tocó una mano.

—Yo misma puedo hacer el resto —dijo.

Hawkmoon recogió la espada y miró hacia la oscuridad por donde había desaparecido Stalnikov, el dios Loco.

—¡Stalnikov! —gritó.

En alguna parte de la profunda oscuridad del gran salón brilló un diminuto punto de luz roja. Hawkmoon agachó la cabeza y entró en el espacio de techo bajo. Escuchó un sonido sollozante que le llenó los oídos.

Hawkmoon fue arrastrándose, acercándose más y más a la fuente del brillo rojo. El sonido de aquellos extraños sollozos se fue haciendo más y más grande. Finalmente, el brillo rojo apareció brillante y a su luz pudo contemplar a quien llevaba el amuleto, con la espalda apoyada contra un muro de piedra sin desbatar y sosteniendo una espada en la mano.

—Hace treinta años que os esperaba, alemán —dijo de pronto Stalnikov con un tono de voz tranquilo—. Sabía que llegaríais algún día para echar por tierra mis planes, para destruir mis ideales, para demoler todo aquello por lo que he trabajado. Sin embargo, confiaba en poder soslayar la amenaza. Quizá aún pueda hacerlo.

Emitiendo un gran grito, levantó la espada y se lanzó contra Hawkmoon.

Éste bloqueó el golpe con facilidad, la hizo girar con su propia hoja hasta arrancarla de la mano del dios Loco. Después, siguiendo el ritmo de su propio movimiento, bajó su hoja hasta situar la punta ante el corazón de Stalnikov.

Hawkmoon contempló por un momento a aquel loco aterrorizado. La luz procedente del Amuleto Rojo daba un tono escarlata a los semblantes de ambos hombres. Stalnikov se aclaró la garganta como para pedir clemencia y entonces sus hombros se hundieron.

Hawkmoon introdujo la punta de la espada en el corazón del dios Loco. Después, se dio media vuelta y abandonó donde estaban el cadáver y el Amuleto Rojo.

4. El poder del amuleto

Hawkmoon cubrió con su propia capa los desnudos hombros de Yisselda. La muchacha estaba temblando y sollozando, con una reacción en la que se mezclaba la alegría por volver a ver a su prometido. Cerca de ellos estaba el Guerrero de Negro y Oro, que seguía inmóvil.

Hawkmoon abrazó a Yisselda y entonces el guerrero empezó a moverse. Su enorme cuerpo cruzó el salón y entró en la oscuridad donde estaba el cuerpo de Stalnikov, el dios Loco.

—Oh, Dorian, no podéis imaginar los horrores por los que he tenido que pasar durante estos últimos meses. Fui capturada por este grupo y tuve que viajar a lo largo de muchos cientos de kilómetros. Ni siquiera sé dónde se encuentra este lugar infernal. No recuerdo nada relacionado con los últimos días, a excepción de un débil recuerdo sobre una extraña pesadilla en la que me debatía conmigo misma, tratando de luchar contra el deseo de mataros...

—Eso no ha sido más que una pesadilla —le dijo Hawkmoon abrazándola contra sí—. Vamos, ahora nos marcharemos. Regresaremos a Camarga y a la seguridad. Dime, ¿qué ha sido de tu padre y de los otros?

—¿No lo sabíais? —replicó ella abriendo mucho los ojos—. Creía que habíais regresado allí antes de venir a buscarme.

—No he oído más que rumores. ¿Cómo están Bowgentle, Von Villach, el conde Brass...?

—Von Villach... —contestó ella bajando la mirada—, resultó muerto por una lanza de fuego durante una batalla contra las tropas del Imperio Oscuro que se libró en las fronteras del norte. El conde Brass...

—¿Qué ha sido de él?

—La última vez que le vi, mi padre yacía en el lecho y hasta los conocimientos curativos de Bowgentle parecían incapaces de hacerle recuperar la salud. Es como si hubiera perdido todas las sensaciones..., como si ya no deseara vivir. Dijo que Camarga no tardaría en caer... Creía que habíais muerto, puesto que no regresasteis a tiempo para comunicarle que estabais a salvo.

—Tengo que regresar inmediatamente a Camarga —dijo Hawkmoon con ojos encendidos—, aunque sólo sea para darle al conde Brass la voluntad de vivir. Una vez que vos desaparecisteis, difícilmente habrá podido reunir algo de energía para sobrevivir.

—Si es que vive —dijo ella con suavidad, sin querer admitir aquella posibilidad.

—Tiene que vivir. Si Camarga continúa resistiendo, eso quiere decir que el conde Brass vive aún.

Por el pasillo situado más allá del salón se escucharon unos pasos, que se acercaron corriendo. Hawkmoon se situó delante de Yisselda, y volvió a desenvainar la espada.

La puerta se abrió de golpe y en ella apareció Oladahn, jadeante. D'Averc llegaba detrás.

—Guerreros del Imperio Oscuro —dijo Oladahn—. Son muchos y no podemos enfrentarnos a ellos. Deben estar explorando el castillo y los alrededores en busca de supervivientes y de botín.

—He tratado de razonar con ellos —dijo D'Averc avanzando y situándose junto al pequeño hombre bestia—. He afirmado mi derecho a comandarlos, siendo, como soy, de un rango superior al de su jefe, pero... —se encogió de hombros—, parece ser que D'Averc ya no cuenta con rango alguno entre las legiones de Granbretan. El condenado piloto del ornitóptero vivió el tiempo suficiente como para contar a un grupo de exploradores la torpeza que cometí al dejaros escapar. Ahora, estoy tan fuera de la ley como vos mismo...

—Vamos —dijo Hawkmoon frunciendo el ceño—, venid los dos. Y atrancad esa puerta. Eso los detendrá si deciden atacar.

—¿Es la única salida que existe? —preguntó D'Averc contemplando especulativamente la gran puerta.

—Creo que sí —contestó Hawkmoon—. Pero ya nos ocuparemos de eso más tarde.

El Guerrero de Negro y Oro resurgió entonces de entre las sombras. Con una mano enguantada sostenía el Amuleto Rojo, que se balanceaba, pendiente de su cuerda. La cuerda estaba manchada de sangre.

El Guerrero se apresuró a tender la cuerda hacia Hawkmoon, sin tocar para nada la piedra. Mientras tanto, D'Averc y Oladahn se ocupaban de atrancar la puerta.

—Tomad —dijo el Guerrero de Negro y Oro—. Es vuestro.

—No lo quiero —replicó Hawkmoon, retrocediendo—. No quiero tener eso. Es un objeto maldito. Ha provocado la muerte de muchos, ha hecho que otros se vuelvan locos..., y hasta esa pobre criatura de Stalnikov se ha convertido en su víctima. Guardadlo vos. Encontrad a otro lo bastante imbécil como para llevarlo.

—Tenéis que llevarlo vos —dijo la voz desde el interior del casco—. Sólo vos podéis llevarlo.

—¡No lo llevaré! —Hawkmoon señaló a Yisselda y añadió—: Ese objeto hizo que esta dulce muchacha se convirtiera en una bestia esclava, ávida de matar. Todas las personas que vimos en ese pueblecito de pescadores..., todas estaban muertas debido al poder del Amuleto Rojo. Todos aquellos que nos han atacado... se habían vuelto locos a causa de ese mismo poder. Todos los que murieron en el patio de armas del castillo... fueron destruidos por el Amuleto Rojo. No lo tomaré —dijo con firmeza, dándole un golpe a la mano que lo sostenía y haciendo que el objeto cayera al suelo—. Si eso es lo que crea el Bastón Rúnico, ¡yo no tomaré parte en ello!

—Lo que convierte esto en algo con una influencia corrupta es lo que imbéciles como vos hacen con él —espetó el Guerrero de Negro y Oro con un tono de voz grave e impasible—. Tenéis el deber..., como sirviente elegido por el Bastón Rúnico, de aceptarlo. No os hará daño alguno. No hará más que proporcionaros poder.

—¡Poder para destruir y volverme loco yo también!

—No, poder para hacer el bien... Poder para luchar contra las hordas del Imperio Oscuro.

Hawkmoon lanzó una risa despreciativa. Al otro lado de la puerta se escuchó un gran estruendo. Se dio cuenta de que habían sido descubiertos por los guerreros de Granbretan.

—Nuestros enemigos nos superan en número —observó Hawkmoon—. ¿Acaso el Amuleto Rojo nos proporcionará el poder suficiente para escapar de ellos cuando sólo existe esa puerta?

—Os ayudará —insistió el Guerrero de Negro y Oro inclinándose para recoger el amuleto caído al suelo y volviéndolo a levantarlo por la cuerda que lo sostenía.

La puerta crujió bajo la presión de los fuertes golpes lanzados desde el otro lado.

—Si el Amuleto Rojo es capaz de hacer tanto bien —dijo Hawkmoon—, ¿por qué no lo tocáis vos mismo?

—Porque yo no tengo el derecho de tocarlo. A mí me podría hacer lo mismo que le hizo al miserable Stalnikov. —El guerrero se adelantó hacia él—. Aquí lo tenéis, tomadlo. Ésa ha sido la razón por la que habéis venido aquí.

—Yo he venido en busca de Yisselda..., para rescatarla. Y ahora ya lo he conseguido.

—Y ella también está aquí por eso.

—¿De modo que todo ha sido una trampa para atraerme...?

—No. Únicamente formaba parte del esquema. Pero decís que habéis venido para salvarla y, sin embargo, os negáis a vos mismo los medios para escapar con ella de este castillo. Una vez que esos guerreros entren aquí, un numeroso grupo de feroces combatientes, os destruirán a todos. Y el destino de Yisselda puede ser mucho peor que el vuestro...

Ahora, la puerta estaba siendo astillada. Oladahn y D'Averc retrocedieron, con las espadas preparadas y una mirada de serena desesperación en sus ojos.

—Un momento más y habrán logrado entrar —informó D'Averc—. Adiós, Oladahn... Y también me despido de vos, Hawkmoon. Habéis sido un compañero menos aburrido que otros muchos...

Hawkmoon contempló el amuleto.

—No sé...

—Confiad en mi palabra —dijo el Guerrero de Negro y Oro—. Os he salvado la vida en el pasado. ¿Creéis acaso que lo habría hecho para destruirlos ahora?

—Destruirme, no... Pero esto me pondrá en manos de un poder malvado. ¿Cómo sé que sois un mensajero del

Bastón Rúnico? Sólo cuento con vuestra palabra de que yo también le sirvo, y no estoy a las órdenes de alguna causa más tenebrosa.

—¡Están derribando la puerta! —gritó Oladahn—. ¡Duque Dorian, necesitaremos vuestra ayuda! ¡Que el Guerrero escape con Yisselda si puede!

—Rápido —urgió el Guerrero volviendo a extender el amuleto hacia Hawkmoon—. Tomadlo y salvad al menos a la muchacha.

Hawkmoon dudó un instante más. Después, finalmente, aceptó el amuleto. Se ajustó a su mano como un pequeño animal de compañía a su amo..., aunque se trataba de algo extraordinariamente poderoso. Su luz roja pareció aumentar su intensidad, hasta que se extendió por toda la enorme sala de proporciones grotescas. Hawkmoon sintió que aquel poder le inundaba. Todo su cuerpo adquirió una gran sensación de bienestar. Al moverse, lo hizo con una extraordinaria rapidez. Su cerebro ya no parecía hallarse embotado por todos los acontecimientos de los últimos días. Sonrió y se colgó la cuerda manchada de sangre del cuello, se inclinó para besar a Yisselda y experimentó una deliciosa sensación que le recorrió todo el cuerpo. Se volvió, con la espada preparada, listo para enfrentarse a la aullante horda que en aquellos momentos demolía la enorme puerta que les había impedido el paso hasta entonces.

La puerta cayó hacia el interior del salón y tras ella aparecieron los perros de Granbretan, preparados para el ataque, con las máscaras de tigre brillando con el metal esmaltado y las piedras semipreciosas, las armas dispuestas para despedazar al pequeño grupo, aparentemente patético, que les aguardaba.

El jefe de los guerreros avanzó hacia ellos.

—Tanto ejercicio para tan pocos. Hermanos, les haremos pagar todos nuestros esfuerzos.

Y entonces empezó la matanza.

5. La matanza en el salón

—¡Oh, por el Bastón Rúnico! —murmuró Hawkmoon con voz apagada—. ¡El poder está en mí!

Saltó hacia adelante con la gran espada de combate en la mano, aullando. Le cortó el cuello al jefe del grupo, rechazó el ataque del hombre que estaba a su izquierda y le hizo retroceder, giró con rapidez y atravesó la armadura del hombre que tenía a su derecha.

De pronto, hubo sangre y metales retorcidos por todas partes. La luz procedente del amuleto arrojaba sombras escarlata sobre los rostros enmascarados de los guerreros, y Hawkmoon dirigió a sus compañeros en el ataque..., lo último que habrían esperado los soldados del Imperio Oscuro.

Pero la luz del amuleto les deslumbraba y levantaron los brazos cubiertos por las armaduras para protegerse los ojos, sosteniendo las armas a la defensiva, desconcertados por la rapidez con que Hawkmoon, Oladahn y D'Averc se lanzaron sobre ellos. Detrás de éstos acudió el propio Guerrero de Negro y Oro, trazando un círculo con su enorme espada de combate, repartiendo la muerte a su alrededor con movimientos hechos aparentemente sin ningún esfuerzo.

Los hombres de Granbretan gritaron y se defendieron como pudieron mientras los cuatro los dejaban entrar en la gran sala, manteniendo siempre a Yisselda tras ellos.

Hawkmoon fue atacado por seis hacheros que intentaron presionarle e impedirle que manejara con soltura su mortal espada, pero el joven duque de Colonia se desembarazó de uno con una buena patada, empujó a otro hacia un lado, introdujo la hoja directamente bajo el casco-máscara de un tercero, de modo que partió el casco y el cráneo al mismo tiempo y los restos del cerebro salieron a borbotones por el hueco que dejó al retirar la espada. La hoja se manchó rápidamente de sangre, hasta que finalmente se encontró utilizándola más como un hacha que como una espada. Le arrancó de la mano una espada fresca a uno de sus atacantes, aunque conservó la suya. Lanzó repetidos ataques con la nueva espada, mientras que con la otra detenía los aceros dirigidos contra él.

—Ah —susurró Hawkmoon —, este Amuleto Rojo bien vale la pena.

Lo llevaba colgando del cuello y su luz transformaba su rostro sudoroso de expresión vengativa en una rojiza máscara demoniaca.

Los últimos guerreros intentaron huir por la puerta, pero el Guerrero de Negro y Oro y D'Averc les bloquearon el paso, derribándolos cuando intentaron pasar.

Hawkmoon vio a Yisselda por el rabillo del ojo. Tenía el rostro oculto entre las manos, negándose a contemplar la roja ruina creada por Hawkmoon y sus amigos.

—Oh, qué dulzura poder destrozar a toda esta carroña —dijo Hawkmoon—. No os neguéis a mirar, Yisselda... ¡Esto es nuestro triunfo!

Pero la muchacha no levantó la mirada.

Los cuerpos retorcidos de los que habían sido masacrados yacían esparcidos por todo el salón. Hawkmoon jadeó, en busca de nuevos enemigos a los que destrozar, pero ya no quedaba ninguno. Arrojó la espada de la que se había apoderado y envainó la suya. El placer del combate le abandonó inmediatamente. Frunció el ceño, mirando el Amuleto Rojo, elevándolo para contemplarlo más de cerca, estudiando el sencillo adorno de una runa tallada en él.

—Bueno —murmuró—, tu primera ayuda ha sido para matar a mis enemigos. Te lo agradezco, pero sigo preguntándome si no serás una fuerza del mal, antes que del bien... —La luz del Bastón Rúnico parpadeó y empezó a desvanecerse. Hawkmoon levantó la cabeza para mirar al Guerrero de Negro y Oro y preguntó—: La luz del amuleto se apaga..., ¿qué significa eso?

—Nada —contestó el Guerrero—. Extrae su poder desde una gran distancia, y no siempre puede sostenerlo. Terminará por adquirir un nuevo brillo. —Se detuvo y comentó, señalando hacia el pasillo—: He oído más pasos que se acercan... Estos guerreros no eran toda la fuerza que había en el castillo.

—En ese caso salgamos a su encuentro —dijo D'Averc con una leve inclinación de cabeza, dando la preferencia a Hawkmoon —. Después de vos, amigo mío. Parecéis estar mejor equipado para ser el primero.

—No —se opuso el Guerrero—. Yo iré el primero. El poder del amuleto se ha desvanecido por el momento. Vamos.

Atravesaron cautelosamente el hueco antes ocupado por la ahora destrozada puerta. Hawkmoon iba el último, en compañía de Yisselda. Ella levantó entonces los ojos hacia él, con una mirada firme.

—Me alegro de que les matarais —dijo—, aunque me disgusta mucho ver que la muerte se reparte tan despiadadamente.

—Son ellos los que viven sin piedad —observó Hawkmoon con suavidad—, y por eso merecen morir sin piedad. Esa es la única forma de tratar a los que sirven al Imperio Oscuro. Ahora debemos enfrentarnos con más de los de su calaña. Tened valor, amor mío, pues será ahora cuando tengamos que arrostrar el mayor peligro.

Delante de ellos, el Guerrero de Negro y Oro ya había entablado combate con un nuevo grupo de guerreros, y estaba dejando caer sobre ellos todo el peso de su enorme cuerpo revestido de metal, de tal modo que los hombres retrocedieron, tambaleantes, en los estrechos confines del pasillo, nerviosos, sobre todo, al ver que ninguno de sus enemigos parecía haber sido herido, mientras que, al parecer, veinticinco de sus camaradas habían encontrado ya la muerte.

Los soldados del Imperio Oscuro aparecieron en el patio de armas, repleto de cadáveres, y gritaron, tratando de reagruparse. Los cuatro hombres que se lanzaron contra ellos estaban cubiertos de sangre seca, y tenían un aspecto terrible a la luz del día.

Seguía cayendo una fina llovizna gris y el aire aún era frío, pero eso contribuyó a reavivar más a Hawkmoon y a sus compañeros, cuya reciente victoria les hacía creer que eran invencibles. Hawkmoon, D'Averc y Oladahn sonreían burlonamente como lobos ante sus presas..., y lo hacían con tal complacencia que los soldados del Imperio Oscuro dudaron antes de lanzarse al ataque, a pesar de que eran muy superiores en número. El Guerrero de Negro y Oro señaló con un dedo hacia el puente levadizo y dijo con una voz profunda y grave:

—Marchaos... En caso contrario os destruiremos como hemos destruido a vuestros compañeros.

Hawkmoon se preguntó si el Guerrero estaría lanzando una baladronada, o si aquella misteriosa entidad creía honestamente poder derrotar a tantos sin contar con el poder del Amuleto Rojo para ayudarles.

Pero antes de que pudiera contestarse su pregunta, otro grupo de guerreros cruzó el puente levadizo apresuradamente. Habían recogido armas de las manos y los cuerpos de los cadáveres y ahora estaban encolerizados, porque, en efecto, las mujeres guerreras habían escapado de las redes.

—Mostradles el amuleto —le susurró a Hawkmoon el Guerrero de Negro y Oro—. Eso es lo que están acostumbradas a obedecer. Fue eso lo que las aturdió, y no el dios Loco.

—Pero la luz del amuleto se ha desvanecido —protestó Hawkmoon.

—No importa. Mostradles el amuleto.

Hawkmoon tomó el Amuleto Rojo que llevaba colgando del cuello y lo levantó, mostrándolo a las aullantes mujeres.

—Alto. En nombre del Amuleto Rojo, os ordeno que no nos atacéis a nosotros, sino a éstos... —y señaló a los desconcertados soldados del Imperio Oscuro—. ¡Vamos, yo mismo os conduciré!

Hawkmoon saltó hacia adelante con la ensangrentada espada en la mano, dirigiendo un tajo hacia el soldado que tenía más cerca y matándole antes de que éste se diera cuenta.

Las mujeres superaron con facilidad a la fuerza del Imperio Oscuro, y fueron actuando con una decidida voluntad de destrucción, hasta el punto de que el propio D'Averc gritó:

—Dejémoslas que terminen ellas... Ahora podemos escapar.

—Éstos no son más que un puñado de perros del Imperio Oscuro —replicó Hawkmoon encogiéndose de hombros—. Tiene que haber más por los alrededores, ya que su estilo no consiste en alejarse mucho del grueso de sus fuerzas.

—Seguidme —dijo el Guerrero de Negro y Oro—. Creo que ya va siendo hora de soltar a las bestias del dios Loco...

6. Las bestias del dios Loco

El Guerrero de Negro y Oro les condujo hacia una parte del patio de armas donde había un par de grandes rejas de hierro introducidas entre los guijarros del pavimento. Se vieron obligados a apartar varios cadáveres antes de poder agarrar los enormes anillos de latón y hacer retroceder las puertas. Al abrirse, las puertas revelaron una larga rampa de piedra que conducía hacia la oscuridad.

Desde el interior surgió un olor cálido que Hawkmoon reconoció inmediatamente y que le hizo dudar al principio de la rampa, pues estaba seguro de que aquel olor significaba peligro.

—No temáis —dijo el Guerrero con firmeza—. Adelante. Ahí está vuestro método para escapar de este lugar.

Hawkmoon inició lentamente el descenso y los demás le siguieron.

La luz que llegaba débilmente desde arriba les permitió ver una estancia alargada con un gran objeto situado en el extremo. Desde aquella distancia no pudo hacerse una idea exacta de qué era, y estaba a punto de investigarlo, cuando el Guerrero de Negro y Oro dijo desde atrás:

—Ahora no. Primero, ocupémonos de las bestias. Están en los establos.

Hawkmoon se dio cuenta entonces que, de hecho, aquella estancia alargada eran unos establos. De algunos de ellos surgían gruñidos animales y movimientos inquietos y, de pronto, una puerta se estremeció cuando un enorme bulto se lanzó contra ella.

—No se trata de caballos —dijo Oladahn—. Ni de toros. Para mí, duque Dorian, estos animales huelen a felinos.

—En efecto, eso parecen —asintió Hawkmoon acariciando el pomo de su espada—. Felinos... Sí, a eso huelen. ¿Cómo pueden ayudarnos a escapar unos felinos?

D'Averc había tomado una de las antorchas colgadas del muro y raspaba un pedernal para encenderla. Poco después, la antorcha estaba encendida, y Hawkmoon vio entonces que el objeto situado en el extremo de la estancia era un enorme carruaje, lo bastante grande como para acomodar más de los que ellos eran. Sus varas dobles tenían espacio para cuatro animales.

—Abrid los establos —dijo el Guerrero de Negro y Oro—, y enganchar los felinos a los yugos.

—¿Enganchar felinos al carruaje? —preguntó Hawkmoon volviéndose hacia él—. Eso puede ser un capricho de un dios loco..., pero nosotros somos mortales cuerdos, Guerrero. Además, esos felinos son salvajes a juzgar por el sonido que producen sus movimientos. Si abrimos los establos lo más probable es que salten sobre nosotros.

Como en confirmación de su suposición, de uno de los establos surgió un gran rugido aullante, contestado inmediatamente por las otras bestias, hasta que todo el espacio quedó envuelto en los rugidos bestiales y resultó imposible hacerse oír por encima de ellos.

Cuando los rugidos aminoraron un poco, Hawkmoon se encogió de hombros y emprendió el camino de regreso hacia la rampa.

—Encontraremos caballos ahí arriba y correremos nuestra suerte con corceles que nos sean algo más familiares que esas bestias.

—¿Es que todavía no habéis aprendido a confiar en mis consejos? —preguntó el Guerrero—. ¿Acaso no os he dicho la verdad sobre el Amuleto Rojo y todo lo demás?

—Todavía tengo que comprobar más a fondo esa verdad —replicó Hawkmoon.

—Esas mujeres locas obedecieron el poder del amuleto, ¿no es cierto?

—Lo hicieron —admitió Hawkmoon.

—Pues, del mismo modo, las bestias del dios Loco están entrenadas para obedecer a quien sea el dueño del Amuleto Rojo. ¿Qué ganaría yo con mentiros, Dorian Hawkmoon?

—He empezado a sospechar de todo desde la primera vez que me enfrenté con el Imperio Oscuro —dijo Hawkmoon encogiéndose de hombros—. No sé si vos tenéis algo que ganar o no. Sin embargo... —se dirigió hacia

el establo más cercano y colocó las manos sobre la pesada barra de madera—, estoy cansado de discutir con vos, de modo que comprobaré lo que me decís...

En cuanto quitó la barra de madera, la puerta del establo fue abierta por una pata gigantesca. Después apareció una cabeza mayor que la de un buey, más feroz que la de un tigre; pertenecía a un felino con unos ojos sesgados amarillos y unos largos colmillos también amarillentos. El animal avanzó, emitiendo un profundo gruñido surgido de su vientre, contemplándolos a todos con ojos refulgentes y calculadores. Vieron que sobre el lomo se alineaba una hilera de espinas de unos treinta centímetros de altura del mismo aspecto y color que sus colmillos, y que descendían hasta alcanzar la base de la cola, que, a diferencia de la perteneciente a un felino, terminaba en púas.

—Una leyenda hecha vida —comentó D'Averc perplejo, perdiendo por un momento su actitud habitualmente contenida—. Uno de los mutantes jaguares de combate de Asiacomunista. Un antiguo bestiario a quien vi dibujarlos me dijo que si habían existido alguna vez, tuvo que haber sido hace más de mil años, porque, al ser producto de un pervertido experimento biológico, no podían reproducirse...

—Y no pueden —comentó el Guerrero de Negro y Oro—. Lo que sucede es que su vida es casi infinita.

La enorme cabeza se movió entonces hacia Hawkmoon y la cola con púas osciló de un lado a otro. El animal tenía los ojos fijos en el amuleto que el duque llevaba colgado del cuello.

—Decidle que se tumbe —murmuró el Guerrero.

—¡Túmbate! —ordenó Hawkmoon.

Casi inmediatamente, la bestia se dejó caer al suelo, cerró la boca y su mirada perdió parte de su ferocidad.

—Os pido disculpas, Guerrero —dijo Hawkmoon sonriendo—. Muy bien, soltemos a los otros tres. Oladahn, D'Averc...

Sus amigos se ocuparon de quitar las barras de madera de los restantes establos. Hawkmoon le pasó a Yisselda un brazo por los hombros.

—Ese carruaje nos llevará a casa, amor mío —le dijo. Después, como si de pronto hubiera recordado algo, añadió—: Guerrero, mis alforjas... Siguen estando en mi caballo, a menos que esos perros las hayan robado.

—Esperad aquí —dijo el Guerrero, volviéndose y empezando a subir la rampa—. Echaré un vistazo.

—Yo mismo lo haré —dijo Hawkmoon—. Sé dónde...

—No —replicó el Guerrero—. Yo iré.

—¿Por qué? —preguntó Hawkmoon con una vaga sospecha.

—Sólo vos, con vuestro amuleto, tenéis el poder para controlar a las bestias del dios Loco. Si no estuvierais aquí, podrían lanzarse sobre los demás y destruirlos.

Hawkmoon retrocedió de mala gana y se quedó observando al Guerrero de Negro y Oro, que terminó de subir la rampa con decisión y desapareció.

De los establos salieron otros tres grandes felinos similares al primero. Oladahn se aclaró la garganta con cierto nerviosismo.

—Será mejor que les recordéis a quién tienen que obedecer —le pidió a Hawkmoon.

—¡Al suelo! —les ordenó Hawkmoon.

Las bestias obedecieron lentamente. Se acercó a la primera de ellas y le puso una mano sobre el poderoso cuello, palpando el pelo recio y el duro músculo que había bajo él. Las bestias tenían la altura de los caballos, pero eran considerablemente más corpulentas y, desde luego, infinitamente más peligrosas. No habían sido concebidas para arrastrar carruajes, eso estaba claro, sino para matar en la batalla.

—Acercad ese carruaje y enganchemos a él a estas bestias —dijo.

D'Averc y Oladahn se encargaron de traer el carruaje. Era de latón negro y oro verde y olía a antigüedad. Únicamente el cuero de los yugos era relativamente nuevo. Pasaron los arneses sobre las cabezas y los hombros de las bestias, y los jaguares mulantes apenas se movieron, excepto para sacudir de vez en cuando las orejas cuando

los hombres les apretaban los arneses con demasiada rapidez.

Una vez que todo estuvo preparado, Hawkmoon le indicó a Yisselda que subiera al carruaje.

—Tenemos que esperar a que regrese el Guerrero —dijo—. Después podremos marcharnos.

—¿Adonde ha ido? —preguntó D'Averc.

—A buscar mis alforjas —explicó Hawkmoon.

D'Averc se encogió de hombros y se bajó el gran casco sobre la cabeza.

—Pues ya está tardando demasiado —comentó—. Me alegraré mucho cuando hayamos dejado atrás este lugar. Todo esto huele a muerte y a maldad.

Oladahm señaló hacia arriba al tiempo que desenvainaba la espada y preguntó:

—¿Es a eso a lo que oléis, D'Averc?

En la parte superior de la rampa aparecieron seis o siete guerreros más del Imperio Oscuro. Pertenecían a la orden de la Comadreja, y sus máscaras de largo hocico casi temblaban debido a la expectativa de matar a los hombres que habían descubierto allí abajo.

—Subid al carruaje, rápido —ordenó Hawkmoon cuando las comadreas empezaron a descender la rampa.

En la parte delantera del carruaje había un pescante elevado sobre el que se podía sentar el conductor, y junto a él, en un alto carcaj utilizado en otros tiempos para guardar jabalinas, había un látigo de empuñadura larga. Hawkmoon saltó al pescante, agarró el látigo y lo hizo restallar sobre las cabezas de las bestias.

—¡Arriba, hermosas! ¡Arriba! —Los felinos se pusieron inmediatamente en pie—. ¡Y ahora..., adelante!

El carruaje dio un brinco hacia adelante con un gran crujido, tirado por los poderosos animales hacia la rampa. Los guerreros con máscaras de comadreja gritaron todos a una cuando los gigantescos felinos se abalanzaron hacia ellos. Algunos saltaron de la rampa, pero la mayoría no tuvo tiempo de hacerlo y fueron derribados, gritando, aplastados por las patas y las ruedas de hierro.

Una vez que hubieron salido a la luz del día, el misterioso carruaje se abalanzó contra otros guerreros de la orden de la Comadreja que habían acudido para investigar el significado de aquellas puertas enrejadas abiertas.

—¿Dónde está el Guerrero? —gritó Hawkmoon por encima de los aullidos de los hombres—. ¿Dónde están mis alforjas?

Pero no se veía por ninguna parte al Guerrero de Negro y Oro, y tampoco pudieron localizar al caballo de Hawkmoon.

Ahora, los espadachines del Imperio Oscuro se lanzaban contra el carruaje, y Hawkmoon los mantuvo a raya con el látigo, mientras que Oladahm y D'Averc los contenían en la parte de atrás del carruaje con sus espadas.

—¡Dirigios hacia la puerta! —gritó D'Averc—. Daos prisa... ¡Nos superarán en cualquier momento!

—¿Dónde está el Guerrero? —volvió a gritar Hawkmoon mirando desesperadamente a su alrededor.

—¡Seguro que nos estará esperando fuera! —gritó a su vez D'Averc—. Vamos, duque Dorian, ¡alejémosnos o estamos perdidos!

De pronto, Hawkmoon vio su caballo por encima de las cabezas de los guerreros que acudían. Le habían quitado las alforjas y no tenía medio de saber quién se las había llevado.

—¿Dónde está el Guerrero de Negro y Oro? —volvió a preguntar lleno de pánico—. Tengo que encontrarlo. ¡El contenido de esas alforjas puede significar la vida o la muerte para Camarga!

Oladahm le agarró por el hombro y le dijo con tono de urgencia:

—¡Y si no nos marchamos en seguida de aquí... eso significará nuestra muerte..., y quizás algo peor para Yisselda!

Hawkmoon casi estaba enloquecido ante la indecisión, pero las palabras de Oladahm le hicieron recuperar la conciencia de la situación. Lanzó un gran grito y fustigó a las bestias, que se lanzaron rápidamente hacia las

puertas y el puente levadizo y galoparon a lo largo de la orilla del lago, perseguidas por lo que parecían todas las hordas sueltas de Granbretan.

Al moverse con mucha mayor rapidez que los caballos, las bestias del dios Loco no tardaron en alejarse de sus perseguidores, dejando atrás el oscuro castillo y el lago cubierto de niebla, del pueblo de pescadores y los montones de cadáveres, perdiéndose más allá de las colinas que rodeaban el lago, hasta llegar a un camino embarrado que corría entre altos y tenebrosos acantilados y volver a salir finalmente a la llanura. Allí, el camino se hacía más ancho y el terreno más blando, pero los jaguares mulantes no tuvieron la menor dificultad para cruzarlo.

—Si tengo algo de que quejarme... sólo es que nos estamos moviendo con una rapidez un tanto excesiva...
—comentó D'Averc, mientras se agarraba a los costados del carruaje y se balanceaba horriblemente de un lado a otro.

Oladahn intentó sonreírle a través de los dientes apretados. Estaba acurrucado en el piso del carruaje, sosteniendo a Yisselda y tratando de protegerla de lo peor del traqueteo.

Hawkmoon no dijo nada. Sostenía las riendas con firmeza y no redujo la velocidad de su huida. Mostraba una extremada palidez en el rostro y en sus ojos había una llamarada de cólera, porque ahora estaba seguro de haber sido engañado por el hombre que afirmaba ser su principal aliado en su lucha contra el Imperio Oscuro..., engañado por el aparentemente incorruptible Guerrero de Negro y Oro.

7. Encuentro en una taberna

—¡Deteneos, Hawkmoon, por el amor del Bastón Rúnico! ¡Deteneos, hombre! ¡Estáis poseído!

D'Averc, más preocupado que nunca, tiró de la manga de Hawkmoon mientras él seguía azuzando a las jadeantes bestias. El carruaje, que no se había detenido desde hacía varias horas, había cruzado dos ríos sin aminorar la marcha, y ahora cruzaba un bosque cuando estaba a punto de caer la noche. Podría chocar contra un árbol en cualquier momento, matándoles a todos. Hasta los poderosos felinos estaban cansados, a pesar de lo cual Hawkmoon seguía fustigándolos sin piedad.

—¡Hawkmoon! ¡Estáis loco!

—¡He sido traicionado! —exclamó éste—. ¡Traicionado! Tenía la salvación de Camarga en esas alforjas, y el Guerrero de Negro y Oro las ha robado. Me ha engañado. Me ha entregado una chuchería con poderes limitados a cambio de una máquina con poderes casi ilimitados para mis propósitos. ¡Adelante, bestias, adelante!

—Dorian, escúchalo. ¡Nos vas a matar a todos! —le pidió Yisselda con lágrimas en los ojos—. Te vas a matar tú mismo... y entonces, ¿cómo ayudarás al conde Brass y a Camarga?

El carruaje dio en esos momentos un gran salto en el aire y descendió a tierra con un gran crujido. Un vehículo normal no habría podido soportar un choque como aquel, que conmocionó brutalmente a todos los pasajeros.

—¡Dorian! Os habéis vuelto loco. El Guerrero no nos traicionaría. Nos ha ayudado. Quizá se vio superado por los hombres del Imperio Oscuro..., y fueron ellos los que le robaron las alforjas.

—No..., percibí una sensación de traición cuando abandonó los establos. Ahora ha desaparecido..., y con él se ha llevado el regalo que me hizo Rinal.

Pero su cólera y estupefacción empezaban a disminuir y ya no siguió azuzando los flancos de las agotadas bestias.

La marcha del carruaje disminuyó poco a poco, a medida que las cansadas bestias, al no verse estimuladas por el látigo, fueron dando paso a su instinto por descansar.

D'Averc cogió las riendas de manos de Hawkmoon y el joven duque no se resistió, limitándose a desplomarse sobre el fondo del carruaje y a hundir la cabeza entre las manos.

D'Averc detuvo por fin a las bestias, que de inmediato se dejaron caer al suelo, jadeando ruidosamente.

Yisselda le acarició el pelo a Hawkmoon.

—Dorian..., todo lo que Camarga necesita es que regreséis con vida. No sé de qué otra cosa hablabais, pero estoy segura de que no nos habría servido. Y tenéis el Amuleto Rojo. Seguramente, eso os será de alguna ayuda.

Ya se había hecho de noche, y la luz de la luna caía a través de una maraña de ramas de árboles. D'Averc y Oladahn bajaron del carruaje, frotándose los doloridos cuerpos y fueron a buscar leña para encender un fuego.

Hawkmoon levantó la mirada. La luz de la luna iluminó su pálido rostro y la joya negra incrustada en su frente. Miró a Yisselda con ojos melancólicos, aunque sus labios intentaron sonreír.

—Os agradezco la fe que habéis depositado en mí, Yisselda, pero me temo que se necesitará algo más que un Dorian Hawkmoon para ganar la lucha entablada contra el Imperio Oscuro, y la perfidia de ese Guerrero me ha desesperado aún más...

—No existe la menor prueba de esa perfidia, querido mío.

—No..., pero sabía instintivamente que tenía la intención de abandonarnos, llevándose la máquina consigo. Él también se dio cuenta de lo que yo pensaba. No me cabe la menor duda de que ahora posee esa máquina y que ya está muy lejos de nosotros. No creo que se la haya llevado para ningún propósito innoble. Posiblemente, su propósito tiene mayor importancia que el mío, pero no por eso puedo justificar sus acciones. Me ha engañado. Me ha traicionado.

—Si está al servicio del Bastón Rúnico, puede saber más que vos mismo. Es posible que quiera preservar esa

máquina, que incluso sea peligrosa para vos.

—No tengo la menor prueba de que esté al servicio del Bastón Rúnico. Por lo que sé, también podría estar al servicio del Imperio Oscuro y yo no habría sido más que su instrumento.

—Creo que abrigas excesivas sospechas, amor mío.

—Me he visto obligado a pensar así —replicó Hawkmoon con un suspiro—. Y así seguiré pensando hasta que Granbretan haya sido destruida o yo haya sido destruido.

La estrechó entre sus brazos, ocultando la cabeza entre su pelo, y aquella noche se quedó durmiendo así.

A la mañana siguiente la luz del sol era muy brillante, a pesar de la frialdad del aire. El tenebroso estado de ánimo de Hawkmoon había desaparecido gracias a una noche de profundo sueño, y todos ellos parecían estar de mucho mejor humor. Todos se sintieron famélicos, incluidas las bestias mutantes, cuyas lenguas colgaban de los bellos y cuyos ojos miraban con glotonería y ferocidad. A primeras horas de la mañana, Oladahn se había confeccionado un arco y unas flechas y se había marchado, perdiéndose en lo más profundo del bosque en busca de caza.

D'Averc tosió teatralmente mientras se limpiaba el enorme casco de oso con un trozo de ropa que había encontrado en el fondo del carruaje.

—Este aire occidental no le sienta nada bien a mis pulmones —dijo—. Preferiría volver a estar en el este, quizá en Asiacomunista, donde, según he oído decir, existe una noble civilización. Quizá una civilización de esa clase apreciaría mis talentos y me nombraría para algún elevado cargo.

—¿Ya habéis abandonado toda esperanza de recibir alguna recompensa por parte del rey-emperador? —le preguntó Hawkmoon con una sonrisa burlona.

—La recompensa que obtendría es la misma que os ha prometido a vos —contestó D'Averc tristemente—. Si ese condenado piloto no hubiera vivido..., y no me hubieran visto luchar a vuestro lado en el castillo... No, amigo Hawkmoon, en lo que respecta a Granbretan, me temo que debo considerar mis ambiciones con todo realismo.

Entonces apareció Oladahn, tambaleándose bajo el peso de dos ciervos, uno sobre cada hombro. Todos se abalanzaron hacia él.

—Dos piezas con dos disparos —dijo con orgullo—. Y eso que hice las flechas apresuradamente.

—Ni siquiera vamos a poder comernos una, y mucho menos dos —comentó D'Averc.

—Hay que pensar en las bestias —observó Oladahn—. Necesitan alimentarse, ya que, en caso contrario, se alimentarán con nosotros antes de que termine el día, con Amuleto Rojo o sin él.

Descuartizaron el ciervo más pesado y se lo arrojaron a los felinos mutantes, que devoraron la carne con rapidez, gruñendo suavemente. Después, prepararon una hoguera en la que poder asar el segundo ciervo.

Cuando finalmente se encontraron todos comiendo, Hawkmoon suspiró y sonrió.

—Dicen que la buena comida desvanece todas las preocupaciones —dijo—, pero no me lo había creído hasta ahora. Me siento como nuevo. Es la primera buena comida que he tomado desde hace varios meses. Venado recién muerto y comido en los bosques..., ¡ah, qué placer!

D'Averc, que se chupaba los dedos con gesto de fastidio, y que había comido una gran cantidad de carne, aunque con aparente delicadeza, comentó:

—Admiro una salud como la vuestra, Hawkmoon. Quisiera tener vuestro mismo apetito.

—Y yo desearía tener el vuestro —rió Oladahn—, puesto que habéis comido suficiente para pasaros una semana sin probar bocado.

D'Averc le miró con una expresión de reprobación.

Yisselda, que todavía estaba envuelta únicamente en la capa de Hawkmoon, se estremeció ligeramente y dejó el hueso que había estado royendo.

—Me pregunto si no podríamos buscar una ciudad en cuanto pudiéramos —dijo—. Podría comprar algunas

cosas...

—Desde luego, Yisselda —se apresuró a decir Hawkmoon, algo desconcertado—, aunque será difícil... Si los guerreros del Imperio Oscuro abundan por estos territorios, será mucho mejor continuar más hacia el sur y el oeste, en dirección a Camarga. Quizá podamos encontrar una ciudad en Carpatia. En estos momentos, debemos estar a punto de atravesar sus fronteras.

D'Averc señaló con el pulgar hacia el carruaje y las bestias.

—No creo que nos recibieran muy bien si llegáramos a la ciudad montados en esa cosa tan inverosímil —observó—. Quizá uno de nosotros podría acercarse a algún pueblo... Pero, entonces, ¿qué utilizaríamos como dinero?

—Tengo el Amuleto Rojo —dijo Hawkmoon—. Lo podríamos vender...

—Tonterías —le interrumpió D'Averc repentinamente serio, mirándole con ojos muy brillantes—. Ese amuleto significa vuestra vida... y la nuestra. Es nuestra única protección, el único medio de que disponemos para controlar a esas bestias. Me parece que no es el amuleto lo que odiáis, sino la responsabilidad que implica.

—Es posible —dijo Hawkmoon encogiéndose de hombros—. Quizá haya sido una tontería por mi parte el sugerirlo. Sin embargo, esta cosa sigue sin gustarme. Yo he visto lo que vos no habéis visto..., lo que había hecho con un hombre que lo llevó durante treinta años.

—Amigos, no hay necesidad de discutir todo eso, puesto que me he anticipado a vuestras necesidades y mientras os dedicabais a libraros con gran ferocidad de nuestros enemigos en el salón del dios Loco, les quité unos pocos ojos a los hombres del Imperio Oscuro...

—¡Ojos! —exclamó Hawkmoon con un gesto de repulsión, aunque se relajó y sonrió en cuanto Oladahn extendió la palma de la mano, sobre la que había un puñado de joyas que le había quitado a las máscaras de los granbretanianos.

—Bien —dijo D'Averc—, necesitamos provisiones desesperadamente, y lady Yisselda necesita ropas. ¿Quién de nosotros llamaría menos la atención si entrara en una ciudad de Carpatia?

—Vos, desde luego —contestó Hawkmoon dirigiéndole una mirada sardónica—, siempre y cuando os quitéis esos accesorios característicos del Imperio Oscuro. Porque, como ya habréis observado, esta joya negra que llevo en la frente hace que sea muy fácil reconocerme, lo mismo que sucede con Oladahn debido a su rostro peludo. Pero seguís siendo mi prisionero...

—Me siento ofendido, duque Dorian. Creía que éramos aliados..., que estábamos unidos en contra de un enemigo común, unidos por la sangre, por habernos salvado la vida mutuamente...

—Por lo que yo recuerdo, vos no habéis salvado la mía.

—Bueno, supongo que no de un modo específico. Sin embargo...

—Y no estoy dispuesto a entregaros un puñado de joyas y a dejaros en completa libertad —siguió diciendo Hawkmoon, añadiendo en un tono algo más sombrío—: Además, hoy no estoy como para confiar en nadie.

—Os daría mi palabra, duque Dorian —dijo D'Averc con naturalidad, aunque la mirada de sus ojos se endureció ligeramente.

Hawkmoon frunció el ceño.

—Ha demostrado ser nuestro amigo a lo largo de varios combates —comentó Oladahn con suavidad.

—Disculpadme, D'Averc —dijo finalmente Hawkmoon—. Muy bien, en cuanto llegemos a Carpatia, os encargaráis de comprar todo lo que necesitemos.

—Este condenado aire —dijo D'Averc al tiempo que tosía—. Me va a matar.

Continuaron la marcha, con los felinos avanzando a un paso algo más suave que el día anterior, a pesar de lo cual progresaban a una velocidad mucho mayor que sobre cualquier caballo. Hacia el mediodía dejaron atrás el gran bosque y por la noche vieron en la distancia las montañas de Carpatia. Casi al mismo tiempo, Yisselda señaló hacia

el norte, indicando las diminutas figuras de unos jinetes que se aproximaban hacia ellos.

—Nos han visto —dijo Oladahn—. y parece que tienen la intención de dirigirse en ángulo hacia nosotros para cortarnos el paso.

Hawkmoon hizo restallar el látigo sobre los flancos de las enormes bestias que tiraban del carruaje.

—Son jinetes del Imperio Oscuro..., no me cabe la menor duda. Si no me equivoco, pertenecen a la orden de la Morsa.

—El rey-emperador debe de estar planeando una invasión de Ucrania en toda regla —comentó Hawkmoon—. Ninguna otra razón explica la presencia por esta zona de tantos grupos de guerreros del Imperio Oscuro. Eso significa que, casi con toda seguridad, ha consolidado sus conquistas más al oeste y al sur.

—A excepción de Camarga. espero —dijo Yisselda.

La carrera continuó y los jinetes se fueron acercando cada vez más, ya que cabalgaban describiendo un ángulo con respecto al curso seguido por el carruaje. Hawkmoon sonrió burlonamente, permitiendo que los jinetes creyeran que iban a alcanzarlos.

—Prepara tu arco, Oladahn —dijo—. Aquí tenéis una oportunidad para practicar el tiro al blanco.

Cuando se acercaron los jinetes, que llevaban unas grotescas máscaras de morsa hechas de ébano y marfil, Oladahn tensó el arco y disparó una flecha. Un jinete cayó de la silla y unas cuantas jabalinas surcaron el aire en dirección al carruaje, aunque se quedaron cortas. Otros tres miembros de la orden de la Morsa murieron a consecuencia de las flechas lanzadas por Oladahn, antes de que el carruaje les dejara atrás y los felinos arrastraran su carga hacia las primeras colinas que daban paso a las montañas de los Cárpatos.

Dos horas más tarde se hizo de noche y decidieron que podían acampar sin peligro.

Tres días más tarde contemplaron la ladera rocosa de una montaña, y se dieron cuenta de que se verían obligados a abandonar tanto a las bestias como el carruaje, si es que querían atravesar la cadena montañosa. Tendrían que seguir el viaje a pie; no había ninguna otra alternativa.

El terreno se había hecho cada vez más difícil para los felinos mulantes, y la falda de la montaña que tenían delante les imposibilitaba remontarla arrastrando al mismo tiempo el carruaje. Habían intentado encontrar un paso, e incluso habían desperdiciado dos días en esa tarea, pero no lo había.

Por otro lado, si estaban siendo perseguidos, no tardarían en darles alcance. A ninguno de ellos le cabía la menor duda de que Hawkmoon había sido reconocido como el hombre a quien el rey-emperador había jurado destruir. Por lo tanto, los guerreros del Imperio Oscuro, deseosos de alcanzar méritos a los ojos de su amo, estarían buscándole ávidamente.

De modo que empezaron a subir, tambaleándose, la abrupta cara de la montaña, dejando atrás a las bestias, a las que previamente habían dejado sueltas.

Cuando se encontraban cerca de una plataforma que parecía extenderse a cierta distancia, rodeando la montaña, y ofreciendo así un paso relativamente más fácil, escucharon el estruendo de las armas y de los cascos de caballos. Al volverse, vieron a los jinetes con máscaras de morsa que les habían perseguido días antes en la llanura y que ahora se encontraban algo más abajo.

—Sus jabalinas pueden alcanzarnos a esta distancia —dijo D'Averc con una mueca—. Y aquí no podemos cubrirnos.

—Todavía podemos hacer una cosa —dijo Hawkmoon sonriendo enigmáticamente. Después elevó la voz y gritó—: A ellos. mis bestias... ¡Matadlos! ¡Obedecedme, en nombre del amuleto!

Los felinos mulantes giraron sus siniestros ojos hacia los recién llegados, que se sentían tan contentos al ver que sus víctimas se hallaban tan cerca, que no se habían dado cuenta de la presencia de las bestias. El jefe del grupo levantó el brazo, dispuesto a lanzar la jabalina.

Y entonces los felinos saltaron hacia ellos.

Yisselda no miró atrás, mientras los gritos de los aterrorizados guerreros llenaban el aire, y los estertores de las víctimas producían ecos entre las tranquilas montañas, a medida que las bestias del dios Loco mataron primero a

los guerreros y después los devoraron.

Al día siguiente ya habían cruzado las montañas, llegando a un valle verde y encontrando una pequeña ciudad con casas de tejados rojos que parecía muy pacífica.

D'Averc contempló la ciudad desde lo alto del camino y extendió la mano hacia Oladahn.

—Amigo Oladahn, dadme las joyas, por favor. ¡Por el Bastón Rúnico que me siento desnudo vestido sólo con camisa y pantalones bombacho!

Cogió las joyas, las sopesó en la mano, le dirigió un guiño a Hawkmoon y emprendió el camino de descenso hacia el pueblo.

Los demás se tumbaron sobre la hierba y le observaron bajar silbando y entrar por una calle. Después, desapareció.

Esperaron durante cuatro horas. El semblante de Hawkmoon empezó a adquirir una expresión sombría, y miró resentido a Oladahn, quien se limitó a apretar los labios y encogerse de hombros.

Y entonces reapareció D'Averc. Pero no venía solo. Otros le acompañaban. Hawkmoon se dio cuenta con un estremecimiento que se trataba de hombres del Imperio Oscuro. Perteneían a la temible orden del Lobo, la antigua orden del barón Meliadus. ¿Habían reconocido a D'Averc y le habían capturado? Pero no..., al contrario. D'Averc parecía sentirse muy a gusto entre ellos. Hizo movimientos con las manos, giró sobre sí mismo y empezó a subir la colina hacia donde ellos estaban ocultos, llevando un gran bulto sobre la espalda. Hawkmoon no supo qué hacer, pues las máscaras de lobo regresaron al pueblo, permitiendo que D'Averc siguiera solo su camino.

—D'Averc sabe hablar muy bien —comentó Oladahn con una sonrisa burlona—. Tiene que haberles convencido de que no es más que un inocente viajero. Sin duda alguna, el Imperio Oscuro aún sigue una política de suave aproximación a los habitantes de Carpatia.

—Quizá —concedió Hawkmoon, aunque no convencido del todo.

Cuando D'Averc llegó donde ellos se encontraban, dejó el bulto en el suelo y lo abrió, poniendo al descubierto algunas camisas y un par de pantalones, así como una serie de alimentos..., quesos, pan, salsas, carne fría. Después, le entregó a Oladahn la mayor parte de las joyas que éste le había dado.

—He comprado todo esto a un precio relativamente barato —dijo. Después, al ver la expresión de Hawkmoon, frunció el ceño—. ¿Qué os sucede, duque Dorian? ¿No estáis satisfecho? Siento no haberle podido traer vestidos a lady Yisselda, pero los pantalones y la camisa le irán muy bien.

—Allí había hombres del Imperio Oscuro —dijo Hawkmoon, señalando el pueblo con el pulgar—. Y parecíais mantener con ellos unas relaciones muy amistosas.

—Estaba preocupado, lo admito —dijo D'Averc—, pero al parecer son muy precavidos con el empleo de la violencia. Están en Carpatia para convencer a sus habitantes de los beneficios de someterse al gobierno del Imperio Oscuro. Al parecer, el rey de Carpatia ha hospedado a uno de sus nobles. Es la técnica habitual... El oro antes que la violencia. Me hicieron unas pocas preguntas, pero no se mostraron indebidamente suspicaces. Me dijeron que estaban combatiendo en Shekia, y que ya habían sometido a casi todo el país, a excepción de una o dos ciudades clave.

—¿No les habéis dicho nada de nosotros? —preguntó Hawkmoon.

—Pues claro que no.

Medio satisfecho, Hawkmoon se relajó un poco.

D'Averc tomó la ropa en la que había liado todo lo demás.

—Mirad..., cuatro capas con capucha, iguales que las que suelen llevar los hombres santos por estos lares. Nos ocultarán el rostro lo suficiente. Me han dicho que hay una ciudad más grande a un día de distancia hacia el sur. Es una ciudad donde comercian con caballos. Mañana podremos estar allí y compraremos corceles. ¿No os parece una buena idea?

—Sí —admitió Hawkmoon, asintiendo lentamente con la cabeza—. Necesitamos caballos.

La ciudad se llamaba Zorvanemi, y estaba abarrotada de gentes de todas clases, llegadas especialmente para vender o comprar caballos. Había grandes corrales en las afueras de la ciudad, y en ellos divisaron caballos de todas clases, desde magníficos sementales, hasta caballos de tiro.

Llegaron al anochecer, demasiado tarde como para comprar nada, y se alojaron en una posada situada en uno de los extremos de la ciudad, cerca de los corrales, con la intención de comprar lo que necesitaban a primeras horas de la mañana siguiente y marcharse de allí. Vieron pequeños grupos de soldados del Imperio Oscuro, esparcidos por aquí y por allá, pero ninguno de ellos prestó la menor atención al pequeño grupo de religiosos, envueltos en sus capuchas, que deambulaban entre la gente; había otros religiosos en la ciudad, procedentes de los diversos monasterios cercanos a ella, de modo que pasaron totalmente desapercibidos.

Sentados al calor de la sala pública de la posada, pidieron vino y comida, y consultaron un mapa que habían comprado, hablando en voz baja y discutiendo sobre la mejor ruta a seguir para llegar al sur de Francia.

Algo más tarde se abrió la puerta de la posada y en la sala penetró el aire frío de la noche. Por encima de los sonidos de la conversación y de las risotadas ocasionales de los parroquianos, escucharon el tono áspero de un hombre que pedía vino a gritos para él y sus camaradas, y que sugirió al posadero que les encontrara también algunas mujeres.

Hawkmoon levantó la vista y se puso inmediatamente en guardia. Los soldados que acababan de entrar pertenecían a la orden del Oso, aquélla a la que había pertenecido D'Averc. A la débil luz de la sala tenían exactamente el aspecto de los animales que representaban sus máscaras. Con sus cuerpos robustos y cubiertos por la armadura, y los pesados cascos sobre las cabezas, como si de pronto una gran cantidad de osos hubiera aprendido a hablar y a caminar sobre sus patas traseras.

El posadero se mostró evidentemente nervioso, se aclaró varias veces la garganta y les preguntó qué vino preferían.

—Que sea fuerte y abundante —espetó el jefe—. Y lo mismo con las mujeres. ¿Dónde están vuestras mujeres? Espero que sean más hermosas que vuestros caballos. Vamos hombre, daos prisa. Nos hemos pasado todo el día comprando caballos, contribuyendo así a la prosperidad de esta ciudad... Ahora nos debéis un favor.

Evidentemente, aquellos soldados estaban allí con la misión de comprar caballos para las tropas del Imperio Oscuro..., destinados probablemente a los que se dedicaban a conquistar Shekia, que estaba justo al otro lado de las fronteras.

Hawkmoon, Yisselda, Oladahn y D'Averc se cubrieron mejor los rostros con las capuchas, y se dedicaron a beber su vino, sin levantar las miradas.

La sala pública estaba siendo servida por tres criadas y dos hombres, así como por el propio posadero. Cuando una de ellas pasó junto a los soldados, uno de éstos la agarró por la cintura y le apretó el hocico de su máscara contra la mejilla.

—Dale un beso a un viejo cerdo, muchacha —rugió.

Ella se retorció, tratando de liberarse, pero el hombre la sujetó con firmeza. Un gran silencio, cargado de tensión, se extendió por toda la sala.

—Sal ahí fuera conmigo —siguió rugiendo el jefe de los soldados—. Estoy en celo.

—¡Oh, no, por favor, dejadme! —balbuceó la mujer—. Voy a casarme la semana que viene.

—A casarte, ¿eh? —replicó el soldado con grandes risotadas—. Pues voy a enseñarte un par de cosas para que se las enseñes después a tu marido.

La joven gritó y siguió resistiéndose. En la taberna no se movió nadie.

—Vamos —rugió el soldado—. Ahí fuera...

—No —sollozó la muchacha—. No lo haré hasta casarme...

—¿Eso es todo? —rió el de la máscara de oso—. Bueno, entonces me casaré contigo..., si es eso lo que quieres. —De repente, se volvió y miró fieramente a los cuatro que estaban sentados entre las sombras—. Sois religiosos, ¿verdad? Uno de vosotros puede casarnos.

Antes de que Hawkmoon y los demás se dieran cuenta de lo que estaba sucediendo, el soldado había agarrado por la muñeca a Yisselda, que estaba sentada en un extremo del banco, obligándola a levantarse.

—Casadnos ahora mismo, hombre santo o... ¡Por el Bastón Rúnico! ¿Qué clase de religioso sois?

La capucha de Yisselda se había caído hacia atrás, poniendo al descubierto su maravillosa mata de pelo.

Hawkmoon se levantó. Ya no se podía hacer nada más, excepto luchar. Oladahn y D'Averc también se incorporaron.

Los tres desenvainaron las espadas simultáneamente, que hasta entonces habían mantenido ocultas entre sus ropas. Se lanzaron en seguida contra los guerreros, gritándoles a las mujeres que se alejaran.

Los soldados de la orden del Oso estaban medio borrachos y se vieron sorprendidos, mientras que los tres compañeros estaban muy serenos. Esa fue su única ventaja. La espada de Hawkmoon se deslizó entre el peto y la gorguera del jefe y le mató antes de que éste pudiera desenvainar su arma. Oladahn golpeó las piernas desprotegidas de otro de ellos, y D'Averc casi logró cortarle la mano a uno que se había quitado los guanteletes.

Después, lucharon, avanzando y retrocediendo por el piso de la taberna, mientras los hombres y las mujeres se dirigían apresuradamente hacia la escalera y las puertas, asomándose muchos de ellos a la galería superior para contemplar la lucha.

Debido a la falta de espacio para combatir a espada en aquella estrecha sala, Oladahn prefirió lanzarse sobre la espalda de uno de los soldados, que le arrastró hacia la escalera. Hawkmoon, por su parte, se defendía desesperadamente contra un hombre que blandía un hacha enorme y que, cada vez que fallaba, hacía trizas los enormes bancos y mesas de madera.

Impedido en sus movimientos por la capa, Hawkmoon trataba de desembarazarse de ella al mismo tiempo que detenía y esquivaba los golpes del hacha. Dio un paso hacia un lado, se enredó con los pliegues de la capa y cayó al suelo. El hachero levantó el hacha, dispuesto a descargar el golpe fatal.

Hawkmoon rodó sobre sí mismo justo a tiempo, en el instante en que el hacha descendía y le atravesaba la capa. El joven se incorporó rápidamente haciendo dar un giro a su mano armada. La espada golpeó con fuerza la nuca del hachero. El hombre lanzó un gemido y cayó de rodillas, perplejo. Hawkmoon le pegó una patada a la máscara, revelando un rostro enrojecido, retorcido y abierto en un gesto de sorpresa. Hawkmoon le introdujo la hoja en lo más profundo del cuello, cortándole la yugular. Un gran chorro de sangre brotó del casco abierto. Hawkmoon retiró la espada y el casco cayó sobre la cabeza, cerrándose.

Cerca de él, Oladahn forcejeaba con su enemigo, que le había agarrado ahora un brazo y trataba de sacárselo de la espalda. Hawkmoon saltó hacia él y agarrando la espada con ambas manos le hundió la punta en el vientre, atravesando la armadura, el cuero y la carne. El hombre lanzó un grito y se desmoronó sobre el suelo, donde quedó, retorciéndose.

Después, actuando juntos, Oladahn y Hawkmoon atacaron por la espalda al enemigo de D'Averc, golpeándole con ambas espadas hasta que no tardó en quedar tendido en el suelo, también muerto.

No les quedaba más que terminar con el hombre de la mano cortada, que estaba echado en el suelo, apoyado contra un banco, llorando y tratando de sostenerse la mano en su sitio.

Jadeante, Hawkmoon se volvió y contempló la carnicería que habían hecho en la taberna.

—No ha sido una mala noche de trabajo para unos religiosos como nosotros —comentó burlonamente.

—Quizá haya llegado el momento de cambiar nuestros disfraces por algo más apropiado —replicó D'Averc pensativamente.

—¿Qué queréis decir?

—Tenemos aquí suficientes armaduras de oso como para disfrazarnos los cuatro, sobre todo porque yo todavía conservo la mía. Además, hablo el lenguaje secreto de la orden del Oso. Con un poco de suerte podremos continuar

nuestro viaje disfrazados como aquellos a los que más tememos..., como hombres del Imperio Oscuro. Creo que todos hemos estado reflexionando sobre la mejor forma de cruzar los países donde Granbretan ha consolidado sus conquistas. Pues bien..., aquí tenemos la respuesta.

Hawkmoon pensó con rapidez. La sugerencia de D'Averc era atrevida, pero contaba con buenas posibilidades, sobre todo porque el propio D'Averc conocía el ritual de la orden.

—De acuerdo —admitió—, quizá tengáis razón, D'Averc. Así podremos viajar por donde las tropas del Imperio Oscuro son más numerosas y llegar antes a Camarga. Muy bien, lo haremos.

Empezaron a despojar a los cadáveres de sus armaduras.

—Podemos estar tranquilos en cuanto al silencio del posadero y de las gentes de la ciudad —dijo D'Averc—, ya que no estarán dispuestos a admitir que aquí se mató a seis guerreros del Imperio Oscuro.

Oladahm les contempló mientras ambos trabajaban, cuidándose el brazo que le habían retorcido.

—Es una lástima —dijo con suspiro—. Éste ha sido un éxito que debería ser recordado.

8. El campamento del Imperio Oscuro

—¡Hijo de los gigantes de las montañas! ¡Me voy a quedar mortalmente entumecido antes de haber podido andar un kilómetro!

La amortiguada voz de Oladahn procedía del interior del casco grotesco, al tiempo que el hombrecillo trataba de liberarse de aquel peso que le abrumaba. Los cuatro estaban en su habitación de la posada, probándose la armadura capturada a sus enemigos muertos.

Aquellas vestiduras también le parecieron muy incómodas a Hawkmoon. Aparte del hecho de que no se ajustaban adecuadamente a su figura, le hacían sentir claustrofobia. En otros tiempos había llevado algo similar, cuando se disfrazó con una armadura de la orden del barón Meliadus, pero las armaduras de los soldados de la orden del Oso eran mucho más pesadas y, desde luego, bastante menos cómodas. Sólo D'Averc estaba acostumbrado a ellas y ya se había puesto la suya, contemplando con un gesto entre divertido y burlón su primer encuentro con el uniforme de la orden a la que él mismo había pertenecido.

—No me extraña que aseguréis estar siempre enfermo —le comentó Hawkmoon—. No conozco nada menos saludable que esto. Me siento inclinado a olvidar todo nuestro plan.

—Os acostumbraréis a medida que cabalgemos —le aseguró D'Averc—. Unos pocos roces, un poco de mala ventilación y después os sentiréis desnudo sin ella.

—Preferiría ir desnudo —protestó Oladahn sacándose la máscara de oso, que cayó al suelo con estrépito.

—Llevad cuidado —le aconsejó D'Averc señalándole con un dedo—. No queremos causar más daños aquí.

Oladahn le lanzó al casco una patada extra.

Un día y una noche más tarde cabalgaban ya por el interior de Shekia. No cabía la menor duda de que el Imperio Oscuro había conquistado la provincia, pues por todas partes se veían pueblos y ciudades devastados, cadáveres crucificados a lo largo de todos los caminos. El aire estaba repleto de aves carroñeras, de las que aún había más en el suelo, alimentándose. La noche había estado tan iluminada como si el sol hubiera lucido sobre el horizonte, gracias a las piras funerarias de las granjas, las ciudades, las villas y pueblos. Y las negras hordas del imperio de Granbretan, con antorchas en una mano y espadas en la otra, cabalgaban como demonios salidos del propio infierno, aullando, gritando y devastando todo el territorio.

Los supervivientes se ocultaban a la vista de los cuatro jinetes que, convenientemente disfrazados, atravesaban aquel mundo de terror, galopando con la mayor rapidez que podían, sin que nadie sospechara de ellos. Ante los ojos de los demás, sólo se trataba de un pequeño grupo de asesinos y saqueadores entre tantos otros, y ni amigos ni enemigos tuvieron la menor sospecha sobre sus verdaderas identidades.

Un grupo de jinetes se acercó hacia ellos, cabalgando sobre el barro pisoteado del camino, envueltos en grandes capas que les cubrían tanto las cabezas enmascaradas como los cuerpos. Montaban en poderosos caballos negros y cabalgaban encorvados en las sillas, como si no hubieran estado haciendo otra cosa desde hacía días.

—Seguro que son hombres del Imperio Oscuro —murmuró Hawkmoon al acercarse el otro grupo—, y parece que sienten un gran interés por nosotros.

—Silencio los tres —murmuró D'Averc, poniéndose al frente de ellos y dirigiéndolos hacia los guerreros que esperaban—. Yo hablaré.

El jefe de los guerreros de la orden del Oso habló con un tono de voz muy peculiar, intercalando bufidos, sonidos gangosos y chillidos. Hawkmoon estuvo seguro de que hablaba el lenguaje secreto de la orden.

Se sorprendió que la garganta de D'Averc emitiera sonidos similares. La conversación se mantuvo durante un rato. D'Averc señaló el camino hacia atrás, y el jefe de los guerreros oso señaló a su vez en la otra dirección. Después, azuzó a su caballo y él y sus hombres pasaron junto a los nerviosos jinetes y continuaron su camino.

—¿Qué quería? —preguntó Hawkmoon.

—Quería saber si habíamos visto ganado. Forman un grupo de forrajeo enviado para localizar provisiones para el campamento situado delante de nosotros.

—¿De qué campamento se trata?

—Según me ha dicho es uno muy grande situado a unos seis kilómetros de aquí. Se están preparando para atacar Bradichla..., una de las últimas ciudades que aún se les resisten. Conozco ese lugar. Tiene una arquitectura maravillosa.

—Eso quiere decir que estamos cerca de Osterland —intervino Yisselda—, más allá de la cual está Italia. Y después de Italia está Provenza..., el hogar.

—Cierto —asintió D'Averc—. Vuestros conocimientos de geografía son excelentes. Pero aún no hemos llegado a casa y todavía tenemos que afrontar la parte más peligrosa del viaje.

—¿Qué vamos a hacer con respecto a ese campamento? —preguntó Oladah—. ¿Lo rodeamos y lo atravesamos directamente?

—Al parecer, es un campamento muy grande —le dijo D'Averc—. Creo que lo mejor que podríamos hacer sería atravesarlo directamente, e incluso pasar la noche en él y tratar de enterarnos de cuáles son los planes del Imperio Oscuro... Podríamos enterarnos, por ejemplo, si conocen nuestra presencia por los alrededores.

—No estoy seguro de que eso no sea muy peligroso —dijo Hawkmoon con un tono de voz apagado por la máscara y con matices de duda—. Pero si tratáramos de evitar el campamento podríamos levantar sospechas. Muy bien, lo atravesaremos.

—¿No tendremos que quitarnos las máscaras, Dorian? —le preguntó Yisselda.

—No temáis por eso —intervino D'Averc—. Los granbretanianos nativos incluso duermen a menudo con las máscaras puestas. Les disgusta mucho poner sus rostros al descubierto.

Hawkmoon había observado el cansancio en la voz de Yisselda y se dio cuenta de que tenían que descansar; por lo tanto, tendría que ser en el campamento granbretaniano.

Se habían imaginado que el campamento sería enorme, pero no tan vasto como lo era en realidad. Al fondo, en la distancia, se veía la ciudad amurallada de Bradichla, con sus agujas y fachadas visibles incluso desde allí.

—Son notablemente hermosas —dijo D'Averc con un suspiro. Después, sacudió la cabeza y añadió—: ¡Qué lástima que mañana sean destruidas! Han sido unos verdaderos idiotas al oponer resistencia a este ejército.

—Es un ejército enorme —comentó Oladah—. Sin duda alguna innecesario para derrotar a esta ciudad.

—El Imperio Oscuro persigue conquistar con rapidez —le dijo Hawkmoon—. He visto ejércitos mayores que éste utilizados para conquistar ciudades más pequeñas. Pero el campamento se extiende sobre una gran distancia y no creo que la organización sea perfecta. Creo que nos podemos ocultar aquí.

Había toldos, tiendas e incluso cabañas levantadas por todas partes, fuegos de campamento de todo tipo en los que se preparaba toda clase de comida, y corrales para los caballos, los toros y las muías. Los esclavos empujaban grandes máquinas de guerra a través del barro del campamento, vigilados por los hombres de la orden de la Hormiga. Las banderas y gallardetes ondeaban al viento, y los estandartes de una buena cantidad de órdenes militares aparecían clavados en el suelo, aquí y allá. Desde cierta distancia parecía como si se tratara de una primitiva confluencia de bestias, con un gran grupo de lobos acampados en terrenos de cultivo arruinados, un conjunto de topos (de las órdenes de zapadores) gruñían alrededor de las marmitas del campamento, y, desparramados por todas partes, distintos grupos de avispas, zorros, cuervos, hurones, ratas, tigres, osos, moscas, perros, tejones, cabras, nutrias, e incluso unas pocas mantas, que formaban la guardia selecta cuyo gran jefe era el propio rey Huon.

Hawkmoon reconoció algunos de los estandartes..., como el de Adaz Promp, el gran jefe de la orden del Perro; Breñal Farnu, con su ornamentada bandera, que le señalaba como barón de Granbretan y gran jefe de la orden de la Rata; el de Shenegar Trott, conde de Sussex. Hawkmoon llegó a la conclusión de que aquella ciudad debía de ser la última en caer durante aquella campaña, y que ésa era la razón por la que el ejército era tan vasto, lo que explicaba

también la presencia de tantos señores de la guerra de alto rango. Incluso divisó al propio Shenegar Trott, portado hacia su tienda en una litera a caballo, con los ropajes cubiertos de joyas y su pálida máscara plateada diseñada para parodiar un rostro humano.

Shenegar Trott parecía un aristócrata de existencia muelle y mente debilitada, arruinado por un estilo de vida demasiado cómodo, pero Hawkmoon le había visto dirigir la batalla en el Ford de Weizna, junto al Rin, durante la cual se hundió deliberadamente en el agua, a lomos de su caballo, para avanzar sobre el lecho del río y aparecer al otro lado, en la orilla ocupada por el enemigo. Aquello era lo más extraño de todo en cuanto a los nobles del Imperio Oscuro. Parecían blandos, perezosos y autoindulgentes y, sin embargo, actuaban con la misma fuerza que las bestias que pretendían ser, e incluso a menudo con mayor bravura. Shenegar Trott era el mismo hombre que le había cortado una extremidad a un niño que no dejaba de gritar, masticando un buen bocado de aquella carne delante de la horrorizada madre, obligada a contemplar la escena.

—Bien —dijo Hawkmoon respirando profundamente—, atravesemos el campamento y acerquémonos todo lo que podamos a extremo más alejado. Confío en que podamos salir mañana sin despertar sospechas.

Cabalgaron lentamente por el campamento. De vez en cuando un guerrero oso les saludaba y D'Averc se encargaba de contestarle en nombre de todos. Finalmente, llegaron al extremo del campamento y allí desmontaron. Llevaban el equipo robado a los hombres que habían matado en la taberna, y ahora lo montaron sin levantar sospechas, ya que no portaba ninguna insignia especial. D'Averc observó a los demás mientras trabajaban. Les había dicho que no sería bien visto que un guerrero de su evidente rango se pusiera a ayudar a sus hombres.

Un grupo de ingenieros de la orden del Tejón se acercaron arrastrando una carreta llena de cabezas de hacha de repuesto, pomos de espada, cabezas de flecha, lanzas, puntas y otros suministros. También disponían de una afiladora.

—¿Tenéis algún trabajo para nosotros, hermanos osos? —gruñeron, deteniéndose junto a su pequeña tienda.

Hawkmoon desenvainó su espada ensangrentada.

—Esta hoja necesita un buen filo.

—Sí, yo he perdido el arco y un carcaj de flechas —dijo Oladahn al ver que llevaban un montón de flechas en el fondo de la carreta.

—¿Y qué me dices tú, compañero? —preguntó el hombre con la máscara de tejón, dirigiéndose a Yisselda—. Ni siquiera llevas espada.

—En tal caso dale una, idiota —ladró en ese momento D'Averc con su tono militar más duro.

El tejón se apresuró a obedecerle.

Una vez que hubieron sido reequipados, con las armas perfectamente afiladas, Hawkmoon se sintió más seguro de sí mismo. Le agradaba la frialdad con que estaban engañando a sus enemigos. Sólo Yisselda parecía asutada. Sostuvo la gran espada que se había visto obligada a atarse alrededor de la cintura y comentó:

—Esto significa más peso aún. Temo que voy a caer de rodillas en cualquier momento.

—Será mejor que os metáis dentro de la tienda —le aconsejó Hawkmoon—. Allí, al menos, podréis quitaros una parte del equipo.

D'Averc parecía inquieto, mientras contemplaba a Hawkmoon y a Oladahn, dedicados a preparar un fuego para cocinar.

—¿Qué os preocupa, D'Averc? —le preguntó Hawkmoon levantando la mirada y observando sus ojos a través de las aberturas del casco—. Sentaos. La comida no tardará en estar preparada.

—Me huelo que algo anda mal —murmuró D'Averc—. No me gusta que no nos sintamos en peligro.

—¿Cómo? ¿Creéis que los tejones han sospechado de nosotros?

—En lo más mínimo. —D'Averc contempló el campamento. La noche empezaba a oscurecer el cielo y los guerreros empezaban a prepararse para dormir; ahora había mucho menos movimiento. En las murallas de la lejana ciudad, los soldados se alineaban en las almenas, preparados para resistir a un ejército al que nadie había podido resistir hasta el momento, excepto Camarga—. En lo más mínimo —repitió D'Averc, casi hablando consigo

mismo—. Y, sin embargo, me sentiría mucho más tranquilo si...

—¿Si qué?

—Creo que daré una vuelta por el campamento y veré qué rumores corren por ahí.

—¿Te parece prudente? Además, si se nos acercan otros guerreros de la orden del Oso no podremos hablar su lenguaje.

—No tardaré en regresar. Meteos en las tiendas en cuanto podáis.

Hawkmoon hubiera preferido detener a D'Averc, pero no sabía cómo hacerlo sin atraer la atención; algo que no deseaba. Vio como D'Averc se alejaba de su pequeño campamento.

Justo en ese momento una voz sonó tras ellos.

—Tenéis un salchichón de muy buen aspecto, hermanos.

Hawkmoon se volvió con rapidez. Era un guerrero que llevaba la máscara de la orden del Lobo.

—Sí —se apresuró a contestar Oladahn—. Sí..., ¿quieres un trozo..., hermano?

Cortó un trozo de salchichón y se lo entregó al hombre. El guerrero se volvió, se levantó la máscara, se metió la comida en la boca, volvió a bajarse la máscara con rapidez, y se volvió de nuevo hacia ellos.

—Gracias —dijo—. Llevo viajando desde hace varios días. Nuestro comandante nos ha hecho avanzar de prisa. Acabamos de llegar. Hemos cabalgado más rápido que un condenado francés volador. —Se echó a reír y añadió—: Desde la misma Provenza.

—¿Desde Provenza? —preguntó Hawkmoon involuntariamente.

—Así es. ¿Has estado allí?

—Una o dos veces. ¿Hemos conquistado ya Camarga?

—Prácticamente sí. El comandante cree que ya es sólo cuestión de días. Se han quedado virtualmente sin jefes y también se les han acabado las provisiones. Con las armas que tienen han matado a muchos de los nuestros, pero no podrán matar a muchos más.

—¿Qué le ha ocurrido a su jefe, el conde Brass?

—He oído decir que ha muerto... o casi. Su moral empeora a cada día que pasa. Para cuando regresemos creo que ya habrá acabado todo. Y me alegrará saberlo. Me he pasado allí varios meses. Éste es el primer cambio de escenario que he tenido desde que comenzara esa condenada campaña. Gracias por el salchichón, hermanos. ¡Buena matanza para mañana!

Hawkmoon observó al guerrero lobo alejarse y desaparecer en la noche, iluminada ahora por miles de hogueras de campamento. Suspiró y entró en la tienda.

—¿Habéis oído eso? —le preguntó a Yisselda.

—Lo he oído. —Se había quitado el casco y se estaba peinando el cabello—. Parece ser que mi padre aún vive.

Lo dijo con un tono de voz excesivamente controlado, y Hawkmoon pudo ver lágrimas en sus ojos, aun a pesar de la oscuridad de la tienda. Le tomó el rostro entre las manos y dijo:

—No temáis, Yisselda. Dentro de unos pocos días más estaremos a su lado.

—Si es que para entonces sigue con vida...

—Nos está esperando. Vivirá.

Algo más tarde, Hawkmoon salió de la tienda. Oladahn estaba sentado junto a los rescoldos de la hoguera, con los brazos alrededor de las rodillas.

—Ya ha pasado mucho rato desde que se marchó D'Averc —observó Oladahn.

—En efecto —dijo Hawkmoon con aire ausente, contemplando las lejanas murallas de la ciudad—. Me pregunto si habrá sufrido algún daño.

—Es más probable que nos haya abandonado...

Oladahn se interrumpió al ver surgir varias figuras de entre las sombras. Hawkmoon observó con sobresalto que se trataba de guerreros que llevaban máscaras de oso.

—Meteos en la tienda, rápido —le murmuró a Oladahn.

Pero ya era demasiado tarde. Uno de los osos ya estaba hablando con Hawkmoon, dirigiéndose a él en la lengua secreta y gutural de la orden. Hawkmoon asintió y levantó una mano, como devolviendo un saludo, confiando en que aquello fuera todo lo que se esperaba de él, pero el tono de voz del oso se hizo más insistente. Hawkmoon intentó entrar en la tienda, pero una mano fuerte le retuvo.

El guerrero oso volvió a hablar. Hawkmoon se puso a toser, pretendiendo estar enfermo, señalando hacia su garganta. Pero entonces, el oso dijo:

—Te he preguntado, «hermano», si bebes con nosotros. ¡Quítate esa máscara!

Hawkmoon sabía que ningún miembro de una orden le pediría a otro que se quitara la máscara..., a menos que abrigara la sospecha de que la máscara se llevaba ilícitamente. Retrocedió y desenvainó la espada.

—Lamento no beber contigo, «hermano». Pero si quieres me gustaría luchar contigo.

Oladahn saltó a su lado, preparado con su propia espada.

—¿Quiénes sois? —rugió el guerrero oso—. ¿Por qué llevar la armadura de otra orden? ¿Qué sentido tiene eso?

Hawkmoon se echó el casco hacia atrás, poniendo al descubierto su rostro pálido y la Joya Negra que brillaba en su frente.

—Soy Hawkmoon —dijo simplemente.

Y se lanzó hacia adelante, contra el grupo de sorprendidos guerreros.

Entre los dos se cobraron las vidas de cinco hombres del Imperio Oscuro, antes de que el estruendo de la lucha atrajera la atención de otros guerreros, que acudieron corriendo. Se escuchó el galope de los jinetes. Hawkmoon percibió los gritos y la confusión de voces. Levantó el brazo y lo dejó caer en la oscuridad, pero no tardó en quedar sujeto por una docena de brazos que le hicieron perder el equilibrio. Una lanza le golpeó en la nuca y cayó sobre el barro.

Aturdido, lo volvieron a poner en pie y lo empujaron ante una figura alta, vestida con una armadura negra, montada sobre un caballo y situada a cierta distancia del grupo. Hawkmoon, que llevaba la máscara levantada, miró al jinete.

—Ah, esto sí que es agradable, duque de Colonia —dijo una profunda voz musical procedente del interior del casco del jinete.

Hawkmoon creyó reconocer débilmente aquella voz, pero no se atrevió a creerlo.

—No he desperdiciado mi largo viaje —dijo el hombre montado a caballo volviéndose hacia un compañero que también iba montado.

—Me alegro, milord —fue la respuesta de éste—. ¿Puedo confiar ahora en ser rehabilitado ante los ojos del rey-emperador?

La cabeza de Hawkmoon giró rápidamente para mirar al otro jinete. Sus ojos refulgieron al reconocer la elaborada máscara perteneciente a D'Averc.

—¿Así que nos habéis traicionado? —gritó roncamente—. ¡Otra traición! ¿Es que todos los hombres son traidores para la causa de Hawkmoon?

Forcejeó, tratando de liberarse para ponerle las manos encima a D'Averc, pero los guerreros le retuvieron con firmeza.

—Sois un ingenuo, duque Dorian —replicó D'Averc echándose a reír, y empezando a toser débilmente.

—¿Habéis apresado a los otros? —preguntó el jinete—. ¿Tenéis a la chica y al pequeño hombre bestia?

—Así es, excelencia —contestó uno de los hombres.

—En tal caso, llevadlos a mi campamento. Quiero inspeccionarlos de cerca. Hoy ha sido un día realmente satisfactorio para mí.

9. Viaje hacia el sur

Una tormenta se desató sobre el campamento mientras Hawkmoon, Oladahn y Yisselda eran arrastrados por el barro y la suciedad, ante los ojos brillantes y curiosos de los guerreros, envueltos por el ruido y la confusión, hacia donde el viento que se acababa de levantar hacía ondear una gran bandera.

De pronto, un relámpago hendió la oscuridad de la noche y el trueno retumbó primero y luego explotó con un crujido. Siguieron más rayos y truenos, iluminando la escena ante ellos. Hawkmoon abrió la boca de asombro al reconocer la bandera, y trató de hablarles a Oladahn y a Yisselda, pero entonces fue arrojado a un gran pabellón donde había un hombre enmascarado sentado en una silla tallada. D'Averc estaba a su lado, de pie. El hombre de la silla llevaba la máscara de la orden del Lobo. La bandera le proclamaba como gran jefe de esa misma orden. Se trataba de uno de los más grandes nobles de Granbretan, primer lugarteniente de los ejércitos del Imperio Oscuro, bajo el rey-emperador Huon. Era el barón de Kroiden..., un hombre al que Hawkmoon creía muerto... porque lo había matado él mismo.

—¡Barón Meliadus! —exclamó sin salir de su asombro—. No os maté en Hamadán.

—No, no lo hicisteis, Hawkmoon, aunque me heristeis gravemente. Pero logré escapar de aquel campo de batalla.

—Pocos de vuestros hombres lo consiguieron —dijo Hawkmoon sonriendo débilmente—. Os derrotamos..., os aniquilamos.

Meliadus giró la ornamentada máscara de lobo y se dirigió a un capitán que estaba cerca de él, en espera de sus órdenes:

—Traed cadenas. Traed muchas cadenas, fuertes y de gran peso. Rodead con ellas a estos perros y cerradlas bien. No quiero candados que se puedan abrir con facilidad. Esta vez me aseguraré de que llegan a Granbretan.

Se levantó de la silla y descendió, contemplando el rostro de Hawkmoon a través de las ranuras de su propia máscara.

—Se ha discutido mucho sobre vos en la corte del rey Huon. Se han imaginado castigos muy exquisitos, elaborados y espléndidos para vos, traidor. Tardaréis uno o dos años en morir, y cada instante será para vos de agonía mental, de cuerpo y espíritu. Habéis desperdiciado toda vuestra ingenuidad, Hawkmoon.

Retrocedió un paso y extendió una mano. El guantelete negro levantó el rostro de Yisselda, que mostraba una mueca de odio. La muchacha volvió la cabeza, con los ojos llenos de cólera y desesperación.

—En cuanto a vos..., os ofrecí toda clase de honores al proponeros ser mi esposa. Ahora no tendréis ningún honor, pero me convertiré en vuestro esposo hasta que me harte de vos o se aje vuestro cuerpo. —La cabeza de lobo se movió lentamente para mirar a Oladahn—. Y en cuanto a esta criatura inhumana, aunque lo bastante erecta como para caminar sobre dos patas, se arrastrará y llorará como el animal que es, y se la entrenará para que se comporte como una verdadera bestia...

Oladahn escupió contra la máscara enojada.

—Tendré un excelente modelo en vos —espetó el hombrecillo.

Meliadus se volvió, haciendo ondear la capa, y regresó pesadamente a la silla.

—Os conservaré a todos hasta que nos hayamos presentado ante el globo del trono —dijo Meliadus con un tono de voz ligeramente inestable—. He tenido paciencia y seguiré teniéndola durante unos pocos días más. Iniciaremos el camino de regreso a Granbretan a primeras horas de la mañana. Pero antes daremos un pequeño rodeo para que contempléis la destrucción final de Camarga. He estado allí durante un mes y he visto morir diariamente a sus hombres y la caída de sus torres, una tras otra. Ahora ya no quedan muchos. Les he ordenado que no lanzaran el último asalto hasta mi regreso. Pensé que os gustaría ver vuestro hogar... violado. —Se echó a reír, ladeando su cabeza, grotescamente enmascarada, para mirarlos de nuevo—. ¡Ah! Aquí están las cadenas.

Aparecieron unos miembros de la orden del tejón llevando consigo enormes cadenas de hierro, un brasero, martillos y remaches.

Hawkmoon, Yisselda y Oladahn forcejearon mientras los tejones les cargaban de cadenas, pero con el peso de los anillos de hierro pronto dieron con sus huesos en el suelo.

Después, los hombres colocaron en su sitio los remaches calentados al rojo vivo, y Hawkmoon se dio cuenta de que ningún ser humano podría escapar de aquellas cadenas.

El barón Meliadus descendió para mirarle una vez que se hubo terminado el trabajo.

—Viajaremos por tierra hasta Camarga y desde allí iremos a Bordeax. donde nos estará esperando un barco. Lamento no poder ofrecerles una máquina voladora..., ya que estamos utilizando la mayor parte de ellas para arrasarse Camarga.

Hawkmoon cerró los ojos; fue el único gesto que pudo hacer para demostrar el desprecio que le merecía su captor.

A la mañana siguiente, metidos en una carreta abierta, ninguno de los tres recibió alimento alguno antes de que se pusiera en marcha la caravana del barón Meliadus, fuertemente protegida por guardias. De vez en cuando Hawkmoon lograba echarle un vistazo a su enemigo, que cabalgaba a la cabeza de la columna, con sir Huillam d'Averc a su lado.

El tiempo seguía siendo tormentoso y opresivo y unas pocas pero pesadas gotas de lluvia salpicaron el rostro de Hawkmoon, cayéndole sobre los ojos. Estaba tan pesadamente encadenado que lo único que pudo hacer para librarse de la humedad fue sacudir la cabeza.

La carreta traqueteaba sobre los baches del camino y, en la distancia, las tropas del Imperio Oscuro se disponían para el ataque contra la ciudad.

Hawkmoon tenía la impresión de haber sido traicionado por todos. Había confiado en el Guerrero de Negro y Oro y éste le había robado las alforjas; había confiado en D'Averc y éste le había entregado en manos del barón Meliadus. Ahora suspiró, sin estar seguro ya de que hasta el propio Oladahn no le traicionara si se le presentaba la oportunidad...

Se encontró deslizándose casi cómodamente en el mismo estado de ánimo que se había apoderado de él varios meses antes, después de su derrota y captura por parte de Granbretan, cuando estuvo al mando de un ejército que combatió contra el barón Meliadus en Alemania. El semblante se le quedó helado, los ojos se le apagaron, y dejó de pensar...

A veces, Yisselda le decía algo, y él contestaba haciendo un gran esfuerzo, sin encontrar palabras capaces de consolarla, pues sabía que ninguna que él pronunciara podría convencerla. En otras ocasiones, Oladahn intentaba hacer un comentario jocoso, pero los otros no decían nada y, finalmente, él también se hundió en un profundo silencio. Únicamente mostraban algún signo de vida cuando, de vez en cuando, les introducían algo de comida en las bocas.

Y así transcurrieron los días, mientras la caravana traqueteaba hacia el sur, en dirección a Camarga.

Todos ellos habían esperado aquella llegada con avidez, pero ahora la contemplaban sin la menor alegría. Hawkmoon sabía que había fracasado en la misión para la que había sido elegido; había fracasado en su intento de salvar Camarga, y su alma estaba llena de desprecio contra sí mismo.

Atravesaron Italia, y un buen día el barón Meliadus les dijo:

—Llegaremos a Camarga dentro de un par de noches. Ahora estamos cruzando la frontera con Francia.

Y lanzó una enorme risotada.

10. La caída de Camarga

—Incorporadlos para que puedan ver —dijo el barón Meliadus. Montado en su caballo, se inclinó sobre la carreta para mirarlos—. Incorporadlos bien —volvió a ordenar a los sudorosos hombres que, envueltos en las armaduras, hacían considerables esfuerzos por incorporar los tres cuerpos, pesadamente cargados de cadenas—. No tienen muy buen aspecto —añadió—. ¡Y yo que creía que eran tan duros de pelar!

D'Averc, que estaba junto al barón, se inclinó un poco sobre la silla, tosiendo.

—Y vos tampoco parecéis encontraros muy bien, D'Averc. ¿Acaso mi farmacéutico no os ha preparado la medicina que pedisteis?

—Lo hizo, milord barón —contestó D'Averc débilmente—, pero no me sienta muy bien.

—Pues debería sentaros bien la mezcla de hierbas que vos mismo le pedisteis. —Meliadus volvió su atención a los tres prisioneros—. Bueno, nos hemos detenido en esta colina para que podáis contemplar vuestra patria.

Hawkmoon parpadeó, medio cegado por la luz del día, reconociendo las marismas de su querida Camarga, que se extendía y brillaba hasta el horizonte.

Pero aún más cerca vio las grandes y sombrías torres de vigilancia de Camarga que constituían la gran fuerza del país, con sus extrañas armas de un poder increíble, y cuyos secretos sólo eran conocidos por el conde Brass. Acampada cerca de ellas había una masa negra de hombres, como si muchos millones de hormigas se hubieran reunido allí, juntándose todas las fuerzas del Imperio Oscuro.

—¡Oh! —sollozó Yisselda—. ¡Nunca podrán resistir a tantos!

—Un comentario muy inteligente, querida —replicó el barón Meliadus—. Tenéis toda la razón.

El y su grupo se habían detenido en las laderas de una colina que descendía gradualmente hacia la llanura donde se aglomeraban las tropas de Granbretan. Hawkmoon observó la presencia de infantería, caballería, zapadores, hilera tras hilera; vio ingenios de guerra de un tamaño enorme, grandes cañones de fuego, ornitópteros que aleteaban en los cielos y en tal número que sus formas nublaban el sol al pasar sobre los espectadores. Contra la pacífica Camarga se habían acumulado toda clase de metales: hierro, bronce y acero, duras aleaciones capaces de resistir el calor de las lanzas de fuego, oro, plata, platino y plomo. Los buitres marchaban junto a las ranas y los caballos junto a los topos; había lobos y osos, ciervos y gatos monteses, cuervos, tejones y comadreja. Los estandartes de seda ondeaban ante el viento húmedo y cálido, brillando con los colores de un par de veintenas de nobles procedentes de todos los rincones de Granbretan. Había amarillos y púrpuras, negros y rojos, azules y verdes y deslumbrantes rosados, y el sol, al caer sobre las joyas de cien mil ojos, los hacía refulgir malévolamente y cruelmente.

—¡Aja! —rió el barón Meliadus—. Éste es el ejército que mando. Si el conde Brass no se hubiera negado a ayudarnos aquel día, todos seríais ahora aliados llenos de honores del Imperio Oscuro de Granbretan. Pero como os resististeis..., ahora seréis castigados. Creísteis que vuestras armas y vuestras torres, y la estoica bravura de vuestros hombres serían suficientes para resistir el poder de Granbretan. Pero no es suficiente, Dorian Hawkmoon, no es suficiente. Mirad..., éste es mi ejército, que yo mismo he organizado para llevar a cabo mi venganza. Mirad, Hawkmoon, y comprenderéis lo estúpido que fuisteis, tanto vos como los demás. —Echó la cabeza hacia atrás y estuvo riendo durante un buen rato—. Temblad, Hawkmoon... Y vos también, Yisselda... Temblad, tal y como tiemblan vuestros compatriotas en sus torres, pues saben muy bien que esas torres no tardarán en caer, saben que toda Camarga quedará convertida en cenizas y barro antes de que mañana se ponga el sol. ¡Destruiré Camarga aunque eso signifique sacrificar a todo mi ejército!

Y Hawkmoon y Yisselda temblaron, aunque fue de alivio al escuchar la amenaza de destrucción prevista por el loco barón Meliadus.

—El conde Brass ha muerto —siguió diciendo Meliadus, haciendo girar a su caballo para situarse al frente de su compañía—. ¡Y ahora perecerá Camarga! —Levantó el brazo y lo hizo oscilar en el aire—. ¡Adelante! ¡Que vean la carnicería!

La carreta empezó a moverse de nuevo, bajando por el camino de la colina hasta la llanura, y los prisioneros que transportaba tenían los rostros contraídos y una mirada miserable en los ojos.

D'Averc siguió cabalgando junto a la carreta, tosiendo ostentosamente.

—La medicina del barón no es mala —dijo al fin—. Debería curar las enfermedades de sus hombres.

Y tras haber pronunciado aquella declaración tan enigmática, espoleó a su caballo hasta alcanzar la cabeza de la columna y situarse al lado de su jefe.

Hawkmoon vio surgir de las torres de Camarga unos rayos extraños que estallaron entre las filas de guerreros que se abalanzaban sobre ellas, dejando agujeros humeantes en el suelo allí donde antes había hombres. Vio que la caballería de Camarga empezaba a moverse para ocupar sus posiciones, formando una delgada línea de soldados que montaban sobre sus caballos con cuernos y portaban lanzas de fuego sobre los hombros. Vio a gentes sencillas en las almenas, armadas con espadas y hachas, situadas detrás de la caballería. Pero no vio al conde Brass, tampoco a Von Villach, y ni siquiera al filósofo Bowgentle. Los hombres de Camarga entablaron esta batalla sin contar con un jefe.

Escuchó los débiles sonidos de sus gritos de guerra, apenas perceptibles por encima de los aullidos y rugidos de los atacantes, el crujido de los cañones y el silbido de las lanzas de fuego; escuchó el estruendo de las armaduras y del metal chocando contra el metal; olió a las bestias, hombres y armas, marchando a través del barro. Y entonces vio que las hordas negras se detenían al tiempo que una muralla de fuego se elevaba en el aire ante ellas, y unos flamencos escarlata ascendían por encima, con sus jinetes dirigiendo las lanzas de fuego contra los chirriantes ornitópteros.

Hawkmoon anhelaba verse libre, experimentar de nuevo la sensación de tener una espada en la mano y un caballo entre las piernas, dirigir a los hombres de Camarga que, aun no teniendo jefe, seguían siendo capaces de resistir al Imperio Oscuro, a pesar de que sólo eran una pequeña fracción del ejército enemigo. Forcejeó entre sus cadenas, y maldijo, lleno de furia y frustración.

La noche se acercaba y la batalla continuaba. Hawkmoon vio como una antigua torre negra estallaba en llamas debido a la acción del cañón del Imperio Oscuro; la vio oscilar de un lado a otro y caer, desmoronándose para convertirse, de pronto, en un montón de ruinas calcinadas. Y las hordas negras aullaron de alegría.

Llegó la noche y la batalla continuó. El calor producido por las armas llegaba incluso hasta donde se encontraban ellos tres, haciendo que el sudor brotara en sus rostros. A su alrededor, los guardias lobo permanecían riendo y hablando, seguros de su victoria. Su jefe había dirigido el caballo hacia lo más nutrido de sus propias tropas, para ver mejor el curso de la batalla. Trajeron un pellejo de vino con largas pajas para que pudieran sorberlo a través de las máscaras. A medida que avanzó la noche las conversaciones y las risas remitieron algo hasta que, extrañamente, se quedaron dormidos.

Oladahn se dio cuenta de ello.

—No es normal que los lobos vigilantes se duerman tan profundamente. Deben estar muy confiados.

—Sí, pero eso no nos sirve de nada —dijo Hawkmoon con un profundo suspiro—. Estas condenadas cadenas han sido remachadas de tal modo que no hay esperanza de escapar.

—¿Qué es eso? —preguntó entonces la voz de D'Averc—. ¿Ya no sois tan optimista, Hawkmoon? ¡Me resulta difícil creerlo!

—Largaos de aquí, D'Averc —espetó Hawkmoon cuando el hombre surgió de la oscuridad para situarse junto a la carreta—. Volved a lamer las botas de vuestro amo.

—Os había traído esto —dijo D'Averc con un tono medio burlón y medio ofendido—, para ver si os puede servir de algo. —Mostró un voluminoso objeto en la mano—. Después de todo, ha sido mi medicina la que ha drogado a los vigilantes.

—¿Qué es eso que tenéis en la mano? —preguntó Hawkmoon entrecerrando los ojos.

—Una rareza que he encontrado en el campo de batalla. Ha debido pertenecer a un gran comandante, pues me parece que se encuentran muy pocos en estos tiempos. Es una especie de lanza de fuego, aunque lo bastante pequeña como para sostenerla con una sola mano.

—He oído hablar de ellas —asintió Hawkmoon—. Pero ¿de qué puede servirme? Estoy encadenado, como veis.

—En efecto, ya he observado eso. Sin embargo, si decidierais correr un riesgo cabría la posibilidad de que os dejara libre.

—¿Se trata de una nueva trampa que habéis tramado entre Meliadus y vos?

—Me ofendéis, Hawkmoon. ¿Por qué iba a hacer una cosa así?

—Porque nos habéis traicionado para entregarnos en manos de Meliadus. Tuvisteis que haber preparado la trampa con bastante antelación, cuando hablasteis con aquellos guerreros lobo en aquel pueblo de Carpatia. Los enviasteis en busca de vuestro jefe y os las arreglasteis para conducirnos a ese campamento donde se nos podría capturar con mayor facilidad.

—Bueno, eso es algo que parece plausible —admitió D'Averc—. Aunque también podríais verlo de otro modo... Los guerreros lobo me reconocieron en aquella ocasión y nos siguieron, enviando más tarde a alguien para avisar a su amo. En el campamento oí decir que Meliadus había venido para encontraros, de modo que decidí presentarme a él y contarle que yo mismo os había conducido a aquella trampa de tal modo que, al menos, uno de nosotros pudiera permanecer en libertad. —D'Averc hizo una pausa—. ¿Qué os parece eso?

—Poco sincero.

—Así es, suena poco sincero. Y ahora, Hawkmoon, no nos queda mucho tiempo. ¿Qué os parece? ¿Debo intentar quemar vuestras cadenas sin haceros daño, o preferiríais quedaros donde estáis por temor a perderos el transcurso de la batalla?

—Quemad las condenadas cadenas —dijo Hawkmoon—. Con las manos libres al menos tendré la posibilidad de estrangularos si mentís.

D'Averc levantó la pequeña lanza de fuego y dirigió el cañón hacia los brazos encadenados de Hawkmoon. Tocó una pequeña palanca y un rayo de intenso calor surgió de la boca del arma. Hawkmoon sintió mucho dolor en el brazo, pero resistió, rechinando los dientes. El dolor aumentó hasta que finalmente lanzó un grito, y se produjo un chasquido cuando uno de los eslabones cayó al suelo de la carreta y él sintió que una parte del peso se desprendía de su cuerpo. Tenía un brazo libre. Y era el derecho. Se lo frotó y casi gritó al tocar una parte donde la armadura se había quemado limpiamente.

—Daos prisa —murmuró D'Averc—. Extended otro trozo de la cadena. De ese modo será más fácil.

Hawkmoon se vio por fin libre de las cadenas y entre ambos liberaron a Yisselda y después a Oladahn. D'Averc estaba ya muy nervioso cuando terminaron.

—He traído vuestras espadas —dijo—, y también nuevas máscaras y caballos. Tenéis que seguirme. Y daos prisa, antes de que regrese Meliadus. En honor a la verdad, esperaba que hubiera regresado ya.

Envueltos en la oscuridad, reptaron hacia donde D'Averc había dejado los caballos, se pusieron las máscaras, se colocaron los cintos con las espadas y montaron en las sillas.

En ese momento oyeron otros corceles que subían por la colina hacia ellos. Poco después se oyeron gritos confusos y un aullido colérico que sólo podía proceder del propio Meliadus.

—Rápido —siseó D'Averc—. Tenemos que cabalgar... ¡Cabalgar por Camarga!

Espolearon a sus caballos, lanzándose a un salvaje galope, bajando por la colina y dirigiéndose a toda velocidad hacia el campo de batalla.

—¡Abrid paso! —gritó D'Averc—. ¡Abrid paso! La fuerza debe pasar. ¡Son refuerzos para el frente!

Los hombres se apartaron ante sus caballos mientras ellos atravesaban lo más tupido del campamento. Algunos de ellos maldijeron a aquellos cuatro jinetes que cabalgaban de un modo tan salvaje.

—¡Abrid paso! —volvió a gritar D'Averc—. ¡Un mensaje para el comandante! — Incluso encontró tiempo para volverse hacia Hawkmoon y gritarle — : ¡Me aburre contar siempre la misma mentira! ¡Abrid paso! —volvió a gritar—. ¡Traigo el veneno para la plaga!

Detrás de ellos escucharon otros caballos. Perteneían a Meliadus y a sus hombres, que se habían lanzado en su

persecución.

Delante de ellos, la lucha continuaba, aunque no con la misma intensidad que antes.

—¡Abrid paso! —aulló D'Averc—. ¡Abrid paso al barón Meliadus! Los caballos saltaron sobre grupos de hombres, rodearon máquinas de guerra, galoparon a través de fuegos, acercándose cada vez más a las torres de Camarga, mientras ellos seguían escuchando detrás los aullidos de Meliadus.

Llegaron entonces a un lugar donde los caballos tuvieron que avanzar por encima de los cadáveres. La mayoría pertenecía a los guerreros de Granbretan, y la fuerza principal de sus enemigos ya había quedado tras ellos.

—Quitaos las máscaras —gritó D'Averc—. Es nuestra única oportunidad. Si los camarguianos os reconocen a vos y a Yisselda a tiempo, no dispararán. En caso contrario...

Desde la oscuridad surgió el brillante rayo de una lanza de fuego, que no alcanzó a D'Averc por muy poco. Detrás de ellos, otras lanzas de fuego disparaban en su contra, tratando de alcanzarles, disparadas sin duda por los hombres de Meliadus. Hawkmoon manoteó los cierres de su máscara y se las arregló al menos para desatarlos y tirarse la máscara hacia atrás.

—¡Alto! —La voz era la de Meliadus, que ahora les estaba dando alcance—. ¡Os matarán vuestras propias fuerzas! ¡Idiotas!

Más lanzas de fuego habían empezado a disparar desde las posiciones de Camarga, iluminando la noche con una luz rojiza. Los caballos seguían avanzando sobre los muertos, aunque cada vez les era más difícil. D'Averc llevaba la cabeza inclinada sobre el cuello de su caballo, y Yisselda y Oladahn también se habían inclinado, pero Hawkmoon desenvainó la espada y gritó:

—¡Hombres de Camarga! ¡Soy Hawkmoon! ¡Hawkmoon ha vuelto!

Las lanzas de fuego no dejaron de disparar, pero ahora se acercaban más y más a una de las torres. D'Averc se enderezó entonces en la silla.

—¡Camarguianos! Os traigo a Hawkmoon, que quiere...

El fuego estalló contra él. Levantó los brazos, lanzó un grito y empezó a caer de la silla. Rápidamente, Hawkmoon se situó a su lado y le ayudó a mantenerse sobre ella. La armadura estaba enrojecida por el fuego y en algunos lugares se había resquebrajado, pero D'Averc no parecía estar mortalmente herido. Una débil sonrisa apareció en sus labios chamuscados.

—Creo que he juzgado muy mal al unir mi destino al vuestro. Hawkmoon...

Los otros dos se detuvieron, con los caballos encabritados por la confusión. Detrás de ellos, el barón Meliadus y sus hombres se acercaban cada vez más.

—Tomad las riendas de este caballo, Oladahn —dijo Hawkmoon—. Yo lo mantendré en la silla y veremos si podemos acercarnos más a la torre.

Las lanzas de fuego volvieron a disparar, pero esta vez del lado de los granbretanios.

—¡Alto, Hawkmoon!

El duque ignoró la orden y siguió avanzando, abriéndose paso lentamente a través del barro y la muerte que le rodeaba, tratando de sostener el cuerpo de D'Averc sobre la silla.

Hawkmoon gritó cuando un gran rayo de luz surgió de la torre.

—¡Hombres de Camarga! ¡Soy Hawkmoon..., y Yisselda, la hija del conde Brass!

La luz se desvaneció. Los hombres de Meliadus seguían acercándose. Yisselda jadeaba sobre la silla, exhausta. Hawkmoon se preparó para enfrentarse con los lobos de Meliadus.

Entonces, surgiendo de un pliegue del terreno, aparecieron una veintena de guardias armados montando los caballos blancos y con cuernos de Camarga. Los cuatro no tardaron en verse totalmente rodeados.

Uno de los guardias observó intensamente el rostro de Hawkmoon y sus ojos se iluminaron inmediatamente, llenos de alegría.

—¡Es milord Hawkmoon! ¡Es Yisselda! ¡Ah..., ahora cambiará nuestra suerte!

A cierta distancia, Meliadus y sus hombres se detuvieron al ver a los camarguanos. Después, volvieron grupas y desaparecieron cabalgando en la oscuridad.

Llegaron al castillo de Brass por la mañana, cuando la pálida luz del sol caía sobre las marismas, y los toros salvajes levantaban la testuz para verles pasar. El viento agitaba los juncos, haciéndolos rodar como si se tratara de un mar, y la colina desde la que se dominaba la ciudad estaba llena de viñas y otros frutos que empezaban a madurar. Sobre lo más alto de la colina se elevaba el castillo de Brass, sólido, antiguo y aparentemente inmovible ante las guerras que se libraban en las fronteras de la provincia que protegía.

Subieron por el serpenteante camino que llevaba al castillo, entraron en el patio de armas, donde unos alegres sirvientes se apresuraron a hacerse cargo de sus caballos, y entraron en el gran salón, lleno con los trofeos cobrados por el conde Brass. El salón estaba extrañamente frío y silencioso, y sólo había una figura de pie, esperándoles junto a la gran chimenea. Aunque sonrió, había una expresión de temor en sus ojos, y el rostro se había avejentado mucho desde la última vez que le viera Hawkmoon... Era el prudente sir Bowgentle, el filósofo-poeta.

Bowgentle abrazó a Yisselda y después cogió la mano de Hawkmoon.

—¿Cómo está el conde Brass? —preguntó éste.

—Físicamente bien, pero ha perdido la voluntad de vivir —contestó Bowgentle haciendo una seña a los criados para que ayudaran a D'Averc—. Llévalo a la habitación de la torre norte..., la de los enfermos. Le atenderé en cuanto pueda. Venid —añadió dirigiéndose a ellos—. Vedlo por vosotros mismos...

Dejaron a Oladahn, que se quedó con D'Averc y subieron la vieja escalera de piedra hasta el piso donde estaban las habitaciones del conde Brass. Bowgentle abrió una puerta y entraron en el dormitorio.

Sólo había una sencilla cama de soldado, grande y cuadrada, con sábanas blancas y almohadas sencillas. Sobre las almohadas descansaba una gran cabeza que parecía haber sido esculpida en metal. El pelo rojizo mostraba algo más de gris y el rostro bronceado aparecía algo más pálido, pero el bigote rojo era el mismo. Y las pobladas cejas que sobresalían como una roca sobre la concavidad de unos ojos pardos y hundidos también eran las mismas. Pero los ojos miraban al techo, sin parpadear, y los labios no se movieron, fijos y formando una línea dura.

—Conde Brass —murmuró Bowgentle—. Mirad.

Pero los ojos permanecieron fijos en el techo. Hawkmoon tuvo que adelantarse y mirar directamente aquel rostro, permitiendo que Yisselda hiciera lo mismo.

—Conde Brass, vuestra hija. Yisselda, ha regresado. Y Dorian Hawkmoon también.

De los labios surgió entonces un murmullo sordo.

—Más ilusiones. Creía que la fiebre ya había pasado, Bowgentle.

—Así es, m'lord... No son fantasmas.

Entonces, los ojos se movieron lentamente para mirarles.

—¿He muerto al fin y me he unido a vosotros, hijos míos?

—¡Estáis en la Tierra, conde Brass! —exclamó Hawkmoon. Yisselda se inclinó y besó a su padre en los labios.

—Tomad, padre..., un beso muy terrenal.

Gradualmente, la dura línea de los labios empezó a desaparecer hasta que fue totalmente sustituida por una sonrisa que se hizo cada vez más amplia. Entonces, el cuerpo se agitó bajo las sábanas y, de pronto, el conde Brass se sentó y exclamó:

—¡Ah! ¡Es cierto! ¡Había perdido la esperanza! ¡Qué estúpido soy! ¡Había perdido la esperanza!

Se echó a reír, repentinamente lleno de vitalidad. Bowgentle estaba asombrado.

—Conde Brass... ¡pero si os creía a un paso de la muerte!

—Y lo estaba, Bowgentle..., pero ahora he regresado, como veis. He recorrido un largo camino desde las puertas

de la muerte. ¿Cómo anda el asedio, Hawkmoon?

—Mal para nosotros, conde Brass, pero me atrevo a decir que mejor. .. ahora que los tres volvemos a estar juntos.

—Ah, Bowgentle, ordenad que me traigan mi armadura. ¿Y dónde está mi espada?

—Conde Brass..., todavía estáis débil...

—En tal caso traedme algo de comer..., una gran cantidad de comida, y me fortificaré mientras hablamos.

Y el conde Brass se levantó de un salto de la cama para abrazar a su hija y a su prometido.

Comieron en el salón, mientras Dorian Hawkmoon le contaba al conde Brass todo lo que le había sucedido desde que abandonara el castillo varios meses atrás. El conde Brass, a su vez, le contó cuáles habían sido sus tribulaciones al tener que enfrentarse a lo que, al parecer, era todo el poderío del Imperio Oscuro. Le contó la última batalla librada por Von Villach y cómo había muerto aquel viejo y valiente soldado, a costa de una veintena de vidas de guerreros del Imperio Oscuro, y cómo él mismo había sido herido, se había enterado de la desaparición de Yisselda, y había perdido la voluntad de vivir.

Oladahn bajó al salón y fue presentado. Dijo que D'Averc estaba gravemente herido pero que, en opinión de Bowgentle, se recuperaría.

Fue una bienvenida agradable y cariñosa, pero nublada por el hecho de que los guardias estaban luchando en las fronteras por sus vidas y que, casi con toda seguridad, combatían en una batalla prácticamente perdida.

El conde Brass ya se había puesto la armadura de bronce y ceñido su enorme espada de combate. Se levantó, dominando a todos los demás con su estatura, y dijo:

—Vamos, Hawkmoon, sir Oladahn..., tenemos que acudir al campo de batalla y conducir a nuestros hombres a la victoria.

—Hace apenas dos horas creía que estabais al borde de la muerte —dijo Bowgentle suspirando—, y ahora os disponéis a participar en la batalla. No estáis bien del todo, señor.

—Mi enfermedad era del espíritu, no de la carne, y eso está curado ahora —rugió el conde Brass—. ¡Caballos! ¡Ordenad que nos traigan los caballos, Bowgentle!

A pesar de que él mismo estaba cansado, Hawkmoon encontró un renovado vigor y siguió los pasos del anciano, saliendo del castillo. Le envió un beso a Yisselda y poco después se encontraban en el patio de armas, montando sobre los caballos que les conducirían al campo de batalla.

Los tres cabalaron a ña de caballo, avanzando por los caminos secretos que cruzaban las marismas, mientras grandes nubes de flamencos cruzaban el aire sobre sus cabezas y rebaños de caballos salvajes con cuernos se alejaban de su camino. El conde Brass señaló el paisaje con un movimiento del brazo y dijo:

—Vale la pena defender un país como éste con todo lo que tengamos a mano. Vale la pena defender esta paz.

No tardaron en escuchar los sonidos de la batalla, y pronto llegaron al lugar donde las tropas del Imperio Oscuro se lanzaban contra las torres. Y entonces vieron que lo peor había ocurrido.

—Imposible —susurró atónitamente el conde Brass. Pero era cierto.

Las torres habían caído. Todas se habían convertido en un montón de escombros. Ahora, los supervivientes estaban siendo rechazados, aunque seguían combatiendo con valentía.

—Esto significa la caída de Camarga —dijo el conde Brass con el tono de voz de un anciano.

11. El regreso del Guerrero

Uno de los capitanes les vio y acudió cabalgando hacia donde estaban. Tenía la armadura destrozada y la espada rota, pero había una expresión de alegría en su rostro.

—¡Conde Brass! ¡Por fin! Vamos, señor, tenemos que infundir ánimo a los hombres..., y rechazar a esos perros del Imperio Oscuro.

Hawkmoon vio como el conde Brass hacía un esfuerzo por sonreír, desenvainaba su ancha espada y decía:

—Sí, capitán. ¡Ved si podéis encontrar uno o dos heraldos que comuniquen a todos el regreso del conde Brass!

Gritos de júbilo surgieron de entre las filas de los acosados camar-guianos cuando vieron aparecer al conde Brass y a Hawkmoon. Mantuvieron sus posiciones con firmeza, e incluso en algunos lugares hicieron retroceder a los granbretanianos. El conde Brass, seguido por Hawkmoon y Oladahn, acudió a lo más enconado de la batalla, volviendo a ser, una vez más, el hombre invencible de metal.

—¡Apartaos, muchachos! —gritó—. ¡Dejadme cargar contra el enemigo!

El conde Brass tomó de manos de un jinete que pasaba su propio estandarte, algo deteriorado, y sosteniéndolo en el pliegue del codo y haciendo oscilar la espada en la otra mano, se lanzó contra la masa de máscaras bestiales que tenía delante.

Hawkmoon avanzó a su lado. Ambos juntos formaban una pareja amenazadora, casi sobrenatural, el uno con su flameante armadura de latón y el otro con la Joya Negra incrustada en la frente, levantando y dejando caer las espadas sobre las cabezas de las unidades de infantería de Granbretan. demasiado juntas para moverse con facilidad. Entonces, otra figura se les unió. Se trataba de un hombre robusto con el rostro cubierto de pelo que empuñaba un sable flameante que descargaba a uno y otro lado como un relámpago. Parecían un trío mitológico, y pusieron tan nerviosos a los guerreros de Granbretan, que éstos empezaron a retroceder.

Hawkmoon buscó a Meliadus, jurando que en esta ocasión se aseguraría de matarle, pero no pudo distinguirlo por el momento.

Manos enfundadas en guanteletes trataron de derribarle de la silla, pero su espada se introdujo entre la visera de los cascos y cortaron las cabezas, separándolas de los hombros de un solo tajo.

Fue transcurriendo el día y la batalla continuó sin respiro. Hawkmoon se tambaleó ahora en la silla, exhausto y medio mareado a causa del dolor que le producían media docena de cortes menores y una gran cantidad de golpes repartidos por todo el cuerpo. Su caballo resultó muerto, pero el peso de los hombres que le rodeaban era tal que logró mantenerse sobre la silla durante media hora más, antes de darse cuenta de que el animal había muerto. Entonces, saltó a tierra y continuó la lucha a pie.

Sabía que no importaba cuántos enemigos pudiera matar él mismo o los demás, pues lo cierto es que les superaban ampliamente en número y armamento. Poco a poco fueron siendo empujados hacia atrás.

—Ah —murmuró para sí mismo—, si sólo pudiéramos disponer de unos pocos cientos de hombres de refresco, podríamos ganar la batalla. ¡Por el Bastón Rúnico, necesitamos ayuda!

De pronto, una extraña sensación eléctrica le recorrió todo el cuerpo y se quedó boquiabierto al darse cuenta de lo que le estaba sucediendo, al tomar conciencia de que había invocado inconscientemente la ayuda del Bastón Rúnico. El Amuleto Rojo, que ahora brillaba colgado de su cuello, desprendió una luz roja que se reflejó sobre la armadura de sus enemigos. Ahora le transmitía un gran poder a su propio cuerpo. Se echó a reír y empezó a combatir con una fortaleza fantástica, haciendo retroceder al círculo de enemigos que le rodeaban. La espada se le partió, pero agarró una lanza de un jinete lanzado contra él, tiró de ella, haciendo caer al jinete y, utilizando la lanza como si fuera una espada, saltó sobre el caballo y reanudó el ataque.

—¡Hawkmoon! ¡Hawkmoon! —gritó, empleando el antiguo grito de guerra de sus antepasados—. ¡Eh..., Oladahn..., conde Brass!

Se abrió paso por entre las filas de guerreros enmascarados, recorriendo el camino que le separaba de sus amigos. El conde Brass seguía sosteniendo su estandarte con una mano.

—¡Rechazadlos! —gritó Hawkmoon—. ¡Rechazadlos hasta nuestras fronteras!

Después, Hawkmoon estuvo en todas partes, como un relampagueante portador de la muerte allí donde se encontrara. Cabalgó a través de las filas de los granbretanianos y por donde él pasaba sólo quedaban cadáveres tendidos. Un gran murmullo de asombro se elevó de entre las filas de enemigos, que empezaron a retroceder.

No tardaron en retroceder de modo consistente, algunos de ellos alejándose del campo de batalla a todo correr. Y entonces apareció la figura del barón Meliadus, gritándoles para que se detuvieran y siguieran luchando.

—¡Atrás! —gritó el barón—. ¡No podéis tener miedo de tan pocos!

Pero la oleada de soldados en retroceso ya era incontenible, y hasta él mismo se vio obligado a retroceder, empujado por sus propios hombres.

Huyeron aterrorizados ante el caballero de rostro pálido cuya espada parecía caer por todas partes, en cuyo cráneo brillaba una joya negra, de cuyo cuello colgaba un amuleto de fuego escarlata, y cuyo feroz caballo se encabritaba sobre sus cabezas. También habían oído decir que gritaba el nombre de un guerrero muerto..., de que él mismo era un hombre muerto, un tal Dorian Hawkmoon, que había luchado contra ellos en Colonia, llegando casi a derrotarles, que había desafiado al propio rey-emperador, que casi había matado al barón Meliadus y que, de hecho, le había derrotado en más de una ocasión. ¡Hawkmoon! Era el único nombre ante el que temblaba todo el Imperio Oscuro.

—¡Hawkmoon! ¡Hawkmoon! —La figura mantenía la espada en alto, y el caballo se encabritaba de nuevo—. ¡Hawkmoon!

Poseído por el poder del Amuleto Rojo, el duque se lanzó en persecución del ejército en retirada, y rió salvajemente, lleno de una loca sensación de triunfo. Detrás de él avanzaba el conde Brass, terrible en su armadura roja y dorada, con su enorme espada cubierta por la sangre de sus enemigos; Oladahn sonreía burlonamente a través de los pelos de su rostro, con los brillantes ojos encendidos, y tras ellos llegaban las jubilosas fuerzas de Camarga, un puñado de hombres que se mofaban del poderoso ejército al que habían diezmado.

Ahora, el poder del amuleto empezó a desvanecerse de Hawkmoon, quien sintió que sus dolores volvían, y experimentó de nuevo el agotamiento, aunque eso ya no importaba ahora, puesto que habían llegado una vez más a las fronteras, marcadas por las torres en ruinas, desde donde contemplaron la huida en desbandada de sus enemigos.

—Hemos vencido, Hawkmoon —dijo Oladahn riendo.

—Sí... — admitió el conde Brass con el ceño fruncido—, pero no podremos sostener nuestra victoria. Tenemos que retirarnos, reagruparnos, encontrar un terreno más seguro en el que poder resistir, pues no podremos volver a derrotarles en campo abierto.

—Tenéis razón —asintió Hawkmoon—. Ahora que las torres han caído necesitamos encontrar otro lugar donde defendernos..., y sólo se me ocurre pensar en uno... —dijo mirando al conde.

—En efecto..., el castillo de Brass —admitió el anciano—. Tenemos que avisar a todos los pueblos y ciudades de Camarga para que transporten sus bienes y ganados a Aigues-Mortes, bajo la protección del castillo...

—¿Será capaz el castillo de sustentar a tantas personas durante un largo asedio? —preguntó Hawkmoon.

—Ya veremos —replicó el conde Brass contemplando al distante ejército enemigo que ahora empezaba a reagruparse—. Pero al menos dispondrán de cierta protección cuando las tropas del Imperio Oscuro inunden nuestra Camarga.

Había lágrimas en sus ojos cuando hizo volver grupas a su caballo y empezó a cabalgar de regreso hacia el castillo.

Desde el balcón de sus habitaciones en la torre este, Hawkmoon contempló a las gentes que acudían con sus ganados, en busca de la protección de la antigua ciudad de Aigues-Mortes. La mayor parte del ganado fue introducido en el anfiteatro situado en uno de los extremos de la ciudad. Los soldados trajeron provisiones y ayudaron a las gentes con sus carretas sobrecargadas. Aquella misma noche, todos excepto unos pocos estaban a

cubierto, tras la protección de las murallas, llenando las casas e incluso acampando en las calles. Hawkmoon rogó que no aparecieran ni las plagas ni el pánico, puesto que en tal caso resultaría difícil controlar a tan gran multitud.

Oladahn se unió a él en el balcón, señalando hacia el nordeste.

—Mirad. Máquinas voladoras.

Y Hawkmoon vio las ominosas figuras de los ornitópteros del Imperio Oscuro aleteando sobre el horizonte. Aquello representaba una señal segura de que el ejército de Granbretan había empezado a avanzar.

A la caída de la noche pudieron ver los fuegos de campamento de las tropas más cercanas a la ciudad.

—Mañana podría ser nuestra última batalla —dijo Hawkmoon.

Bajaron al salón, donde Bowgentle hablaba con el conde Brass. Se había preparado comida, tan abundante como siempre. Los dos hombres se volvieron cuando Hawkmoon y Oladahn entraron en el salón.

—¿Cómo está D'Averc? —preguntó Hawkmoon.

—Cada vez más fuerte —contestó Bowgentle—. Posee una excelente constitución física, y dice que esta noche le gustaría levantarse para cenar. Le he dicho que puede hacerlo.

Yisselda apareció en la puerta exterior.

—He hablado con las mujeres —dijo—, y me dicen que ahora todos están bajo la protección de las murallas. Tenemos provisiones suficientes para resistir casi un año, siempre y cuando sacrifiquemos el ganado...

—Tardaremos menos de un año en decidir esta batalla —le interrumpió el conde Brass sonriendo—. ¿Cuál es el estado de ánimo en la ciudad?

—Bueno —contestó la joven—, sobre todo ahora que se han enterado de vuestra victoria y saben que los dos estáis vivos.

—Será mejor que no sepan que mañana mismo pueden morir —dijo el conde Brass pesadamente—. Y, si no es mañana, será al día siguiente. No podremos resistir durante mucho tiempo tal superioridad en número, querida. La mayor parte de nuestros flamencos han muerto, de modo que prácticamente no disponemos de protección aérea. La mayoría de nuestros guardias también han muerto, y las tropas que nos quedan no están bien entrenadas.

—Ah, siempre pensamos que Camarga jamás podría caer... —dijo Bowgentle con un suspiro.

—Estáis demasiado seguros de que caerá —dijo una voz procedente de la escalera. Y allí estaba D'Averc, pálido, vestido con un batín suelto, de color algo desvaído, que bajaba hacia la sala—. Si mantenéis ese mismo estado de ánimo estaréis condenados a perder. Al menos, podríais intentar hablar de victoria.

—Tenéis razón, sir Huillam —admitió el conde Brass haciendo un esfuerzo por cambiar su estado de ánimo—. Y también podríamos tomar algo de esta buena comida, obteniendo así energía para la batalla de mañana.

—¿Cómo os encontráis, D'Averc? —preguntó Hawkmoon al tiempo que se sentaban ante la mesa.

—Bastante bien —contestó éste con naturalidad—. Creo que puedo aceptar algo de comida recién hecha.

Y empezó a llenarse el plato de carne.

Comieron en silencio durante la mayor parte del tiempo, dando buena cuenta de una cena que, muchos de ellos, creían sería la última.

A la mañana siguiente, cuando Hawkmoon miró por la ventana de su dormitorio, vio las marismas repletas de hombres. Durante la noche, el ejército del Imperio Oscuro se había ido acercando a las murallas, y ahora ya se estaba preparando para lanzarse al asalto.

Hawkmoon se vistió rápidamente, se puso la armadura y bajó al salón, donde encontró a D'Averc, enfundado ya en su estropeada armadura, a Oladahn limpiando su espada, y al conde Brass discutiendo algunos detalles de la batalla que se avecinaba con dos de los capitanes que le quedaban.

Había una atmósfera de tensión en el salón, y los hombres hablaban entre sí con murmullos apenas audibles.

Yisselda apareció y le llamó con suavidad:

—Dorian... —Él se volvió, subió la escalera que conducía al rellano sobre el que ella estaba, la tomó entre sus brazos y la estrechó con fuerza, besándola suavemente en la frente —. Dorian —dijo ella—, casémonos antes de que...

—Sí — asintió él serenamente —. Busquemos a Bowgentle.

Encontraron al filósofo en sus habitaciones, leyendo un libro. Levantó la mirada al entrar ellos y les sonrió. Le dijeron lo que deseaban y el anciano dejó el libro a un lado.

—Había esperado celebrar una gran ceremonia —dijo—, pero lo entiendo.

Les hizo unir las manos y arrodillarse ante él, mientras pronunciaba las palabras que él mismo había compuesto, y que se utilizaban en todos los matrimonios desde que él y su amigo el conde llegaron al castillo de Brass.

Una vez que hubo terminado, Hawkmoon se incorporó y volvió a besar a Yisselda. Después dijo:

—Cuidad de ella, Bowgentle.

Y abandonó la estancia para reunirse con sus amigos, que ya se disponían a abandonar el salón camino del patio de armas.

Al montar en sus caballos, una gran sombra se extendió repentinamente sobre el patio de armas, y escucharon sobre ellos los crujidos y aleteos que sólo podían proceder de un ornitóptero del Imperio Oscuro. Un chorro de llamas surgió de él y chocó contra el empedrado, estando a punto de alcanzar a Hawkmoon y haciendo que su caballo retrocediera, con los bellos abiertos y los ojos llenos de pánico.

El conde Brass extrajo la lanza de fuego con la que se había equipado, apretó la palanca y una llamarada roja alcanzó a la máquina voladora. Escucharon el grito del piloto y vieron que las alas de la máquina dejaban de funcionar. Desapareció de la vista y poco después escucharon el estruendo que produjo al precipitarse al suelo, sobre una de las laderas de la colina.

—Tengo que situar lanzadores de fuego en las torres —dijo el conde—. Desde allí contarán con las mejores posibilidades de alcanzar a los ornitópteros. Vamos, caballeros..., acudamos a la batalla.

Y al abandonar las murallas del castillo y bajar a la ciudad, vieron la enorme marea de hombres que ya se abalanzaban contra las murallas de la ciudad, mientras los guerreros de Camarga luchaban desesperadamente para rechazarlos.

Los ornitópteros, con sus grotescas figuras de pájaros de metal, aleteaban sobre la ciudad, lanzando llamaradas sobre las calles, y el aire se llenó con los gritos de las gentes, el rugido de las lanzas de fuego y el crujido del metal. Un humo negro empezó a elevarse sobre la ciudad de Aigues-Mortes. y algunas de las casas ya se habían incendiado.

Hawkmoon fue el primero en bajar a la ciudad, donde se cruzó con mujeres y niños asustados. Se dirigió hacia las murallas y allí se unió a la batalla. Él conde Brass, D'Averc y Oladahn acudieron a otras partes de las murallas, ayudando a resistir aquella fuerza que amenazaba con aniquilarla.

Un desesperado rugido surgió de una parte de las murallas, contestado por gritos y aullidos de triunfo. Hawkmoon se dirigió rápidamente en aquella dirección, al ver que se había abierto un hueco en las defensas, y que los guerreros del Imperio Oscuro, con los cascos de lobo y de oso, empezaban a penetrar por él.

Hawkmoon se les enfrentó, y los enemigos vacilaron instantáneamente, al recordar sus hazañas del día anterior. Pero ahora ya no disponía de una fuerza sobrehumana, aunque aprovechó la vacilación para lanzar el grito de guerra de sus antepasados:

—¡Hawkmoon! ¡Hawkmoon!

Se lanzó inmediatamente sobre ellos golpeándolo todo con la espada, el metal, la carne y el hueso, cortando, desgarrando y haciéndoles retroceder por la brecha abierta.

Y así lucharon durante todo el día, logrando conservar la ciudad a pesar de que su número descendía con rapidez.

Al llegar la noche, las tropas del Imperio Oscuro se retiraron. Hawkmoon sabía, al igual que todos, que a la mañana siguiente sufrirían una aplastante derrota.

Agotados, Hawkmoon, el conde Brass y los demás dirigieron sus caballos por el camino de subida al castillo, entristecidos ante el recuerdo de todos los inocentes que habían muerto aquel día, y ante todos los inocentes que morirían al día siguiente..., si es que tenían la buena suerte de morir.

Entonces escucharon un caballo que galopaba tras ellos y se volvieron, sobre la ladera de la colina del castillo, con las espadas preparadas. Vieron la extraña figura de un jinete alto que subía por la colina hacia ellos. Llevaba un casco alto que se ajustaba perfectamente al rostro, y su armadura era de colores negro y oro. Hawkmoon, boquiabierto, espetó:

—¿Qué quiere ahora ese ladrón traidor?

El Guerrero de Negro y Oro detuvo su caballo cerca de donde ellos se encontraban. Su voz profunda y vibrante les llegó procedente del interior del casco.

—Saludos, defensores de Camarga. Ya veo que el día ha transcurrido muy mal para vosotros. El barón Meliadus os derrotará mañana.

Hawkmoon se pasó una mano por la frente.

—No necesitamos que nadie nos recuerde lo que es evidente, Guerrero. ¿Qué habéis venido a robar esta vez?

—Nada —contestó el Guerrero—. He venido para entregaros algo.

Se giró hacia atrás y sacó las maltrechas alforjas de Hawkmoon.

El estado de ánimo de Hawkmoon se avivó y se inclinó hacia adelante para cogerlas, abriéndolas en seguida para mirar en su interior. Y allí, envuelto en una capa, se encontraba el objeto que Rinal le había entregado hacía ya tanto tiempo. Estaba a salvo. Abrió la capa y comprobó que el cristal no se había roto.

—Pero ¿por qué me lo habéis traído ahora? —preguntó.

—Vayamos al castillo de Bras y allí os lo explicaré todo —contestó el Guerrero.

Una vez en el salón, el Guerrero se situó ante la chimenea, mientras los demás se sentaban en distintas posiciones, dispuestos a escucharle.

—En el castillo del dios Loco —empezó a decir el Guerrero—, os dejé porque sabía que con la ayuda de las bestias del dios Loco seríais capaces de alejaros de allí con seguridad. Pero sabía que otros peligros os esperaban a lo largo del camino, y tuve la sospecha de que podíais ser capturado. En consecuencia, decidí hacerme cargo del objeto que Rinal os había entregado, manteniéndolo a salvo hasta que regresarais a Camarga sano y salvo.

—¡Y yo que os había creído un ladrón! —exclamó Hawkmoon—. Lo siento, Guerrero.

—Pero ¿qué es ese objeto? —preguntó el conde Brass.

—Una máquina muy antigua —contestó el Guerrero—, producida por una de las ciencias más complejas que jamás emergieron sobre la Tierra.

—¿Un arma? —preguntó el conde Brass.

—No. Se trata de un instrumento capaz de deformar zonas enteras de tiempo y espacio y transferirlas a otras dimensiones. Mientras exista la máquina, será capaz de ejercer ese poder, pero si, desgraciadamente, fuera destruida, toda la zona que haya deformado regresará inmediatamente al tiempo y al espacio original en el que existía antes.

—¿Y cómo se la maneja? —preguntó Hawkmoon, recordando de pronto que no poseía aquel conocimiento.

—Resulta algo difícil de explicar, ya que no reconoceríais ninguna de las palabras que utilizaría —contestó el Guerrero de Negro y Oro—. Pero Rinal me ha enseñado a utilizarla, entre otras cosas, y yo puedo hacerla funcionar.

—Pero ¿para qué propósito? —preguntó entonces D'Averc—. ¿Para transferir al problemático barón y a sus

hombres hacia una especie de limbo donde no vuelvan a causarnos problemas?

—No —contestó el Guerrero—. Os lo explicaré...

Las puertas se abrieron de golpe, y un soldado maltrecho se precipitó en el interior del salón.

—Conde Brass, se ha presentado el barón Meliadus con bandera de tregua. Desea parlamentar con vos ante las murallas de la ciudad.

—No tengo nada que decirle —replicó el conde.

—Dice que tiene la intención de atacar esta misma noche. Que puede derribar las murallas en el término de una hora, pues dispone de tropas de refresco para ese propósito. Dice que si entregáis a vuestra hija, a Hawkmoon y a D'Averc, y si vos mismo os ponéis en sus manos, perdonará a todos los demás.

El conde Brass reflexionó por un momento, pero Hawkmoon interrumpió sus pensamientos.

—No sirve de nada considerar ese trato, conde Brass. Ambos conocemos las inclinaciones del barón Meliadus por la traición. Sólo trata de desmoralizar al pueblo para facilitar así su victoria.

—Pero si lo que dice es cierto —replicó el conde Brass con un suspiro—, y no me cabe la menor duda de que lo es, no habrá tardado en derribar las murallas y, en tal caso, todos nosotros pereceremos.

—Al menos lo haremos con honor —intervino D'Averc con firmeza.

—Así es —admitió el conde Brass con una sonrisa algo sardónica—. Al menos lo haremos con honor. —Se volvió entonces hacia el correo y le ordenó—: Decidle al barón Meliadus que, a pesar de todo, seguimos sin querer hablar con él.

—Así lo haré, milord —dijo el soldado con una inclinación abandonando después el salón.

—Será mejor que regresemos a las murallas —dijo entonces el conde Brass inporándose con un gesto de cansancio en el momento en que Yisselda entraba en la sala.

—¡Ah! Padre, Dorian.... estáis a salvo.

Hawkmoon la abrazó.

—Pero ahora tenemos que volver —le dijo con suavidad—. Meliadus está a punto de lanzar un nuevo ataque.

—Esperad —intervino el Guerrero de Negro y Oro—. Aún tengo que explicaros cuál es mi plan.

12. Escape al limbo

El barón Meliadus sonrió al escuchar el mensaje que le transmitió el correo.

—Muy bien —dijo volviéndose a sus acompañantes—, destruid toda la ciudad, así como a todos los habitantes que apreséis, para divertirnos en nuestro día de victoria. —Hizo volver grupas a su caballo y se dirigió hacia donde las tropas de refresco esperaban sus órdenes—. Adelante —ordenó y observó cómo sus soldados empezaban a avanzar hacia la condenada ciudad y el castillo que la dominaba.

Contempló los incendios que se elevaron de las murallas, a los pocos soldados enemigos que esperaban sobre ellas, sabiendo, con toda seguridad, que estaban a punto de morir. Observó las gráciles líneas del castillo que hasta entonces había protegido tan bien a toda la ciudad, y se echó a reír burlonamente. Sentía un agradable calor en su interior, pues había anhelado aquella victoria desde que fuera expulsado de aquel mismo castillo, unos dos años antes.

Ahora, sus tropas ya casi habían llegado ante las murallas de la ciudad, y él espoleó los flancos de su caballo para acercarse más y poder contemplar mejor el transcurso de la batalla que se avecinaba.

Entonces, frunció el ceño. Algo parecía andar mal con la luz, puesto que los contornos de la ciudad y del castillo parecía como si estuvieran desvaneciéndose de pronto, del modo más alarmante.

Se abrió la máscara y se frotó los ojos. Después, volvió a mirar.

La silueta del castillo de Brass y de Aigues-Mortes pareció brillar, al principio con un color rosado, después con un rojo pálido y finalmente escarlata. El barón Meliadus se sintió mareado. Se pasó la lengua por los labios resacos y sintió miedo por su propio estado mental.

Las tropas se habían detenido en su ataque y ahora los soldados murmuraban entre ellos y empezaban a retroceder, alejándose del lugar. Toda la ciudad y la colina estaban rodeadas ahora por un ñameante color azulado. El azul empezó a desvanecerse y con él desaparecieron el castillo de Brass y la ciudad de Aigues-Mortes. Sopló un viento fortísimo que al barón Meliadus le hizo echarse hacia atrás en su silla.

—¡Guardias! —gritó—. ¿Qué ha ocurrido?

—El lugar... se ha... desvanecido, milord —le contestó una voz nerviosa.

—¡Desvanecido! ¡Imposible! ¿Cómo se puede desvanecer toda una ciudad y un castillo? Están todavía ahí. Habrán erigido alguna especie de pantalla rodeando todo el lugar.

El barón Meliadus se lanzó al galope hacia donde antes habían estado las murallas de la ciudad, esperando encontrarse con una barrera, pero nada le impidió el paso, y su caballo se encontró chapoteando sobre el barro, que parecía como si hubiera sido pisado hacía poco.

—¡Se me han escapado! —aulló—. Pero ¿cómo? ¿De qué ciencia se han valido? ¿Qué poder pueden tener mayor que el mío?

Las tropas habían empezado a retroceder. Algunos soldados echaron a correr. Pero el barón Meliadus desmontó de su caballo y extendió las manos, en un intento por palpar la ciudad desaparecida. Lanzó un grito de furia y lloró de impotente rabia, cayendo finalmente de rodillas sobre el barro y blandiendo un puño tembloroso hacia donde antes había estado el castillo de Brass.

—Os encontraré, Hawkmoon... a vos y a vuestros amigos. Utilizaré todo el conocimiento científico de Granbretan para esa búsqueda. Y os seguiré, si es necesario, hasta el lugar al que hayáis escapado, ya se trate de un lugar situado en esta Tierra o más allá de ella. No escaparéis a mi venganza. ¡Lo juro por el Bastón Rúnico!

Y entonces levantó la cabeza al escuchar el sonido de los cascos de un caballo que pasaba junto a él. Creyó ver una figura relampagueante embutida en una armadura de negro y oro; creyó escuchar una fantasmagórica risa irónica, y después el jinete también se desvaneció.

El barón Meliadus se incorporó y miró a su alrededor, buscando su caballo.

—¡Oh, Hawkmoon! —exclamó con los dientes apretados—. ¡Oh, Hawkmoon! ¡Algún día te atraparé!

Había vuelto a jurar por el Bastón Rúnico, como en aquella otra mañana dos años antes. Y su acción volvió a poner en movimiento un nuevo esquema histórico. Su segundo juramento fortaleció ese esquema, independientemente de que pudiera favorecer o no a Meliadus o a Hawkmoon, y endureció todavía un poco más los destinos de todos ellos.

El barón Meliadus encontró su caballo y regresó a su campamento. Al día siguiente emprendería el camino de regreso a Granbretan y a los laboratorios laberínticos de la orden de la Serpiente. Tarde o temprano, se dijo a sí mismo, tendría que encontrar un camino que le condujera hacia donde estuviera el desvanecido castillo de Brass.

Yisselda miró por la ventana, llena de admiración, con una expresión aliviada y llena de alegría. Hawkmoon le sonrió y la atrajo hacia sí. Detrás de ellos, el conde Brass tosió ligeramente y dijo:

—Si queréis que os diga la verdad, hijos míos..., me siento un poco perturbado por todo esto..., por esa «ciencia». ¿Dónde dijo ese hombre que nos encontrábamos?

—En alguna otra Camarga, padre —contestó Yisselda.

La vista que se podía contemplar desde la ventana era neblinosa. Aunque la ciudad y la colina eran lo bastante sólidas, el resto no lo era. Más allá pudieron ver, a través de una radiación azulada, los brillantes charcos de las marismas y los juncos ondeantes por el viento, pero ahora tenían colores distintos, ya no eran de simples verdes y amarillos, sino que mostraban todos los colores del arco iris y no poseían la sustancia que tenía el castillo y sus alrededores.

—Él nos dijo que podíamos explorarlo —comentó Hawkmoon—. De modo que debe ser algo más tangible de lo que parece.

D'Averc se aclaró la garganta.

—Creo que yo me quedaré aquí y en la ciudad. ¿Qué me decís vos, Oladahn?

—Creo que yo también —contestó el hombrecillo sonriendo burlescamente—, al menos hasta que me haya acostumbrado un poco más.

—Estoy con vos —afirmó el conde Brass echándose a reír—. Sin embargo, estamos a salvo, ¿verdad? Y la gente también. Tenemos que sentirnos agradecidos por ello.

—En efecto —asintió Bowgentle, pensativo—. Pero no debemos subestimar los poderes científicos de Granbretan. Si existe una forma de seguirnos hasta aquí, ellos la encontrarán..., podéis estar seguros de ello.

—Tenéis razón, Bowgentle —asintió Hawkmoon. Señaló el regalo de Rinal, que ahora estaba situado en el centro de una mesa totalmente vacía, destacado entre la extraña luz azul pálida que penetraba por las ventanas—. Tenemos que guardar ese objeto en nuestra cámara más segura. Recordad lo que nos dijo el Guerrero..., si se la destruye, volveremos a encontrarnos inmediatamente en nuestro propio espacio y tiempo.

Bowgentle se dirigió hacia el artefacto y lo tomó suavemente entre sus manos.

—Yo me ocuparé de guardarlo a buen recaudo —dijo.

Una vez que se hubo marchado, Hawkmoon se volvió para mirar por la ventana, acariciando el Amuleto Rojo.

—El Guerrero dijo que regresaría de nuevo para comunicarme un mensaje y encargarme una misión — dijo—. Ahora no me cabe la menor duda de que estoy al servicio del Bastón Rúnico, y cuando regrese el Guerrero deberé marcharme del castillo de Brass, abandonar este santuario de paz y regresar al mundo. Tenéis que estar preparada para cuando llegue el momento, Yisselda.

—No hablemos ahora de eso —dijo ella—. Celebremos, más bien, nuestro matrimonio.

—Sí, hagámoslo así —admitió con una sonrisa.

Pero no pudo apartar por completo de su mente el conocimiento de que, en alguna parte, separado de él por sutiles barreras, el mundo seguía existiendo y continuaba viéndose amenazado por el Imperio Oscuro. Aunque apreciaba el respiro que se le había concedido para pasar un tiempo con la mujer a la que amaba, sabía que pronto tendría que regresar a ese mundo, para combatir una vez más contra las fuerzas de Granbretan.

Pero, por el momento, sería totalmente feliz.

La Espada del Amanecer

Libro primero

Cuando Dorian Hawkmoon, último duque de Colonia, arrancó el Amuleto Rojo del cuello del dios Loco, apoderándose así de un objeto tan poderoso, regresó en compañía de Huillam d'Averc y Oladahn de las Montañas a Camarga, donde el conde Brass, su hija Yisselda y su amigo Bowgentle, el filósofo, resistían, junto con todo su pueblo, el asedio de las hordas del Imperio Oscuro, dirigidas por el más antiguo enemigo de Hawkmoon, el barón Meliadus de Kroiden.

El Imperio Oscuro había aumentado tanto su poder que amenazaba incluso con destruir la bien protegida provincia de Camarga. Si eso ocurría, significaría que Meliadus se apoderaría de Yisselda y haría morir lentamente a todos los demás, convirtiendo Camarga en un desierto de cenizas. Sin embargo, se salvaron desplazándose a otra dimensión de la Tierra gracias a la poderosa fuerza de la antigua máquina que el pueblo fantasma le había entregado a Hawkmoon, y que era capaz de deformar zonas completas del espacio y el tiempo.

De ese modo, encontraron refugio en una Camarga distinta donde no existía ni la maldad ni el horror de Granbretan; pero ellos sabían que si alguna vez quedaba destruida la máquina de cristal, volverían a ser arrojados inmediatamente al caos de su propio tiempo y espacio.

Durante un tiempo vivieron en gozoso alivio en su refugio, pero Hawkmoon empezó a acariciar poco a poco su espada y a preguntarse por el destino que habría corrido su propio mundo...

—LA ALTA HISTORIA DEL BASTÓN RÚNICO

1. La última ciudad

Los macabros jinetes espolearon sus corceles de combate por la ladera de la colina, llena de barro, tosiendo cuando sus pulmones aspiraron el espeso humo negro que se elevaba desde el valle.

Era el atardecer, el sol se ponía en el horizonte y sus sombras grotescas eran alargadas. En la penumbra, parecía como si los caballos fueran montados por criaturas de cabezas gigantescas con forma de bestias.

Cada jinete portaba un estandarte manchado por la guerra, y una máscara bestial de metal enojado, así como una pesada armadura de acero, latón y plata con el blasón del portador. Las armaduras estaban abolladas y ensangrentadas, y la mano derecha de cada uno de ellos enfundada en el guantelete, portaba un arma con la sangre reseca de cientos de inocentes.

Los seis jinetes llegaron a lo alto de la colina y detuvieron sus cabalgaduras, hincando los estandartes en la tierra, donde flamearon al viento como las alas de aves de presa sostenidas por el cálido viento procedente del valle.

La máscara de lobo se volvió para mirar a la máscara mosca, el mono miró a la cabra, la rata pareció sonreírle al perro..., una sonrisa de triunfo. Las bestias del Imperio Oscuro, cada una de las cuales era un señor de la guerra

entre miles, miraron más allá del valle y de las colinas, hacia donde estaba el mar invisible. Después volvieron a mirar la ciudad incendiada del valle desde donde, débilmente, llegaba hasta ellos el griterío de los que estaban siendo asesinados y atormentados.

El sol se puso, cayó la noche y las llamas parecieron más brillantes, reflejándose en el metal oscuro de las máscaras de los lores de Granbretan.

—Bien, milords —dijo el barón Meliadus, gran jefe de la orden del Lobo, comandante del ejército de conquista, hablando con una voz profunda y vibrante que surgía desde el interior de su máscara—. Ahora ya hemos conquistado toda Europa.

Mygel Holst, el esquelético archiduque de Londra, jefe de la orden de la Cabra, se echó a reír.

—Sí..., toda Europa. No queda un solo centímetro que no sea nuestro. Y también nos pertenecen grandes partes del este.

El casco de cabra asintió con un gesto de satisfacción, con los ojos de rubí reflejando de un modo maligno el resplandor de los incendios.

—Pronto dominaremos todo el resto del mundo —gruñó con acento alegre Adaz Promp, el jefe de la orden del Perro.

Los barones de Granbretan, dueños de todo un continente, tácticos y guerreros de feroz coraje y habilidad, despreciativos para con sus propias vidas, corruptos de alma y de cerebros dementes, capaces de odiar todo aquello que no se hubiera desmoronado aún, ostentadores de un poder sin moralidad alguna, de una fuerza sin justicia, asintieron ahora con un lúgubre placer mientras contemplaban los restos y la extinción de la última ciudad de Europa que se había atrevido a resistírseles. Había sido una ciudad muy antigua a la que llamaban Atenas.

—Todo.... excepto la oculta Camarga —comentó Jerek Nankenseen, jefe de la orden de la Mosca.

Y el barón Meliadus estuvo a punto de perder su buen humor y de golpear a su compañero.

La máscara enojada de la mosca de Jerek Nankenseen se volvió ligeramente para observar a Meliadus y la voz que sonó desde el interior de la máscara sonó atormentada.

—¿No es suficiente con que los hayáis expulsado, milord barón?

—No —espetó el lobo entre los lobos—. No es suficiente.

—Ahora no representan ninguna amenaza para nosotros —murmuró el barón Farnu, el del casco de rata—. Por lo que han podido deducir nuestros científicos, se encuentran en una dimensión situada más allá de la Tierra, en algún otro espacio o tiempo. No podemos llegar hasta ellos, pero ellos tampoco pueden venir a donde estamos nosotros. Disfrutemos, pues, de nuestro triunfo, sin preocuparnos ni por Hawkmoon ni por el conde Brass...

—¡No puedo!

—¿O acaso existe otro nombre que os atormenta, barón? —le preguntó Jerek Nankenseen con tono burlón al hombre que había sido su rival en más de un asunto amoroso en Londra—. ¿Os atormenta el nombre de la bella Yisselda? ¿Es el amor lo que induce vuestras acciones, milord? ¿Un dulce amor?

El lobo no contestó durante un rato, pero la mano que sostenía la espada apretó la empuñadura con una fuerza llena de furia. Después, la voz rica y musical volvió a hablar, recuperada ya la compostura, haciéndolo en un tono casi ligero.

—Lo que me induce es la venganza, barón Jerek Nankenseen...

—Sois un hombre de lo más apasionado, barón... —dijo secamente Jerek Nankenseen.

Meliadus enfundó la espada con rapidez y extendió la mano para tomar el estandarte, arrancándolo de la tierra donde lo había clavado.

—Han insultado a nuestro rey-emperador, a nuestro país... y a mí mismo. Me apoderaré de esa joven para mi propio placer, pero no la tomaré con ningún espíritu suave. Ninguna débil emoción me motivará al hacerlo...

—Desde luego que no —murmuró Jerek Nankenseen con un atisbo de condescendencia en su tono de voz.

—Y en cuanto a los demás..., también disfrutaré de mi placer con ellos, en las bóvedas de la prisión de Londra. Dorian Hawkmoon, el conde Brass, el filósofo Bowgentle, el inhumano Oladahn el Búlgaro de las Montañas, y el traidor Huillam d'Averc..., todos ellos sufrirán durante muchos años. ¡Eso lo he jurado por el Bastón Rúnico!

Se escuchó entonces un sonido tras ellos. Se volvieron para mirar en la semipenumbra y vieron una litera que estaba siendo transportada colina arriba por una docena de prisioneros atenienses que iban encadenados a las barras que sostenían la litera, en la que se encontraba el poco convencional Shenegar Trott, conde de Sussex. El conde Shenegar casi desdeñaba ponerse la máscara, pero a veces se ponía una de plata, apenas mayor que su cabeza, diseñada de modo que reflejara su propio rostro, como una caricatura. No pertenecía a ninguna orden en particular, algo que era tolerado por el rey-emperador y por su corte debido a su inmensa riqueza y a su valor casi sobrehumano en el combate. Sin embargo, con su vestimenta llena de joyas y sus actitudes indolentes, más bien tenía el aspecto de un estúpido embrutecido. Él poseía toda la confianza del rey-emperador Huon (en la medida en que eso se podía tener), incluso más que el propio Meliadus, ya que sus consejos casi siempre eran excelentes. Había escuchado la última parte de la conversación y ahora habló en tono burlón.

—Resulta peligroso hacer esa clase de juramentos, milord barón — dijo con suavidad—. Ya sabéis que podría tener graves repercusiones sobre quien lo hace...

—Lo he jurado sabiéndolo —replicó Meliadus—. Los encontraré, conde Shenegar, no temáis.

—He venido, milords —dijo Shenegar Trott—, para recordaros que nuestro rey-emperador se impacienta por vernos y escuchar nuestro informe de que ya nos hemos apoderado de toda Europa.

—Me pondré en camino inmediatamente hacia Londra —dijo Meliadus—. Allí consultaré con nuestros hechiceros-científicos y descubriré un medio de perseguir a nuestros enemigos. Adiós, milords.

Tiró de las riendas de su caballo, haciéndole volver grupas, y descendió al galope por la ladera de la colina, observado por sus pares.

Las máscaras bestiales se acercaron entre sí, a la luz de los incendios.

—Esa mentalidad suya tan singular podría destruirnos a todos nosotros —comentó uno de ellos.

—¿Qué importa eso... siempre y cuando todo quede destruido con nosotros? —replicó burlonamente Shenegar Trott.

Sus palabras fueron contestadas por grandes risotadas que surgieron de los cascos enjoyados. Eran unas risotadas demenciales, impregnadas de odio, tanto contra sí mismos como contra el resto del mundo.

Pues era tanto el poder de los lores del Imperio Oscuro que no valoraban en absoluto nada sobre la Tierra, ninguna cualidad humana, nada existente dentro de sí mismos o fuera de ellos. Su único entretenimiento consistía en extender la conquista y la desolación, el terror y el tormento, como un medio en el que ocupar su tiempo hasta que les llegara la hora final. Para ellos, la guerra era simplemente la forma más satisfactoria de aliviar su enorme aburrimiento...

2. El baile de los flamencos

Al amanecer, cuando nubes de gigantescos flamencos escarlata levantaban el vuelo de sus nidos situados entre los juncos, desplegándose por el cielo en extrañas danzas rituales, el conde Brass se encontraba al borde de las marismas contemplando las aguas y las extrañas configuraciones de oscuros lagos y diminutos islotes que a él le parecían como jeroglíficos escritos en una lengua primitiva.

Siempre le habían intrigado las revelaciones ontológicas que pudieran existir en aquellos modelos, y había empezado a estudiar a las aves, los juncos y los lagos, tratando de adivinar la clave necesaria para descifrar el críptico lenguaje que comunicaban.

Creía que el paisaje estaba como codificado. En él podría hallar las respuestas al dilema del que apenas si era medio consciente; allí encontraría, quizá, la revelación capaz de comunicarle lo que necesitaba saber sobre la creciente amenaza que parecía querer absorberle, tanto física como psíquicamente.

El sol se elevó sobre el horizonte, iluminando el agua con su luz pálida. El conde Brass escuchó un sonido y se volvió. Vio a su hija Yisselda, como una madonna de los lagos, con el pelo rubio, como una figura casi preternatural envuelta en su ondeante capa azul, que cabalgaba a pelo sobre un blanco caballo con cuernos de Camarga y le sonreía misteriosamente, como si ella también supiera algún secreto que él no acababa de comprender.

El conde Brass intentó evitar a la muchacha caminando bruscamente por la orilla de las aguas, pero ella no tardó en alcanzarle y le saludó.

—Padre..., ¿os habéis levantado muy temprano! Y últimamente no es la primera vez que lo hacéis.

El conde Brass asintió con un gesto, se volvió de nuevo para contemplar las aguas y los juncos, y luego levantó de pronto la vista hacia las aves que parecían bailar en el cielo, como para observarlas por sorpresa, o para captar quizá el secreto de sus extraños y casi frenéticos giros con un relámpago instintivo de adivinación. Yisselda había desmontado y ahora se hallaba a su lado.

—No son nuestros flamencos —dijo ella—. Y, sin embargo, se parecen tanto a los nuestros. ¿Qué veis en ellos, padre?

—Nada —contestó el conde Brass mirándola y encogiéndose de hombros—. ¿Dónde está Hawkmoon?

—En el castillo. Todavía duerme.

El conde Brass lanzó un gruñido, entrelazó las enormes manos como en un desesperado gesto de oración, y escuchó el pesado aletear de las aves, por encima de su cabeza. Después, se relajó y tomó a su hija por el brazo, guiándola a lo largo de la orilla del lago.

—La salida del sol es muy hermosa —murmuró ella.

El conde Brass hizo un pequeño gesto de impaciencia.

—No comprendes... —empezó a decir, pero se detuvo.

Sabía que ella jamás vería el paisaje tal y como lo veía él. Una vez había tratado de describírselo, pero su hija había perdido interés rápidamente, y no hizo ningún esfuerzo por comprender el significado de los modelos que él veía por todas partes..., en las aguas, en los juncos, en los árboles, en la vida animal que llenaba esta Camarga con gran abundancia, tal y como había llenado la Camarga que ellos habían abandonado.

Para él aquello era la quintaesencia del orden, pero para ella era simplemente algo cuya visión le llenaba de placer, algo «hermoso» que admirar por su aspecto «salvaje».

Únicamente Bowgentle, el filósofo y poeta, su viejo amigo, tenía un atisbo de lo que él quería decir, pero hasta Bowgentle creía que aquello no se reflejaba en la naturaleza del paisaje, sino sólo en la naturaleza particular de la mente del conde Brass.

—Os sentís exhausto, desorientado —le decía Bowgentle—. El mecanismo ordenador del cerebro está trabajando demasiado, de tal modo que veis la existencia de un modelo que, de hecho, sólo procede de vuestro

propio estupor y perturbación...

El conde Brass rechazaba este argumento con un gruñido, se ponía la armadura de latón y se marchaba solo con su caballo, ante la inquietud de su familia y de sus amigos. Se había pasado mucho tiempo dedicado a explorar esta nueva Camarga que tanto se parecía a la que él conocía, pero en la que no descubría la menor prueba de que la humanidad hubiera existido allí alguna vez.

—Ése es un hombre de acción, como yo mismo —decía Dorian Hawkmoon, el esposo de Yisselda—. Me temo que su mente se vuelve hacia el interior de sí misma, anhelando encontrar algún problema real del que ocuparse.

—Los problemas reales parecen insolubles —replicaba Bowgentle.

Y la conversación terminaba cuando el propio Hawkmoon salía solo, con la mano puesta sobre la empuñadura de la espada.

Había tensión en el castillo de Brass, e incluso en el pueblo situado bajo la colina, donde la gente se sentía preocupada, contenta de haber escapado del terror del Imperio Oscuro, pero no muy segura de poder quedarse permanentemente en este nuevo territorio tan parecido al que habían abandonado. Al principio, cuando llegaron allí, el terreno les había parecido como una versión transformada de la Camarga que conocían, mostrando todos los colores del arco iris. Sin embargo, poco a poco, aquellos colores habían cambiado hasta ser naturales, como si los recuerdos de los camarguianos se hubieran impuesto al paisaje, de tal modo que ahora apenas si existía diferencia alguna. Había manadas de caballos con cuernos, y toros blancos, y flamencos escarlata que podían ser entrenados para transportar jinetes. Pero, a pesar de todo, en el fondo de las mentes de los habitantes del pueblo, siempre anidaba la amenaza del Imperio Oscuro que, de algún modo, encontraba la forma de aparecer incluso en este pacífico refugio.

La idea no era tan amenazadora para Hawkmoon y el conde Brass, y quizá tampoco para D'Averc, Bowgentle y Oladah. Había momentos en que les habría gustado que se produjera un asalto procedente del mundo que habían dejado atrás.

Mientras el conde Brass, estudiaba el paisaje y trataba de adivinar sus secretos. Dorian Hawkmoon cabalgaba a galope tendido, como buscando a un enemigo inexistente, por los caminos que cruzaban los lagos, ahuyentando a las manadas de toros y caballos, obligando a los flamencos a levantar el vuelo.

Un día en que regresaba sobre un caballo cubierto de sudor de uno de sus numerosos viajes de exploración a lo largo de las orillas del mar violeta (el mar y la tierra no parecían tener límites), vio a los flamencos aletear en el cielo, trazando espirales que se elevaban, impulsados por las corrientes de aire y después dejándose caer de nuevo hacia la tierra. Era por la tarde, y el baile de los flamencos sólo se producía habitualmente al amanecer. Las gigantescas aves parecían sentirse molestas por algo, y Hawkmoon decidió investigar.

Espoleó a su caballo a lo largo del tortuoso camino que cruzaba las marismas, hasta que se encontró directamente bajo los flamencos, y vio que sobrevolaban un pequeño islote cubierto de altos juncos. Miró intensamente hacia el islote y creyó haber divisado algo entre los juncos, como un relámpago rojizo que podría haber sido el de la capa de un hombre.

Al principio, Hawkmoon pensó que sólo se trataba de un habitante del pueblo que había salido a cazar patos, pero entonces se dio cuenta de que, de haber sido así, el hombre le habría saludado..., o al menos le habría indicado por señas que se alejara para no espantar la caza.

Extrañado, Hawkmoon obligó al caballo a meterse en el agua. Poco después, al dejar atrás el terreno pantanoso, el animal tuvo que empezar a nadar hacia el islote, haciendo retroceder los juncos con su poderoso cuerpo. A medida que se acercaba, Hawkmoon volvió a distinguir un relámpago rojizo y se convenció de que aquella sombra pertenecía a un hombre.

—¡Eh! —gritó—. ¿Quién está ahí?

No recibió respuesta alguna. Sin embargo, observó que los juncos se agitaban aún más, y el hombre en cuestión empezó a correr a través de ellos, abandonado ya todo vestigio de precaución.

—¿Quién sois? —gritó Hawkmoon.

Sólo entonces se le ocurrió pensar que quizá el Imperio Oscuro había logrado llegar hasta ellos, y que había

hombres ocultos por todas partes, entre los juncos, preparados para atacar el castillo de Brass.

Se lanzó por entre los juncos en persecución del hombre de rojo y entonces le vio claramente. La figura se lanzó al agua y empezó a nadar vigorosamente hacia la orilla.

—¡Alto! —gritó Hawkmoon.

Pero el hombre siguió nadando.

Hawkmoon volvió a introducir el caballo en el agua, que espumeó de blanco. El hombre, que ya había llegado a la orilla opuesta, se volvió y al ver que Hawkmoon le daba alcance le plantó cara y desenvainó una espada brillante y delgada, de extraordinaria longitud.

Pero no fue la espada lo que más asombró a Hawkmoon, sino la impresión de que aquel hombre no poseía rostro. El espacio que debía haber ocupado la cabeza, bajo el pelo largo y sucio, aparecía como un hueco. Hawkmoon no pudo evitar mirarle con la boca abierta, al tiempo que desenvainaba su espada. ¿Se trataba de algún extraño habitante de este mundo?

Descendió de la silla, con la espada preparada, en cuanto el caballo llegó a la orilla, y permaneció quieto, con las piernas separadas, frente a su extraño antagonista. De pronto, se echó a reír al darse cuenta de lo que sucedía. Aquel hombre llevaba una máscara de ligero cuero. Las aberturas destinadas a la boca y los labios eran muy finas y no se podían distinguir desde lejos.

—¿Por qué os reís? —preguntó el hombre enmascarado con voz estrepitosa, pero con la espada en guardia—. No deberíais reír, amigo, pues estáis a punto de morir.

—¿Quién sois? —preguntó Hawkmoon—. Hasta ahora sólo os conozco por vuestras bravatas.

—Soy mejor espadachín que vos —replicó el hombre—. Será mejor que os rindáis ahora mismo.

—Lamento no poder aceptar vuestra suposición sobre mi calidad con la espada —replicó a su vez Hawkmoon con una sonrisa—. ¿Cómo podéis explicar, por ejemplo, que un maestro con la espada, como aseguráis ser, vaya tan pobremente vestido?

Al decir estas palabras indicó con un gesto el jubón rojo y remendado del hombre, sus pantalones y botas de cuero agrietado. Ni siquiera llevaba funda para la brillante espada, ya que la había sacado de un lazo de cuerda atado a un cinturón, también de cuerda, del que pendía una bolsa abultada. En los dedos del hombre había anillos que, evidentemente, eran de cristal y bisutería, y la carne de su piel tenía un color gris y parecía muy poco saludable. El cuerpo era alto y delgado, aunque nervudo y, a juzgar por su aspecto, se diría que aquel hombre se estaba medio muriendo de hambre.

—Imagino que no sois más que un mendigo —añadió Hawkmoon en tono burlón—. ¿Dónde habéis robado esa espada, mendigo?

Abrió la boca, lleno de sorpresa, cuando el hombre lanzó de pronto una estocada, que él apenas pudo detener, para luego retroceder. El movimiento había sido increíblemente rápido y Hawkmoon sintió un pinchazo en la mejilla. Se llevó una mano a la cara y se dio cuenta de que estaba sangrando.

—¿Pretendéis que os dé muerte aquí mismo? —bufó el extraño—. Bajad vuestra pesada espada y consideraos mi prisionero.

Hawkmoon se echó a reír con verdadero placer.

—¡Bien! Por fin encuentro a un oponente digno de mí. No os podéis imaginar hasta qué punto os doy la bienvenida, amigo mío. Hace ya mucho tiempo que no escucho el entrechocar del metal.

Y, diciendo esto, se lanzó contra el hombre enmascarado.

Su adversario se defendió hábilmente, desviando la hoja de Hawkmoon y convirtiendo su defensa en un rápido ataque que éste apenas si pudo bloquear a tiempo. Con los pies firmemente plantados sobre el terreno embarrado, ninguno de los dos se movió de su posición, y ambos lucharon hábilmente y sin descanso, reconociendo en el otro a un verdadero maestro con la espada.

Lucharon durante una hora, absolutamente igualados, sin dar ni recibir una sola herida. Finalmente, Hawkmoon decidió seguir una táctica diferente, y empezó a retroceder por la orilla hacia el agua.

Creando que Hawkmoon empezaba a retirarse, el hombre enmascarado pareció ganar mayor confianza y su espada se movió aún con mayor rapidez que antes, de tal modo que Hawkmoon se vio obligado a emplear toda su energía para rechazarla.

Entonces, Hawkmoon pretendió haber resbalado entre el barro, y cayó sobre una rodilla. El otro saltó hacia adelante, listo para dar la última estocada, pero la hoja de Hawkmoon se movió con inusitada rapidez, y la parte plana de la misma golpeó contra la muñeca del hombre. Éste lanzó un grito y la espada se le cayó de la mano. Rápidamente, Hawkmoon se incorporó de un salto, colocó una de sus botas sobre la espada caída y situó la hoja de su espada contra el cuello de su oponente.

—No ha sido un truco digno de un verdadero espadachín —gruñó el hombre enmascarado.

—Ya me estaba aburriendo —replicó Hawkmoon — , y el juego empezaba a impacientarme.

—Bien, ¿y ahora, qué?

—¿Cuál es vuestro nombre? —preguntó Hawkmoon—. Eso es lo primero que quiero saber... Luego quiero veros el rostro, y después saber qué os ha traído por aquí. Finalmente, y quizá sea eso lo más importante, quiero saber cómo habéis llegado.

—En cuanto a mi nombre, os lo diré —contestó el hombre con un orgullo mal disimulado—. Soy Elvereza Tozer.

—¡Pero si yo os conozco! —exclamó el duque de Colonia lleno de asombro.

3. Elvereza Tozer

Elvereza Tozer no era el hombre con quien Hawkmoon habría esperado encontrarse si se le hubiera dicho con antelación que iba a conocer al dramaturgo más grande de Granbretan..., un escritor cuya obra era admirada en toda Europa, incluso por todos aquellos que, de una u otra forma, maldecían a Granbretan. Era el autor de obras como El rey Staleen, La tragedia de Katine y Cama, El último de los Braldur. Annala, Chirshil y Adulfo, La comedia de acero y muchas otras. Últimamente no se había oído hablar mucho de él, pero Hawkmoon había pensado que eso se debía a las guerras. Se había imaginado que Tozer sería rico en su vestimenta, seguro de sí mismo en todos los aspectos, afectado y lleno de ironía. En lugar de eso se encontraba con un hombre que parecía sentirse más a gusto manejando la espada que las palabras, un engreído y un estúpido, vestido casi con harapos.

Mientras empujaba a Tozer con su propia espada a lo largo de los caminos de las marismas hacia el castillo de Brass, Hawkmoon se extrañó ante esta aparente paradoja. ¿Mentía aquel hombre? En tal caso, ¿por qué afirmaba ser precisamente un eminente dramaturgo?

Tozer caminaba delante de él, aparentemente imperturbable ante este cambio de fortuna, silbando una alegre melodía.

—Un momento —dijo Hawkmoon, deteniéndose y sujetando las riendas del caballo que le seguía, Tozer se volvió. Seguía llevando puesta la máscara. Hawkmoon había quedado tan asombrado al escuchar el nombre que se había olvidado de ordenarle que se la quitara del rostro.

—Bien —dijo Tozer mirando a su alrededor—. Es un paisaje encantador..., aunque yo diría que no parece haber mucha gente por aquí.

—En efecto —replicó Hawkmoon, perplejo—. Sí... —Hizo un gesto hacia el caballo y añadió —: Creo que será mejor que montemos a caballo. Iréis en la silla conmigo, maestro Tozer.

Tozer montó en el caballo y Hawkmoon hizo lo mismo, situándose detrás de él. Tomó las riendas y espoleó al animal poniéndolo al trote.

Cabalgaron de este modo hasta que llegaron a las puertas de la ciudad, que cruzaron, recorriendo lentamente las tortuosas calles, y tomando el escarpado camino que subía por la colina hacia el castillo de Brass.

Una vez que llegaron al patio de armas, ambos desmontaron y Hawkmoon le entregó las riendas del caballo a un sirviente y le indicó a Tozer la puerta que daba al vestíbulo principal del castillo.

—Por aquí, si sois tan amable.

Tozer se encogió ligeramente de hombros, cruzó la puerta de entrada y se inclinó ante los dos hombres que estaban de pie frente al gran fuego de la chimenea del salón. Hawkmoon les saludó con un gesto.

—Buenos días sir Bowgentle..., D'Averc. He traído a un prisionero...

—Ya lo veo —dijo D'Averc con los elegantes rasgos de su rostro resplandecientes por el interés —. ¿Vuelven a estar los guerreros de Granbretan ante nuestras puertas?

—Por lo que he podido ver, él es el único —contestó Hawkmoon—. Afirma ser Elvereza Tozer...

—¿De veras? —Los ascéticos y serenos ojos de Bowgentle se iluminaron con una expresión de curiosidad—. ¿El autor de Chirshil y Adulfo? Resulta algo difícil de creer.

La delgada mano de Tozer se elevó hasta la máscara que llevaba puesta y desprendió las correas que la sujetaban.

—Os conozco, sir —dijo —. Nos encontramos hace diez años, cuando acudí a Málaga para representar una de mis obras.

—Lo recuerdo. Discutimos sobre unos poemas que habíais publicado recientemente y que yo admiraba —admitió Bowgentle sacudiendo la cabeza—. Sois Elvereza Tozer. pero... —El extraño terminó de quitarse la máscara poniendo al descubierto un rostro demacrado y anguloso, con una diminuta barba que era incapaz de ocultar la barbilla hundida y que se veía dominada por una nariz larga y fina—. ¿Acaso sois un refugiado que trata de escapar de sus propios compatriotas?

—Ah —exclamó Tozer suspirando, dirigiendo a Bowgentle una mirada calculadora—. Quizá. ¿No tendríais una copa de vino, sir? Me temo que mi encuentro militar con vuestro amigo me ha dejado bastante sediento.

—¿Qué? —preguntó D'Averc—. ¿Es que habéis luchado?

—A muerte —contestó Hawkmoon burlonamente—. Tuve la sensación de que el maestro Tozer no había venido a Camarga para cumplir con una misión de buena voluntad. Lo descubrí ocultándose entre los juncos situados hacia el sur. Creo que ha venido aquí para espiar.

—¿Y por qué razón desearía espiaros Elvereza Tozer, el mayor dramaturgo del mundo? —preguntó Tozer con un tono desdeñoso en el que, sin embargo, se notaba la ausencia de convicción.

Bowgentle se mordió un labio y tiró de un cordón para llamar a un sirviente.

—Eso sois vos quien debe decirlo, sir —observó Huillam d'Averc con cierto regocijo. Tosió ostentosamente y añadió — : Disculpadme..., creo que sólo es un ligero resfriado. El castillo está lleno de corrientes de aire...

—Pues yo desearía lo mismo para mí —dijo Tozer—, si es que se pudiera encontrar una corriente. —Les miró, expectante—. Una corriente capaz de hacernos olvidar el desplazamiento, si es que me entendéis. Una corriente...

—Sí, sí —se apresuró a decir Bowgentle volviéndose después hacia el sirviente que acababa de llegar—. Una jarra de vino para nuestro invitado —le ordenó—. ¿Queréis comer algo, maestro Tozer?

—«Me comería el pan de Babel y la carne de Marakhan...» —contestó Tozer con aire soñador—. «Pues tales frutos con que se alimentan los tontos no son más que...»

—A estas horas podemos ofreceros algo de queso —le interrumpió D'Averc con acento sardónico.

—Annala, acto VI, escena V —dijo Tozer—. ¿Recordáis la escena?

—La recuerdo —asintió D'Averc—. Siempre me pareció que esa parte era algo más débil que el resto de la obra.

—Más sutil —replicó Tozer airadamente—. En todo caso, más sutil.

El criado regresó con el vino y el propio Tozer se sirvió, vertiendo una generosa ración en la copa.

—Las preocupaciones de la literatura no siempre son evidentes para la gente común —dijo Tozer—. Dentro de diez años el público verá el último acto de Annala no como lo han visto algunos críticos estúpidos, que lo consideran escrito apresuradamente y con una pobre concepción de ideas, sino como una estructura compleja, como es en realidad...

—Yo me considero un escritor —dijo Bowgentle—, a pesar de lo cual no logro ver tales sutilidades en vuestra obra... Quizá podáis explicaros.

—En algún otro momento —replicó Tozer con un despreocupado gesto de la mano.

Se bebió el vino y se sirvió otra copa llena.

—Mientras tanto —intervino Hawkmoon con firmeza—, quizá podáis explicarnos vuestra presencia en Camarga. Después de todo, creíamos que nos hallábamos en un lugar imposible de violar y, sin embargo, ahora...

—Seguís estando en un lugar inviolable, no temáis —le interrumpió Tozer—, a excepción de yo mismo, claro está. Me he impulsado hasta aquí gracias al poder de mi cerebro.

—¿Al poder de vuestro cerebro? —repitió D'Averc frotándose la barbilla con un gesto de escepticismo—. ¿Cómo es eso?

—Gracias a una antigua disciplina que me enseñó un maestro filósofo que habita en los valles ocultos de Yel... —contestó Tozer, volviendo a beber más vino.

—Yel, es esa provincia sudoccidental de Granbretan, ¿no es así? —preguntó Bowgentle.

—En efecto. Se trata de un territorio remoto y apenas habitado por unos pocos bárbaros de color oscuro, que viven en las cuevas. Después de que mi obra Chirshil y Adulfo produjera un gran disgusto entre ciertos elementos de la corte, me pareció prudente alejarme de allí durante un tiempo, permitiendo que mis enemigos se hicieran cargo de todos los bienes, dinero y amantes que dejé atrás. ¿Qué sé yo de la política interna de la corte? ¿Cómo iba

a saber que ciertas partes de esa obra parecían reflejar las intrigas de la corte en ese momento?

—¿De modo que habéis caído en desgracia? —preguntó Hawkmoon mirando atentamente a Tozer.

Aquella historia podía formar parte del intento del hombre por engañarles a todos.

—Más que eso... He estado a punto de perder la vida. Pero, por otro lado, la existencia rural también estuvo a punto de acabar conmigo...

—¿Conocisteis a ese filósofo que os enseñó a viajar a través de las dimensiones? ¿Queréis decir que habéis venido aquí en busca de refugio? —preguntó Hawkmoon, estudiando el rostro de Tozer para ver cuál era su reacción ante estas preguntas.

—No..., ¡ah, sí! —contestó el dramaturgo—. Es una forma de decirlo, ya que, en realidad, no sabía adonde llegaría...

—Creo que fuisteis enviado aquí por el rey-emperador para destruirnos —dijo Hawkmoon—. Creo, maestro Tozer, que nos estáis mintiendo.

—¿Mintiendo? ¿Qué es una mentira? ¿Qué es ía verdad?

Tozer miró a Hawkmoon, sonriéndole glacialmente y después levantó la copa hacia él, bebiendo a su salud.

—La verdad es un nudo corredizo alrededor de vuestro cuello —replicó Hawkmoon con naturalidad—. Creo que deberíamos colgaros ahora mismo. —Se señaló la apagada Joya Negra que llevaba incrustada en la frente—. Poseo cierta familiaridad con los trucos empleados por el Imperio Oscuro. He sido su víctima en demasiadas ocasiones como para arriesgarme a ser engañado de nuevo. —Miró a los demás y añadió—: Creo que deberíamos colgarlo ahora mismo.

—Pero ¿cómo podremos saber si es el único que ha llegado hasta nosotros? —preguntó D'Averc con calma—. No debemos precipitarnos, Hawkmoon.

—Soy el único, ¡os lo juro! —dijo Tozer algo nervioso—. Admito, buen señor, que se me ha encargado llegar hasta aquí. O lo hacía así o perdía mi vida en las catacumbas-prisión del gran palacio. Una vez que conocí el secreto de aquel anciano, regresé a Londra pensando que mis conocimientos me permitirían establecer un trato con aquellos personajes de la corte a los que había disgustado. Sólo pretendía recuperar mi antigua posición y saber que disponía de un público para el que poder seguir escribiendo. Sin embargo, cuando les hablé de la disciplina que acababa de aprender, amenazaron inmediatamente mi vida, a menos que aceptara venir hasta aquí y destruir aquello que os permitió penetrar en esta dimensión... De modo que vine, y debo admitir que lo hice contento por haber podido escapar de ellos. No sentía ningún deseo especial de arriesgar mi piel ofendiendo a vuestro pueblo, pero...

—¿Acaso no se aseguraron de alguna forma de que cumpliríais la tarea para la que os habían enviado? —preguntó Hawkmoon—. Eso me parece muy extraño.

—En honor a la verdad —dijo Tozer bajando la mirada—, creo que ninguno de ellos creyó del todo en mi poder. Creo que sólo intentaban comprobar si, efectivamente, lo tenía. Yo me mostré de acuerdo en venir, y partí inmediatamente. Creo que eso debió de haberles dejado bastante perplejos.

—No es propio que los señores del Imperio Oscuro pasen esas cosas por alto —murmuró D'Averc, frunciendo el ceño de su rostro aquilino—. Sin embargo, si no os habéis ganado nuestra confianza, no hay razón alguna para que hayáis obtenido la de ellos. A pesar de todo, no estoy convencido del todo de que estéis diciendo la verdad.

—¿Les habéis hablado de ese anciano? —preguntó Bowgentle—. ¡Eso quiere decir que podrán aprender también su secreto!

—No del todo —dijo Tozer con una sonrisa maliciosa—. Les dije que yo mismo había descubierto el secreto durante los meses de soledad quépase.

—No es nada extraño que no os tomaran muy en serio —comentó D'Averc sonriendo.

Tozer pareció sentirse molesto por aquel comentario y tomó otro trago de vino.

—Me resulta difícil creer que habéis sido capaz de viajar hasta aquí ejerciendo simplemente vuestra voluntad —admitió Bowgentle—. ¿Estáis seguro de no haber empleado otros medios... ?

—Ningún otro.

—Esto no me gusta nada —intervino Hawkmoon con brusquedad—. Aun cuando nos esté diciendo la verdad, a estas alturas los señores de Granbretan se preguntarán dónde habrá descubierto su poder, seguirán todos los movimientos que hizo y estoy casi seguro de que terminarán por descubrir al anciano..., y entonces dispondrán de los medios necesarios para pasar hasta aquí con toda su fuerza, y nosotros estaremos perdidos.

—De hecho, estamos en tiempos difíciles —dijo Tozer volviendo a llenar su copa—. ¿Recordáis El rey Staleen, acto IV, escena II... «Días salvajes, jinetes salvajes, y el olor de la guerra recorriendo el mundo.»? ¡Aja! Fui un visionario sin saberlo.

Evidentemente, Tozer estaba ya bastante borracho.

Hawkmoon observó duramente al beodo de mandíbula hundida. Aún le parecía casi imposible de creer que aquel hombre fuera el gran dramaturgo Tozer.

—Por lo que veo, os extraña mi pobreza —dijo Tozer hablando con una lengua que se le trababa—. Eso es el resultado de haber incluido un par de líneas en Chirshil y Adulfo, tal y como os he dicho. ¡Oh, qué cruel es el destino! Sólo un par de líneas, escritas con la mejor buena fe, y aquí me encuentro hoy..., viéndome amenazado por un nudo corredizo alrededor del cuello. Sin duda alguna recordaréis la escena y las palabras... «Tanto la corte como el rey están corrompidos»..., acto I, escena I. Piedad, señores, no colgarme. ¡Oh!, un gran artista destruido por su propio y poderoso genio.

—Ese anciano del que hablabais —dijo Bowgentle—, ¿qué aspecto tenía? ¿Dónde vivía exactamente?

—El anciano... —Tozer volvió a pasar más vino por el gástrico—. El anciano me recordaba a Ioni en mi Comedia de acero. Acto II, escena VI...

—¿Cómo era? —preguntó Hawkmoon con impaciencia.

—«Devorado por la máquina, entregó todas sus horas al insidioso circuito, y se hizo viejo, sin que nadie se diera cuenta, dedicado al servicio de sus máquinas.» Era un anciano que sólo vivía para su ciencia. Él hizo los anillos...

Tozer se llevó una mano a la boca.

—¿Qué anillos? ¿De qué anillos habláis? —preguntó rápidamente D'Averc.

—Creo que debéis disculparme —dijo Tozer, tratando de recuperar una parodia de dignidad—. Ese vino ha demostrado ser demasiado rico para mi estómago vacío. Os ruego piedad, señores...

El rostro de Tozer había adquirido una coloración verdosa.

—Muy bien —dijo Bowgentle con gesto de fatiga—. Os lo mostraré.

—Antes de que se marche —dijo una nueva voz procedente de la cercana puerta—, preguntadle por el anillo que lleva en el dedo corazón de la mano izquierda.

El tono de aquella voz llegó hasta ellos algo apagada y sardónica. Hawkmoon la reconoció de inmediato y se volvió hacia la puerta. Tozer abrió la boca y se llevó una mano hacia el anillo.

—¿Qué sabéis vos de todo esto? —preguntó—. ¿Quién sois?

—El duque Dorian me llama el Guerrero de Negro y Oro —dijo la figura, haciendo un gesto hacia Hawkmoon.

Más alto que ninguno de ellos, cubierto por completo por la armadura y el casco de colores negro y oro, el misterioso guerrero levantó un brazo y señaló a Tozer con un dedo recubierto de metal.

—Entregadle ese anillo.

—Sólo es un anillo de bisutería que no tiene ningún valor...

—Él ha dicho algo sobre anillos —observó D'Averc—. ¿Es ese anillo, entonces, lo que os traído hasta aquí?

Tozer seguía dudando, con una expresión de estupidez en el rostro a causa de la bebida, mezclada con un reflejo de la ansiedad que sentía.

—He dicho que sólo es bisutería sin valor alguno...

—¡Por el Bastón Rúnico, os lo ordeno! rugió el guerrero con un terrible tono de voz.

Elvereza Tozer se sacó el anillo con un ligero movimiento nervioso e hizo ademán de arrojarlo sobre las losas de piedra del suelo. D'Averc lo detuvo, tomó el anillo entre sus manos y lo inspeccionó.

—Se trata de cristal —dijo—, aunque creo que es una clase de cristal muy familiar...

—Está hecho de la misma sustancia con la que se creó el instrumento que os trajo hasta aquí —le dijo el Guerrero de Negro y Oro. Entonces, se quitó el guantelete de una mano y allí, en el dedo corazón, se pudo ver un anillo idéntico—. Y posee las mismas propiedades: es capaz de transportar a un hombre a través de las dimensiones.

—Tal y como me lo imaginaba —asintió Hawkmoon—. Así pues, no ha sido ninguna clase de disciplina mental lo que os ha permitido llegar hasta aquí, sino un trozo de cristal. ¡Dad por seguro que os colgaré! ¿Dónde conseguisteis el anillo?

—Me lo dio aquel hombre... Mygan de Llandar. Os juro que ésa es la verdad. Y tiene otros..., ¡puede hacer muchos más! —gritó Tozer—. No me colguéis, os lo ruego. Os diré exactamente dónde encontrar al anciano.

—Eso es algo que necesitaremos saber —dijo pensativamente Bowgentle—, ya que tendremos que encontrarlo antes de que lo hagan los señores del Imperio Oscuro. Debemos apoderarnos de él y de sus secretos... por nuestra propia seguridad.

—¿Qué? ¿Debemos viajar a Granbretan? —preguntó D'Averc lleno de asombro.

—Parece que será necesario hacerlo —le contestó Hawkmoon.

4. Flana Mikosevaar

En el concierto, Flana Mikosevaar, condesa de Kanbery, se ajustó la máscara de hilo de oro y miró a su alrededor con aire ausente viendo al resto del público sólo como una masa de colores vivaces. La orquesta, situada en el centro de la sala de baile, interpretaba una melodía salvaje y compleja, una de las últimas obras de Londen Johne, el último gran músico de Granbretan, que había muerto dos siglos antes.

La máscara de la condesa era la de una ornamentada garza real, con los ojos facetados en mil fragmentos de joyas raras. Su pesado vestido estaba hecho a base de un luminoso brocado que cambiaba sus numerosos colores a medida que variaba la luz. Ella era la viuda de Asrovak Mikosevaar, quien había muerto bajo la espada de Dorian Hawkmoon durante la primera batalla de Camarga. El renegado muscoviano, que había formado la legión del Buitre para luchar en el continente europeo, y cuyo eslogan había sido «Muerte a la vida», no fue llorado por Flana de Kanbery, quien tampoco sentía ningún deseo especial de venganza contra quien le había matado. Él había sido su decimosegundo esposo, y la feroz demencia de aquel amante sediento de sangre había servido para el placer de la condesa durante un tiempo más que suficiente, antes de que se marchara a la guerra contra Camarga. Desde entonces, ella había tenido varios amantes y su recuerdo de Asrovak Mikosevaar era tan nebuloso como el de todos los demás hombres que había conocido, pues Flana era una persona introvertida que apenas si era capaz de distinguir a una persona de la otra.

En general, tenía la costumbre de destruir a sus esposos y amantes en cuanto representaran un inconveniente para ella. El instinto, antes que la consideración intelectual, le impedían asesinar a los más poderosos de entre ellos. Esto, sin embargo, no quería decir que fuera incapaz de amar, ya que podía hacerlo apasionadamente, dedicada por completo al objeto de su amor, aunque lo cierto es que no podía mantener esa emoción durante mucho tiempo. La condesa de Kanbery no conocía ni el odio ni la lealtad. En general, se comportaba como un animal neutral, haciendo pensar a muchos en un felino y a otros en una araña, aunque su gracia y su belleza hacían recordar más al primero. Y había muchos que la odiaban y que planeaban vengarse de ella por un esposo robado o un hermano envenenado, y que habrían llevado a cabo esa venganza de no haber sido por el hecho de que la condesa de Kanbery era prima del rey-emperador Huon, el monarca inmortal que habitaba eternamente en el globo del trono, que, como una inmensa matriz, ocupaba la sala del trono de su palacio. Así pues, ella era centro de numerosas atenciones, puesto que se trataba de la única superviviente de la familia del monarca, y ciertos elementos de la corte consideraban que, si Huon era destruido, ella sería nombrada reina-emperatriz y entonces podría servir a sus propios intereses.

Inconsciente de las numerosas tramas que la involucraban, Flana de Kanbery seguía viviendo sin que nada la molestara, ya que no sentía la menor curiosidad por conocer los asuntos de nadie relacionado o cercano a ella, y sólo trataba de satisfacer sus propios y oscuros deseos, y de aliviar el extraño anhelo melancólico que anidaba en su alma y que ni ella misma era capaz de definir. Muchos se habían interrogado sobre su actitud y buscado sus favores con el único objeto de desenmascararla y ver qué les podía decir su rostro, pero éste, hermoso, de piel suave, siempre con las mejillas ligeramente arrojadas, con unos ojos grandes y dorados, mantenía siempre una expresión remota y misteriosa, ocultando mucho más de lo que pudiera ocultar cualquier máscara.

La música terminó, el público se movió y los colores adquirieron viveza a medida que los tejidos ondeaban y las máscaras se volvían, asentían y hacían gestos. Pudo ver un grupo de delicadas máscaras, correspondientes a las damas que estaban rodeadas por los cascos militares de los capitanes de los grandes ejércitos granbretanianos, recién llegados de los campos de batalla. La condesa se levantó, pero no se dirigió hacia ellos. Vagamente, reconoció algunos de los cascos, particularmente el del barón Meliadus, de la orden del Lobo, que había sido su esposo cinco años antes y que terminó por divorciarse (una acción de la que ella apenas si se dio cuenta). Allí estaba también Shenegar Trott, recostado sobre cómodos cojines, servido por esclavas continentales desnudas, con su máscara de plata representando la parodia de un rostro humano. Y también vio la máscara del duque de Lakasdeh, Pra Flenn, que apenas tenía dieciocho años y que ya había logrado someter a diez grandes ciudades. Su casco era una cabeza de dragón de aspecto burlón. En cuanto a los demás, creía conocerlos, y terminó por darse cuenta de que se trataba de los más poderosos señores de la guerra, que habían regresado para celebrar sus victorias, dividirse entre ellos los territorios conquistados y recibir las felicitaciones del emperador. Todos ellos reían sonoramente, con actitudes orgullosas, mientras las damas revoloteaban a su alrededor. Es decir, todos

excepto su ex marido Meliadus, que parecía querer evitarlos, dedicado a hablar con su cuñado Taragorm, jefe del palacio del Tiempo, y con el barón Kalan de Vitall, con máscara de serpiente, que era el gran jefe de la orden de la Serpiente y principal científico del rey-emperador. Plana frunció el ceño detrás de su máscara, recordando vagamente que Meliadus solía evitar a Taragorm...

5. Taragorm

—¿Y qué tal os ha ido, hermano Taragorm? —preguntó Meliadus con una forzada cordialidad.

—Bien —contestó secamente el hombre que se había casado con la hermana del barón.

Se preguntó por qué razón le habría abordado Meliadus, cuando todo el mundo sabía que el barón sentía celos de Taragorm porque éste se había ganado el afecto de su hermana. La enorme máscara se elevó con aire de suficiencia. Estaba formada por un reloj monstruoso de latón esmaltado y cubierto de hilo de oro, con números de madreperlas incrustadas y manecillas de plata afiligranada, mientras que la caja de la que se balanceaba el péndulo se extendía hasta la parte superior del amplio pecho de Taragorm. La caja era de un material transparente, como si fuera cristal de un color azulado, a través del cual se veía el péndulo dorado balanceándose de un lado a otro. Todo el reloj quedaba equilibrado por medio de un complejo mecanismo para que se ajustara a cada uno de los movimientos de Taragorm. Daba las horas, las medias y los cuartos, y a mediodía y a medianoche tocaba las ocho primeras estrofas de las *Antipatías temporales* de Sheneven.

—¿Y cómo les va a los relojes de vuestro palacio? —siguió preguntando Meliadus con su insólita actitud amable—. ¿Dan todos las horas al mismo tiempo?

Taragorm tardó un momento en comprender que su cuñado sólo intentaba bromear, de modo que no contestó nada. Meliadus se aclaró la garganta.

—He oído decir —intervino Kalan, el de la máscara de serpiente— que estáis experimentando con una máquina capaz de viajar a través del tiempo, lord Taragorm. Da la casualidad de que yo también he estado experimentando... con una máquina...

—Desearía preguntaros por vuestros experimentos, hermano —le dijo Meliadus a Taragorm—. ¿Cómo los tenéis de avanzados?

—Están razonablemente adelantados, hermano.

—¿Os habéis movido ya a través del tiempo?

—No personalmente.

—Mi máquina —intervino el barón Kalan implacablemente —, es capaz de mover naves a enormes velocidades a través de vastas distancias. Podríamos invadir cualquier país de la Tierra, sin importar lo lejos que esté...

—¿Cuándo se habrá alcanzado ese punto? —preguntó Meliadus, acercándose más a Taragorm—. ¿Cuándo podrá un hombre viajar al pasado o al futuro?

El barón Kalan se encogió de hombros y se volvió.

—Tengo que volver a mis laboratorios —dijo—. El rey-emperador me ha encargado que termine mi trabajo con toda urgencia. Buenos días, milores.

—Buenos días —el barón Meliadus se despidió de él con aire ausente y después, dirigiéndose a Taragorm, añadió—: Y ahora, hermano, tenéis que hablarme de vuestro trabajo... Quizá podáis mostrarme hasta dónde habéis avanzado.

—Mi trabajo es secreto, hermano —replicó Taragorm con suficiencia—. No puedo llevaros al palacio del Tiempo sin el permiso expreso del rey Huon. Eso es lo primero que debéis conseguir.

—Seguramente, no será necesario que yo obtenga ese permiso.

—Nadie es tan grande como para actuar sin la bendición de nuestro rey-emperador.

—Pero la cuestión es de una importancia extraordinaria, hermano —insistió Meliadus con un tono de voz desesperado, casi suplicante—. Nuestros enemigos se nos han escapado, dirigiéndose probablemente a otra era de la Tierra, al menos por lo que he podido deducir. Y ellos representan una amenaza para la seguridad de Granbretan.

—¿Os referís a ese puñado de rufianes a quienes no pudisteis derrotar en la batalla de Camarga?

—Ya casi los habíamos conquistado... Sólo la ciencia o la hechicería les salvó de nuestra venganza. Nadie me

echa en cara mi fracaso.

—¿Excepto quizá vos mismo? ¿Os acusáis vos mismo de vuestro fracaso?

—No me siento acusado de nada ni por nadie. Pero debo terminar de una vez con esa cuestión, eso es todo. Pretendo limpiar todo el imperio de sus enemigos. ¿En qué radica el error?

—He oído rumores en el sentido de que vuestra batalla es más un asunto personal, y de que incluso habéis establecido ciertos estúpidos compromisos para lograr una venganza personal contra quienes habitan en Camarga.

—Eso sólo es una opinión, hermano —replicó Meliadus, conteniendo su desazón con dificultad—. Pero la realidad es que yo sólo temo por el bienestar de nuestro imperio.

—En tal caso, contadle vuestros temores al rey Huon, y es posible que entonces os permita visitar mi palacio.

Taragorm se volvió y, al hacerlo, su máscara empezó a dar la hora, haciendo momentáneamente imposible la continuación de la conversación. Meliadus hizo un gesto como para seguirle, pero después cambió de idea y se alejó, saliendo del salón con aire ausente.

Rodeada ahora por los jóvenes lores, cada uno de los cuales intentaba atraer sus atenciones, la condesa Plana Mikosevaar observó la partida del barón Meliadus.

Por la actitud impaciente de su paso, dedujo que estaba de muy mal humor. Después, se olvidó de él y volvió su atención a las galanterías de que era objeto, dedicándose a escuchar no las palabras (que le eran muy familiares), sino las voces, que le parecieron como melodías antiguas y favoritas.

Ahora, Taragorm estaba conversando con Shenegar Trott.

—Voy a presentarme ante el rey-emperador a lo largo de la mañana —le dijo Trott al jefe del palacio del Tiempo—. Creo que se trata de una misión que desea confiarme y que, en estos momentos, es un secreto que sólo él conoce. Tenemos que mantenernos ocupados, ¿no os parece, lord Taragorm?

—Desde luego que sí, conde Shenegar, a menos que el aburrimiento se apodere de todos nosotros.

6. La audiencia

Al día siguiente, Meliadus esperaba con impaciencia en el exterior del salón del trono del rey-emperador. La noche anterior había solicitado una audiencia y se le había dicho que se presentara a las once. Ahora ya eran las doce y todavía no se habían abierto las puertas para admitirle. Aquellas puertas, que se perdían en la semipenumbra del enorme techo, estaban incrustadas de joyas que configuraban un mosaico de imágenes de antiguas cosas. Los cincuenta guardias enmascarados de la orden de la Mantis que las bloqueaban, permanecían rígidos, con las lanzas de fuego preparadas en un ángulo preciso. Meliadus paseaba arriba y abajo del vestíbulo, ante ellos; detrás de él se extendían los relucientes pasillos que daban paso al palacio alucinante del rey-emperador.

Meliadus intentó reprimir el malestar que le causaba el hecho de que el rey-emperador no le hubiera recibido de inmediato. Después de todo, ¿no era él el principal señor de la guerra en Europa? ¿Acaso los ejércitos de Granbretan no habían conquistado todo el continente bajo su dirección? ¿No había conducido él mismo a aquellos ejércitos hacia el Oriente Medio, añadiendo así muchos más territorios a los dominios del Imperio Oscuro? ¿Por qué razón querría insultarle el rey-emperador, haciéndole esperar de aquella manera? Meliadus, el primero de los guerreros de Granbretan, debería tener prioridad sobre otros mortales mucho menos importantes que él. Empezaba a sospechar la existencia de un complot en contra suya. Por lo que le había dicho tanto Taragorm como otros, parecía extenderse la opinión de que empezaba a perder influencia. Eran unos estúpidos si no se daban cuenta de la amenaza que representaban Hawkmoon, el conde de Brass y Huillam d'Averc. Si lograban escapar de donde se encontraban, no tardarían en inducir a otros a la rebelión, lo cual dificultaría la tarea de acelerar la conquista. Sin duda alguna, el rey Huon no habría escuchado a quienes murmuraban en su contra. El rey-emperador era sabio y objetivo. En caso contrario no sería apto para gobernar...

Meliadus rechazó aquel pensamiento, horrorizado.

Las puertas enjoyadas empezaron a abrirse por fin con lentitud, hasta que dejaron el espacio suficiente como para que pudiera pasar un solo hombre..., y a través de la abertura apareció una figura desenvuelta y corpulenta.

—¡Shenegar Trott! —exclamó Meliadus—. ¿Habéis sido vos quien me ha hecho esperar durante tanto tiempo?

La máscara de plata de Trott refulgió a la luz procedente de los pasillos.

—Mis disculpas, barón Meliadus. Os ruego que aceptéis mis más sinceras disculpas. Había que discutir muchos detalles. Pero ahora ya he terminado. Se trata de una misión, mi querido barón... ¡Tengo una misión que cumplir! ¡Y qué misión! ¡Ja, ja!

Y antes de que Meliadus pudiera interrogarle sobre la naturaleza de su misión, Trott ya se había alejado.

Entonces, desde el interior de la sala del trono surgió una voz joven y vibrante. Era la voz del propio rey-emperador.

—Ahora podéis entrar, barón Meliadus.

Los guardias de la orden de la Mantis se apartaron para dejar entrar al barón en el salón del trono.

En el interior del gigantesco salón de brillantes colores colgaban los relucientes estandartes de las quinientas familias más nobles de Granbretan, colocadas una al lado de la otra y sostenidas por los guardias de la orden de la Mantis, que permanecían erguidos como estatuas. El barón Meliadus de Kroiden avanzó entre ellos y se arrodilló.

Las galerías ornamentadas se extendían hacia lo alto, una sobre otra, hasta el enorme techo abovedado del salón. Las armaduras de los guardias de la orden de la Mantis refulgían en la distancia en negro, verde y dorado. Al incorporarse, el barón Meliadus distinguió el globo del trono de su rey-emperador, como una mancha blanca recortada contra el verde y el púrpura de los muros situados detrás.

Avanzando con lentitud, Meliadus tardó casi veinte minutos en llegar ante el globo y, una vez allí, volvió a arrodillarse. El globo contenía un líquido que giraba sin cesar y que tenía un aspecto blanco lechoso, pero en el que se observaban iridiscentes vetas de colores azul y rojo sanguíneo. En el centro de aquel líquido se encontraba acurrucado el propio rey Huon, una criatura arrugada y anciana como un feto, que era inmortal y en el que lo único que parecía tener vida eran los ojos, negros, penetrantes y maliciosos.

—Barón Meliadus —dijo la voz vibrante arrancada de la garganta de un hermoso joven con el propósito de proporcionársela al rey Huon.

—Gran majestad —murmuró Meliadus—. Os agradezco la gracia de haberme concedido esta audiencia.

—¿Y para qué propósito la deseabais, barón? —El tono de voz era sardónico y algo impaciente—. ¿Pretendéis acaso que alabemos de nuevo los esfuerzos que habéis hecho en nuestro nombre por conquistar Europa?

—Los logros son suficientes para mí, noble señor. Sólo pretendo advertiros de que todavía existe un peligro que nos amenaza en Europa...

—¿Qué? ¿Es que no os habéis apoderado de todo el continente para nos?

—Sabéis muy bien que así lo he hecho, gran emperador, desde una costa a la otra, e incluso más allá de las fronteras de Muskovia. Quedan muy pocos vivos que no se hayan convertido en esclavos nuestros. Pero ahora me refiero a los que lograron escapar...

—¿Hawkmoon y sus amigos?

—Ellos mismos, poderoso rey-emperador.

—Vos los habéis hecho huir. No representan ninguna amenaza.

—Mientras vivan representarán una amenaza, noble señor, ya que haber escapado de nosotros puede ofrecer una esperanza a los demás, y la esperanza es algo que debemos destruir en todos los territorios conquistados si no queremos tener que enfrentarnos con aquellos que se rebelen contra nuestra disciplina.

—Ya os habéis enfrentado antes con los rebeldes. Estáis acostumbrado a ellos. Nos tememos, barón Meliadus, que sólo estéis intentando estimular el interés del rey-emperador, en favor de intereses personales...

—Mis intereses personales son los vuestros, gran rey-emperador, porque vuestros intereses son los míos... Son indivisibles. ¿Acaso no soy el más leal de vuestros servidores?

—Quizá creáis serlo, barón Meliadus, quizá creáis serlo...

—¿Qué queréis decir, poderoso monarca?

—Queremos decir que es posible que nuestro interés no radique precisamente en la obsesión que sentís por el alemán Hawkmoon y el puñado de villanos que cuenta como amigos. Ellos no regresarán..., y si se atrevieran a hacerlo, entonces podremos enfrentarnos a ellos. Nos tememos que sólo sea la venganza lo que os motiva, y que hayáis racionalizado vuestra sed de venganza, convenciéndoos vos mismo de que todo el Imperio Oscuro se ve amenazado por aquellos de quien deseáis vengaros.

—¡No! ¡No, príncipe todopoderoso! ¡Os juro que no es así!

—Dejad que permanezcan donde están, Meliadus. Enfrentaros a ellos sólo si reaparecen de nuevo.

—Gran rey, ellos ofrecen una amenaza potencial contra el imperio. Hay implicados también otros poderes que los ayudan... Si no fuera así, ¿cómo podrían haber conseguido la máquina que fue capaz de alejarlos cuando estábamos a punto de destruirlos? No puedo ofreceros por ahora pruebas positivas de lo que afirmo, pero si me permitierais trabajar junto con Taragorm y utilizar sus conocimientos para descubrir dónde se encuentran Hawkmoon y sus compañeros..., entonces encontraría esas pruebas y os las presentaría.

—Tenemos nuestras dudas, Meliadus, tenemos nuestras dudas. —Había ahora un acento severo en la voz melodiosa—. Pero si eso no interfiere con las otras obligaciones en la corte que tenemos intención de confiaros, os autorizo a visitar el palacio de lord Taragorm y a solicitar su ayuda en vuestros intentos por localizar a vuestros enemigos...

—Que son nuestros enemigos, príncipe todopoderoso...

—Ya veremos, barón, ya veremos.

—Os agradezco la confianza que depositáis en mí, gran majestad. Os aseguro...

—La audiencia no ha terminado, barón Meliadus. Aún no os hemos mencionado esas obligaciones en la corte de las que os había hablado.

—Me sentiré muy honrado de poder cumplirlas, noble señor.

—Habéis afirmado que nuestra seguridad se halla en peligro a causa de los camargianos. Bien, nos creemos que podemos estar amenazados por otros. Para ser más precisos: creemos que el Este pueda presentarnos a un enemigo que, por lo que sabemos, pueda ser tan poderoso como el propio Imperio Oscuro. Eso podría tener algo que ver con vuestras sospechas relacionadas con Hawkmoon y sus supuestos aliados, pues es posible que hoy mismo recibamos en la corte a representantes de esos aliados...

—En tal caso, gran rey-emperador...

—¡Dejadme continuar, barón Meliadus!

—Os ruego me disculpéis, noble señor.

—Anoche aparecieron ante las puertas de Londra dos extranjeros que afirmaron ser emisarios del imperio de Asiacomunista. Su llegada ha sido misteriosa..., lo que nos ha permitido suponer que disponen de medios de transporte que a nosotros nos son desconocidos, ya que aseguraron haber abandonado su capital apenas dos horas antes. Creemos que han venido para espiar nuestra fortaleza, tal y como nosotros solemos hacer al visitar otros territorios en los que podamos estar interesados. Nosotros, a su vez, debemos intentar conocer el poder de que ellos disponen, pues llegará el momento, aunque no sea nada inmediato, en que entraremos en conflicto con ellos. Sin duda alguna conocen las conquistas que hemos hecho en el Oriente Próximo y Medio, y se están poniendo nerviosos. Tenemos que descubrir todo lo que podamos sobre ellos, tratar de convencerles de que no les deseamos ningún mal, y de que nos permitan a su vez enviar emisarios a sus dominios. Si eso fuera posible, desearíamos que vos mismo, barón Meliadus, fuerais uno de esos emisarios, puesto que tenéis una gran experiencia en tales tareas diplomáticas, mucho más que la de cualquiera de nuestros servidores.

—Se trata de noticias inquietantes, gran emperador.

—En efecto, pero debemos aprovecharnos todo lo que podamos del curso de los acontecimientos. Seréis su guía, tratadlos con toda cortesía, intentad sonsacarles información, que hablen sobre la amplitud de su poder y sobre el tamaño de sus territorios, el número de guerreros a las órdenes de su monarca, el poder de su armamento y la capacidad de sus transportes. Como podéis comprender, esta visita ofrece una amenaza potencial mucho más importante que cualquier otra que pueda proceder del desvanecido castillo del conde Brass.

—Quizá, noble señor...

—¡No! ¡Seguro, barón Meliadus! —La lengua prensil surgió ligeramente de la boca arrugada—. Esa será vuestra tarea más importante. Si os sobra algún tiempo, entonces podéis dedicarlo a vuestra venganza personal contra Dorian Hawkmoon y los demás.

—Pero, poderoso rey-emperador...

—Ateneos a nuestras instrucciones al pie de la letra, Meliadus. No nos desilusionéis.

Aquellas últimas palabras fueron pronunciadas en un tono de amenaza. La lengua rozó la pequeña joya que flotaba cerca de la cabeza y el globo empezó a apagarse, hasta que adquirió el aspecto de una esfera sólida de color negro.

7. Los emisarios

El barón Meliadus seguía sin poder desprenderse de la sensación de que su rey-emperador había perdido la confianza en él, de que estaba encontrando deliberadamente medios para restringir las ideas que él tenía sobre los habitantes del castillo de Brass. Ciertamente el rey había presentado un convincente esquema sobre la necesidad de que Meliadus dedicara su tiempo a atender a los extraños emisarios de Asiacomunista, e incluso le había adulado dejando entrever que sólo él podía enfrentarse adecuadamente con la situación, dándole a entender igualmente que así tendría más tarde la oportunidad de convertirse no sólo en el primer guerrero de Europa, sino también en el principal señor de la guerra de Asiacomunista. Pero el interés que Meliadus sentía por Asiacomunista no era tan grande como el que experimentaba por el castillo de Brass, pues creía tener pruebas suficientes como para pensar que el castillo de Brass representaba una considerable amenaza para el Imperio Oscuro, mientras que su monarca no tenía pruebas de que Asiacomunista significara por el momento ninguna amenaza para ellos.

Vestido con su máscara más elegante y sus más suntuosas vestiduras, Meliadus recorrió los refulgentes pasillos del palacio, dirigiéndose hacia el salón donde el día anterior había conversado con su cuñado Taragorm. Ahora, ese mismo salón sería utilizado para otra recepción: la de bienvenida a los visitantes procedentes del este, que se realizaría con el debido ceremonial.

Como representante directo del rey-emperador, el barón Meliadus debería haberse considerado muy honrado, pues eso le confería el prestigio de ser el segundo en importancia en todo el imperio. Sin embargo, el tener conciencia de ello no tranquilizaba en nada a su mente vengativa.

Entró en el salón al sonido de las fanfarrias procedente de las galerías que rodeaban los muros. Allí se habían reunido todos los nobles de Granbretan, con sus mejores y más exquisitas joyas y vestiduras. Aún no se había anunciado la llegada de los emisarios de Asiacomunista. El barón Meliadus se dirigió hacia el estrado donde se habían instalado tres tronos dorados, subió los escalones y tomó asiento en el trono situado en el centro. El numeroso grupo de nobles se inclinó ante él, y el salón quedó en silencio envuelto en una atmósfera de expectativa. Meliadus no había visto por el momento a los emisarios. Hasta ahora su escolta había sido el capitán Viel Phong, de la orden de la Mantis.

Meliadus contempló el salón abarrotado, observando la presencia de Taragorm, de Plana, la condesa de Kanbery, de Adaz Promp y Mygel Holst, de Jerek Nankenseen y Breñal Farnu. Se sintió extrañado por un momento, preguntándose qué andaba mal. Finalmente, se dio cuenta de que entre todos los grandes guerreros nobles sólo echaba en falta la presencia de Shenegar Trott. Recordó que el grueso conde había hablado de que tenía una misión que cumplir. ¿Se había marchado ya para cumplirla? ¿Por qué no se le había informado a él de la expedición de Trott? ¿Acaso le estaban ocultando secretos? ¿Había perdido, en efecto, la confianza de su rey-emperador? Con los pensamientos en un completo desorden, Meliadus se volvió cuando las fanfarrias sonaron de nuevo y las puertas del gran salón se abrieron, para dar paso a dos figuras increíblemente ataviadas.

Meliadus se levantó automáticamente para saludarles, asombrado ante la vista que ofrecían, pues parecían bárbaros y grotescos. Eran gigantes de más de dos metros de altura y caminaban con rigidez, como autómatas. ¿Eran realmente humanos?, se preguntó. No se le había ocurrido pensar que no lo fueran. ¿No serían una creación monstruosa del Milenio Trágico? ¿Acaso el pueblo de Asiacomunista no era humano?

Llevaban máscaras, como el pueblo de Granbretan (supuso que aquellas construcciones que mostraban sobre los hombros serían máscaras), de modo que resultaba imposible saber si detrás de ellas habría rostros humanos. Se trataba de máscaras altas, de configuración oblonga, hechas de cuero brillante de colores azules, verdes, amarillos y rojos, mostrando dibujos que representaban rasgos demoniacos: ojos relucientes y bocas llenas de dientes. Abultadas capas de piel les colgaban hasta el suelo y las ropas que llevaban parecían ser de cuero, y en ellas también había pintadas extremidades y órganos humanos, lo que a Meliadus le hizo pensar en los dibujos de colores que había visto en cierta ocasión en un libro de medicina.

El heraldo los anunció:

—Lord Kominsar Kaow Shalang Gatt, representante hereditario del presidente emperador Jong Mang Shen de Asiacomunista, y príncipe electo de las hordas del Sol.

El primero de los emisarios se adelantó varios pasos, impulsando hacia atrás su capa de piel y poniendo al descubierto unos hombros de más de un metro de envergadura. Las mangas de la capa eran de abultada seda multicolor, y en la mano derecha sostenía un bastón de mando hecho de oro y gemas incrustadas, y que podría haber sido el mismísimo Bastón Rúnico, a juzgar por el cuidado con que lo portaba.

—Lord Kominsar Orkai Heong Phoon, representante hereditario del presidente emperador Jong Mang Shen de Asiacomunista, y príncipe electo de las hordas del Sol.

El segundo hombre (si es que se trataba de un hombre) avanzó también unos pasos. Iba ataviado igual que su compañero, pero sin bastón demandando.

—Doy la bienvenida a los nobles emisarios del presidente emperador Jong Mang Shen, y les hago saber que todo Granbretan está a su disposición para que hagan lo que deseen —dijo Meliadus abriendo ampliamente los brazos.

El hombre que sostenía el bastón de mando se detuvo ante los escalones del estrado y empezó a hablar con un acento extraño, marcando los ritmos de las palabras, como si la lengua de Granbretan y, de hecho, las de toda Europa y el Próximo Oriente, no le fueran familiares.

—Os agradecemos graciosamente vuestra bienvenida y quisiéramos saber qué poderoso señor se dirige a nosotros.

—Soy el barón Meliadus de Kroiden, gran jefe de la orden del Lobo, principal señor de la guerra en Europa, representante del inmortal rey-emperador Huon el Decimoctavo, gobernante de Granbretan, de Europa y de todos los territorios que rodean el mar Central, gran jefe de la orden de la M antis, controlador de los destinos, moldeador de las historias, temido y todopoderoso príncipe. Os saludo tal y como él mismo os saludaría; os hablo como él os hablaría; actúo de acuerdo con todos sus deseos, pues debéis saber que, siendo inmortal como es, no puede abandonar el místico globo del trono que le conserva y que se halla protegido por los mil guardias que le custodian día y noche. —A Meliadus le pareció apropiado extenderse un momento sobre la invulnerabilidad del rey-emperador con objeto de impresionar a los visitantes y hacerles renunciar a cualquier intento de atentar contra la vida del rey Huon, si es que tal idea pudiera haberseles ocurrido. Después, indicó los dos tronos situados a ambos lados y añadió—: Os ruego que toméis asiento para ser atendidos debidamente.

Las dos grotescas criaturas subieron los escalones y, no sin cierta dificultad, se instalaron en los sillones dorados. No habría banquete pues el pueblo de Granbretan consideraba que el comer, en general, era una cuestión personal, ya que para ello se necesitaría quitarse las máscaras y les horrorizaba mostrar sus rostros al desnudo. Sólo en tres ocasiones al año se quitaban en público las máscaras y las vestiduras, en la seguridad del salón del trono, donde participaban en una orgía de una semana de duración ante los ávidos ojos del rey Huon, tomando parte en ceremonias repugnantes y sangrientas cuyos nombres únicamente existían en los lenguajes de las distintas órdenes, y a las que jamás se referían excepto en esas tres ocasiones.

El barón Meliadus dio unas palmadas para que se iniciara el espectáculo. Los cortesanos se apartaron como una cortina y ocuparon sus puestos a ambos lados del salón. Después, aparecieron los acróbatas, los saltimbanquis y los payasos, mientras una música frenética sonaba desde la galería superior. Se formaron pirámides humanas, que se elevaron hacia lo alto, se tambalearon y cayeron de pronto para volver a formarse en ensamblajes cada vez más complicados; los payasos hacían cabriolas y jugaban los unos con los otros representando las peligrosas bromas que se esperaba de ellos, mientras que los acróbatas y saltimbanquis daban volteretas y saltos mortales a su alrededor a velocidades increíbles, caminaban sobre cuerdas extendidas entre las galerías, y quedaban suspendidos de trapecios, muy por encima de las cabezas del público asistente.

Plana de Kanbery no observó a los acróbatas y tampoco vio ningún humor en las acciones de los payasos. Giró su hermosa máscara de garza real para mirar hacia donde estaban los extranjeros y los observó con lo que para ella era una curiosidad insólita, pensando fugazmente que le gustaría conocerlos mejor, pues le ofrecían la posibilidad de hallar una diversión única, sobre todo si, como sospechaba, no eran del todo humanos.

Meliadus, quien no se podía desprender de la idea de que su rey le había perjudicado y de que sus compañeros nobles tramaban algo contra él, hizo un gran esfuerzo por mostrarse amable con los visitantes. Cuando así lo deseaba, era capaz de impresionar a los extranjeros (tal y como había impresionado en otra ocasión al conde Brass) con su dignidad, buen juicio y masculinidad. Esta noche, sin embargo, tuvo que hacer un esfuerzo y temía que se le notara en el tono de su voz.

—¿Encontráis el entretenimiento de vuestro gusto, milores de Asiacomunista? —preguntó, siendo contestado con una ligera inclinación de las enormes cabezas —. ¿No os parecen divertidos los payasos? —A lo que Kaow Shalang Gatt, el que llevaba el bastón de mando, le contestó con un displicente movimiento de la mano—. ¡Qué habilidad! Hemos traído a esos ilusionistas de nuestros territorios en Italia... Y esos saltimbanquis fueron antes propiedad del duque de Cracovia... Sin duda alguna, en la corte de vuestro emperador debéis tener titiriteros de la misma habilidad.

El otro extranjero, el llamado Orkai Heong Phoon se removió incómodo en el asiento. El resultado de todo ello fue aumentar la sensación de impaciencia que ya experimentaba el barón Meliadus. Tenía la sensación de que aquellas peculiares criaturas se consideraban de algún modo superiores a él, y que se aburrían con sus intentos por mostrarse cortés. Así pues, cada vez le resultó más difícil sostener una conversación intrascendente, que era la única posible mientras siguiera sonando la música.

Finalmente, levantó las manos y volvió a dar unas palmadas.

—Ya es suficiente —dijo—. Que se retiren los saltimbanquis. Disfrutemos ahora de algo más exótico.

Se relajó un poco cuando entraron en el salón los gimnastas sexuales y empezaron a actuar para delicia de los depravados apetitos de los nobles del Imperio Oscuro. Meliadus sonrió burlonamente al reconocer a algunos de los participantes, señalándolos a sus invitados.

—Hay uno que fue príncipe de Magyaria..., y esas dos, las gemelas, eran hermanas de un rey de Turquía. Yo mismo apresé a esa rubia de allá..., y en cuanto a ese hombretón, es un búlgaro. A muchos de ellos los he entrenado yo personalmente.

Pero aunque aquel nuevo entretenimiento relajó algo los nervios torturados del barón Meliadus de Kroiden, los emisarios del presidente emperador Jong Mang Shen parecían tan impertérritos y taciturnos como desde su llegada.

Finalmente, el espectáculo acabó y los que habían actuado en él se retiraron (al parecer, ante el alivio de los emisarios). El barón Meliadus, que ya se sentía bastante más refrescado, se preguntó si aquellas criaturas serían de carne y hueso. Entonces, dio la orden para que se iniciara el baile.

—Y ahora, caballeros —dijo, levantándose—, recorramos la pista de baile para que podáis conocer a quienes se han reunido aquí para honraros.

Moviéndose con rapidez, los emisarios de Asiacomunista siguieron al barón Meliadus. Sus cabezas sobresalían por encima de todos los presentes en el salón, incluso de los más altos.

—¿Queréis bailar? —preguntó el barón.

—Lo siento, pero no bailamos —contestó Kaow Shalang Gatt con voz monótona.

Y como la etiqueta exigía que los invitados bailaran antes que los demás, el baile no se llevó a cabo. Meliadus echaba chispas. ¿Qué esperaba de él el rey Huon? ¿Cómo podía tratar a aquellos autómatas?

—¿No tenéis bailes en Asiacomunista? —preguntó con una voz temblorosa por el esfuerzo que hacía para reprimir la cólera.

—No de la clase que supongo preferís aquí —contestó Orkai Heong Phoon.

A pesar de que la respuesta no deja traslucir la menor inflexión, el barón Meliadus no pudo dejar de pensar que tales actividades estaban por debajo de la dignidad de los nobles de Asiacomunista. Le estaba siendo cada vez más difícil mostrarse amable y condescendiente con aquellos orgullosos extranjeros. Meliadus no estaba acostumbrado a reprimir sus sentimientos, sobre todo cuando se trataba de simples extranjeros, y se prometió a sí mismo el placer de enfrentarse en particular a aquellos dos en el caso de que se le concediera el privilegio de dirigir los ejércitos destinados a conquistar el Lejano oriente.

El barón Meliadus se detuvo ante Adaz Promp, quien se inclinó ante los dos huéspedes.

—Me permito presentaros a uno de nuestros más poderosos señores de la guerra, el conde Adaz Promp, gran jefe de la orden del Perro, príncipe de Parye y protector de Munchein, además de comandante de los Diez Mil. —La ornamentada máscara de perro volvió a inclinarse—. El conde Adaz estuvo al mando de las fuerzas que nos

ayudaron a conquistar el continente europeo en dos años, algo que teníamos previsto conseguir en veinte —dijo Meliadus—. Sus perros son invencibles.

—El barón me adula en demasía —dijo Adaz Promp—. Estoy seguro de que tendréis legiones mucho más poderosas en Asiacomunista, milores.

—Quizá. No lo sé. Vuestro ejército parece tan fiero como nuestros perros-dragón —dijo Kaow Shalang Gatt.

—¿Perros-dragón? ¿Qué son? —preguntó Meliadus, recordando por fin la misión que le había confiado su rey.

—¿No tenéis ninguno en Granbretan?

—Quizá los conozcamos por algún otro nombre. ¿Podrías describirlos?

—Tienen una altura aproximada de dos veces el tamaño de un hombre —contestó Kaow Shalang Gatt haciendo un movimiento con el bastón de mando—. Me refiero a uno de nuestros hombres, claro. Disponen de setenta dientes, que son como cuchillas de marfil. Son muy peludos y tienen garras como los tigres. Los utilizamos para cazar a aquellos reptiles a los que todavía no hemos entrenado para la guerra.

—Ya entiendo —murmuró Meliadus, pensando que se necesitarían tácticas especiales para derrotar a tales bestias de guerra—. ¿Y a cuántos de esos perros-dragón habéis entrenado para el combate?

—A un buen número —contestó su invitado.

Siguieron caminando entre los asistentes, para conocer a otros nobles y a sus esposas, y cada uno de ellos estaba preparado para hacer una pregunta como la planteada por Adaz Promp, dando así a Meliadus la oportunidad de obtener información de los emisarios. Pero pronto se puso de manifiesto que, aun cuando se mostraban inclinados a señalar el poderío de sus fuerzas y de su armamento, eran muy cautos a la hora de proporcionar detalles en cuanto al número y la capacidad. Meliadus se dio cuenta de que le llevaría más de una noche obtener aquella clase de información, y tuvo la sensación de que, en general, eso sería algo bastante difícil.

—Vuestra ciencia debe de ser muy sofisticada —dijo, mientras se movían entre un grupo—. ¿Será quizá más avanzada que la nuestra?

—Quizá —contestó Orkai Heong Phoon—, pero sé muy poco de vuestra ciencia como para poder comparar. Sería muy interesante establecer comparaciones.

—Sí que lo sería —admitió Meliadus—. He oído decir, por ejemplo, que vuestra máquina voladora os ha permitido recorrer varios miles de kilómetros en muy corto espacio de tiempo.

—En realidad, no se trataba de una máquina voladora —dijo Orkai Heong Phoon.

—¿No? ¿Entonces...?

—Lo llamamos carruaje terrenal... y se mueve por el suelo.

—¿Y cómo está propulsado? ¿Qué es lo que aleja a la tierra de él?

—Nosotros no somos científicos —señaló Kaow Shalang Gatt—. No pretendemos comprender la forma en que funcionan nuestras máquinas. Eso es algo que dejamos en manos de las castas inferiores.

El barón Meliadus, que volvió a sentirse menospreciado, se detuvo entonces ante la hermosa máscara de garza real de la condesa Plana Mikosevaar. La presentó y ella hizo una reverencia.

—Sois muy altos —dijo ella con un murmullo—. Sí, muy altos.

El barón Meliadus intentó seguir su camino, embarazado en presencia de la condesa, como ya había sospechado que le sucedería. Sólo la había presentado como un medio de llenar el silencio que siguió al último comentario de los extranjeros. Pero Plana se le adelantó y tocó el hombro de Orkai Heong Phoon.

—Y vuestros hombros son muy anchos —dijo.

El emisario no hizo ningún comentario, pero se quedó quieto como una roca. ¿Acaso ella le había insultado al tocarlo?, se preguntó Meliadus. Habría experimentado cierta satisfacción en el caso de que hubiera sido así. No esperaba que el extranjero se quejara por ello, pues se daba cuenta de que a aquellos hombres les interesaba congraciarse con los nobles de Granbretan, del mismo modo que a éstos les interesaba por ahora estar a buenas con

ellos.

—¿Os puedo distraer de alguna forma? —preguntó Plana con un gesto ambiguo.

—Gracias, pero en estos momentos no se me ocurre nada —dijo el hombre.

Y los tres siguieron su marcha.

Asombrada, Plana les observó alejarse. Jamás había sido rechazada por nadie, y eso le intrigaba. Decidió seguir explorando las posibilidades en cuanto encontrara el momento más propicio. Se trataba de criaturas extrañas y taciturnas que se movían con rigidez. Eran como hombres de metal, pensó. ¿Habría algo capaz de despertar en ellos una emoción humana?, se preguntó.

Sus grandes máscaras de cuero pintado se movían por encima de las cabezas de la multitud, mientras Meliadus les presentaba a Jerek Nankenseen y su esposa, la duquesa Falmoliva Nankenseen quien, en su juventud, solía cabalgar junto a su marido y participaba en las batallas.

Una vez hubieron terminado las presentaciones que le parecieron oportunas, el barón Meliadus regresó a su trono dorado, preguntándose con una creciente curiosidad y sensación de frustración dónde estaría su rival, Shenegar Trott, y por qué el rey Huon no se había dignado confiarle la información sobre los movimientos de Trott. Deseaba ardientemente desembarazarse de su cometido actual para acudir rápidamente a los laboratorios de Taragorm, con el propósito de descubrir qué progresos había hecho el maestro del palacio del Tiempo, y saber si existía alguna posibilidad de descubrir en qué lugar del espacio y del tiempo se encontraría ahora el odiado castillo de Brass.

8. Meliadus en el palacio del Tiempo

A primeras horas de la mañana siguiente, después de una noche insatisfactoria durante la que no había podido dormir mucho ni encontrar placer, el barón Meliadus se dispuso a visitar a Taragorm en el palacio del Tiempo.

En Londra existían muy pocas calles abiertas. Las casas, palacios, almacenes y barracones estaban todos conectados por pasajes cubiertos y cerrados que, en las partes más ricas de la ciudad, eran de brillantes colores, como si los muros estuvieran hechos de cristal esmaltado, pero que parecían de piedra aceitosa y oscura en los barrios más pobres.

Meliadus fue transportado por estos pasajes sobre una litera de cortinas echadas que llevaban una docena de esclavas, todas ellas desnudas y con los cuerpos pintados de colorete, y que eran la única clase de esclavos que Meliadus aceptaba para que le sirvieran. Tenía la intención de visitar a Taragorm antes de que se despertaran aquellos aburridos nobles de Asiacomunista. Bien podía ser que ellos representaran a una nación que estuviera ayudando a Hawkmoon y al resto, pero no tenía pruebas de ello. Si se convertían en realidad las esperanzas depositadas en los descubrimientos de Taragorm, entonces podría encontrar las pruebas que necesitaba presentarle al rey Huon, justificar su buen nombre y quizá incluso librarse de la problemática tarea de ser el anfitrión de los emisarios.

Los pasajes se hicieron más anchos y empezaron a escucharse unos extraños sonidos, como un retumbar apagado y unos ruidos mecánicos y regulares. Meliadus se dio cuenta de que estaba escuchando los relojes de Taragorm.

Al acercarse a la entrada del palacio del Tiempo, el ruido se hizo ensordecedor, al compás de mil péndulos gigantes que se balanceaban a velocidades distintas, así como de los crujidos de la maquinaria, de las campanas, gongs y címbalos, de las aves y las voces mecánicas que sonaban. Se trataba de sonidos increíblemente confusos pues, aunque el palacio contenía varios miles de relojes de tamaños diferentes, todo él era en realidad como un reloj gigantesco, que era como el regulador principal para todos los demás, de tal modo que, por encima de los otros sonidos, se escuchaba el lento y pesado de la maciza palanca de relojería situada cerca del techo, y el silbido del monstruoso péndulo que se balanceaba en el aire, en el salón del Péndulo, donde Taragorm llevaba a cabo la mayor parte de sus experimentos.

La litera de Meliadus llegó por fin ante una serie de puertas de bronce relativamente pequeñas, de las que surgieron unas figuras mecánicas que bloquearon el paso, al tiempo que una voz igualmente mecánica se sobreponía al ruido de los relojes y preguntaba:

—¿Quién visita a lord Taragorm en el palacio del Tiempo?

—El barón Meliadus, su cuñado, con el permiso del rey-emperador —contestó el barón, viéndose obligado a gritar para ser escuchado.

Las puertas permanecieron cerradas durante un buen rato, mucho más de lo que debieran haber estado, según pensó Meliadus. Finalmente, se abrieron con lentitud para permitir el paso de la litera.

Entraron en un salón con muros de metal curvados, que era como la base de un gran reloj, y el ruido se incrementó notablemente. El salón estaba lleno de sonidos y si no hubiera tenido la cabeza cubierta por el casco de lobo, se habría llevado las manos a las orejas. Empezó a pensar que, de seguir así, no tardaría en quedarse sordo.

Atravesaron este salón y entraron en otro que estaba cubierto de tapices (que, inevitablemente, representaban los dibujos de cien instrumentos distintos destinados a marcar el transcurso del tiempo), gracias a los cuales quedaba amortiguado lo peor del ruido. Una vez allí, las esclavas dejaron la litera en el suelo y el barón Meliadus apartó las cortinas con sus manos cubiertas por los guanteletes. Permaneció allí en espera de que apareciera su cuñado.

Una vez más, tuvo que esperar un tiempo que le pareció excesivo antes de que apareciera el hombre, que cruzó tranquilamente las puertas situadas en el extremo más alejado del salón, asintiendo con gestos de su enorme máscara de reloj.

—Es muy temprano, hermano —dijo Taragorm—. Lamento haberos hecho esperar tanto tiempo, pero no había desayunado todavía.

Meliadus pensó que Taragorm jamás había tenido una decente consideración de las exquisiteces de la etiqueta y dijo:

—Os ruego que me disculpéis, hermano, pero me sentía ansioso por ver vuestro trabajo.

—Me halagáis. Por aquí, hermano.

Taragorm se volvió y desapareció por la misma puerta por donde había llegado, seguido de cerca por Meliadus.

Recorrieron más pasillos cubiertos también de tapices hasta que Taragorm apoyó todo su peso sobre la barra que cerraba una puerta enorme y ésta se abrió. El aire se llenó de pronto con el sonido de un gran viento, acompañado por el de un gigantesco tambor que sonaba con un golpeteo dolorosamente lento.

Meliadus levantó la mirada con un gesto automático y vio el péndulo que se balanceaba en el aire, por encima de su cabeza. Sus cincuenta toneladas de latón tenían la forma de un sol ornamentado y refulgente, y su movimiento creaba una corriente de aire que hizo mover todos los tapices de los salones dejados atrás y que levantó la capa de Meliadus como si sólo se tratara de un par de ligeras alas de seda. El péndulo suministraba el aire y la oculta palanca situada mucho más arriba era la que producía el sonido similar a un tambor gigantesco. Sobre el vasto salón del Péndulo se veían diseminadas una gran cantidad de máquinas en distintas fases de construcción, bancos que contenían equipo de laboratorio, instrumentos de latón, bronce y plata, una gran maraña de finos hilos de oro, telarañas de joyas y de instrumentos destinados a marcar el paso del tiempo: relojes de agua, movimientos de péndulo, de palancas, de bolas, relojes, cronómetros, astrolabios, relojes de hoja, de esqueleto, de mesa, de sol... Y los esclavos de Taragorm se hallaban trabajando en todos estos instrumentos. Se trataba de científicos e ingenieros capturados en una gran cantidad de países, muchos de los cuales habían sido los mejores de sus respectivas naciones.

Mientras Meliadus observaba surgió un fogonazo de luz purpúrea de una parte del salón y una lluvia de chispas verdes, seguida por una humareda de humo rojizo procedente de otra parte. Vio como una máquina negra quedaba hecha añicos y quien la atendía se tambaleaba hacia adelante, tosiendo, y se desvanecía entre el polvo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó una voz lacónica que sonó cerca.

Meliadus se volvió y vio a Kalan de Vitall, científico jefe ante el rey-emperador, que también estaba de visita en el palacio de Taragorm.

—Un experimento en tiempo acelerado —contestó Taragorm—. Somos capaces de crear el proceso, pero no podemos controlarlo. Hasta el momento, nada ha funcionado bien. Mirad allí... —Señaló una gran máquina ovoide, de una sustancia amarillenta y vidriosa—. Eso crea el efecto opuesto pero seguimos sin poder controlarlo. El hombre que veis a su lado ha permanecido así desde hace semanas, congelado —dijo, indicando una figura que a Meliadus le había parecido una estatua y que tomó por una figura mecánica de un reloj que estaba siendo reparado.

—¿Y qué me decís de viajar a través del tiempo? —preguntó Meliadus.

—Allí —contestó Taragorm—. ¿Veis esa serie de cajas plateadas? Cada una de ellas contiene un instrumento que hemos creado nosotros y que es capaz de enviar un objeto a través del tiempo, ya sea hacia el futuro o hacia el pasado, aunque aún no estamos seguros de a qué distancias. No obstante, los seres vivos sufren mucho cuando son sometidos al mismo viaje. De entre los esclavos o animales que hemos utilizado, muy pocos han sobrevivido, y ninguno de ellos ha dejado de sufrir considerables dolores y deformidades.

—Si hubiéramos creído lo que nos dijo Tozer —comentó Kalan —, quizá entonces podríamos haber descubierto el secreto de viajar a través del tiempo. No tendríamos que habernos burlado de él, pero, en realidad, no pude creer que ese bufón de escritorzuelo hubiera descubierto de veras el secreto.

—¿Qué decís? ¿Qué? —Meliadus ni siquiera había oído hablar de Tozer—. ¿Os referís a Tozer el dramaturgo? ¿Pero si creía que había muerto! ¿Qué sabía él sobre el viaje a través del tiempo?

—Reapareció, intentando recuperar su antigua posición ante el rey-emperador, contando la historia de que un anciano del oeste le había enseñado a viajar a través del tiempo. Según él, sólo se trataba de un truco mental. Lo trajimos aquí y, riéndonos, le pedimos que nos demostrara la veracidad de sus palabras viajando a través del tiempo. Y el caso fue que desapareció.

—¿Y... y no hicisteis ningún esfuerzo para que se quedara con nosotros?

—Era imposible creer en sus palabras —intervino Taragorm—. ¿Acaso le habríais creído vos?

—En cualquier caso, habría llevado mucho más cuidado al someterlo a prueba.

—Creímos que sólo había regresado por interés propio. Además, hermano, no estábamos para fútiles distracciones.

—¿Qué queréis decir con eso..., hermano? —preguntó Meliadus.

—Quiero decir que aquí trabajamos de acuerdo con el espíritu de la más pura investigación científica, mientras que vos exigís resultados inmediatos para continuar vuestra venganza contra el castillo de Brass.

—Yo, hermano, soy un guerrero..., un hombre de acción. A mí no me va eso de permanecer sentado manipulando los juguetes o reflexionando con la lectura de los libros. —Una vez satisfecho su honor con aquella afirmación, el barón Meliadus volvió su atención al tema de Tozer—. ¿Decís que el dramaturgo obtuvo el secreto de un anciano que vivía en el oeste?

—Eso fue lo que nos dijo —contestó Kalan—. Pero creo que estaba mintiendo. Nos dijo que se trataba de un truco mental que él había desarrollado, pero no le creímos capaz de tal disciplina. No obstante, lo cierto es que se desvaneció y desapareció ante nuestros propios ojos.

—¿Por qué no se me ha informado de nada de todo esto? —gimió Meliadus, sintiéndose frustrado.

—Porque todavía estabais en el continente cuando sucedió —señaló Taragorm—. Además, no creímos que fuera de interés para un hombre de acción como vos.

—Pero los conocimientos de Tozer habrían podido clarificar vuestro trabajo —observó Meliadus—. Parecéis aceptar con mucha naturalidad el hecho de haber perdido esa oportunidad.

—¿Qué podemos hacer ahora al respecto? —replicó Taragorm encogiéndose de hombros—. Estamos progresando poco a poco... —En alguna parte se produjo un estallido, un hombre gritó y una llamarada naranja y malva iluminó el salón—. y no tardaremos en haber dominado el tiempo del mismo modo que hemos dominado el espacio.

—¿Quizá dentro de mil años! —bufó Meliadus—. El oeste..., ¿habéis dicho un anciano que vive en el oeste? Tenemos que localizarlo. ¿Cómo se llamaba?

—Tozer sólo nos dijo que se llamaba Mygian..., y que era un hechicero de considerable sabiduría. Pero, como os he dicho, creo que mentía. Después de todo, ¿qué hay en el oeste salvo desolación? Allí no ha quedado nada con vida desde el Milenio Trágico, a excepción de criaturas malformadas.

—Tenemos que ir allí —dijo Meliadus—. No debemos dejar piedra sin revolver, ni posibilidad alguna sin considerar...

—No contéis conmigo..., yo no iré a esas montañas peladas para dedicar mi tiempo a la caza —dijo Kalan con un estremecimiento—. Aquí tengo mucho trabajo que hacer, ocupado en instalar mis nuevas máquinas en barcos, que nos ayudarán a conquistar el resto del mundo con la misma rapidez con que hemos conquistado Europa. Además, tengo entendido que vos también tenéis responsabilidades que cumplir aquí, barón Meliadus... Nuestros visitantes...

—Condenados visitantes. Me están costando un tiempo precioso.

—No tardaré en poder ofrecerlos todo el tiempo que necesitéis, hermano —le dijo Taragorm—. Sólo necesitamos un poco más de...

—¡Bah! Aquí no puedo aprender nada nuevo. Vuestras cajas humeantes y vuestras máquinas que explotan tienen un aspecto muy espectacular, pero a mí me son inútiles. Seguid jugando a vuestros juegos, hermanos, seguid jugando. ¡Os deseo buenos días!

Sintiéndose aliviado al darse cuenta de que ya no necesitaba seguir siendo amable con su cuñado, Meliadus se volvió y salió del salón del Péndulo, recorrió los pasillos y los salones cubiertos de tapices, y regresó a donde estaba su litera.

Se dejó caer en ella y les lanzó un gruñido a las esclavas para que le sacaran de allí.

Mientras era transportado hacia su palacio, Meliadus reflexionó sobre la nueva información obtenida.

En cuanto se le presentara la primera oportunidad se libraría de las tareas que ahora tenía que cumplir, y viajaría al oeste para ver si podía seguir las huellas de Tozer y descubrir al anciano que no sólo disponía del secreto del tiempo, sino también de los medios que por fin le permitirían lanzar toda su venganza sobre el castillo de Brass.

9. Interludio en el castillo de Brass

En el castillo de Brass, el conde y Oladahn de las Montañas Búlgaras montaron en los caballos con cuernos y salieron al trote, cruzaron la ciudad de tejados rojos y se alejaron hacia los pantanos, como habían adquirido la costumbre de hacer cada mañana.

El conde Brass ya se encontraba algo mejor de su malhumor y empezaba a desear de nuevo la compañía de alguien, sobre todo desde la visita que les hiciera el Guerrero de Negro y Oro.

Elvereza Tozer permanecía prisionero en una de las habitaciones de las torres, y pareció sentirse contento cuando Bowgentle le proporcionó papel, pluma y tinta y le dijo que se ganara el sustento escribiendo una obra, prometiéndole un público que, aunque pequeño, sabría apreciarla.

—Me pregunto cómo le irán las cosas a Hawkmoon —dijo el conde mientras cabalgaban juntos en agradable compañía—. Siento mucho no haber sacado la paja que me hubiera permitido acompañarle.

—Yo también —asintió Oladahn—. D'Averc tuvo mucha suerte. Fue una lástima que sólo dispusiéramos de dos anillos para utilizarlos, el de Tozer y el del Guerrero. Si regresan con el resto, todos nosotros podremos hacerle la guerra al Imperio Oscuro...

—Amigo Oladahn, ha sido peligroso aceptar la idea del Guerrero de Negro y Oro. No deberían haber ido a Granbretan para tratar de descubrir por ellos mismos el paradero de Mygan de Llandar, en Yel.

—He oído decir a menudo que resulta más seguro meterse en la cueva del león, que permanecer fuera —observó Oladahn.

—Pero es mucho más seguro vivir en un país donde no haya leones —replicó el conde Brass con una ligera sonrisa en los labios.

—Bueno, confío en que el león no los devore, eso es todo, conde Brass —dijo Oladahn frunciendo el ceño—. Puede ser perverso por mi parte, pero sigo envidiándoles la oportunidad que han tenido.

—Tengo la sensación de que pasaremos mucho más tiempo hundidos en esta inacción —comentó el conde Brass, conduciendo su caballo por el estrecho sendero que cruzaba las marismas, entre los juncos—. Me parece que nuestra seguridad no sólo se ve amenazada desde un punto, sino desde muchos...

—Esa posibilidad no me preocupa en exceso —afirmó Oladahn—, pero temo por Yisselda, Bowgentle y las gentes del pueblo, pues ellos no sienten ningún entusiasmo por la clase de actividad que tanto nos agrada a nosotros.

Los dos hombres cabalgaron hacia el mar, disfrutando de la soledad y, al mismo tiempo, anhelando que llegara el momento de la acción y el combate.

El conde Brass empezó a preguntarse si acaso no valdría la pena hacer añicos el instrumento de cristal que representaba su seguridad y la de todos, llevando así el castillo de Brass al mundo que habían abandonado, y dedicándose de nuevo a la lucha, a pesar de que no había muchas posibilidades de derrotar a las grandes hordas del Imperio Oscuro.

10. Las vistas de Londra

Las alas del ornitóptero zumbaron en el aire mientras la máquina voladora trazaba círculos sobre las agujas de Londra.

Se trataba de una máquina de grandes proporciones, construida para transportar a cuatro o cinco personas, y su casco de metal relucía con dibujos barrocos en forma de volutas.

Meliadus inclinó la cabeza sobre un lado y señaló hacia abajo. Sus invitados también se inclinaron, conservando una actitud apenas amable. Parecía como si las altas y pesadas máscaras se les fueran a caer en el caso de que se inclinaran un poco más.

—Allí podéis ver el palacio del rey Huon, donde estáis alojados —dijo Meliadus, indicando hacia la demente magnificencia del domicilio de su rey-emperador, que se elevaba por encima de todos los demás edificios de la ciudad, y estaba situado en el mismo centro de ésta.

A diferencia de lo que sucedía con el resto, a este palacio no se podía llegar a través de una serie de pasillos. Sus cuatro torres, que brillaban con una profunda luz dorada, sobresalían ahora incluso por encima de sus cabezas, a pesar de hallarse en el ornitóptero y a una altura considerable sobre la ciudad. Sus distintos niveles aparecían llenos de bajorrelieves en los que se mostraban toda clase de las oscuras actividades que tanto gustaban a las gentes del imperio. Había estatuas gigantescas y grotescas situadas en las esquinas de los parapetos, con aspecto de hallarse a punto de caer sobre los patios, mucho más abajo. El palacio había sido pintado con todos los colores imaginables, de tal modo que sus combinaciones casi eran capaces de producir dolor a la vista en cuestión de segundos.

—El palacio del Tiempo —siguió diciendo Meliadus indicando el excelente palacio ornamentado que era también un reloj gigantesco.

—Ese de allá es mi propio palacio —añadió, señalando una tenebrosa estructura negra con rasgos plateados—. Y el río que veis es, naturalmente, el Tayme.

En aquellos momentos, el río aparecía cubierto por un denso tráfico en cuyas enrojecidas aguas se balanceaban barcas de bronce, barcos de ébano y teca, emblasonados con metales preciosos y joyas semipreciosas, y veleros enormes en los que se habían grabado o bordado distintos dibujos.

—Más allá, hacia vuestra izquierda —dijo el barón Meliadus, a quien no dejaba de disgustar aquella tarea tan estúpida—, está nuestra torre Colgante. Veréis que parece como si colgara del cielo y que no está basada sobre el suelo. Eso fue el resultado del experimento de uno de nuestros hechiceros, quien se las arregló para elevar la torre unos pocos metros, aunque ya no pudo elevarla más. Después, resultó que tampoco pudo hacerla descender, de modo que ha permanecido así desde entonces.

Les mostró los muelles donde los grandes barcos de guerra de Granbretan desembarcaban las mercancías robadas; los barrios de los que no portaban máscaras, donde vivían las clases bajas de la ciudad; la bóveda del enorme teatro donde se habían representado en otras ocasiones las obras de Tozer; el templo del Lobo, que era el cuartel general de su propia orden, con una monstruosa y grotesca cabeza de lobo dominando la curva del tejado, y los distintos templos que mostraban cabezas de bestias igualmente grotescas, esculpidas en piedra y cada una de las cuales podía pesar muchas toneladas.

Estuvieron sobrevolando la ciudad durante casi todo el día, deteniéndose sólo para repostar el ornitóptero y cambiar de piloto, mientras Meliadus se sentía cada vez más impaciente. Mostró a los extranjeros todas las maravillas que abarrotaban la antigua y desagradable ciudad, tratando de impresionarles con el poder del Imperio Oscuro, tal y como le había pedido su rey-emperador.

A medida que se fue acercando la noche, el sol poniente trazó misteriosas sombras sobre la ciudad, y el barón Meliadus lanzó un suspiro de alivio y dio instrucciones al piloto para que dirigiera el ornitóptero hacia la zona de aterrizaje, sobre el tejado del palacio.

El aparato se posó en tierra con un gran aletear de alas de metal, un silbido y un gran crujido. Los dos emisarios descendieron rígidamente a tierra, sin mostrar en ellos ninguna semejanza con la vida natural, como la propia máquina que los había transportado.

Caminaron hacia la abovedada entrada al palacio y bajaron la rampa de caracol hasta que se encontraron en los pasillos iluminados, donde fueron recibidos por la guardia de honor, compuesta por seis guerreros de alto rango de la orden de la Mantis, con sus máscaras de insectos reflejando el refulgir de los muros. Los guerreros les escoltaron hasta sus habitaciones donde podrían descansar y comer.

El barón Meliadus los acompañó hasta la puerta y, una vez allí, se inclinó cortésmente ante ellos y se marchó, presuroso, tras prometerles que al día siguiente discutirían sobre cuestiones relacionadas con la ciencia, y compararían el progreso de Asiacomunista con los logros alcanzados en Granbretan.

Mientras recorría con prisas los alucinantes pasillos casi se dio de bruces contra Plana, condesa de Kanbery y pariente del rey-emperador.

—¡Milord!

Se detuvo, se hizo a un lado para permitir pasar a la dama y entonces se detuvo de pronto.

—Milady.... os ruego que me disculpéis.

—¡Tenéis mucha prisa, milord!

—En efecto, Plana.

—Parece que también estáis de un humor de perros.

—Hoy no estoy de buen humor.

—¿No queréis consolaros?

—Tengo asuntos que atender...

—¿No creéis que los asuntos deberían ser dirigidos con la cabeza bien fría, milord?

—Quizá.

—Si queréis enfriar vuestro apasionamiento...

Meliadus hizo ademán de continuar su camino, pero volvió a detenerse. Ya había experimentado con anterioridad los métodos de consolación empleados por Plana. Quizá ella tuviera razón. Quizá él la necesitara. Por otro lado, necesitaba hacer los preparativos para emprender su expedición hacia el oeste en cuanto se hubieran marchado los emisarios. Sin embargo, aún estarían allí durante algunos días más. La noche anterior no había sido nada satisfactoria y ahora se sentía bajo de moral. Al menos, podía demostrar que era un buen amante.

—Quizá... —volvió a decir, esta vez con un tono más reflexivo.

—En tal caso, apresurémonos en acudir a mis habitaciones, milord —dijo ella con una cierta expresión de avidez.

Meliadus la tomó por el brazo con un creciente interés.

—¡Ah, Plana! —exclamó—. ¡Ah, Plana!

11. Pensamientos de la condesa Plana

Las motivaciones de Plana para buscar la compañía de Meliadus eran equívocas, puesto que en realidad no se sentía interesada especialmente por el barón, sino por sus cometidos y, sobre todo, por los dos gigantes de rígidas piernas procedentes del este.

Le preguntó acerca de ellos mientras yacían en la enorme cama de la condesa, y Meliadus le confió la frustración que sentía, lo mucho que odiaba la tarea que se le había confiado, casi tanto como a los propios emisarios; y también le habló de cuáles eran sus verdaderas ambiciones, que consistían en vengarse de sus enemigos, los que habían matado al esposo de la condesa, los habitantes del castillo de Brass; le habló de que había descubierto que Tozer había encontrado a un anciano en el oeste, en la olvidada provincia de Yel, y que aquel anciano podía poseer el secreto de alcanzar a sus enemigos.

Y habló también de sus temores de estar perdiendo poder y prestigio (aunque sabía muy bien que, entre todas las mujeres, Plana era la menos indicada para escuchar tales pensamientos secretos), y de que el rey-emperador parecía confiar en otros, como en Shenegar Trott, haciéndoles saber cosas que en otros tiempos sólo comunicaba a Meliadus.

—Oh, Plana —dijo poco antes de caer en un inquieto sueño—, si fuerais la reina podríamos cumplir con el más poderoso destino de nuestro imperio.

Pero Plana apenas si le escuchó, apenas si pensaba y se limitó a permanecer echada a su lado, moviendo el cuerpo de vez en cuando, pues Meliadus no había logrado aliviar el dolor de su propia alma, y apenas si había satisfecho el ansia de sus ingles. Sus únicos pensamientos se dirigían hacia los emisarios, que ahora debían de estar durmiendo a sólo dos pisos por encima de donde ella se encontraba.

Terminó por levantarse de la cama, dejando a Meliadus roncando y gimiendo en sueños. Se vistió de nuevo, se puso la máscara y abandonó la habitación, deslizándose por los pasillos y subiendo la rampa hasta que llegó ante las puertas vigiladas por los guerreros de la orden de la Mantis. Las máscaras de insecto se volvieron interrogativamente hacia ella.

—Sabéis quién soy —dijo ella.

Lo sabían, y por eso mismo se apartaron de las puertas. Ella eligió una y la abrió, penetrando en la excitante oscuridad de las habitaciones del emisario extranjero.

12. Una revelación

La habitación sólo estaba iluminada por la luz de la luna, que caía sobre una cama en la que una figura se agitó, mostrándole a ella, en un rincón, los ornamentos, la armadura y la máscara del hombre que estaba allí.

Se acercó más a la cama.

—¿Milord? —susurró.

De pronto, la figura se incorporó en la cama y ella vio sus ojos de asombro y las manos que se elevaban con rapidez para cubrirse el rostro, y la mujer abrió la boca de asombro.

—¡Yo os conozco!

—¿Quién sois? —El hombre se deslizó de entre las sábanas de seda, desnudo a la luz de la luna, y corrió hacia ella para sujetarla—. ¡Una mujer!

—Si... —balbuceó ella—. Y vos sois un hombre —añadió riendo con suavidad—. Y no sois ningún gigante, aunque tenéis buena altura. La máscara y la armadura os hacen parecer casi medio metro más alto.

—¿Qué queréis?

—Pretendía divertirlos, sir..., y que me divirtierais. Pero ahora me siento desilusionada, pues creía que erais una criatura no humana. Ahora os recuerdo como el hombre al que vi en el salón del trono hace dos años..., el hombre que Meliadus llevó ante el rey-emperador.

—De modo que estabais allí aquel día.

La sujetó con más fuerza de la mano y con la otra le arrancó la máscara y le cubrió la boca. La mujer mordió los dedos y arañó los músculos del hombre. La mano que le tapaba la boca se relajó.

—¿Quién sois? —preguntó él con un susurro—. ¿Sabe alguien que estáis aquí?

—Soy Flana Mikosevaar, condesa de Kanbery. Nadie sospecha de vos, querido alemán. Y no llamaré a los guardias, si es eso lo que teméis, pues no siento el menor interés por la política y ninguna simpatía por Meliadus. De hecho, me siento agradecida hacia vos porque me habéis quitado de en medio a un esposo bien problemático.

—¿Sois la viuda de Mikosevaar?

—En efecto. Y en cuanto a vos, os reconocí inmediatamente al entrar y veros la joya negra que lleváis incrustada en la frente. Sois el duque Dorian Hawkmoon de Colonia, disfrazado, sin duda, para aprender los secretos de vuestros enemigos.

—Creo que me veré obligado a mataros, señora.

—No tengo la menor intención de traicionaros, duque Dorian. Al menos, por el momento. He venido a ofrecerme para vuestro placer, eso es todo. Me habéis quitado la máscara. —Volvió los ojos dorados y los levantó para mirar el rostro elegante que tenía ante sí—. Ahora podéis quitarme el resto de mis vestiduras...

—Señora —dijo él con voz ronca —, no puedo hacer eso. Estoy casado.

—Igual que yo —replicó ella echándose a reír—. He estado casada un montón de veces.

Sobre la frente de él aparecieron unas gotas de sudor y, sin dejar de mirarla, sus músculos se tensaron.

—Señora, yo..., no puedo...

Se escuchó entonces un sonido y ambos se volvieron.

La puerta que separaba las habitaciones se abrió y en el umbral apareció un hombre elegante, de buen aspecto, que tosió con un poco de ostentación y a continuación se inclinó ceremoniosamente. Él también iba desnudo del todo.

—Mi amigo, señora, tiene una disposición moral algo rígida —dijo Huillam d'Averc—. Sin embargo, si puedo seros de alguna ayuda...

La condesa se dirigió hacia él y le miró de arriba abajo.

—Parecéis un tipo sano —comentó.

—Ah, señora, es muy amable por vuestra parte decir algo así —dijo él apartando la mirada—. Sin embargo, no me encuentro muy bien.

—Extendió una mano hacia el hombro de ella y la fue conduciendo con suavidad hacia su propia habitación —. De todos modos, haré lo poco que pueda por complaceros antes de que este débil corazón mío se me caiga hecho pedazos...

La puerta se cerró y Hawkmoon se quedó en el centro de la estancia, temblando.

Se sentó en el borde de la cama, maldiciéndose a sí mismo por no haberse acostado a dormir con el disfraz puesto, pero la agotadora excursión de aquel día le había inducido a abandonar esa precaución. Cuando el Guerrero de Negro y Oro les explicó el plan les había parecido a todos innecesariamente peligroso. Pero la lógica del mismo pareció aplastante: tenían que descubrir si el anciano de Yel ya había sido descubierto, antes de que ellos mismos salieran en su búsqueda hacia el oeste de Granbretan. Ahora, sin embargo, todo parecía indicar que sus posibilidades de conseguir tal información habían quedado destrozadas.

Los guardias tendrían que haber visto entrar a la condesa. Aun cuando la mataran o la hicieran prisionera, los guardias sospecharían que algo raro sucedía. Y se hallaban en una ciudad que parecía estar dedicada por completo a conseguir su destrucción. Aquí no contaban con ningún aliado y no existía la menor posibilidad de escapar una vez que se hubieran descubierto sus verdaderas identidades.

Hawkmoon se estrujó el cerebro tratando de imaginar un plan que les permitiera al menos huir de la ciudad antes de que sonara la alarma, pero todo parecía inútil.

Hawkmoon empezó a ponerse sus pesadas vestiduras y armadura. La única arma con la que contaba era el dorado bastón de mando que le había entregado el Guerrero, y que tenía por objeto aumentar la impresión de ser un noble dignatario de Asiacomunista. Lo levantó, deseando poder disponer de una espada.

Recorrió la habitación de un lado a otro, sin dejar de pensar en un plan aceptable para escapar, pero no se le ocurrió nada.

Aún seguía paseando cuando amaneció y poco después Huillam d'Averc asomó la cabeza por la puerta y le sonrió burlonamente.

—Buenos días, Hawkmoon. ¿Es que no habéis descansado, hombre? Creedme que lo siento. Yo tampoco he descansado mucho. La condesa es una criatura muy exigente. Sin embargo, me alegra veros preparado para emprender viaje, porque tenemos que darnos prisa.

—¿Qué queréis decir, D'Averc? Llevo toda la noche intentando concebir un plan, pero no se me ocurre nada...

—He estado interrogando a Plana de Kanbery y me ha contado todo lo que necesitamos saber, ya que, al parecer, Meliadus ha confiado en ella. También se ha mostrado de acuerdo en ayudarnos a escapar.

—¿Cómo?

—En su ornitóptero privado. Ahora está a nuestra disposición.

—¿Podéis confiar en ella?

—No nos queda otro remedio. Escuchad... Meliadus aún no ha tenido tiempo para buscar a Mygan de Llandar. Gracias a la buena suerte, ha sido precisamente nuestra llegada lo que le ha obligado a quedarse aquí. Pero conoce su existencia... Sabe, al menos, que Tozer aprendió su secreto de un anciano que vive en el oeste, y tiene la intención de encontrarlo. Ahora, tenemos la oportunidad de encontrar primero a Mygan. Podemos hacer una parte del camino en el ornitóptero de Plana, que yo mismo pilotaré, y seguir el resto del camino a pie.

—Pero no tenemos armas..., ¡ni ropas adecuadas!

—Plana nos proporcionará armas y ropas... y también máscaras. En sus habitaciones tiene miles de trofeos procedentes de sus pasadas conquistas.

—¡Tenemos que ir ahora a sus habitaciones!

—No. Debemos esperar aquí a que ella regrese con lo que necesitamos.

—¿Porqué?

—Porque, amigo mío, es posible que Meliadus todavía esté durmiendo en esas habitaciones. Tened paciencia. Hemos tenido suerte. Sólo nos queda rezar para que se mantenga.

Plana regresó no mucho después, se quitó la máscara y besó a D'Averc casi vergonzosamente, como besaría una joven doncella a su amante. Los rasgos de la mujer parecían haberse suavizado y la mirada de sus ojos era menos inquieta, como si hubiera encontrado alguna cualidad en el acto de amor con D'Averc que no había experimentado con anterioridad... Posiblemente, sólo fue la suavidad, que no solía ser una cualidad de los hombres de Granbretan.

—Se ha marchado —les informó—, Y casi me dan ganas de conservaros aquí para mí, Huillam. Durante muchos años he estado conteniendo una necesidad que no era capaz de expresar ni de satisfacer. Vos habéis estado muy cerca de satisfacerla por completo...

D'Averc se inclinó y la besó con suavidad en los labios, y el tono de su voz pareció sincero cuando dijo:

—Y vos también me habéis dado algo, Plana... —Se enderezó con rigidez, pues ya se había colocado las vestiduras del disfraz, y se colocó la elevada máscara sobre la cabeza—. Vamos, tenemos que darnos prisa y marcharnos de aquí antes de que el palacio se despierte.

Hawkmoon siguió el ejemplo de D'Averc y se puso el casco. Una vez más, los dos hombres parecieron seres extraños, como criaturas semihumanas. Volvían a ser los emisarios de Asiacomunista.

Plana abrió el paso al salir de las habitaciones, y los guardias de la orden de la Mantis les siguieron sin vacilar. Recorrieron los tortuosos e iluminados pasillos hasta que llegaron a las habitaciones de la condesa. Ordenaron a los guardias que permanecieran en el exterior.

—Dirán que nos han seguido hasta aquí —dijo D'Averc—. ¡Sospecharán de vos. Plana!

Ella se quitó la máscara de garza real y le sonrió.

—No —replicó. Caminó sobre la mullida alfombra hasta un cofrecillo incrustado de diamantes. Abrió la tapa y extrajo de él una larga pipa, en uno de cuyos extremos se veía un bulbo suave—. Este bulbo contiene un rocío venenoso —dijo—. Una vez haya sido inhalado, el veneno hace enloquecer a la víctima, de modo que ésta echa a correr sin saber lo que se hace, hasta que muere. Los guardias correrán por muchos pasillos antes de perecer. Ya lo he utilizado antes. Y siempre funciona bien. —Habló con tanta dulzura de asesinato que hasta el propio Hawkmoon se estremeció involuntariamente—. Todo lo que necesito hacer —siguió diciendo— es empujar esta barra hueca por el agujero de la llave de la puerta y apretar el bulbo.

Dejó el aparato sobre el cofrecillo y les condujo a través de varias estancias espléndida y excéntricamente amuebladas, hasta que llegaron a una cámara con un enorme ventanal que daba a un balcón muy amplio. Allí, en el balcón, con las alas grácilmente plegadas, estaba el ornitóptero de Plana, configurado para que pareciera una hermosa garza real de colores escarlata y plateado.

La condesa se dirigió con rapidez hacia otra parte de la estancia y corrió una cortina. Allí, formando un gran montón, estaba su botín: las ropas, máscaras y armas de todos los amantes y esposos que había tenido.

—Tomad todo lo que necesitéis —murmuró—, y daos prisa.

Hawkmoon seleccionó un jubón de terciopelo azul, pantalones de piel de gamuza negra, un cinturón con vaina de cuero brocado, del que colgaba una hermosa hoja muy bien equilibrada, y un puñal. En cuanto a máscara, tomó la del enemigo que él mismo había matado en combate: Asrovak Mikosevaar. Se trataba de una reluciente máscara de buitre.

D'Averc se vistió con un traje de un amarillo intenso, con una capa de un azul lustroso, botas de ante y una espada similar a la de Hawkmoon.

Él también se puso una máscara de buitre al pensar que si se veía juntos a dos personas de la misma orden, se pensaría que viajaban juntas. Ahora tenían todo el aspecto de grandes nobles de Granbretan.

Plana les abrió el ventanal y ambos salieron a la mañana, fría y húmeda.

—Adiós —susurró Plana—. Tengo que regresar para ocuparme de los guardias. Adiós, Huillam d'Averc. Espero

que podamos volver a encontrarnos.

—Yo también lo espero así. Plana —contestó D'Averc con su insólita suavidad de tono—. Adiós.

Subió a la cabina de pilotaje del ornitóptero y puso en marcha el motor. Hawkmoon se apresuró a seguirle.

Las alas de la máquina se desplegaron y empezaron a moverse en el aire, con un crujido de metal. Poco después, el ornitóptero se elevaba en el sombrío cielo de Londra y giraba hacia el oeste.

13. El enojo del rey Huon

El barón Meliadus se sentía embargado por muchas emociones cuando entró en el salón del trono de su rey-emperador, se arrodilló y después de incorporarse inició el largo recorrido hacia el globo del trono.

El fluido blanco del globo parecía más agitado de lo normal, lo cual alarmó al barón. Se sentía muy furioso ante la desaparición de los emisarios, nervioso ante la cólera del monarca, ansioso por continuar su búsqueda del anciano que podía proporcionarle los medios de llegar al castillo de Brass. También temía que el rey le quitara todo su poder y su orgullo (sabía muy bien que el rey lo había hecho antes), y que le desterrara a los barrios de los que no llevaban máscara. Sus nerviosos dedos frotaron el casco de lobo y el paso adquirió un carácter indeciso a medida que se acercaba al globo del trono. Elevó ansiosamente la mirada hacia la figura con forma fetal de su monarca.

—Gran rey-emperador. Soy vuestro servidor, Meliadus.

Se arrodilló e inclinó la cabeza hasta tocar el suelo.

—¿Servidor? ¡No nos habéis servido muy bien, Meliadus!

—Lo siento, noble majestad, pero...

—¿Pero?

—No podía tener el menor conocimiento de que planeaban marcharse anoche, regresando con los mismos medios con los que habían venido...

—Tendríais que haberos ocupado de captar cuáles eran sus planes, Meliadus.

—¿Captar? ¿Captar sus planes, poderoso monarca...?

—Estáis perdiendo el instinto, Meliadus. En otros tiempos solía ser exacto... Actuabais de acuerdo con sus dictados. Ahora, en cambio, vuestros locos planes de venganza os llenan el cerebro y os ciegan ante todo lo demás. Meliadus, esos emisarios mataron a seis de mis mejores guardias. No sé cómo lo hicieron... Quizá fuera alguna clase de hechizo mental, pero, desde luego, los mataron, y también lograron abandonar el palacio y regresar a la máquina que les trajo hasta aquí. Han descubierto muchas cosas sobre nosotros... Y nosotros. Meliadus, no hemos descubierto prácticamente nada sobre ellos.

—Sabemos algo sobre su equipo militar...

—¿De veras? Los hombres pueden mentir, lo sabéis muy bien, Meliadus. Estamos muy enojados con vos. Os hemos confiado una misión y sólo la habéis llevado a cabo parcialmente y sin prestarle la debida atención. Habéis pasado un tiempo en el palacio de Taragorm, abandonando a los emisarios, cuando tendríais que haber estado distrayéndolos. Sois un estúpido, Meliadus. ¡Un estúpido!

—Señor, yo...

—Se trata de esa estúpida obsesión vuestra por el puñado de marginados que viven en el castillo de Brass. ¿Es acaso a la muchacha a la que deseáis? ¿Es ésa la razón por la que tratáis de encontrarlos con tal obcecación?

—Me temo que amenazan al imperio, noble señor...

—Los de Asiacomunista también amenazan nuestro imperio, barón Meliadus... y con espadas reales y ejércitos y barcos reales capaces de viajar por la tierra. Barón, debéis olvidaros de vuestra venganza contra el castillo de Brass o, en caso contrario, os lo advierto, incurriréis en nuestro más profundo enojo.

—Pero, señor...

—Ya estáis advertido, barón Meliadus. Quitaos de la cabeza el castillo de Brass. En lugar de eso, intentad averiguar todo lo que podáis sobre los emisarios, descubrid dónde se encontraron con la máquina que los ha transportado, cómo se las han arreglado para abandonar la ciudad. Redimiros ante nuestros ojos, barón Meliadus... Recuperad vuestro antiguo prestigio...

—Sí, señor —asintió Meliadus a través de los dientes apretados, controlando la cólera y el disgusto que sentía.

—La audiencia ha terminado, Meliadus.

—Gracias, señor —dijo Meliadus con la sangre agolpándose en su cabeza.

Retrocedió del globo del trono sin darle la espalda.

Después, giró sobre sí mismo y empezó a recorrer el largo salón.

Llegó ante las puertas enjovadas, pasó ante los guardias y recorrió los relucientes pasillos. A medida que avanzaba, su paso se fue haciendo más y más vivo y sus movimientos más rígidos. Llevaba una mano apoyada en la empuñadura de la espada y los nudillos se le fueron poniendo blancos de tan fuerte como la apretaba.

Disminuyó el paso al llegar a la gran sala de recepción del palacio, donde los nobles esperaban a tener una audiencia con el rey-emperador. Descendió los escalones que conducían a las puertas que se abrían a los mundos exteriores, hizo señas para que sus esclavas se acercaran con la litera, montó en ella y se dejó caer pesadamente entre los cojines, ordenando que le llevaran a su palacio negro y plateado.

Ahora odiaba a su rey-emperador. Maldecía a la criatura que le había humillado e insultado tanto. El rey Huon era un estúpido al no darse cuenta del peligro potencial que significaba la pervivencia del castillo de Brass. Y un estúpido como él no merecía reinar, no era adecuado para mandar esclavos, y mucho menos al barón Meliadus, el gran jefe de la orden del Lobo.

Meliadus no escucharía las estúpidas órdenes del rey Huon, haría lo que más conveniente le parecía, y si el rey-emperador objetaba algo, le desafiaría.

Algo más tarde, Meliadus abandonó su palacio a caballo. Cabalgaba al mando de veinte hombres. Se trataba de veinte hombres que había elegido personalmente y de los que sabía que le seguirían a cualquier parte.... incluso a Yel.

14. Los desiertos de Yel

El ornitóptero de la condesa Plana fue acercándose más y más al suelo, rozando casi las copas de los árboles, evitando por muy poco que las alas se enredaran con las ramas de los abedules, hasta que por fin tomó tierra entre los brezos situados más allá del bosque.

El día era frío y un viento fuerte soplaba sobre el brezal atravesándoles las finas ropas que llevaban puestas.

Temblando, saltaron de la máquina voladora y miraron desconcertados a su alrededor. No vieron a nadie.

D'Averc introdujo la mano en su jubón y extrajo un fragmento de delgado cuero en el que se había dibujado un mapa.

—Tenemos que ir en esa dirección —dijo, señalando—. Ahora tenemos que llevar el ornitóptero hasta el bosque y ocultarlo allí.

—¿Por qué no podemos dejarlo aquí mismo? Hay muy pocas posibilidades de que alguien lo encuentre en por lo menos un día.

—No deseo que nada perjudique a la condesa Plana —dijo D'Averc con expresión muy seria—. Si se descubriera esta máquina, a ella no le haría ningún bien. Vamos.

Y así, se dedicaron a empujar y deslizar la máquina metálica hasta que la dejaron entre los árboles, bien cubierta con ramajes que cortaron. Les había llevado todo lo lejos que pudo hacerlo, hasta que se terminó el combustible. De todos modos, no habían esperado que les transportara directamente hasta Yel.

Ahora tenían que continuar su camino a pie.

Caminaron durante cuatro días, cruzando bosques y brezales. El terreno se hacía cada vez menos fértil a medida que se acercaban a las fronteras de Yel. Un día, Hawkmoon se detuvo y señaló a lo lejos.

—Mirad, D'Averc..., las montañas de Yel.

Y allí estaban, recortadas en la distancia, con sus picos de color púrpura cubiertos por las nubes, y la llanura y las colinas inferiores de amarillenta roca.

Era un paisaje salvaje y hermoso, como jamás había visto Hawkmoon con anterioridad.

—Parece ser que, después de todo, en Granbretan existen parajes que no ofenden a la vista —comentó.

—Sí, es muy bonito —asintió D'Averc—. Pero también es desalentador. Tenemos que encontrar ahí a Mygan, en alguna parte. A juzgar por el mapa, Llandar se encuentra a muchos kilómetros de distancia, entre esas montañas.

—Entonces, démonos prisa —dijo Hawkmoon ajustándose el cinturón del que pendía la espada—. Al principio, hemos disfrutado de una pequeña ventaja sobre Meliadus. pero es muy posible que en estos momentos ya se halle camino de Yel, decidido a encontrar a Mygan.

D'Averc se apoyó sobre un solo pie y se frotó de mala gana el otro.

—Cierto, pero me temo que estas botas no soportarán recorrer tanta distancia. Las elegí por orgullo, porque me gustaron, y no por su solidez. Ahora estoy pagando las consecuencias de mi error.

—He oído a unos ponies salvajes por estos parajes —le dijo Hawkmoon palmeándole comprensivamente en el hombro—. Recemos para que podamos encontrar a alguno de ellos.

Pero no descubrieron ponies salvajes y el terreno amarillento se hacía cada vez más duro y rocoso y, sobre ellos, el cielo adquiría una radiación lívida. Hawkmoon y D'Averc empezaron a darse cuenta del por qué el pueblo de Granbretan se mostraba tan supersticioso con respecto a esta región: parecía existir allí algo sobrenatural, tanto en la tierra como en el cielo.

Finalmente, llegaron a las montañas.

De cerca también tenían un color amarillento, aunque con vetas de rojo oscuro y verde, y mostraban un aspecto vidrioso y horrible. Unas bestias de aspecto extraño se apartaron de su camino mientras ellos escalaban las

retorcidas rocas, y unas peculiares criaturas semihumanas, de cuerpos peludos coronados por cabezas totalmente calvas, de apenas treinta centímetros de altura, les observaron desde lugares situados a cubierto.

En otros tiempos, esas criaturas fueron hombres —dijo D'Averc—. Sus antepasados vivieron en estos parajes. Pero el Milenio Trágico hizo un buen trabajo en toda esta zona.

—¿Cómo sabéis todo eso? —le preguntó Hawkmoon.

—He leído algunos libros. Los efectos del Milenio Trágico se dejaron sentir en Yel con mucha mayor virulencia que en cualquier otra parte de Granbretan. Ésa es la razón por la que todo esto es tan desolado, y eso también explica el hecho de que los hombres no acostumbren a acercarse por aquí.

—A excepción de Tozer... y del anciano, Mygan de Llandar.

—En efecto..., si es que Tozer nos dijo la verdad. Es posible que estemos intentando encontrar a alguien inexistente, Hawkmoon.

—Pero Meliadus conocía la misma historia, ¿no?

—Bueno, quizá Tozer no sea más que un embustero permanente.

Fue cerca del anochecer cuando las criaturas de las montañas abandonaron las cuevas altas que ocupaban y descendieron hacia Hawkmoon y D'Averc, atacándolos.

Iban cubiertas de un pelo aceitoso, tenían picos de ave y garras de felino, unos enormes ojos abultados, mostraban dientes al abrir los picos y emitían un horrible sonido siseante. Por lo que ellos pudieron distinguir en la semioscuridad, había tres hembras y seis machos.

Hawkmoon desenvainó la espada, ajustándose la máscara de buitre como hubiera hecho con un casco normal, y se situó de espaldas a un muro rocoso.

D'Averc ocupó una posición a su lado y poco después las bestias se lanzaron sobre ellos.

Hawkmoon destrozó a la primera, dejándole una larga y sangrienta herida en el pecho. La criatura retrocedió lanzando un grito.

D'Averc tardó un segundo más en atravesarle a otra el corazón. Hawkmoon casi le cortó el cuello a una tercera, pero las garras de una cuarta de aquellas criaturas le desgarraron el brazo izquierdo. Se tambaleó, tensando los músculos al tiempo que trataba de dirigir hacia arriba la daga que sostenía para cortarle la muñeca a aquella horrible criatura. Mientras tanto, atravesó a otra que intentaba sorprenderle por el otro costado.

Hawkmoon tosió y sintió náuseas, pues aquellas bestias olían horriblemente. Finalmente, logró girar la mano y hundió la punta de la daga en el antebrazo de la criatura que le atacaba, que lanzó un gruñido y le soltó.

Un instante después, Hawkmoon hundía la hoja de la daga en uno de los ojos que le miraban fijamente, dejando allí el arma para revolverse con rapidez y enfrentarse a otra de las criaturas.

Ahora ya había oscurecido, y resultaba difícil saber cuántas bestias quedaban aún. D'Averc lanzaba groseros insultos contra las criaturas, sin dejar por ello de mover la espada con rapidez de un lado a otro.

Uno de los pies de Hawkmoon resbaló sobre un charco de sangre y se tambaleó, viéndose obligado a apoyar la espalda contra una roca puntiaguda. Lanzando un siseo, otra de las bestias se abalanzó sobre él, rodeándole como si se tratara de un oso, hundiendo ambos brazos en sus costados, dirigiendo el pico contra su rostro y cerrándolo con un chasquido ante el visor de la máscara de buitre.

Hawkmoon tuvo dificultades para desembarazarse del abrazo y el pico de la criatura le arrancó la máscara. Logró apartar los brazos que le aprisionaban y empujó a la bestia hacia atrás. La bestia retrocedió, sorprendida, sin llegar a comprender que la máscara de buitre no formaba parte del cuerpo de Hawkmoon, quien se apresuró a hundirle la espada en el corazón. Después, se volvió para ayudar a D'Averc que se enfrentaba a dos de aquellos seres.

Hawkmoon le arrancó la cabeza a uno de ellos de un certero tajo y estaba a punto de atacar al siguiente, cuando éste soltó a D'Averc lanzando un grito y se alejó con rapidez, perdiéndose en la oscuridad de la noche, llevándose consigo una parte del jubón.

Habían dado buena cuenta de todos ellos, a excepción de uno.

D'Averc jadeaba, herido ligeramente en el pecho, allí donde las garras le habían arrancado la tela. Hawkmoon se arrancó un trozo de su propia capa y vendó la herida.

—No nos han hecho nada grave —dijo D'Averc. Se quitó la maltrecha máscara de buitre y la arrojó lejos de sí—. Nos han sido útiles, pero puesto que vos no lleváis la vuestra, yo también me quitaré la mía. Esa joya que lleváis en la frente es inconfundible, de modo que no vale la pena que yo siga ocultando el rostro. —Sonrió burlonamente y añadió—: Ya os dije que el Milenio Trágico había producido algunas criaturas horribles, amigo Hawkmoon.

—Os creo —le sonrió éste—. Vamos, será mejor que encontremos un lugar adecuado para acampar esta noche. Tozer nos marcó en este mapa un lugar seguro donde nacerlo. Acercad la linterna para que podamos verlo.

D'Averc se metió la mano en el jubón y entonces su mandíbula se hundió, lleno de horror.

—¡Oh. Hawkmoon! ¡No hemos tenido tanta suerte!

—¿Por qué, amigo mío?

—En la parte del jubón que me ha arrancado esa criatura era donde guardaba el mapa que nos había entregado Tozer. ¡Estamos perdidos. Hawkmoon!

Hawkmoon lanzó una maldición, envainó la espada y frunció el ceño.

—Ahora ya no podemos hacer nada —dijo—. Excepto seguir las huellas de esa bestia. Estaba ligeramente herida, y es posible que haya dejado un rastro de sangre. Quizá sé haya desprendido del mapa mientras huía a su cubil. ¡Esperemos que podamos seguirla hasta donde habita y hallar un medio para recuperar nuestro mapa!

—¿Creéis que vale la pena intentarlo? —preguntó D'Averc con el ceño fruncido—. ¿Acaso no podemos recordar el camino a seguir?

—No lo suficiente. Vamos, D'Averc.

Hawkmoon empezó a escalar las puntiagudas rocas, siguiendo la dirección por la que había desaparecido la criatura. D'Averc le siguió de mala gana.

Afortunadamente, el cielo estaba claro gracias a la luz de la luna, lo que permitió a Hawkmoon distinguir unas manchas brillantes sobre las rocas, que resultaron ser de sangre. Un poco más adelante vio más manchas.

—Por aquí, D'Averc —le gritó a su compañero.

Éste suspiró, se encogió de hombros y le siguió.

La búsqueda continuó hasta el amanecer, cuando Hawkmoon terminó por perder el rastro y se detuvo, sacudiendo la cabeza. Habían subido bastante por la ladera de la montaña y desde donde estaban se contemplaba una magnífica vista de dos valles situados por debajo. Se pasó una mano por el pelo rubio y suspiró.

—No hay el menor rastro de esa criatura. Y, sin embargo, estaba seguro...

—Ahora estamos peor que antes —observó D'Averc con aire ausente, frotándose los cansados ojos—. No tenemos mapa... y ya hemos perdido el camino que estábamos siguiendo.

—Lo siento, D'Averc. Pensé que era el mejor plan a seguir.

Hawkmoon hundió los hombros, desalentado. De pronto, su expresión se iluminó y señaló hacia un punto.

—¡Allí! He visto moverse algo. Vamos.

Empezó a subir con rapidez por una cornisa de roca y desapareció de la vista de D'Averc.

Éste escuchó entonces un grito de sorpresa y después todo quedó en silencio.

El francés desenvainó la espada y siguió los pasos de su amigo, preguntándose con qué se habría encontrado.

Entonces, descubrió la causa del grito de sorpresa de su amigo. Allí, al fondo del valle, había una ciudad hecha de metal, con brillantes superficies de rojo, dorado, naranja, azul y verde, con retorcidos caminos metálicos y puntiagudas torres, también de metal. Era evidente, incluso desde la distancia a la que se encontraban, que la ciudad estaba abandonada y en proceso de desmoronamiento, pues se distinguían los muros y los adornos oxidados.

Hawkmoon permaneció en pie, contemplándola. Allí estaba su enemigo de la noche anterior, bajando por entre las rocas en dirección a la ciudad.

—Debe vivir ahí —dijo Hawkmoon.

—No me gusta la idea de seguirle hasta allá abajo —murmuró D'Averc—. Podría haber aire envenenado..., el aire capaz de arrancarle a uno la carne del rostro, de hacerle vomitar y llevarlo a uno hasta la muerte...

—El aire envenenado ya no existe más, D'Averc, y lo sabéis muy bien. Sólo dura un tiempo y luego desaparece. Sin duda alguna, aquí hace ya muchos siglos que no queda nada de eso.

Empezó a descender la ladera de la montaña en persecución de su enemigo, que seguía sosteniendo el trozo de tela que contenía el mapa de Tozer.

—Oh, muy bien —gimió D'Averc—. ¡Vayamos juntos de cara a la muerte! —Y una vez más siguió de mala gana el mismo destino que su amigo—. ¡Sois un caballero salvaje e impaciente, duque de Colonia!

Al bajar se desprendieron unas piedras, lo que hizo que la criatura que perseguían descendiera con mayor rapidez hacia la ciudad. Hawkmoon y D'Averc también se apresuraron todo lo que pudieron, aunque no estaban acostumbrados a aquel terreno montañoso y las botas de D'Averc estaban hechas jirones.

Vieron como la bestia se introducía entre las sombras de la ciudad metálica y desaparecía.

Momentos más tarde ellos también llegaron a la ciudad y levantaron la vista, algo intimidados, ante las enormes estructuras metálicas que se elevaban hacia el cielo, creando sombras amenazadoras bajo ellas.

Hawkmoon distinguió nuevas manchas de sangre y se abrió paso por entre los edificios, mirando con dificultad, envuelto en la luz mortecina que arrojaban las sombras. Y entonces, de repente, escucharon un chasquido, un silbido, una especie muy curiosa de gruñido contenido...

Y la criatura se lanzó sobre él, dirigiendo las garras contra su cuello, tratando de hundirlas en él. Sintió una de ellas, y después otra. Elevó las manos e intentó apartar aquellos dedos llenos de garras y entonces sintió el chasquido del pico cerrándose sobre su nuca.

Después se escuchó un grito salvaje y las garras le soltaron el cuello.

Hawkmoon se volvió, tambaleante, para ver a D'Averc que, con la espada en la mano, contemplaba el cuerpo de la bestia.

—Esta nauseabunda criatura no tiene cerebro —dijo D'Averc con naturalidad—. Qué idiotez ha cometido al atacarnos dejándome a mí detrás. —Se agachó y recuperó cuidadosamente el trozo de tela que le había arrancado la noche anterior—. ¡Aquí está nuestro mapa!

Hawkmoon se limpió la sangre del cuello. Las garras no se le habían hundido muy profundamente.

—Pobre bestia —dijo.

—¡Nada de conmiseración ahora, Hawkmoon! Ya sabéis cuánto me alarma oír hablar así. Recordad que fueron esas criaturas las que nos atacaron.

—Me pregunto por qué lo hicieron. En estas montañas no deben faltarles sus presas naturales... Por aquí pululan toda clase de criaturas comestibles. ¿Por qué devorarnos a nosotros?

—O bien porque éramos la carne más cercana que vieron —sugirió D'Averc mirando a su alrededor, hacia los muros metálicos que les rodeaban—, o bien porque han aprendido a odiar a los hombres.

D'Averc envainó la espada con un gesto elegante y empezó a abrirse paso por entre el bosque de metal que sostenía las torres y las calles de la ciudad que se elevaban por encima de donde ellos se encontraban. Había desperdicios por todas partes y fragmentos de animales muertos, y materia corrompida e imposible de identificar.

—Exploremos esta ciudad mientras estemos aquí —dijo D'Averc subiéndose a una viga—. Podríamos dormir aquí.

Hawkmoon consultó el mapa.

—Está marcada —dijo—. Se llama Halapandur. No se halla muy lejos, hacia el este, donde nuestro misterioso

filósofo tiene la caverna donde habita.

—¿A qué distancia?

—Más o menos a un día de marcha por entre estas montañas.

—Entonces, descansemos aquí y ya continuaremos mañana —sugirió D'Averc.

Hawkmoon frunció el ceño un instante pero después se encogió de hombros.

—Muy bien.

Él también empezó a escalar las vigas hasta que alcanzaron una de las extrañas y curvadas calles metálicas.

—Podemos dirigirnos hacia aquella torre —sugirió D'Averc.

Emprendieron el camino de ascenso por la rampa, que subía con suavidad hacia una torre de brillante color turquesa y escarlata, recortada contra el cielo iluminado por el sol.

15. La caverna desierta

En la base de la torre había una pequeña puerta que había sido echada hacia atrás, como empujada por un puño gigantesco. Hawkmoon y D'Averc cruzaron la abertura y trataron de distinguir en la oscuridad lo que contenía el interior de la torre.

—Allí —indicó Hawkmoon—. Hay una escalera... o algo muy parecido.

Subieron sorteando los cascotes y descubrieron que no se trataba de una escalera que condujera hacia las partes superiores de la torre, sino de una rampa, no muy distinta de las que conectaban unos edificios con otros.

—Por lo que he leído, este lugar fue construido poco antes del Milenio Trágico —dijo D'Averc mientras ambos subían por la rampa—. Fue una ciudad dedicada exclusivamente a los científicos... Creo que la llamaban Ciudad Investigación. Hasta aquí llegaron toda clase de científicos procedentes de todas las partes del mundo. La idea que perseguían era la de realizar nuevos descubrimientos por medio del intercambio. Si no recuerdo mal, la leyenda asegura que aquí se hicieron muchos inventos extraños, aunque ahora ya se han perdido la mayor parte de sus secretos.

Continuaron subiendo hasta que la rampa terminó en una ancha plataforma completamente rodeada por grandes ventanales de cristal. La mayoría de las ventanas aparecían agrietadas o destrozadas del todo, pero desde esta plataforma era posible contemplar todo el resto de la ciudad.

—Es casi seguro que esto estuviera destinado a vigilar todo lo que sucedía en Halapandur —comentó Hawkmoon. Miró a su alrededor. Por todas partes se veían restos de instrumentos cuya función era incapaz de reconocer. Llevaban el sello de las cosas prehistóricas, todos ellos metidos en oscuras carcasas metálicas que mostraban caracteres austeros grabadas en ellas, muy distintos a la decoración barroca y a los floreados números y letras de los tiempos modernos—. Esto debió de ser una especie de sala desde donde se controlaba el funcionamiento del resto de Halapandur.

De pronto, D'Averc apretó los labios y señaló hacia un punto.

—Ah..., ahí podéis ver cuáles eran los usos a que estaba destinada. Mirad. Hawkmoon.

A cierta distancia, en el otro extremo de la ciudad, pudieron ver una hilera de jinetes con los cascos y las armaduras de las tropas del Imperio Oscuro.

Era evidente para qué habían llegado hasta allí, aunque ellos no pudieron distinguir ningún detalle desde aquella altura.

—Supongo que los mandará el propio Meliadus —comentó Hawkmoon acariciando la empuñadura de su espada—. No puede saber con exactitud dónde está Mygan, pero puede haber descubierto que Tozer estuvo alguna vez en esta ciudad, y habrá traído consigo rastreadores que no tardarán en descubrir la cueva de Mygan. Ahora no podemos permitirnos el lujo de descansar aquí, D'Averc. Tenemos que seguir nuestro camino en seguida.

—Es una pena —asintió D'Averc. Se agachó y tomó un pequeño objeto que había visto en el suelo, guardándolo en su desgarrado jubón—. Creo reconocer esto.

—¿Qué es?

—Podría ser una de las cargas utilizadas por las antiguas armas que emplearon los habitantes de esta ciudad —dijo D'Averc—. De ser así, podría sernos útil a nosotros.

—¡Pero si no dispones de ninguna arma antigua!

—¡No siempre se necesita una! —dijo D'Averc con tono misterioso.

Bajaron la rampa casi corriendo, hasta llegar a la entrada de la torre.

Arriesgándose a ser vistos por los guerreros del Imperio Oscuro, descendieron por las rampas exteriores con toda la rapidez que pudieron, y después se dejaron caer por las vigas al suelo hasta perderse de vista.

—No creo que nos hayan visto —dijo D'Averc—. Vamos... Tenemos que seguir por aquí para encontrar la

guarida de Mygan.

Empezaron a subir la ladera de la montaña, resbalando con frecuencia a causa de la ansiedad que sentían por encontrar al anciano hechicero antes de que lo hiciera Meliadus.

Se hizo de noche, pero ellos continuaron su marcha.

Tenían mucha hambre, pues casi no habían comido nada desde que abandonaran la ciudad para encaminarse hacia el valle de Llandar, y empezaban a sentirse agotados.

Pero siguieron esforzándose y poco antes del amanecer lograron llegar al valle señalado en el mapa. Allí era donde, según se decía, vivía el hechicero Mygan.

—Estoy casi seguro de que esos jinetes del Imperio Oscuro habrán acampado para pasar la noche —dijo Hawkmoon con una sonrisa—. Dispondremos del tiempo suficiente para encontrar a Mygan, conseguir sus cristales, y marcharnos antes de que lleguen ellos.

—Esperemos que así sea —dijo D'Averc pensando que Hawkmoon necesitaba descansar, pues tenía los ojos un tanto febriles. Pero antes de seguir a su amigo consultó el mapa—. Es allí arriba —dijo—. Allí es donde se supone que debe estar la cueva de Mygan, pero yo no veo nada.

—El mapa la señala a medio camino de aquellas rocas —dijo Hawk-moon—. Subamos hasta allí y veamos.

Cruzaron el valle, saltando sobre una pequeña corriente de agua clara que corría por una fisura de la roca a lo largo del valle. Por allí se veían señales de la presencia del hombre, pues se observaba un camino que bajaba hasta la corriente de agua y un aparato de madera que, sin lugar a dudas, había sido empleado para extraer agua.

Siguieron el camino hasta la falda de las rocas. Entonces encontraron viejas y desgastadas manijas empotradas en la roca. Al parecer, no habían sido instaladas muy recientemente, pues eran muy viejas, mucho más de lo que sería el propio Mygan.

Empezaron a subir.

La marcha era difícil, pero finalmente llegaron al farallón de roca sobre el que se elevaba un enorme canto rodado, y allí, detrás de éste, se hallaba la oscura entrada de la caverna.

Hawkmoon se adelantó, ansioso por entrar, pero D'Averc le detuvo, precavido, poniéndole una mano en el hombro.

—Será mejor que llevéis cuidado —le aconsejó, desenvainando la espada.

—Un anciano no puede hacernos ningún daño —dijo Hawkmoon.

—Estáis cansado, amigo mío, y exhausto, pues de otro modo os daríais cuenta de que un anciano de la sabiduría que Tozer afirmaba que posee dispondrá posiblemente de armas capaces de hacernos daño. Por lo que nos ha dicho Tozer, a este anciano no le gustan los hombres, y no hay razón alguna para que no nos considere como enemigos.

Hawkmoon asintió, desenvainó su propia espada y después avanzó.

La caverna estaba oscura y, al parecer, vacía, pero entonces vieron el brillo de una luz al fondo. Al aproximarse a esta fuente de luz, descubrieron un fuerte recodo en la caverna.

Al rodearlo, vieron que la primera caverna desembocaba en una segunda, mucho más grande, en la que había toda clase de cosas, instrumentos del mismo tipo de los que habían visto en Halapandur, un par de pequeñas camas, material de cocina, equipo químico y otros muchos objetos. La fuente de la luz era un globo situado en el centro de la cueva.

—¡Mygan! —llamó D'Averc en voz alta, sin obtener respuesta.

Recorrieron la cueva, preguntándose si no habría alguna otra, pero no encontraron nada.

—¡Se ha marchado! —exclamó Hawkmoon desesperado, acariciándose con dedos nerviosos la Joya Negra que llevaba incrustada en la frente—. Se ha marchado, D'Averc, y quién sabe adonde. Quizá después de la partida de Tozer decidió que ya no era seguro permanecer aquí y se ha cambiado a otro sitio.

—No lo creo —dijo D'Averc—. En tal caso se habría llevado consigo algunas de estas cosas, ¿no creéis? —preguntó mirando por la caverna—. Y esa cama da la impresión de que ha sido utilizada no hace mucho tiempo. Además, no hay polvo por ninguna parte. Probablemente, Mygan ha salido para llevar a cabo alguna expedición por las cercanías y no tardará en regresar. Tenemos que esperarle.

—¿Y qué pasará con Meliadus? ¿Qué sucederá si él lo ve primero?

—Sólo nos cabe confiar en que se mueva con lentitud y tarde algún tiempo en descubrir esta cueva.

—Si se siente tan ávido como Plana os comentó, no creo que esté muy lejos —observó Hawkmoon.

Se dirigió hacia una mesa sobre la que había varios platos de carne, verduras y hierbas, y se sirvió ávidamente de aquella comida. D'Averc imitó su ejemplo.

—Descansaremos aquí y esperaremos —dijo D'Averc—. Es todo lo que podemos hacer ahora, amigo mío.

Transcurrió todo un día y una noche y Hawkmoon se fue impacientando cada vez más al ver que el anciano no regresaba.

—Supongamos que ha sido capturado —le sugirió a D'Averc—. Supongamos que Meliadus lo ha encontrado vagando por las montañas.

—En tal caso, Meliadus se verá obligado a traerlo aquí, y entonces nosotros nos ganaremos su agradecimiento rescatándolo del barón —contestó D'Averc con un tono alegre aunque algo forzado.

—Le vimos acompañado por veinte hombres, armados con lanzas de fuego si no me equivoco. No podemos enfrentarnos a veinte hombres, D'Averc.

—Estáis bajo de moral, Hawkmoon. ¡No sería la primera vez que lo hemos hecho!

—Sí, de acuerdo —admitió Hawkmoon.

Pero estaba claro que el viaje le había cansado mucho. Y quizá el engaño representado en la corte del rey Huon también había representado una gran tensión para él y para D'Averc, aunque este último más bien parecía disfrutar con aquella clase de engaños.

Finalmente, Hawkmoon se encaminó hacia la primera cueva y desde allí salió al exterior. Una especie de instinto pareció inducirle a ello, porque, al mirar hacia el valle, los vio.

Ahora se hallaban lo bastante cerca como para estar seguro.

El jefe del grupo era, en efecto, el propio barón Meliadus. Su ornamentada máscara de lobo brilló ferozmente en el instante en que levantó la cabeza y vio a Hawkmoon casi al mismo tiempo en que éste le veía a él.

La voz rugiente del barón produjo grandes ecos entre las montañas. Era una voz en la que se mezclaban la cólera y el triunfo, la de un lobo que acaba de olfatear a su codiciada presa.

—¡Hawkmoon! —le llegó el grito—. ¡Hawkmoon! —Meliadus desmontó del caballo y empezó a escalar la montaña—. ¡Hawkmoon!

Sus bien armados hombres le siguieron inmediatamente, y Hawkmoon se dio cuenta de que contaban con muy pocas posibilidades de rechazarlos a todos. Volviéndose hacia el interior de la caverna gritó:

—¡D'Averc! Meliadus está aquí. Rápido, hombre, o nos atraparé en estas cuevas sin salida. Tenemos que seguir subiendo hacia lo alto del risco.

D'Averc acudió corriendo, abrochándose el cinturón del que pendía la espada. Miró hacia abajo, reflexionó un instante y después asintió con un gesto. Hawkmoon corrió hacia las rocas, buscando lugares en los que sujetarse sobre la rugosa superficie, y empezó a escalar.

El rayo de una lanza de fuego se estrelló contra la roca situada cerca de su mano, quemándole los pelos de la muñeca. Otra se estrelló más abajo de donde estaba, pero él siguió subiendo.

Quizá pudiera detenerse una vez que llegara a lo alto del risco para presentar batalla allí, pero necesitaba proteger su vida tanto como la de D'Averc, al menos durante todo el tiempo que le fuera posible, ya que la seguridad del castillo de Brass podía depender de ello.

—¡Haaawkmoooon! —le llegó el eco del grito lanzado por el vengativo Meliadus—. ¡Haaaaawkmooooooon!

Él continuó escalando, arañándose las manos con las rocas, haciéndose un corte en la pierna, pero sin detenerse, corriendo riesgos increíbles sobre la cara de la roca casi cortada a pico, con D'Averc pisándole los talones.

Finalmente, llegaron a la parte superior del risco y ante ellos se extendió una amplia meseta. Si intentaban cruzarla, las lanzas de fuego darían buena cuenta de ellos.

—Ahora nos quedaremos aquí y lucharemos —dijo Hawkmoon inexorable, desenvainando la espada.

—Menos mal —asintió D'Averc con una sonrisa burlona—. Creía que habías perdido los nervios, amigo mío.

Miraron sobre el abismo del risco y vieron que el barón Meliadus había llegado a la entrada de la caverna y se disponía a investigarla, enviando a sus hombres para que continuaran la persecución de sus dos odiados enemigos. Sin lugar a dudas, confiaba en hallar en el interior a algunos de los otros: Oladahn, el conde Brass e incluso quizá a la misma Yisselda, de quien Hawkmoon sabía que el barón estaba enamorado, por mucho que se negara a admitirlo.

El primero de los guerreros lobo no tardó en llegar a lo más alto del risco y en cuanto lo hizo Hawkmoon le lanzó una terrible patada contra el casco. Sin embargo, el hombre no llegó a caer, sino que extendió una mano sujetando a Hawkmoon por el pie. Sin duda alguna, intentaba asegurar su estabilidad, o bien arrastrar consigo a Hawkmoon en su caída sobre las rocas.

D'Averc pegó un salto hacia adelante y atravesó al hombre con su espada, alcanzándole en el hombro. El guerrero emitió un gruñido y soltó el pie de Hawkmoon, intentó después sujetarse a un saliente de roca, pero falló y se tambaleó hacia atrás. Abrió los brazos y cayó lanzando un grito prolongado. Su cuerpo rebotó entre las rocas hasta quedar tendido en el valle, mucho más abajo.

Pero otros guerreros llegaban ya a lo alto del risco. D'Averc se ocupó de uno de ellos, mientras que Hawkmoon se encontró de pronto teniendo que enfrentarse a dos enemigos.

Lucharon al borde del acantilado, con el valle a centenares de metros más abajo.

Hawkmoon alcanzó a uno en el cuello, entre el casco y la gorguera, atravesó a otro limpiamente por el vientre, allí donde no le llegaba la armadura, pero otros dos se apresuraron a ocupar sus lugares.

Estuvieron luchando así durante una hora, manteniendo a raya a tantos como podían, impidiéndoles subir a lo alto del risco, y atravesando a quienes lo conseguían después de ímprobos esfuerzos.

Pero finalmente se vieron rodeados. Las espadas les presionaban como dientes de un tiburón gigante, hasta que sus gargantas se vieron amenazadas por una maraña de hojas y la voz de Meliadus surgió de alguna parte, con un tono de satisfecha malicia.

—Rendíos, caballeros, o en caso contrario seréis descuartizados, os lo prometo.

Hawkmoon y D'Averc bajaron las espadas, mirándose desesperadamente el uno al otro.

Ambos sabían muy bien que Meliadus les profesaba un odio terrible. Ahora que eran sus prisioneros y se encontraban en su propio territorio, no habría forma de escapar de él.

Meliadus también pareció darse cuenta de ello, pues se apartó la máscara de lobo a un lado y se echó a reír burlonamente.

—No sé cómo habéis logrado llegar a Granbretan, pero lo que sí sé es que sois un par de estúpidos. ¿Estabais buscando también al anciano? Me pregunto por qué. Ya tenéis en vuestro poder lo que él tiene.

—Quizá tenga otras cosas —dijo Hawkmoon, tratando deliberadamente de complicar la situación todo lo posible, pues cuanto menos supiera Meliadus, más posibilidades tendrían ellos de engañarle.

—¿Otras cosas? ¿Queréis decir que dispone de otros instrumentos útiles para el imperio? Gracias por decírmelo, Hawkmoon. Sin duda alguna, el mismo anciano será mucho más específico que vos.

—El anciano se ha marchado, Meliadus —dijo D'Averc con suavidad—. Le advertimos que estabais a punto de llegar.

—Conque se ha marchado, ¿eh? No estoy tan seguro de que sea así. Pero si lo fuera vos sabríais adonde se ha ido,

sir Huillam.

—No, no lo sé —dijo D'Averc mirando irritado a los guerreros dedicados a atarle a él y a Hawkmoon juntos, pasándoles un lazo corredizo bajo los brazos.

—Bueno, ya veremos —dijo Meliadus volviendo a reír — . Aprecio mucho la excusa que me ofrecéis para iniciar una pequeña tortura con vos, aquí y ahora mismo. No será más que un pequeño anticipo de mi venganza. Más tarde, cuando hayamos regresado a mi palacio, ya tendremos tiempo de explorar todas las posibilidades. Entonces quizá tenga también en mi poder al anciano y su secreto sobre cómo viajar a través de las dimensiones.

Para sus adentros, se dijo que no habría mejor forma de recuperar su prestigio perdido ante el rey-emperador y lograr el perdón de Huon por haber abandonado la ciudad sin su permiso.

Su mano, recubierta por el guantelete, se adelantó para acariciar casi cariñosamente el rostro de Hawkmoon.

—¡Ah, Hawkmoon! Pronto sentiréis mi castigo..., muy pronto.

Hawkmoon se estremeció hasta lo más profundo de su ser. pero después escupió contra la sonriente máscara de lobo.

Meliadus retrocedió, llevándose la mano a la máscara. Después, lanzó un grito de rabia y golpeó con dureza a Hawkmoon en la boca.

—Ahí tenéis otro momento de dolor por eso, Hawkmoon. ¡Y os prometo que esos momentos os parecerán durar toda una eternidad!

Hawkmoon volvió la cara con asco y dolor, fue empujado con violencia hacia adelante y, junto con D'Averc, cayeron por el acantilado.

La cuerda que sujetaba sus cuerpos les impidió caer muy lejos, pero fueron izados lentamente hasta la plataforma, donde volvieron a ver a Meliadus.

—Todavía tengo que encontrar a ese anciano —dijo el barón—. Sospecho que se esconde en alguna parte de los alrededores. Os dejaremos bien atados en la caverna, custodiados por un par de guardias a la entrada, sólo por si acaso lograrais liberaros de las cuerdas. Después, iniciaremos la búsqueda. Ahora no tenéis escape alguno, Hawkmoon, y vos tampoco, D'Averc. ¡Por fin sois míos! Metedlos dentro de la cueva. Atadlos bien con toda la cuerda de que podamos disponer. Y recordad: vigiladlos bien porque ahora son juguetes propiedad de Meliadus.

Les observó mientras los guerreros les bajaban poco a poco hacia la entrada de la caverna. Meliadus situó a tres hombres allí para vigilarlos y después inició el descenso de la escarpada ladera de la montaña, muy contento.

Se prometió a sí mismo que dentro de no mucho tiempo tendría a todos sus enemigos en su poder, conocería todos sus secretos obtenidos a base de torturas, y finalmente el rey-emperador sabría que él no le había dicho más que la verdad.

Y si el rey-emperador no le rehabilitaba..., ¿qué importaba?

Meliadus también había hecho planes para remediar ese error.

16. Mygan de Llandar

La noche cayó en el exterior de la caverna, y Hawkmoon y D'Averc permanecieron envueltos por las sombras surgidas de la luz de la segunda caverna.

Las anchas espaldas de los guardias llenaban la entrada y las cuerdas que les apresaban eran muchas y estaban fuertemente atadas.

Hawkmoon intentó retorcerse, pero sus movimientos quedaban restringidos en la práctica al mover la boca, los ojos y un poco el cuello. D'Averc se hallaba en una posición similar.

—Bien, amigo mío, no fuimos lo bastante precavidos —dijo D'Averc con el tono de voz más natural que pudo.

—No —admitió Hawkmoon—. El hambre y la debilidad idiotizan incluso a los hombres más sabios. La única culpa la tenemos nosotros mismos...

—Nos merecemos nuestros sufrimientos —añadió D'Averc, aunque con un tono de duda en su voz—. Pero ¿y nuestros amigos? Tenemos que pensar en escapar, Hawkmoon, por muy imposible que eso nos parezca.

—Sí —admitió Hawkmoon con un suspiro—. Si Meliadus consiguiera llegar hasta el castillo de Brass...

Se estremeció.

A juzgar por el breve encuentro que había tenido con el noble granbritánico, le parecía que Meliadus estaba más encolerizado que nunca. ¿Era simplemente por el hecho de haber sido derrotado en varias ocasiones por Hawkmoon y las gentes del castillo de Brass? ¿O acaso porque se le había robado una victoria que ya tenía en sus manos cuando el castillo de Brass desapareció ante sus mismas narices? Hawkmoon no lo sabía. Sólo sabía que su antiguo enemigo parecía hallarse bastante más nervioso que en otras ocasiones. No había forma de saber qué sería capaz de hacer en un estado mental tan desequilibrado.

Hawkmoon volvió la cabeza, frunciendo el ceño, creyendo haber oído un ruido procedente del extremo más alejado de la caverna. Desde donde estaba podía ver una parte de la cueva iluminada.

Extendió el cuello y volvió a escuchar el sonido. D'Averc murmuró muy suavemente para que no le escucharan los guardias:

—Juraría que ahí dentro hay alguien...

Y entonces, una sombra cayó sobre ellos y los dos hombres levantaron las miradas hacia un anciano alto, de rostro grande y arrugado, que parecía haber sido esculpido en piedra, y cuya cabellera blanca contribuía a aumentar su aspecto leonino.

El anciano frunció el ceño observando de arriba abajo a los hombres atados. Apretó los labios y miró hacia donde estaban los tres guardias. Después volvió a escudriñar los rostros de Hawkmoon y D'Averc. No dijo nada, sólo se limitó a cruzar los brazos sobre el pecho. Hawkmoon vio que llevaba anillos de cristal en todos los dedos, a excepción del meñique de la mano izquierda. ¡Aquel anciano tenía que ser Mygan de Llandar! Pero ¿cómo había entrado en la cueva? ¿Por una entrada secreta?

Hawkmoon le miró desesperadamente, murmurando apenas sus súplicas de socorro.

El gigante sonrió y se inclinó un poco para poder escuchar el susurro de Hawkmoon.

—Os lo ruego, señor, si sois Mygan de Llandar, debéis saber que somos amigos... y hemos sido hecho prisioneros por vuestros enemigos.

—¿Y cómo sé que decís la verdad? —preguntó Mygan, hablando también en susurros.

Uno de los guardias se agitó y empezó a volverse, sin duda creyendo haber oído algo. Mygan se retiró al fondo de la caverna. El guardia lanzó un gruñido.

—¿Qué estáis murmurando vosotros dos? ¿Discutiendo lo que hará el barón con vosotros? No podéis ni imaginaros las diversiones que tiene previstas para vos, Hawkmoon.

Hawkmoon no dijo nada. Cuando el guardia se hubo vuelto de espaldas, Mygan se acercó de nuevo.

—¿Sois Hawkmoon?

—¿Habéis oído hablar de mí?

—Algo. Si sois Hawkmoon es posible que estéis diciendo la verdad, pues aunque yo soy de Granbretan, no siento la menor simpatía por los lores que gobiernan en Londra. Pero ¿cómo saber quiénes son mis enemigos?

—El barón Meliadus de Kroiden se ha enterado del secreto que le comunicasteis a Tozer, quien estuvo con vos, como vuestro invitado, no hace mucho tiempo...

—¡Comunicarle! Él me engatusó, me robó uno de los anillos mientras dormía y lo utilizó para escapar. Supongo que pretendía congraciarse con sus jefes, en Londra...

—Tenéis razón. Tozer les habló de la existencia de un poder, fanfarroneó diciendo que se trataba de un atributo mental, y demostró su poder desapareciendo y apareciendo en Camarga...

—Sin duda alguna por accidente. No posee ni la menor idea de cómo emplear adecuadamente el anillo.

—Eso fue lo que supusimos.

—Os creo, Hawkmoon, y temo a ese Meliadus.

—¿Nos pondréis en libertad para que podamos intentar escapar de aquí, y ofreceréis protección en contra de él?

—Dudo mucho que necesite vuestra protección. Mygan desapareció de la vista de Hawkmoon.

—Me pregunto qué estará tramando —dijo D'Averc, quien hasta ese momento había permanecido deliberadamente en silencio.

Hawkmoon sacudió la cabeza.

Mygan reapareció llevando un largo cuchillo en la mano. Extendió el brazo y empezó a cortar las ligaduras de Hawkmoon, hasta que el duque de Colonia pudo liberarse por sí mismo, sin dejar por ello de vigilar a los guardias apostados en la entrada de la cueva.

—Entregadme el cuchillo —susurró.

Lo tomó de manos de Mygan y empezó a cortar las ligaduras de D'Averc.

Entonces se escucharon voces procedentes del exterior.

—Ya regresa el barón Meliadus —dijo uno de los guardias—. Parece que está de muy mal humor.

Hawkmoon dirigió una mirada de ansiedad a D'Averc, y ambos se pusieron en pie de un salto.

Alertado por el movimiento, uno de los guardias se volvió, lanzando un grito de sorpresa.

Los dos hombres se abalanzaron contra los guardias. La mano de Hawkmoon impidió que el primero desenvainara su espada. D'Averc sujetó al segundo por el cuello y le desenvainó su propia espada, que se elevó y volvió a caer antes de que el guardia pudiera lanzar un solo grito.

Mientras Hawkmoon forcejeaba con el primer guardia, D'Averc se enfrentó con el tercero. Empezó a sonar el ruido metálico de las espadas al chocar entre sí, y también se escuchó el grito de sorpresa lanzado por Meliadus al darse cuenta de lo que sucedía.

Hawkmoon lanzó a su contrincante al suelo y le colocó una rodilla sobre la ingle, extrajo la daga que llevaba colgada al cinto, le retiró la máscara al hombre y le produjo un enorme tajo en el cuello.

D'Averc, por su parte, se había encargado de su enemigo y permanecía jadeante sobre el cadáver.

Mygan les llamó desde el fondo de la caverna.

—Veo que lleváis anillos de cristal como los míos. ¿Sabéis cómo controlarlos?

—¡Sólo sabemos cómo regresar a Camarga! Un giro hacia la izquierda...

—Sí. Bien, Hawkmoon, os ayudaré. Tenéis que girar los cristales primero a la derecha y después a la izquierda. Repetid el movimiento seis veces y después...

La gran sombra de Meliadus apareció en la entrada de la cueva.

—¡Oh, Hawkmoon! Me seguís amargando la vida. ¡El anciano! ¡Guardias, apresadlo!

Los demás guerreros de Meliadus empezaron a irrumpir en la caverna. D'Averc y Hawkmoon retrocedieron ante ellos, luchando desesperadamente.

El anciano gritó enfurecido:

—¡Atrás intrusos!

Y se lanzó hacia adelante levantando un largo cuchillo.

—¡No! —gritó Hawkmoon—. Mygan..., dejadnos la lucha a nosotros. Apartaos. ¡Estáis indefenso ante hombres como éstos!

Pero Mygan no quiso retroceder. Hawkmoon trató de situarse a su lado, le vio caer ante el golpe propinado por la espada de uno de los guardias, y en seguida lanzó una estocada contra el hombre que había derribado a Mygan.

Reinaba una gran confusión en la caverna, y poco a poco fueron retrocediendo hacia la caverna interior. El sonido de las espadas producía ecos, contrapunteados por los gritos de rabia de Meliadus.

Hawkmoon arrastró al herido Mygan hacia la segunda caverna, rechazando los golpes que caían sobre ambos.

Entonces, Hawkmoon se encontró frente a frente con Meliadus, quien sostenía la espada con ambas manos.

Hawkmoon sintió un golpe en el hombro izquierdo que le dejó aturdido, y la sangre empezó a empaparle la manga. Logró detener otro furioso golpe y después lanzó una estocada que alcanzó a Meliadus en el brazo.

El barón lanzó un gemido y retrocedió.

—¡Ahora, D'Averc! —gritó Hawkmoon—. ¡Ahora, Mygan! ¡Girad los cristales! ¡Es nuestra única esperanza de escapar!

Giró el cristal de su anillo, primero a la derecha y después a la izquierda, repitiendo el movimiento seis veces. Meliadus lanzó un gruñido y se dispuso a atacarle de nuevo. Hawkmoon levantó la espada para detener el golpe.

Y entonces Meliadus desapareció.

Y también desaparecieron la caverna y sus amigos.

Se hallaba a solas, sobre una llanura que se extendía en todas direcciones. Debía ser el mediodía, pues un sol enorme brillaba en el cielo. La llanura estaba cubierta por una clase de césped que crecía en la superficie, y el olor que desprendía le hizo pensar en la primavera.

¿Dónde estaba? ¿Le había engañado Mygan? ¿Dónde estaban los demás?

Entonces, cerca de él, empezó a materializarse la figura de Mygan de Llandar, tumbada sobre el césped y encogida a causa de su herida más grave. Presentaba una docena de cortes, el rostro leonino estaba pálido y retorcido en una mueca de dolor. Hawkmoon envainó su espada y acudió a su lado.

—Mygan...

—Ah, me temo que me estoy muriendo, Hawkmoon. Pero al menos he servido para algo en la configuración de vuestro destino. El Bastón Rúnico...

—¿Mi destino? ¿Qué queréis decir? ¿Y qué pasa con el Bastón Rúnico? He oído hablar tanto de ese misterioso artefacto y, sin embargo, nadie quiere decirme con exactitud en qué me concierne a mí...

—Lo sabréis cuando llegue el momento. Mientras tanto... De pronto, D'Averc apareció a su lado, mirando a todas partes lleno de asombro.

—¡Esto funciona! Gracias al Bastón Rúnico. Creía que íbamos a morir.

—Te... tenéis que buscar...

Mygan empezó a toser. Un Millo de sangre surgió de entre sus dientes, cayéndole por la barbilla. Hawkmoon le sostuvo la cabeza entre los brazos.

—No tratéis de hablar ahora, Mygan. Estáis gravemente herido. Tenemos que encontrar ayuda. Quizá si regresáramos al castillo de Brass...

—No podéis... —dijo Mygan sacudiendo la cabeza.

—¿Que no podemos regresar? Pero ¿por qué? Los anillos han funcionado y nos han permitido llegar hasta aquí. Un giro a la izquierda...

—No. Una vez que os habéis movido en este sentido, se tienen que reprogramar los anillos.

—¿Cómo conseguiremos hacerlo?

—¡No os lo diré!

—¿No? ¿Queréis decir que no podéis?

—No. Mi intención fue la de traerlos a través del espacio a este territorio, donde tenéis que cumplir parte de vuestro destino. Tenéis que buscar... ¡Ah, ah! ¡El dolor!

—Nos habéis engañado, anciano —dijo D'Averc—. Pretendéis que juguemos un papel en algún plan diseñado por vos mismo. Pero os estáis muriendo. Ahora no podemos ayudaros. Decidnos cómo regresar al castillo de Brass y conseguiremos un médico que os ayude.

—No he sido egoísta con las instrucciones que se me han dado para que os traiga aquí. Sólo ha sido conocimiento de la historia. He viajado a demasiados lugares, he visitado muchas eras por medio de los anillos. Sé muchas cosas. Sé a lo que servís, Hawkmoon, y sé que ha llegado el momento de que corráis vuestras aventuras aquí.

—¿Dónde? —preguntó Hawkmoon con desesperación—. ¿En qué tiempo nos habéis depositado? ¿Cómo se llama este país? ¡Parece que sólo está compuesto por esta llanura!

Pero Mygan volvió a escupir sangre. Era evidente que la muerte se le acercaba a pasos agigantados.

—Tomad mis anillos —dijo, respirando con dificultad—. Pueden seros útiles. Pero buscad primero Narleen y la Espada del Amanecer... Eso está situado hacia el sur. Después, una vez hecho eso, volved al norte y buscad la ciudad de Dnark... y el Bastón Rúnico.

Tosió de nuevo. Después su cuerpo se estremeció con un gran espasmo y exhaló el último aliento.

Hawkmoon levantó la mirada hacia D'Averc.

—¿El Bastón Rúnico? ¿Estamos acaso en Asiacomunista, donde se supone que está esa cosa?

—Yo no me mostraría tan irónico, sobre todo teniendo en cuenta nuestro anterior disfraz —dijo D'Averc, limpiándose con un pañuelo una herida que tenía en la pierna—. Quizá sea allí donde estemos ahora.

—No me importa. Lo cierto es que estamos lejos del alcance de ese palurdo de Meliadus y de su sed de sangre. El sol nos calienta. A excepción de nuestras ligeras heridas, estamos mucho mejor de lo que podríamos haber estado.

Hawkmoon miró a su alrededor y suspiró.

—No estoy tan seguro. Si los experimentos de Taragorm obtienen éxito, podría encontrar una forma de llegar hasta Camarga. Y en tal caso preferiría encontrarme allí. —Se acarició el anillo y añadió—: Me pregunto...

—No, Hawkmoon —le interrumpió D'Averc extendiendo una mano hacia él—. No intentéis forzar nada. Me siento inclinado a creer al anciano. Además, parecía estar muy bien dispuesto para con vos. Sin duda alguna, quería ayudaros. Probablemente intentaba deciros dónde nos encontramos, daros más instrucciones explícitas sobre cómo llegar a esos lugares que ha citado..., suponiendo que se trate de lugares. Si tratáramos ahora de hacer funcionar los anillos, no habría forma de saber dónde terminaríamos por encontrarnos... ¡Incluso es probable que regresáramos a la cueva, y a la desagradable compañía de Meliadus!

—Quizá tengáis razón, D'Averc —asintió Hawkmoon—. Pero ¿qué haremos ahora?

—Lo primero es hacerle caso a Mygan y quitarle los anillos. Después nos dirigiremos hacia el sur..., a ese lugar..., ¿cómo lo llamó?

—Narleen. Podría ser una persona, o una cosa.

—En cualquier caso, debemos dirigirnos hacia el sur y averiguar si Narleen es un lugar, una persona o una cosa. Vamos. —Se inclinó sobre el cadáver de Mygan de Llandar y empezó a quitarle los anillos de cristal de los

dedos—. Por lo que he podido ver de su caverna, es casi seguro que todo esto lo ha encontrado en la ciudad de Halapandur. Es evidente que el equipo que tenía en la caverna procedía de la ciudad. Todo esto ha tenido que ser inventado por aquellas gentes mucho antes de que se produjera el Milenio Trágico...

Pero Hawkmoon apenas si le escuchaba. Se incorporó y señaló a través de la llanura.

—¡Mirad!

El viento empezaba a soplar con fuerza.

En la distancia, algo gigantesco y de un color púrpura rojizo se acercaba hacia ellos, emitiendo relámpagos.

Libro segundo

Mygan de Llandar servía al Bastón Rúnico (aunque sabiéndolo), al igual que Dorian Hawkmoon. El filósofo de Yel había depositado a Hawkmoon en un país extraño y hostil, dándole muy poca información, para que siguiera la causa del Bastón Rúnico. De modo que ahora se hallaban entrelazados muchos destinos —el de Camarga con Granbretan, el de Granbretan con Asiacomunista, el de Asiacomunista con Amarehk, el de Hawkmoon con D'Averc, el de D'Averc con Plana, el de Plana con Meliadus, el de Meliadus con el rey Huon, el del rey Huon con Shenegar Trott, el de Shenegar Trott con Hawkmoon—. todos ellos entretejidos para realizar el trabajo del Bastón Rúnico, iniciado cuando Meliadus juró por el Bastón Rúnico su gran juramento de venganza contra los habitantes del castillo de Brass. poniendo así en marcha la cadena de acontecimientos. En el tejido eran aparentes las paradojas e ironías, que se harían cada vez más claras para aquellos cuyos destinos se hallaban entrelazados en él. Y mientras Hawkmoon se preguntaba dónde se encontraba, en el tiempo o en el espacio, los científicos del rey Huon perfeccionaban máquinas de guerra cada vez más poderosas, capaces de ayudar a los ejércitos del Imperio Oscuro a extenderse con más y más rapidez por todo el globo, manchándolo todo de sangre...

—LA ALTA HISTORIA DEL BASTÓN RÚNICO

1. Zhenak-Teng

Hawkmoon y D'Averc vieron aproximarse la extraña esfera y, con un gesto de fatiga, desenvainaron las espadas.

Estaban andrajosos, con los cuerpos ensangrentados, los rostros pálidos, con los signos de la tensión del combate y con muy pocos signos de esperanza en los ojos.

—Ah, qué bien nos vendría ahora el poder del amuleto —dijo Hawkmoon del Amuleto Rojo que, de acuerdo con el consejo del Guerrero, había dejado en el castillo de Brass.

—A mí me bastaría con un poco de energía mortal —comentó D'Averc sonriendo débilmente—. Sin embargo, debemos hacer todo lo que podamos —añadió, enderezando los hombros.

La ruidosa esfera se acercó más, balanceándose sobre el césped. Se trataba de una cosa enorme, llena de colores relampagueantes, y era evidente que las espadas no le liarían el menor daño.

La esfera se detuvo cerca de ellos con una especie de chirrido, dominándolos con su enormidad.

Después, empezó a zumbar y en el centro apareció una hendidura que se fue ampliando hasta que pareció como si la esfera fuera a partirse en dos. De su interior surgió un humo blanco y delicado que osciló en el aire, formando una pequeña nube, hasta que se depositó en el suelo.

A continuación, la nube empezó a dispersarse, dejando al descubierto a una figura alta y bien proporcionada, con el largo pelo rubio apartado de los ojos por una pequeña corona de plata. El bronceado cuerpo se cubría con un corto kilt dividido, de color marrón suave. No parecía llevar armas consigo.

Hawkmoon contempló la figura con cautela.

—¿Quién sois? —preguntó—. ¿Qué queréis?

El ocupante de la esfera sonrió.

—Esa pregunta os la debería hacer yo —contestó con un acento peculiar—. Por lo que veo, habéis participado en una lucha... y uno de los vuestros ha resultado muerto. Parece muy viejo para haber sido un guerrero.

—¿Quién sois? —volvió a preguntar Hawkmoon.

—Sois muy resuelto, guerrero. Soy Zhenak-Teng, de la familia de los Teng. Decidme contra quién habéis luchado aquí. ¿Ha sido contra los charkis?

—Ese nombre no significa nada para nosotros. Aquí no hemos luchado contra nadie —contestó D'Averc—. Somos viajeros. Aquellos contra los que luchamos se hallan a una gran distancia. Hemos llegado hasta aquí huyendo de ellos...

—A pesar de lo cual vuestras heridas parecen frescas. ¿Me acompañaréis a Teng-Kampp?

—¿Es así como se llama vuestra ciudad?

—Nosotros no tenemos ciudades. Vamos. Podemos ayudaros..., curar vuestras heridas, e incluso quizá revivir a vuestro amigo.

—Imposible. Está muerto.

—Con mucha frecuencia podemos revivir a los muertos —dijo el hombre elegante sin darle ninguna importancia—. ¿Queréis venir conmigo?

—¿Por qué no? —replicó Hawkmoon encogiéndose de hombros.

Él y D'Averc levantaron el cuerpo de Mygan y avanzaron hacia la esfera. Zhenak-Teng iba delante de ellos.

Vieron que el interior de la esfera era, en realidad, una cabina en la que podían permanecer cómodamente sentados varios hombres. Sin duda alguna, aquel artefacto era allí un medio de transporte habitual. Zhenak-Teng no hizo el menor esfuerzo por ayudarles, dejando que fueran ellos mismos los que decidieran dónde debían sentarse y qué posición debían adoptar.

Pasó la mano por el panel de control de la esfera, y la hendidura empezó a cerrarse. Después iniciaron el viaje, rodando suavemente sobre el césped a una velocidad fantástica, viendo confusamente el paisaje a medida que pasaban.

La llanura se extendía más y más. Nunca vieron en ella ni árboles, ni rocas, colinas o ríos. Hawkmoon empezó a preguntarse si no se trataría, de hecho, de una pradera artificial..., o que quizá hubiera sido artificialmente nivelada en el pasado.

Zhenak-Teng observaba con atención uno de los instrumentos, gracias al cual, presumiblemente, veía el camino que seguían. Tenía las manos situadas sobre una palanca ajustada a una rueda que él hacía girar de vez en cuando en un sentido u otro, dirigiendo así el extraño vehículo.

Pasaron a cierta distancia ante un grupo de objetos en movimiento, que ellos no pudieron definir a través de las paredes de la esfera. Hawkmoon señaló en su dirección.

—Charkis —dijo Zhenak-Teng—. Si tenemos suerte, no nos atacarán.

Parecía tratarse de cosas grises, con el color de la piedra oscura, pero dotados de numerosas patas y protuberancias oscilantes. Hawkmoon no pudo saber si se trataba de criaturas, de máquinas, o de ninguna de las dos cosas.

Transcurrió una hora y finalmente, la esfera empezó a aminorar la velocidad.

—Estamos cerca de Teng-Kampp —dijo.

Poco después la esfera se detuvo y el hombre bronceado se echó hacia atrás, suspirando con alivio.

—Bien —dijo—. He encontrado lo que andaba buscando. Esa fuerza de charkis avanza, alimentándose, en una dirección suroeste, por lo que no creo que se acerquen demasiado a Teng-Kampp.

—¿Qué son los charkis? —preguntó D'Averc con un gesto de dolor al moverse de nuevo, a causa de sus heridas.

—Los charkis son nuestros enemigos, criaturas creadas para destruir la vida humana —contestó Zhenak-Teng—. Se alimentan desde el suelo, absorbiendo energía de los Kampps ocultos de nuestro pueblo.

Tocó una palanca y, tras dar una sacudida, el globo empezó a descender en el suelo.

La tierra pareció tragárselos, cerrándose después sobre ellos. El globo continuó descendiendo durante un rato hasta que por fin se detuvo. Una luz brillante surgió de pronto y vieron que se hallaban en una pequeña cámara

subterránea, que apenas si era lo bastante grande como para contener la esfera.

—Teng-Kampp —dijo lacónicamente Zhenak-Teng tocando una especie de clavo en el panel de control, lo que hizo que la esfera se abriera de nuevo.

Descendieron al suelo de la cámara, llevando a Mygan con ellos. Se tuvieron que agachar para pasar bajo un arco y salieron a otra cámara donde unos hombres vestidos de un modo similar a Zhenak-Teng acudieron presurosos hacia ellos, pasando a su lado, probablemente para reacondicionar la esfera.

—Por aquí —dijo el hombre alto conduciéndoles a un cubículo que empezó a girar con lentitud.

Hawkmoon y D'Averc se apoyaron contra los lados del cubículo, sintiéndose algo mareados, pero la experiencia pasó y Zhenak-Teng les condujo hasta una habitación cubierta por una mullida alfombra, que contenía muebles de aspecto sencillo pero cómodo.

—Éstas son mis habitaciones —explicó—. Enviaré a buscar ahora a los miembros médicos de mi familia que quizá sean capaces de ayudar a vuestro amigo. Disculpadme.

Y tras decir esto desapareció en otra habitación. Poco después regresó, sonriendo.

—Mis hermanos no tardarán en llegar.

—Espero que sea así —dijo D'Averc con un tono de fastidio—. Nunca me he sentido especialmente orgulloso de hallarme en compañía de cadáveres...

—No será por mucho tiempo. Vamos a otra habitación donde podréis refrescaros.

Dejaron atrás el cuerpo de Mygan y entraron en una habitación donde unas bandejas con comida y bebida parecían estar suspendidas en el aire, sin apoyo alguno, algo por encima de unos cojines apilados en el suelo.

Siguiendo el ejemplo de Zhenak-Teng, se sentaron sobre los cojines y se sirvieron de la comida. Estaba deliciosa y no tardaron en ingerir grandes cantidades.

Mientras lo hacían, entraron en la habitación dos hombres con un aspecto similar al de Zhenak-Teng.

—Es demasiado tarde —le dijo uno de ellos a Zhenak-Teng—. Lo siento, hermano, pero no podemos revivir al anciano. Las heridas y el tiempo transcurrido...

Zhenak-Teng miró a D'Averc y a Hawkmoon con una expresión de disculpa.

—Me temo que habéis perdido a vuestro compañero para siempre —dijo.

—En ese caso, quizá podáis ocuparos de que se le haga una buena despedida —dijo D'Averc, casi con alivio.

—Desde luego. Haremos todo lo que sea necesario.

Los otros dos se marcharon y estuvieron ausentes durante media hora. Regresaron cuando Hawkmoon y D'Averc terminaban de comer. El primero de ellos se presentó como Bralan-Teng, y el segundo como Polad-Teng. Eran hermanos de Zhenak-Teng y ambos practicaban la medicina. Inspeccionaron las heridas de Hawkmoon y D'Averc y les aplicaron vendajes. Los dos guerreros no tardaron en sentirse mucho mejor.

—Ahora debéis decirnos cómo llegasteis al territorio de los Kampp —dijo Zhenak-Teng—. Muy pocos extranjeros se aventuran por nuestras llanuras, debido sobre todo a la presencia de los charkis. Tenéis que contarnos las cosas que ocurren en otras partes del mundo...

—No estoy muy seguro de que podáis comprender la contestación a vuestra primera pregunta —dijo Hawkmoon—. o que podamos ayudaros con noticias de nuestro mundo.

A continuación, explicó lo mejor que pudo cómo habían llegado hasta allí y dónde se encontraba su propio mundo. Zhenak-Teng le escuchó con una cuidadosa atención.

Sí, tenéis razón —dijo—. Comprendo muy pocas cosas de lo que me habéis contado. Jamás había oído hablar de ninguna «Europa» o «Granbretan», y el instrumento que me habéis descrito no es conocido por nuestra ciencia. Pero os creo. ¿De qué otro modo podríais haber aparecido tan de repente en la llanura de los Kampp?

—¿Qué son los Kampp? —preguntó D'Averc—. Dijisteis que no eran ciudades.

—Y no lo son. Se trata de casas familiares que pertenecen a un clan. En nuestro caso, la casa subterránea

pertenece a la familia Teng. Otras familias cercanas son los Ohn, los Sek y los Neng. Hace años había muchas más..., pero los charkis las descubrieron y destruyeron.

—¿Y qué son los charkis? —preguntó Hawkmoon.

—Los charkis son nuestros sempiternos enemigos. Fueron creados por aquellos que en otros tiempos trataron de destruir las casas de la llanura. En último término, ese enemigo se destruyó a sí mismo en una especie de experimento explosivo, pero esas criaturas, los charkis, continúan deambulando por la llanura. Disponen de medios increíbles para derrotarnos, ya que pueden alimentarse con nuestra energía vital —dijo Zhenak-Teng con un estremecimiento.

—¿Que se alimentan de vuestra energía vital? —preguntó D'Averc frunciendo el ceño—. ¿Qué significa eso?

—Absorben todo aquello que crea vida, todo lo que es vida, dejándonos secos, inútiles, destinados a morir lentamente, incapaces de movernos...

Hawkmoon se dispuso a plantear otra pregunta pero se lo pensó mejor y cambió de idea. Era evidente que el tema le resultaba doloroso a Zhenak-Teng. Así pues, cambió de tema y preguntó:

—¿Y qué es la llanura? No me parece natural.

—No lo es. En otros tiempos fue el lugar donde teníamos los campos, pues nosotros fuimos antes muy poderosos entre las Cien Familias..., hasta que llegó el que creó a los charkis. Él quería para sí mismo nuestros artefactos y nuestras fuentes de poder. Se llamaba Shenatar-vron-Kensai, y trajo a los charkis consigo desde el este, con el único propósito de destruir por completo a las Familias. Y eso fue lo que hicieron, a excepción del puñado de las que sobrevivimos. Pero poco a poco, a lo largo de los siglos, los charkis nos han ido descubriendo...

—Parecéis no tener ninguna esperanza —comentó D'Averc en un tono casi acusador.

—Sólo somos realistas —replicó Zhenak-Teng sin rencor. —Mañana quisiéramos continuar nuestro camino —dijo Hawkmoon—. ¿Tenéis mapas..., algo que nos ayude a llegar a Narleen?

—Tengo un mapa..., aunque es basto. Narleen era una gran ciudad comercial situada en la costa. Eso fue hace siglos. No sé qué ha sido de ella. —Zhenak-Teng se levantó—. Y ahora os mostraré la habitación que os he preparado. Allí podréis dormir esta noche e iniciar vuestro largo viaje por la mañana.

2. Los charkis

Hawkmoon se despertó al escuchar el ruido del combate.

Se preguntó por un momento si había estado soñando, si no se encontraba de regreso en la caverna y D'Averc no seguía luchando contra el barón Meliadus. Saltó de la cama, abalanzándose sobre la espada, que había dejado en una silla cercana, junto con sus harapientas ropas. Se encontraba en la misma habitación donde Zhenak-Teng le dejara la noche anterior, y, en la otra cama, D'Averc acababa de despertarse también, con una expresión de sorpresa en el rostro.

Hawkmoon empezó a vestirse apresuradamente. Desde detrás de las puertas les llegaban gritos, el entrecocar de las espadas, extraños quejidos y gemidos. En cuanto se hubo vestido se dirigió hacia la puerta y la abrió para dejar apenas una rendija por la que ver.

Se quedó asombrado. Los bronceados y elegantes miembros del Kampp de Teng se hallaban muy ocupados tratando de destruirse entre ellos... Y lo que producían los sonidos metálicos no eran espadas, sino cuchillos de carnicero, barras de hierro y un extraño conjunto de herramientas domésticas y científicas utilizadas como armas. Todos los rostros gruñían, con expresiones bestiales y alarmantes, las bocas aparecían cubiertas de espuma y los ojos miraban con expresión demencia!. ¡Parecían haberse vuelto todos locos!

Un humo azul oscuro empezó a penetrar en el pasillo; Hawkmoon percibió un olor que fue incapaz de definir, y escuchó el sonido del cristal y el metal rotos y desgarrados.

—¡Por el Bastón Rúnico, D'Averc! —exclamó—. ¡Parecen poseídos por la locura!

De pronto, un grupo de hombres en lucha se apoyó contra la puerta, empujándola hacia el interior, y Hawkmoon se encontró en medio de ellos. Los apartó a empujones y saltó hacia un lado. Nadie le atacó, ni a él ni a D'Averc. Siguieron destrozándose los unos a los otros, como si no se hubieran dado cuenta de la presencia de ambos espectadores.

—Por aquí —le dijo Hawkmoon a D'Averc, y abandonó la habitación, con la espada en la mano.

Tosió cuando el humo azulado penetró en sus pulmones y le picó en los ojos. Había ruinas por todas partes. Los cadáveres llenaban el pasillo.

Se abrieron paso juntos por los pasillos, hasta que llegaron a las habitaciones de Zhenak-Teng. La puerta estaba cerrada con llave. Frenéticamente. Hawkmoon la golpeó con la empuñadura de la espada.

—¡Zhenak-Teng, somos Hawkmoon y D'Averc! ¿Estáis dentro?

Hubo un movimiento al otro lado de la puerta, que se abrió poco después. Zhenak-Teng apareció en el umbral, con el semblante mostrando una expresión aterrorizada. Les dejó entrar y luego volvió a cerrar la puerta en seguida.

—Los charkis —dijo—. Tuvo que haber otro grupo de ellos deambulando por alguna otra parte. He fracasado en mi misión de descubrirlos. Nos han tomado por sorpresa. Estamos condenados.

—Yo no veo ningún monstruo —dijo D'Averc—. Vuestros compañeros luchan entre ellos.

—Sí..., ésa es la forma que tienen los charkis de derrotarnos. Emiten ondas, una especie de rayos mentales que nos vuelven locos, nos convierten en acérrimos enemigos de nuestros mejores amigos y hermanos. Y mientras luchamos entre nosotros, ellos entran en el Kampp. ¡No tardarán en estar aquí!

—Ese humo azulado..., ¿qué es? —preguntó D'Averc.

—Eso no tiene nada que ver con los charkis. Procede de nuestros generadores destrozados. Ahora nos hemos quedado sin energía aunque la pudiéramos recuperar.

Desde alguna parte les llegaron golpes y crujidos terribles que estremecieron toda la estancia donde se hallaban.

—Los charkis —murmuró Zhenak-Teng—. Sus rayos no tardarán en alcanzarme, incluso a mí...

—¿Por qué no os han alcanzado ya? —preguntó Hawkmoon.

—Porque algunos de nosotros poseemos una mayor capacidad para resistirlos. Vosotros, por ejemplo, no los sufrís en absoluto. Otros, en cambio, se desmoronan con mucha mayor rapidez.

—¿No podemos escapar? —preguntó Hawkmoon mirando por la habitación —. ¿Y la esfera en que vinimos...?

—Demasiado tarde, demasiado tarde...

D'Averc sujetó a Zhenak-Teng por un hombro.

—Vamos, hombre —le dijo—. Podemos escapar si nos movemos con rapidez. ¡Vos podéis conducir la esfera!

—Tengo que morir con mi familia.... la familia que he ayudado a destruir.

Zhenak-Teng apenas si era reconocible como el hombre controlado y civilizado que había hablado con ellos el día anterior. Le había abandonado toda expresión de buen ánimo. Sus ojos ya refulgían, y a Hawkmoon le pareció que no tardaría en sucumbir al extraño poder de los charkis.

Entonces, tomó una rápida decisión. Levantó la espada y golpeó con el pomo la base del cráneo de Zhenak-Teng, que se desmoronó, perdido el conocimiento.

—Y ahora, D'Averc —dijo con una sonrisa burlona—, llevémoslo a la esfera. ¡Rápido!

Tosiendo a causa del humo azulado que se hacía cada vez más espeso, salieron tambaleándose de la habitación, llevando entre ambos el cuerpo inconsciente de Zhenak-Teng. Hawkmoon recordaba el lugar donde habían dejado la esfera y le indicó el camino a D'Averc.

Todo el pasillo se sacudió de pronto de un modo alarmante, y se vieron obligados a detenerse para mantener el equilibrio. Y entonces...

—¡La pared! ¡Se está hundiendo! —aulló D'Averc, retrocediendo —. ¡Rápido, Hawkmoon! Por ese otro lado.

—¡Tenemos que llegar a la esfera! —gritó Hawkmoon—. ¡Tenemos que seguir!

Fragmentos del techo empezaron a caer y una cosa gris como una piedra se arrastró por entre las grietas del muro, entrando en el pasillo. En el extremo de aquella cosa había lo que parecía ser una ventosa, como la de un pulpo, que se movía igual que si fuera una boca, tratando de entrar en contacto con ellos.

Hawkmoon se estremeció lleno de horror y lanzó un tajo contra aquella cosa, que retrocedió. Pero después de emitir un ligero gemido, como si sólo se hubiera ofendido un poco ante el ataque y deseara hacer amigos, avanzó de nuevo hacia ellos.

En esta ocasión, Hawkmoon imprimió una mayor fuerza a su golpe y la cortó. Desde el otro lado de la habitación se escuchó un gruñido y un siseo. La criatura pareció sorprendida al comprobar que algo se le resistía. Sin dejar de sostener a Zhenak-Teng sobre su hombro, Hawkmoon lanzó otro golpe contra el tentáculo, después saltó sobre él y empezó a correr por el pasillo en ruinas.

—¡Vamos, D'Averc! ¡A la esfera!

D'Averc pasó junto al tentáculo herido y le siguió. Ahora, el muro daba paso a otro, poniendo al descubierto una verdadera masa de tentáculos en movimiento, una cabeza pulsante y un rostro que era una parodia de los rasgos humanos, y que mostraba una sonrisa apaciguadora de idiota.

—¡Seguramente quiere que le acariciemos! —exclamó D'Averc con un humor negro, al tiempo que intentaba evitar al tentáculo que se extendía hacia él—. ¿Pretendéis herir sus sentimientos de ese modo, Hawkmoon?

Hawkmoon estaba muy ocupado tratando de abrir la puerta que conducía a la cámara donde estaba la esfera. Zhenak-Teng, que estaba en el suelo, cerca de él, empezó a gemir y se llevó las manos a la cabeza.

Hawkraoon consiguió abrir la puerta, volvió a sostener a Zhenak-Teng sobre su hombro y traspasó el umbral, entrando en la cámara donde estaba la esfera.

De allí no surgía ningún ruido y sus colores aparecían ahora apagados, pero se hallaba lo bastante abierta como para permitirles entrar en ella. Hawkmoon subió la escalerilla y dejó a Zhenak-Teng en el asiento situado ante el panel de control. D'Averc se le reunió en seguida.

—Poned este trasto en marcha —le dijo a Zhenak-Teng—, o todos nosotros seremos devorados por el charki que

habéis visto ahí fuera... — Y señaló hacia aquella cosa gigantesca que se estaba abriendo paso a través de la puerta de la cámara.

Algunos tentáculos se arrastraron por los lados de la esfera, dirigiéndose hacia ellos. Uno tocó ligeramente a Zhenak-Teng en un hombro y el hombre lanzó un gemido. Hawkmoon aulló y lo cortó de un tajo, haciéndolo caer blandamente al suelo. Pero otros tentáculos se balanceaban ahora a su alrededor, sujetando al hombre bronceado que parecía aceptar el contacto con una pasividad completa. Hawkmoon y D'Averc le gritaron para que pusiera en marcha la esfera, mientras se dedicaban desesperadamente a cortar las docenas de miembros oscilantes que les rodeaban.

Hawkmoon extendió una mano y sujetó con fuerza a Zhenak-Teng por la nuca.

—¡Cerrad la esfera, Zhenak-Teng! ¡Cerradla!

Éste le obedeció con un movimiento espasmódico, haciendo descender una pequeña palanca. La esfera produjo un zumbido y un murmullo y empezó a brillar con toda clase de colores.

Los tentáculos trataron de resistir el continuo movimiento de las paredes, a medida que la abertura empezaba a cerrarse. Tres de aquellos tentáculos lograron sobrepasar la defensa de D'Averc y se adhirieron a Zhenak-Teng, que gimió y quedó flácido. Una vez más, Hawkmoon cortó los tentáculos y, finalmente, la esfera se cerró y empezó a elevarse.

Uno tras otro, los tentáculos fueron desapareciendo, a medida que la esfera se elevaba, y Hawkmoon emitió un verdadero suspiro de alivio. Se volvió hacia el hombre bronceado y exclamó:

—¡Estamos libres!

Pero Zhenak-Teng miraba apagadamente ante sí, con los brazos colgándole flaccidamente a los costados.

—No sirve de nada —dijo con lentitud—. Me ha arrebatado la vida...

Y se derrumbó hacia un lado, cayendo al suelo.

Hawkmoon se inclinó junto a él colocando una mano sobre su pecho para localizar el latido de su corazón. Al hacerlo, se estremeció horrorizado.

—Está frío, D'Averc— ¡increíblemente frío!

—Pero ¿vive? —preguntó el francés.

—Está muerto —contestó Hawkmoon sacudiendo la cabeza.

La esfera seguía elevándose con rapidez y Hawkmoon saltó hacia los controles, observándolos desesperado, sin saber distinguir un instrumento de otro, sin atreverse a tocar nada para no descender de nuevo hacia donde los charkis celebraban su festín, absorbiendo la vida al pueblo del Kampp-Teng.

De pronto, se encontraron en el aire libre y se vieron rodeados por el césped. Hawkmoon se sentó ante los controles y tomó la palanca, tal y como le había visto hacer a Zhenak-Teng el día anterior. La empujó cautelosamente hacia un lado y tuvo la satisfacción de comprobar que la esfera se movía en seguida en esa misma dirección.

—Creo que puedo conducirla —le dijo a su amigo—. Pero no tengo ni la menor idea de cómo se para o se abre.

—Mientras dejemos atrás a esos monstruos, no me sentiré nada deprimido —comentó D'Averc con una sonrisa—. Dirigid este trasto hacia el sur, Hawkmoon. Al menos iremos en la dirección que teníamos intención de seguir.

Hawkmoon hizo lo que se le sugería y avanzaron durante varias horas sobre la llanura hasta que, al final, vieron ante ellos un bosque.

—Será interesante comprobar cómo se comporta la esfera cuando lleguemos a los árboles —dijo D'Averc cuando su compañero le señaló los árboles—. Es evidente que no ha sido diseñada para esa clase de terreno.

3. El río Sayou

La esfera chocó contra los árboles, produciendo un estrepitoso sonido de madera desgarrada y metal retorcido.

D'Averc y Hawkmoon salieron despedidos hacia el extremo más alejado de la cámara de control, en compañía del desagradable cadáver de Zhenak-Teng.

Primero salieron proyectados hacia arriba, después hacia los lados, y de no haber sido porque las paredes de la esfera estaban muy bien acolchadas, habrían podido morir con los huesos rotos.

La esfera se detuvo por fin, giró durante unos momentos y de pronto se partió, abriéndose en dos, arrojando al suelo a Hawkmoon y D'Averc.

—¡Qué experiencia tan innecesaria para alguien tan débil como yo! —exclamó D'Averc con un gemido.

Hawkmoon sonrió en son de burla, debido en parte al humor de su compañero, pero también al alivio que experimentó.

—Bueno —dijo—, hemos escapado más fácilmente de lo que me habría atrevido a imaginar. Levantaos, D'Averc. Tenemos que seguir nuestro camino... hacia el sur.

—Creo que nos vendría bien un pequeño descanso —dijo D'Averc desperezándose y levantando la mirada hacia las ramas verdes de los árboles.

El sol se abría paso entre ellas, dando al bosque tonalidades esmeralda y doradas. Se percibía el penetrante olor a pinos y abedules, y desde una de las ramas superiores una ardilla miró hacia ellos con sus brillantes ojos negros y sardónicos. Tras ellos se hallaban los restos de la esfera, entre una maraña de raíces y ramas quebradas. Varios árboles pequeños habían quedado cortados, y otros desgajados. Hawkmoon se dio cuenta de que habían tenido mucha suerte de escapar con vida. Se estremeció ahora y comprendió el sentido de las palabras de su compañero. Se sentó sobre una pequeña elevación cubierta de hierba, apartando la mirada de los restos de la esfera y del cadáver de Zhenak-Teng que podía verse, tumbado, en uno de los lados de ésta.

D'Averc se dejó caer a su lado, tumbándose de espaldas en el suelo. Del interior de su ajado jubón extrajo un trozo de pergamino doblado: era el mapa que Zhenak-Teng les había entregado poco antes de que se retiraran a descansar la noche anterior.

Lo abrió y estudió su contenido. Mostraba la llanura con bastante detalle, marcando los distintos Kampps del pueblo de Zhenak-Teng y lo que parecían ser las huellas de caza de los charkis. Junto a la mayor parte de los habitáculos subterráneos aparecían cruces, mostrando probablemente aquellos que habían sido destruidos por los charkis.

—Mirad —dijo, señalando un lugar situado cerca de la esquina del mapa—. Aquí está el bosque..., y justo al norte hay marcado un río..., el Sayou. Esta flecha señala al sur, hacia Narleen. Por lo que puedo deducir, ese río nos conducirá hasta la ciudad.

—En tal caso, vayamos en dirección al río —cuanto nos hayamos recuperado un poco —asintió Hawkmoon—. Cuanto antes lleguemos a Narleen, tanto mejor. Allí, al menos, espero descubrir en qué lugar y tiempo nos encontramos. Fue una verdadera mala suerte que los charkis atacaran cuando lo hicieron. Si hubiéramos podido interrogar más a Zhenak-Teng, habríamos podido saber por él dónde nos encontramos.

Durmieron durante una hora o más, envueltos por la paz del bosque. Después se levantaron, se ajustaron las ropas ajadas y emprendieron el camino hacia el norte, donde estaba el río.

A medida que avanzaban los matojos se espesaban y la arboleda se hacía más densa. Las colinas sobre las que se elevaban los árboles también se fueron haciendo más escarpadas, de modo que al llegar la noche estaban agotados y de mal humor, y apenas si hablaban entre sí.

Hawkmoon rebuscó entre los pocos objetos que llevaba en la bolsa, y palpó una caja de yesca de ornamentado dibujo. Siguieron caminando durante media hora más, hasta que llegaron a una corriente de agua que alimentaba un gran estanque situado entre laderas altas, cubiertas de árboles por tres de sus lados. Junto al estanque había un pequeño claro.

—Pasaremos la noche aquí, D'Averc, pues ya no puedo seguir más.

D'Averc asintió con un gesto y se dejó caer junto al estanque, bebiendo con avidez del agua clara.

—Parece profundo —dijo, incorporándose y secándose los labios.

Hawkmoon se dedicaba a encender una fogata y no dijo nada.

No tardaron en disponer de un buen fuego.

—Quizá debiéramos intentar cazar algo —dijo D'Averc perezosamente—. Empiezo a tener hambre. ¿Sabéis algo de cazar en el bosque, Hawkmoon?

—Algo —contestó éste—. Pero yo no tengo hambre, D'Averc.

Y, tras decir esto, se tumbó en el suelo y se quedó durmiendo.

Era de noche y hacía frío, y Hawkmoon se despertó instantáneamente ante el grito aterrorizado de su amigo.

Se levantó en seguida y miró en la dirección que le señalaba D'Averc, al tiempo que extraía la espada de su funda. Y se quedó con la boca abierta, horrorizado ante lo que vio.

Surgiendo de las aguas del estanque, que le resbalaban por los enormes costados, había una criatura reptiliana, con refulgentes ojos negros y escamas tan negras como la noche. Sólo la boca, muy abierta ahora, mostraba la blancura de unos dientes puntiagudos. El animal se arrastraba por el agua, dirigiéndose hacia ellos.

Hawkmoon retrocedió, sintiéndose empujado por aquel monstruo. La cabeza del animal oscilaba hacia abajo y adelante, y las mandíbulas se cerraron con un chasquido a muy poca distancia del rostro de Hawkmoon, casi asfixiado por la nauseabunda respiración del reptil.

—¡Corred, Hawkmoon, corred! —gritó D'Averc.

Juntos, echaron a correr hacia la protección del bosque.

Pero la criatura ya había salido del agua y les perseguía. De su garganta surgió un terrible crujido que pareció llenar todo el bosque. Hawkmoon y D'Averc se cogieron de la mano para mantenerse juntos, mientras retrocedían tambaleándose por entre los matorrales, sin ver apenas nada en la oscuridad de la noche.

Volieron a escuchar el crujido del monstruo y en esta ocasión surgió de sus fauces una lengua suave y larga, que se extendió como un látigo en el aire, atrapando a D'Averc por la cintura.

El francés gritó y trató de golpear aquella lengua con su espada. Hawkmoon aulló a su vez y dio un salto hacia el monstruo, acuchillando con todas sus fuerzas aquella cosa negra, sin soltar a D'Averc de la mano, tratando de sostenerle lo mejor que podía.

Inexorablemente, la poderosa lengua les fue arrastrando a ambos hacia las fauces abiertas de la bestia acuática. Hawkmoon comprendió que sería inútil intentar salvar a D'Averc de aquella forma. Soltó la mano de D'Averc y se hizo a un lado, lanzando un tajo contra la espesa lengua negra.

Entonces, tomó la espada con ambas manos, la levantó por encima de su cabeza y la dejó caer con todas sus fuerzas.

La bestia volvió a rugir y el terreno se estremeció, pero la lengua se partió lentamente y una sangre nauseabunda surgió de ella. Escucharon entonces un terrible grito y el monstruo acuático empezó a golpear en todas direcciones, desgajando los árboles con su fuerza. Hawkmoon asió a D'Averc, lo hizo levantarse de un estirón, y apartó la pegajosa carne de la lengua partida.

—Gracias —jadeó D'Averc mientras corrían—. Este territorio empieza a disgustarme, Hawkmoon... ¡Parece mucho más lleno de peligros que el nuestro!

El monstruo del estanque les persiguió, rugiendo, crujiendo y lanzando aullidos, enloquecido de rabia.

—¡Vuelve a darnos alcance! —gritó Hawkmoon—. ¡No podemos escapar de él!

Se volvieron, tratando de ver en la oscuridad. Y pudieron ver los dos ojos refulgentes de la criatura. Hawkmoon levantó la espada en la mano, recuperando el equilibrio.

—Sólo nos queda una posibilidad —gritó, y lanzó la espada directamente contra aquellos ojos malvados.

Hubo otro poderoso rugido y un enorme ruido agitado entre los árboles. Después, las brillantes órbitas desaparecieron y escucharon a la bestia arrastrándose por donde había venido, de regreso hacia el estanque.

Hawkmoon jadeó, pero se sintió aliviado.

—No he logrado matarlo, pero sin duda alguna decidí que no éramos la presa fácil por la que nos había tomado en un principio. Vamos, D'Averc, alcancemos ese río en cuanto podamos. ¡Quiero dejar atrás este condenado bosque!

—¿Y qué os hace pensar que el río sea menos peligroso? —le preguntó D'Averc con una sonrisa sardónica mientras iniciaban de nuevo el recorrido a través del bosque, guiándose para encontrar la dirección por los lados de los árboles sobre los que crecía el musgo.

Dos días más tarde salieron del bosque y se encontraron en la ladera de una colina que descendía escarpadamente hacia un valle, recorrido por un río bastante ancho. Sin duda alguna, se trataba del río Sayou.

Estaban cubiertos de suciedad, sin afeitar, con las ropas destrozadas casi a punto de desintegrarse. A Hawkmoon sólo le quedaba una daga como única arma, y D'Averc había terminado por quitarse el jubón destrozado, e iba desnudo hasta la cintura.

Bajaron la ladera de la colina, tropezando con las raíces, golpeándose con las ramas, sin prestar atención a las dificultades en su prisa por llegar al río.

No sabían adonde les llevaría el río, pero no sólo querían dejar atrás el bosque y su monstruo, ya que, aun cuando no habían descubierto nada tan terrible como el reptil del estanque, habían visto a más monstruos a cierta distancia y divisado las huellas de otros.

Se lanzaron al agua y se dedicaron a lavarse y quitarse el barro y la suciedad de los cuerpos, sonriéndose el uno al otro.

—¡Ah, qué dulce es el agua! —exclamó D'Averc—. Acerquémonos a las ciudades y a la civilización. No me importa lo que nos pueda ofrecer esa civilización..., siempre será algo más familiar que lo peor de este lugar natural tan sucio.

Hawkmoon sonrió, sin compartir del todo el estado de ánimo de D'Averc, aunque comprendiendo sus sentimientos.

—Construiremos una almadía —dijo—. Tenemos suerte de que la corriente vaya hacia el sur. Todo lo que necesitamos hacer es dejar que la corriente nos arrastre hacia nuestro objetivo.

—Y además podéis pescar, Hawkmoon... Podremos prepararnos una buena comida. No estoy acostumbrado a los sencillos alimentos que hemos estado tomando estos dos últimos días: bayas y raíces. ¡Puaj!

—Os enseñaré a pescar, D'Averc. La experiencia os puede ser muy valiosa si en el futuro os vierais inmerso en una situación similar.

Y Hawkmoon se echó a reír, dándole a su amigo una palmada en la espalda.

4. Valjon de Starvel

Cuatro días más tarde la almadía les había permitido avanzar muchos kilómetros río abajo. Ya no había bosques en las orillas, sino que ahora se veían suaves colinas y mares de grano silvestre que crecía a ambos lados.

Hawkmoon y D'Averc se alimentaban de lo que pescaban en el río, además del grano y la fruta recogida de las orillas, y se fueron sintiendo más relajados a medida que la almadía avanzaba hacia Narleen.

Tenían el aspecto de marineros náufragos, con las ropas destrozadas, las barbas hirsutas y cada día más abundantes, pero en sus ojos ya no aparecía la salvaje mirada del hambriento sometido a toda clase de peligros, todo lo cual permitía que su estado de ánimo hubiera mejorado mucho.

Durante la tarde del cuarto día de navegación divisaron un barco. Se levantaron y le hicieron señas frenéticamente, intentando llamar su atención.

—¿Quizá ese barco proceda de Narleen! —gritó Hawkmoon—. ¡Quizá nos admitan a bordo y nos permitan trabajar para pagar nuestro pasaje a la ciudad!

Se trataba de un barco de proa alta, hecho de madera pintada con vivos colores, entre los que predominaban el rojo, el dorado, el amarillo y el azul. Aunque tenía el aspecto de una goleta de dos palos, también disponía de remos, que ahora estaban siendo utilizadas para avanzar hacia ellos, corriente arriba. De los palos y cuerdas ondeaban cien banderas de brillantes colores, y los hombres que se veían en la cubierta también iban vestidos con ropas de vivos colores.

Los remos del barco dejaron de impulsarlo y la nave se deslizó a un costado de la almadía. Por la borda se asomó un rostro de poblada barba, que les miró.

—¿Quiénes sois? —preguntó.

—Viajeros..., extranjeros en estos contornos. ¿Podemos subir a bordo y pagar con nuestro trabajo el pasaje a Narleen? —preguntó D'Averc.

El hombre de la barba se echó a reír.

—¡ Ah, claro que podéis! Subid a bordo, caballeros.

Les tendieron una escala de cuerda y Hawkmoon y D'Averc subieron, sintiéndose agradecidos, y poco después se encontraban en la cubierta de la nave.

—Éste es el Halcón del río —les dijo el hombre de la barba — . ¿Habéis oído hablar de él?

—Ya os lo he dicho..., somos extranjeros —contestó Hawkmoon.

—Ah... Bueno, este barco es propiedad de Valjon de Starvel... Sin duda alguna habréis oído hablar de él, ¿verdad?

—No —contestó D'Averc — . Pero nos sentimos agradecidos porque haya puesto un barco en nuestro camino. —Sonrió y añadió —: Y ahora, amigo mío, ¿qué decis a nuestra proposición de trabajar para pagarnos el pasaje a Narleen?

—Bueno, si no tenéis dinero...

—Ninguno.

—Será mejor que le preguntemos al mismo Valjon qué quiere hacer con vosotros.

El hombre de la barba les acompañó hasta la cubierta de popa, donde había un hombre delgado que no les dirigió una sola mirada.

—¿Lord Valjon? —dijo el de la barba.

—¿Sí? ¿Qué hay, Ganak?

—Los dos que hemos admitido a bordo. No tienen dinero.... y dicen que desean trabajar para pagar su pasaje.

—Bueno, permitídselo entonces, Ganak, si es eso lo que desean. — Valjon sonrió tristemente y repitió—:

Permitídselo.

No miró en ningún momento ni a Hawkmoon ni a D'Averc, y sus ojos melancólicos siguieron mirando fijamente las aguas del río. Los despidió a todos con un ligero movimiento de la mano.

Hawkmoon se sintió incómodo y miró a su alrededor. Toda la tripulación les estaba mirando en silencio, con débiles sonrisas en los rostros curiosos.

—¿Cuál es la broma? —preguntó, convencido de que se estaban riendo de algo.

—¿Broma? —replicó Ganak—. No hay ninguna. Y ahora, caballeros, ¿queréis tomar un remo para llevaros a Narleen?

—Si ésa es la clase de trabajo que nos permite acercarnos a la ciudad. .. —dijo D'Averc con cierta mala gana.

—Parece un trabajo arduo —comentó Hawkmoon—. Pero si nuestro mapa es correcto no debemos hallarnos muy lejos de Narleen. Mostradnos dónde están nuestros remos, amigo Ganak.

Ganak les acompañó a lo largo de la cubierta, hasta que llegaron al pasadizo existente entre los remeros. Una vez allí, a Hawkmoon le impresionó mucho ver el estado en que se encontraban los hombres. Todos parecían estar medio muertos de hambre y cubiertos de suciedad.

—No comprendo... —empezó a decir.

—No os preocupéis —le interrumpió Ganak echándose a reír—. Pronto lo entenderéis.

—¿Qué son estos remeros? —preguntó D'Averc consternado.

—Son esclavos, caballeros... y vosotros también lo sois ahora. A bordo del Halcón del río no admitimos a nadie que no represente un beneficio para nosotros, y puesto que no tenéis dinero y no parece probable que podamos obtener un rescate, os convertiremos en esclavos para que manejeis nuestros remos. ¡Bajad ahí!

D'Averc desenvainó la espada y Hawkmoon la daga, pero Ganak retrocedió y les hizo una seña a los hombres de su tripulación.

—A por ellos, muchachos. Enseñadles unos cuantos trucos, ya que no parecen comprender lo que deben hacer los esclavos.

Detrás de ellos y a lo largo del pasadizo, apareció un gran número de marineros, todos ellos armados con relucientes espadas, mientras que otro grupo se les acercaba de frente.

D'Averc y Hawkmoon se prepararon para morir llevándose por delante a un buen número de marineros, pero entonces desde arriba descendió una figura que colgaba de una cuerda. Se balanceó sobre ellos y les golpeó con fuerza en la cabeza, utilizando un bastón de madera. Ambos perdieron el conocimiento y cayeron junto a los remos.

La figura sonrió burlonamente y se dejó caer sobre el pasillo, metiéndose el bastón de madera en el cinto. Ganak se echó a reír y le palmeó el hombro.

—Buen trabajo, Orindo. Ese truco siempre es el mejor, y nos ahorra mucho derramamiento de sangre.

Los demás marineros se adelantaron, desarmaron a los dos hombres caídos y les ataron las muñecas a un remo.

Cuando Hawkmoon despertó, él y D'Averc estaban el uno al lado del otro, sentados sobre un duro banco. Vio a Orindo sentado en el pasadizo, con las piernas colgando sobre ellos. Era un muchacho que apenas tendría dieciséis años, y mostraba una burlona sonrisa en el rostro.

Se volvió y llamó a alguien a quien Hawkmoon no pudo ver.

—Ya se han despertado. Ahora ya podemos seguir nuestro camino... de regreso a Narleen. —Les guiñó un ojo a Hawkmoon y a D'Averc y añadió—: Ya podéis comenzar, caballeros. —Parecía estar imitando una voz que le llegara desde arriba—. Tenéis suerte. Ahora hemos girado y vamos corriente abajo. Vuestro primer trabajo será fácil.

Hawkmoon hizo una burlona inclinación sobre el remo al que estaba atado.

—Gracias, joven. Apreciamos vuestra preocupación.

—Os daré más consejos de vez en cuando, pues así es mi amable naturaleza — replicó Orindo incorporándose. Se arremolinó la capa roja y azul alrededor de su cuerpo y se alejó contoneándose por el pasillo.

A continuación se asomó el rostro de Ganak. Empujó el hombro de Hawkmoon con un afilado bichero y dijo: —Remad bien, amigo, si no queréis sentir la mordedura de esto en las entrañas.

Después, Ganak desapareció. Los otros remeros se inclinaron y empezaron a cumplir con su tarea. Hawkmoon y D'Averc se vieron obligados a imitarles.

Remaron durante la mayor parte del día, percibiendo el olor a sudor de los cuerpos, y para comer sólo recibieron un cuenco de sopa al mediodía. El duro trabajo les desgarraba la espalda, aunque los murmullos de gratitud de los demás esclavos al tener que remar río abajo, les permitieron comprender lo que significaría hacer lo mismo río arriba.

Por la noche se tumbaron sobre los remos, apenas capaces de ingerir un segundo cuenco de una masa nauseabunda que, en todo caso, resultó mucho peor que la primera.

Hawkmoon y D'Averc se sentían demasiado débiles como para hablar, pero hicieron algún intento por desembarazarse de sus ligaduras. Les fue imposible. Estaban demasiado agotados para librarse de unas cuerdas tan bien atadas.

A la mañana siguiente les despertó el vozarrón de Ganak.

—¡Todos los remeros a sus puestos! ¡Vamos, escoria! ¡Me refiero a vosotros..., caballeros! ¡A remar! ¡A remar! Hay una presa a la vista, y si fallamos sufriréis la cólera de lord Valjon.

Los agotados cuerpos de los demás remeros se pusieron a remar en seguida al escuchar aquellas amenazas, y Hawkmoon y D'Averc inclinaron las espaldas y contribuyeron a impulsar el enorme barco en contra de la corriente.

Desde arriba les llegaron los ruidos de las pisadas de los hombres que se apresuraban, preparando el barco para la inminente batalla. El vozarrón de Ganak aullaba desde la popa, dando instrucciones en nombre de su jefe, lord Valjon.

Hawkmoon creyó que se moriría con el agotador esfuerzo de remar, el corazón le latía con fuerza y los músculos rechinaban con el dolor del ejercicio. Por muy musculoso que fuera, aquel esfuerzo era insólito para él y le tensaba dolosamente todo el cuerpo, debido a la falta de costumbre. Estaba cubierto de sudor y el pelo se le pegaba a la cara. Tenía la boca abierta y pugnaba por respirar con más rapidez.

—Oh, Hawkmoon —jadeó D'Averc—. No era... éste... el papel... que pretendía... desempeñar... en la vida...

Pero Hawkmoon no pudo replicar nada, debido al dolor que sentía en el pecho y en los brazos.

Se produjo entonces un brusco choque cuando el barco se encontró con otro, y la voz de Ganak gritó:

—¡Bajad los remos!

Hawkmoon y los demás obedecieron en seguida y se dejaron caer, agotados, sobre los remos, mientras por encima de ellos se escuchaban los primeros ruidos del combate. Se oyeron las espadas cruzándose, los gritos de agonía de los hombres que mataban y eran muertos, pero a Hawkmoon todo aquello sólo le parecía como un sueño lejano. Tenía la impresión de que si continuaba remando en el barco de lord Valjon no tardaría en morir.

Entonces, de pronto, escuchó sobre él un grito gutural y un gran peso le cayó encima. El cuerpo se retorció, se arrastró sobre su cabeza y cayó frente a él. Se trataba de un marinero de aspecto brutal, con el cuerpo cubierto de una pelambrea rojiza. Mostraba un gran tajo en el centro del cuerpo. Abrió la boca en busca de aire, se estremeció y murió, cayéndole de la mano el cuchillo que había sostenido.

Hawkmoon se lo quedó mirando durante un rato, medio atontado. Pero su cerebro no tardó en ponerse a trabajar. Extendió los pies y tocó el cuchillo caído. Poco a poco, haciendo cortas pausas, lo fue atrayendo hacia sí, hasta que se encontró debajo del banco que ocupaba. Después, agotado, volvió a dejarse caer sobre el remo.

Mientras tanto, los sonidos del combate se fueron apagando y poco después el olor a madera quemada obligó a Hawkmoon a regresar a la realidad. Miró a su alrededor con una expresión de pánico y no tardó en darse cuenta de

lo que sucedía.

—Es el otro barco el que está ardiendo —le dijo D'Averc—. Estamos a bordo de un barco pirata, amigo Hawkmoon. Un barco pirata. —Sonrió con sorna y añadió—: ¡Qué ocupación más innoble! ¡Y con una salud tan frágil como la mía...!

Hawkmoon reflexionó críticamente, dándose cuenta de que D'Averc parecía estar reaccionando mucho mejor que él ante aquella situación.

Exhaló un profundo suspiro y enderezó los hombros todo lo que pudo.

—Tengo un cuchillo... —empezó a decir en un susurro.

Pero D'Averc le interrumpió en seguida con un gesto.

—Lo sé. Te he visto. Has pensado con rapidez, Hawkmoon. Después de todo, no estás en tan malas condiciones. Hace poco pensaba que ya casi habías muerto.

—Descansemos esta noche —dijo Hawkmoon—, hasta poco antes del amanecer. Después, escaparemos.

—De acuerdo —asintió D'Averc—. Ahorraremos toda la fuerza que podamos. Valor, Hawkmoon..., ¡no tardaremos en volver a ser hombres libres!

Durante el resto del día siguieron remando río abajo, haciendo una sola pausa al mediodía para tomar su cuenco de sopa. En aquellos momentos, Ganak apareció en el pasadizo y empujó el hombro de Hawkmoon con el bichero.

—Bueno, amigos míos, un día más y se habrá cumplido vuestro deseo. Mañana habremos atracado en Starvel.

—¿Y qué es Starvel? —gruñó Hawkmoon.

Ganak le miró con una expresión de asombro.

—Debéis venir de muy lejos si no habéis oído hablar de Starvel. Forma parte de Narleen..., la mejor parte. Es la ciudad amurallada donde habitan los grandes príncipes del río..., de entre los que lord Valjon es el más grande.

—¿Acaso todos ellos son piratas? —preguntó D'Averc.

—Llevad cuidado, extranjero —le advirtió Ganak frunciendo el ceño—. Tenemos el derecho de apoderarnos de todo lo que encontremos en el río, ya que éste pertenece a lord Valjon y a sus pares.

Se enderezó y se marchó. Siguieron remando hasta la caída de la noche cuando, ante una orden de Ganak, dejaron de trabajar. Esta vez, el trabajo le pareció más soportable a Hawkmoon, ahora que su cuerpo y sus músculos se habían acostumbrado ya al ejercicio, a pesar de lo cual seguía sintiéndose cansado.

—Tenemos que dormir por turnos —le murmuró a D'Averc mientras comían el contenido de sus cuencos—. Vos primero, después yo.

D'Averc asintió con un gesto y se quedó dormido casi al instante.

La noche se fue haciendo cada vez más fría y Hawkmoon tuvo que hacer considerables esfuerzos para no quedarse dormido. Escuchó el sonido del primer cambio de guardia, y después el segundo. Luego, con alivio, agitó con suavidad el cuerpo de D'Averc hasta que éste se hubo despertado.

D'Averc gruñó y Hawkmoon se quedó dormido, recordando las palabras de su compañero. Al amanecer, si tenían suerte, estarían libres. Más tarde tendrían que enfrentarse con la parte más difícil: abandonar el barco sin ser vistos.

Se despertó con una extraña y ligera sensación en el cuerpo, y se dio cuenta con alegría de que tenía las manos libres. D'Averc tenía que haber trabajado durante la noche. Estaba a punto de amanecer.

Se volvió hacia su amigo, que le sonrió y le guiñó un ojo.

—¿Preparado? —murmuró D'Averc.

—Cuando queráis... —contestó Hawkmoon con un suspiro de alivio.

Miró con envidia el largo cuchillo que sostenía su compañero.

—Si tuviera un arma —susurró—, le devolvería a Ganak unas pocas de sus indignidades...

—Ahora no tenemos tiempo para eso —observó D'Averc—. Tenemos que escapar con el mayor silencio posible.

Cautelosamente, se incorporaron en sus bancos y sacaron las cabezas por el hueco que daba al pasadizo. En el extremo más alejado había un marinero de guardia, y en la cubierta de popa se distinguía la reflexiva postura de lord Valjon, abstraído en sus pensamientos, con el rostro pálido mirando fijamente hacia la oscuridad de la noche.

El marinero se volvió, dándoles la espalda, y no parecía muy probable que Valjon se girara en aquellos momentos. Los dos hombres se izaron hacia el pasadizo, y avanzaron hacia la proa del barco.

Pero fue precisamente entonces cuando Valjon se volvió y su voz sepulcral resonó en el silencio.

—¿Qué sucede? ¿Dos esclavos escapándose?

Hawkmoon se estremeció. El instinto de aquel hombre era increíble, pues estaba claro que no los había visto, y quizá sólo había escuchado un débil sonido. Su voz, aunque profunda y serena, resonó a lo largo de todo el barco. El marinero de guardia se volvió y lanzó un grito. Por encima de él, la cabeza de lord Valjon también se volvió por completo y un rostro mortalmente pálido se quedó mirándoles con fijeza.

Varios marineros aparecieron, procedentes de los camarotes inferiores, bloqueándoles el camino hacia el costado del barco. Ambos dieron media vuelta, y Hawkmoon echó a correr hacia la popa, donde estaba lord Valjon. El marinero de guardia extrajo un cuchillo y le lanzó un tajo, pero Hawkmoon se sentía desesperado. Se agachó, evitando la hoja, sujetó al hombre por la cintura y lo levantó en vilo, arrojándolo sobre el puente, donde cayó hecho un ovillo. Sin perder un instante, recogió el cuchillo que se le había caído de la mano, y con un rápido tajo le cortó la cabeza. Después, se volvió para enfrentarse a lord Valjon.

Al pirata no pareció importarle lo más mínimo la proximidad del peligro. Siguió mirando a Hawkmoon con fijeza.

—Sois un estúpido —dijo con lentitud—. Pues yo soy lord Valjon.

—¡Y yo Dorian Hawkmoon, duque de Colonia! He luchado y derrotado a los lores de Granbretan, y he resistido a los hechizos más poderosos, como atestigua esta piedra que llevo incrustada en la frente. ¡No os temo, lord Valjon! ¡Sois un pirata!

—Entonces, temed a esos —murmuró Valjon señalando con un huesudo dedo a los marineros que acudían tras Hawkmoon.

Éste se dio media vuelta y vio a un gran número de hombres que se abalanzaban sobre él y D'Averc. Y sólo tenían un cuchillo cada uno.

—¡Contenedlos, D'Averc! ¡Yo me encargo de su jefe! —gritó.

Pegó un salto en dirección a la popa, se apoyó sobre la barandilla y se aupó hacia donde estaba lord Valjon, quien retrocedió unos pasos con una expresión de suave sorpresa en el rostro.

Hawkmoon avanzó hacia él con las manos extendidas. De debajo de la túnica suelta que llevaba, Valjon extrajo una espada de hoja fina que situó ante Hawkmoon, sin hacer el menor intento por atacarle, sino limitándose a retroceder.

—Esclavo —murmuró lord Valjon con una expresión atónita en sus rasgos crueles—. Esclavo.

—No soy esclavo de nadie, como no tardaréis en descubrir.

Hawkmoon se agachó, evitando el arma y trató de sujetar al extraño capitán pirata. Valjon saltó con rapidez a un lado, sin dejar de sostener la larga espada ante él.

Evidentemente, el ataque de Hawkmoon no tenía precedentes, pues no parecía saber qué hacer. Se había visto perturbado en una especie de trance reflexivo, y ahora miraba a su enemigo como si no fuera real.

Hawkmoon saltó de nuevo, evitando la espada extendida hacia él. Pero Valjon se hizo a un lado, evitándole.

Más abajo, D'Averc, de espaldas a la escalera que subía al puente, apenas si podía contener a los marineros que pretendían subir por la estrecha escalera.

—Daos prisa, amigo Hawkmoon —le gritó—, o no tardaremos en vernos rodeados.

Hawkmoon dirigió un golpe contra el rostro de Valjon, notó como su puño conectaba con una carne fría y seca, vio que la cabeza del hombre se echaba hacia atrás y la espada se le caía de la mano. Hawkmoon la recogió, admirando por un fugaz instante su perfecto equilibrio, y levantó al inconsciente Valjon, dirigiendo la espada contra sus partes vitales.

—¡Atrás, canallas, o mataré a vuestro amo! —gritó—. ¡Atrás!

Los marineros, asombrados, empezaron a retroceder. Tres de los suyos quedaron muertos a los pies de D'Averc. Ganak acudió corriendo tras ellos. Sólo llevaba puesto un kilt y portaba un cuchillo en la mano. Abrió la boca de asombro al ver a Hawkmoon.

—Y ahora, D'Averc, quizá fuera mejor que os reunierais conmigo aquí arriba —le sugirió Hawkmoon casi con amabilidad.

D'Averc subió la escalera hasta el puente y le sonrió a su amigo.

—Buen trabajo —le dijo.

—¡Esperaremos hasta el amanecer! —gritó Hawkmoon—. Entonces, dirigiréis el barco hacia la orilla. Una vez hecho eso, y en cuanto estemos libres, quizá deje con vida a vuestro amo.

—Sois un estúpido al tratar a lord Valjon como lo hacéis —espetó Ganak—. ¿Acaso no sabéis que es el más poderoso príncipe del río en Starvel?

—No sé nada de vuestro Starvel, amigo, pero he arrojado los peligros de Granbretan, y me he aventurado hasta el mismo corazón del Imperio Oscuro, y dudo mucho que podáis oponernos peligros más complicados que los suyos. El temor es una emoción casi desconocida para mí, Ganak. Pero acordaos de esto: me vengaré de vos. Vuestros días están contados.

—¡Tu suerte te convierte en un estúpido, esclavo! —exclamó Ganak riéndose—. ¡La venganza sólo es prerrogativa de lord Valjon!

El amanecer empezaba ya a asomar por el horizonte. Hawkmoon ignoró el comentario de Ganak.

Pareció transcurrir un siglo hasta que salió el sol, salpicando de claroscuros los lejanos árboles de la orilla. Estaban anclados cerca de la orilla izquierda del río, no lejos de una pequeña ensenada que se distinguía a poco más de medio kilómetro de distancia.

—¡Dad la orden de remar, Ganak! —gritó Hawkmoon—. Dirigios a la orilla izquierda.

Ganak frunció el ceño y no hizo el menor gesto por obedecer.

Hawkmoon rodeó el cuello de Valjon con su brazo. El hombre parecía ir despertando poco a poco. Le apretó la espada contra el estómago y volvió a gritar:

—¡Ganak, haré que muera lentamente!

De pronto, de la garganta del lord pirata surgió una risita irónica.

—Morir lentamente —dijo—. Morir lentamente...

Hawkmoon le miró, extrañado.

—Sí..., sé exactamente dónde golpear para haceros morir con el máximo de dolor y en el mayor tiempo posible.

Valjon no mitió ningún otro sonido, sino que se limitó a permanecer pasivo, con la garganta atrapada todavía entre el brazo de su enemigo.

—¡Vamos, Ganak! ¡Dad las instrucciones! —gritó D'Averc.

Ganak respiró profundamente y por fin se volvió.

—¡Remeros! —gritó.

Empezó a impartir órdenes. Los remos crujieron, las espaldas de los hombres se inclinaron sobre ellos y el barco empezó a avanzar con lentitud hacia la orilla izquierda del río Sayou.

Hawkmoon no le quitaba ojo a Ganak por temor a que éste intentara engañarlos, pero el barbudo no se movió de

su sitio, limitándose a fruncir el ceño.

A medida que la orilla se fue acercando más y más, Hawkmoon empezó a relajarse. Ya casi estaban libres. Una vez en tierra podrían evitar la persecución de los marineros que, de todos modos, se mostrarían reacios a abandonar el barco.

Entonces, escuchó el grito de D'Averc, que señalaba hacia arriba. Levantó la mirada y vio una figura que descendía silbando sobre su cabeza, sujetándose en una cuerda. Era el joven Orindo, que llevaba una estaca de madera en la mano y mostraba una burlona sonrisa en los labios.

Hawkmoon soltó a Valjon y levantó los brazos para protegerse, incapaz de hacer lo más evidente, que habría sido utilizar la espada para ensartar a Orindo mientras éste descendía. El palo cayó pesadamente sobre su brazo y retrocedió, tambaleándose. D'Averc se adelantó hacia él y sujetó a Orindo por la cintura, aprisionándolo entre sus brazos.

De pronto, Valjon se puso en pie con rapidez y se abalanzó hacia sus hombres, lanzando un grito extraño. D'Averc empujó a Orindo a un lado y le persiguió con un juramento.

—Engañados dos veces por el mismo truco, Hawkmoon. ¡Mereceríamos morir!

Ahora, por la escalera subían los marineros que aullaban, dirigidos por Ganak. Hawkmoon lanzó un golpe contra éste, pero el barbudo lo bloqueó e intentó un golpe lateral contra las piernas de Hawkmoon, quien se vio obligado a saltar hacia atrás. Ganak terminó de subir a la popa y se le enfrentó, con una burlona sonrisa en los labios.

—Y ahora, esclavo, ¡veremos cómo lucháis contra un hombre! —le espetó.

—No veo a un hombre ante mí —replicó Hawkmoon—. Sólo veo una especie de bestia.

Se echó a reír, al tiempo que Ganak intentaba golpearle de nuevo, defendiéndose con rapidez gracias a la espada maravillosamente equilibrada que le había quitado a Valjon.

Lucharon sobre el puente, avanzando y retrocediendo, mientras D'Averc se las arreglaba para contener a los demás, al pie de la escalera. Ganak era un hábil espadachín, pero su corta espada no podía competir con la excelente arma del lord pirata.

Hawkmoon le alcanzó en el hombro, retrocedió en el instante en que la espada corta golpeaba contra la empuñadura de su espada, haciéndole casi perder el arma, que estuvo a punto de soltársele de la mano, se recuperó en seguida y volvió a lanzar una estocada contra Ganak, alcanzándole ahora en el brazo izquierdo.

El barbudo aulló como un animal y se abalanzó contra él, con una renovada ferocidad.

Hawkmoon volvió a detenerle con una estocada en el brazo derecho. El barbudo sangraba ahora por ambos brazos, mientras que Hawkmoon seguía ileso. Pero Ganak no cejó y reanudó el ataque, impulsado ahora por una especie de pánico feroz.

La siguiente estocada de Hawkmoon la dirigió hacia el corazón, para terminar de una vez con los sufrimientos del hombre. La punta de la hoja mordió la carne, arañó el hueso y Ganak quedó muerto antes de caer al suelo.

Pero los demás marineros habían obligado a D'Averc a retroceder. Ahora se hallaba rodeado, lanzando tajos a su alrededor con el cuchillo. Hawkmoon dejó el cadáver de Ganak, dio un salto hacia adelante con la espada al frente y atravesó el cuello de uno de los marineros. Logró introducir la hoja entre las costillas de otro, antes de que se dieran cuenta de su presencia.

Ahora, espalda contra espalda, Hawkmoon y D'Averc mantuvieron a raya a los marineros, pero daba la impresión de que debían apresurarse a escapar, pues no dejaban de acudir más marineros uniéndose al ataque de sus camaradas.

La cubierta no tardó en hallarse llena de cadáveres y Hawkmoon y D'Averc mostraban una docena de cortes cada uno y tenían los cuerpos ensangrentados. A pesar de todo, seguían luchando. Hawkmoon distinguió fugazmente a lord Valjon, que estaba junto al palo mayor contemplando el combate con mirada penetrante, observándole fijamente, como si quisiera obtener una clara impresión de los rasgos de su rostro durante el resto de su vida.

Hawkmoon se estremeció, pero volvió rápidamente toda su atención a los marineros atacantes. La parte plana de una espada corta le dio un golpe en la cabeza y tuvo que apoyarse contra la espada de su amigo, haciéndole perder

el equilibrio. Entonces, ambos se desmoronaron sobre la cubierta. Se removieron con rapidez, sin dejar de luchar. Hawkmoon alcanzó a un hombre en el estómago, lanzó el puño contra el rostro de otro que se inclinaba sobre él y por fin pudo arrodillarse.

Entonces, de pronto, los marineros retrocedieron, con los ojos fijos en el puerto. Hawkmoon se levantó de un salto y D'Averc con él.

Los marineros contemplaban con expresión preocupada un nuevo barco que se acercaba a ellos a toda vela, procedente de la ensenada, con las grandes velas blancas desplegadas a la fresca brisa procedente del sur, con su brillante pintura negra y azul resaltando bajo la refulgente luz del sol matutino. Había gran número de hombres armados en sus costados.

—Sin duda alguna, se trata de un barco pirata rival —dijo D'Averc.

Aprovechó aquella ventaja para derribar al marinero que tenía más cerca y echar a correr hacia la popa. Hawkmoon siguió su ejemplo y con las espaldas vueltas contra la barandilla, siguieron luchando, aunque la mitad de sus enemigos habían echado a correr hacia donde estaba lord Valjon para recibir sus nuevas órdenes.

Una voz se escuchó procedente del otro barco, pero todavía estaban a demasiada distancia como para distinguir las palabras con claridad.

De algún modo, en medio de toda aquella confusión, Hawkmoon escuchó la profunda voz de Valjon pronunciar una sola palabra, que más bien pareció un juramento.

—¡Bewchard! —exclamó.

Después, los marineros se volvieron a lanzar contra ellos y Hawkmoon sintió una hoja que le producía un corte en la cara, volvió los ojos relampagueantes hacia su atacante y extendió la espada, introduciéndole la punta por la boca y elevándola hacia el cerebro. Escuchó el grito del hombre, largo y horrible, en su último aliento.

Hawkmoon no mostró la menor piedad. Extrajo la espada y la volvió a hincar en el corazón de otro.

Y así continuaron la lucha, mientras la goleta negra y azul se acercaba más y más.

Por un momento, se preguntó si aquel otro barco sería amigo o enemigo. Pero no dispuso de mucho tiempo para plantárselo, pues los marineros siguieron presionándole, levantando y dejando caer sus pesadas espadas cortas.

5. Pahl Bewchard

Cuando el barco negro y azul golpeó el costado de la nave donde estaba, Hawkmoon escuchó gritar a Valjon:

—¡Olvidaos de los esclavos! ¡Olvidadlos! ¡Preparados para resistir a los perros de Bewchard!

Los pocos marineros que quedaban frente a ellos retrocedieron cautelosamente, abandonando a los jadeantes Hawkmoon y D'Averc, quienes aún les lanzaron unas últimas estocadas que les obligaron a retroceder con mayor rapidez. Pero por el momento ya no les quedaban más energías para perseguirlos.

Observaron mientras otros marineros, vestidos con jubones y calzones con los mismos colores que el barco, se balanceaban en las cuerdas, lanzándose al abordaje y dejándose caer sobre la cubierta del Halcón del río. Iban armados con pesadas hachas de guerra y sables, y luchaban con una precisión que los piratas no podían imitar, aunque hicieron todo lo posible por contenerlos.

Hawkmoon buscó con la mirada a lord Valjon, pero éste había desaparecido..., probablemente debajo del puente.

—Bueno, por hoy ya hemos hecho bastante derramamiento de sangre —dijo, volviéndose hacia D'Averc—. ¿Qué me dices de emprender una acción menos letal? Podríamos liberar a los pobres que permanecen amarrados a los remos.

Y diciendo esto dio un salto sobre la barandilla y fue a caer junto al pasadizo situado junto a los remeros. Poco después, ambos hombres se inclinaban y se dedicaban a cortar las cuerdas que ataban a los esclavos a los remos.

Todos le miraron sorprendidos, sin darse muy buena cuenta de lo que Hawkmoon y D'Averc hacían por ellos.

—Estáis libres —les dijo Hawkmoon.

—Libres —repitió D'Averc—. Seguid nuestro consejo y abandonad el barco mientras podáis, pues no hay forma de saber cómo terminará la batalla.

Los esclavos se incorporaron en sus bancos, despezaron los doloridos miembros y a continuación, uno a uno, se dirigieron apresuradamente hacia un costado del buque y se lanzaron al agua.

D'Averc contempló la escena con una sonrisa burlona.

—Es una pena que no podamos ayudar a los que permanecen en la otra parte —dijo.

—¿Por qué no? —preguntó Hawkmoon, indicando una escotilla situada por debajo del pasadizo—. Si no me equivoco, eso da al otro costado del barco.

Apoyó la espalda contra el maderamen del barco y lanzó una fuerte patada contra la escotilla. Tuvo que propinarle unas cuantas patadas más, hasta que la abrió. Entraron en la negrura del otro lado y se arrastraron bajo la cubierta, escuchando el sonido de la lucha que se libraba por encima de ellos.

D'Averc se detuvo un instante y con la punta ensangrentada de la espada abrió de un solo tajo un bulto que acababa de ver. El bulto se abrió de golpe, dejando escapar un montón de joyas.

—Es su botín.

—Ahora no tenemos tiempo para eso —le advirtió Hawkmoon. pero D'Averc sonreía.

—No tenía intención de quedármelo —dijo su amigo —, pero no me gustaría nada que Valjon escapara con esto en el caso de que la lucha le vaya mal. Mirad... —Indicó un gran objeto circular que se encontraba en el fondo del espacio donde se hallaban—. Si no me equivoco, esto permitiría que el agua del río entrara en el barco.

—De acuerdo —asintió Hawkmoon—. Mientras os ocupáis de esa tarea, yo me encargaré de liberar a los esclavos.

Dejó a D'Averc entregado a su trabajo y llegó al extremo del estrecho espacio, donde había otra escotilla, sujeta por dos pernos, que soltó.

Después, se lanzó contra la escotilla, que se desmoronó hacia el interior, arrastrando consigo a dos hombres que luchaban ferozmente. Uno de ellos llevaba el uniforme del barco atacante. El otro era un pirata. Hawkmoon se

encargó del pirata con un rápido movimiento de la mano que sostenía la espada. El hombre uniformado le miró, sorprendido.

—¡Sois uno de los dos hombres que hemos visto luchando en la cubierta de popa!

Hawkmoon asintió con un gesto y preguntó:

—¿Cuál es vuestro barco?

—Es una nave de Bewchard —contestó el hombre secándose el sudor de la frente, como si pronunciar aquel nombre fuera suficiente explicación.

—¿Y quién es Bewchard?

—¡Cómo! —exclamó el otro echándose a reír—. Es el enemigo jurado de Valjon, si es eso lo que necesitabais saber. Os ha visto luchar y ha quedado muy impresionado por vuestra destreza con la espada.

—No me extraña —asintió Hawkmoon sonriendo—, porque he luchado como nunca. ¡Cómo no hacerlo! Me jugaba la vida.

—A menudo, eso nos convierte a todos en los mejores espadachines —admitió el hombre—. Soy Culard..., amigo vuestro si sois enemigo de Valjon.

—Entonces, será mejor que aviséis a vuestros camaradas. Estamos hundiendo el barco... Mirad.

Señaló hacia la semioscuridad de la bodega, donde D'Averc había logrado desprender el gran tapón circular del fondo.

Culard asintió con rapidez, comprendiendo en seguida.

—Volveré a veros en cuanto esto haya terminado —dijo, marchándose—. ¡Si es que todavía vivimos!

Por encima de ellos, los hombres de Bewchard parecían ganar el combate contra los piratas de Valjon. Hawkmoon sintió que el barco se movía de pronto y vio a D'Averc que se acercaba presuroso.

—Creo que será mejor dirigirnos a la orilla —dijo el francés con una sonrisa y, señalando a los esclavos liberados que iban desapareciendo por el costado, añadió—: Sigamos el ejemplo de nuestros amigos.

—He avisado a los hombres de Bewchard de lo que está sucediendo —dijo Hawkmoon—. Ahora creo que ya hemos devuelto a Valjon sus favores. —Se colocó la espada de Valjon bajo el brazo y añadió—: Debo intentar no perder esta espada... Es la mejor que jamás he tenido entre mis manos. ¡Una hoja como ésta le convierte a uno en el mejor espadachín!

Se situó en el costado del barco y vio que los hombres de Bewchard habían hecho retroceder a los piratas hacia el otro extremo del barco, pero ahora empezaban a retirarse.

Por lo visto, Culard ya les había comunicado la noticia.

El agua surgía a borbotones por la escotilla. El barco no permanecería a flote durante mucho tiempo. Hawkmoon se volvió a mirar. Apenas si quedaba espacio para nadar entre los dos barcos. El mejor medio para escapar sería cruzar al otro lado y caer sobre la cubierta de la goleta de Bewchard.

Comunicó su plan a D'Averc, quien asintió con un gesto. Los dos hombres se apoyaron sobre la barandilla, dieron un salto y descendieron sobre la cubierta del otro barco.

Allí no había remeros, y Hawkmoon se dio cuenta de que los de Bewchard debían de ser hombres libres y que formaban parte de las fuerzas de combate del barco. Eso le pareció algo mucho más normal..., mucho menos derrochador que el empleo de esclavos. También le dio un motivo para detenerse a reflexionar y, al hacerlo, una voz le llamó desde el Halcón del río.

—¡Eh, amigo! El de la gema negra en la frente... ¿Tenéis también planes para hundir mi barco?

Hawkmoon se volvió y vio a un hombre joven y de buen aspecto, todo vestido de cuero negro, con una capa de cuello alto de color azul, manchada de sangre, una espada en una mano y un hacha en la otra, que levantaba la espada hacia él desde la barandilla del barco pirata.

—Sólo pretendemos seguir nuestro camino —contestó Hawkmoon—. No tenemos nada contra vuestro barco...

—¡Esperad un momento! —El hombre vestido de negro se aupó sobre la barandilla del Halcón del río—. Me gustaría daros las gracias por haber hecho la mitad del trabajo que nos correspondía a nosotros.

De mala gana, Hawkmoon esperó hasta que el hombre saltó hacia su propio barco y se le aproximó, sobre la cubierta.

—Soy Pahl Bewchard, y este barco es mío —dijo—. Llevaba esperando muchas semanas la oportunidad de capturar al Halcón del río. Y es posible que no hubiera podido hacerlo si vos no os hubierais encargado de la mitad de su tripulación, dándome tiempo para salir de la ensenada...

—Sí —asintió Hawkmoon—. Bueno, no quiero tener nada que ver en una pelea entre piratas...

—Me desilusionáis, sir —replicó Bewchard con naturalidad—. Por que he jurado librar el río de los lores piratas de Starvel. Soy su más feroz enemigo.

Los hombres de Bewchard regresaban presurosos a su propio barco, cortando las cuerdas de abordaje a medida que lo hacían. El Halcón del río quedó a merced de la corriente, con la popa ya por debajo de la línea de flotación. Algunos piratas saltaron por la borda, pero no se vio el menor signo de Valjon.

—¿Adonde ha escapado su jefe? —preguntó D'Averc escudriñando el barco que se hundía.

—Es como una rata —contestó Bewchard—. Sin duda alguna se largó en cuanto comprendió que tenía la batalla perdida. Me habéis ayudado mucho, caballeros, pues Valjon es el peor de todos los piratas. Os lo agradezco.

Y D'Averc, que jamás se sentía intimidado cuando se trataba de una cortesía, y que siempre replicaba adecuadamente, contestó:

—Y nosotros os estamos agradecidos a vos, capitán Bewchard..., por haber llegado en el momento justo en que todo nos parecía perdido. Así pues, la deuda ha quedado saldada.

Y sonrió agradablemente. Bewchard inclinó la cabeza.

—Gracias. Sin embargo, si me permitís expresar en alta voz lo que es una evidencia, diría que parecéis necesitar ayuda para recuperaros. Ambos estáis heridos, y vuestras ropas... Bueno, vuestras ropas no son las que preferirían llevar unos distinguidos caballeros... En resumen, quiero decir que me sentiría muy honrado si aceptarais la hospitalidad de mi galera tal cual es, y la de mi mansión en cuanto atraquemos.

Hawkmoon frunció el ceño, pensativo. Empezaba a gustarle el joven capitán.

—¿Y dónde tenéis planeado atracar, sir?

—En Narleen —contestó Bewchard—. Allí es donde vivo.

—De hecho, nos dirigíamos a Narleen cuando fuimos atrapados por Valjon —dijo Hawkmoon.

—En tal caso, debéis viajar conmigo. Si os puedo ser de alguna ayuda...

—Gracias, capitán Bewchard —asintió Hawkmoon—. . Apreciaríamos mucho vuestra ayuda para llegar a Narleen. Y quizá durante el camino podáis proporcionarnos algo de la información que nos hace falta.

—Con mucho gusto —replicó Bewchard haciendo un gesto hacia una puerta que daba a la parte inferior de la cubierta—. Mi camarote está por aquí, caballeros.

6. Narleen

A través de las portillas del camarote del capitán Bewchard veían la espuma producida por el barco, que navegaba a toda vela río abajo.

—Si nos encontráramos con un par de barcos pirata tendríamos muy pocas posibilidades de salir bien librados —les dijo el capitán—. Por eso avanzamos a esta velocidad.

El cocinero les trajo una ración de la última comida y la dejó ante ellos. Había diversas clases de carne, pescado y verduras, fruta y vino. Hawkmoon comió en pequeñas cantidades, incapaz de resistirse a probar un poco de cada una de las viandas puestas sobre la mesa, pero sabiendo que su estómago podía no estar preparado aún para digerir unos alimentos tan ricos.

—Esto es una comida de fiesta —les dijo Bewchard con expresión alegre—. pues hace meses que intento darle caza a Valjon.

—¿Quién es Valjon? —preguntó Hawkmoon entre un bocado y otro—. Parece un individuo muy extraño.

—No se parece a ningún pirata que yo haya podido imaginar —añadió D'Averc.

—Es pirata por tradición —les contó Bewchard—. Todos sus antepasados fueron piratas, dedicados desde hacía siglos al asalto de las naves que surcaban el río. Durante mucho tiempo, los barcos mercantes pagaban enormes cantidades de dinero a los lores de Starvel, pero hace algunos años empezaron a oponer resistencia, y Valjon tomó represalias. Entonces, un grupo de nosotros decidimos construir barcos de guerra, como los piratas, y atacarles en el agua. Yo estoy al mando de uno de esos barcos. Aunque soy comerciante de oficio, he tenido que dedicar mi tiempo a propósitos más militares hasta que Narleen se vea libre de Valjon y de gente como él.

—¿Y cómo os van las cosas? —preguntó Hawkmoon.

—Resulta difícil decirlo. Valjon y los demás lores siguen siendo inexpugnables, reclusos en su ciudad amurallada. Starvel es como una ciudad dentro de la propia ciudad de Narleen. Hasta el momento sólo hemos logrado frenar un poco sus actos de piratería. Pero no se ha producido ninguna gran prueba de fuerza entre las dos partes.

—Decís que Valjon es pirata por tradición... —empezó a decir D'Averc.

—Sí. Sus antepasados llegaron a Narleen hace muchos cientos de años. Eran poderosos, y nosotros en aquel entonces éramos relativamente débiles. La leyenda cuenta que Batach Gerandiun, un antepasado de Valjon, se ayudaba además con la brujería. Construyeron las murallas que rodean Starvel, el barrio de la ciudad del que se apoderaron para sí mismos, y allí han estado desde entonces.

—¿Y cómo responde Valjon cuando atacáis sus barcos, como habéis hecho hoy? —preguntó Hawkmoon bebiendo después un largo trago de vino.

—Toma represalias con todos los medios de que dispone, pero estamos empezando a conseguir que se muestren mucho más cautos a la hora de aventurarse por el río. Aún queda mucho por hacer. Destrozaría a Valjon si pudiera. Eso quebraría todo el poder de la comunidad de piratas, estoy seguro, pero siempre se me escapa de entre las manos. Tiene un gran instinto para el peligro, y siempre es capaz de evitarlo cuando le amenaza.

—Os deseo mucha suerte en vuestra lucha —dijo Hawkmoon—. Y ahora, capitán Bewchard, ¿sabéis algo de una espada llamada «Espada del Amanecer»? Se nos ha dicho que la podríamos encontrar en Narleen.

—En efecto, he oído hablar de ella —contestó Bewchard sorprendido—. Está relacionada con la leyenda que os acabo de contar... Me refiero a Batach Gerandiun, el antepasado de Valjon. Se dijo que en esa espada está contenido el poder de hechicería de Batach, quien desde entonces se ha convertido en una especie de dios, pues los piratas le rinden culto en un templo al que han dado su nombre: el templo de Batach Gerandiun. Esos piratas forman una cuadrilla muy supersticiosa. Sus mentalidades y actitudes son a menudo incomprensibles para los prácticos mercaderes como yo mismo.

—¿Y dónde está ahora esa espada? —preguntó D'Averc.

—Se dice que es la espada a la que los piratas rinden culto en el templo. Para ellos representa su poder, así como el de Batach. ¿Tenéis el propósito de apoderaros de esa espada, caballeros?

—No sé... —empezó a decir Hawkmoon, pero D'Averc le interrumpió con suavidad.

—Lo tenemos, capitán. Hay un pariente nuestro, un erudito muy sabio del norte, que oyó hablar de la espada y desea inspeccionarla. Nos ha enviado aquí para ver si podíamos comprarla...

Bewchard se echó a reír.

—Se la podría comprar, amigos míos..., con la sangre de medio millón de guerreros. Los piratas lucharán hasta el último hombre para defender la Espada del Amanecer, ya que es lo que más valoran, por encima de cualquier otra cosa.

Hawkmoon se sintió apesadumbrado ante la noticia. ¿Acaso el moribundo Mygan les había enviado en una misión de búsqueda imposible?

—Ah, bien —replicó D'Averc, encogiéndose de hombros filosóficamente—. En tal caso, debemos confiar en que vos derrotéis a Valjon y a los demás, y que en algún momento subastéis esa propiedad.

—No creo que llegue ese día en toda mi vida —dijo Bewchard con una sonrisa—. Tardaremos muchos años en derrotar definitivamente a Valjon. —Se levantó de la mesa y añadió—: Disculpádmelo un momento, pero tengo que ver cómo van las cosas en el puente.

Se inclinó breve y cortésmente y abandonó el camarote. En cuanto lo hubo hecho, Hawkmoon frunció el ceño.

—¿Qué hacemos ahora. D'Averc? Estamos varados en este territorio extraño, incapaces de conseguir lo que andamos buscando. —Se sacó los anillos de Mygan del bolsillo y jugueteó con ellos en la palma de la mano. Ahora disponían de once, contando el suyo y el de D'Averc, pues ellos también se los habían quitado—. Aún tenemos suerte de conservar éstos. Quizá deberíamos utilizarlos... y saltar de una dimensión a otra, aleatoriamente, con la esperanza de encontrar nuestro camino de regreso a Camarga.

—Podríamos encontrarnos de pronto en la corte del rey Huon, o poner nuestras vidas en peligro a causa de algún monstruo —replicó D'Averc—. Yo opino que debemos seguir nuestro camino hasta Narleen y pasar allí algún tiempo.... aunque sólo sea para comprobar lo difícil que resulta conseguir esa espada. —Se sacó algo del bolsillo y añadió—: Hasta que no hablasteis se me había olvidado que poseía este pequeño objeto.

Sostuvo algo entre los dedos, mostrándolo. Se trataba de la carga de uno de los cañones utilizados en la ciudad de Halapandur.

—¿Y qué significado tiene eso, D'Averc? —preguntó Hawkmoon.

—Tal y como os dije, Hawkmoon..., podría sernos muy útil.

—¿Sin un arma que lo dispare?

—Sin ese arma —asintió D'Averc.

En el momento en que se guardaba la carga en la bolsa, Pahl Bewchard cruzó el umbral de la puerta. Regresaba sonriendo.

—En menos de una hora, amigos míos, entraremos en Narleen —les dijo—. Creo que os gustará nuestra ciudad. —Y añadió con una sonrisa burlona—: Al menos la parte que no está habitada por los lores piratas.

Hawkmoon y D'Averc subieron a la cubierta del barco de Bewchard y observaron cómo era introducido hábilmente en el puerto. El sol estaba alto en un cielo claro y azul, haciendo que la ciudad reluciera. La mayoría de los edificios eran bajos, y muy pocos tenían más de cuatro pisos, aunque estaban ricamente decorados con dibujos rocosos que parecían muy antiguos. Todos los colores estaban algo desvaídos, maltratados por el tiempo, a pesar de lo cual seguían siendo claros. Se había utilizado mucha madera en la construcción de las casas —las vigas, balcones y frontispicios eran todos de madera labrada—, pero algunas mostraban barandillas e incluso puertas de metal pintadas.

El muelle estaba abarrotado de cajas y fardos que estaban siendo cargados y descargados de la gran cantidad de

barcos que llenaban el puerto. Los hombres trabajaban con grúas para levantar los bultos, que luego empujaban sobre planchas. Estaban todos sudorosos bajo el calor del día, e iban desnudos de cintura para arriba.

Había ruido y bullicio por todas partes y Bewchard pareció disfrutar de la situación mientras escoltaba a Hawkmoon y a D' Averc por la pasarela de la goleta, haciéndolos pasar a través de la multitud que había empezado a congregarse y que le saludaba desde todas partes, acosándolo a preguntas:

—¿Cómo os ha ido, capitán?

—¿Habéis encontrado a Valjon?

—¿Habéis perdido muchos hombres?

Finalmente, Bewchard se detuvo, sonriente y riendo de buen humor.

—Bien, ciudadanos de Narleen —gritó—. Debo contaros lo ocurrido o no nos dejaréis pasar. En efecto, hemos hundido el barco de Valjon...

Se oyeron murmullos entre la multitud, que inmediatamente guardó silencio. Bewchard se subió de un salto a una gran caja y levantó los brazos.

—Hundimos el barco de Valjon, el Halcón del río..., pero habría podido escapar de nosotros de no haber sido por estos dos compañeros.

D'Averc miró a Hawkmoon, sintiéndose burionamente embarazado. Los ciudadanos les observaron llenos de sorpresa, como si no pudieran creer que dos desharrapados con aspecto de muertos de hambre hubieran sido capaces de hacer otra cosa que servir como esclavos de la más baja estofa.

—Ellos son vuestros héroes, no yo —siguió diciendo Bewchard—. Ellos solos resistieron a toda la tripulación pirata, mataron a Ganak, el lugarteniente de Valjon, y con su valor hicieron que el barco fuera una presa fácil para nuestro ataque. ¡Y después hundieron el Halcón del río!

Entonces, un gran grito de júbilo se elevó de entre la multitud.

—Conoced sus nombres, ciudadanos de Narleen. Recordadlos como amigos de esta ciudad, y no les neguéis nada. Son Dorian Hawkmoon el de la Joya Negra, y Huillam d'Averc. ¡No habéis visto hombres más valientes ni espadachines más diestros que ellos!

Ahora, Hawkmoon se sentía realmente desconcertado ante todo aquello, y frunció el ceño mirando a Bewchard, tratando de hacerle señales para que dejara de hablar.

—¿Y qué ha pasado con Valjon? —preguntó entonces una voz entre el gentío—. ¿Ha muerto?

—Se nos ha escapado —contestó Bewchard con expresión de lamentarlo—. Echó a correr como una rata. Pero algún día tendremos su cabeza.

—¡O él la vuestra, Bewchard! —El que había hablado era un hombre ricamente ataviado que se había abierto paso hasta ellos—. ¡Todo lo que habéis hecho ha sido encolerizarle! Durante muchos años les he pagado a los hombres de Valjon los impuestos del río, y ellos me han permitido cruzarlo en paz. Ahora vos y los que son como vos dicen: «No pagad los impuestos». Y os he hecho caso y no he pagado. Pero ahora no conozco lo que es la paz, ni puedo dormir por temor a lo que será capaz de hacer Valjon. Se verá obligado a tomar represalias, Y es posible que no sólo se vengue de vos. ¿Qué sucederá con todos los demás, con los que queremos la paz y no la gloria? ¡Nos ponéis en peligro a todos!

—Si no recuerdo mal —replicó Bewchard—, fuisteis vos, Veroneeg, el primero en quejaros de los piratas. Dijisteis no poder soportar los altos precios que cobraban, nos apoyasteis cuando formamos la liga para luchar contra Valjon. Pues bien, Veroneeg, estamos luchando contra él, y resulta difícil, cierto, pero ganaremos al final, ¡no temáis!

La multitud volvió a gritar llena de júbilo, aunque esta vez los gritos fueron menos entusiastas y algunos empezaban ya a dispersarse.

—Valjon se tomará su venganza, Bewchard —repitió Veroneeg—. Vuestros días están contados. Hay rumores de que los lores piratas están uniendo sus fuerzas, de que hasta ahora sólo se han limitado a jugar con nosotros. ¡Podrían arrasar Narleen si lo desearan!

—¿Y destruir la fuente de su riqueza? ¡Eso sería una estupidez por su parte! —exclamó Bewchard, encogiéndose de hombros como despreciando las advertencias del mercader.

—Quizá sea estúpido —replicó Veroneeg—. ¡Tan estúpido como vuestras acciones! Pero si llegan a odiarnos lo suficiente, su odio puede hacerles olvidar que somos nosotros quienes los alimentamos.

—Deberíais retiraros, Veroneeg —observó Bewchard con una sonrisa, sacudiendo la cabeza—. Los rigores de la vida mercantil son demasiado para vos.

La multitud ya casi había desaparecido por completo, y había miradas de ansiedad en muchos de los rostros que poco antes les habían aclamado como héroes.

Bewchard bajó de la caja y rodeó con sus brazos los hombros de sus compañeros.

—Vamos, amigos, no sigamos escuchando al pobre y viejo Veroneeg. Conseguiría agriar cualquier triunfo con su pesimismo. Vayamos a mi mansión y veamos si podemos encontraros vestimenta más adecuada para caballeros... Mañana podremos recorrer la ciudad y comprar todo aquello que necesitéis.

Les condujo a través de las calles llenas de gente de Narleen, que seguían cursos aparentemente ilógicos, eran estrechas, olían a mil cosas diferentes y entremezcladas, y estaban abarrotadas de gente, marineros, espadachines, mercaderes, trabajadores del puerto, ancianas, muchachas jóvenes y hermosas, vendedores ambulantes que voceaban sus mercancías, y jinetes que se abrían paso lentamente entre los viandantes. Subieron por una calle empedrada, colina arriba, y salieron a una plaza en uno de cuyos lados no había casas. Y allí estaba el mar.

Bewchard se detuvo un momento para contemplarlo. Las aguas titilaban bajo la luz del sol.

—¿Comerciáis más allá de ese océano? —preguntó D'Averc señalando el mar con un gesto.

Bewchard se quitó la pesada capa y la dobló sobre un brazo. Se abrió el cuello de la camisa y sacudió la cabeza, sonriendo.

—Nadie sabe lo que hay más allá de ese mar... Probablemente no hay nada. No, comerciamos a lo largo de la costa, abarcando unos cuatrocientos kilómetros a cada lado. En esta zona abundan las ciudades ricas que no sufrieron mucho los efectos del Milenio Trágico.

—Ya entiendo. ¿Y cómo llamáis a este continente? ¿Se trata, como sospechamos, de Asiacomunista?

—Jamás he oído que se llamara así —contestó Bewchard frunciendo el ceño —, aunque no soy un erudito, claro. Le he oído llamar con distintos nombres: «Yarshai», «Amarehk» y «Nishtay». —Se encogió de hombros—. Ni siquiera estoy seguro de saber dónde está en relación con los legendarios continentes que, según se dice, se hallan en alguna otra parte del mundo...

—¡Amarehk! —exclamó Hawkmoon—. Pero si siempre había creído que era el hogar legendario de unas criaturas sobrehumanas...

—¡Y yo había pensado que el Bastón Rúnico estaba en Asiacomunista! —añadió D'Averc echándose a reír—. ¡No hay que depositar mucha fe en las leyendas, amigo Hawkmoon! Quizá, después de todo, el Bastón Rúnico ni siquiera exista.

—Quizá —dijo Hawkmoon asintiendo.

Bewchard mantenía el ceño fruncido.

—El Bastón Rúnico..., leyendas..., ¿de qué habláis, caballeros?

—Se trata de una cuestión que nos comunicó ese erudito del que os hemos hablado —se apresuró a decir D'Averc—. Sería muy aburrido explicárosla.

—Me encanta que me aburran, amigos míos —dijo Bewchard encogiéndose de hombros y reanudando el camino.

Estaban ahora más allá de la parte comercial de la ciudad, sobre una colina en la que las casas parecían mucho más ricas y menos juntas unas de otras. Unos altos muros rodeaban jardines en los que se veían árboles llenos de flores y fuentes.

Bewchard se detuvo ante las puertas exteriores de una de aquellas casas.

—Bienvenidos a mi mansión, amigos míos —dijo, llamando con un cordón ante la puerta.

Se abrió una rejilla y unos ojos les miraron. Después, la puerta se abrió de par en par y un sirviente se inclinó ante Bewchard.

—Bienvenido a casa, señor. ¿Ha tenido éxito en su viaje? Vuestra hermana os espera.

—¡Mucho éxito, Per! ¡Aja...! ¡De modo que Jeleana está aquí para saludarnos. ¡Os encantará Jeleana, amigos míos!

7. El incendio

Jeleana era una joven muy hermosa, de pelo negro como el azabache, de movimientos vivaces que cautivaron inmediatamente a D'Averc. Aquella noche, durante la cena, él la cortejó y quedó encantado cuando ella respondió alegremente a sus atenciones.

Bewchard sonrió al verles jugar tan cómicamente, pero a Hawkmoon le resultó difícil observarles, pues ello le hacía pensar dolorosamente en su Yisselda, la esposa que le esperaba a miles de kilómetros de distancia, al otro lado del mar, y quizá a muchos cientos de años a través del tiempo (pues no tenía medio de saber si los anillos de cristal sólo les habían transportado a través del espacio).

Bewchard creyó detectar una expresión melancólica en la mirada de Hawkmoon, e intentó alegrarle con bromas y anécdotas relacionadas con algunos de los encuentros, más ligeros y divertidos, en los que había combatido contra los piratas de Starvel.

Hawkmoon respondió haciendo un intento por sobreponerse, pero no pudo apartar de su mente la imagen de su querida esposa, la hija del conde Brass, ni de preguntarse cómo estaría en aquellos momentos.

¿Habría logrado Taragorm perfeccionar las máquinas para viajar a través del tiempo? ¿Habría descubierto Meliadus un medio alternativo para llegar al castillo de Brass?

A medida que avanzaba la noche, Hawkmoon se sintió cada vez más incapaz de sostener una conversación intrascendente. Finalmente, se levantó y se inclinó con toda cortesía.

—Os ruego me disculpéis, capitán Bewchard —murmuró—, pero me siento muy cansado. Todo ese tiempo pasado ante los remos... y el combate de hoy...

Jeleana Bewchard y Huillam d'Averc no se dieron cuenta de que se había levantado, pues ambos estaban enfrascados el uno en el otro. El capitán Bewchard se levantó a su vez con una expresión de preocupación en su elegante rostro.

—Desde luego, os pido disculpas, sir Hawkmoon, por mi desconsideración...

—En modo alguno habéis sido desconsiderado —dijo Hawkmoon sonriendo débilmente—. Vuestra hospitalidad es magnífica. Sin embargo...

Bewchard extendió una mano hacia el cordón de llamada, pero antes de que pudiera tirar de él uno de los sirvientes llamó con suavidad a la puerta.

—¡Entrad! —ordenó Bewchard.

El mismo sirviente que les había abierto la puerta al llegar apareció en el umbral de la puerta.

—¡Capitán Bewchard! Hay un incendio en el muelle... Se está quemando un barco.

—¿Un barco? ¿Qué barco?

—Vuestro barco, capitán... ¡El mismo en el que habéis regresado hoy!

Bewchard se dirigió instantáneamente hacia la puerta. Hawkmoon y D'Averc no perdieron un momento en seguirle, dejando a Jeleana tras ellos.

—¡Un carruaje, Per! —ordenó—. ¡Date prisa, hombre! ¡Un carruaje!

Momentos después apareció un carruaje cerrado, tirado por cuatro caballos. Bewchard subió a él y esperó con impaciencia a que Hawkmoon y D'Averc se le unieran. Jeleana trató de subir también, pero él la detuvo con un gesto.

—No, Jeleana. No sabemos qué puede estar sucediendo en los muelles. ¡Esperad aquí!

Después, el carruaje partió, dando tumbos sobre el empedrado de las calles a una velocidad alarmante, en dirección a los muelles.

Las estrechas calles estaban iluminadas por antorchas colocadas en soportes sujetos a las paredes de las casas, y

el carruaje arrojó una sombra negra sobre los muros al pasar con un gran estrépito.

Al llegar a los muelles, los vieron iluminados por algo más que simples antorchas, pues una goleta ardía en el puerto. Había confusión por todas partes, pues los capitanes de los restantes barcos hacían embarcar a sus tripulaciones en un intento por apartar sus naves de la que se estaba quemando, por temor a que las suyas también se incendiaran.

Bewchard bajó de un salto del vehículo, seguido por Hawkmoon y D'Averc. Echó a correr hacia el muelle, abriéndose paso a codazos entre el gentío, pero en cuanto llegó al borde del agua se detuvo y hundió la cabeza sobre el pecho.

—Es inútil —murmuró, desesperado—. Lo he perdido. Esto sólo ha podido ser obra de Valjon...

Veroneeg, cuyo rostro sudoroso brillaba a la luz del incendio, exclamó desde la multitud:

—¡Lo veis, Bewchard! ¡Valjon se ha vengado! ¡Os lo advertí!

Todos se volvieron al escuchar cascos de caballos y vieron a un jinete enderezándose en la silla y mirando hacia ellos, muy cerca.

—¡Bewchard! —gritó el hombre—. ¡Pahl Bewchard! ¡El que afirma haber hundido el Halcón del río!

—Yo soy —contestó éste levantando la mirada—. ¿Quién sois vos?

El jinete iba ricamente ataviado y en su mano izquierda sostenía un rollo de pergamino que blandía en el aire.

—¡Soy un hombre de Valjon! ¡Su mensajero!

Y diciendo esto arrojó el rollo hacia Bewchard, que lo dejó donde había caído.

—¿Qué es? —preguntó Bewchard con los dientes firmemente apretados.

—Es una cuenta, Bewchard. Una cuenta por cincuenta hombres y cuarenta esclavos, por un barco y todo lo que contenía, además de un tesoro valorado en veinticinco mil smaygars. ¡Como veis. Valjon también sabe jugar a ser mercader!

Bewchard miró al mensajero con ojos refulgentes. La luz procedente del incendio trazaba parpadeantes sombras sobre su rostro. Se acercó al rollo que seguía en el suelo y le propinó una patada, enviándolo a las aguas llenas de restos.

—¡Ya veo que pretendéis amedrentarme con este melodrama! —replicó con firmeza—. Pues bien, decidle a Valjon que no tengo la menor intención de pagar esta cuenta, y que no me asusta. Decidle que, si quiere jugar a ser mercader, tenga en cuenta que él y sus nauseabundos antepasados le deben al pueblo de Narleen mucho más de lo señalado en esa cuenta. Y yo continuaré reclamando esa deuda suya.

El jinete abrió la boca como si se dispusiera a hablar, pero después cambió de opinión, escupió sobre el empedrado e hizo volver grupas a su caballo, perdiéndose al galope entre la oscuridad.

—Ahora os matará, Bewchard —dijo Veroneeg en un tono casi triunfal—. Ahora os matará. ¡Sólo confío en que se dé cuenta de que no todos somos tan estúpidos como vos!

—Y yo espero que nosotros no seamos tan estúpidos como vos, Veroneeg —replicó Bewchard con desprecio—. Si Valjon me amenaza, significa que he tenido éxito, al menos parcialmente; que he logrado ponerle nervioso.

Se dirigió hacia el carruaje y se apartó a un lado, dejando que Hawkmoon y D'Averc subieran primero. Después entró él, cerró de un portazo y dio unos golpes en el techo con la empuñadura de la espada, indicándole al conductor que regresara a la mansión.

—¿Estáis seguro de que Valjon es tan débil como sugerís? —le preguntó Hawkmoon con expresión de duda.

Bewchard le sonrió con una mueca.

—Estoy seguro de que es más fuerte de lo que sugiero..., incluso quizá más fuerte de lo que se piensa el propio Veroneeg. En mi opinión, Valjon todavía está algo sorprendido por el hecho de que hayamos tenido la temeridad de atacar su barco, y aún no ha tenido tiempo de unificar todos sus recursos. Pero no serviría de nada decírselo a Veroneeg, ¿no os parece, amigo mío?

—Tenéis mucho valor, capitán —afirmó Hawkmoon mirándole con admiración.

—Quizá no sea más que desesperación, amigo Hawkmoon.

—Creo que sé a qué os referís —asintió éste.

Permanecieron en silencio durante el resto del viaje de regreso.

Una vez que llegaron a la mansión, encontraron abiertas las puertas del jardín y enfilaron directamente el camino que conducía a la casa, ante cuya puerta principal se hallaba esperándoles Jeleana, cuyo rostro aparecía pálido.

—¿Vais desarmado, Pahl? —preguntó la muchacha en cuanto él descendió del carruaje.

—Desde luego —contestó su hermano—. Parecéis innecesariamente atemorizada, Jeleana.

La joven se volvió y entró en la casa, regresando al comedor sobre cuya mesa todavía estaban los restos de la cena.

—No... no ha sido el barco ardiendo lo que me ha puesto así —dijo al fin Jeleana temblando. Miró a su hermano, después a D'Averc y por último a Hawkmoon. Tenía los ojos muy abiertos—. Hemos tenido un visitante mientras estabais fuera.

—¿Un visitante? ¿Quién? —preguntó Bewchard pasándole un brazo por los temblorosos hombros.

—El... vino solo... —empezó a decir.

—¿Y qué hay de notable en un visitante que viene solo? ¿Dónde está ahora?

—Se trataba de Valjon..., del propio lord Valjon de Starvel. Él... —Se llevó una mano al rostro—. Me acarició la cara... Me miró con esos ojos negros e inhumanos, y habló con esa voz...

—¿Y qué dijo? —preguntó de pronto Hawkmoon con voz dura—. ¿Qué fue lo que dijo, lady Jeleana?

La muchacha volvió a mirarles uno tras otro antes de contestar.

—Dijo que sólo está jugando con Pahl, que es demasiado orgulloso como para emplear su tiempo y su energía en vengarse de él, y que... a menos que Pahl proclame mañana en la plaza de la ciudad que dejará de molestar a los lores piratas con su «estúpida» persecución... Pahl será castigado de un modo adecuado al delito particular que ha cometido. Dijo que esperaba que dicha declaración fuera hecha antes del mediodía de mañana.

—Ha venido aquí, a mi propia casa, sólo para expresar el desprecio que siente por mí —dijo Bewchard frunciendo el ceño—. El incendio del barco no ha sido más que una demostración..., una maniobra de diversión para hacerme acudir a los muelles. Ha hablado con vos, Jeleana, para demostrar que es capaz de acercarse a la persona que más quiero en cuanto él lo desee. —Bewchard suspiró—. Ahora ya no cabe la menor duda de que no sólo amenaza mi propia vida, sino también las vidas de las personas que amo. Es un truco que debería haber esperado... En realidad, medio lo esperaba... —Miró a Hawkmoon con una repentina expresión de cansancio—. Quizá, después de todo, he sido un tonto. Quizá Veroneeg tenía razón. No puedo luchar contra Valjon..., no mientras él continúe luchando desde la seguridad de Starvel. No tengo armas tan poderosas como las que él puede emplear contra mí.

—No soy quien para daros consejos —dijo Hawkmoon con serenidad—. Pero lo que sí puedo hacer es ofreceros mis servicios..., y los de mi amigo D'Averc, en vuestra lucha, si es que deseáis continuarla.

Bewchard miró directamente a Hawkmoon y después se echó a reír, enderezando los hombros.

—No me aconsejáis, Dorian Hawkmoon de la Joya Negra, pero me indicáis lo que debería pensar de mí mismo en el caso de que rechazara la ayuda que me ofrecen dos espadachines tan notables como lo sois ambos. Sí..., continuaré la lucha. Mañana voy a dedicarme todo el día a descansar, ignorando la advertencia de Valjon. En cuanto a vos, Jeleana, os protegeré aquí. Me comunicaré con nuestro padre y le pediré que venga aquí también y que se traiga consigo a sus guardias. Hawkmoon, D'Averc y yo mismo... iremos mañana de compras. —Indicó las ropas prestadas que llevaban los dos hombres y añadió—: Os prometí ropas nuevas, y buenas fundas para vuestras armas, puesto que la espada que lleváis, sir Hawkmoon, es la que le quitasteis a Valjon. Nos comportaremos con toda naturalidad. Le demostraremos a Valjon, y sobre todo a las gentes de la ciudad, que las amenazas de ese pirata no nos asustan lo más mínimo.

—Creo que ésa es la única forma de actuar —asintió D'Averc con seriedad—, sobre todo si no se quiere destruir el buen ánimo de vuestros conciudadanos. En ese caso, aunque muráis, lo haréis como un héroe... e inspiraréis a los que os sigan.

—Espero no morir tan pronto —replicó Bewchard sonriendo—, ya que me encanta la vida. De todos modos, ya veremos, amigos míos. Ya veremos.

8. Los muros de Starvel

El día siguiente amaneció tan caluroso como el anterior, y Pahl Bewchard deambuló tranquilamente por la ciudad con sus amigos.

Mientras caminaban por las calles de Narleen se dieron cuenta de que muchos de sus habitantes ya conocían el ultimátum que le había comunicado Valjon y se preguntaban qué haría Bewchard.

Pero el joven no hizo nada. Excepto sonreír a todo aquel con quien se encontraba, besar las manos de unas pocas damas, saludar a un par de conocidos, y acompañar a Hawkmoon y D'Averc por el centro comercial de la ciudad, donde les recomendó a un buen comerciante en telas.

El hecho de que su tienda se encontrara apenas a un tiro de piedra de los muros de Starvel convenía muy bien a los propósitos de Bewchard.

—Visitaremos esa tienda después del mediodía —les dijo a sus amigos—. Pero antes almorzaremos en una taberna que os puedo recomendar. Está cerca de la plaza central y suelen visitarla muchos de nuestros ciudadanos más importantes. Quiero que se nos vea relajados y tranquilos. Hablaremos de cosas sin importancia y no mencionaremos para nada las amenazas de Valjon, sin que nos importen los muchos esfuerzos que sin duda se harán para sacar a relucir el tema.

—Estáis pidiendo mucho, capitán Bewchard —indicó D'Averc.

—Quizá —replicó éste—, pero tengo la sensación de que el futuro mucho dependerá de los acontecimientos de hoy, incluso más de lo que soy capaz de comprender en estos precisos momentos. Estoy apostando a favor de esos acontecimientos, pues bien podría ser que el día terminara con una victoria o una derrota para mí.

Hawkmoon asintió con un gesto, pero no hizo ningún comentario. El también percibía en el aire algo, y no podía poner en duda el instinto de Bewchard.

Acudieron a la taberna, comieron, bebieron vino y aparentaron no darse cuenta de que estaban siendo el centro de atención, evitando astutamente todos los intentos que se hicieron para averiguar lo que tenían intención de hacer sobre el ultimátum de Valjon.

Poco a poco se acercó la hora del mediodía, y pasó, y Bewchard siguió sentado en la taberna, charlando tranquilamente con sus amigos durante otra hora más. Finalmente, dejó su copa de vino sobre la mesa, se levantó y dijo:

—Y ahora, caballeros, iremos a esa tienda que os he mencionado...

En las calles había mucha menos gente de lo habitual mientras ellos caminaban despreocupadamente, acercándose más y más al centro de la ciudad. Pero hubo muchas cortinas que se movieron a su paso, y muchos rostros se asomaron a las ventanas. Bewchard sonrió burlescamente, como si disfrutara con aquella situación.

—Hoy nos hemos convertido en los únicos actores sobre el escenario, amigos míos —dijo sonriente—. Debemos interpretar muy bien nuestros papeles.

Y entonces, Hawkmoon contempló por primera vez los muros de Starvel. Se elevaban por encima de los tejados de las casas, blancos, orgullosos y enigmáticos y, al parecer, no tenían puertas de acceso.

—Hay unas pocas puertas —le dijo Bewchard a Hawkmoon—, pero raras veces se utilizan. En lugar de puertas disponen de enormes canales y muelles subterráneos que dan directamente al río.

Bewchard les condujo por una calle secundaria y les indicó un letrero.

—Ahí está la tienda que andamos buscando.

Entraron en la tienda, abarrotada de fardos de telas, montones de capas, jubones y calzones, espadas y dagas de todas clases, exquisitos arneses, cascos, sombreros, botas, cinturones y todo aquello que un hombre pudiera necesitar para vestirse. Cuando entraron, el propietario estaba atendiendo a otro cliente. Aquél, un hombre de edad media, bien constituido y de aspecto alegre, mostraba un semblante rubicundo y el pelo blanco como la nieve. Le sonrió a Bewchard y el cliente que estaba atendiendo se volvió. Era un joven cuyos ojos se abrieron desmesu-

radamente al ver a los tres hombres en el umbral de la tienda. El joven murmuró algo e hizo intención de marcharse.

—¿No queréis la espada? —preguntó el tendero, sorprendido—. Estoy dispuesto a bajaros el precio en medio smaygar. pero no más.

—En otra ocasión, Pyahr, en otra ocasión —contestó el joven que se dirigió apresuradamente hacia la puerta, se inclinó con rapidez ante Bewchard y abandonó la tienda.

—¿Quién era ése? —preguntó Hawkmoon con una sonrisa.

—El hijo de Veroneeg, si no recuerdo mal —contestó Bewchard riendo—. ¡Al parecer ha heredado la misma cobardía de su padre!

—Buenas tardes, capitán Bewchard —saludó Pyahr acercándose a ellos—. No había esperado veros hoy por aquí. ¿No habéis hecho el anuncio que se esperaba de vos?

—No. Pyahr, no lo he hecho.

—Tenía la impresión de que no lo haríais, capitán —dijo Pyahr sonriendo—. Sin embargo, ahora os halláis en considerable peligro. Valjon tendrá que cumplir sus amenazas, ¿no?

—Al menos tendrá que intentarlo. Pyahr.

—Y no creo que tarde en hacerlo, capitán. No perderá el tiempo. ¿Estáis seguro de que es prudente en estos momentos acercaros tanto a los muros de Starvel?

—Debo demostrar que no le tengo miedo alguno a Valjon —replicó Bewchard—. Además, ¿por qué razón iba a cambiar mis planes por su causa? Prometí a mis amigos que podrían elegir la vestimenta que desearan en la mejor tienda de Narleen, y no soy hombre que olvide mis promesas tan fácilmente.

Pyahr sonrió e hizo un gesto de desprecio con la mano.

—Os deseo mucha suerte, capitán. Y ahora, caballeros, ¿veis algo que os guste?

Hawkmoon tomó entre sus manos una capa de rico terciopelo, pasando los dedos por el broche dorado que llevaba.

—Esto me gusta. Veo que tenéis una tienda muy bien surtida, maese Pyahr.

Mientras Bewchard charlaba tranquilamente con el tendero, Hawkmoon y D'Averc inspeccionaron con lentitud el contenido de la tienda, eligiendo una camisa aquí o un par de botas allá. Transcurrieron dos horas antes de que terminaran de elegir todo lo que necesitaban.

—¿Por qué no vais a los probadores y os probáis todo lo que habéis elegido? —sugirió Pyahr—. Creo que lo habéis hecho muy bien, caballeros.

Hawkmoon y D'Averc se retiraron a los probadores. Hawkmoon había elegido una camisa de seda de un profundo tono lavanda, un jubón de cuero suave, un pañuelo púrpura, unos calzones también de seda y unos pantalones de cuero que se embutió en unas botas del mismo cuero que el jubón, que se dejó desabotonado. Se colocó un amplio cinturón de cuero en la cintura y después se puso una capa de un intenso azul sobre los hombros.

En cuanto a D'Averc, eligió una camisa escarlata que hacía juego con los pantalones, un jubón de reluciente cuero negro y botas, también de cuero negro, que le llegaban casi a la altura de las rodillas. Sobre todo ello se puso una capa de seda de intenso color púrpura. Se disponía a ajustarse la espada al cinturón, cuando se escuchó un grito procedente de la tienda.

Hawkmoon apartó las cortinas de los probadores.

La tienda estaba llena de hombres..., evidentemente piratas de Starvel. Habían rodeado a Bewchard, que no había tenido tiempo para desenvainar su espada.

Hawkmoon se volvió, tomó la espada que había dejado sobre el montón de ropas viejas, y salió precipitadamente a la tienda, chocando contra Pyahr, que en ese momento retrocedía tambaleándose, con una herida sangrienta en el cuello.

En aquellos momentos, los piratas se disponían a marcharse de la tienda y ni siquiera pudo distinguir a Bewchard entre ellos.

Hawkmoon atravesó a un pirata introduciéndole la espada directamente en el corazón, y se defendió de una estocada que le dirigió otro.

—No tratéis de luchar contra nosotros —le dijo el pirata que le había dirigido la estocada—. ¡Sólo queremos a Bewchard!

—Entonces, tenéis que matarnos primero a nosotros —gritó D'Averc, que se había unido con rapidez a Hawkmoon.

—Bewchard tiene que sufrir su castigo por haber insultado a nuestro lord Valjon —dijo el pirata al tiempo que se le enfrentaba.

D'Averc dio un salto hacia atrás, levantó la espada y realizó con ella un rápido movimiento de giro con el que le arrebató el arma al otro. El hombre lanzó un gruñido y se lanzó hacia adelante con la daga que sostenía en la otra mano. Pero D'Averc evitó el asalto y extendió la espada, alcanzando al hombre en el cuello.

Entonces, la mitad de los piratas se separaron de sus compañeros y se volvieron para enfrentarse con Hawkmoon y D'Averc, obligándoles a retroceder en el interior de la tienda.

—Escapan con Bewchard —dijo Hawkmoon con desesperación—. Tenemos que ayudarle.

Se lanzó salvajemente contra sus atacantes, intentando abrirse paso entre ellos para acudir en ayuda de Bewchard, pero entonces escuchó a D'Averc gritando a sus espaldas:

—¡Llegan más por la salida de atrás!

Fue lo último que oyó antes de sentir la empuñadura de una espada golpeándole en la base del cráneo. Cayó hacia adelante, sobre un montón de camisas, perdiendo el conocimiento.

Despertó sintiendo que se ahogaba y rodó sobre la espalda. Estaba oscureciendo en el interior de la tienda y todo parecía extrañamente silencioso.

Se levantó, tambaleante, con la espada todavía en la mano. Lo primero que vio fue el cadáver de Pyahr, tendido cerca de las cortinas de los probadores.

Lo segundo fue lo que le pareció al cadáver de D'Averc, tendido sobre un fardo de ropas, con la mayor parte del rostro cubierto de sangre.

Hawkmoon acudió junto a su amigo, le introdujo la mano en el interior del jubón y comprobó aliviado que aún le latía el corazón. Al parecer, a D'Averc sólo le habían dejado inconsciente. Sin duda alguna, los piratas les habían dejado atrás intencionadamente, lo más probable con la intención de que alguien les dijera a los ciudadanos de Narleen lo que les sucedía a quienes, como Pahl Bewchard, se atrevían a ofender a lord Valjon.

Hawkmoon se dirigió tambaleándose hacia el fondo de la tienda y encontró un jarro de agua. Lo llevó hasta donde estaba su amigo y lo acercó a los labios de D'Averc. Después, arrancó un trozo de ropa del fardo sobre el que yacía su amigo, lo mojó en el agua y le limpió la cara de sangre. La sangre procedía de un corte ancho, pero superficial, que mostraba cerca de la sien.

D'Averc empezó a moverse, abrió los ojos y miró directamente a los de Hawkmoon.

—Bewchard —fue lo primero que dijo—. Tenemos que rescatarle, Hawkmoon.

—Sí —asintió éste con una mueca—. Pero a estas horas ya estará en Starvel.

—Eso no lo sabe nadie excepto nosotros —dijo D'Averc incorporándose y sentándose en el suelo—. Si pudiéramos rescatarlo y llevarlo a su casa, contándole después a la gente lo sucedido, imaginad lo que eso significaría para la moral de los ciudadanos.

—Muy bien —dijo Hawkmoon—. Haremos una visita a Starvel... y recemos para que Bewchard siga con vida. —Envainó la espada en la funda y añadió—: Tenemos que escalar esos muros de algún modo, D'Averc. Y para eso necesitaremos equipo.

—Sin duda alguna en esta tienda encontraremos todo lo que necesitemos —dijo D'Averc—. Vamos,

movámonos con rapidez. Ya está anocheciendo.

Hawkmoon se acarició la Joya Negra incrustada en su frente. Volvió a pensar en Yisselda, el conde Brass. Oladahn y Bowgentle, preguntándose cuál sería su destino. Todos sus impulsos le decían que se olvidara de Bewchard, de las instrucciones de Mygan, de la legendaria Espada del Amanecer y del igualmente legendario Bastón Rúnico, y que robaran una embarcación del puerto para cruzar el océano y tratar de reunirse con su amada. Pero finalmente lanzó un profundo suspiro y enderezó la espalda. No podían dejar a Bewchard abandonado a su destino. Tenían que intentar rescatarlo o morir en el intento.

Pensó entonces en los muros de Starvel, que se hallaban tan cerca. Quizá nadie había intentado escalarlos hasta ahora, pues eran muy altos y debían de estar muy bien vigilados. Sin embargo, quizá pudiera hacerse de algún modo. Tendrían que intentarlo.

9. El templo de Batach Gerandiun

Hawkmoon y D'Averc empezaron a escalar los muros de Starvel, llevando cada uno de ellos varias dagas colgando de los cinturones.

Hawkmoon iba el primero. Sostenía la empuñadura de una daga envuelta en ropa y buscaba una grieta en la piedra. Una vez que la encontraba insertaba en ella la hoja y después la empujaba con fuerza hasta el fondo, rezando para que nadie le oyera desde arriba y para que el puñal así dispuesto sostuviera su peso.

Poco a poco, fueron subiendo por el muro, tanteando la resistencia de las dagas a medida que lo hacían. De pronto, Hawkmoon sintió que cedía la daga en la que apoyaba uno de los pies, y tuvo que sujetarse con la mano a la que acababa de insertar por encima de la cabeza, que también empezaba a desprenderse. Desesperado, tomó otra daga del cinturón, encontró una grieta e introdujo en ella el arma, aguantándose en ella, justo en el instante en que caía la que tenía en los pies. Escuchó un débil tintineo cuando el arma chocó contra el empedrado de la calle, unos veinte metros más abajo. Se quedó allí colgado, incapaz de retroceder o avanzar, hasta que D'Averc logró introducir otra daga en la grieta que había fallado. Finalmente, Hawkmoon respiró aliviado. Ahora ya estaban cerca del borde superior de la muralla. Sólo les faltaban un par de metros... y no tenían ni la menor idea de lo que les esperaba en la muralla o al otro lado.

¿Serían inútiles todos sus esfuerzos? ¿Estaría Bewchard muerto? Pero no era el momento para pensar en aquellas cosas.

Hawkmoon siguió subiendo con mayor precaución a medida que se acercaba al borde de la muralla. Escuchó unos pasos por encima de su cabeza y supo que un guardia pasaba por allí en aquellos momentos. Se detuvo. Sólo le faltaba colocar una daga más y llegaría a la parte superior del muro. Miró hacia abajo y vio el rostro de D'Averc, sonriéndole burlonamente a la luz de la luna. Los pasos se apagaron en la distancia y él continuó introduciendo la daga.

Después, justo en el instante en que se elevaba hacia el borde, los pasos regresaron, aunque moviéndose ahora con mayor rapidez que antes. Hawkmoon miró hacia arriba..., directamente al rostro asombrado del pirata que se asomaba.

En aquel instante, Hawkmoon se jugó el todo por el todo. Dio un salto hacia el borde del muro, se agarró a él en el momento en que el pirata desenvainaba su espada, se aupó hacia arriba a pulso y golpeó al hombre en las piernas con toda su fuerza.

El pirata abrió la boca, atónito, trató de recuperar el equilibrio y después cayó sin hacer ruido.

Jadeante, Hawkmoon se asomó sobre la muralla y ayudó a D'Averc a subir. Dos guardias más se acercaban corriendo.

Hawkmoon se incorporó, desenvainó la espada y se preparó para enfrentarse a ellos.

Las espadas chocaron, pero el intercambio de estocadas entre los dos piratas y Hawkmoon y D'Averc fue breve, pues los dos amigos no tenían tiempo que perder y se sentían desesperados. Casi al mismo tiempo, sus espadas buscaron los corazones de sus contrincantes, mordieron la carne y se retiraron de un tirón. Y casi al mismo tiempo, los dos guardias se desmoronaron y quedaron inmóviles.

Hawkmoon y D'Averc miraron a uno y otro lado de la muralla. Al parecer, aún no habían sido detectados por los demás. Hawkmoon señaló una escalera que descendía al suelo. D'Averc asintió y ambos descendieron por ella con suavidad y toda la rapidez que se atrevieron, confiando en que nadie subiera por allí.

Abajo, todo estaba oscuro y tranquilo. Parecía una ciudad de los muertos. Allá lejos, en el centro de Starvel, brilló un fanal, pero todo lo demás estaba oscuro, a excepción de alguna pequeña luz que se escapaba por las contraventanas o por las grietas de las puertas.

Al acercarse más al suelo, escucharon unos pocos sonidos procedentes de las casas: eran las risotadas propias de una juerga. Una puerta se abrió mostrando una estancia abarrotada de hombres borrachos. Un pirata salió tambaleándose y lanzando una maldición. El hombre cayó de bruces sobre el empedrado. La puerta se cerró y el

pirata permaneció en el suelo, inmóvil.

Los edificios de Starvel eran mucho más sencillos que los existentes al otro lado de las murallas. No mostraban la rica decoración de las casas de Narleen y, de no haberlo sabido, Hawkmoon habría podido pensar que aquella parte de la ciudad era la más pobre. Pero Bewchard le había dicho que los piratas sólo hacían ostentación de su riqueza en sus barcos, así como en el templo de Batach Gerandiun, donde se decía que estaba la Espada del Amanecer.

Avanzaron cautelosamente por las calles, con las espadas preparadas. Aun suponiendo que Bewchard estuviera vivo, no tenían ni la menor idea del lugar donde le tenían prisionero. No obstante, algo pareció atraerles hacia el fanal que brillaba en el centro de la ciudad.

Cuando ya se hallaban cerca de la luz escucharon de pronto el sonoro estampido de un tambor, cuyos ecos se extendieron por las calles oscuras y vacías. A continuación escucharon el sonido de pasos precipitados y poco después el tamborileo de los cascos de los caballos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó D'Averc en susurros. Asomó cautelosamente la cabeza para mirar y después retrocedió con precipitación—. ¡Vienen hacia nosotros! —exclamó—. ¡Atrás!

Las luces de las antorchas empezaron a iluminar las calles y enormes sombras se extendieron por ellas, delante de donde ellos se encontraban. Hawkmoon y D'Averc retrocedieron hacia la oscuridad y poco después veían pasar ante ellos una procesión.

Iba dirigida por el propio Valjon, cuyo rostro pálido aparecía rígido.

Los ojos miraban directamente al frente mientras cabalgaba a paso lento por las calles, en dirección al lugar donde brillaba el fanal. Tras él avanzaban varios hombres con tambores que golpeaban con un ritmo lento y monótono, seguidos por otro grupo de jinetes armados, todos ellos ricamente ataviados. Sin duda alguna, se trataba de los otros lores de Starvel. Todos ellos mostraban expresiones muy serias y montaban en las sillas con actitudes rígidas y erguidas, como estatuas. Pero lo que más llamó la atención de los dos hombres fue lo que apareció detrás de estos piratas a caballo.

Porque allí estaba Bewchard.

Tenía los brazos y las piernas extendidos sobre un gran armazón de hueso de ballena doblado, fijado hacia arriba sobre una plataforma redonda que era tirada por seis caballos, conducidos por piratas que portaban librea. Estaba pálido, y su cuerpo desnudo aparecía cubierto de sudor. Era evidente el gran dolor que sufría, pero tenía los dientes fuertemente apretados. Sobre su torso se habían pintado extraños símbolos y también mostraba marcas similares en las mejillas. Tenía los músculos tensos, debido a los esfuerzos que hacía por liberarse de las cuerdas que le ataban los tobillos y las muñecas. Pero estaba muy bien atado.

D'Averc hizo un movimiento, con la intención de avanzar hacia él, pero Hawkmoon lo contuvo.

—No —susurró—. Sigámosles. Es posible que más tarde tengamos una mejor oportunidad de salvarle.

Dejaron pasar el resto de la procesión y después la siguieron con cautela. El grupo se movió con lentitud hasta que llegó a una amplia plaza iluminada por un gran fanal situado sobre la puerta de entrada a un edificio alto de arquitectura extraña y asimétrica, que parecía haber sido formado casi de modo natural a base de alguna materia vitrea y volcánica. Se trataba de una construcción de aspecto siniestro.

—No cabe la menor duda de que eso es el templo de Batach Gerandiun —murmuró Hawkmoon—. Me pregunto por qué lo llevarán ahí dentro.

—Descubrámoslo —dijo D'Averc.

La procesión se introdujo en el templo. Los dos amigos cruzaron sigilosamente la plaza y se acurrucaron entre las sombras, cerca de la puerta, que estaba medio abierta. Al parecer, no la tenían vigilada. Quizá los piratas creyeran que nadie se atrevería a entrar en aquel lugar a menos que tuviera derecho a hacerlo.

Hawkmoon miró a su alrededor para comprobar que nadie les observara y después se situó junto a la puerta y la abrió con lentitud. Se encontró en un pasillo oscuro. Desde un rincón llegaba un brillo rojizo y el sonido de unos cánticos. Con D'Averc pisándole los talones, Hawkmoon avanzó con cautela por el pasillo.

Se detuvo antes de llegar al recodo. Un extraño olor le llegó a las narices. Era un olor nauseabundo que le pareció

al mismo tiempo familiar y desconocido. Se estremeció y retrocedió un paso. El rostro de D'Averc se contrajo en un acceso de náuseas.

—¡Puaj! ¿Qué es eso?

—Hay algo en ese olor... —dijo Hawkmoon sacudiendo la cabeza—. Es como el de la sangre, pero no se trata simplemente de sangre.

D'Averc tenía los ojos muy abiertos y no dejaba de mirar a Hawkmoon. Parecía a punto de sugerir que siguieran avanzando, pero entonces cuadró los hombros y apretó con mayor fuerza la empuñadura de su espada. Se quitó el pañuelo que llevaba alrededor del cuello y se lo apretó contra las narices y los labios, con un gesto ostentoso que a Hawkmoon le pareció muy natural en él y que le hizo sonreír. A pesar de todo, imitó el ejemplo de su amigo y se llevó su pañuelo al rostro.

Después, avanzaron de nuevo, doblando la esquina del pasillo.

La luz se hizo más brillante. Era una radiación rosada, no muy distinta del color de la sangre fresca. Emanaba de una puerta abierta situada en el extremo del pasillo, y parecía latir al ritmo de los cantos, que ahora se hicieron más fuertes y que contenían una nota de terrible amenaza. El olor nauseabundo también aumentó de intensidad a medida que avanzaban.

Una figura cruzó el espacio del que salía la radiación latente. Hawkmoon y D'Averc se detuvieron en seco, pero no fueron vistos. La silueta se desvaneció y ellos continuaron su avance.

Del mismo modo que aquel olor era un insulto para sus narices, el cántico también empezó a ofender sus oídos. Había en él algo hechicero, algo capaz de ponerles los nervios de punta. Medio cegados por la luz rosada, parecía como si todos sus sentidos estuvieran sometidos a una fuerte agresión. Pero siguieron avanzando hasta que se encontraron a uno o dos pasos de la entrada.

Y entonces pudieron contemplar una escena que les hizo estremecer.

La sala era circular, pero con un techo cuya altura variaba mucho de uno a otro lado: a veces tenía unos pocos metros sobre el suelo, mientras que algo más allá se elevaba hasta desaparecer en la oscuridad llena de humo. En eso se parecía al aspecto exterior que tenía el edificio, que daba la impresión de ser más orgánico que artificial, elevándose y descendiendo de un modo arbitrario por lo que Hawkmoon era capaz de deducir. Las paredes vitreas reflejaban la radiación rosada, de modo que todo el escenario aparecía manchado de rojo.

La luz procedía de un lugar situado muy alto que atrajo la parpadeante mirada de Hawkmoon.

Lo reconoció inmediatamente. Reconoció el objeto que colgaba allí, dominando toda la estancia. Sin duda alguna, era lo que Mygan le había enviado a buscar, lo que le había dicho, con su último aliento, que encontraría allí.

—La Espada del Amanecer —susurró D'Averc—. Ese horrible objeto no puede tener nada que ver con nuestro destino.

El rostro de Hawkmoon se contrajo en una mueca. Se encogió de hombros.

—No es eso por lo que hemos venido aquí. Estamos aquí por él... —dijo, señalando hacia el interior de la estancia.

Debajo de la espada había una docena de figuras, todas ellas atadas a armazones de hueso de ballena y colocadas en semicírculo. No todos los hombres y mujeres que ocupaban los armazones estaban vivos, aunque la mayoría de ellos agonizaban.

D'Averc apartó la vista de aquella escena, pero a pesar de su expresión del más puro horror hizo un esfuerzo por volver a mirar.

—¡Por el Bastón Rúnico! —susurró—. Es... es algo bárbaro.

En los cuerpos desnudos se habían practicado pequeños cortes en las venas, y de aquellas venas surgía lentamente la sangre. Todas aquellas personas estaban siendo desangradas hasta morir. Los que aún vivían tenían los rostros retorcidos en expresiones de angustia, y sus forcejeos no hacían más que debilitarles poco a poco, a medida que su sangre goteaba en el estanque que había bajo ellos, excavado en la roca de obsidiana.

En aquel estanque había cosas que se movían y que aparecían en la superficie para lamer la sangre fresca, a medida que ésta goteaba, ocultándose después. Formas oscuras moviéndose en el fondo del gran charco de sangre.

¿Qué profundidad tendría el estanque? ¿Cuántos miles de personas habrían muerto para llenarlo? ¿Qué propiedades peculiares contendría para que la sangre no se coagulara?

Los lores piratas de Starvel se hallaban reunidos alrededor del estanque, cantando y balanceándose, con los rostros levantados hacia la Espada del Amanecer. Bewchard estaba situado directamente debajo de la espada, con el cuerpo tenso sobre el armazón.

Valjon sostenía un cuchillo en la mano y todo indicaba su intención de utilizarlo. Bewchard le miró con fijeza y desprecio y le dijo algo que Hawkmoon no pudo escuchar. El cuchillo refulgió como si ya estuviera húmedo de sangre. El tono de los cantos se elevó y a través de ellos pudieron distinguir la voz profunda de Valjon.

—Espada del Amanecer, donde mora el espíritu de nuestro dios y antepasado; Espada del Amanecer, que hiciste invencible a Batach Gerandiun y ganasteis para nosotros todo lo que poseemos; Espada del Amanecer, que hacéis revivir a los muertos, permitís que los vivos sigan con vida, y que obtenéis la luz de la sangre vital de los hombres; Espada del Amanecer, acepta éste, nuestro último sacrificio, en demostración de que seguiremos rindiéndote culto para siempre, pues mientras permanezcáis en el templo de Batach Gerandiun jamás caerá Starvel. Acepta a este enemigo nuestro, a este insolente llamado Pahl Bewchard, perteneciente a esa maldita casta que se llama a sí misma de mercaderes.

Bewchard volvió a decir algo entre los dientes apretados, pero no pudieron escuchar su voz por encima de los cantos histéricos de los demás lores piratas.

El cuchillo empezó a moverse hacia el cuerpo de Bewchard, y Hawkmoon no pudo contenerse por más tiempo. El grito de batalla de sus antepasados acudió automáticamente a sus labios:

—¡Hawkmoon! ¡Hawkmoon!

Al mismo tiempo que gritaba, se lanzó contra aquella especie de fantasmas reunidos allí, junto al nauseabundo estanque de sangre y los terribles seres que lo llenaban, sobre los que se extendían los armazones que contenían a los muertos y moribundos. La espada refulgía en su mano.

—¡Hawkmoon! ¡Hawkmoon!

Los lores piratas se volvieron, interrumpiendo de pronto sus cantos. Los ojos de Valjon se abrieron desmesuradamente con una expresión de cólera. Se echó la capa hacia atrás, poniendo al descubierto una espada gemela a la que portaba Hawkmoon. Dejó caer el cuchillo en el estanque de sangre y desenvainó la espada.

—¡Estúpido! ¿Acaso no sabéis que ningún extraño que entre en el templo de Batach puede abandonarlo hasta que no se le haya extraído toda la sangre?

—¡Será vuestro cuerpo el que se desangre esta noche, Valjon! —gritó Hawkmoon disponiéndose a enviarle una estocada a su enemigo.

Pero, de repente, veinte cuerpos le bloquearon el camino hacia Valjon y veinte espadas se le enfrentaron.

Se lanzó contra ellas, enfurecido, con la garganta agarrotada por el nauseabundo olor procedente del estanque, con los ojos deslumbrados por la luz de la espada, viendo fugazmente a Bewchard, que forcejeaba para liberarse de sus ligaduras. Lanzó una estocada y un hombre murió. Se inclinó y repitió el movimiento, y otro hombre se retrocedió, tambaleándose, hasta caer en el estanque, siendo arrastrado hacia el fondo por lo que hubiera allí. Lanzó un tajo y otro pirata perdió una mano. D'Averc, que se había apresurado a unírsele, también estaba haciendo lo suyo, y entre ambos contenían bien a los piratas.

Durante un rato, pareció como si la furia de ambos fuera capaz de permitirles atravesar la línea de piratas y llegar hasta donde estaba Bewchard. Hawkmoon se abrió paso entre el grupo y logró llegar al borde del terrible estanque lleno de sangre, desde donde intentó cortar las ligaduras de Bewchard, sin dejar por ello de luchar contra los piratas. Pero entonces un pie le resbaló sobre el borde del estanque y el tobillo se le hundió en él. Sintió que algo le tocaba el pie, algo sinuoso y nauseabundo. Lo retiró con la mayor rapidez posible y se encontró con los brazos bien sujetos por los piratas.

Echó la cabeza hacia atrás y gritó:

—Lo siento, Bewchard... He sido demasiado impetuoso, pero no había tiempo que perder. ¡No había tiempo!

—¡No tendríais que haberme seguido! —replicó Bewchard, afligido—. ¡Ahora sufriréis el mismo destino que yo, y alimentaréis a los monstruos del estanque! ¡No tendríais que haberme seguido, Hawkmoon!

10. Un amigo en las sombras

—Me temo, amigo Bewchard, que habéis desperdiciado vuestra generosidad con nosotros.

D'Averc no pudo evitar este comentario irónico, ni siquiera en aquella situación. Él y Hawkmoon estaban con los miembros extendidos, uno a cada lado de Bewchard. A dos de las víctimas sacrificadas se les habían cortado las ligaduras y ambos amigos habían sido colocados en su lugar. Debajo de ellos, aquellas cosas negras se elevaban y se hundían de nuevo en el estanque de sangre. Por encima, la luz procedente de la Espada del Amanecer irradiaba un brillo rojizo por toda la estancia, haciendo refulgir los rostros expectantes, vueltos hacia arriba, de los lores piratas y de Valjon, cuyos ojos inyectados en sangre contemplaban con expresión de triunfo sus cuerpos atados a los armazones que, al igual que el de Bewchard, mostraban símbolos muy peculiares.

Desde el estanque les llegaban sonidos chapoteantes producidos por las extrañas criaturas que nadaban en la sangre, en espera, sin duda, de que volviera a caer la sangre fresca. Hawkmoon se estremeció y apenas si pudo contener las ganas de vomitar. Le dolía la cabeza y sentía las extremidades debilitadas y con dolores increíbles. Pensó en Yisselda, en su hogar y en sus esfuerzos por hacerle la guerra al Imperio Oscuro. Ahora ya no volvería a ver a su esposa, nunca respiraría de nuevo el dulce aire de Camarga, ni podría contribuir a la caída de Granbretan, si es que ese momento llegaba alguna vez. Y todo eso lo había perdido en un vano esfuerzo por ayudar a un extraño, un hombre al que apenas conocía y cuya lucha era remota y poco importante, comparada con la lucha contra el Imperio Oscuro.

Pero ya era demasiado tarde para considerar todas aquellas cosas, pues iba a morir. Y moriría de una forma terrible, desangrado como un cerdo, experimentando la sensación de que la fuerza le abandonaba poco a poco, a cada nuevo latido de su corazón.

Valjon sonrió.

—Ahora no emitís ningún grito de guerra, mi querido esclavo amigo. Parecéis muy silencioso. ¿No tenéis nada que preguntarme? ¿No queréis suplicarme para que os perdone la vida..., para que vuelva a convertirlos en mi esclavo? ¿No queréis pedirme disculpas por haber hundido mi barco, haber matado a mis hombres y haberme insultado a mí?

Hawkmoon le escupió a la cara, pero falló. Valjon se encogió de hombros.

—Sólo espero que me entreguen un nuevo cuchillo. En cuanto lo haya recibido y bendecido adecuadamente, os cortaré las venas, asegurándome de que muráis con lentitud, para que podáis contemplar cómo vuestra sangre alimenta a las criaturas que la esperan. Vuestros cadáveres desangrados serán enviados después al alcalde de Narleen que, si no me equivoco, es el tío de Bewchard, como prueba de que nosotros, los de Starvel, no admitimos ser desobedecidos.

Un pirata cruzó la estancia y se arrodilló ante Valjon, ofreciéndole un cuchillo largo y muy afilado. Valjon lo aceptó y el pirata se incorporó y retrocedió unos pasos.

Después, Valjon murmuró unas palabras sobre el cuchillo, levantando a menudo la mirada hacia la Espada del Amanecer. Una vez que hubo terminado, tomó el cuchillo con la mano derecha y la levantó hasta que su punta se encontró a la altura de la entrepierna de Hawkmoon.

—Ahora volveremos a empezar —dijo Valjon y empezó a cantar lentamente la misma letanía que Hawkmoon escuchara poco antes.

Hawkmoon percibió el gusto de la bilis en su boca y trató de liberarse de las ligaduras que le sujetaban. Las palabras resonaron con fuerza, el canto aumentó de volumen, hasta alcanzar casi un grado histérico.

—... Espada del Amanecer, que revivís a los muertos y permitís que los vivos sigan con vida...

La punta del cuchillo acarició el muslo de Hawkmoon.

—... que obtenéis la luz de la sangre de los hombres...

De un modo ausente, Hawkmoon se preguntó si, en efecto, la espada rosada obtenía su luz de la sangre. El cuchillo le tocó la rodilla y volvió a estremecerse, maldiciendo a Valjon, forcejeando inútilmente con las ligaduras.

—... os rendiremos culto para siempre...

De pronto, Valjon interrumpió su canto y abrió la boca, asombrado, mirando más allá de donde estaba Hawkmoon, hacia un lugar situado por encima de su cabeza. Hawkmoon volvió la cabeza y también abrió la boca, atónito.

¡La Espada del Amanecer estaba descendiendo del techo!

Lo hacía con lentitud y Hawkmoon pudo distinguir que colgaba de una especie de telaraña de cuerdas metálicas... Y ahora había algo más en aquella telaraña... Era la figura de un hombre.

El hombre llevaba un largo casco que le ocultaba el rostro. Toda su armadura y atavíos eran de colores negro y oro, y del cinto le colgaba una enorme espada ancha de combate.

Hawkmoon apenas si pudo creerlo. Reconoció al hombre..., si es que se trataba de un hombre.

—¡El Guerrero de Negro y Oro! —exclamó.

—A vuestro servicio —dijo una voz sardónica desde detrás del casco. Valjon rugió de rabia y lanzó el cuchillo contra el Guerrero de Negro y Oro. El arma se estrelló con un tintineo contra la armadura y cayó al estanque.

El Guerrero se sostuvo con una mano, enfundada en el guantelete, de la empuñadura de la Espada del Amanecer, y cortó cuidadosamente las ligaduras que sujetaban las muñecas de Hawkmoon.

—Estáis... estáis mancillando nuestro objeto más sagrado —gritó Valjon, incrédulo—. ¿Por qué no sois castigado? Nuestro dios, Batach Gerandiun, tendrá su venganza. La espada es suya, contiene su espíritu.

—Yo tengo otra versión —replicó el Guerrero—. La espada le pertenece a Hawkmoon. El Bastón Rúnico creyó conveniente que en otro tiempo la utilizara vuestro antepasado, Batach Gerandiun, para sus propósitos, dándole poder sobre esta hoja rosada, pero ahora habéis perdido ese poder, y Hawkmoon lo posee.

—¡No os comprendo! —exclamó Valjon atónito—. ¿Quién sois? ¿De dónde venís? ¿Acaso sois... podríais ser... Batach Gerandiun?

—Podría ser —murmuró el Guerrero—. Podría ser muchas cosas y muchos hombres.

Hawkmoon rogaba en su interior para que el Guerrero terminara su tarea a tiempo. Valjon no tardaría en dejar de permanecer inmóvil. Se sujetó al armazón al ver liberadas las muñecas, tomó el cuchillo que le entregó el Guerrero y empezó a cortar ávidamente las ligaduras que le sujetaban aún por los tobillos.

Valjon sacudió la cabeza.

—Eso es imposible. Se trata de una pesadilla. —Se volvió hacia sus compañeros piratas y preguntó—: ¿Veis lo mismo que yo..., un hombre que cuelga de nuestra espada?

Todos asintieron en silencio y entonces uno de ellos se volvió y echó a correr hacia la entrada del salón.

—Llamaré a los hombres para que nos ayuden...

Hawkmoon saltó en ese preciso momento sobre el lord pirata que tenía más cerca, agarrándolo por el cuello. El hombre gritó, intentó apartar las manos de su oponente, pero Hawkmoon le giró la cabeza con fuerza hasta que le rompió el cuello. Después, con toda rapidez, extrajo la espada de la vaina del cadáver, y dejó caer el cuerpo al suelo.

Y allí estaba, desnudo bajo el resplandor de la gran espada, mientras el Guerrero de Negro y Oro se dedicaba a cortarles las ligaduras a sus amigos.

Valjon retrocedió, con una mirada de incredulidad en los ojos.

—No puede ser... No puede ser...

Entonces, D'Averc saltó al suelo situándose junto a Hawkmoon, y poco después se les unió Bewchard. Ambos iban desarmados y estaban desnudos.

Perplejos ante la indecisión de su jefe, los demás piratas permanecieron inmóviles. Detrás del trío desnudo, el Guerrero de Negro y Oro tiró de la gran espada, acercándola al suelo.

Valjon lanzó un grito y extendió las manos hacia la hoja, tratando de arrancarla con violencia de su telaraña de

metal.

—¡Es mía! ¡ Me pertenece por derecho!

—¡Es de Hawkmoon! —exclamó el Guerrero de Negro y Oro—. ¡Él es el único que tiene derecho a utilizarla!
Valjon acercó la espada a su cuerpo, como protegiéndola.

—¡Pues no la tendrá! ¡Destruídes!

Ahora, una gran cantidad de hombres entró precipitadamente en la sala llevando antorchas, y los lores piratas desenvainaron sus espadas y empezaron a avanzar hacia los cuatro hombres que estaban junto al estanque. El Guerrero de Negro y Oro desenvainó su enorme hoja de combate y la hizo oscilar ante él como una cimitarra, haciendo retroceder a los piratas y matando a algunos.

—Apoderaos de sus espadas —les dijo a Bewchard y D'Averc—. Ahora tenemos que luchar.

Bewchard y D'Averc obedecieron las instrucciones del Guerrero y avanzaron, siguiéndole los pasos.

Pero el gran salón parecía ahora lleno con centenares de hombres, todos ellos con los ojos febriles, ávidos de cobrarse sus vidas.

—Tenéis que quitarle esa espada a Valjon, Hawkmoon —gritó el Guerrero por encima del estruendo del combate—. ¡Apoderaos de ella... o todos pereceremos!

Fueron obligados a retroceder hacia el borde del sangriento estanque, y detrás de ellos se escuchó un tenebroso chapoteo en la sangre. Hawkmoon le echó un vistazo al estanque y lanzó un grito de horror.

—¡Están saliendo del estanque!

En efecto, las criaturas nadaban hacia el borde y Hawkmoon vio que eran como el monstruo tentacular con el que se habían enfrentado en el bosque, aunque bastante más pequeñas. Evidentemente, eran de la misma raza, y probablemente habían sido traídas allí mucho tiempo antes, por los antepasados de Valjon, adaptándose poco a poco de un ambiente acuático a este otro ambiente de sangre humana.

Sintió que uno de los tentáculos le tocaba la carne desnuda y su cuerpo tembló con un estremecimiento de frío terror. El peligro existente a su espalda le proporcionó la fuerza adicional que necesitaba, y se lanzó con toda su fuerza contra los piratas, buscando a Valjon, que se hallaba cerca, sujetando la Espada del Amanecer, cuya extraña radiación roja le envolvía de un modo fantasmagórico.

Al verse en peligro, Valjon movió la mano hacia la empuñadura de la espada, gritando algo y manteniéndose por un instante en una expectante espera. Pero lo que esperaba que sucediera no se produjo y él abrió la boca asombrado. Tras este breve momento de desconcierto se lanzó contra Hawkmoon levantando la espada.

Hawkmoon se inclinó a un lado, detuvo el golpe y se tambaleó, medio cegado por la luz. Valjon gritó y volvió a levantar la espada rosada. Su contrincante se agachó de nuevo bajo la estocada y levantó su espada, alcanzando a Valjon en un hombro. El lord pirata emitió un grito de rabia y lanzó una estocada tras otra, con inusitada rapidez, mientras el hombre desnudo las iba evitando con agilidad.

De pronto, Valjon se detuvo en su ataque y estudió el rostro de Hawkmoon, con una expresión en la que se mezclaban el terror y el asombro.

—¿Cómo puede ser? —murmuró—. ¿Cómo puede ser?

Hawkmoon se echó a reír.

—No me preguntéis, Valjon, pues todo esto también es un misterio para mí. Pero se me ha dicho que me apodere de vuestra espada, ¡y eso es lo que haré!

Y al tiempo que decía esto lanzó otra estocada hacia su enemigo, que éste desvió con un movimiento oscilante de la Espada del Amanecer.

Sin embargo, ese movimiento le colocó de espaldas al estanque sangriento, y Hawkmoon se dio cuenta de que aquellos pequeños monstruos, de cuyos costados escamosos goteaba la sangre, empezaban a arrastrarse por el suelo. Hawkmoon, con sus continuos ataques, hizo retroceder al pirata más y más hacia aquellas terribles criaturas. Vio como uno de aquellos tentáculos se extendía, adhiriéndose a una de las piernas de Valjon. Escuchó el grito del

hombre, quien trató de cortarlo con un tajo de su espada.

En ese instante Hawkmoon avanzó hacia él, lanzó un terrible puñetazo contra el rostro de su enemigo y, con la otra mano le arrancó la espada al lord pirata.

Después, contempló sombríamente cómo Valjon era arrastrado con lentitud hacia el estanque. Contempló la escena crudamente, sin hacer nada. Permaneció allí, con las manos apoyadas sobre la empuñadura de la Espada del Amanecer, mientras Valjon era arrastrado inexorablemente hacia el estanque sangriento.

Valjon no dijo nada. Se limitó a cubrirse el rostro con las manos cuando primero una pierna, y después la otra, fueron atraídas y hundidas en el estanque.

Después, se escuchó un prolongado grito de desesperación, que terminó con un gorgoteo de terror, y Valjon terminó por desaparecer bajo la superficie del estanque.

Hawkmoon se volvió, levantando la pesada espada, maravillado ante la luz que surgía de ella. La sujetó con ambas manos y miró para ver cómo les iban las cosas a sus amigos. Los tres formaban un grupo apretado y luchaban desesperadamente contra una multitud de enemigos. Era evidente que habrían sido arrollados de no ser porque el estanque seguía vomitando su terrible contenido.

El Guerrero vio que él poseía ya la espada y le gritó algo, pero Hawkmoon no pudo oír lo que le dijo. Se vio obligado a levantar la espada para defenderse, cuando un grupo de piratas se lanzó contra él. Los hizo retroceder y se abrió paso entre ellos, en un esfuerzo por reunirse con sus amigos.

Ahora, las criaturas del estanque abarrotaban los bordes, deslizándose sobre el suelo y dejando tras de sí un rastro húmedo. Hawkmoon se dio cuenta de que su posición era virtualmente desesperada, pues se hallaban atrapados entre una horda de hombres armados por un lado, y las criaturas del estanque por el otro.

El Guerrero de Negro y Oro trató de gritar algo, pero Hawkmoon tampoco pudo escucharlo. Continuó combatiendo, intentando desesperadamente llegar hasta donde estaba el Guerrero, cortando una cabeza aquí, un brazo allí, acercándose poco a poco a su misterioso aliado.

La voz del Guerrero volvió a sonar y en esta ocasión Hawkmoon escuchó sus palabras.

—¡Llamadlos! —rugió—. ¡Llamad a la legión del Amanecer o estamos perdidos!

—¿Qué queréis decir? —replicó Hawkmoon frunciendo el ceño.

—Tenéis el derecho de estar al mando de la legión. Llamadla. ¡En nombre del Bastón Rúnico, hombre, llamadlos!

Hawkmoon detuvo una estocada y atravesó al hombre que se la había dirigido. La luz de la hoja parecía estar desvaneciéndose, pero eso podía deberse al hecho de que tenía que competir con la luz procedente de las antorchas que iluminaban la sala.

—¡Llamad a vuestros hombres, Hawkmoon! —volvió a gritar el Guerrero de Negro y Oro con desesperación.

Hawkmoon se encogió de hombros y, sin poder creer en lo que decía, gritó:

—¡A mí la legión del Amanecer!

No sucedió nada. En realidad, él no había esperado que sucediera nada. No tenía fe en las leyendas, como ya había expresado en alguna ocasión.

Pero entonces se dio cuenta de que los piratas empezaban a gritar y que unas nuevas figuras habían aparecido procedentes de alguna parte... Se trataba de figuras extrañas que resplandecían con una luz rosada, que lanzaban estocadas a su alrededor con inusitada ferocidad, destrozando los cuerpos de los piratas.

Hawkmoon lanzó un profundo suspiro y quedó maravillado ante lo que veían sus ojos.

Los recién llegados iban vestidos con armaduras muy ornamentadas que, de algún modo, parecían pertenecer a épocas pasadas. Iban armados con lanzas decoradas con penachos de cabelleras, con enormes mazas de combate cubiertas de entalladuras, y gritaban, aullaban y mataban a sus enemigos con una increíble ferocidad, eliminando a gran cantidad de piratas en el término de pocos instantes.

Sus cuerpos eran morenos, llevaban los rostros cubiertos de pintura, en los que sobresalían unos ojos negros y

abultados, y de sus gargantas surgían palabras extrañas.

Los piratas luchaban ahora con desesperación, logrando a veces atravesar a alguno de los relucientes guerreros. Pero en cuanto uno de aquellos hombres moría, su cuerpo se desvanecía y un nuevo guerrero aparecía, surgido de no se sabía dónde. Hawkmoon trató de averiguar de dónde venían, pero no pudo descubrirlo... Giraba la cabeza para mirar hacia otro lado y en cuanto volvía la vista allí había un nuevo guerrero luchando.

Jadeante, Hawkmoon se reunió con sus amigos. Los cuerpos desnudos de Bewchard y D'Averc mostraban distintos cortes, pero ninguno de ellos revestía gravedad. Permanecieron inmóviles, contemplando cómo la legión del Amanecer se encargaba de destrozar a los piratas.

—Éstos son los soldados que sirven a la espada —les dijo el Guerrero de Negro y Oro—. Gracias a ellos, y porque así convenía a los designios del Bastón Rúnico, los antepasados de Valjon se hicieron temer en Narleen y sus alrededores. Pero la espada se vuelve ahora contra la gente de Valjon para recuperar aquello que se les entregó.

Hawkmoon sintió que algo le tocaba en el tobillo, se volvió y lanzó un grito de horror.

—¡Las criaturas del estanque! ¡Me había olvidado de ellas!

Cortó el tentáculo con un tajo de la espada y retrocedió.

Al instante, una docena de guerreros radiantes aparecieron entre él y los monstruos. Las lanzas adornadas con penachos se elevaron y cayeron, las mazas golpearon y los monstruos intentaron retroceder. Pero los soldados del Amanecer no se lo permitieron. Los rodearon, ensartándolos con las lanzas, machacándolos con las mazas, hasta que no quedó de ellos más que una masa negruzca que manchaba el suelo de la estancia.

—¡Está hecho! —exclamó Bewchard con incredulidad—. Hemos vencido. El poder de Starvel ha sido finalmente vencido. —Se inclinó y recogió una antorcha caída—. Vamos, amigo Hawkmoon, dirijamos a vuestros guerreros fantasma hacia la ciudad. Matemos todo lo que encontremos a nuestro paso. Incendiémoslo todo.

—Sí... —empezó a decir Hawkmoon, pero el Guerrero de Negro y Oro sacudió la cabeza.

—No..., la legión del Amanecer no es vuestra para dedicarla a matar piratas, Hawkmoon. Sólo es vuestra para que podáis cumplir con la tarea que os tiene asignada el Bastón Rúnico. —Hawkmoon vaciló. El Guerrero colocó una mano sobre el hombro de Bewchard—. Ahora que ya han muerto la mayoría de los lores piratas y que Valjon ha sido destruido, nada impedirá que vos y vuestros hombres regreséis a Starvel para terminar el trabajo que nosotros hemos iniciado esta noche. Pero a Hawkmoon y a su espada los necesitamos para cosas más grandes. Debe marcharse pronto.

Hawkmoon sintió entonces un acceso de cólera.

—Os estoy muy agradecido, Guerrero de Negro y Oro, por todo lo que habéis hecho para ayudarme. Pero os recuerdo que no estaría aquí de no haber sido por vuestros designios y los del pobre Mygan de Llandar, ya muerto. Necesito regresar a casa... al castillo de Brass y junto a mi esposa. Yo sólo dependo de mí mismo, Guerrero..., de mí mismo. Yo decidiré mi propio destino.

Entonces, el Guerrero de Negro y Oro se echó a reír.

—Seguís siendo un ingenuo, Dorian Hawkmoon. Sois el hombre del Bastón Rúnico, creedme. ¿Acaso creéis que sólo habéis venido a este templo para ayudar a un amigo que os necesitaba? ¡Ésa es la forma que tiene el Bastón Rúnico de ayudarnos! No os habríais atrevido a atacar a los lores piratas simplemente para apoderaros de la Espada del Amanecer, en cuya leyenda no creáis; pero, en cambio, os atrevisteis a atacarlos sólo para rescatar a Bewchard. El tejido que teje el Bastón Rúnico es complicado. Los hombres nunca son conscientes de los propósitos de sus acciones en cuanto se relaciona con el Bastón Rúnico. Ahora debéis cumplir con la segunda parte de vuestra misión en Amarehk. Tenéis que viajar al norte. Podéis costear el territorio, pues estoy seguro de que Bewchard os prestará un barco. Debéis encontrar Dnark, la ciudad de los Buenísimos, que necesitará de vuestra ayuda. Allí encontraréis las pruebas de la existencia del Bastón Rúnico.

—A mí no me interesan los misterios, Guerreros. Quiero saber qué ha sido de mi esposa y de mis amigos. Decidme..., ¿estamos ahora en el mismo tiempo que ellos?

—En efecto —contestó el Guerrero—. Nuestro tiempo se corresponde con el que habéis dejado en Europa. Pero

como bien sabéis, el castillo de Brass existe en alguna otra parte...

—Eso ya lo sé —replicó Hawkmoon frunciendo el ceño, con una actitud reflexiva—. Bien, Guerrero, quizá esté de acuerdo en aceptar el barco de Bewchard y dirigirme hacia Dnark. Quizá...

—Vamos —le interrumpió el Guerrero con un gesto—, abandonemos este lugar contaminado y regresemos a Narleen. Allí podremos discutir con Bewchard la cuestión del barco.

—Todo lo que tengo es vuestro. Hawkmoon —dijo Bewchard sonriendo—, pues habéis hecho mucho por mí y por toda la ciudad a la que pertenezco. Me habéis salvado la vida y habéis sido el responsable de la destrucción de los más antiguos enemigos de Narleen... Podéis disponer de veinte barcos si lo deseáis.

Hawkmoon estaba sumido en profundos pensamientos. Tenía el propósito de engañar al Guerrero de Negro y Oro.

11. La partida

Al día siguiente, Bewchard les escoltó hasta los muelles. Los ciudadanos celebraban en todas partes la victoria conseguida. Una fuerza de soldados había invadido Starvel exterminando hasta el último pirata.

Bewchard colocó una mano sobre el brazo de Hawkmoon.

—Me gustaría que os quedarais, amigo Hawkmoon. Aún estaremos celebrando la victoria durante una semana... y tanto vos como vuestros amigos deberíais estar aquí. Para mí será muy triste participar en las fiestas sin vuestra compañía..., pues sois vos los verdaderos héroes de Narleen, no yo.

—Tenemos suerte, capitán Bewchard. Tuvimos la gran fortuna de que nuestros destinos se cruzaran. Os habéis librado de vuestros enemigos... y nosotros hemos conseguido lo que andábamos buscando. —Hawkmoon sonrió—. Pero ahora tenemos que marcharnos.

—Si así debe ser, así será —asintió Bewchard. Miró a su amigo con franqueza y sonrió—. Supongo que no me creeréis totalmente convencido de esa historia sobre un «pariente erudito», interesado por esa espada que lleváis, ¿verdad?

—No —contestó Hawkmoon echándose a reír—. Pero, por otro lado, no puedo ofrecer os una historia mejor, capitán. No sé por qué razón tenía que buscar esta espada... —Se llevó la mano a la empuñadura de la Espada del Amanecer, que ahora llevaba colgada del cinto—. El Guerrero de Negro y Oro asegura que todo forma parte de un destino mucho mayor. Todo lo que yo busco es un poco de amor, un poco de paz, y vengarme de aquellos que arrasaron mi país. Y, sin embargo, me encuentro aquí, en un continente situado a miles de kilómetros de donde yo desearía estar, a punto de seguir otro objetivo legendario aunque de mala gana. Quizá todos nosotros comprendamos estas cosas a su debido tiempo.

—Creo que servís a un gran propósito —dijo Bewchard mirándole con seriedad—. Creo que vuestro destino es muy noble.

—A pesar de lo cual a mí no me importa un destino noble... —replicó Hawkmoon echándose a reír—, sino sólo un destino seguro.

—Quizá sea así —dijo Bewchard—. Quizá. Y ahora, amigo mío, he ordenado preparar para vos mi mejor barco, que está bien provisionado. Los mejores marinos de Narleen han rogado viajar con vos y ahora están a vuestro servicio. Os deseo buena suerte en vuestra búsqueda, Hawkmoon..., y también a vos, D'Averc.

D'Averc tosió llevándose una mano a la boca.

—Si Hawkmoon sirve de mala gana a ese «gran destino», entonces, ¿en qué me convierto yo? ¿En un gran estúpido, quizá? Me siento mal, tengo una pobre constitución crónica y, a pesar de todo, me siento impelido a viajar por todo el mundo al servicio de ese mítico Bastón Rúnico. Sin embargo, supongo que eso ayuda a matar el tiempo.

Hawkmoon sonrió y después se volvió, casi con ansiedad, para subir la plancha que conducía al barco. El Guerrero de Negro y Oro se movió con impaciencia.

—Dnark, Hawkmoon —dijo—. Debéis buscar al Bastón Rúnico en Dnark.

—De acuerdo —dijo Hawkmoon—. Ya os he oído, Guerrero.

—La Espada del Amanecer se necesita en Dnark —siguió diciendo el Guerrero de Negro y Oro—. Y también se os necesita a vos para que la empuñéis.

—En tal caso, cumpliré con vuestros deseos, Guerrero —replicó Hawkmoon con naturalidad—. ¿Viajáis con nosotros?

—Tengo otros asuntos de los que ocuparme.

—Entonces, no me cabe la menor duda de que volveremos a encontrarnos.

—Sin lugar a dudas.

D'Averc tosió y levantó una mano.

—En tal caso, adiós, Guerrero. Gracias por vuestra ayuda.

—Gracias por la vuestra —replicó el Guerrero enigmáticamente.

Hawkmoon dio órdenes para que se retirara la plancha y se desplegaran los remos.

El barco no tardó en abandonar la bahía y salir al mar abierto. Hawkmoon observó los muelles, donde las figuras de Bewchard y del Guerrero de Negro y Oro se iban haciendo más y más pequeñas. Finalmente, se volvió hacia D'Averc y le sonrió.

—Bien, D'Averc, ¿sabéis adonde nos dirigimos?

—Supongo que a Dnark —contestó D'Averc con ingenuidad.

—A Europa, D'Averc. A Europa. No me importa ese destino con el que me encuentre constantemente. Quiero volver a ver a mi esposa. Vamos a atravesar el océano, D'Averc..., en dirección a Europa. Allí, quizá podamos utilizar nuestros anillos para regresar al castillo de Brass. Y entonces volveré a ver a Yisselda.

D'Averc no dijo nada. Se limitó a volver la cabeza y elevar la mirada, para contemplar las velas, que empezaban a ser desplegadas al tiempo que el barco adquiría cada vez mayor velocidad.

—¿Qué me decís a eso, D'Averc? —preguntó Hawkmoon con una sonrisa, dándole una palmada a su amigo en la espalda.

—Sólo digo que nos vendría muy bien descansar un tiempo en el castillo de Brass —contestó, encogiéndose de hombros.

—Percibo algo extraño en vuestro tono, amigo mío. Algo que suena un poco sardónico... —Hawkmoon frunció el ceño—. ¿De qué se trata?

D'Averc le dirigió una mirada de soslayo que se encontró con la suya.

—Sí..., sí, quizá no esté tan seguro como vos, Hawkmoon, de que este barco encuentre el camino a Europa. Quizá yo tenga mucho más respeto que vos por el Bastón Rúnico.

—¿Vos... creéis en leyendas de esa clase? ¿Cómo es posible? Se suponía que Amahrek era un lugar lleno de gente bienintencionada. Al parecer, estaba muy lejos de ser así, ¿no?

—Creo que insistís demasiado en la inexistencia del Bastón Rúnico. Creo que vuestra ansiedad por volver a ver a Yisselda os está influyendo demasiado.

—Es posible.

—Bien, Hawkmoon —dijo D'Averc contemplando el mar—. El tiempo nos dirá cuál es la verdadera fuerza del Bastón Rúnico.

Hawkmoon le dirigió una mirada enigmática y después se encogió de hombros y se puso a caminar por la cubierta.

D'Averc sonrió, sacudiendo la cabeza al tiempo que no dejaba de observar a su amigo.

Finalmente, dirigió su atención hacia las velas, preguntándose si volvería a ver alguna vez el castillo de Brass.

El Bastón Rúnico

A Jim Cawthorn, que me ayudó a crear esto.

Libro primero

1. En la sala del trono del rey Huon

Tácticos y guerreros de feroz valor y habilidad; indiferentes a sus propias vidas; corruptos de alma y de cerebro demente: capaces de odiar todo lo que no estuviera corrupto; detentadores de un poder sin moralidad; fuerza sin justicia; los barones de Granbretan llevaron el estandarte del rey-emperador Huon por todo el continente de Europa, apoderándose de él; llevaron los estandartes al este y al oeste, a otros continentes de los que también intentaban apoderarse. Y parecía como si no existiera fuerza alguna, ya fuera natural o sobrenatural, con la fortaleza suficiente como para detener aquella oleada de muerte y locura. De hecho, nadie se les resistía ahora. Con un burlón orgullo y un frío desprecio, exigían tributo a naciones enteras, y los tributos se pagaban.

Pocos eran los que conservaban la esperanza en los países sometidos. Y entre quienes la conservaban, pocos se atrevían a expresarla, y entre esos pocos apenas alguien poseía el valor para murmurar el nombre que simbolizaba esa esperanza.

Ese nombre era el castillo de Brass.

Quienes pronunciaban el nombre comprendían las implicaciones que tenía, ya que el castillo de Brass era el único lugar que no habían podido conquistar los señores de la guerra de Granbretan, y en el castillo de Brass vivían héroes, hombres que habían luchado contra el Imperio Oscuro, cuyos nombres eran maldecidos y odiados por el taciturno barón Meliadus, gran jefe de la orden del Lobo, comandante del ejército de conquista, pues se sabía que el barón Meliadus sostenía una lucha privada con aquellos hombres, particularmente contra el legendario Dorian Hawkmoon de Colonia, casado con la mujer que Meliadus deseaba, Yisselda, hija del conde Brass, del castillo de Brass.

Pero el castillo de Brass no había derrotado a los ejércitos de Granbretan, sino que simplemente los había evadido, desapareciendo gracias a una extraña y antigua máquina de cristal para aparecer en otra dimensión de la Tierra, donde ahora vivían aquellos héroes, Hawkmoon, el conde Brass, Huillam d'Averc, Oladahn de las Montañas Búlgaras y un puñado de guerreros camarguanos. La mayoría de las gentes tenía la sensación de que aquellos héroes de Camarga les habían abandonado para siempre. No les culpaban de nada, pero su esperanza se hacía aún más débil a cada día que transcurría sin que los héroes regresaran.

En aquella otra Camarga, separada de su original por misteriosas dimensiones de espacio y tiempo, Hawkmoon y los demás se vieron enfrentados a nuevos problemas, pues todo indicaba que los brujos científicos del Imperio Oscuro estaban a punto de descubrir los medios que les permitirían o bien llegar hasta la dimensión en que ellos se encontraban, o bien hacerles retroceder a su dimensión original. El enigmático Guerrero de Negro y Oro había aconsejado a Hawkmoon y a D'Averc que emprendieran la búsqueda de un extraño nuevo país para encontrar la legendaria Espada del Amanecer, que les sería de una gran ayuda en su lucha y que, a su vez, ayudaría al Bastón Rúnico, a quien Hawkmoon servía, según insistía el Guerrero. Tras haberse apoderado de aquella espada rosada, Hawkmoon fue informado de que debía viajar por mar siguiendo la línea costera de Amahrek, hasta la ciudad de Dnark, donde se necesitaban los servicios de la espada. Pero Hawkmoon se opuso a ello. Estaba ansioso por regresar a Camarga y volver a ver a su hermosa esposa Yisselda. Así, a bordo de un barco proporcionado por Bewchard de Narleen, Hawkmoon se hizo a la vela con dirección a Europa, en contra de los dictados del Guerrero de Negro y Oro, quien le había dicho que sus deberes para con el Bastón Rúnico, el misterioso artefacto del que se decía que controlaba los destinos humanos, eran mayores que sus deberes para con su esposa, amigos y país de adopción. Acompañado por el burlón Huillam d'Averc, Hawkmoon emprendió su

camino por mar.

Mientras tanto, en Granbretan, el barón Meliadus estaba furioso por lo que consideraba como una idiotez por parte de su rey-emperador. ya que éste no le permitía continuar su venganza contra el castillo de Brass. Cuando Shenegar Trott, conde de Sussex, pareció recibir más favores que él por parte de un rey-emperador que cada vez desconfiaba más de su inestable comandante conquistador, Meliadus se rebeló contra las órdenes recibidas y persiguió a su presa hasta los desiertos de Yel, donde perdió de vista a ambos hombres y se vio obligado a regresar a Londra con un odio redoblado y la intención de conspirar no sólo contra los héroes del castillo de Brass, sino también contra su gobernante inmortal, Huon, el rey-emperador...

—LA ALTA HISTORIA DEL BASTON RUNICO

Las grandes puertas se abrieron y el barón Meliadus, recién llegado desde Yel, entró en el salón del trono de su rey-emperador para informarle de sus fracasos y descubrimientos.

Cuando Meliadus entró en el salón, cuyos techos eran tal altos que parecían confundirse con el cielo, y cuyas paredes eran tan distantes que parecían abarcar todo el país, vio su camino bloqueado por una doble hilera de guardias. Estos guardias eran miembros de la orden de la Mantis, que era la del propio rey-emperador, y portaban las grandes máscaras enjovadas en forma de insecto que pertenecían a dicha orden. Ahora se mostraron remisos a dejarle entrar.

Meliadus se controló con dificultad y esperó a que las filas de guardias retrocedieran para permitirle el paso.

Después, entró en el enorme salón de colores deslumbrantes, de cuyas galerías colgaban los relucientes estandartes de las quinientas familias más grandes de Granbretan, y en cuyos muros se veía un mosaico incrustado con piedras preciosas en el que se representaba el poder y la historia de Granbretan. A ambos lados había un ala compuesta por mil firme e inmóvil como una estatua. Meliadus empezó a caminar hacia el globo del trono, situado a casi un kilómetro de distancia.

A medio camino, se arrodilló en tierra, aunque lo hizo con un gesto algo imperioso.

La sólida esfera negra pareció estremecerse momentáneamente cuando el barón Meliadus se incorporó. Después, el color negro se vio recorrido por vetas escarlata y azuladas que se extendieron con lentitud sobre la sombra más oscura hasta hacerla desaparecer. Una mezcla como de leche y sangre se puso a girar, revelando con claridad una figura diminuta, como la de un feto, enroscada en el centro de la esfera. De esta figura retorcida surgían unos ojos de mirada dura, negra e intensa, que contenían una inteligencia antigua y, de hecho, inmortal. Era Huon, el rey-emperador de Granbretan y del Imperio Oscuro, gran jefe de la orden de la Mantis, que ostentaba el poder absoluto sobre decenas de millones de almas, el gobernante que viviría eternamente y en cuyo nombre el barón Meliadus había conquistado toda Europa y otros territorios aún más lejanos.

Del globo del trono surgió entonces la voz de un joven (el joven a quien había pertenecido aquella voz había muerto ya hacía mil años):

—Ah. nuestro impetuoso barón Meliadus...

Meliadus volvió a inclinarse y murmuró:

—Vuestro servidor, príncipe todopoderoso...

—¿De qué tenéis que informarnos tan apresuradamente?

—De un éxito, gran emperador. Las pruebas de que mis sospechas...

—¿Habéis encontrado a los desaparecidos emisarios de Asiacomunista?

—Me temo que no, noble señor...

El barón Meliadus no sabía que Hawkmoon y D'Averc habían penetrado en la capital del Imperio Oscuro ocultos bajo este disfraz. Eso era algo que sólo sabía Plana Mikosevaar, que les había ayudado a escapar.

—Entonces, ¿por qué estáis aquí, barón?

—He descubierto que Hawkmoon, de quien sigo insistiendo que representa la mayor amenaza para nuestra seguridad, ha visitado nuestra isla. Fui a Yel y allí le descubrí, en compañía del traidor Huillam d'Averc, así como del mago Mygan de Llandar. Conocen el secreto del viaje a través de las dimensiones. —El barón Meliadus no mencionó que se le habían escapado de entre las manos—. Antes de que pudiéramos apresarlos se desvanecieron ante nuestros propios ojos. Poderoso monarca, si ellos pueden entrar y salir de nuestro país a su capricho, es evidente que no podremos estar seguros hasta que sean destruidos. Sugeriría, por tanto, que empezáramos a dirigir todos los esfuerzos de nuestros científicos, y sobre todo de Karagorm y Kalan, a encontrar a esos renegados y destruirlos. Nos están amenazando desde el mismo interior...

—Barón Meliadus, ¿qué noticias tenéis sobre los emisarios de Asiacomunista?

—Ninguna, por el momento, poderoso rey-emperador, pero...

—Este imperio puede enfrentarse a unos pocos guerrilleros, barón Meliadus, pero si nuestras costas se vieran amenazadas por una fuerza tan grande como la nuestra, si no mayor, por una fuerza que probablemente conoce secretos científicos desconocidos por nosotros, en tal caso es posible que no pudiéramos sobrevivir...

La voz juvenil hablaba con una paciencia acida. Meliadus frunció el ceño.

—No tenemos ninguna prueba de que se esté planeando esa clase de invasión, monarca del mundo...

—De acuerdo. Pero tampoco tenemos prueba alguna de que Hawkmoon y su banda de terroristas posean el poder suficiente como para hacernos mucho daño.

De pronto, unas finas vetas azuladas aparecieron en el fluido del globo del trono.

—Gran rey-emperador, dadme el tiempo y los recursos...

—Somos un imperio en expansión, barón Meliadus. Y queremos seguir expandiéndonos. Permanecer quietos sería una actitud pesimista, ¿no os parece? No es así como debemos actuar. Nos sentimos orgullosos de nuestra influencia sobre la Tierra. Y queremos ampliarla. No parecéis sentir mucha avidez por poner en práctica los principios de nuestra ambición, que consiste en extender un gran terror por todos los rincones del mundo. Nos tememos que empecéis a tener miras muy estrechas...

—Pero al negarnos a contrarrestar las fuerzas sutiles que podrían resquebrajar nuestros planes también estaríamos traicionando nuestro destino, príncipe todopoderoso.

—Nos ofende la disensión, barón Meliadus. Vuestro odio personal contra Hawkmoon y, según hemos oído decir, vuestro deseo por Yisselda de Brass, representan una disensión. Empezamos a percibir vuestro egoísmo, barón, y si continuáis por ese camino nos veremos obligados a elegir a otro que ocupe vuestro puesto, y alejaros de nuestro servicio... Sí, e incluso a expulsaros de vuestra orden...

Instintivamente, las manos del barón Meliadus se levantaron temerosas hacia la máscara. ¡Quedar desenmascarado! Aquélla sería la mayor desgracia, el mayor horror de todos. Pues eso era lo que implicaba aquella amenaza: engrosar las filas de la chusma más baja de Londra. los que no tenían derecho a llevar máscara. Meliadus se estremeció y apenas si pudo seguir hablando.

—Reflexionaré sobre vuestras palabras —murmuró al fin —, emperador de la Tierra...

—Hacedlo así, barón Meliadus. No quisiéramos ver a un gran conquistador como vos destruido por unos pocos pensamientos negros. Si queréis recuperar todo nuestro favor, descubriréis para nos los medios gracias a los cuales han escapado los emisarios de Asiacomunista.

El barón Meliadus cayó de rodillas, asintiendo con su gran máscara de lobo y con los brazos extendidos. Así. el conquistador de Europa se humillaba ante su señor, pero en su mente se agitaban una docena de pensamientos de rebeldía, y en su fuero interno daba las gracias al espíritu de la orden a la que pertenecía por permitir que la máscara que llevaba ocultara la furia que sentía.

Retrocedió ante el globo del trono mientras los ojos sardónicos del rey-emperador no dejaban de observarle. La lengua prensil de Huon surgió para tocar una joya que flotaba cerca de la cabeza hundida, y el fluido lechoso giró, relampagueó con todos los colores del arco iris y luego, gradualmente, se fue haciendo negro.

Meliadus giró sobre sus talones e inició el largo recorrido hacia las gigantescas puertas, con la sensación de que

todos los ojos de los guardias de la orden de la Mantis le observaban con expresión malevolente.

Una vez que hubo cruzado el umbral de la sala del trono, giró hacia la izquierda y recorrió los retorcidos pasillos del palacio, dirigiéndose hacia las habitaciones de la condesa Plana Mikosevaar de Kanbery, viuda de Asrovak Mikosevaar, el renegado muscoviano que había estado al mando de la legión del Buitre. Ahora, la condesa Plana no sólo era la jefa titular de la legión del Buitre, sino también prima del rey-emperador.. ., su único pariente con vida.

2. Pensamientos de la condesa Plana

La máscara de garza real, hecha de hilo de oro, estaba sobre la mesa lacada, mientras ella miraba fijamente por la ventana, contemplando los retorcidos chapiteles de la ciudad de Londra. El rostro pálido y hermoso de la condesa tenía una expresión de tristeza y confusión.

Al moverse, las ricas sedas y joyas de sus vestiduras captaron la luz del sol. Se dirigió hacia un armario y lo abrió. En su interior había extrañas vestiduras que ella había conservado desde que aquellos dos visitantes abandonaran sus habitaciones, muchos días antes. Se trataba de los disfraces que Hawkmoon y D'Averc habían utilizado como príncipes de Asiacomunista. Ahora, se preguntó dónde estarían..., particularmente D'Averc, de quien ella sabía que le amaba.

Plana, condesa de Kanbery, había tenido una docena de maridos y muchos más amantes, había dispuesto de ellos de una u otra forma como una mujer puede disponer de un par de medias inútiles. Jamás había conocido el amor, nunca había experimentado aquellas sensaciones que conocen la mayoría de los demás seres humanos, incluyendo a los gobernantes de Granbretan.

Pero, de algún modo, D'Averc, aquel renegado con aspecto de dandy que afirmaba estar permanentemente enfermo, había despertado aquellos sentimientos en ella. Quizá había permanecido hasta ahora tan remota a tales sentimientos porque era una persona cuerda, mientras que no sucedía lo mismo con quienes le rodeaban en la corte; porque ella era suave y capaz de sentir un amor sin egoísmos, mientras que los lores del Imperio Oscuro no comprendían nada de eso. Quizá D'Averc, que era un caballero suave, sutil y sensible, le había hecho despertar de aquella apatía inducida no por la falta sino por la grandeza de su alma..., esa clase de grandeza que no puede soportar existir en un mundo demente, egoísta y perverso como era la corte del rey Huon.

Pero ahora que la condesa Plana había despertado, no podía ignorar por más tiempo el horror de todo lo que la rodeaba, ni la desesperación de saber que su amante de una sola noche podía no regresar jamás, y que incluso era posible que ya estuviera muerto.

Se había retirado a sus habitaciones, evitando todo contacto con los demás, pero aun cuando eso le permitía comprender algo sus circunstancias, no le dejaba otro camino que alimentar dicha comprensión en el más lamentable de los silencios.

Las lágrimas resbalaron por las perfectas mejillas de Plana, que ella detuvo con un pañuelo delicadamente perfumado.

Una sirvienta entró en la habitación y permaneció inmóvil, vacilante, en el umbral de la puerta. Automáticamente, Plana se puso la máscara de garza real.

—¿Qué ocurre?

—El barón Meliadus de Kroiden, milady. Dice que tiene que hablar con vos. Una cuestión de la máxima urgencia.

Plana se ajustó la máscara sobre la cabeza, consideró por un momento las palabras de la sirvienta y después se encogió de hombros. ¿Qué importaba si veía a Meliadus aunque sólo fuera por un momento? Quizá tuviera alguna noticia sobre D'Averc, a quien ella sabía que odiaba. Es posible que, empleando medios muy sutiles, pudiera averiguar lo que él supiera.

Pero ¿qué sucedería si Meliadus sólo pretendía hacer el amor con ella, tal y como había hecho en ocasiones anteriores?

Bueno, en tal caso le rechazaría, como también ella había hecho en otras oportunidades.

Inclinó ligeramente su encantadora máscara de garza real y dijo:

—Dejad entrar al barón.

3. Hawkmoon cambia de curso

Las grandes velas se curvaban al viento mientras el barco avanzaba a toda velocidad sobre la superficie de las olas. El cielo estaba claro y el mar en calma, extendiéndose como una vasta expansión de azul. Se habían izado los remos y el timonel, en la cubierta principal, trataba de encontrar el curso. El contraмаestre, vestido de naranja y negro, subió al puente, mientras Hawkmoon contemplaba el océano con la mirada perdida.

El pelo rubio de Hawkmoon ondeó al viento y su capa de terciopelo color vino se elevó a su espalda. Sus elegantes rasgos estaban endurecidos por las batallas y la vida a la intemperie, y se veían acentuados por la existencia de una joya negra y opaca incrustada en su frente. Respondió con una actitud seria al saludo del contraмаestre.

—He dado órdenes de navegar costeando, señor, en dirección al este —dijo el hombre.

—¿Y quién os ha dado esas órdenes, contraмаestre?

—Bueno, nadie, señor. Sólo supuse que, puesto que nos dirigíamos a Dnark...

—No vamos a Dnark. Decídselo al timonel.

—Pero ese guerrero extranjero, el que vos llamasteis Guerrero de Negro y Oro, dijo...

—El no es mi amo, contraмаestre. No..., navegaremos hacia el mar abierto. Con destino a Europa.

—¿A Europa, señor! Sabéis que, tras haber salvado Narleen, os llevaríamos a cualquier parte, os seguiríamos a donde quisierais ir, pero ¿tenéis idea de las distancias que debemos recorrer para llegar a Europa, de los mares que tendremos que cruzar, de las tormentas...?

—Sí, lo entiendo. Pero seguiremos navegando en dirección a Europa.

—Como digáis, señor.

Frunciendo el ceño, el contraмаestre se volvió para dar las nuevas órdenes al timonel.

D'Averc salió de su camarote, situado bajo la cubierta principal, y empezó a subir la escalera que conducía al puente. Al verle, Hawkmoon le sonrió con sorna.

—¿Habéis dormido bien, amigo D'Averc?

—Tan bien como es posible en esta bañera flotante. Tengo inclinación a sufrir de insomnio, incluso en la mejor de las ocasiones. Pero he dormitado durante un rato. Supongo que eso es lo mejor que podía esperar.

—Hace una hora —dijo su amigo echándose a reír—, cuando fui a ver cómo estabais, os encontré roncando profundamente.

—¿De veras? —replicó D'Averc enarcando una ceja—. Me habéis oído respirar pesadamente, ¿eh? Trataba de respirar con la mayor tranquilidad posible, pero este resfriado mío... que he contraído desde que estamos a bordo, me está planteando crecientes dificultades.

Levantó una mano y se llevó a la nariz un diminuto pañuelo de lino. D'Averc iba vestido de seda, con una camisa azul suelta, calzones anchos de color escarlata y un pesado y ancho cinturón de cuero del que pendía la espada y un puñal. Llevaba un largo pañuelo de color púrpura alrededor del cuello bronceado, y se sujetaba el pelo largo con una cinta. Sus rasgos, exquisitos y casi ascéticos, mostraban su habitual expresión sardónica.

—¿He oído bien lo que habéis dicho? —preguntó—. ¿Le estabais dando instrucciones al contraмаestre para que nos dirigiéramos hacia Europa?

—En efecto.

—¿De modo que intentáis llegar al castillo de Brass y olvidaros de lo que según el Guerrero de Negro y Oro era vuestro destino, es decir, llevar esa espada a Dnark para servir allí al Bastón Rúnico? —preguntó D'Averc señalando con un gesto la gran hoja ancha de color rosado que pendía del costado de Hawkmoon.

—Antes de servir a un artefacto en cuya existencia apenas creo, me debo lealtad a mí mismo y a los míos.

—Admito que antes no creyerais en los poderes de esa hoja, la Espada del Amanecer —observó D'Averc con sequedad—, pero vos mismo la habéis visto convocar a los guerreros, que surgieron de la nada, y gracias a los cuales se salvaron nuestras vidas.

El semblante de Hawkmoon adquirió una expresión de obstinación.

—En efecto —admitió de mala gana—. Pero, a pesar de todo, sigo teniendo la intención de regresar al castillo de Brass, si es que eso es posible.

—No hay forma de saber si se encuentra en esta dimensión o en otra.

—Eso también lo sé. No me queda más remedio que confiar en que esté en esta dimensión.

Hawkmoon había hablado sin vacilar, mostrándose poco dispuesto a seguir discutiendo la cuestión. D'Averc enarcó las cejas por segunda vez y después descendió a la cubierta y se dedicó a pasear por ella, silbando.

Durante cinco días navegaron por las tranquilas aguas del océano, con todas las velas desplegadas para alcanzar la máxima velocidad posible.

Al sexto día, el contraмаestre se acercó a Hawkmoon, que estaba de pie en la proa del barco, y señaló ante ellos.

—Mirad el cielo oscuro que hay en el horizonte, señor. Se trata de una tormenta, y nos dirigimos directamente hacia ella.

Hawkmoon miró en la dirección que se le indicaba.

—¿Una tormenta, decís? Y, sin embargo, parece tener un aspecto peculiar.

—Así es, señor. ¿Debo arriar las velas?

—No, contraмаestre. Seguiremos navegando a plena vela hasta que tengamos una idea más exacta de qué nos espera.

—Como digáis, señor.

El contraмаestre se retiró, bajando al puente sin dejar de sacudir la cabeza.

Unas pocas horas más tarde el cielo adquirió delante de ellos el aspecto de una misteriosa muralla que se extendía de un lado al otro del horizonte. Sus colores predominantes eran el rojo y el púrpura. Las nubes se elevaban hacia lo alto, a pesar de lo cual el cielo situado directamente sobre el barco aparecía azul, como lo había sido hasta entonces, y el mar estaba en perfecta calma. Sólo el viento había amainado ligeramente. Era como si estuvieran navegando por un lago cuyas orillas se elevaran por todos lados para desaparecer entre los cielos. La tripulación se sentía desconcertada y había un acento de temor en la voz del contraмаestre cuando éste se acercó de nuevo a Hawkmoon.

—¿Seguimos navegando a toda vela, señor? Jamás había oído hablar de una cosa así ni había experimentado nada parecido. La tripulación está nerviosa, señor, y admito que yo también lo estoy.

Hawkmoon asintió con un gesto de comprensión.

—Sí, es algo muy peculiar, pero a mí me parece que se trata de algo sobrenatural y no natural.

—Eso es lo mismo que dice la tripulación, señor.

El instinto de Hawkmoon le inducía a continuar y enfrentarse a lo que fuera, pero tenía una responsabilidad para con los miembros de la tripulación, cada uno de los cuales se había presentado voluntario para navegar con él, como muestra de gratitud por haber librado su ciudad natal, Narleen, del poder del lord pirata Valjon de Starvel, anterior propietario de la Espada del Amanecer.

—Muy bien, contraмаestre —dijo finalmente Hawkmoon con un suspiro—. Arriaremos todas las velas y nos mantendremos al paio durante la noche. Si tenemos suerte, el fenómeno ya habrá pasado mañana.

—Gracias, señor —dijo el contraмаestre, aliviado.

Hawkmoon le devolvió el saludo y después se volvió para contemplar aquellas extrañas y enormes murallas. ¿Se trataba de nubes o acaso eran algo más? Empezó a hacer frío y, aunque el sol seguía brillando, sus rayos no parecían afectar para nada a las misteriosas murallas.

Todo permaneció en calma. Hawkmoon se preguntó si había tomado una decisión prudente al alejarse de Dnark. Por lo que sabía, nadie había navegado por aquellos océanos, excepto los antiguos. ¿Quién conocía los inesperados terrores que podría haber en ellos?

Llegó la noche y aún se podían distinguir las fantásticas murallas, recortadas en la distancia, con sus oscuros colores rojos y púrpura rasgando la oscuridad de la noche. Y, sin embargo, aquellos colores no parecían poseer las propiedades usuales de la luz.

Hawkmoon empezó a sentirse muy preocupado.

A la mañana siguiente, las murallas se habían acercado aún más y la zona de mar azul parecía incluso más pequeña. Hawkmoon se preguntó si no habrían quedado atrapados en alguna trampa extraña colocada por gigantes o por seres sobrenaturales.

Envuelto en una pesada capa que no lograba protegerle mucho del frío, paseaba por la cubierta al amanecer.

D'Averc subió a cubierta. Se había puesto por lo menos tres capas, a pesar de lo cual temblaba ostensiblemente.

—Una mañana muy fría, Hawkmoon.

—Así es —asintió el duque de Colonia—. ¿Qué os parece la situación. D'Averc?

—Es una materia tenebrosa, ¿no os parece? —replicó el francés sacudiendo la cabeza—. Aquí viene el contraмаestre.

Ambos se volvieron para saludar al hombre. Él también se había envuelto en una gran capa de cuero, utilizada normalmente para navegar en días de tormenta.

—¿Tenéis alguna idea de lo que se trata, contraмаestre? —le preguntó D'Averc.

El hombre sacudió la cabeza y se dirigió a Hawkmoon.

—Los hombres dicen que, ocurra lo que ocurra, están de vuestro lado, señor. Morirán a vuestro servicio si fuera necesario.

—Me imagino que están de un humor más bien triste —comentó D'Averc con una sonrisa—. Bueno, ¿quién puede reprochárselo?

—En efecto, ¿quién? —replicó el contraмаestre cuyo rostro redondo y de mirada honesta tenía una expresión de desesperación—. ¿Doy la orden de izar las velas, señor?

—Será mucho mejor que continuar aquí, en espera de que eso se vaya cerrando sobre nosotros —dijo Hawkmoon—. Continuemos la navegación, contraмаestre.

Éste empezó a gritar órdenes y los hombres se dedicaron a desplegar las velas, y a asegurar las cuerdas. Poco a poco, las cuerdas se fueron llenando de aire y el barco inició la navegación, aunque lo hizo como de mala gana, dirigiéndose directamente hacia los extraños acantilados de nubes.

Pero, a medida que se acercaban, los acantilados empezaron a girar y se agitaron. Aparecieron entonces otros colores mucho más oscuros y desde todos lados llegó hasta el barco un sonido gimiente. La tripulación apenas si podía contener el pánico, y muchos hombres se quedaron helados en las cuerdas, sin dejar de observar lo que pasaba. Hawkmoon miraba hacia adelante, con ansiedad.

Y entonces, instantáneamente, las murallas se desvanecieron.

Hawkmoon abrió la boca, atónito.

El mar estaba sereno en todas partes. Todo volvía a ser como antes. La tripulación lanzó gritos de alegría, pero Hawkmoon se dio cuenta de que el rostro de D'Averc mostraba una expresión poco afable, y él también tuvo la sensación de que el desconocido peligro no había pasado del todo. Esperó, apoyado en la barandilla.

Y entonces, del fondo del mar surgió una enorme bestia.

Los gritos de júbilo de la tripulación se convirtieron en seguida en aullidos de terror.

Otras bestias empezaron a surgir alrededor del barco. Eran monstruos gigantescos, como saurios, con garras rojas y triples hileras de dientes, con el agua resbalando por sus costados llenos de escamas y unos ojos refulgentes llenos de una maldad enloquecida.

Se escuchó un ensordecedor ruido de alas batiendo y uno tras otro los gigantescos saurios se fueron elevando en el aire.

—De ésta no saldremos, Hawkmoon —observó D'Averc con su habitual espíritu filosófico, al tiempo que desenvainaba la espada—. Ha sido una lástima que no hayamos podido ver por última vez el castillo de Brass, ni recibir un último beso de labios de las mujeres que amamos.

Hawkmoon apenas si le escuchó. Se sentía lleno de amargura ante el destino que había decidido impulsarle a encontrar su final en un lugar tan húmedo y solitario, de modo que nadie sabría jamás dónde ni cómo había muerto...

4. OrlandFank

Las sombras de las gigantescas bestias oscilaban de un lado a otro sobre la cubierta y el ruido que producían sus alas llenaba el aire. Hawkmoon levantó la mirada con fría determinación en el instante en que uno de aquellos monstruos descendía con las fauces abiertas, y el duque de Colonia se preparó para resistir el ataque, sabiendo que ya no le quedaba mucho tiempo de vida. Pero entonces el monstruo volvió a elevarse en el cielo, después de haber lanzado un bocado contra el palo mayor.

Con los nervios tensos y los músculos abultados, Dorian Hawkmoon desenvainó la Espada del Amanecer, la hoja que no podía blandir ningún otro hombre y seguir viviendo. Pero sabía que ni siquiera los poderes sobrenaturales de su espada serían suficientes para resistir a las terribles bestias; también sabía que ni siquiera necesitaban atacar directamente a la tripulación, que lo único que tenían que hacer era lanzar unos cuantos golpes contra el barco para enviarlos a todos al fondo del mar.

El barco se bamboleó ante el viento creado por las enormes alas y el aire adquirió un olor nauseabundo procedente del fétido aliento de los monstruos.

—¿Por qué no atacan? —preguntó D'Averc frunciendo el ceño—. ¿Están jugando con nosotros?

—Así parece —asintió Hawkmoon hablando con los dientes apretados—. Quizá les guste jugar un rato con nosotros antes de destruirnos. Una gran sombra descendió sobre ellos. D'Averc pegó un salto y dirigió una estocada contra la bestia, pero la criatura volvió a elevarse en el aire incluso antes de que los pies de D'Averc volvieran a tocar el suelo. El francés arrugó la nariz.

—¡Demonios! ¡Qué mal huele! Eso no le viene nada bien a mis pulmones.

A continuación, una tras otra, las criaturas descendieron y golpearon ruidosamente el barco con sus alas emplumadas. La embarcación se estremeció bajo los golpes y los hombres gritaron al verse despedidos sobre la cubierta. Hawkmoon y D'Averc se tambalearon, agarrándose a la barandilla con todas sus tuerzas para evitar caer al mar.

—¡Le están haciendo dar la vuelta al barco! —gritó D'Averc extrañado—. ¡Estamos siendo obligados a dar media vuelta!

Hawkmoon observó ceñudo a los terroríficos monstruos y no dijo nada. El barco no tardó en dar media vuelta, girando unos ochenta grados, y entonces las bestias se elevaron aún más en el cielo y permanecieron sobre la nave, como si estuvieran debatiendo sobre cuál sería su próxima acción. Hawkmoon les miró a los ojos, tratando de discernir si había inteligencia en ellos, intentando descubrir algo que le indicara cuáles eran sus intenciones, pero fue imposible.

Las criaturas aletearon de nuevo hasta que se encontraron a buena distancia, por la popa. Una vez allí, se volvieron hacia ellos.

Situándose en una formación cerrada, las bestias comenzaron a aletear con fuerza, hasta que crearon un viento tan fuerte que Hawkmoon y D'Averc no pudieron sostenerse en pie y cayeron sobre las planchas de la cubierta.

Las velas se hincharon bajo el viento y D'Averc lanzó un grito de asombro.

—¡Eso es lo que están haciendo! ¡Dirigen el barco hacia donde quieren que vaya! ¡Es increíble!

—Nos dirigimos de nuevo hacia Amahrek —constató Hawkmoon haciendo esfuerzos por incorporarse—. Me pregunto...

—¿Cuál puede ser su dieta? —preguntó D'Averc a gritos—. Desde luego, no deben comer nada capaz de dulcificar su aliento. ¡Puaj!

Hawkmoon sonrió aun a pesar de la situación.

Ahora, toda la tripulación se hallaba reunida en los bancos de los remos, con las miradas levantadas hacia los monstruosos reptiles, que seguían aleteando sobre ellos, hinchando las velas con el viento que producían.

—Quizá su nido se encuentre en esa dirección —sugirió Hawkmoon—. Quizá tengan que alimentar a sus

polluelos y prefieran la carne viva.

D'Averc pareció sentirse ofendido.

—Lo que decís es muy probable, amigo Hawkmoon. Pero ha sido una descortesía por vuestra parte el sugerirlo...

Hawkmoon volvió a sonreír con una mueca.

—Si sus nidos están en tierra, tenemos una posibilidad de enfrentarnos a esas bestias — dijo—. En el mar abierto no contamos con la menor oportunidad de sobrevivir.

—Sois muy optimista, duque de Colonia...

Los extraordinarios reptiles impulsaron el barco durante más de una hora, y éste avanzó a una velocidad escalofriante. Finalmente, Hawkmoon señaló delante sin decir nada.

—¡Una isla! —exclamó D'Averc—. ¡En cualquier caso, tenáis razón!

Se trataba de una pequeña isla que, por lo que se podía ver, estaba desprovista de toda vegetación. Sus orillas se elevaban agudamente hasta un pico, como si se tratara de una montaña hundida que no hubiera sido rodeada por completo por las aguas.

Y fue entonces cuando Hawkmoon se dio cuenta de la existencia de un nuevo peligro.

—¡Rocas! ¡Nos dirigimos directamente hacia ellas! ¡Tripulación! Ocupad vuestros puestos... ¡Timonel!

Pero el propio Hawkmoon se abalanzaba ya hacia el timón y trataba desesperadamente de evitar que el barco se estrellara contra las rocas.

D'Averc se le unió en sus esfuerzos, aportando su propia fuerza para lograr que el barco se desviara. La isla se hizo más y más grande y el sonido de las olas rompiendo contra las rocas les llenaba los oídos... como el redoble de un tambor gigantesco.

Lentamente, el barco giró cuando los acantilados de la isla ya se elevaban sobre ellos y el rocío del agua les empapaba. Entonces escucharon un terrible sonido de desgarramiento que se transformó en un grito de maderos torturados, y ambos se dieron cuenta al mismo tiempo que las rocas estaban desgarrando el barco por debajo de la línea de flotación.

—¡Que se salve quien pueda! —gritó Hawkmoon.

Corrió hacia la barandilla, seguido de cerca por D'Averc. El barco se sacudía y se tambaleaba como si fuera una criatura viva, y todos salieron despedidos contra las barandillas. Golpeados, pero conscientes, Hawkmoon y D'Averc se levantaron, dudaron un momento y finalmente se lanzaron a las negras y amenazadoras aguas.

Estorbado por el gran peso de la espada que llevaba colgada al cinto, Hawkmoon se sintió arrastrado hacia el fondo. Pudo ver, sin embargo, otras figuras que se movían entre las aguas y el ruido de las olas al chocar contra las rocas le ensordecía los oídos. Pero no estaba dispuesto a desprenderse de la Espada del Amanecer. Luchó por conservar la vaina y después empleó todas sus energías en salir a la superficie, arrastrando consigo la gran espada.

Logró salir por fin por encima de las olas y captó una fugaz impresión del barco, que estaba por encima de donde él se encontraba, pero ahora el mar parecía bastante más calmado y, de pronto, el viento dejó de soplar y el rugido de las olas disminuyó hasta convertirse apenas en un susurro. Un extraño silencio sustituyó la rugiente cacofonía de momentos antes. Hawkmoon nadó hacia una roca plana y, al llegar a ella, se izó sobre la tierra.

Después, miró hacia atrás.

Los monstruos reptilianos continuaban aleteando en el cielo, pero a tal altura que el aire ya no se agitaba con su aleteo. Entonces, se elevaron aún más en el cielo, permanecieron suspendidos en el aire por un momento y se lanzaron hacia el mar.

Uno tras otro golpearon contra el mar, produciendo un gigantesco chapoteo. El barco crujió cuando las nuevas olas le alcanzaron y Hawkmoon casi se vio desplazado del lugar sobre el que se había situado.

Después, todos los monstruos habían desaparecido, como por ensalmo.

Hawkmoon se secó el agua de los ojos y escupió para desprenderse del sabor salado.

¿Qué harían los monstruos a continuación? ¿Acaso tenían intención de mantener vivas a sus presas, para acudir a recogerlas cuando tuvieran necesidad de carne fresca? No había forma de saberlo.

Escuchó un grito y vio a D'Averc y a media docena de hombres que se acercaban hacia donde él estaba, tambaleándose entre las rocas.

—¿Habéis visto cómo han desaparecido las bestias, Hawkmoon? —preguntó D'Averc muy excitado.

—Sí. Me pregunto si volverán.

D'Averc miró ceñudo en la dirección por donde habían desaparecido las bestias y se encogió de hombros.

—Sugiero que nos internemos en la isla y que salvemos antes lo que podamos del barco —dijo Hawkmoon—. ¿Cuántos hemos quedado con vida? —preguntó, volviéndose hacia el contraestre, que estaba de pie, detrás de D'Averc.

—Creo que nos hemos salvado la mayoría, señor. Hemos tenido suerte. Mirad.

El contraestre señaló hacia un lugar situado más allá de donde estaba el barco. Allí se encontraba la mayor parte de la tripulación, reunidos todos en la orilla.

—Regresad al barco con algunos hombres antes de que se hunda del todo —ordenó Hawkmoon—. Tended cuerdas hasta la orilla y empezad a desembarcar las provisiones.

—Como digáis, señor. Pero ¿qué haremos si regresan los monstruos?

—Tendremos que ocuparnos de ellos cuando los veamos —contestó Hawkmoon.

Durante varias horas, Hawkmoon vigiló que se sacara del barco todo lo que fuera posible, se llevara a la costa y fuera apilado en zona seca.

—¿Creéis que se puede reparar el barco? —preguntó D'Averc.

—Quizá. Ahora que el mar está en calma no corre mucho peligro de hundirse. Pero eso nos costará tiempo. —Hawkmoon se acarició la piedra opaca que llevaba en la frente—. Vamos, D'Averc. dediquémonos a explorar la isla.

Iniciaron la escalada por las rocas hacia el pico que coronaba la isla. El lugar parecía completamente desprovisto de vida. Lo mejor que podían esperar encontrar serían estanques de agua fresca entre las rocas, y también podría haber mariscos en la orilla. Era un lugar árido y, si no podían reflotar el barco, sus esperanzas de vida podían ser muy tenues, sobre todo teniendo en cuenta la posibilidad de que regresaran los monstruos.

Se detuvieron al llegar al pico, respirando entrecortadamente por el ejercicio.

—El otro lado parece tan desértico como éste —dijo D'Averc indicando hacia abajo—. Me pregunto... —Se detuvo de pronto, atónito—. ¡Por los ojos de Berezenath! ¡Un hombre!

Hawkmoon miró en la dirección que le indicaba su amigo.

En efecto, allá abajo, una figura deambulaba por entre las rocas de la orilla. Mientras ellos miraban, el hombre levantó la vista hacia ellos y les saludó con gestos alegres, haciéndoles ademanes de que se dirigieran hacia donde él estaba.

No muy seguros de no estar sufriendo una alucinación, iniciaron el descenso con lentitud hasta que llegaron cerca de la figura. Estaba allí de pie, con los puños en las caderas, los pies separados y sonriéndoles con expresión burlona. Se detuvieron.

El hombre iba vestido de un modo peculiar y anticuado. Sobre el torso bronceado llevaba una especie de chaleco de cuero que le dejaba los brazos y el pecho al desnudo. Un gorro de lana le cubría la cabeza, por debajo del cual sobresalía una mata de pelo de color rojizo, y en la que se había puesto una pluma de cola de faisán. Los pantalones mostraban un diseño extraño, a base de cuadros, y tenía los pies cubiertos con unas botas de punta curvada, de aspecto maltrecho. Sobre la espalda, sujeta por una cuerda, portaba una enorme hacha de combate cuya hoja estaba muy sucia y estropeada por el uso. El rostro era huesudo y rojizo y sus pálidos ojos azules les miraron con una expresión sardónica.

—Bueno... Tenéis que ser Hawkmoon y ese D'Averc —dijo con un acento extraño—. Se me dijo que vendrías

aquí.

—¿Y quién sois vos, señor? —preguntó D'Averc con altivez.

—¡Cómo! Pues soy Orland Fank. ¿Es que no lo sabíais? Orland Fank... a vuestro servicio, señores.

—¿Vivís en esta isla? —preguntó Hawkmoon.

—He vivido en ella, pero no en estos momentos. —Fank se quitó el gorro y se limpió la frente con el brazo—. En estos tiempos soy un viajero. Como vos mismo, según tengo entendido.

—¿Y quién os habló de nosotros? —preguntó Hawkmoon.

—Tengo un hermano. Acostumbra a llevar puesta una curiosa armadura de colores negro y oro...

—¡El Guerrero de Negro y Oro! —exclamó Hawkmoon.

—Supongo que se hace llamar de ese modo tan chistoso. No me cabe la menor duda de que no os habrá mencionado la existencia de este hermano suyo, tan basto y bien dispuesto.

—No, no lo hizo. ¿Quién sois?

—Me llaman Orland Fank. De Skare Brae..., en las Orkneys...

—¡Las Orkneys! —exclamó Hawkmoon llevando una mano hacia la empuñadura de la espada—. ¿No forma eso parte de Granbretan? ¿No son unas islas situadas en el extremo norte?

—Decidle a un hombre de las islas Orkneys que pertenece al Imperio Oscuro, y os arrancará el cuello con los dientes —replicó Fank echándose a reír. Después hizo un gesto, como pidiendo disculpas y añadió a modo de explicación—: Ésa es la forma preferida que tenemos allí de tratar a un enemigo. No somos un pueblo muy sofisticado.

—¿De modo que el Guerrero de Negro y Oro también es de las islas Orkneys...? —preguntó D'Averc.

—¡Alto ahí! ¿El de las Orkneys? ¿Con esa extraña armadura suya y sus exquisitas maneras? —Orland Fank volvió a reír estrepitosamente—. No. ¡El no es de las Orkneys! —Con el gorro que tenía en la mano se limpió las lágrimas de los ojos causadas por el acceso de risa y preguntó—: ¿Cómo se os ha ocurrido pensar algo así?

—Dijisteis que era hermano vuestro.

—Y lo es. Desde un punto de vista espiritual. Quizá incluso físico. Eso es algo que ya he olvidado. Han transcurrido muchos años, ¿cierto?, desde que nos encontramos por primera vez.

—¿Y qué fue lo que os puso en contacto?

—Una causa común. Un ideal compartido.

—¿No sería el Bastón Rúnico la fuente de esa causa? —murmuró Hawkmoon con voz apenas audible.

—Podría ser.

—Parecéis muy callado de pronto, amigo Fank —observó D'Averc.

—Sí. En Orkney somos un pueblo muy callado —replicó sonriendo—. De hecho, a mí me consideran como un parlanchín.

No pareció haberse sentido ofendido por el comentario. Hawkmoon hizo un gesto hacia atrás, señalando el mar y dijo:

—Esos monstruos. Las extrañas nubes que vimos antes. ¿Tiene todo eso algo que ver con el Bastón Rúnico?

—Yo no he visto monstruos, ni nubes. Pero, en realidad, acabo de llegar hace muy poco.

—Unos reptiles gigantescos nos obligaron a dirigirnos hacia esta isla —dijo Hawkmoon—. Y ahora empiezo a comprender el porqué. No me cabe la menor duda de que ellos también sirven al Bastón Rúnico.

—Es posible que así sea —replicó Fank—. Eso no es asunto mío, lord Dorian, ¿cierto?

—¿Fue el Bastón Rúnico lo que provocó el accidente de nuestro barco? —preguntó enojado Hawkmoon.

—No sabría deciros —contestó Fank volviendo a ponerse el gorro sobre la cabeza y acariciándose la huesuda

mandíbula—. Sólo sé que estoy aquí para entregaros una barca y deciros dónde podréis encontrar la tierra habitada más próxima.

—¿Tenéis una barca para nosotros? —preguntó D'Averc sin salir de su asombro.

—En efecto. No se trata de una embarcación muy espléndida, pero es capaz de navegar muy bien. Será suficiente para ambos.

—¿Para ambos? ¡Tenemos una tripulación de cincuenta hombres! —exclamó Hawkmoon con ojos refulgentes—. ¡Oh, si el Bastón Rúnico desea que le sirva debería organizar las cosas mejor! ¡Todo lo que ha conseguido hasta ahora ha sido ponerme furioso!

—Vuestra furia no servirá más que para agotaros —replicó Orland Fank con suavidad—. Creía que ibais a Dnark al servicio del Bastón Rúnico. Mi hermano me dijo...

—Vuestro hermano insistió en que fuéramos a Dnark. Pero tengo otras lealtades, Orland Fank... Lealtades para con mi esposa, a la que no he visto desde hace meses, para con mi suegro, que espera mi regreso, para con mis amigos...

—¿Os referís al pueblo del castillo de Brass? Sí, he oído hablar de ellos. Están todos a salvo por el momento, si es que saber eso os reconforta.

—¿Lo sabéis con toda seguridad?

—Así es. Sus vidas transcurren sin que se produzca ningún acontecimiento de importancia, a excepción de los problemas causados por Elvereza Tozer.

—¡Tozer! ¿Qué noticias hay de ese renegado?

—Tengo entendido que logró recuperar su anillo y se largó —dijo Orland Fank haciendo un gesto de huida con la mano.

—¿Adonde?

—Quién sabe. Vos mismo tenéis cierta experiencia con los anillos de Mygan.

—Son objetos en los que no se puede confiar mucho.

—Eso es lo que tengo entendido.

—En cualquier caso, estarán mejor sin Tozer.

—No sé, no conozco a ese hombre.

—Es un dramaturgo de talento —dijo Hawkmoon—, con el rigor moral de un..., de un...

—¿Granbretaniano? —sugirió Fank.

—Exacto. —Hawkmoon frunció el ceño y miró intensamente a Orland Fank—. ¿No me estaréis engañando? ¿Está bien mi familia y mis amigos?

—Su seguridad no se ve amenazada por el momento.

—Bien —dijo Hawkmoon con un suspiro—. ¿Dónde está la barca? ¿Y qué me decís de mi tripulación?

—Tengo cierta habilidad como carpintero naval. Yo mismo les ayudaré a reparar su barco para que así puedan regresar a Narleen.

—¿Por qué no podemos ir nosotros con ellos? —preguntó D'Averc.

—Tengo entendido que sois una pareja de impacientes —dijo Fank con expresión de inocencia—, y que estaréis encantados de abandonar la isla en cuanto podáis hacerlo. Yo tardaré muchos días en reparar ese gran barco.

—Aceptaremos vuestra pequeña barca —dijo Hawkmoon—. Parece ser que si no lo hiciéramos así, el Bastón Rúnico, o como se llame el poder que nos ha enviado hasta aquí, se encargará de presentarnos nuevos problemas para conseguirlo.

—Tengo entendido que así sería —admitió Fank sonriendo un poco para sus adentros.

—¿Y cómo abandonaréis la isla vos mismo si nos llevamos vuestra barca? —preguntó D'Averc.

—Navegaré con los marineros de Narleen. Dispongo de mucho tiempo.

—¿A qué distancia estamos del continente? —preguntó Hawkmoon—. ¿Y cuál es la barca en que tenemos que viajar? ¿Dispondremos al menos de un compás?

—No está a mucha distancia —contestó Fank encogiéndose de hombros—, y no necesitaréis compás. Lo único que necesitáis es esperar a que sople el viento más favorable.

—¿Qué queréis decir?

—Los vientos en esta parte del océano son algo peculiares. Ya comprenderéis lo que quiero decir.

Hawkmoon se encogió de hombros, resignado.

Siguieron a Orland Fank, que abrió la marcha por la orilla rocosa.

—Parece ser que no somos dueños de nuestros destinos en la medida en que nos gustaría serlo —comentó D'Averc con sorna en cuanto distinguieron la pequeña barca.

5. Una ciudad de sombras brillantes

Hawkmoon estaba en la pequeña barca, con el ceño fruncido, mientras D'Averc se hallaba de pie en la proa, silbando una melodía y recibiendo en el rostro el rocío de la espuma. El viento había guiado la embarcación durante todo el día, haciéndoles avanzar a lo largo de lo que evidentemente era un curso determinado.

—Ahora comprendo lo que nos dijo Fank acerca del viento —gruñó Hawkmoon—. No es una brisa natural. Tengo la sensación de haberme convertido en la marioneta de alguna instancia sobrenatural...

—Bueno —dijo D'Averc sonriente, señalando hacia el horizonte—, quizá tengamos la oportunidad de presentarle nuestras quejas a esa instancia. Mirad..., tierra a la vista.

Hawkmoon se incorporó de mala gana y observó los débiles signos de tierra en el horizonte.

—De modo que regresamos a Amahrek —dijo D'Averc riendo.

—Si al menos fuera Europa y Yisselda estuviera allí —suspiró Hawkmoon.

—O incluso Londra, con Plana para consolarme —dijo D'Averc encogiéndose de hombros y empezando a toser de un modo teatral—. Sin embargo, es mejor de esta forma, antes de que ella se vea atada a una criatura enferma y medio moribunda...

Poco a poco empezaron a distinguir con mayor claridad los rasgos de la línea de la costa. Estaba compuesta por acantilados irregulares, colinas, playas y algunos árboles. Hacia el sur observaron una curiosa aura de luz dorada... Una luz que parecía palpar, como si siguiera el ritmo de un corazón gigantesco.

—Parece que se trata de más fenómenos preocupantes —dijo D'Averc.

El viento sopló con mayor fuerza y la pequeña barca se volvió hacia la luz dorada.

—Y nos dirigimos directamente hacia ella —gimió Hawkmoon—. ¡Estoy empezando a cansarme de estas cosas!

En efecto, estaba claro que navegaban hacia una bahía formada entre el continente y una larga isla que se extendía entre ambas orillas. La luz dorada procedía del extremo más alejado de la isla.

El terreno situado a ambos lados parecía agradable y estaba compuesto por playas y colinas cubiertas de bosque, aunque no se veía la menor señal de presencia humana.

Al acercarse a la fuente de luz, ésta empezó a desvanecerse hasta que el cielo sólo quedó iluminado por un débil resplandor. La barca disminuyó su velocidad, aunque navegaban directamente hacia la luz. Y entonces la vieron.

Se trataba de una ciudad de tal gracia y belleza que no se les ocurrieron palabras para describirla. Tan grande como Londra, si no mayor, sus edificios formaban agujas simétricas, bóvedas y torretas, y todos brillaban con la misma extraña luz, aunque coloreados con delicados tonos pálidos escondidos tras el dorado —rosas, amarillos, azules, verdes, violetas y cerezas—, como si se tratara de una pintura creada con luz y luego recubierta de una tonalidad dorada. Y, sin embargo, a pesar de toda su magnífica belleza, no parecía un lugar adecuado para criaturas humanas, sino para dioses.

La barca se dirigía ahora hacia un puerto que se extendía en las afueras de la ciudad, y cuyos muelles mostraban los mismos tonos sutiles que se observaban en los edificios.

—Es como un sueño... —murmuró Hawkmoon.

—Un sueño celestial —observó D'Averc, cuyo cinismo se había desvanecido ante aquella visión.

La pequeña barca se dirigió hacia unos escalones que se hundían en el agua, donde se reflejaban los suaves colores, y al llegar allí se detuvo.

—Supongo que será aquí donde debemos desembarcar —comentó D'Averc encogiéndose de hombros—. La barca podría habernos llevado a un lugar menos agradable.

Hawkmoon asintió con seriedad y preguntó:

—¿Aún guardáis en la bolsa los anillos de Mygan, D'Averc?

—Están seguros —contestó éste llevándose la mano a la bolsa—, ¿Por qué?

—Sólo quería asegurarme de que podríamos utilizarlos en el caso de que el peligro fuera excesivo para nosotros, y no pudiéramos enfrentarnos a él con nuestras espadas.

D'Averc asintió con un gesto de comprensión y unas arrugas aparecieron en su frente.

—Resulta extraño que no se nos ocurriera utilizarlos cuando estábamos en la isla...

—Sí..., claro... —dijo Hawkmoon con expresión de asombro. Después apretó los labios con una mueca de disgusto—. Sin duda alguna, eso no fue más que el resultado de una interferencia sobrenatural sobre nuestros cerebros. ¡Cómo odio lo sobrenatural!

D'Averc se llevó un dedo a los labios y puso una expresión de burlona desaprobación.

—¡Qué cosas se os ocurren en una ciudad como ésta!

—Sí... Bueno, confío en que sus habitantes sean tan agradables como su aspecto.

—Si es que hay habitantes —observó D'Averc mirando a su alrededor.

Subieron los escalones y llegaron al muelle. Los extraños edificios estaban ante ellos, y por entre los edificios se abrían amplias calles.

—Entremos en la ciudad —dijo Hawkmoon con decisión—, y descubramos por qué razón hemos sido traídos aquí. Después de eso, quizá se nos permita regresar al castillo de Brass.

Se metieron por la calle más cercana. Les pareció como si las sombras producidas por los edificios brillaran con una vida y un color propios. Desde cerca, las altas torres apenas si parecían tangibles, y cuando Hawkmoon extendió una mano para tocar la sustancia de que estaban compuestas, la sintió como algo desconocido para él. No se trataba de piedra, ni de madera; ni siquiera era de acero, ya que cedía ligeramente a la presión de sus dedos, haciéndolos hormiguear. También se sintió sorprendido por el calor que le recorrió el brazo y le inundó el cuerpo.

—¡Parece más de carne que de piedra! —dijo, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

D'Averc hizo lo mismo que su amigo y también se asombró.

—En efecto..., o como si fuera vegetación de algún tipo extraño. Desde luego, parece algo orgánico..., ¡como si fuera materia viva!

Siguieron avanzando. De vez en cuando, las calles se abrían, formando plazas. Cruzaron las plazas y eligieron cualquier otra calle, contemplando los edificios, que parecían tener una altura infinita, y que desaparecían envueltos en un halo extraño de color dorado.

Hablaban con voces apagadas, como si no se atrevieran a romper el silencio que reinaba en la gran ciudad.

—¿Habéis observado que no se ven ventanas? —preguntó Hawkmoon.

—Y tampoco puertas —asintió D'Averc—. Cada vez estoy más seguro de que esta ciudad no se ha construido para el uso humano... ¡Y de que no la han construido manos humanas!

—Quizá lo han hecho seres creados por el Milenio Trágico —sugirió Hawkmoon—. Seres como el pueblo fantasma de Soryandum.

D'Averc se limitó a hacer un gesto de asentimiento.

Ahora, por delante de ellos, las extrañas sombras parecían estrecharse más. Se metieron entre ellas, y se sintieron inundados por una gran sensación de bienestar. Hawkmoon empezó a sonreír, a pesar de todos sus temores, y D'Averc también esbozó una sonrisa. Las sombras brillantes les rodeaban por todas partes. Hawkmoon se preguntó si aquellas sombras no serían, de hecho, los habitantes de la ciudad.

Salieron de la calle y se encontraron en una gran plaza que, por su aspecto, parecía ser el centro mismo de la ciudad. En el centro de la plaza se elevaba un edificio cilíndrico que, a pesar de ser el mayor que habían visto hasta entonces, también parecía ser el más delicado. Sus paredes se movían con una luz llena de color y entonces Hawkmoon observó algo más en su base.

—Mirad, D'Averc..., ¡unos escalones que conducen a una puerta!

—Me pregunto qué debemos hacer ahora —susurró D'Averc.

—Entrar ahí, claro —replicó Hawkmoon encogiéndose de hombros—, ¿Qué tenemos que perder?

—Quizá ahí dentro descubramos la respuesta a esa pregunta —comentó su amigo sonriendo—. ¡Después de vos, duque de Colonia!

Subieron los escalones hasta llegar ante la puerta. Era relativamente pequeña, aunque tenía un tamaño humano y en el interior pudieron distinguir más sombras brillantes.

Valerosamente, Hawkmoon entró, seguido de cerca por D'Averc.

6. Jehamia Cohnahlias

Sus pies parecieron hundirse en el suelo y las sombras brillantes les rodearon por completo mientras avanzaban hacia la centelleante oscuridad de la torre.

Un dulce sonido llenaba los pasillos... Era un sonido muy suave, como una canción de cuna celestial. La música incrementó su sensación de bienestar mientras ellos se introducían más y más en aquella extraña construcción orgánica.

Y entonces, de repente, se encontraron en una pequeña habitación llena con la misma radiación, pulsante y dorada, que habían visto antes desde la barca.

Y la radiación procedía de un muchacho.

Se trataba de un muchacho joven, de aspecto oriental, con una piel suave y morena, vestido con ropas en la que se habían cosido joyas en tal cantidad que ocultaban la tela.

Les sonrió y su sonrisa fue comparable a la suave radiación que le rodeaba. Era imposible no amarle de inmediato.

—Duque Dorian Hawkmoon de Colonia —dijo con dulzura, inclinando levemente la cabeza—, y Huillam d'Averc. Os he admirado tanto por vuestras pinturas, como por vuestras construcciones, sir.

—¿Estáis enterado de eso? —preguntó D'Averc atónito.

—Son excelentes. ¿Por qué no hacéis más?

D'Averc se puso a toser, desconcertado.

—Yo..., supongo que perdí la inspiración. Y luego la guerra...

—Ah, claro. El Imperio Oscuro. Ésa es la razón por la que estáis aquí.

—Así lo suponía...

—Me llamo Jehamia Cohnahlias —dijo el muchacho, que volvió a sonreír—. Y ésta es la única información directa sobre mí que puedo ofrecer, por si se os ocurriera hacerme más preguntas al respecto. Esta ciudad se llama Dnark, y a sus habitantes se les conoce en el mundo exterior como los Buenísimos. Creo que ya habéis conocido a algunos de ellos.

—¿Os referís a las sombras brillantes? —preguntó Hawkmoon.

—¿Es así como los percibís? Sí..., las sombras brillantes.

—¿Son seres sensibles? —siguió preguntando Hawkmoon.

—Sí, lo son. Y quizá incluso algo más que sensibles.

—Y esta ciudad, Dnark, es la legendaria ciudad del Bastón Rúnico.

—En efecto.

—Resulta extraño que todas esas leyendas sitúen su posición no en el continente de Amahrek, sino en Asiacomunista —observó D'Averc.

—Quizá no sea una coincidencia —dijo el muchacho sonriendo—. Es muy conveniente que existan esas leyendas.

—Comprendo.

Jehamia Cohnahlias sonrió serenamente.

—Me imagino que habéis venido para ver al Bastón Rúnico, ¿verdad?

—Al parecer, sí —contestó Hawkmoon, incapaz de experimentar el menor temor ante la presencia del muchacho—. Primero, el Guerrero de Negro y Oro nos dijo que viniéramos aquí, y después, cuando nos negamos, se nos presentó su hermano..., un tal Orland Fank...

—Ah, sí —sonrió Jehamia Cohnahlias—, Orland Fank. Siento un afecto especial por ese servidor particular del Bastón Rúnico. Bien, vayamos al salón del Bastón Rúnico. —Entonces, frunció ligeramente el ceño—. Pero, un momento, casi se me olvidaba. Primero querréis refrescaros un poco y encontraros con un viajero compañero vuestro. Alguien que os ha precedido hasta aquí sólo por cuestión de horas.

—¿Lo conocemos?

—Creo que habéis tenido algún contacto con él en el pasado. —El muchacho casi pareció flotar al abandonar la silla donde había permanecido sentado—. Por aquí.

—¿Quién podrá ser? —murmuró D'Averc dirigiéndose a Hawkmoon—. ¿A quién conocemos nosotros capaz de venir a Dnark?

7. Un viajero muy bien conocido

Siguieron a Jehemia Cohnahlias a lo largo de los tortuosos pasillos orgánicos del edificio. Ahora se sentían más ligeros, pues las sombras brillantes —los Buenísimos, según les había llamado el muchacho— se habían desvanecido. Probablemente, su tarea había consistido en ayudar a Hawkmoon y a D'Averc a llegar hasta donde estaba el muchacho.

Llegaron por fin a un salón grande en el que había una mesa larga, hecha presumiblemente de la misma sustancia que las paredes, y bancos de la misma materia. Sobre la mesa había comida. Era relativamente sencilla y estaba compuesta sobre todo de pescado, pan y verduras.

Pero lo que más atrajo su atención fue la figura que vieron en el extremo del salón. Al verla, se llevaron automáticamente las manos a las empuñaduras de sus espadas, y en sus rostros aparecieron expresiones de encolerizado asombro.

Fue Hawkmoon el primero que logró pronunciar su nombre, con los dientes apretados.

—¡Shenegar Trott!

La gruesa figura avanzó pesadamente hacia ellos. Su máscara de plata parecía ser sólo una parodia de los rasgos que ocultaba.

—Buenas tardes, caballeros. Supongo que sois Dorian Hawkmoon y Huillam d'Averc.

Hawkmoon se volvió hacia el muchacho.

—¿Os dais cuenta de quién es esta criatura?

—Supongo que es un explorador procedente de Europa.

—Es el conde de Sussex..., uno de los hombres del rey Huon. ¡Ha violado a la mitad de Europa! ¡Únicamente el barón Meliadus le supera en cuanto a maldad!

—Vamos, vamos —dijo Trott con voz suave y divertida—. No empecemos por insultarnos el uno al otro. Aquí estamos en terreno neutral. Los temas de la guerra son otra cuestión. Puesto que, por el momento, no nos conciernen a nosotros, sugiero que nos comportemos de modo civilizado... y no insultemos a nuestro joven anfitrión...

—¿Cómo habéis llegado a Dnark, conde Shenegar? —espetó Hawkmoon furioso.

—Por barco, duque de Colonia. Nuestro barón Kalan... a quien tengo entendido que ya conocéis... —Trott se echó a reír burlonamente, y Hawkmoon se llevó la mano, de manera automática, a la Joya Negra que Kalan le había incrustado en la frente —... inventó una nueva clase de ingenio destinado a propulsar nuestros barcos a mayor velocidad sobre el mar. Creo que se basa en la misma máquina que proporciona energía a nuestros ornitópteros, aunque es algo más complicada. Nuestro sabio rey-emperador me ha encargado la misión de viajar a Amarahk con el propósito de establecer relaciones amistosas con los poderes de aquí...

—¡Querréis decir para descubrir sus puntos fuertes y débiles antes de que os lancéis al ataque! —espetó Hawkmoon—. ¡Es imposible confiar en un servidor del Imperio Oscuro!

El muchacho extendió ambas manos y una expresión de preocupación apareció en su rostro.

—Aquí, en Dnark —dijo—, sólo buscamos el equilibrio. Después de todo, ése es el objetivo y la razón de la existencia del Bastón Rúnico, que nosotros estamos aquí para proteger. Os ruego que os ahorréis las discusiones para el campo de batalla, caballeros, y que participéis juntos de la comida que os hemos preparado.

—No obstante —intervino D'Averc empleando un tono más ligero que el de Hawkmoon—, debo advertiros que Shenegar Trott no está aquí para traer paz. Vaya donde vaya, siempre lleva consigo la maldad y la destrucción. Estad preparados... porque se le considera como uno de los lores más astutos de Granbretan.

El muchacho pareció sentirse desconcertado y se limitó a hacer nuevos gestos indicando la mesa.

—Sentaos, por favor.

—¿Y dónde está vuestra flota, conde Shenegar? —preguntó D'Averc al tiempo que se sentaba ante la mesa y se acercaba un plato de pescado.

—¿Flota? —replicó Trott con aire de inocencia—. Yo no he mencionado nada sobre una flota... Sólo dispongo de mi barco, anclado con su tripulación a pocos kilómetros, en las afueras de la ciudad.

—En tal caso será un barco bastante grande —murmuró Hawkmoon mordiendo un trozo de pan—, pues no es habitual que un conde del Imperio Oscuro emprenda un viaje sin ir preparado para la conquista.

—Olvidáis que en Granbretan también somos científicos y eruditos —replicó Trott como si se sintiera ligeramente ofendido—. También buscamos el conocimiento, la verdad y la razón. En realidad, toda nuestra intención al unir los estados guerreros de Europa no es más que aportar una paz racional al mundo, para que de ese modo el conocimiento pueda progresar con mucha mayor rapidez.

D'Averc tosió teatralmente, pero no dijo nada.

Entonces, Trott hizo algo virtualmente sin precedentes para un noble del Imperio Oscuro: se echó la máscara hacia atrás y empezó a comer. En Granbretan se consideraba una gran indecencia tanto mostrar el rostro como comer en público. Hawkmoon sabía que Trott siempre había sido considerado en Granbretan como un excéntrico, tolerado por los demás nobles sólo gracias a su enorme fortuna privada, su habilidad como general y, a pesar de su aspecto endeble, su considerable valor personal como guerrero.

Su rostro puso al descubierto los mismos rasgos que aparecían caricaturizados en su máscara. Era blanca, rolliza y de expresión inteligente. Los ojos no mostraban expresión alguna, pero estaba claro que Shenegar Trott era capaz de expresar lo que quisiera con ellos.

Comieron en relativo silencio. El muchacho no tocó los alimentos, a pesar de que se sentó con ellos.

Más tarde, Hawkmoon indicó con un gesto la abultada armadura plateada del conde y preguntó:

—¿Por qué viajáis con una armadura tan pesada si estáis cumpliendo una misión pacífica de exploración?

—¿Cómo iba a poder anticipar los peligros a los que tendría que enfrentarme en esta extraña ciudad? —replicó Shenegar Trott con una sonrisa—. ¿No os parece que es perfectamente lógico viajar bien preparado?

D'Averc cambió de tema al darse cuenta de que no obtendrían más que suaves respuestas del granbretaniano.

—¿Cómo va la guerra en Europa? —preguntó.

—Ya no hay guerra en Europa —contestó Trott.

—¿Que no hay guerra! Entonces, ¿qué hacemos aquí, exiliados de nuestro propio país? —preguntó Hawkmoon.

—No hay guerra porque ahora toda Europa se encuentra en paz bajo el patronazgo de nuestro buen rey Huon —dijo Shenegar Trott con un leve guiño, casi como el que haría a un buen camarada, y que a Hawkmoon le fue imposible contestar—. A excepción de Camarga, claro está —siguió diciendo—. Y Camarga se ha desvanecido. Mi querido compañero, el barón Meliadus, se ha mostrado muy encolerizado por eso.

—Estoy seguro de que así es —replicó Hawkmoon—. ¿Y continúa queriendo vengarse de nosotros?

—Desde luego que sí. De hecho, cuando abandoné Londra corría el peligro de convertirse en el hazmerreír de la corte.

—Parecéis sentir muy poco afecto por el barón Meliadus —sugirió D'Averc.

—Me comprendéis muy bien —le dijo el conde Shenegar—. No todos nosotros somos hombres tan dementes y ambiciosos como pensáis. Yo mismo he tenido muchas discusiones con el barón Meliadus. A pesar de todo, soy leal a mi patria y a mi rey, aun cuando no esté de acuerdo con todo lo que se hace en su nombre..., y quizá tampoco con todo lo que yo mismo me he visto obligado a hacer. Yo cumplo órdenes. Soy un patriota. —Shenegar Trott se encogió ostentosamente de hombros—. Preferiría quedarme en casa, dedicado a leer y a escribir. En otros tiempos se pensaba que era un poeta prometedor.

—Pero ahora sólo os dedicáis a escribir epitafios... y además, lo hacéis con sangre y fuego —dijo Hawkmoon.

El conde Shenegar no pareció sentirse herido por aquellas palabras, a las que contestó razonablemente.

—Tenéis vuestro propio punto de vista. Yo tengo el mío. Creo en la conveniencia última de nuestra causa: que la unificación del mundo es de la máxima importancia, que las ambiciones personales, por muy nobles que sean, tienen que ser sacrificadas a principios mucho más grandes.

—Ésa es la respuesta habitual entre los granbretanianos —argumentó Hawkmoon sin dejarse convencer—. Es el mismo argumento que el barón Meliadus empleó ante el conde de Brass poco antes de que intentara violar y secuestrar a su hija Yisselda.

—Ya he comentado antes que no estoy de acuerdo con todo lo que hace el barón Meliadus —dijo el conde Shenegar—. En toda corte siempre hay un idiota, y todo gran ideal atrae indefectiblemente a quienes sólo están motivados por el egoísmo.

Las respuestas de Shenegar Trott parecían ir dirigidas más al muchacho que escuchaba tranquilamente, que a Hawkmoon y D'Averc.

Terminaron de comer. Trott apartó su plato y volvió a colocarse la máscara plateada sobre el rostro. Después, se volvió hacia el muchacho.

—Os agradezco vuestra hospitalidad. Y ahora... me prometisteis que podría contemplar y admirar el Bastón Rúnico. Me alegraría mucho poder encontrarme ante ese artefacto legendario...

Hawkmoon y D'Averc dirigieron miradas de advertencia al muchacho, pero éste no pareció darse cuenta de ellas.

—Ahora ya es tarde —dijo Jehemia Cohnahlias—. Todos nosotros visitaremos la sala del Bastón Rúnico mañana. Mientras tanto, os ruego que descanséis aquí. A través de esa pequeña puerta —dijo señalando hacia el otro lado de la sala— encontraréis acomodo para dormir. Os llamaré por la mañana.

Shenegar Trott se levantó y se inclinó ceremoniosamente.

—Os agradezco vuestra oferta, pero mis hombres empezarían a sentirse muy inquietos si no regresara esta noche a mi barco. Mañana volveré a reunirme aquí con vos.

—Como deseéis —dijo el muchacho.

—En cuanto a nosotros —dijo Hawkmoon—, os agradecemos vuestra hospitalidad. Pero debo advertiros de nuevo que Shenegar Trott puede no ser lo que vos creéis.

—Sois admirables en vuestra tenacidad —intervino Shenegar Trott.

Y, diciendo esto, hizo un alegre saludo con la mano y abandonó el salón.

—Me temo que vamos a dormir muy mal sabiendo que nuestro enemigo se encuentra en Dnark —comentó D'Averc.

—No temáis —dijo el muchacho sonriendo—. Los Buenísimos os ayudarán a descansar y os protegerán de todo daño del que podáis sentir miedo. Buenas noches, caballeros. Volveré a veros mañana.

El muchacho abandonó con ligereza la sala y D'Averc y Hawkmoon se dispusieron a inspeccionar los cubículos que contenían literas introducidas en la parte lateral de las paredes.

—Me temo que ese Shenegar Trott quiera hacerle algún daño al muchacho —dijo Hawkmoon.

—Será mejor que hagamos todo lo que podamos para protegerle —dijo D'Averc—. Buenas noches, Hawkmoon.

Una vez que su amigo se hubo introducido en su cubículo, Hawkmoon hizo lo propio. Estaba lleno de sombras brillantes y en su interior sonaba la música celestial que habían escuchado antes. Y así, se quedó dormido casi inmediatamente.

8. Un ultimátum

Hawkmoon se despertó tarde sintiéndose muy descansado, y en seguida se dio cuenta de que las sombras brillantes parecían estar agitadas. Habían adquirido un frío color azul y se arremolinaban de un lado a otro, como si temieran algo.

Se levantó con rapidez y se ató el cinto con la espada. Frunció el ceño. ¿Estaba a punto de producirse el peligro que tanto había temido... o se había producido ya? Los Buenísimos parecían incapaces de establecer una comunicación humana.

D'Averc entró corriendo en el cubículo de Hawkmoon.

—¿Qué pensáis de la situación, Hawkmoon?

—No lo sé. ¿Se trata de Shenegar Trott que planea una invasión? ¿Tiene problemas el muchacho?

De pronto, las sombras brillantes se arremolinaron alrededor de los dos hombres y ambos se sintieron desplazados con rapidez del cubículo, llevados a través de la sala donde habían comido y a lo largo de los pasillos, a una velocidad increíble, hasta que salieron del edificio juntos y se vieron elevados en la luz dorada.

La velocidad de los Buenísimos disminuyó y los dos amigos, todavía con la respiración entrecortada a causa de la repentina acción de las sombras brillantes, se balancearon en el aire, por encima de la plaza principal.

D'Averc estaba pálido, pues no podía apoyar los pies en ningún sitio y las sombras brillantes no parecían tener sustancia alguna, a pesar de lo cual no se caían.

Abajo, en la plaza, distinguieron unas figuras diminutas por la distancia, moviéndose hacia la torre cilíndrica.

—¡Es todo un ejército! —exclamó Hawkmoon atónito—. Deben de ser por lo menos mil. Eso es lo que se podía esperar de la naturaleza pacífica de la misión de Shenegar Trott. ¡Ha invadido Dnark! Pero ¿por qué?

—¿No os parece obvio, amigo mío? —replicó D'Averc con una mueca—. Busca el Bastón Rúnico. Teniendo eso en su poder, ¡sin duda gobernará el mundo!

—¡Pero si no sabe dónde está!

—Es probable que ésa sea la razón por la que se dispone a atacar la torre. Mirad..., ¡ya hay guerreros en su interior!

Los dos amigos contemplaron la escena consternados, rodeados por las diáfanas sombras, con luz dorada por todas partes.

—Tenemos que bajar —dijo Hawkmoon al fin.

—¡Pero si sólo somos dos contra mil! —observó D'Averc.

—Así es..., pero si la Espada del Amanecer convoca a la legión del Amanecer, es posible que tengamos éxito contra ellos —le recordó Hawkmoon.

Como si hubieran entendido sus palabras, los Buenísimos empezaron a descender. Hawkmoon sintió que el corazón se le subía a la garganta al bajar con tanta rapidez hacia la plaza, abarrotada ahora de guerreros enmascarados del Imperio Oscuro, miembros de la terrible legión del Halcón que, al igual que la legión del Buitre, también era una fuerza mercenaria mandada por renegados que, en todo caso, eran aún más malvados que los nativos de Granbretan. Los enloquecidos ojos de los halcones miraron hacia arriba, expectantes por el festín de sangre que Hawkmoon y D'Averc parecían ofrecerles. Los picos de sus máscaras estaban dispuestos para desgarrar la carne de los dos enemigos del Imperio Oscuro, y las espadas, mazas, hachas y lanzas que llevaban en las manos eran como garras dispuestas a arremeter contra ellos.

Las sombras brillantes depositaron a D'Averc y al duque de Colonia cerca de la entrada de la torre, y apenas si tuvieron tiempo de desenvainar sus espadas antes de que los guerreros halcón se lanzaran al ataque.

Pero en ese instante Shenegar Trott apareció en la entrada de la torre y les gritó a sus hombres:

—¡Alto, mis halcones! No hay necesidad de derramar sangre. ¡Tengo al muchacho!

Hawkmoon y D'Averc le vieron levantar a Jehemia Cohnahlias, sosteniéndolo por las ropas, mientras él se debatía inútilmente.

—Sé que esta ciudad está llena de criaturas sobrenaturales que tratarán de detenernos —anunció el conde—, de modo que me he tomado la libertad de garantizar nuestra seguridad mientras estemos aquí. Si somos atacados, si alguien se atreve a tocarnos, le cortaré el cuello a este muchacho. —Shenegar Trott se echó a reír burlescamente—. He tomado esta medida sólo para evitarnos a todas las situaciones desagradables...

Hawkmoon hizo un movimiento, como para convocar a la legión del Amanecer, pero Trott le reprendió moviendo un dedo ante él.

—¿Queréis ser la causa de la muerte de este muchacho, duque de Colonia?

Ardiendo de rabia, Hawkmoon descendió el brazo que sostenía la espada, la dejó caer y, dirigiéndose al muchacho, le dijo:

—Ya os advertí de su perfidia...

—Sí... —admitió el muchacho debatiéndose—. Me temo que... tendría que haberos... prestado más atención.

El conde Shenegar se echó a reír con su máscara refulgiendo bajo la luz dorada.

—Y ahora, decidme dónde está el Bastón Rúnico.

El muchacho señaló hacia la torre, situada a su espalda.

—La sala del Bastón Rúnico está dentro.

—¡Mostrádmela! —Shenegar Trott se volvió hacia sus hombres—. Vigilad a esta pareja. Preferiría conservarlos vivos, pues al rey-emperador le encantará que regresemos no sólo con el Bastón Rúnico, sino también con los héroes de Camarga. Si se mueven, gritadme y le arrancaré al muchacho una oreja o dos. —Extrajo entonces la daga que llevaba al cinto y colocó la punta cerca del rostro del muchacho. Después, ordenó a sus guerreros—: La mayoría de vosotros... seguidme.

Shenegar Trott desapareció en el interior de la torre, seguido por la gran mayoría de sus hombres, mientras que seis guerreros halcón se quedaban para vigilar a Hawkmoon y a D'Averc.

—¡Si ese muchacho hubiera hecho caso de lo que le dijimos! —se lamentó Hawkmoon. Se movió un poco y los guerreros halcón se pusieron en guardia, precavidamente—, ¿Cómo vamos a salvarle ahora... y al Bastón Rúnico de las garras de Trott?

De pronto, los guerreros halcón levantaron las miradas, llenas de asombro, y D'Averc hizo lo propio.

—Parece ser que vienen en nuestro rescate —dijo D'Averc sonriendo.

Las sombras brillantes regresaban.

Antes de que los guerreros halcón pudieran moverse o decir nada, las sombras habían envuelto por completo a los dos hombres y volvían a elevarlos en el aire.

Desconcertados, los halcones lanzaron golpes contra sus pies, mientras ellos se elevaban, y después, al ver la inutilidad de sus esfuerzos, echaron a correr hacia el interior de la torre, para advertir a su jefe de lo que había sucedido.

Los Buenísimos se elevaron más y más alto, llevando consigo a Hawkmoon y a D'Averc. Penetraron en el hálito dorado que se transformó en una espesa neblina áurea, hasta el punto de que no pudieron verse el uno al otro, y mucho menos los edificios de la ciudad.

Parecieron estar viajando durante horas antes de que la neblina dorada empezara a ser más ligera.

9. El Bastón Rúnico

A medida que disminuyó la neblina dorada, Hawkmoon parpadeó, pues ahora se veían rodeados por toda clase de colores —como ondas y rayos que producían extrañas configuraciones en el aire—, todo lo cual emanaba de una fuente central.

Entrecerró los ojos para protegerlos de la intensa luz y miró a su alrededor. Estaban suspendidos en el aire, cerca del techo de un gran salón cuyas paredes parecían estar hechas de capas de esmeralda y ónice translúcidos. En el centro del salón se levantaba una tarima, a la que se llegaba por escalones que subían desde los cuatro lados. Sobre ella había un objeto en el que se originaban todas las configuraciones de luz. Los dibujos —estrellas, círculos, conos y figuras más complejas— se desplazaban constantemente, pero su fuente siempre era la misma. Se trataba de un pequeño bastón, que tenía aproximadamente la longitud de una espada corta, de un denso color negro, opaco y que, al parecer, había perdido el color en unos pocos sitios. Las decoloraciones eran de un intenso azul moteado.

¿Podía ser esto el Bastón Rúnico?, se preguntó Hawkmoon. No parecía tratarse de nada impresionante para ser un objeto de poderes tan legendarios. Se lo había imaginado como algo más alto que un hombre, de brillantes colores..., pero aquel objeto, ¡si hasta lo podía llevar él mismo en la mano!

De repente, unos hombres entraron precipitadamente por la parte lateral del salón. Era Shenegar Trott y su legión del Halcón. El muchacho continuaba debatiéndose entre las garras de Trott y ahora las risotadas del conde de Sussex llenaron todo el salón.

—¡Por fin! ¡Ya es mío! Ni siquiera el rey-emperador se atreverá a negarme nada cuando le haya entregado en sus manos el Bastón Rúnico.

Hawkmoon lanzó un bufido. Había un olor fragante en el salón, llenándolo de un aroma entre amargo y dulce. Y entonces un suave murmullo empezó a impregnar el lugar. Los Buenísimos descendieron, y con ellos Hawkmoon y D'Averc, que fueron depositados con suavidad en los escalones, justo por debajo de donde se encontraba el Bastón Rúnico. Y entonces el conde Shenegar los vio.

—¿Cómo...?

Hawkmoon le miró con ferocidad y levantó el brazo izquierdo para señalar directamente hacia él.

—¡Soltad al chico, Shenegar Trott!

El conde de Sussex volvió a lanzar una risotada, recuperándose con rapidez del asombro que había experimentado.

—Antes decidme cómo habéis llegado aquí antes que yo.

—Gracias a la ayuda de los Buenísimos..., esas criaturas sobrenaturales a las que tanto teméis. Y contamos con otros amigos, conde Shenegar.

La daga de Trott se hallaba a un pelo de la nariz del muchacho.

—En tal caso, sería un estúpido si me desprendiera de mi única posibilidad de alcanzar la libertad... o incluso el éxito.

—Os lo advierto, conde —dijo Hawkmoon levantando la Espada del Amanecer—, ¡esta espada no es un instrumento ordinario! ¡Mirad cómo brilla con una luz rosada!

—Sí..., me parece muy bonito. Pero ¿podrá detenerme antes de que le arranque al muchacho uno de sus ojos como si le quitara un corcho a una botella?

D'Averc observó todo el salón, se fijó en los dibujos formados por la luz, en constante movimiento, en las peculiares paredes y en las sombras brillantes que ahora se hallaban muy por encima de ellos y que parecían observar la escena.

—Esto parece haber terminado en tablas, Hawkmoon —murmuró—. No podemos esperar más ayuda de las sombras brillantes. Es evidente que no poseen ningún poder para intervenir en los asuntos humanos.

—Si dejáis al muchacho sin hacerle daño, consideraré el dejaros marchar de Dnark desarmado —dijo Hawkmoon.

Shenegar Trott se echó a reír.

—¿De veras? ¿Y vosotros dos solos arrojaréis a todo un ejército de la ciudad?

—Tenemos aliados —le recordó Hawkmoon.

—Es posible. Pero sugiero que dejéis en el suelo vuestras espadas para permitirme llegar hasta donde está el Bastón Rúnico. Una vez que lo tenga en mi poder, os entregaré al muchacho.

—¿Vivo?

—Vivo.

—¿Cómo vamos a confiar en Shenegar Trott? —preguntó D'Averc—. Matará al chico y después se encargará de nosotros. Los nobles de Granbretan no tienen la costumbre de cumplir su palabra.

—Si al menos tuviéramos alguna garantía —susurró Hawkmoon con desesperación.

En ese momento, una voz familiar habló desde detrás de donde ellos se encontraban, y ambos se volvieron, sorprendidos.

—¡No tenéis otra elección que soltar al muchacho, Shenegar Trott! —dijo una voz profunda desde detrás del casco de colores negro y oro.

—¡Ah!, mi hermano no dice más que la verdad...

Desde el otro lado de la tarima apareció entonces la figura de Orland Fank, con su gigantesca hacha de guerra y su chaleco de cuero.

—¿Cómo habéis llegado aquí? —preguntó Hawkmoon atónito.

—Yo podría preguntaros lo mismo —replicó Fank con una sonrisa—. Al menos, ahora contáis con amigos con quienes discutir vuestro dilema.

10. El espíritu del Bastón Rúnico

Shenegar Trott, conde de Sussex, volvió a reír con socarronería y sacudió la cabeza.

—Bien, ahora sois cuatro, pero eso no altera la situación lo más mínimo. Dispongo a mis espaldas de mil hombres. Tengo al muchacho en mi poder. Os ruego que os apartéis, caballeros, para que pueda apoderarme del Bastón Rúnico.

El rostro anguloso de Orland Fank se dividió en una amplia sonrisa, mientras que el Guerrero de Negro y Oro se limitó a mover un poco uno de sus pies, cubierto por la armadura. Hawkmoon y D'Averc les miraron interrogativamente.

—Me temo que hay un punto débil en vuestra argumentación, amigo mío —dijo Orland Fank.

—Oh, no, sir..., no hay ninguno —replicó Shenegar Trott al tiempo que iniciaba el movimiento de avanzar.

—He dicho que sí lo hay.

—¿De qué se trata? —preguntó Trott, deteniéndose.

—Estáis suponiendo que sois capaz de sujetar al muchacho, ¿no es así?

—Podría matarlo antes de que os apoderarais de él.

—Es posible..., pero estáis suponiendo que el muchacho no tiene medio alguno de deslizarse entre sus vestiduras y escapar así de vos, ¿no es así?

—¡No se puede liberar! —exclamó Shenegar Trott que sostuvo al muchacho con más fuerza por la tela de sus vestiduras, sin dejar de lanzar risotadas—. ¡Miradlo!

Y entonces, el granbritánico lanzó un grito de asombro cuando el muchacho pareció flotar, desprendiéndose de sus garras, extendiéndose por el salón con la forma de una larga línea de luz, con los rasgos aún visibles, aunque extrañamente prolongados. La música se esparció por todo el salón y el aroma también aumentó de intensidad.

Shenegar Trott hizo inefectivos movimientos para sujetar la tenue sustancia del muchacho, pero era imposible agarrarle, como lo era sujetar a las sombras brillantes que ahora latían en el aire por encima de ellos.

—¡Por el globo de Huon..., si no es humano! —gritó Shenegar Trott con una frustrada cólera—. ¡No es humano!

—Jamás afirmó serlo —comentó Orland Fank con suavidad, dirigiéndole un guiño burlón a Hawkmoon—. ¿Estáis ahora preparado, vos y vuestro amigo para librar un buen combate?

—Lo estamos —contestó Hawkmoon, también con una sonrisa—. ¡Claro que lo estamos!

El muchacho, o lo que fuera, se extendía por encima de su cabeza para tocar el Bastón Rúnico. Las configuraciones de luz cambiaron con rapidez y el salón se vio lleno de muchas más, de modo que los rostros de todos se vieron cruzados por rayos de luz cambiante.

Orland Fank lo observó todo con una gran atención, y pareció como si el rostro del hombre se oscureciera con una expresión de tristeza cuando la línea luminosa en que se había convertido el muchacho fue absorbida por el Bastón Rúnico.

Poco después no quedó en el salón la menor señal del muchacho, y el Bastón Rúnico brillaba ahora más que antes, con un intenso color negro que parecía haberle dotado de conciencia.

—¿Quién era ese muchacho, Orland Fank? —preguntó Hawkmoon asombrado.

—¿Quién? —replicó Fank parpadeando—. Pues el espíritu del Bastón Rúnico. Raras veces se materializa adquiriendo forma humana. Habéis sido especialmente honrados por ello.

Shenegar Trott estaba gritando, lleno de furia, pero se calló cuando una voz más profunda sonó desde el casco que llevaba el Guerrero de Negro y Oro.

—Ahora tenéis que prepararos para morir, conde de Sussex.

—Seguís estando equivocado —replicó Trott riendo de un modo de-mencial—. Sólo sois cuatro... contra mil.

Moriréis todos, y yo me apoderaré del Bastón Rúnico.

—Duque de Colonia —dijo el Guerrero volviéndose hacia Hawkmoon—, ¿no os importaría llamar para que vengan a ayudarnos?

—Con gran placer —contestó Hawkmoon sonriendo. Levantó la espada rosada en el aire y gritó—: ¡A mí la legión del Amanecer!

Y entonces, una luz rosada llenó el salón, flotando en el aire por encima de los dibujos de colores. Y allí aparecieron cien feroces guerreros, cada uno de ellos rodeado por su propia aura escarlata.

Tenían un aspecto bárbaro, como si procedieran de una época anterior, mucho más primitiva. Llevaban grandes mazas provistas de picos, decoradas con grabados ornamentales, lanzas con penachos de cabellera. Llevaban los bronceados cuerpos y rostros pintados y vestían taparrabos de brillantes telas. En los brazos y en las piernas llevaban atadas planchas de madera, a modo de protección. Sus grandes y feroces ojos negros mostraban una remota melancolía y hablaban un lenguaje extraño y gimiente.

Eran los guerreros del Amanecer.

Hasta los miembros más endurecidos de la legión del Halcón gritaron de horror cuando los guerreros aparecieron de modo tan súbito, sin que se supiera de dónde procedían. Shenegar Trott retrocedió un paso.

—Os aconsejo que depongáis las armas y os constituyséis en prisioneros nuestros — dijo Hawkmoon con una mueca burlona.

—Jamás —contestó Trott sacudiendo la cabeza—. ¡Os seguimos superando en número!

—En tal caso, debemos iniciar nuestra batalla —dijo Hawkmoon, y empezó a bajar los escalones, enfrentándose a sus enemigos.

Shenegar Trott desenvainó su gran espada y adoptó una posición de combate. Hawkmoon le lanzó una estocada con la Espada del Amanecer, pero Trott se hizo a un lado y devolvió el golpe fallando por poco, describiendo una línea ante su estómago. Hawkmoon se hallaba en desventaja, pues Trott estaba completamente cubierto por la armadura, mientras que él sólo llevaba vestiduras de seda.

El extraño lenguaje de los guerreros del Amanecer se convirtió en un gran aullido al tiempo que descendían los escalones en pos de Hawkmoon y empezaban a blandir las mazas y las lanzas contra sus enemigos. Los feroces guerreros halcones se enfrentaron a ellos con valentía, dando tantas estocadas como recibían, pero se sintieron muy desmoralizados cuando se dieron cuenta de que, en cuanto caía un guerrero del Amanecer, su lugar era ocupado inmediatamente por otro que no se sabía de dónde surgía.

D'Averc, Orland Fank y el Guerrero de Negro y Oro descendieron los escalones con mayor lentitud, blandiendo sus espadas al unísono y haciendo retroceder a los guerreros halcones con sus tres péndulos de acero.

Shenegar Trott volvió a lanzar una estocada contra Hawkmoon, desgarrándole la manga de la camisa. El duque de Colonia extendió entonces la espada del Amanecer, que alcanzó a Trott en la máscara, abollándola tanto que los rasgos adquirieron un aspecto aún más grotesco.

Pero en el momento en que Hawkmoon se echó hacia atrás para recuperar la posición de combate, sintió un golpe repentino en la espalda, se giró a medias y vio a un guerrero halcón que le había golpeado con la parte plana de un hacha. Trató de recuperar el equilibrio, pero no lo consiguió y empezó a caer hacia el suelo. Al tiempo que perdía la conciencia, aún distinguió nebulosamente al Guerrero de Negro y Oro. Trató desesperadamente de recuperarse porque, al parecer, los guerreros del Amanecer no podían existir a menos que él estuviera en plena posesión de sus sentidos.

Pero ya era demasiado tarde. Al caer sobre los escalones escuchó la risa burlona de Shenegar Trott.

11. Un hermano muerto

Hawkmoon escuchó el estrépito distante de la batalla, sacudió la cabeza y miró a través de una neblina roja y negra. Trató de levantarse, pero se dio cuenta de que por lo menos cuatro cadáveres se lo impedían. Sus amigos se habían cuidado muy bien de sí mismos.

Forcejeó con toda su energía, y vio entonces que Shenegar Trott había llegado hasta donde estaba el Bastón Rúnico. Y allí estaba también el Guerrero de Negro y Oro, evidentemente malherido, rodeado por cien hombres, tratando de impedir que el granbretaniano se apoderara del Bastón Rúnico. Pero Shenegar Trott levantó entonces una enorme maza y la descargó contra el casco del Guerrero. Éste se tambaleó ante el impacto y el casco se le hundió.

Hawkmoon reunió todas sus fuerzas y gritó con voz ronca:

—¡A mí la legión del Amanecer! ¡Regresad! ¡Legión del Amanecer!

Y los guerreros bárbaros aparecieron de inmediato, golpeando y destrozando a los asombrados halcones.

Hawkmoon logró desembarazarse de los cuerpos que le aprisionaban y empezó a subir los escalones para acudir en ayuda del Guerrero, incapaz de comprobar en aquellos momentos si los demás vivían aún. Pero en ese instante el enorme peso de la armadura negra y dorada empezó a caer hacia él, haciéndole retroceder. Hawkmoon la sostuvo lo mejor que pudo, pero sabía por la sensación del peso que ya no quedaba vida alguna en el cuerpo que hasta entonces había protegido.

Intentó abrirle la visera, ver al hombre al que nunca había considerado como un amigo hasta ahora, curioso por contemplar los rasgos de quien había guiado su destino durante tanto tiempo. Pero la visera apenas se movió, pues el golpe de maza de Shenegar Trott la había abollado gravemente.

—Guerrero...

—¡El Guerrero ha muerto! —gritó entonces Shenegar Trott al tiempo que se quitaba la máscara y se inclinaba sobre el Bastón Rúnico, mirando por encima del hombro a Hawkmoon con expresión de triunfo—. ¡Como lo estaréis vos mismo en un instante, Dorian Hawkmoon!

Hawkmoon lanzó un grito de furia, dejó en el suelo el cadáver del Guerrero y subió precipitadamente los escalones que le separaban de su enemigo. Desconcertado, Trott se volvió levantando de nuevo la enorme maza.

Hawkmoon se agachó, evitando el golpe, y rodeó a Trott con sus brazos, forcejeando con él en el último escalón, mientras la roja carnicería se extendía a su alrededor.

Mientras forcejeaba con el conde, vio a D'Averc, a medio camino de los escalones, con la camisa desgarrada y cubierta de sangre, con un brazo inmóvil colgándole de un costado, enfrentándose a cinco de los guerreros halcones. Más allá, Orland Fank seguía vivo y balanceaba la enorme hacha de guerra sobre su cabeza, lanzando un extraño aullido.

La respiración de Trott jadeó entre sus gruesos labios y Hawkmoon quedó asombrado al comprobar la fuerza que tenía.

—Vais a morir, Hawkmoon... ¡Tenéis que morir para que el Bastón Rúnico sea mío!

Hawkmoon también jadeó mientras forcejeaba con el conde.

—¡Nunca será vuestro! ¡No puede poseerlo ningún hombre!

Le dio un repentino empujón hacia arriba, rompiendo la guardia de Trott y le golpeó con el puño en el rostro. El conde lanzó un grito, pero en seguida se lanzó de nuevo hacia adelante. Hawkmoon levantó un pie, enfundado en la bota, y le golpeó en el pecho, haciéndole retroceder hacia la tarima del escalón superior. Rápidamente, Hawkmoon recuperó su espada y cuando Shenegar Trott volvió a lanzarse sobre él, ciego de cólera, lo hizo directamente sobre la punta de la Espada del Amanecer. Murió emitiendo una obscena maldición entre los labios y dirigiendo hacia atrás una última mirada al Bastón Rúnico.

Hawkmoon extrajo la espada de su cuerpo y miró a su alrededor. Su legión del Amanecer se dedicaba a terminar

el trabajo emprendido, alcanzando con sus mazazos a los últimos guerreros halcones. D'Averc y Fank, jadeantes y exhaustos, se apoyaron contra la tarima, por debajo de donde estaba el Bastón Rúnico.

Los pocos gemidos que aún se escuchaban fueron apagados por las mazas de guerra que aplastaron las últimas cabezas. Después se hizo un profundo silencio, a excepción del débil murmullo melódico y de la pesada respiración de los tres supervivientes.

En cuanto murió el último de los granbretanianos, la legión del Amanecer desapareció como por encanto.

Hawkmoon contempló el grueso cadáver de Shenegar Trott y frunció el ceño.

—Hemos matado a uno..., pero si éste ha logrado llegar hasta aquí, vendrán más. Dnark ya no está a salvo del Imperio Oscuro.

Fank sorbió por la nariz y se la limpió con el antebrazo.

—A vos os corresponde garantizar la seguridad de Dnark... y, de hecho, la seguridad del resto del mundo.

—¿Y cómo creéis que voy a conseguirlo? —preguntó él sonriendo sardónicamente.

Fank se disponía a contestarle cuando su mirada se fijó en el enorme cadáver del Guerrero de Negro y Oro.

—¡Hermano! —exclamó y empezó a bajar los escalones, tambaleándose. Dejó caer el hacha de guerra y arrojó entre sus brazos a la figura cubierta por la armadura—. Hermano...

—Está muerto —dijo Hawkmoon con suavidad—. Murió a manos de Shenegar Trott, defendiendo el Bastón Rúnico. Yo maté a Trott...

Fank se echó a llorar.

Algún tiempo después los tres hombres se incorporaron y miraron la carnicería que se había producido a su alrededor. Todo el salón del Bastón Rúnico se hallaba lleno de cadáveres. Hasta los dibujos del aire parecían haber adquirido una coloración rojiza y el aroma amargo-dulzón no se podía distinguir del olor producido por la muerte.

Hawkmoon envainó la Espada del Amanecer.

—¿Qué debemos hacer ahora? —preguntó—. Ya hemos terminado el trabajo que se nos pidió hacer. Hemos defendido con éxito el Bastón Rúnico. Ahora debemos regresar a Europa.

Entonces, una voz habló a sus espaldas; era la voz dulce del muchacho, de Jehemia Cohnahlias. Hawkmoon se volvió y observó que ahora estaba junto al Bastón Rúnico, sosteniéndolo en una mano.

—Ahora, duque de Colonia, tomad lo que habéis ganado con todo derecho —dijo el muchacho con los ojos rasgados llenos de una expresión de cálido humor—. Os llevaréis el Bastón Rúnico con vos, de regreso a Europa, para que allí se decida el destino de la Tierra.

—¡A Europa! Creía que no se lo podía quitar de su sitio.

—Ningún hombre podría hacerlo. Pero vos podéis tomarlo, ya que sois el elegido por el Bastón Rúnico. —El muchacho extendió la mano hacia Hawkmoon, la mano que sostenía el Bastón Rúnico—. Tomadlo. Defendedlo. Y rezad para que os defienda a vos.

—¿Y cómo debemos utilizarlo? —preguntó D'Averc.

—Como gustéis. Que todos los hombres sepan que el Bastón Rúnico cabalga con vos..., que está de vuestra parte. Decidles que fue el barón Meliadus quien se atrevió a lanzar un juramento por el Bastón Rúnico, poniendo así en movimiento todos los acontecimientos que se han sucedido y que terminarán por destruir completamente a un protagonista u otro. Ocurra lo que ocurra, será el final. Emprended la invasión de Granbretan si podéis, o morid en el intento. No tardará en producirse la última gran batalla entre Meliadus y Hawkmoon, y el Bastón Rúnico la presidirá.

Hawkmoon aceptó el bastón en silencio. Lo sintió como algo frío, muerto y muy pesado, aunque los dibujos de colores seguían iluminándolo.

—Ponéoslo dentro de la camisa, o envolvedlo en un paño —le aconsejó el muchacho—, y nadie observará esas delatoras fuerzas que rodean al Bastón Rúnico, hasta que vos así lo deseéis.

—Gracias —dijo Hawkmoon con serenidad.

—Los Buenísimos os ayudarán a regresar a vuestro hogar —siguió diciendo el muchacho—. Adiós, Hawkmoon.

—¿Adiós? ¿Adonde iréis ahora?

—A donde pertenezco.

Y, de pronto, el muchacho empezó a cambiar de nuevo, convirtiéndose en una corriente de luz dorada que aún conservaba cierta semejanza con una figura humana, introduciéndose a continuación en el propio Bastón Rúnico, que adquirió inmediatamente una naturaleza cálida, vital y luminosa en manos de Hawkmoon.

Con un ligero estremecimiento, Hawkmoon se guardó el Bastón Rúnico en el interior de la camisa.

Al salir del salón, D'Averc observó que Orland Fank seguía llorando en silencio.

—¿Qué os aflige, Fank? —preguntó D'Averc—. ¿Seguís lamentando la muerte del hombre que fue vuestro hermano?

—Sí..., pero aún lamento más la pérdida de mi hijo.

—¿De vuestro hijo? ¿De quién habláis?

Orland Fank señaló con el dedo gordo hacia Hawkmoon, que avanzaba tras ellos, con la cabeza inclinada, sumido en sus propios pensamientos.

—Él lo tiene.

—¿Qué queréis decir?

—Tenía que ser así —dijo Fank suspirando—. Lo sabía. Pero, a pesar de todo, soy un hombre. Puedo llorar. Me refiero a Jehemia Cohnahlias.

—¿El muchacho! ¿El espíritu del Bastón Rúnico?

—En efecto. Él era mi hijo... o yo mismo... Jamás he podido comprender esas cosas del todo...

Libro segundo

1. Susurros en habitaciones secretas

Está escrito que: «Aquellos que juren por el Bastón Rúnico se beneficiarán o sufrirán las consecuencias por el destino fijado que ellos mismos han puesto en movimiento». Y el barón Meliadus de Kroiden había hecho uno de tales juramentos. Había jurado vengarse contra todos los habitantes del castillo de Brass, había jurado que Yisselda, la hija del conde Brass, sería suya. El mismo día en que lo juró así, puso en movimiento un modelo de destino que le implicó en planes extraños y destructivos, así como implicó a Dorian Hawkmoon en salvajes e inesperadas aventuras en lugares lejanos, y todo eso estaba ahora a punto de alcanzar su terrible resolución final.

—LA ALTA HISTORIA DEL BASTON RUNICO

La terraza dominaba el rojizo río Tayme, que se abría paso lentamente hasta el propio corazón de Londra, entre torres de aspecto sombrío y demencial.

Por encima de ellos cruzaba de vez en cuando un ornitóptero, un brillante pájaro metálico, y en el río las barcazas de ébano y bronce transportaban las mercancías que iban y venían de la costa. Aquellas mercancías eran ricas; las barcazas iban cargadas de artículos robados, así como hombres, mujeres y niños traídos como esclavos a Londra. Los ocupantes de la terraza se hallaban protegidos de miradas indiscretas por un toldo de pesado terciopelo púrpura, que colgaba con borlas de seda escarlata. La sombra del toldo impedía que nadie pudiera verles desde el río.

Sobre la terraza había una mesa de latón y dos sillas doradas y acolchadas con felpa azul. Sobre la mesa, una bandeja de platino ricamente decorada contenía una jarra de vino, hecha de cristal verde oscuro, y dos copas del mismo material. A ambos lados de la puerta que conducía a la terraza había una joven desnuda, con el rostro, los senos y los genitales cubiertos de carmín. Cualquiera familiarizado con la corte de Londra habría reconocido a las jóvenes esclavas como pertenecientes al barón Meliadus de Kroiden, pues él sólo tenía esclavas que únicamente llevaban sobre su cuerpo el colorete con el que insistía que se pintaran.

Una de las jóvenes, que miraba fijamente hacia el río, era una rubia que, casi con toda seguridad, procedía de Colonia, en Alemania, y que constituía una de las posesiones del barón, por derecho de conquista. La otra joven era morena, y procedía sin duda alguna del Oriente Medio, que el barón Meliadus había añadido a sus propiedades, por medio de su ensangrentada espada.

En una de las sillas doradas estaba sentada una mujer, vestida de la cabeza a los pies con ricos brocados. Llevaba una máscara de plata, delicadamente configurada para parecer una garza real. En la otra silla se sentaba una figura vestida con abultado cuero negro, sobre cuyos hombros se elevaba una enorme máscara que representaba a un lobo negro con expresión rugiente. Insertó un tubo dorado en la copa de vino y se llevó el otro extremo a la diminuta abertura existente en la máscara, chupando el vino con lentitud.

La pareja permanecía en silencio y el único sonido procedía del otro lado de la terraza, de la estela que dejaban las barcazas al pasar junto a los muros, de alguna torre distante en la que alguien gritaba o reía, de un ornitóptero que pasaba volando por lo alto, con sus alas metálicas aleteando lentamente, como si tratara de posarse sobre la parte superior llana de alguna de las torres.

Entonces, la figura de la máscara empezó a hablar con un tono de voz bajo y tembloroso. La otra figura no movió la cabeza, ni pareció escuchar sus palabras, sino que continuó mirando hacia las aguas rojas del río, cuyo extraño color se atribuía a los efluvios que emanaban de los desagües existentes cerca de su lecho.

—Vos también estáis bajo una ligera sospecha, Plana, y lo sabéis. El rey Huon sospecha que podéis haber tenido algo que ver con la misteriosa locura que se apoderó de los guardias la noche en que escaparon los emisarios de Asiacomunista. Sin duda alguna, no me ayudo en nada a mí mismo entrevistándome con vos, pero yo sólo pienso

en nuestra querida patria... Sólo me importa la gloria de Granbretan.

Se detuvo un instante, como si esperara una respuesta, pero al no recibir ninguna siguió hablando.

—Es evidente, Plana, que la situación actual de la corte no es la que mejor sirve a los intereses del imperio. Me encanta la excentricidad, claro, como un verdadero hijo de Granbretan, pero hay una gran diferencia entre excentricidad y senilidad. ¿Comprendéis lo que quiero decir?

Plana Mikosevaar permaneció en silencio.

—Estoy sugiriendo —siguió diciendo el otro— que necesitamos un nuevo gobernante..., una emperatriz. Sólo queda con vida una única persona que sea pariente directo de sangre del rey Huon... Sólo una persona a la que se aceptaría de buen grado como heredera con todos los derechos, ya que es la heredera legal del trono del Imperio Oscuro.

Seguía sin haber ninguna respuesta. La figura de la máscara de lobo se inclinó hacia adelante.

—¿Plana? —La máscara de garza real se volvió para mirar a la máscara de lobo—. Plana... podríais ser la reina-emperatriz de Granbretan. Teniéndome a mí como regente, podríamos garantizar la seguridad de nuestra nación y de nuestros territorios, consiguiendo que Granbretan fuera aún más grande..., que todo el mundo nos perteneciera.

—¿Y qué se haría con el mundo una vez que nos perteneciera, Meliadus? —preguntó Plana Mikosevaar hablando por primera vez.

—¡Disfrutarlo, Plana! ¡Utilizarlo!

—¿Es que nadie se cansa de la violación y el asesinato, de la tortura y la destrucción?

Meliadus pareció extrañado ante aquel comentario.

—Uno se puede aburrir de todo, claro está, pero hay otras cosas... Están los experimentos de Kalan, y también los de Taragorm. Teniendo a su disposición los recursos de todo el mundo, nuestros científicos podrían hacer casi cualquier cosa que se propusieran. Podrían construirnos naves capaces de atravesar el espacio, tal y como hicieron los antiguos y como la que, según dice la leyenda, trajo a nuestro globo al Bastón Rúnico. Podríamos viajar a nuevos mundos y conquistarlos..., ¡oponer la inteligencia y la habilidad al resto del universo! ¡La aventura de Granbretan podría durar un millón de años!

—¿Y es la aventura y la sensación todo lo que debemos buscar, Meliadus?

—¿Por qué no? Todo es caos a nuestro alrededor, la existencia no tiene el menor significado. Sólo existe una ventaja en vivir la propia vida, y consiste en descubrir todas las sensaciones que sea capaz de experimentar la mente y el cuerpo humanos. Sin duda alguna, eso durará por lo menos un millón de años.

—Ese es nuestro credo, cierto —admitió Plana con un gesto. Después, suspiró—. En consecuencia, supongo que debo mostrarme de acuerdo con vuestros planes. Supongo que lo que me sugerís no es ni más ni menos aburrido que cualquier otra cosa. —Se encogió de hombros y añadió—: Muy bien, seré vuestra reina cuando me necesitéis..., y si Huon descubre nuestra perfidia... Bueno, será un alivio morir.

Ligeramente inquieto ante aquellas palabras, Meliadus se levantó.

—¿No diréis nada a nadie hasta que no llegue el momento, Plana?

—No diré nada.

—Bien. Ahora debo visitar a Kalan. Se siente atraído por mi plan, puesto que, si tenemos éxito, eso significará disponer de mayores medios para llevar a cabo sus experimentos. Taragorm también está conmigo...

—¿Confíaís en Taragorm? Vuestra rivalidad es bien conocida.

—En efecto... Odio a Taragorm y él también me odia a mí. Pero ahora ese odio mutuo está relativamente apagado. Recordaréis que nuestra rivalidad se inició en el momento en que Taragorm se casó con mi hermana, con quien yo había intentado desposarme previamente. Pero mi hermana se ha comprometido con un zoquete, según he oído decir..., y Taragorm lo ha descubierto. En consecuencia, tal y como sin duda habréis oído comentar, mi hermana hizo que sus esclavos la sacrificaran, a ella y a su zoquete, de una manera harto extraña. Taragorm y yo

dimos buena cuenta de los esclavos y, durante ese episodio, volvimos a descubrir nuestra antigua camaradería. Puedo confiar en mi cuñado. Él tiene la sensación de que Huon obstaculiza demasiado sus investigaciones.

Durante todo este tiempo, las voces de ambos no habían sido más que un ligero susurro, de modo que ni siquiera las esclavas que permanecían ante la puerta pudieron escuchar sus palabras.

Meliadus se inclinó ante Plana, hizo una seña a sus esclavas, que corrieron a prepararle la litera para llevarle de regreso a su casa, y poco después se marchó.

Plana siguió mirando fijamente hacia las aguas del río, sin pensar apenas en los planes expuestos por Meliadus, ya que no podía hacer otra cosa que soñar con el elegante D'Averc y en el futuro, cuando pudieran volverse a encontrar y ella pudiera alejar a D'Averc de Londra y de sus intrigas, yendo quizá a las propiedades rurales que D'Averc había tenido en Francia y que ella, una vez que fuera reina, podría devolverle.

En tal caso, quizá fuera conveniente para ella convertirse en reina-emperatriz. De ese modo, podría escoger a su esposo, y ese esposo sería, desde luego, D'Averc. Entonces podría perdonarle todos los crímenes que había cometido contra Granbretan, e incluso podría perdonar a su compañero Hawkmoon y a todos los demás.

Pero no, Meliadus no estaría de acuerdo en perdonar a D'Averc, y tampoco admitiría perdonar la vida a todos los demás.

Quizá aquel plan no fuera más que una estupidez. Suspiró. En el fondo, no le importaba. Incluso dudaba de que D'Averc estuviera todavía con vida. Y, mientras tanto, no veía razón alguna para no participar, aunque fuera pasivamente, en la traición de Meliadus, aun cuando tenía una ligera sospecha sobre cuáles podrían ser las terribles consecuencias del fracaso, y de la magnitud del plan de Meliadus. El barón debía de sentirse desesperado para haber llegado a considerar la destitución de su gobernante hereditario. Durante sus dos mil años de gobierno ningún granbretaniano se había atrevido hasta ahora en pensar siquiera en el destronamiento del rey Huon. Plana ni siquiera sabía si eso sería posible.

Se estremeció. Si se convertía en reina, no elegiría la inmortalidad..., sobre todo si eso significaba convertirse en algo tan arrugado y marchito como Huon.

2. Conversación junto a la máquina de la mentalidad

Kalan de Vitall se acarició la máscara de serpiente con sus manos pálidas de viejo en las que sobresalían las venas, lo que le daban un aspecto de azuladas serpientes enroscadas. Los dos hombres se encontraban ante el laboratorio principal. Era una gran sala, de techo bajo, donde se llevaban a cabo numerosos experimentos, realizados por hombres que portaban los uniformes y las máscaras de la orden de la Serpiente, de la que el barón Kalan era el gran jefe. Extrañas máquinas producían raros sonidos, y luces de colores en miniatura relampagueaban y crujían a su alrededor, de modo que toda la sala daba la impresión de ser un taller infernal presidido por demonios. Aquí y allá, seres humanos de ambos sexos y distintas edades, aparecían sujetos o introducidos en las máquinas, mientras los científicos comprobaban los resultados de sus experimentos sobre las mentes y cuerpos humanos. La mayoría de ellos habían sido silenciados de una u otra forma, pero unos pocos gritaban o gemían con voces peculiarmente demenciales, molestando y distrayendo a menudo a los científicos, que les introducían trapos en las bocas, o les cortaban las cuerdas vocales, o encontraban cualquier otro método rápido para conseguir cierta tranquilidad mientras continuaban con su trabajo.

Kalan posó una mano sobre el hombro de Meliadus y señaló hacia una máquina que se hallaba cerca de ambos y a la que nadie atendía.

—¿Recordáis la máquina de la mentalidad? ¿La que utilizamos para probar la mente de Hawkmoon?

—Sí, la recuerdo —gruñó Meliadus—. Fue la que os indujo a creer que podíamos confiar en Hawkmoon.

—En aquella ocasión tuvimos que enfrentarnos con factores que no pudimos anticipar —dijo Kalan a modo de justificación—. Pero no es ésa la razón por la que os he mencionado mi pequeño invento. Se me ha pedido que la utilice esta mañana.

—¿Quién os lo ha pedido?

—El mismo rey-emperador. Me ha llamado al salón del trono y me ha dicho que quería poner a prueba a un miembro de la corte.

—¿A quién?

—¿En quién se os ocurre pensar, milord?

—¡Yo mismo! —exclamó Meliadus con expresión colérica.

—Exacto. Creo que, de una forma u otra, sospecha de vuestra lealtad, lord barón...

—¿Hasta qué punto?

—No demasiado. Al parecer, Huon cree que podéis estar concentrando demasiado vuestros esfuerzos en planes excesivamente personales, y no lo suficiente en los intereses de sus propios planes. Creo que sólo le gustaría saber la fuerza de vuestra lealtad y si habéis abandonado vuestros planes personales...

—¿Tenéis intenciones de obedecer sus órdenes, Kalan?

—¿Me sugerís acaso que las ignore? —replicó Kalan encogiéndose de hombros.

—No... pero, ¿qué podemos hacer?

—Tendré que ponerlos en la máquina de la mentalidad, claro, pero creo que puedo obtener los resultados que más se adapten a nuestros propios intereses. —Kalan sonrió con una mueca, a modo de hueco susurro, cuyo sonido surgió de la máscara que llevaba puesta—. ¿Empezamos, Meliadus?

De mala gana, Meliadus avanzó, contemplando con nerviosismo la reluciente máquina de metal rojo y azul, con sus misteriosas proyecciones, sus pesados brazos laterales e instrumentos de aplicación desconocida para él. Su característica principal, sin embargo, era la gran campana que pendía sobre el resto de la máquina, y que colgaba de un complicado andamio.

Kalan apretó un conmutador y le hizo un gesto, con una expresión de disculpa.

—Antes teníamos esta máquina en una sala para ella sola, pero últimamente disponemos de muy poco espacio.

Ésa es, desde luego, una de mis mayores quejas. Se nos pide que hagamos demasiadas cosas y se nos proporciona muy poco espacio para conseguirlas.

La máquina produjo un sonido parecido a la respiración de una bestia gigantesca. Meliadus retrocedió un paso. Kalan volvió a sonreír con una mueca e hizo una seña a unos servidores con máscaras de serpiente para que acudieran a ayudarlo a manejar la máquina de la mentalidad.

—Si sois tan amable de permanecer debajo de la campana, Meliadus, la haremos bajar en seguida —sugirió Kalan.

Moviéndose con lentitud y desconfianza, Meliadus ocupó un lugar situado bajo la campana y ésta descendió sobre él hasta cubrirle del todo, con sus lados carnosos adaptándosele al cuerpo hasta amoldarse a él por completo. Después, Meliadus sintió como si unos hilos calientes se le introdujeran en el cerebro, tanteándolo. Trató de gritar, pero su voz sonó apagada. Tuvo alucinaciones, visiones y recuerdos de su vida pasada, compuestas sobre todo de batallas y derramamientos de sangre, en las que el odiado rostro de Dorian Hawkmoon surgió a menudo ante sus ojos, adquiriendo miles de formas distintas, así como el rostro dulce y hermoso de la mujer a la que deseaba por encima de todo: Yisselda de Brass. Poco a poco, como a través de una eternidad, toda su vida pasó ante él hasta que hubo recordado todo lo que le sucedió en ella, todo aquello en lo que hubo pensado o soñado alguna vez, aunque eso no sucedió secuencialmente, sino por orden de importancia. Por encima de todas las cosas estaba el deseo que sentía por Yisselda, su odio contra Hawkmoon y los planes que abrigaba por destronar al rey Huon.

Después, la campana se elevó y Meliadus se encontró mirando una vez más la máscara de Kalan. Por alguna razón, el barón se sentía mentalmente purgado y de muy buen humor.

—Y bien, Kalan, ¿qué habéis descubierto?

—Por el momento, nada que no supiera ya. Pero tardaremos una hora o dos en procesar los resultados completos. —Se echó a reír y añadió—: Al emperador le divertiría mucho verlos.

—Sí. Pero espero que no llegue a conocerlos.

—Bueno, le enseñaremos algo, Meliadus. Algo que le demuestre que el odio que sentís contra Hawkmoon está disminuyendo, y que vuestro amor por el emperador es inmovible y profundo. ¿No se nos dice que el amor y el odio están muy juntos? En consecuencia, y con un poco de ayuda por mi parte, vuestro odio contra Huon se convertirá en amor.

—Bien. Y ahora discutamos el resto de nuestro proyecto. En primer lugar, tenemos que encontrar un medio para conseguir que el castillo de Brass regrese a esta dimensión, o bien para llegar nosotros hasta donde esté. En segundo lugar tenemos que hallar el medio de reactivar la Joya Negra que Hawkmoon lleva incrustada en su frente, ya que de ese modo volveremos a tener poder sobre él. En último término, debemos diseñar armas y todo aquello que nos ayude a superar a las fuerzas de Huon.

—Desde luego —asintió Kalan—. Ya disponemos de los nuevos motores que inventé para las naves...

—¿Las naves con las que se marchó Trott?

—En efecto. Esos motores impulsan las naves a velocidades muy superiores a las alcanzadas mediante cualquier otra cosa que se haya inventado. Por el momento, las naves de Trott son las únicas que están equipadas con ellos. Pero Trott no tardará en regresar para informar.

—¿Adonde fue?

—No estoy seguro. Eso es algo que sólo conocían él y el rey Huon... Pero tiene que haber sido a bastante distancia, por lo menos a varios miles de kilómetros. Quizá en dirección a Asiacomunista.

—Parece probable —asintió Meliadus—. No obstante, olvidémonos por el momento de Trott y hablemos de los detalles de nuestro plan. Taragorm también está trabajando en un invento que puede ayudarnos a llegar al castillo de Brass.

—Quizá sería mejor que Taragorm se concentrara en esa línea de investigación, puesto que ésa es su especialidad, mientras yo me ocupo de intentar reactivar la Joya Negra —sugirió Kalan.

—Quizá —murmuró Meliadus—. Pero creo que será mejor consultar antes con mi cuñado. Os dejaré ahora y

regresaré dentro de poco.

Y, diciendo esto, Meliadus llamó por señas a sus esclavas, que trajeron la litera. Subió a ella, le hizo un gesto de despedida a Kalan y ordenó a las jóvenes que le llevaran al palacio del Tiempo.

3. Taragorm del palacio del Tiempo

En el extraño palacio de Taragorm, que tenía la forma de un reloj gigantesco, el aire resonaba con los crujidos y los gongs de los péndulos y las ruedas dentadas. Taragorm, cuyo rostro aparecía cubierto por una enorme máscara reloj que indicaba el tiempo con la misma exactitud que todos los demás relojes del palacio, tomó a Meliadus por el brazo y lo condujo a través del salón del Péndulo donde, a corta distancia por encima de sus cabezas, el enorme péndulo de latón parecía latir de un lado a otro, balanceando pesadamente sus cincuenta toneladas de peso en forma de sol refulgente.

—Bien, hermano —casi tuvo que gritar Meliadus por encima del ruido—, me enviasteis un mensajero para decirme que teníais un mensaje que me gustaría escuchar, pero del que todavía no sé nada.

—En efecto. Me pareció mejor decíroslo en privado. —Taragorm condujo a Meliadus a lo largo de un corto pasillo y ambos entraron en una pequeña sala donde sólo había un reloj antiguo. Indicándolo con un gesto, dijo—: He aquí el que probablemente es el reloj más antiguo del mundo, hermano... Se le conoce como «el abuelo» y fue construido por Thomas Tompion.

—Jamás había oído ese nombre.

—Un maestro artesano..., el mayor de su época. Vivió mucho antes del inicio del Milenio Trágico.

—¿De veras? ¿Y tiene esto algo que ver con vuestro mensaje?

—Desde luego que no.

Taragorm dio unas palmadas y se abrió una puerta lateral. En el umbral apareció una figura enjuta, con el rostro cubierto por una máscara de cuero sencilla y algo agrietada. La figura se inclinó de un modo extravagante ante Meliadus.

—¿Quién es éste?

—Es Elverezza Tozer, hermano. ¿Recordáis su nombre?

—¡Claro que sí! ¡El mismo que robó el anillo de Mygan y luego desapareció!

—Exacto. Decidle a mi hermano, el barón Meliadus, dónde habéis estado todo este tiempo maese Tozer...

Tozer volvió a inclinarse y después se sentó sobre el borde de la mesa, extendiendo los brazos.

—¡He estado en el castillo de Brass, milord!

De pronto, Meliadus casi dio un salto para atravesar la estancia y agarró al sorprendido Tozer por la pechera de la camisa.

—¿Que habéis estado dónde? —rugió.

—En... en el castillo de Brass, honorable...

Meliadus lo sacudió, casi levantándolo del suelo.

—¿Cómo?

—Llegué a ese lugar por accidente... Fui capturado por Hawkmoon de Colonia... Fui hecho prisionero..., me quitaron el anillo... y me las arreglé para recuperarlo... Escapé... y regresé aquí —balbuceó Tozer, amedrentado.

—Ha traído consigo cierta información que resulta de lo más interesante —intervino Taragorm—. Repetidla, Tozer.

—La máquina que los protege, lo que los mantiene en otra dimensión..., está guardada en las mazmorras del castillo..., cuidadosamente protegida. Se trata de un artefacto de cristal que obtuvieron de un lugar llamado Soryandum. Fue eso lo que los llevó allí, y es eso lo que les garantiza su seguridad. Lo que digo es cierto, milord...

—Es verdad, Meliadus —insistió Taragorm echándose a reír—. Le he sometido a prueba una docena de veces. Ya había oído hablar de esa máquina de cristal, pero no sospechaba que existiera todavía. Y eso, junto con el resto de la información que Tozer me ha proporcionado, creo que me permitirá conseguir algunos resultados.

—¿Podéis hacernos llegar hasta el castillo de Brass?

—Oh, creo que podrá hacerse algo mucho más conveniente que eso, hermano..., dentro de muy poco tiempo, pues estoy bastante seguro de que podré traer hasta nosotros el mismo castillo de Brass.

Por un momento, Meliadus miró en silencio a Taragorm. Después, se echó a reír. Sus risotadas fueron tan grandes que amenazaron con apagar el increíble ruido producido por los relojes.

—¡Por fin! ¡Por fin! ¡Gracias, hermano! ¡Gracias, maese Tozer! ¡Es evidente que el destino está de mi parte!

4. Una misión para Meliadus

Al día siguiente, sin embargo, Meliadus fue llamado ante la presencia del rey Huon, en la sala del trono.

Mientras se dirigía al palacio, Meliadus reflexionaba, sumido en sus propios pensamientos. ¿Le habría traicionado Kalan? ¿Acaso el científico le había comunicado al rey Huon los verdaderos resultados de la prueba efectuada con la máquina de la mentalidad? ¿O había sospechado algo el propio rey Huon? Después de todo, el monarca era inmortal. Había vivido durante dos mil años y, sin duda alguna, había aprendido mucho. ¿Eran los resultados falsificados de Kalan demasiado burdos como para engañar a Huon? Meliadus experimentó una sensación de pánico. ¿Significaba esto el fin de todo? ¿Ordenaría Huon a los guerreros de la orden de la Mantis que lo destruyeran en cuanto llegara a la sala del trono?

Las grandes puertas se abrieron ante él. Los guerreros mantis se situaron a ambos lados. En el extremo más alejado se encontraba el globo del trono, negro y misterioso.

Meliadus empezó a caminar hacia él.

Al llegar cerca, se inclinó, pero el globo del trono permaneció misteriosamente negro y sólido durante un rato. ¿Es que Huon estaba jugando con él?

Finalmente, el globo empezó a adquirir un tono azul oscuro, después verde y a continuación rosado, hasta que se puso blanco, dejando al descubierto una figura en forma de feto, cuyos ojos incisivos y malevolentes contemplaron intensamente a Meliadus.

—Barón...

—Señor, el más noble de los gobernantes.

—Nos agrada volver a veros.

Meliadus levantó la mirada, algo sorprendido.

—¿Gran emperador?

—Nos alegra volver a veros, y deseamos honraros.

—¿Noble príncipe?

—Sabéis que Shenegar Trott emprendió una expedición especial.

—Lo sé, poderoso monarca.

—¿Y sabéis también adonde fue?

—No lo sé, luz del universo.

—Se dirigió a Amahrek para descubrir allí todo lo que pudiera sobre ese continente..., para comprobar si encontraríamos resistencia en caso de desembarcar nuestras fuerzas allí.

—¿Queréis decir, inmortal gobernante, que al parecer encontró resistencia...?

—En efecto. Hace ya una semana o más que tendría que haber estado de vuelta para informarnos. Estamos preocupados.

—¿Pensáis que ha muerto, noble emperador?

—Nos gustaría descubrir eso..., y descubrir también quién lo mató si ése fuera el caso. Barón Meliadus, deseamos confiaros el mando de una segunda expedición.

Al principio, Meliadus se sintió lleno de furia. ¡Él en segundo lugar, por detrás de aquel grueso bufón de Trott! ¡Él perdiendo el tiempo, dedicado a recorrer las costas de un continente en busca del paradero de Trott! ¡No quería saber nada al respecto! Habría atacado el globo del trono ahora mismo si aquel senil estúpido no le hubiera podido despedazar en un instante. Controló su rabia lo mejor que pudo y un nuevo plan empezó a adquirir forma en su mente.

—¡Me siento muy honrado, rey todopoderoso! —dijo con una burlona humildad—. ¿Puedo escoger a mis hombres?

—Si así lo deseáis...

—En tal caso llevaré conmigo a hombres en los que pueda confiar. Serán miembros de la orden del Lobo y de la orden del Buitre.

—Pero ellos no son marinos.

—Entre los buitres hay algunos marinos, emperador del mundo, y éstos serán precisamente los hombres que seleccione.

—Como digáis, barón Meliadus, como digáis.

Meliadus estaba sorprendido al saber que Trott había viajado hasta Amarehk, lo que le hizo experimentar más resentimiento, pues eso quería decir que Huon había confiado al duque de Sussex una misión que le habría correspondido a él por derecho. Otra cuenta que saldar, se dijo a sí mismo. Ahora se alegraba de haber esperado su momento, de modo que aceptó o pareció aceptar las órdenes del rey. De hecho, la misma persona a la que ahora consideraba como su mayor enemigo, después de Hawkmoon, acababa de poner entre sus manos una oportunidad de oro.

Meliadus aparentó reflexionar por un momento y después dijo:

—Si creéis que no se puede confiar en los buitres, monarca del espacio y del tiempo, me permito sugerir que podría llevarme entonces a su jefe...

—¿Su jefe? Asrovak Mikosevaar está muerto... ¡Hawkmoon lo mató!

—Pero su viuda heredó el cargo...

—¡Plana! ¡Una mujer!

—En efecto, gran emperador. Ella los controlará.

—No se me habría pasado por la cabeza que la condesa de Kanbery pudiera controlar ni siquiera a un conejo. Es tan ambigua. Pero si es eso lo que deseáis, milord, que sea así.

Discutieron durante más de una hora los detalles del plan, y el rey le proporcionó a Meliadus toda la información posible sobre la primera expedición al mando de Trott.

Después, Meliadus abandonó la sala del trono, con una expresión de triunfo en sus ojos.

5. La flota en Deau-Veré

La pequeña flota permanecía anclada sobre un mar lívido, dominada por la ciudad de Deau-Veré, llena de torres, y flanqueada por tres de sus lados por muelles de piedra escarlata. Sobre los planos y amplios tejados de los edificios había miles de ornitópteros, todos ellos fantásticamente configurados para que parecieran aves y bestias míticas, con las alas plegadas; en las calles, sus pilotos, portando máscaras de cuervo y buho, se mezclaban con los marineros con cascos de pescado y de serpiente marina, y con los de infantería y caballería —pertenecientes a las órdenes del Cerdo, la Calavera, el Perro, la Cabra y el Toro—, todos los cuales se preparaban para cruzar el canal, no por barco, sino por el famoso puente de Plata que cruzaba el mar, y que se podía ver al otro lado de la ciudad, con su gran curva desapareciendo en la distancia, con toda su delicada y brillante estructura sobrecargada constantemente con el tráfico que procedía y se dirigía hacia el continente.

En el puerto, los buques de guerra estaban atiborrados de soldados que llevaban los cascos de las órdenes del Lobo y del Buitre, armados hasta los dientes con espadas, lanzas, arcos, aljabas de flechas y lanzas de fuego, y en el buque insignia ondeaban los estandartes tanto del gran jefe de la orden del Lobo como de la orden del Buitre, que en otros tiempos había sido simplemente la legión del Buitre, pero a la que el rey Huon había elevado a la categoría de orden, en recompensa por las luchas libradas en Europa, así como para honrar la muerte de su sangriento capitán Asrovak Mikosevaar.

Los barcos eran notables en el sentido de que no disponían de velas, sino que en sus popas se habían montado enormes ruedas dotadas de palas. Habían sido construidos con una mezcla de madera y metal; la madera aparecía ricamente tallada, y en cuanto al metal mostraba dibujos barrocos. Llevaban paneles en los costados en los que se veían intrincadas pinturas mostrando algunas de las victorias conseguidas por los ejércitos de Granbretan. Los decorados mascarones de proa representaban a los terroríficos dioses antiguos de Granbretan, dando nombre a los barcos: Jhone, Jhorg, Phowl, Rhunga, de quienes se decía que habían gobernado el país antes del Milenio Trágico; Chirshil, el dios aullante; Bjrín Adass, el dios cantante; Jcájee Blad, el dios gimiente; Jh'Im Slas, el dios que llora, y Aral Vilsn, el dios rugiente, dios supremo, padre de Skvese y Blansacredid, dioses del ocaso y del caos.

El Aral Vilsn era el buque insignia y sobre su puente de mando se hallaba la alta figura del barón Meliadus, acompañado por la condesa Plana Mikosevaar. Debajo del puente empezaban a reunirse las máscaras de las órdenes del Lobo y del Buitre correspondientes a los capitanes de los demás barcos, que habían sido convocados por Meliadus.

Todos ellos miraron con expectación a Meliadus, que se aclaró la garganta y dijo:

—Sin duda alguna, caballeros, os preguntaréis cuál será nuestro destino. ..., así como la naturaleza de estos extraños barcos en los que vamos a navegar. Los barcos no son ningún misterio; están equipados con ingenios similares a los que impulsan nuestros ornitópteros, pero mucho más poderosos, y son el invento de ese gran genio de Granbretan que es el barón Kalan de Vitall. Pueden transportarnos con mayor rapidez a través de los océanos, por lo que no tendremos que esperar ni depender de la voluntad de los elementos. En cuanto a nuestro destino, eso es algo que os revelaré en privado. Este barco, el Aral Vilsn, ostenta el nombre del dios supremo de la antigua Granbretan, que convirtió a esta nación en lo que es hoy día. Sus barcos gemelos son el Skvese y el Blansacredid, los nombres con los que antiguamente se designaban a los dioses del ocaso y del caos. Pero también son los hijos de Aral Vilsn y representan la gloria de Granbretan, nuestra antigua y oscura gloria, la gloria tenebrosa, sangrienta y terrible de nuestro país. Una gloria de la que, estoy seguro de ello, todos os sentiréis muy orgullosos. — Meliadus hizo una pausa y añadió -: ¿Queréis que se pierda esa gloria, caballeros?

—¡No! ¡No! —rugió la respuesta de todos ellos—. ¡Por Aral Vilsn, por Skvese, por Blansacredid! ¡No! ¡No!

—¿Y estaríais dispuestos a hacer cualquier cosa con tal de garantizar que Granbretan conserve su negro poder y su gloria lunática?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

—¿Y estaréis todos unidos conmigo en una demencial aventura como la que correrán los que se han embarcado en el Aral Vilsn y sus dos buques gemelos?

—¡Sí! ¡Decidnos de qué se trata! ¡Decidlo!

—¿No retrocederéis ante nada? ¿Me seguiréis hasta el final?

—¡Sí! —gritaron todas las voces.

—Entonces, seguidme a mi cabina de mando y allí os detallaré el plan. Pero, quedáis advertidos, una vez que hayáis entrado en esa cabina, tendréis que seguirme siempre. Y aquel que retroceda no abandonará la cabina con vida.

A continuación, Meliadus bajó del puente de mando y bajó hacia la cabina, situada bajo la cubierta. Todos los capitanes presentes le siguieron, y cada uno de ellos terminaría por salir con vida de aquella cabina.

El barón Meliadus permaneció en pie ante ellos. La cabina de mando sólo estaba iluminada por una débil lámpara. Había mapas sobre la mesa, pero él no los consultó. Se dirigió a sus hombres empleando una voz baja y vibrante.

—No seguiré perdiendo el tiempo, caballeros, y os comunicaré inmediatamente la naturaleza de esta aventura. Nos hallamos embarcados en una traición... —Se aclaró la garganta y continuó—: Estamos a punto de rebelarnos contra nuestro gobernante hereditario, Huon, el rey-emperador.

Muchas bocas se abrieron con expresiones de asombro, mientras las máscaras de lobo y de buitre contemplaban fijamente al barón Meliadus.

— El rey Huon se ha vuelto loco —siguió diciendo Meliadus con rapidez—. No es la ambición personal lo que me induce a llevar a cabo este plan, sino el gran amor que siento por nuestra patria. Huon está loco... Sus dos mil años de vida le han nublado el cerebro, en lugar de proporcionarle una mayor sabiduría. Está intentando que nos expandamos con excesiva rapidez. Esta expedición, por ejemplo, estaba destinada a marchar contra Amarehk, para comprobar si se puede conquistar ese territorio, a pesar de que apenas acabamos de dominar el Oriente Próximo, y de que aún quedan partes de Muskovia que no son del todo nuestras.

— ¿Y vos gobernaréis en lugar de Huon, barón? —preguntó con un tono de cinismo un capitán buitre.

Meliadus sacudió la cabeza, negándolo.

—En modo alguno. Plana Mikosevaar será vuestra reina. Las órdenes del Buitre y del Lobo ocuparán el lugar de la orden de la Mantis en el favor real. Las vuestras serán las órdenes supremas...

—Pero los buitres son una orden de mercenarios —señaló un capitán lobo.

—Han demostrado ser leales a Granbretan —replicó Meliadus encogiéndose de hombros—. Y se podría argumentar diciendo que muchas de nuestras propias órdenes son instituciones moribundas, y que el Imperio Oscuro necesita sangre fresca.

—De modo que Plana Mikosevaar sería nuestra reina-emperatriz —dijo otro capitán buitre con acento reflexivo—. ¿Y vos, barón?

—Regente y consorte. Me casaré con Plana y la ayudaré a gobernar.

—En tal caso seréis el verdadero rey-emperador, excepto por el nombre —dijo el mismo capitán.

—Seré poderoso, es cierto..., pero Plana es de sangre real, mientras que yo no lo soy. Ella es vuestra reina-emperatriz por derecho de herencia. Yo sólo seré el supremo lord de la guerra, y dejaré en sus manos todos los demás asuntos de estado... Al fin y al cabo, la guerra es mi vida, caballeros, y lo único que intento hacer es mejorar la forma en que llevamos a cabo nuestras guerras.

Los capitanes parecieron sentirse satisfechos con aquellas palabras.

—De modo que —siguió diciendo Meliadus— en lugar de dirigirnos a Amarehk con la marea de la mañana, navegaremos rodeando un poco la costa, en espera de que llegue nuestro momento. Después, nos dirigiremos hacia el estuario del Tayme y navegaremos río arriba hacia Londra. Llegaremos al corazón de la ciudad antes de que nadie imagine nuestras intenciones.

—Pero Huon está bien protegido. Es imposible asaltar su palacio. Sin duda alguna habrá en la ciudad legiones que le serán leales —dijo otro capitán lobo.

—Tendremos aliados en la ciudad. Muchas de las legiones estarán con nosotros. Taragorm está de nuestra parte y, desde la muerte de su primo, él es el comandante hereditario de varios miles de guerreros. La orden del Hurón es pequeña, pero dispone de numerosas legiones en Londra, mientras que la mayoría de las demás legiones se encuentra en Europa, defendiendo nuestras posesiones. Los nobles que más probablemente permanecerían leales a Huon se encuentran en estos momentos fuera del país. Así pues, el momento es ideal. El barón Kalan también está con nosotros. .. El nos puede ayudar con nuevas armas y con sus hombres de la orden de la Serpiente para manejarlas. Si alcanzamos una victoria rápida..., o si al menos logramos progresar con rapidez, entonces es muy probable que otros muchos se nos unan, pues pocos seguirán sintiendo amor por el rey Huon una vez que sepan que Plana ha ocupado el trono.

—Yo siento lealtad por el rey Huon... —admitió un capitán lobo—. Eso es algo para lo que nos han educado.

—También os han educado para sentir lealtad por el espíritu de Aral Vilsn... ante el que se inclina todo lo que hay en Granbretan. ¿Acaso no es ésa una lealtad mucho más profunda que todas las demás?

El capitán reflexionó un momento antes de asentir.

—Sí... tenéis razón. Con un nuevo gobernante de sangre real en el trono, quizá alcancemos toda nuestra grandeza.

—¡Oh, así será! ¡Así será! —prometió Meliadus ferozmente, con sus ojos negros refulgiendo por entre la ranura de su casco.

6. El regreso al castillo de Brass

En el gran salón del castillo de Brass, Yisselda Hawkmoon, la hija del conde de Brass, no dejaba de llorar.

Lloraba de alegría, sin poder creer que el hombre que se hallaba ante ella fuera su esposo, al que amaba con tal pasión, que apenas se atrevía a tocarle por temor a que sólo se tratara de un fantasma. Hawkmoon se echó a reír y avanzó hacia ella, la rodeó con sus brazos y le besó las lágrimas que corrían por sus mejillas. Entonces, ella también se echó a reír y la expresión de su rostro se hizo radiante.

—¡Oh, Dorian! ¡Dorian! ¡Temíamos que os hubieran matado en Granbretan!

—Considerando todo lo que ha sucedido —replicó Hawkmoon con una sonrisa—, Granbretan fue el lugar más seguro en el que estuvimos durante nuestros viajes. ¿No es así, D'Averc?

D'Averc tosió ocultando la boca tras un pañuelo.

—Sí..., y quizá fuera también el más saludable.

El delgado Bowgentle, de expresión amable en el rostro, sacudió la cabeza con una suave mirada de asombro.

—Pero ¿cómo habéis regresado desde Amarehk en aquella dimensión, hasta Camarga en ésta?

Hawkmoon se encogió de hombros.

—No me lo preguntéis, sir Bowgentle, no me lo preguntéis. Los Buenísimos nos han traído hasta aquí. Eso es todo lo que sé. El viaje ha sido rápido, puesto que sólo hemos tardado unos pocos minutos.

—¡Los Buenísimos! ¡Jamás había oído hablar de ellos! —dijo el conde Brass acariciándose el rojizo bigote y tratando de contener las lágrimas que pugnaban por acudir a sus ojos—. ¿Son espíritus de algún tipo?

—Eso creo, padre. —Hawkmoon abrió los brazos para estrechar entre ellos a su suegro—. Tenéis muy buen aspecto, conde Brass. Vuestro pelo es tan rojizo como siempre.

—Eso no es un signo de juventud —se quejó el conde Brass—. ¡Eso es óxido! Me estoy oxidando mientras que vos disfrutáis recorriendo el mundo entero.

Oladahn, el pequeño hijo de los gigantes de las Montañas Búlgaras, avanzó tímidamente hacia él.

—Me alegro mucho de veros, amigo Hawkmoon. Y, a lo que parece, con muy buena salud. —Sonrió burlón y le ofreció una copa de vino—. Tomad..., bebed esta copa de bienvenida.

Hawkmoon le devolvió la sonrisa y aceptó la copa, bebiendo su contenido de un solo trago.

—Gracias, amigo Oladahn. ¿Cómo estáis?

—Aburrido. Todos nosotros estamos aburridos... Ya temíamos que no regresaríamos jamás.

—Pues ya he vuelto, y creo que tengo suficientes historias que contaros sobre nuestras aventuras como para distraeros durante unas horas. También traigo noticias sobre una misión que se nos ha encomendado, y que aliviará la inactividad que todos estáis sufriendo.

—¡Contadnos! —rugió el conde Brass—. ¡Contadnos en seguida!

Hawkmoon se echó a reír alegremente.

—Sí, lo haré..., pero permitidme un momento que contemple a mi esposa. —Se volvió y miró los ojos de Yisselda y vio que en ellos había aparecido ahora una expresión de preocupación—. ¿Qué os ocurre, Yisselda?

—He visto algo en vuestra manera de comportaros —dijo ella—. Algo me dice, milord, que no tardaréis en arriesgar de nuevo vuestra vida.

—Quizá.

—Si así tiene que ser, que así sea. —Lanzó un profundo suspiro y le sonrió—. Pero espero que no sea esta misma noche.

—No lo será durante varias noches. Tenemos que hacer muchos planes.

—Sí —asintió ella con suavidad contemplando las piedras del salón—. Y yo tengo muchas cosas que contaros.

El conde Brass se adelantó haciendo gestos para que todos se dirigieran hacia el extremo del salón, donde los sirvientes ya habían terminado de preparar la mesa con abundante comida.

—Comamos. Hemos guardado nuestras mejores viandas para este momento.

Más tarde, sentados con los estómagos llenos ante el fuego de la chimenea, Hawkmoon les mostró la Espada del Amanecer y el Bastón Rúnico, que se sacó del interior de la camisa. El salón quedó iluminado inmediatamente con luces oscilantes que trazaban dibujos de color en el aire, y el extraño aroma amargo-dulzón llenó toda la estancia.

Todos contemplaron el Bastón Rúnico con un respetuoso silencio, hasta que Hawkmoon se lo volvió a guardar.

—Éste es nuestro estandarte, amigos míos. Esto es a lo que ahora servimos cuando emprendamos la lucha contra todo el Imperio Oscuro.

Oladahm se rascó el pelo que le cubría el rostro.

—Contra todo el Imperio Oscuro, ¿eh?

—Así es —asintió Hawkmoon sonriendo con suavidad.

—¿Es que no hay varios millones de guerreros del lado de Granbretan? —preguntó Bowgentle con ingenuidad.

—Sí. creo que son varios millones.

—A nosotros, en el castillo de Brass, sólo nos quedan unos quinientos camarguianos —murmuró el conde Brass limpiándose los labios con la manga y haciendo una mueca burlona—. Si lo comparamos...

—Nosotros disponemos de más de quinientos —intervino entonces D'Averc—. Olvidáis la legión del Amanecer —dijo, señalando la espada de Hawkmoon, que estaba junto a la silla de éste, guardada en su funda.

—¿Cuántos hombres componen esa misteriosa legión? —preguntó Oladahm.

—No lo sé... Quizá sea un número infinito, quizá no. —Digamos que sean mil —musitó el conde Brass—, y eso siendo conservadores, claro. Si calculamos mil quinientos guerreros contra...

—Varios millones —terminó diciendo D'Averc.

—Eso es..., varios millones, equipados con todos los recursos del Imperio Oscuro, incluyendo conocimientos científicos que nosotros no podemos igualar...

—Disponemos del Amuleto Rojo y de los anillos de Mygan —le recordó Hawkmoon.

—Ah, sí, eso... —pareció burlarse el conde Brass—. Sí, también disponemos de eso, e incluso nos asiste el derecho. ¿Sirve eso de algo, duque Dorian?

—Quizá. Pero si utilizamos los anillos de Mygan para regresar a nuestra propia dimensión y entablamos un par de pequeñas batallas cerca de nuestro hogar, liberando así a los que ahora están oprimidos, podemos empezar a poner en pie de guerra una especie de ejército de campesinos.

—¿Un ejército de campesinos, decís? Hmm...

—Sé que suena a empeño imposible, conde Brass —admitió Hawkmoon con un suspiro.

—En efecto, muchacho, lo habéis supuesto bien —dijo al fin el conde Brass con una amplia sonrisa.

—¿Qué queréis decir?

—Se trata precisamente de la clase de situaciones que más me encantan. ¡Traeré los mapas y empezaremos a planear nuestras primeras campañas!

Mientras el conde Brass se marchaba, Oladahm le dijo a Hawkmoon:

—Se nos ha olvidado decirnos que Elvereza Tozer escapó. Mató al guardia que le custodiaba mientras estaba fuera, cabalgando. Regresó aquí, recuperó su anillo y se desvaneció.

—Ésas son malas noticias —dijo Hawkmoon frunciendo el ceño—. Podría haber regresado a Londra.

—Exacto. En estos momentos somos muy vulnerables, amigo Hawkmoon.

El conde Brass regresó con los mapas.

—Y ahora veamos...

Una hora más tarde, Hawkmoon se levantó de la mesa y tomó la mano de Yisselda. se despidió de sus amigos y siguió a su esposa hacia sus habitaciones.

Cinco horas más tarde ambos seguían despiertos, el uno en brazos del otro. Y fue entonces cuando ella le comunicó que iban a tener un hijo.

Hawkmoon aceptó la noticia en silencio, y se limitó a besarla y a estrecharla aún más contra su pecho. Pero cuando ella se hubo dormido, se levantó y se dirigió a la ventana, contemplando los juncos y las marismas de Camarga, pensando para sí mismo que ahora tenía algo mucho más importante que un ideal por lo que luchar.

Confió en vivir lo suficiente para ver a su hijo.

Confió en que aquel hijo naciera aun cuando él perdiera la vida.

7. Las bestias se pelean

Meliadus sonrió detrás de su máscara y apretó la mano que tenía posada sobre el hombro de Plana Mikosevaar cuando las torres de Londra aparecieron a la vista, río arriba.

—Todo está saliendo muy bien —murmuró el barón—. Dentro de muy poco, querida, seréis reina. Ellos no sospechan nada. No pueden sospecharlo. No se ha producido ningún levantamiento como éste desde hace siglos. No están preparados para enfrentarse a él. ¡Cómo maldecirán a los arquitectos que situaron los cuarteles junto al río!

Plana estaba cansada de escuchar el zumbido de los motores y el murmullo de las palas que impulsaban el barco para que siguiera su curso. Ahora se daba cuenta de que una de las virtudes de un barco de vela era su silencio. En cuanto aquellos ruidosos artefactos hubieran servido para su propósito y ella gobernara, no permitiría que ninguno de ellos se acercara a Londra. Volvió a sumirse en sus propios pensamientos y se olvidó de Meliadus y de su plan, se olvidó incluso de que la única razón por la que había aceptado aquel plan era porque no le importaba lo que fuera de ella misma. Volvía a pensar en D'Averc.

Los capitanes de los barcos que iban delante sabían lo que tenían que hacer. Además de disponer de los motores de Kalan, ahora habían sido equipados con el cañón de fuego de Kalan, y sabían cuáles eran sus objetivos: los cuarteles militares de las órdenes del Cerdo, la Rata y la Mosca, alineados a lo largo de las orillas del río, en las afueras de Londra.

El barón Meliadus dio instrucciones al capitán de su barco para que izara el color apropiado, la bandera que daría la señal a todos los demás para que iniciaran el bombardeo.

Londra seguía envuelta en el amanecer, tan tenebrosa como siempre, con sus endemoniadas torres elevándose hacia el cielo parecidas a los dedos agarrotados de millones de hombres enloquecidos.

A aquellas horas de la mañana no habría nadie despierto, excepto los esclavos. Nadie, excepto Taragorm, Kalan y sus hombres, en espera del estruendo de la lucha para ocupar las posiciones que se les habían asignado previamente. Tenían la intención de matar a cuantos pudieran, para después empujar a los demás hacia el palacio, embotellándolos allí, encerrándolos tras los muros, de tal modo que al atardecer ya no tuvieran que verse obligados a seguir atacando varios objetivos, sino sólo uno.

Meliadus sabía que aun cuando tuvieran éxito con este plan, la verdadera lucha no empezaría más que con el ataque al palacio, y que sería difícil apoderarse de él antes de que llegaran refuerzos.

La respiración de Meliadus se aceleró. Sus ojos refulgieron cuando las bocas de bronce de los cañones escupieron fuego, lanzándolo contra los cuarteles cuyas dotaciones estaban totalmente desprevenidas. En cuestión de pocos segundos el aire de la mañana se llenó con una tremenda explosión cuando uno de los cuarteles saltó por los aires.

—¡Qué suerte! —exclamó Meliadus—. Es un presagio espléndido. ¡No había esperado tener un éxito así tan temprano!

Se produjo una segunda explosión —un cuartel situado en la otra orilla del río—, y de los restos de los edificios salieron corriendo los hombres aterrorizados, algunos de ellos tan alarmados que incluso olvidaron recoger sus máscaras. Mientras trataban de abandonar los cuarteles, el cañón de fuego les alcanzó de nuevo, convirtiéndolos en cenizas. Sus gritos y aullidos se extendieron por entre las torres dormidas de Londra... Y ése fue el primer aviso que tuvieron los ciudadanos sobre lo que ocurría.

Las máscaras de la orden del Lobo se volvieron para mirar a las de la orden del Buitre con una silenciosa satisfacción, mientras contemplaban la carnicería que se estaba produciendo en las orillas. Los cerdos y las ratas se apresuraban a buscar refugio..., y las moscas se parapetaron tras los edificios más cercanos, tratando de resistir. Los pocos que habían llevado consigo sus lanzas de fuego empezaron a disparar.

Había empezado la pelea entre las bestias.

Aquello formaba parte del modelo de destino puesto en movimiento por Meliadus cuando, al abandonar el castillo de Brass, juró por el Bastón Rúnico.

Pero en aquellos momentos, nadie habría sido capaz de saber cómo se resolvería la situación, ni quién sería el que se alzaría con la victoria: Huon, Meliadus o Hawkmoon.

8. El invento de Taragorm

A media mañana los cuarteles ya habían sido completamente destruidos, y los supervivientes luchaban en las calles, cerca del centro de la ciudad. Ahora habían sido reforzados con varios miles de guerreros de la orden de la Mantis. Era muy probable que Huon no tuviera todavía una idea clara de lo que estaba sucediendo. Quizá incluso pensara que el ataque lo llevaban a cabo soldados de Asiacomunista disfrazados de granbretanianos. Meliadus sonrió al desembarcar en compañía de Plana Mikosevaar para dirigirse al palacio del Tiempo, flanqueado por una docena de guerreros lobos y buitres. La sorpresa había sido completa. Sus hombres habían permanecido en las pocas calles abiertas, sin aventurarse por el laberinto de corredores que unían la mayor parte de las torres. A medida que los guerreros enemigos salían de ellas, los hombres de Meliadus los cazaban. Ahora los estaban embotellando, pues había pocas ventanas desde las que pudieran luchar los soldados de Huon. La existencia de ventanas no era una de las grandes características de la arquitectura de Londra, pues los granbretanianos no apreciaban demasiado ni el aire natural ni la luz del día. Las pocas que había tendían a estar situadas en lugares tan altos como para ser casi inútiles para los francotiradores. Hasta los ornitópteros, que no estaban equipados para luchar en una ciudad como Londra, demostraron no ser más que un peligro pequeño, tal y como se había imaginado Meliadus. El barón se sentía muy contento cuando entró en el palacio del Tiempo y descubrió a Taragorm en una pequeña cámara.

—¡Hermano! Nuestros planes marchan bien..., incluso mejor de lo que yo había esperado.

—Así parece —contestó Taragorm dirigiéndole una ligera inclinación de cabeza a Plana, con quien había estado casado en otro tiempo, al igual que el propio Meliadus—. Mis hurones casi no han tenido nada que hacer hasta el momento. Pero sin duda alguna serán muy útiles para hacer salir a los que permanezcan en los túneles. Tengo la intención de utilizarlos para lanzarlos contra la retaguardia del enemigo en cuanto hayamos localizado sus bolsas principales.

Meliadus asintió con un gesto de aprobación.

—Me habéis enviado un mensaje para que me reuniera aquí con vos. ¿Qué sucede?

—Creo haber descubierto los medios de traer a vuestros amigos del castillo de Brass de regreso a su ambiente natural —murmuró Taragorm con un tono de voz lleno de satisfacción.

Meliadus emitió un profundo gruñido y fue en ese momento cuando Plana se dio cuenta de que estaba expresando un extremo placer ante la noticia.

—¡Oh. Taragorm! ¡Por fin son míos esos conejitos!

—No estoy seguro del todo de que mi máquina funcione —le advirtió Taragorm echándose a reír—, pero tengo la sensación de que funcionará bien, ya que está basada en una fórmula que he descubierto en el mismo libro que mencionaba la máquina de cristal de Soryandum. ¿Queréis verlo?

—¡Claro que sí! ¡Conducidme hasta ella, hermano, os lo ruego!

—Por aquí.

Taragorm condujo a Meliadus y a Plana a lo largo de dos cortos pasillos llenos con el ruido procedente de los relojes. Llegaron al fin ante una puerta exterior baja que él abrió con una pequeña llave.

—Aquí dentro. —Tomó una antorcha del soporte donde estaba y la empleó para alumbrar la mazmorra que acababa de abrir—. Ahí. Se encuentra más o menos al mismo nivel que la máquina de cristal que hay en el castillo de Brass. Su voz puede atravesar las dimensiones.

—Yo no oigo nada —dijo Meliadus algo desilusionado.

—Eso es porque no hay nada que escuchar... en esta dimensión. Pero os garantizo que produce un buen sonido, en algún otro punto del espacio y del tiempo.

Meliadus avanzó hacia el objeto. Era como la carcasa de un gran reloj de latón, del tamaño de un hombre. El péndulo se balanceaba por debajo, moviendo la palanca de escape que hacía funcionar las manecillas. Tenía muelles y ruedas dentadas y se parecía en todos los aspectos a un enorme reloj ordinario. En la parte de atrás se

había montado un brazo extendido a modo de gong. Mientras ellos observaban, las manecillas dieron la media hora y el brazo se movió con lentitud, elevándose, para caer después repentinamente sobre el gong. Pudieron ver cómo vibraba éste, pero no escucharon ni el susurro de un sonido.

—¡Increíble! —exclamó Meliadus en voz baja—. Pero ¿cómo funciona?

—Aún tengo que ajustarlo un poco para asegurarme de que opera exactamente en la dimensión correcta del espacio y el tiempo que he logrado localizar con la ayuda de Tozer. Cuando llegue la medianoche, nuestros amigos del castillo de Brass experimentarán algo así como una muy desagradable sorpresa.

Meliadus emitió un suspiro de placer.

—¡Oh, noble hermano! ¡Seréis el hombre más rico y honrado de todo el imperio!

La extraña máscara en forma de reloj de Taragorm se inclinó ligeramente, como en reconocimiento de la promesa que le acababa de hacer Meliadus.

—Eso es de lo más conveniente, y os lo agradezco, hermano —murmuró Taragorm.

—¿Estáis seguro de que funcionará?

—Si no funcionara no sería el hombre más rico y honrado de todo el imperio —replicó Taragorm de buen humor—. Pero, sin duda alguna, espero que no os ocupéis de recompensarme de un modo menos agradable.

Meliadus extendió uno de sus brazos sobre los hombros de su cuñado.

—¡No habléis de ese modo, hermano! ¡Oh, no habléis así!

9. Huon consulta con sus capitanes

—Bien, bien, caballeros. Supongo que sólo se tratará de alguna clase de revuelta civil.

La voz dorada provino del arrugado cuello, y los intensos ojos negros miraban de un lado a otro, hacia las máscaras reunidas ante él.

—Es una traición, noble monarca —dijo una máscara mantis, cuyo portador llevaba el uniforme sucio, y cuya máscara aparecía quemada por una lanza de fuego.

—Es una guerra civil, gran emperador —resaltó otro.

—Y están a punto de vencernos —murmuró el hombre situado al lado del anterior, casi hablando consigo mismo—. No estábamos preparados para esto, excelso gobernante.

—Claro que lo estabais. Totalmente. Os acuso por ello a todos... y también a nos. Hemos sido engañados. —Los ojos se movieron con lentitud por entre los capitanes reunidos—. ¿No está Kalan entre vosotros?

—No, gran señor.

—¿Y Taragorm? —preguntó con suavidad la dulce voz.

—Taragorm tampoco está presente, rey todopoderoso.

—Vaya... Y algunos de vosotros creéis haber visto a Meliadus en el buque insignia...

—En compañía de la condesa Flana, magnífico emperador.

—Eso tiene lógica. Sí, en efecto, hemos sido engañados. Pero no importa. ..., supongo que el palacio está bien defendido, ¿no es cierto?

—Sólo una gran fuerza podría atreverse a intentar ocuparlo, señor del mundo.

—Pero ¿y si ellos disponen de una gran fuerza? ¿Y si cuentan con la ayuda de Kalan y de Taragorm, que son capaces de proporcionarles otros poderes? ¿Estamos preparados para resistir un asedio, capitán? —preguntó Huon, dirigiéndose al capitán de la guardia Mantis, que inclinó la cabeza.

—En cierta medida, excelente príncipe. Pero algo así no tiene ningún precedente.

—Eso es cierto. Quizá debiéramos salir en busca de refuerzos.

—Tendrían que acudir desde el continente —informó el capitán—. Todos los barones leales se encuentran allí... Adaz Promp, Breñal Farun, Shenegar Trott...

—Shenegar Trott no está en el continente —dijo con amabilidad el rey Huon.

—... Jerek Nankenseen, Mygel Holst...

—Sí, sí, sí..., conozco los nombres de nuestros barones. Pero ¿podemos estar seguros de que son leales?

—Yo así lo supondría, gran rey-emperador, puesto que sus hombres han perecido hoy en combate. Si estuvieran aliados con Meliadus, sin duda alguna le habrían apoyado los que son leales a su orden.

—Vuestra suposición es probablemente cierta. Muy bien..., llamad a los lores de Granbretan. Decidles que deben traer consigo todas las tropas de que dispongan, y que deben hacerlo con la mayor rapidez posible. Decidles que nos encontramos en una situación inconveniente. Será mejor que el mensajero se marche desde los tejados del palacio. Tenemos entendido que aún disponemos de varios ornitópteros.

Desde alguna parte les llegó, apagado y distante, un rugido que parecía provenir de un cañón de fuego, y la sala del trono retembló ligeramente.

—Una situación extremadamente inconveniente —añadió el rey-emperador con un suspiro—. ¿Cuáles estimáis que han sido las ganancias de Meliadus durante la última hora?

—Se han apoderado de casi toda la ciudad, a excepción del palacio, excelente monarca.

—Siempre he sabido que era el mejor de mis generales.

10. Casi medianoche

El barón Meliadus estaba sentado en su habitación, contemplando los incendios de la ciudad. Disfrutó sobre todo con el espectáculo de un ornitóptero que se estrelló sobre el palacio, envuelto en llamas. El cielo nocturno estaba claro y las estrellas eran brillantes. Se trataba de una noche extraordinariamente agradable. Y, para que fuera más perfecta aún, ordenó que un cuarteto de esclavas, reputadas en otros tiempos por haber sido músicos muy conocidos en sus países, interpretaran para él música de Londen Johne, uno de los más exquisitos compositores de Granbretan.

El contrapunto formado por las explosiones, los gritos y el crujido del metal era como música celestial para los oídos de Meliadus. Sorbió de su copa de vino y consultó los mapas, al tiempo que tarareaba al compás de la música.

Se escuchó un golpe en la puerta y una esclava la abrió. El jefe de sus tropas de infantería, Vrasla Beli, entró en la estancia y se inclinó.

—¿Capitán Beli?

—Debo informaros, señor, que nos estamos quedando sin hombres. Hemos conseguido un verdadero milagro, siendo tan pocos, pero no podemos asegurarnos mayores progresos si no recibimos refuerzos. O eso, o tendremos que reagruparnos...

—O abandonar la ciudad para luchar en campo abierto..., ¿no es eso, capitán Beli?

—Exacto, señor.

Meliadus se acarició la máscara.

—En el continente hay destacamentos de lobos, buitres e incluso hurones. Quizá si pudiéramos llamarlos...

—¿Llegarían a tiempo, señor?

—Bueno, tendremos que ganar ese tiempo, capitán.

—Sí, señor.

—Ofreced a todos los prisioneros un cambio de máscara —sugirió Meliadus—. Ellos mismos podrán ver que estamos ganando y es posible que deseen cambiar a una nueva orden.

—El palacio del rey Huon está muy bien defendido, señor —dijo Beli saludando.

—Y será muy bien tomado, capitán. Estoy seguro de ello.

La música de Johne continuó, así como los disparos, y Meliadus se sintió seguro de que todo andaba perfectamente bien. Se tardaría tiempo en capturar el palacio, pero confiaba en que podrían hacerlo y destruir a Huon, colocar a Plana en su lugar y convertirse así en el hombre más poderoso del país.

Miró el reloj que había en la pared. Ya eran cerca de las once de la noche. Se levantó y dio unas palmadas, indicando a las esclavas que guardaran silencio.

—Preparad mi litera —ordenó—. Voy a ir al palacio del Tiempo.

Las mismas cuatro jóvenes regresaron poco después con su litera, en la que él se dejó caer, envuelto en cojines.

Mientras avanzaban con lentitud por entre los pasillos, Meliadus aún pudo seguir escuchando la música del cañón de fuego y los gritos de los hombres que luchaban. Cierto que todavía no se había conseguido la victoria y que, aun cuando pudiera matar al rey Huon, había la posibilidad de que los otros barones no aceptaran a Plana como reina-emperatriz. Necesitaría algunos meses más para consolidar... Pero sería muy conveniente si pudiera unirlos a todos y dirigir su odio contra Camarga y el castillo de Brass.

— ¡Daos prisa! —gritó a las muchachas desnudas—. ¡Más rápido! ¡No debemos llegar tarde!

Si la máquina de Taragorm funcionaba, él tendría la doble ventaja de poder alcanzar a sus enemigos y unir a su

país.

Meliadus lanzó un suspiro de placer. Todo estaba funcionando a la perfección.

Libro tercero

1. Suena el reloj

Y ahora la resolución era inminente. Los héroes de Camarga hacían sus planes en el castillo de Brass. El barón Meliadus preparaba los suyos, en compañía de Taragorm, en el palacio del Tiempo. Y el rey-emperador Huon también hacía planes en el salón del trono. Y todos aquellos planes empezaron a influir los unos sobre los otros. El Bastón Rúnico, pieza central del drama, empezaba a ejercer su influencia sobre los actores. Ahora, el Imperio Oscuro se hallaba dividido. Dividido a causa del odio que Meliadus sentía contra Hawkmoon, a quien había planeado utilizar como marioneta, pero que había sido lo bastante fuerte como para revolverse contra él. Quizá fue en ese momento —cuando Meliadus eligió a Hawkmoon para utilizarlo contra el castillo de Brass— cuando el Bastón Rúnico hizo su primer movimiento. Ahora, todo se había convertido en un drama tensamente entretendido..., tanto que ciertos hilos estaban a punto de romperse...

—LA ALTA HISTORIA DEL BASTON RUNICO

Hacía un aire frío. Hawkmoon se envolvió en la pesada capa y volvió la sombría cabeza para observar a sus camaradas. Todos los rostros estaban inclinados sobre la mesa. El fuego de la chimenea se iba apagando con lentitud, pero podían ver con claridad los objetos que había sobre la mesa.

En primer lugar, allí estaba el Amuleto Rojo, con su luz rojiza reflejándose en sus caras como si fuera sangre. Ésta era la fuerza de Hawkmoon, aquello que proporcionaba a quien lo poseyera una energía sobrenatural. Después estaban los anillos de cristal de Mygan, capaces de transportar a quienes los llevaran a través de las dimensiones. Estos objetos representaban sus pasaportes para regresar a su propio espacio y tiempo. Junto a los anillos estaba la Espada del Amanecer. En ella se escondía el ejército de Hawkmoon. Y finalmente, envuelto con todo cuidado en un trozo de paño, estaba el Bastón Rúnico, el estandarte y la esperanza de Hawkmoon.

El conde Brass se aclaró la garganta.

—Incluso con todos estos poderosos objetos, ¿podremos derrotar a un imperio tan poderoso como el de Granbretan?

—Contamos con la seguridad de nuestro castillo —le recordó Oladahn—. Desde aquí podemos atravesar las dimensiones y regresar cuando queramos. Gracias a estos medios podemos librar una prolongada guerra de guerrillas, hasta que hayamos quebrado la resistencia del enemigo.

—Lo que decís es cierto —asintió el conde Brass—, pero yo sigo teniendo mis dudas.

—Con todos los respetos, sir —intervino D'Averc—, debo decir que estáis acostumbrado a librar batallas de corte clásico. —El pálido rostro del francés estaba enmarcado por el cuello de una oscura capa de cuero—. Os sentiríais más feliz con una confrontación directa, dirigiendo filas de lanceros, arqueros, caballería e infantería. Pero no disponemos de los hombres indispensables para librar esa clase de batallas. Tenemos que golpear desde la oscuridad, es decir, desde atrás, permaneciendo a cubierto.... al menos inicialmente.

—Supongo que tenéis razón, D'Averc —admitió el conde Brass con un suspiro.

Bowgentle sirvió vino para todos.

—Quizá debiéramos acostarnos, amigos míos. Aún nos quedan poi hacer muchos planes más, y deberíamos estar frescos...

Hawkmoon se dirigió al extremo más alejado de la mesa, donde se habían extendido los mapas. Se frotó la Joya Negra que llevaba incrustada en la frente.

—Sí, tenemos que planear nuestra primera campaña con todo cuidado. —Estudió el mapa de Camarga—. Existe la posibilidad de que ya han instalado un campamento permanente rodeando el lugar donde antes estaba el castillo de Brass..., quizá en espera de su regreso. Ésa es la clase de cosas que haría Meliadus.

—Pero ¿no habéis tenido la sensación de que el poder de Meliadus está disminuyendo? —preguntó D'Averc—. Así parecía pensarle Shenegar Trott.

—Si fuera así —admitió Hawkmoon—, es posible que las legiones de Meliadus hayan sido desplegadas en otros lugares, ya que parece existir algún tipo de disputa en la corte de Londra sobre si nosotros somos importantes o no.

Bowgentle se dispuso a decir algo, pero terminó por ladear la cabeza sin decir nada. Entonces, todos ellos sintieron un ligero temblor que pareció recorrer el suelo.

—Hace un frío terrible —gruñó el conde Brass, que se dirigió hacia la chimenea para poner otro leño en el fuego.

Surgieron chispas y el leño prendió con rapidez. Las llamas arrojaron sombras rojizas por todo el salón. El conde Brass había envuelto su fornido cuerpo en una sencilla túnica de lana y ahora se encogió, como lamentando no haberse puesto algo más cálido. Miró hacia las estanterías situadas en el extremo del salón. Contenían lanzas, arcos, flechas, mazas, espadas..., y su propia espada de combate, de hoja ancha, así como su armadura. Una expresión de preocupación apareció en su amplio rostro bronceado.

Otro temblor sacudió el edificio, y las armas que decoraban los muros tintinearón.

Hawkmoon miró a Bowgentle, observando en sus ojos la misma sensación de inexplicable peligro que él mismo experimentaba.

—¿Se trata quizá de un ligero terremoto? —preguntó.

—Quizá —murmuró Bowgentle, aunque no muy convencido.

Entonces escucharon un sonido..., un sonido distante, como el que produciría un lejano gong, tan bajo que casi resultó inaudible. Todos ellos se abalanzaron a un tiempo hacia las puertas del salón y el conde Brass dudó un instante antes de abrirlas y mirar hacia la noche.

El cielo estaba oscuro, pero las nubes parecían de un color azul oscuro, y giraban con una considerable agitación, como si la bóveda del cielo estuviera a punto de desmoronarse sobre ellos.

Volvieron a sentir la reverberación, en esta ocasión perfectamente audible. El sonido de una enorme campana o un gong se extendió por todo el castillo, ensordeciéndoles.

—Es como si estuviéramos en el campanario del castillo cuando suena el reloj —dijo Bowgentle con una mirada alarmada en los ojos.

Todos estaban pálidos... y tensos. Hawkmoon retrocedió hacia el interior del salón, extendiendo una mano hacia la Espada del Amanecer. D'Averc gritó tras él:

—¿Qué sospecháis, Hawkmoon? ¿Alguna clase de ataque por parte del Imperio Oscuro?

—Del Imperio Oscuro... o de algo sobrenatural —contestó Hawkmoon.

Un tercer golpe sonó llenando la noche, lanzando sus ecos por las marismas planas de Camarga, extendiéndose sobre los estanques y los juncos. Los flamencos, perturbados por el ruido, empezaron a croar en la oscuridad.

Un cuarto golpe sonó, más fuerte aún... como el gran estruendo producido por la campana de una catedral.

Y un quinto. El conde Brass, sin perder más tiempo, se dirigió hacia las estanterías y tomó su espada de combate.

Un sexto. D'Averc se tapó los oídos cuando el sonido aumentó de intensidad.

—Esto no va a dejar de provocarme por lo menos una ligera migraña —se quejó con languidez.

Un séptimo. Yisselda bajó corriendo la escalera, vestida con sus ropas de noche.

—¿Qué sucede, Dorian? Padre ¿qué es ese sonido? Son como las campanadas de un reloj. Amenaza con romperme los tímpanos...

—Será mejor que cerremos las puertas —dijo el conde Brass cuando el eco disminuyó lo suficiente como para hacerse escuchar.

Lentamente, todos regresaron al salón y Hawkmoon ayudó al conde Brass a cerrar las puertas, volviendo a colocar en su lugar la gran barra de seguridad.

Una octava campanada llenó todo el salón y les hizo a todos llevarse las palmas de las manos a las orejas. Un enorme escudo, que había estado allí desde tiempos inmemoriales, se estremeció sobre la pared y cayó sobre las losas del suelo produciendo un gran estrépito hasta que se detuvo cerca de la mesa.

Ahora, los sirvientes acudían corriendo al salón. Todos ellos estaban aterrados de pánico.

Al sonar la novena campanada las ventanas crujieron, y los cristales se hicieron añicos y cayeron al suelo. En esta ocasión, Hawkmoon se sintió como si se encontrara sobre un barco que hubiera chocado de pronto contra unas rocas ocultas bajo el agua, porque todo el castillo se estremeció y todos salieron despedidos. Yisselda estuvo a punto de caer, pero Hawkmoon se las arregló para sujetarla, apoyándose él mismo en una columna para impedir la caída. El sonido le hizo sentir náuseas y la visión se le nubló.

El gigantesco gong reverberó por décima vez como si todo el mundo se estremeciera por el choque, como si todo el universo estuviera lleno con el sonido que señalaba el final de todas las cosas.

Bowgentle se arrodilló y cayó de bruces sobre las losas del suelo, perdido el conocimiento. Oladahn iba de un lado a otro, con las palmas de las manos apretadas contra la cabeza, tambaleándose, hasta que también cayó al suelo. Hawkmoon sujetó con fuerza a Yisselda, apenas capaz de sostenerla. Sentía unas náuseas terribles y la cabeza le latía con fuerza. El conde Brass y D'Averc avanzaron tambaleantes por la sala, acercándose a la mesa, a la que se sujetaron mientras ésta se estremecía. Cuando la campanada disminuyó su intensidad, Hawkmoon escuchó la voz de D'Averc que gritaba:

—¡ Hawkmoon... mirad esto!

Sin dejar de sujetar a Yisselda, Hawkmoon se las arregló para llegar hasta la mesa, donde contempló los anillos de Mygan. Abrió la boca de asombro. Todos los cristales se habían hecho añicos.

—Demasiado para nuestros planes de guerrilla —dijo D'Averc con la voz ronca—. Demasiado, quizá, para todos nuestros planes...

Y entonces sonó la undécima campanada. Fue más fuerte y profunda que cualquiera de las anteriores, y todo el castillo se estremeció, arrojándoles al suelo. Hawkmoon gritó de dolor cuando el sonido rugió en su cráneo y pareció desgarrarle el cerebro, pero ni siquiera pudo escuchar su grito por encima del estruendo del ruido. Todo temblaba y cayó al suelo, a merced de la fuerza que estuviera afectando al castillo.

A medida que se fue apagando el ruido, se arrastró sobre manos y rodillas hacia Yisselda, tratando desesperadamente de llegar hasta donde ella estaba. Las lágrimas de dolor le corrían por las mejillas y sabía por el calor que los oídos le sangraban. Vio débilmente al conde Brass intentando levantarse, apoyándose en la mesa. Las orejas del conde expelían un líquido cuyo color era parecido al de su pelo.

—Estamos destruidos —oyó que decía el anciano—. Destruído por un enemigo cobarde al que ni siquiera podemos ver. Destruídos por una fuerza contra la que no sirven de nada nuestras espadas.

Hawkmoon siguió arrastrándose hacia Yisselda, que estaba tumbada sobre el suelo.

Y entonces sonó la duodécima campanada, más fuerte y terrible que todas las demás. Las piedras del castillo amenazaron con resquebrajarse. La madera de la mesa se astilló y luego se desmoronó con un crujido. Las losas del piso se partieron en dos o se hicieron añicos. El castillo se vio impulsado de un lado a otro, como un corcho en una galerna. Hawkmoon rugió de dolor y las lágrimas de sus ojos fueron sustituidas por sangre, al mismo tiempo que las venas de su cuerpo amenazaban con estallar.

Entonces la profunda nota se vio contrapunteada por otra —una especie de grito agudo— y los colores llenaron

el salón. Primero fue el violeta, luego el púrpura, más tarde el negro. Un millón de diminutas campanillas parecieron sonar al unísono y esta vez les fue posible a todos localizar el sonido, pues procedía de abajo, desde las mazmorras.

Haciendo un esfuerzo supremo, Hawkmoon intentó levantarse, pero finalmente cayó de bruces sobre las losas de piedra. La última nota del sonido se fue apagando gradualmente, los colores se fueron desvaneciendo, las campanillas dejaron de sonar de pronto.

Y no tardó en reinar un profundo silencio.

2. La marisma ennegrecida

—El cristal ha quedado destruido...

Hawkmoon sacudió la cabeza y parpadeó.

—¿Eh?

—El cristal ha quedado destruido —repitió D'Averc, que se arrodilló a su lado y trató de ayudarlo a incorporarse.

—¿Y Yisselda? —preguntó Hawkmoon—. ¿Cómo está?

—No mucho peor que vos. La hemos llevado a la cama. El cristal ha quedado destruido.

Hawkmoon se extrajo sangre seca de la orejas y las narices.

—¿Queréis decir los anillos de Mygan?

—D'Averc..., decídselo con mayor claridad —intervino entonces Bowgentle—. Decidle que la máquina del pueblo fantasma ha quedado destrozada.

—¿Destrozada? —Hawkmoon se incorporó con un esfuerzo—. ¿Fue ése el último sonido final que escuchamos?

—Ése fue —contestó el conde Brass que estaba cerca, apoyado sobre una mesa y con expresión deprimida—. Las vibraciones destruyeron los cristales.

—¿Entonces...? —empezó a preguntar Hawkmoon, que miró interrogativamente al conde Brass, quien asintió con un gesto.

—Sí..., hemos regresado a nuestra propia dimensión.

—¿Y no hemos sido atacados?

—No lo parece.

Hawkmoon respiró profundamente y se dirigió con lentitud hacia las puertas principales del salón. Dolorosamente, retiró la barra de hierro que aseguraba las puertas y las abrió.

Seguía siendo de noche. En el cielo, las estrellas parecían las mismas, pero las agitadas nubes azules habían desaparecido, y toda la zona se hallaba envuelta en un misterioso silencio, mientras que un olor igualmente extraño llenaba el aire. Pero los flamencos no gritaban, ni el viento silbaba entre los juncos.

Lenta, pensativamente, Hawkmoon volvió a cerrar las puertas.

—¿Dónde están las legiones? —preguntó D'Averc—. Yo creía que estarían esperándonos... ¡Al menos unas cuantas!

—Tendremos que esperar hasta mañana antes de atrevernos a contestar esa pregunta —replicó Hawkmoon frunciendo el ceño—. Quizá estén ahí fuera, preparados para tomarnos por sorpresa.

—¿Creéis que ese sonido fue enviado hasta nosotros por el Imperio Oscuro? —preguntó Oladahn.

—Así me lo parece —contestó el conde Brass—. Han tenido éxito en su objetivo. Nos han obligado a regresar a nuestra propia dimensión.

—Olisqueó en el aire y añadió—: Desearía poder identificar ese olor.

D'Averc se dedicaba a recuperar lo poco que no se había roto. —Es un milagro que todavía estemos vivos —dijo.

—Sí —asintió Hawkmoon—. Ese ruido parecía afectar a las cosas inanimadas mucho más que a nosotros.

—Dos de los sirvientes más ancianos han muerto —dijo con serenidad el conde Brass—. Supongo que sus corazones no pudieron soportarlo. Los están enterrando ahora en el patio interior, por si no fuera posible hacerlo por la mañana.

—¿En qué estado se encuentra el castillo? —preguntó Oladahn.

—Es difícil decirlo —contestó el conde Brass encogiéndose de hombros—. He bajado a los sótanos. La máquina de cristal está completamente hecha añicos y han aparecido grietas en algunos muros. Pero éste es un viejo castillo muy sólido. Parece que no se ha visto gravemente afectado. Claro que no queda ni un solo cristal entero. Por lo demás... —Se encogió de hombros como si ya no le importara su querido castillo—. Por lo demás, seguimos estando en terreno tan firme como lo estábamos antes.

—Esperemos que sea así —murmuró D'Averc. Sostenía la funda de la Espada del Amanecer, con el arma dentro, y la cadena de la que pendía el Amuleto Rojo. Entregó ambos a Hawkmoon —. Será mejor que os pongáis esto, pues no cabe la menor duda de que los necesitaréis dentro de bien poco.

Hawkmoon se puso el amuleto alrededor del cuello y se ató el cinturón con la espada. Después tomó en sus manos el Bastón Rúnico envuelto en el paño y dijo con un suspiro:

—Eso no parece traernos la buena suerte que todos habíamos esperado.

Llegó por fin el amanecer. Lo hizo con lentitud, grisáceo y frío. El horizonte aparecía blanco como un viejo cadáver, y las nubes mostraban el color del hueso.

Cinco héroes contemplaron la llegada del nuevo día. Estaban fuera de las puertas del castillo de Brass, sobre la colina, con las manos apoyadas en las empuñaduras de sus espadas. Y sus manos se fueron tensando a medida que eran capaces de distinguir el paisaje que se extendía ante ellos.

Era la Camarga que habían abandonado, pero que ahora aparecía desolada por la guerra. El olor del que habían hablado horas antes era el de la carnicería, el de un terreno quemado. Todo era una negra ruina. Las marismas y los estanques se habían secado a consecuencia del fuego del cañón. Los flamencos, los caballos y los toros habían sido destruidos o habían huido. Las torres de vigilancia que habían guarnecido las fronteras aparecían todas aplastadas. Era como si todo el mundo estuviera compuesto por un mar de ceniza gris.

—Todo ha desaparecido —dijo el conde Brass en voz baja—. Todo ha desaparecido, mi querida Camarga, mi gente, mis animales. Yo era su lord Protector por elección, y he fracasado en mi tarea. Ahora ya no queda nada por lo que vivir, excepto la venganza. Dejadme llegar ante las puertas de Londra y ver cómo cae esa ciudad. Después de eso moriré. Pero no antes.

3. Carnicería en el Imperio Oscuro

Cuando llegaron a las fronteras de Camarga, Hawkmoon y Oladahn estaban cubiertos de la cabeza a los pies por una ceniza que se les metía por las narices y les llegaba a las gargantas. Sus caballos también estaban cubiertos de ceniza, y tenían los ojos tan enrojecidos como los de sus jinetes.

Después, el mar de ceniza dio paso a terrenos cubiertos de un pasto escaso y amarillento. Seguían sin encontrar la menor señal de que el territorio hubiera estado ocupado por las legiones del Imperio Oscuro.

Mientras Hawkmoon detenía su caballo y se disponía a consultar un mapa, unos ligeros y acuosos rayos de sol atravesaron las capas de nubes. Después, señaló hacia el este.

—El pueblo de Verlin está allá. Cabalguemos hasta allí con precaución y veamos si las tropas granbretanianas lo ocupan todavía.

El pueblo apareció poco después ante la vista y cuando Hawkmoon lo vio inició un rápido galope hacia él.

—¿Qué ocurre, duque Dorian? —gritó Oladahn tras él—. ¿Qué ha sucedido?

Hawkmoon no contestó pues, a medida que se acercaban, pudieron ver que la mitad de los edificios del pueblo estaban destruidos, y que las calles aparecían llenas de cadáveres. Y, sin embargo, seguía sin verse la menor señal de que las tropas del Imperio Oscuro hubieran estado por allí.

Muchos de los edificios se veían ennegrecidos por el fuego de las lanzas, y algunos de los cadáveres mostraban signos de haber sido quemados con lanzas de fuego. De vez en cuando se veía el cuerpo de un granbretaniano, una figura cubierta por la armadura, con la máscara mirando al cielo, brillando bajo la luz.

—Por su aspecto diría que todos los que estaban por aquí eran lobos —murmuró Hawkmoon—. Hombres de Meliadus. Da la impresión de que cayeron sobre los aldeanos y éstos respondieron a su ataque. Mirad..., ese lobo ha sido atravesado por una guadaña... Ese otro murió a golpes de la pala que todavía lleva hincada en el cuello...

—Quizá los aldeanos se rebelaron contra ellos —sugirió Oladahn —, y los lobos tomaron represalias.

—En ese caso, ¿por qué han abandonado el pueblo? —indicó Hawkmoon—. Estaban aquí de guarnición.

Hicieron avanzar a sus caballos sobre los cuerpos de los caídos. El olor a muerte todavía llenaba pesadamente el aire. Estaba claro que aquella carnicería se había producido hacía poco. Hawkmoon señaló pertrechos destruidos e incluso los cadáveres de ganado, caballos y hasta perros.

—No han dejado nada con vida. Nada que pueda ser utilizado para alimentarse. Es como si se hubieran retirado ante un enemigo mucho más poderoso.

—¿Quién puede ser más poderoso que el Imperio Oscuro? —preguntó Oladahn con un estremecimiento—. ¿Acaso tenemos que enfrentarnos con un nuevo enemigo, amigo Hawkmoon?

—Espero que no. Pero todo esto es muy misterioso.

—Y nauseabundo —añadió Oladahn.

No sólo había hombres muertos en las calles, sino también niños y muchas mujeres, jóvenes o viejas, con señales de haber sido violadas antes de ser asesinadas, la mayoría de ellas con un profundo corte en el cuello, pues a los soldados granbretanianos les gustaba matar a sus víctimas al mismo tiempo que las violaban.

—Dondequiera que miremos no vemos más que señales dejadas por el Imperio Oscuro —dijo Hawkmoon con un suspiro.

De pronto, levantó la cabeza y la inclinó, tratando de captar un ligero sonido que apenas llegó hasta ellos llevado por el frío viento.

—¡Parece un grito! ¡Quizá todavía haya alguien con vida!

Hizo dar la vuelta a su caballo y avanzó hacia donde le pareció que surgía el sonido, hasta llegar a una calle secundaria. Allí había una puerta rota, abierta, sobre cuyo umbral yacía el cuerpo de una joven. El grito se hizo más fuerte. Hawkmoon desmontó y avanzó cautelosamente hacia la casa. Era la joven la que gritaba. Se arrodilló con

rapidez junto a ella y la levantó en sus brazos. Estaba casi desnuda y tenía el cuerpo cubierto únicamente con unos pocos jirones de ropa. Mostraba una línea roja a través del cuello, como si le hubieran pasado por allí un puñal no muy bien afilado. Tendría unos quince años, era de pelo rojizo y tenía ojos azules. Todo su cuerpo estaba lleno de moretones azulados y negros. Abrió la boca, sorprendida, cuando Hawkmoon la levantó.

Hawkmoon la depositó suavemente en el suelo y se dirigió a la silla de su caballo, regresando con un frasco de vino. Le acercó el frasco a los labios y la muchacha bebió, boqueando, con una repentina mirada de alarma en los ojos.

—No temáis —le dijo Hawkmoon con suavidad—. Soy un enemigo del Imperio Oscuro.

—¿Y seguís con vida?

—Sí... todavía vivo —contestó Hawkmoon sonriendo con sorna—. Soy Dorian Hawkmoon, duque de Colonia.

—¿Hawkmoon de Colonia? Pero si os creíamos muerto... o huído para siempre...

—Pues bien, he regresado y vuestro pueblo será vengado. Os lo prometo. ¿Qué ha ocurrido aquí?

—No estoy muy segura, milord, salvo que las bestias del Imperio Oscuro intentaron no dejar a nadie con vida.

—De repente, levantó la mirada, asustada—: Mi madre, mi padre..., mi hermana...

Hawkmoon miró al interior de la casa y se estremeció.

—Muertos —se limitó a decir. No quiso comentar que sus cuerpos se hallaban horriblemente mutilados. Tomó a la muchacha en brazos y la llevó hacia donde estaba su caballo—. Os llevaré de regreso al castillo de Brass —dijo.

4. Nuevos cascos

La acostaron en la cama más blanda del castillo de Brass, atendida por Bowgentle, reconfortada por Yisselda y Hawkmoon, que permanecieron sentados junto a ella. Pero se estaba muriendo. Se moría no tanto a causa de sus heridas, sino sobre todo por la pena. Deseaba morir. Y ellos respetaban ese deseo.

—Durante varios meses —murmuró—, las tropas de la orden del Lobo ocuparon nuestro pueblo. Se lo llevaban todo, mientras que nosotros nos moríamos de hambre. Oímos decir que formaban parte de un ejército que se había quedado para vigilar Camarga, aunque no sabíamos qué se podía vigilar en unos territorios tan devastados...

—Lo más probable es que estuvieran esperando nuestro regreso —le dijo Hawkmoon.

—Eso debió de ser —asintió la joven con seriedad, y continuó diciendo—: Entonces, ayer llegó un ornitóptero al pueblo y su piloto se dirigió directamente a ver al comandante de la guarnición. Oímos rumores de que los soldados eran llamados con urgencia a Londra, y todos nos alegramos al saberlo. Una hora más tarde, los soldados de la guarnición cayeron sobre el pueblo, y se dedicaron a matar, a violar y al pillaje. Tenían órdenes de no dejar nada con vida de modo que no encontraran ninguna resistencia cuando regresaran, y también para que nadie pudiera encontrar alimentos si llegaba al pueblo. Una hora más tarde se marcharon todos.

—De modo que tienen planes de regresar —musitó Hawkmoon—. Pero me pregunto por qué se marcharon.

—¿Algún enemigo invasor, quizá? —sugirió Bowgentle acariciando la frente de la muchacha.

—Eso es lo que supongo..., pero no parece encajar —dijo Hawkmoon con un suspiro—. Es algo misterioso y terrible de lo que sabemos muy poco.

Se escuchó un golpe suave en la puerta y D'Averc entró en la estancia.

—Ha venido a vernos un viejo amigo, Hawkmoon.

—¿Un viejo amigo? ¿Quién?

—El hombre de las islas Orkney..., Orland Fank.

—Quizá él pueda explicárnoslo —dijo Hawkmoon levantándose.

Mientras se dirigía hacia la puerta, Bowgentle dijo con suavidad:

—La muchacha ha muerto, duque Dorian.

—Ha muerto sabiendo que la vengaremos —replicó éste con sencillez, y abandonó la estancia para descender la escalera que conducía al salón.

—Estoy de acuerdo, amigo, algo se está cociendo —dijo Oriand Fank dirigiéndose al conde Brass, mientras ambos permanecían junto al fuego de la chimenea. Levantó la mano a modo de saludo en cuanto vio a Hawkmoon—. Y vos, duque Dorian, ¿cómo estáis?

—Bastante bien, teniendo en cuenta las circunstancias. ¿Sabéis por qué razón se están marchando las legiones, maese Fank?

—Le estaba comentando al conde Brass que yo no...

—Ah, y yo que os creía omnisciente, maese Fank.

El hombre sonrió, quitándose el gorro para limpiarse la cara con él.

—Aún necesito tiempo para reunir información, y he estado bastante ocupado desde que abandonasteis Dnark. He traído regalos para todos los héroes del castillo de Brass.

—Sois muy amable.

—No son míos, comprendedlo, sino de... bueno, supongo que del Bastón Rúnico. Os los entregaré más tarde. Podrías pensar que tienen muy poca utilidad práctica, pero en la lucha contra el Imperio Oscuro resulta difícil saber lo que es práctico y lo que no.

—¿Qué habéis descubierto en vuestro recorrido a caballo? —le preguntó Hawkmoon a D'Averc.

—Más o menos lo mismo que vos —contestó éste—. Pueblos arrasados, con sus habitantes asesinados apresuradamente. Señales de una partida precipitada de las tropas. Supongo que todavía quedarán algunas guarniciones en las ciudades más grandes, pero que estarán muy pobremente dotadas, compuestas sobre todo de artillería. Pero no queda nada de caballería.

—Esc parece una locura —murmuró el conde Brass.

—Si estuvieran locos podrían sacar ventaja de su falta de racionalidad —comentó Hawkmoon con una sonrisa burlona.

—Bien dicho, duque Dorian —intervino Fank poniendo una mano sobre su hombro—. Y ahora, ¿puedo traer los regalos?

—Desde luego, maese Fank.

—Prestadme a un par de sirvientes para que me ayuden, pues hay seis y son bastante pesados. Lo he traído todo en dos caballos.

Pocos momentos después entraron los sirvientes, cada uno de ellos sosteniendo dos objetos envueltos, uno en cada mano. El propio Fank traía los otros dos. Los dejó sobre las losas del suelo, a sus pies.

—Abridlos, caballeros.

Hawkmoon se inclinó y apartó la tela que envolvía uno de los regalos. Parpadeó ante la luz que le dio en los ojos, y vio su propio rostro reflejado perfectamente. Se sintió extrañado, apartando el resto de la tela para contemplar con asombro el objeto que tenía ante sí. Los demás también murmuraban, sorprendidos.

Aquellos objetos eran cascos de combate, diseñados para cubrir toda la cabeza y el resto de los hombros. El metal de que estaban hechos no les era conocido, pero estaba pulido del modo más exquisito, como el mejor espejo que Hawkmoon hubiera visto jamás. A excepción de dos ranuras para los ojos, la parte frontal de los cascos era completamente lisa, sin decoración de ninguna especie, de tal modo que quien los mirara de frente vería perfectamente reflejada en ellos su propia imagen. La parte posterior estaba hecha del mismo metal y mostraba una sencilla decoración, lo que indicaba que aquellos cascos eran el producto de alguien con mayores capacidades que un simple artesano. De pronto, Hawkmoon comprendió lo útiles que podrían ser en medio de una batalla, pues el enemigo se sentiría desconcertado al ver su propio reflejo, y tendría la impresión de estar luchando contra sí mismo. Hawkmoon se echó a reír estentóreamente.

—¡El que inventó esto tiene que haber sido un genio! —exclamó—. Son los cascos más exquisitos que he visto jamás.

—Probáoslos —dijo Fank con una sonrisa burlona—. Ya veréis lo bien que encajan. Representan la respuesta del Bastón Rúnico a las máscaras bestiales del Imperio Oscuro.

—¿Cómo sabremos cuál es el de cada cual? —preguntó el conde Brass.

—Lo sabréis —contestó Fank—. Es el que acabáis de abrir. El que tiene la cresta con el color del latón.

El conde Brass sonrió y levantó el casco para ponérselo sobre los hombros. Hawkmoon le miró y vio su propio rostro reflejado en él, con la opaca Joya Negra en el centro de su frente, mirándose a sí mismo con una divertida expresión de sorpresa. Hawkmoon tomó su propio casco y se lo puso sobre la cabeza. El suyo tenía una cresta dorada. Ahora, al volverse para mirar al conde Brass pareció al principio que el casco del conde no reflejaba nada, hasta que se dio cuenta de que emitía una infinidad de reflejos.

Los demás se pusieron sus respectivos cascos. El de D'Averc tenía una cresta azul, mientras que la de Oladahn era escarlata. Todos ellos rieron con placer.

—Un gran regalo, maese Fank —dijo Hawkmoon quitándose su casco—. Un regalo excelente. Pero ¿y esos otros dos cascos?

—¡Ah! —exclamó Fank sonriendo misteriosamente—. Ah. sí..., serán para aquellas dos personas que los deseen.

—¿Vos mismo?

—No, no son para mí... Debo admitir que yo tiendo a desdeñar la armadura. Me resulta bastante incómoda y con

ella puesta tengo dificultades para manejar mi vieja hacha de combate —dijo y se llevó el dedo gordo hacia la espalda, donde llevaba el hacha sujeta por una cuerda.

—Entonces, ¿para quiénes son esos dos cascos? —repitió la pregunta el conde Brass quitándose el suyo.

—Lo sabréis cuando lo sepáis —dijo enigmáticamente Fank—. Y entonces os parecerá de lo más evidente. ¿Cómo les van las cosas a las gentes del castillo de Brass?

—¿Os referís a los aldeanos de la colina? —replicó Hawkmoon—. Bueno, algunos de ellos murieron a causa de aquellas terribles campanadas que nos obligaron a regresar a nuestra propia dimensión. Se han desmoronado unos pocos edificios, pero en general todos han sobrevivido bastante bien, incluyendo a toda la caballería camarguiana que nos quedaba.

—Unos quinientos hombres —añadió D'Averc—. Ése es todo nuestro ejército.

—¡Ah! —exclamó Fank dirigiendo una mirada de soslayo al francés—. Ah. Bueno, tengo que marcharme para ocuparme de mis asuntos.

—¿Y qué asuntos son esos, maese Fank? —preguntó Oladahn.

—En las islas Orkney, amigo mío, no le hacemos a nadie esa clase de preguntas —contestó Fank con una sonrisa juguetona.

—Gracias por los regalos —dijo Oladahn con una inclinación—. Y os ruego que disculpéis mi curiosidad.

—Acepto vuestras disculpas —replicó Fank.

—Antes de que os marchéis, maese Fank, os doy las más efusivas gracias en nombre de todos por los regalos que nos habéis hecho —dijo el conde Brass—. ¿Podemos molestaros haciéndoos una última pregunta?

—En mi opinión, todos os sentís inclinados a hacer demasiadas preguntas —replicó Fank—. Nosotros, los de las islas Orkney, somos un pueblo muy reservado. Pero preguntad, amigo mío, y haré todo lo posible por contestaros, si es que la pregunta no es demasiado personal, claro.

—¿Sabéis cómo se hizo añicos la máquina de cristal? —preguntó el conde Brass—. ¿Cuál fue la causa?

—Supongo que lord Taragorm, jefe del palacio del Tiempo, en Londra, descubrió los medios para romper vuestra máquina una vez que descubrió cuál era su fuente. Dispone de muchos textos antiguos en los que se pueden aprender esas cosas. Sin duda alguna, construyó un reloj cuyas campanadas serían capaces de viajar a través de las dimensiones, y de alcanzar tal volumen de sonido que pudiera romper todos los objetos de cristal. Según creo, ése fue el remedio empleado por los enemigos del pueblo de Soryandum que os entregó esa máquina.

—De modo que ha sido el Imperio Oscuro el que nos ha hecho regresar —observó Hawkmoon—. Pero si ha sido así, ¿por qué no se han quedado para esperarnos?

—Quizá porque ha estallado algún tipo de crisis doméstica —contestó Orland Fank—. Ya veremos. Adiós, amigos míos. Tengo la sensación de que volveremos a encontrarnos muy pronto.

5. Cinco héroes y una heroína

Cuando las puertas se cerraron detrás de Fank, Bowgentle descendió la escalera con una expresión extraña en su amable semblante. Caminó con rapidez. Sus ojos mostraban una mirada distante.

—¿Qué ocurre, Bowgentle? —preguntó el conde Brass con preocupación, adelantándose para tomar a su viejo amigo por el brazo—. Parecéis alterado.

Bowgentle negó con un movimiento de cabeza.

—No alterado..., sino decidido. He tomado una decisión. Hace muchos años que no tomo entre mis manos un arma mayor que una pluma, ni soporto nada más pesado que algún que otro difícil problema de filosofía. Ahora portaré armas para marchar contra Londra. Cabalgaré con vos cuando os pongáis en marcha contra el Imperio Oscuro.

—Pero Bowgentle —intervino Hawkmoon—, vos no sois guerrero. Nos reconfortáis, nos sostenéis con vuestra amabilidad y sabiduría. Todas esas cosas nos proporcionan fortaleza y nos son tan útiles como cualquier camarada armado hasta los dientes.

—Sí..., pero esta lucha será la definitiva. Se librará a vida o muerte —le recordó Bowgentle—. Si no regresáis, tampoco tendréis necesidad de mi sabiduría... Y si regresáis, mostraréis muy poca inclinación a buscar mis consejos, porque seréis los hombres que habréis quebrado el poder del Imperio Oscuro. De modo que tomaré la espada. Uno de esos maravillosos cascos brillantes me vendrá bien. Preferiría el que tiene la cresta negra.

Todos se apartaron cuando Bowgentle avanzó, se inclinó y cogió el casco que había elegido. Se lo puso con lentitud sobre la cabeza. Le ajustaba a la perfección. Y reflejado en el casco, todos pudieron ver lo mismo que veía Bowgentle: sus propios rostros, con expresiones de admiración y burla a un tiempo.

D'Averc fue el primero en adelantarse hacia él, con la mano extendida.

—Muy bien, Bowgentle. Será un verdadero placer cabalgar con alguien con un humor tan sofisticado como el vuestro. ¡Para variar!

—De acuerdo —asintió Hawkmoon—. Si lo deseáis así, Bowgentle, todos nos sentiremos muy felices de teneros a nuestro lado. Pero, entonces, me pregunto para quién estará destinado el otro casco.

—Es para mí.

La voz sonó baja, pero firme. Y era dulce. Hawkmoon se volvió con lentitud para mirar fijamente a su esposa.

—No, no es para vos, Yisselda...

—¿Cómo podéis estar tan seguro?

—Bueno...

—Miradlo... El casco con la cresta blanca. ¿No es acaso algo más pequeño que los otros? ¿No es adecuado para un muchacho... o para una mujer?

—En efecto —admitió Hawkmoon de mala gana.

—¿Y acaso no soy la hija del conde Brass?

—Sí, claro.

—¿Y no puedo cabalgar con vos como cualquiera?

—Podéis.

—¿Y acaso no luché en la arena cuando era una muchacha... y gané honores allí? ¿Y no me entrené con los guardias de Camarga en el manejo del hacha, la espada y la lanza de fuego? ¿Qué decís, padre?

—Es cierto, destacó bastante en todos esos ejercicios —dijo el conde Brass con orgullo—. Pero destacar en el manejo de las armas no es todo lo que se requiere de un guerrero...

—¿Pensáis que no soy tan fuerte?

—Bueno... para ser una mujer... —contestó el señor del castillo de Brass—. Tan suave y fuerte como la seda, creo que dijo de vos un poeta local —y miró con una sonrisa burlona a Bowgentle, que se ruborizó.

—¿Creéis que me falta nervio? —siguió preguntando Yisselda con una mirada refulgente en la que se mezclaban el desafío y el buen humor.

—No... En cuanto a nervio, tenéis más que suficiente —replicó Hawkmoon.

—¿Valor? ¿Me falta valor?

—No hay nadie más valerosa que vos, hija mía —admitió el conde Brass.

—En tal caso, ¿qué cualidades tiene un guerrero que a mí me falten?

Hawkmoon se encogió de hombros y terminó por admitir:

—Ninguna, Yisselda..., sólo que sois una mujer y... y...

—Y las mujeres no luchan. Simplemente se quedan en casa, junto al fuego, llorando a sus seres queridos muertos, ¿no es eso?

—O dándoles la bienvenida cuando regresan...

—En efecto. Pues bien, yo no tengo paciencia para quedarme a la espera de que esas cosas sucedan. ¿Por qué iba a quedarme esperando en el castillo de Brass? ¿Quién me protegería entonces?

—Dejaremos guardias.

—Unos pocos guardias.... soldados que necesitaréis en vuestra batalla. Sabéis muy bien que querréis tener con vos a todos los hombres disponibles.

—Sí, eso es cierto —admitió Hawkmoon—. Pero hay otro factor a tener en cuenta, Yisselda. ¿Olvidáis que estáis embarazada?

—No lo olvido. Llevo a nuestro hijo en mi seno. De acuerdo, y lo seguiré llevando en la batalla, porque si somos derrotados no le quedará nada que heredar, salvo el mayor de los desastres... Y si ganamos, entonces conocerá el escalofrío que produce la victoria, incluso antes de venir a este mundo. Yo no seré la viuda de Hawkmoon, ni llevaré en mi seno al hijo huérfano de Hawkmoon. Aquí, a solas en el castillo, no estaré a salvo, Dorian. Cabalgaré con vos.

Se dirigió hacia donde estaba el reluciente casco con la cresta blanca, se inclinó y lo tomó entre sus manos. Se lo puso sobre la cabeza y abrió los brazos con un gesto de triunfo.

—¿Lo veis? Me encaja perfectamente. Es evidente que ha sido hecho para mí. Cabalgaremos juntos, los seis, y dirigiremos a los camarguianos contra el masivo poder del Imperio Oscuro... Cinco héroes y..., así lo espero.... una heroína.

—Que así sea —murmuró Hawkmoon dirigiéndose hacia su esposa para abrazarla—. Que así sea.

6. Un nuevo aliado

Los guerreros de las legiones del Lobo y del Buitre se habían abierto paso desde el continente y ahora llegaban en masa a Londra. Pero también llegaban los de las órdenes de la Mosca, la Rata, la Cabra y el Perro, así como todas las demás bestias sangrientas de Granbretan.

Desde una torre elevada que había convertido ahora en su cuartel general, Meliadus de Kroiden contempló su llegada, entrando por todas las puertas al mismo tiempo que luchaban sin descanso. Uno de aquellos grupos le llamó la atención y forzó la vista para verlos mejor. Se trataba de un gran destacamento de tropas que cabalgaba bajo un estandarte de rayas negras y blancas, indicando con ello su neutralidad en el conflicto. Ahora le fue más fácil distinguir el estandarte que ondeaba al lado.

Meliadus frunció el ceño.

El estandarte correspondía a Adaz Promp, gran jefe de la orden del Perro. Aquella bandera de neutralidad, ¿significaba que aún no había decidido de qué lado luchar? ¿O acaso significaba que planeaba llevar a cabo un complicado truco? Meliadus se frotó los labios, pensativo. Si contara con la ayuda de Adaz Promp no tardaría en poder lanzar un asalto contra el palacio. Extendió la mano y tomó el casco de lobo, acariciando la cabeza de metal.

Durante los últimos días, a medida que la batalla de Londra llegaba a un callejón sin salida, Meliadus fue adquiriendo una actitud cada vez más meditabunda..., tanto más en cuanto que no estaba seguro de que el invento de Taragorm hubiera tenido éxito en su esfuerzo por traer el castillo de Brass a esta dimensión. El buen humor experimentado al principio, basado en el éxito inicial de su lucha, se había visto sustituido por el nerviosismo, resultado de varias incertidumbres.

La puerta se abrió. Automáticamente, Meliadus se puso el casco, al tiempo que se volvía.

—Ah, sois vos. Flana. ¿Qué queréis?

—Taragorm está aquí.

—Taragorm, ¿eh? Seguramente, tiene algo positivo que comunicarme.

La máscara de reloj apareció tras la máscara de garza real de Plana.

—Esperaba que fuerais vos el que tuviera noticias positivas, hermano —dijo Taragorm con acides—. Después de todo, no hemos hecho grandes progresos en los últimos días.

—Los refuerzos están llegando —dijo Meliadus con un tono petulante, haciendo con la mano un gesto en dirección a la ventana—. Los lobos y los buitres entran en la ciudad..., e incluso algunos hurones.

—Sí..., pero también le llegan refuerzos a Huon..., y parece ser que en mayor número que los nuestros.

—Kalan no tardará mucho en tener preparadas esas nuevas armas —comentó Meliadus, a la defensiva—. Eso nos proporcionará ventaja.

—Si es que funcionan —replicó Taragorm con sorna—. Empiezo a preguntarme si no habré cometido un fatal error al unirme a vos.

—Ahora ya es demasiado tarde, hermano. No debe haber peleas entre nosotros, ya que en tal caso estamos perdidos.

—En efecto, es demasiado tarde, lo admito. Ocurra lo que ocurra, estaremos condenados si Huon gana la partida.

—Huon no la ganará.

—Necesitamos un millón de hombres para atacar el palacio con garantías de éxito.

—Encontraremos a ese millón de hombres. Si pudiéramos hacer algún pequeño progreso, habría otros que se pondrían de nuestro lado.

Taragorm ignoró este último comentario y se volvió hacia Plana.

—Es una vergüenza, Plana. Habríais sido una reina muy hermosa...

—Aún será reina —dijo Meliadus salvajemente, conteniéndose para no golpear a Taragorm—. ¡Vuestro pesimismo roza la traición, Taragorm!

—¿Y pretendéis matarme por mi traición, hermano? ¿A pesar de todos mis conocimientos? Sólo yo conozco todos los secretos del tiempo.

—Claro que no os mataré —dijo Meliadus encogiéndose de hombros—. Dejemos de discutir y concentrémonos en conquistar el palacio.

Aburrida por aquella discusión inútil, Plana abandonó la estancia.

—Tengo que ver a Kalan —dijo Meliadus—. Ha sufrido un revés y ha tenido que trasladar todo su equipo a otro lugar, viéndose obligado a hacerlo con rapidez. Vamos, Taragorm, iremos juntos a visitarle.

Llamaron a sus literas respectivas, se acomodaron en ellas y los esclavos les transportaron a lo largo de pasillos débilmente iluminados y rampas retorcidas hasta llegar a las habitaciones que Kalan había adaptado como laboratorios. Una puerta se abrió y un calor hediondo les golpeó los cuerpos. Meliadus pudo sentirlo incluso a través de la máscara. Tosió al abandonar la litera y se dirigió hacia la cámara donde estaba Kalan, con su escuálido cuerpo desnudo de cintura para arriba y con la máscara puesta sobre la cabeza, supervisando a los atareados científicos que trabajaban para él y que llevaban máscaras de serpiente.

—¿Qué queréis? —les preguntó Kalan con impaciencia—. ¡No tengo tiempo para conversaciones!

—Nos preguntábamos qué progresos habríais hecho, barón —dijo Meliadus casi gritando por encima de los ruidos estridentes.

—Confío en que sean buenos progresos. Las instalaciones son ridiculamente primitivas. El arma ya casi está preparada.

Taragorm observó la maraña de tubos e hilos de la que surgían todos los ruidos, el calor y el mal olor.

—¿Eso es un arma?

—Lo será, lo será.

—¿Y qué hará?

—Traedme hombres para que la pueda montar en el tejado y os lo demostraré dentro de unas pocas horas.

—Muy bien —asintió Meliadus—. ¿Sois consciente de la gran cantidad de cosas que dependen de vuestro éxito, Kalan?

—Sí, soy muy consciente. Estoy empezando a maldecirme a mí mismo por haberme unido a vos, Meliadus. pero ahora estoy con vos y lo único que puedo hacer es continuar. Por favor, dejadme ahora... Os enviaré un mensaje en cuanto el arma esté preparada.

Meliadus y Taragorm retrocedieron caminando por los pasillos, con los esclavos siguiéndoles y portando las literas vacías.

—Confío en que Kalan no se haya vuelto loco —dijo Taragorm con frialdad—. Porque, en caso contrario, ese artilugio podría destruirnos a todos.

—O no destruir nada —añadió Meliadus con pesimismo.

—¿Quién es ahora el pesimista, hermano?

Al regresar a sus habitaciones, Meliadus descubrió que tenía un visitante. Se trataba de un hombre grueso, vestido con una vistosa armadura cubierta de seda, con un casco de vivos colores que representaba un perro salvaje y burlón.

—Es el barón Adaz Promp —dijo Plana Mikosevaar, surgiendo de otra habitación—. Llegó poco después de que vos salierais, Meliadus.

—Barón —saludó Meliadus inclinándose formalmente—. Me honráis con vuestra visita.

Desde el interior de su casco, Adaz Promp emitió una voz de tonos suaves.

—¿Cuál es el problema, Meliadus? ¿Cuáles son los objetivos?

—El problema... nuestros planes de conquista. En cuanto a los objetivos... , consisten en poner en el trono de Granbretan a un monarca mucho más racional. Alguien capaz de respetar el consejo de guerreros experimentados como nosotros.

—Querréis decir que respete vuestros consejos —se burló Promp—. Bien, debo admitir que os creí un loco a vos, no a Huon. Sobre todo cuando, por ejemplo, perseguíais esa salvaje venganza contra Hawkmoon y el castillo de Brass. Sospeché que sólo estabais motivado por el placer y la venganza particular.

—¿Y ya no lo creéis así?

—No me importa. Empiezo a compartir vuestra opinión de que ese hombre representa el mayor peligro para Granbretan, y de que debería ser exterminado antes de dedicarnos a pensar en cualquier otra cosa.

—¿Y por qué habéis cambiado de opinión, Adaz? —preguntó Meliadus inclinándose hacia adelante con avidez—. ¿Por qué? ¿Disponéis de alguna prueba que yo no conozca?

—Se trata más bien de una sospecha —contestó Adaz Promp con lentitud—. Un indicio por aquí, otro por allá.

—¿Qué clase de indicios?

—Por ejemplo, un barco que encontramos y abordamos en el mar del Norte, cuando regresábamos de Scandia en respuesta a la llamada de nuestro emperador. Un rumor procedente de Francia. Nada más.

—¿Qué hay de ese barco? ¿Qué barco era?

—Uno como esos que están anclados en el río... con ese extraño artillugio en la popa y sin velas. Estaba muy maltrecho y se encontraba a la deriva. Sólo había dos hombres a bordo, y ambos estaban heridos. Murieron antes de que pudiéramos trasladarlos a nuestro propio barco.

—El barco de Shenegar Trott, procedente de Amarehk.

—Sí..., eso fue lo que nos dijeron.

—Pero eso ¿qué tiene que ver con Hawkmoon?

—Parece ser que se encontraron con Hawkmoon en Amarehk, y que ambos hombres fueron heridos por éste en una sangrienta batalla librada en una ciudad llamada Dnark. Según estos hombres, el motivo de la lucha fue el propio Bastón Rúnico... y no estaban delirando.

—Y Hawkmoon ganó la pelea.

—Así fue, en efecto. Había mil hombres, según se nos dijo. Eran los hombres de Trott, y sólo se enfrentaron contra cuatro, incluyendo al propio Hawkmoon.

—¡Y Hawkmoon ganó!

—En efecto..., ayudado por guerreros sobrenaturales según explicó el que vivió más tiempo y fue capaz de contar la historia. Todo ello me suena a media verdad mezclada con fantasía, pero lo que sí está claro es que Hawkmoon derrotó a una fuerza muy superior en número y que él mismo fue el que mató a Shenegar Trott. Parece ser que dispone de ciertos poderes científicos de los que nosotros sabemos muy poco. Eso es algo que queda confirmado por la forma en que escaparon de nuestras garras la última vez. Lo que se relaciona con la segunda historia, contada por uno de vuestros lobos, mientras nos dirigíamos a Londra.

—¿De qué se trata?

—Oyó decir que el castillo de Brass había reaparecido, que Hawkmoon y los demás se apoderaron de una ciudad situada al norte de Camarga y destruyeron a todos los nuestros que había allí, ocupándola. Sólo es un rumor, y resulta difícil de creer. ¿Dónde podría haber conseguido reclutar Hawkmoon un ejército en tan poco espacio de tiempo?

—Esa clase de rumores son bastante habituales en momentos de guerra —musitó Meliadus—, pero es posible que sea así. Entonces, ¿creéis ahora que Hawkmoon representa para nosotros un peligro mucho mayor de lo que se empeña en creer Huon?

—Sólo es una suposición... pero creo que está bien sustentada. No obstante, me siento motivado por otras consideraciones, Meliadus. Creo que cuanto antes terminemos con esta lucha, tanto mejor para todos, puesto que si Hawkmoon dispone de un ejército, reclutado quizá en Amarehk, será mejor que lo eliminemos cuanto antes. Estoy con vos, Meliadus. Puedo poner a vuestra disposición a medio millón de guerreros de la orden del Perro en el término de un día.

—¿Disponéis de los suficientes como para apoderaros del palacio con los que están a mi mando?

—Es posible, siempre y cuando tengamos cobertura de la artillería.

—La tendréis.

—¡Oh, barón Adaz! —exclamó Meliadus estrechándole la mano—, creo que mañana mismo la victoria será nuestra.

—Pero me pregunto cuántos de nosotros quedarán con vida para verla —comentó Promp—. Apoderarse del palacio nos costará unos cuantos miles de vidas..., incluso es posible que unos pocos cientos de miles.

—Habrá valido la pena, barón, creedme. Habrá valido la pena.

Meliadus sintió que recuperaba su optimismo ante la perspectiva de la victoria sobre Huon, pero sobre todo ante la posibilidad de volver a enfrentarse pronto contra Hawkmoon y su poder..., particularmente si Kalan lograba descubrir por fin un medio de reactivar la Joya Negra, tal y como le había prometido.

7. La batalla por el palacio de Huon

Meliadus observó a los hombres dedicados a montar el extraño armatoste en el tejado de su cuartel general. Se hallaban muy por encima de las calles y cerca del palacio, desde donde les llegaba el estrépito de la lucha. Promp aún no había lanzado a sus hombres al combate, pero esperaba ver qué era capaz de hacer la máquina de Kalan, antes de dirigir un ataque abierto contra las puertas del palacio. El enorme edificio parecía capaz de resistir cualquier ataque..., como si pudiera sobrevivir incluso al fin del mundo. Se elevaba en el cielo, un piso sobre otro, con un aspecto magnífico. Estaba flanqueado por cuatro enormes torres que brillaban con una peculiar luz dorada y en las que se veían grotescos bajorrelieves, que representaban la pasada gloria de Granbretan, reluciendo con vivos colores, protegidos por gigantescas puertas de acero de casi diez metros de espesor. El palacio parecía contemplar despreciativamente a las dos facciones enfrentadas.

Incluso el propio Meliadus experimentó sus dudas, aunque momentáneas, al contemplarlo. Después, dirigió su atención al arma de Kalan. De la gran masa de hilos y tubos surgía un gran tubo, como si fuera la campana de una monstruosa trompeta. La boca de ese tubo estaba dirigida hacia los muros del palacio, abarrotados con hordas de soldados, la mayoría de ellos pertenecientes a la orden de la Mantis, la del Cerdo y la de la Mosca. Fuera de la ciudad, las filas de otras órdenes se estaban preparando para lanzarse al asalto contra las fuerzas de Meliadus, cayendo sobre su retaguardia. El barón sabía que el factor tiempo era un elemento crucial, que si lograba conquistar las puertas de acceso al palacio, podía confiar en que los demás se pusieran de su lado.

—Está preparado —le dijo Kalan.

—Entonces, utilízalo —gruñó Meliadus—. Utilízalo contra las tropas que ocupan las murallas.

Kalan asintió y sus serpientes cargaron el arma. Kalan avanzó entonces y colocó la mano sobre una gran palanca. Elevó el rostro enmascarado hacia los cielos lúgubres, como en una oración, y bajó la palanca.

La máquina tembló. De ella se elevó una gran humareda de vapor. Se estremeció y rugió, y de la boca del cañón surgió una gigantesca burbuja verde y pulsante que desprendía un gran calor. Aquella cosa se separó de la boca del arma y empezó a moverse con lentitud, bajando hacia las murallas del palacio.

Fascinado, Meliadus la vio derivar en el aire, llegar hasta las murallas del palacio y posarse sobre un grupo de guerreros. Escuchó con satisfacción los gritos de agonía al quedar envueltos en aquella materia verde y caliente, y después se desvanecieron por completo. La bola de calor verde empezó a girar con lentitud a lo largo de la muralla, absorbiendo en ella a sus presas humanas hasta que, de pronto, estalló y un líquido verde se deslizó por los muros formando corrientes viscosas.

—Se ha roto. ¡No funciona! —exclamó Meliadus lleno de rabia.

—Paciencia, Meliadus —gritó Kalan. Sus hombres volvieron a cargar el arma y elevaron la boca unos cuantos grados —. ¡Observad!

Volvió a bajar la palanca, la máquina se estremeció de nuevo, siseó, emitió humo y luego, poco a poco, otra gigantesca burbuja verde se fue formando en su boca. La burbuja se dirigió después hacia la muralla, rodó sobre otro grupo de hombres y, tras haberlos hecho desaparecer, siguió su camino. Esta burbuja rodó durante más tiempo, hasta que apenas si quedó un solo guerrero sobre las almenas de las murallas, antes de explotar.

—Ahora enviaremos una por encima de la muralla —dijo Kalan con una sonrisa, bajando una vez más la palanca.

Ahora ya no perdía el tiempo. En cuanto surgía una burbuja del cañón del arma, sus hombres preparaban inmediatamente el artefacto para enviar otra, hasta que hubieron lanzado ya todo un grupo de burbujas gigantescas por encima de las murallas, para que cayeran sobre el patio que había más allá. Trabajó furiosamente, absorbido por completo en su tarea, mientras la máquina se estremecía, siseaba y emitía un calor casi insoportable.

—¡Esa mezcla lo corroerá todo! —gritó Kalan con excitación—. ¡Todo! — Se detuvo un momento y señaló—: ¡Mirad lo que les está haciendo a las murallas!

Y, en efecto, la materia viscosa se abría paso entre la piedra, royéndola poco a poco. Enormes fragmentos de roca

abundantemente decorada cayeron con estrépito a la calle, obligando a los atacantes a retroceder. La mezcla se abría paso por entre la piedra del mismo modo que el aceite hirviendo podría comerse el hielo, dejando enormes huecos abiertos en las defensas.

—Pero ¿cómo pasarán nuestros hombres por ahí? —preguntó Meliadus en tono de queja—. ¡A esa materia no le importa lo que se come!

—No temáis —volvió a sonreír Kalan—. La mezcla sólo conserva su potencia durante unos pocos minutos.

Bajó de nuevo la palanca y envió una nueva burbuja gigantesca por encima de la muralla del palacio. Al hacerlo, toda una sección del muro situado cerca de las puertas se desmoronó por completo y cuando se disipó el humo producido por los cascotes, Meliadus pudo ver que ahora existía un camino libre por donde penetrar. Se sintió aliviado.

Entonces, la máquina emitió un repentino chirrido y Kalan se apresuró a mover sus controles, yendo apresuradamente de un lado a otro, y gritándoles instrucciones a sus hombres.

Taragorm apareció en la terraza y saludó a Meliadus.

—Ya veo que había subestimado a Kalan —dijo, acercándose al científico—. Os felicito, Kalan.

Kalan movía las manos y gritaba de placer.

—¿Lo veis, Taragorm? ¿Lo veis? Tomad la palanca..., ¿por qué no lo intentáis hacer vos mismo? Sólo tenéis que bajarla.

Taragorm colocó ambas manos sobre la palanca, volviendo su máscara de reloj hacia la muralla a través de la cual se podía ver ahora a las tropas de Huon retirándose hacia lo que era el palacio propiamente dicho, perseguidos por las rodantes esferas de muerte. Pero, de pronto, desde el palacio rugió un cañón de fuego. Al parecer, los hombres de Huon habían logrado situar su artillería en el interior del mismo palacio. Algunos rayos de fuego surgieron sobre sus cabezas, y otro chocó inofensivamente contra los muros situados más abajo. Kalan no dejaba de sonreír, henchido de triunfo.

—Esos trastos son inútiles contra mi arma. Apuntad hacia ellos, Taragorm. Envidadles una buena burbuja... ¡allí! —ordenó, señalando con el dedo hacia las ventanas donde se habían colocado los cañones.

Taragorm estaba tan absorbido por la máquina como el propio Kalan, y a Meliadus le divirtió observar a los dos científicos jugando como niños con un nuevo juguete. Ahora se sentía de un humor tolerante, pues era evidente que el arma de Kalan iba transformando la batalla en su favor. Había llegado el momento de unirse con Adaz Promp y dirigir sus tropas hacia el interior del palacio.

Descendió los escalones que le llevaron al interior de la torre y ordenó que le trajeran su litera. Una vez en ella, se reclinó cómodamente, experimentando ya una dulce sensación de triunfo.

En ese momento, por encima de él, escuchó una poderosa explosión que estremeció toda la torre. Saltó de la litera con un movimiento rápido y retrocedió por donde había venido. Al acercarse al tejado se vio rechazado por una intensa oleada de calor y vio a Kalan, con la máscara retorcida y abollada, que surgía tambaleándose por entre el humo, dirigiéndose hacia donde él estaba.

—¡Atrás! —gritó Kalan—. ¡La máquina ha explotado! Yo estaba cerca de la entrada, pues de otro modo habría muerto. Ahora está escupiendo toda mi mezcla sobre los muros de la torre. Alejémonos de aquí o seremos devorados por esa materia.

—¡Taragorm! —exclamó Meliadus—. ¿Qué le ha ocurrido a Taragorm?

—¡Ya no queda nada de él! —gritó Kalan—. ¡Rápido! Tenemos que abandonar la torre cuanto antes. ¡Apresuraos, Meliadus!

«¿Taragorm ha muerto? ¿Y tan rápidamente después de haber servido a mis propósitos?», pensó Meliadus al tiempo que seguía a Kalan, que se apresuraba a bajar por las rampas. «Sabía que me plantearía problemas una vez que hubiéramos derrotado a Huon. Más de una vez me había preguntado cómo desembarazarme de él. ¡Pero mi problema ya ha sido resuelto! ¡Pobre hermano mío!»

Meliadus lanzó una gran risotada sin dejar de correr.

8. Plana observa la batalla

Desde la seguridad de su propia torre, Plana Mikosevaar observaba a los soldados que penetraban por entre los desmoronados muros del palacio. Después vio que la torre que había servido a Meliadus como cuartel general se estremecía con una gran explosión, y caía sobre los edificios más bajos de la ciudad.

Por un momento, pensó que Meliadus había muerto al caer la torre, pero ahora pudo ver su estandarte, al frente de los guerreros que se lanzaban a la batalla. También vio el estandarte de Adaz Promp que avanzaba a su lado y se dio cuenta de que los lobos y los perros, que tradicionalmente habían rivalizado entre sí, atacaban juntos al rey Huon.

Suspiró. El ruido de la batalla se había intensificado y no podía escapar de él. Vio como el cañón de fuego intentaba en vano abrir huecos entre las filas de los atacantes, los incendios que habían estallado en el patio, y los guerreros que se abalanzaban contra las grandes puertas del palacio, donde las burbujas verdes habían abierto enormes agujeros. Pero la artillería era inútil en aquellas circunstancias. La habían colocado en espera de un largo asedio, y ahora no podían trasladarla a tiempo a los lugares donde más la necesitaban. Unas pocas lanzas de fuego dispararon por entre las grandes puertas rotas, pero no se trataba de artillería de grueso calibre.

El sonido de la batalla pareció desvanecerse, así como lo que se podía ver de su curso. Plana volvió a pensar entonces en D'Averc y se preguntó si él vendría. Las noticias comunicadas por Adaz Promp le habían permitido aumentar sus esperanzas, puesto que si Hawkmoon estaba con vida, lo más probable era que D'Averc también estuviera vivo.

Pero ¿vería alguna vez a D'Averc? ¿No moriría en alguna escaramuza, en un vano intento por resistir el poder de Granbretan? Aun cuando no muriera en seguida, estaba destinado a llevar la vida propia de un bandido proscrito y perseguido, pues nadie podría confiar jamás en plantear batalla al Imperio Oscuro y sobrevivir. Supuso que Hawkmoon, D'Averc y los demás morirían en algún campo de batalla lejano. Es posible que llegaran a la costa antes de ser destruidos, pero probablemente no podrían acercarse a donde ella estaba, pues el mar les separaba, y el puente de Plata no permanecería abierto para las guerrillas de Camarga.

Plana consideró la idea de quitarse la vida, pero en aquellos momentos ni siquiera eso le pareció que mereciera la pena. Se quitaría de en medio una vez que hubiera desaparecido toda esperanza, pero no antes. Y si se convertía en reina, tendría algún poder. Existía la ligera posibilidad de que Meliadus perdonara a D'Averc, ya que, en cierta medida, no le odiaba tanto como a los demás, aunque, desde luego, el francés era considerado como un traidor.

Escuchó entonces un gran grito y volvió a mirar hacia el palacio.

Meliadus y Adaz Promp penetraron entonces en el palacio. La victoria ya estaba cerca.

9. La muerte del rey Huon

El barón Meliadus introdujo su caballo negro por los resonantes pasillos del palacio del rey Huon. Había estado muchas veces allí, y siempre con una actitud de humildad, aunque sólo fuera aparente en ocasiones. Ahora el visor de su máscara de lobo estaba elevado con orgullo, y su garganta emitió un potente rugido de batalla, al tiempo que se abría paso entre los guardias de la orden de la Mantis, a los que tantas veces se había visto obligado a temer. Golpeó con su gran espada negra a uno y otro lado, la misma espada que tanto había empleado al servicio de Huon. Hizo retroceder al caballo y lo encabritó. Los cascos que habían hollado el suelo de tantos países conquistados golpearon los cascos de los insectos, rompiendo huesos y cabezas.

Mehadus lanzó una risotada, luego un rugido y finalmente se lanzó al galope hacia el salón del trono, donde se estaban reuniendo los restos de las fuerzas defensoras. Los vio al extremo del pasillo, intentando colocar en posición un cañón de fuego. Seguido por una docena de lobos montados, Meliadus no perdió el tiempo y se lanzó en tromba contra el arma, antes de que sus sorprendidos sirvientes pudieran utilizarla. Seis cabezas rodaron por el suelo en otros tantos segundos y poco después todos los artilleros estaban muertos. Los rayos de las lanzas de fuego silbaban alrededor de su casco negro de lobo, pero Meliadus los ignoró. Los ojos de su caballo estaban inyectados en sangre, poseído por la locura propia de la batalla y él lo espoleó aún más contra el enemigo.

Meliadus y sus hombres hicieron retroceder a los guardias mantis, matando a la mayoría. Todos ellos morían convencidos de que él poseía poderes sobrenaturales.

Pero aquello no era más que una energía salvaje, la excitación propia de la guerra. Eso mismo llevó a Meliadus de Kroiden a cruzar el umbral de las enormes puertas del salón del trono para enfrentarse a los pocos guardias que aún quedaban con vida y que se sentían desconcertados. Se había utilizado a todos los hombres posibles para defender aquellas puertas. Ahora, mientras los guardias de la orden de la Mantis avanzaban cautelosamente, con las lanzas extendidas, Meliadus se echó a reír ante ellos, lanzó el caballo al galope y atravesó sus filas antes de que fueran capaces de moverse. Después, galopó directamente hacia el globo del trono, pisoteando los mismos lugares donde antes se había arrodillado.

El globo negro se estremeció, y poco a poco se hizo visible la arrugada figura del inmortal rey-emperador. La pequeña figura en forma de feto se agitó como un pez malformado, yendo de un lado a otro dentro de los confines del globo que era su vida. Estaba indefenso. Totalmente desamparado. Jamás había creído que tuviera que defenderse contra una traición semejante. Ni siquiera él, con sus dos mil años de sabiduría acumulada, había sido capaz de considerar que un noble granbretaniano pudiera revolverse contra su gobernante hereditario.

—Meliadus... — dijo la voz dorada con tono de temor —. Meliadus... estáis loco. Escuchad... Es vuestro rey-emperador el que os habla. Os ordeno que abandonéis este lugar, que ordenéis la retirada de vuestras tropas, que me juréis lealtad...

Los ojos negros, en otras ocasiones tan sardónicos, estaban ahora llenos de un temor animal. La lengua prensil vibró como la de una serpiente, las inútiles manos se agitaron y quedaron quietas.

—¡Meliadus!

Estremecido por una risa de triunfo, Meliadus levantó la enorme espada de combate y golpeó con toda su fuerza el globo del trono. Sintió una conmoción que le recorrió todo el cuerpo cuando la hoja se introdujo con un crujido en el globo. Se produjo una explosión blanca, se escuchó un grito terrorífico, un sonido de fragmentos que caían al suelo, y entonces un fluido viscoso surgió con violencia contra el cuerpo de Meliadus.

El barón parpadeó y cuando volvió a abrir los ojos esperó encontrar la estructura diminuta y retorcida del cadáver del rey-emperador, pero no pudo ver nada, excepto una profunda oscuridad.

Su risa demoniaca se transformó en un grito de terror.

—¡Por los dientes de Huon! ¡Estoy ciego!

10. Los héroes cabalgan

—El fuerte está bien incendiado —dijo Oladahn volviéndose en la silla para contemplar por última vez la guarnición.

Allí había existido hasta entonces una fuerza de infantería de la orden de la Rata, de la que ahora no quedaba nadie, excepto el comandante, que tardaría su tiempo en morir, ya que los ciudadanos lo habían crucificado en el mismo armazón donde él había ordenado crucificar a tantos hombres, mujeres y niños.

Seis cascos espejo miraron hacia el horizonte. Hawkmoon, Yisselda, el conde Brass, D'Averc, Oladahn y Bowgentle cabalgaban juntos, alejándose de la ciudad a la cabeza de quinientos jinetes camarguianos armados con lanzas de fuego.

El primer encuentro que habían tenido desde que abandonaron Camarga había sido un éxito completo. Contando a su favor con el factor sorpresa, exterminaron a la guarnición en menos de media hora.

Sintiéndose muy poco aliviados por el éxito, pero sin sensación de agotamiento, Hawkmoon condujo a sus camaradas hacia la ciudad más próxima, donde habían oído decir que encontrarían a más granbretanianos a los que matar.

Pero durante la marcha detuvo su caballo al ver que un jinete galopaba hacia ellos. Se trataba de Orland Fank, con su hacha de combate balanceándose a su espalda.

—¡Saludos, amigos! Tengo noticias nuevas para vosotros. Noticias que explican muchas cosas... Las bestias se han lanzado las unas contra las otras. Hay guerra civil en Granbretan. El principal campo de batalla se encuentra en la misma Londra, con el barón Meliadus levantado en armas contra el rey Huon. Hasta el momento han muerto miles de hombres.

—Ésa es la razón por la que quedan tan pocos por aquí —dijo Hawkmoon quitándose el casco espejo y limpiándose la frente con un pañuelo. Durante los últimos meses había llevado la armadura en tan raras ocasiones que ahora ya no estaba acostumbrado a la incomodidad que representaba—. Todos ellos han sido llamados para defender al rey Huon.

—O para luchar con Meliadus. Eso redundará en ventaja nuestra, ¿no creéis?

—Así es —intervino el conde Brass con un tono de voz ronco, algo más excitado de lo habitual—, porque eso significa que se están matando entre ellos, lo cual aumenta nuestras posibilidades. Mientras ellos se destrozan entre sí, podemos llegar con rapidez al puente de Plata, cruzarlo y encontrarnos en las mismas costas de Granbretan. La suerte está de nuestra parte, maese Fank.

—La suerte... o el destino —dijo Fank con naturalidad—. Llamadlo como queráis.

—En ese caso, ¿no sería mejor cabalgar rápidamente hasta el mar? —preguntó Yisseída.

—En efecto —asintió Hawkmoon—. Rápidamente... para aprovecharnos de la confusión.

—Una idea muy lógica y sensible —añadió Fank—. Y como yo también soy un hombre sensible, creo que cabalgaré a vuestro lado.

—Sois muy bienvenido, maese Fank.

11. Noticias diversas

Meliadus permanecía tendido sobre la camilla, mientras Kalan se inclinaba sobre él haciendo pruebas con sus instrumentos ante sus cegados ojos. Su voz sonó con una mezcla de dolor y furia.

—¿Qué es lo que me pasa, Kalan? —gimió—. ¿Porqué estoy ciego?

—Creo que se trata simplemente de la intensidad de la luz emitida durante la explosión —le informó Kalan—. Recuperaréis la vista en un día o dos.

—¡En un día o dos! Necesito ver. Necesito consolidar mis conquistas. Necesito asegurarme de que no se produzcan revueltas contra mí. Necesito convencer a los demás barones de que juren lealtad a Plana ahora mismo, y después dedicarme a averiguar qué está tramando Hawkmoon. Mis planes... mis planes..., ¡serán destruidos!

—La mayoría de los barones ya han decidido apoyar vuestra causa —le dijo Kalan—. Hay poco que ellos puedan hacer. Únicamente Jerek Nankenseen y los guerreros de la orden de la Mosca representan una seria amenaza. Breñal Farnu está con él..., pero a Farnu no le queda virtualmente ninguna orden que mandar. La mayor parte de sus ratas murieron durante las primeras luchas. Ahora mismo, Adaz Promp se encarga de expulsar las ratas y las moscas de la ciudad.

—No quedan ratas —dijo Meliadus, repentinamente pensativo—. ¿Cuántos habrán muerto en total, Kalan?

—Más o menos la mitad de los guerreros de Granbretan.

—¿La mitad? ¿He destruido a la mitad de nuestros guerreros? ¿He disminuido nuestra fuerza a la mitad?

—¿No ha valido la pena, teniendo en cuenta la victoria que habéis alcanzado?

La mirada ciega de Meliadus se elevó hacia el techo.

—Sí..., supongo que sí. —Se incorporó de pronto en la camilla y añadió—: Pero debo justificar las muertes de los que faltan, Kalan. Lo hice por Granbretan..., para eliminar del mundo a Hawkmoon y a la pandilla del castillo de Brass. Debo tener éxito, Kalan, o no podré justificar el hecho de haber disminuido hasta tal punto la fuerza de combate del Imperio Oscuro.

—No temáis por eso —le dijo Kalan con una débil sonrisa—, pues he estado trabajando en otra de mis máquinas.

—¿Una nueva arma?

—Y antigua a la vez, a la que he vuelto a poner en funcionamiento.

—¿De qué se trata?

—Me refiero a la máquina de la Joya Negra, barón Meliadus —dijo Kalan con una sonrisa burlona—. Dentro de poco volveremos a tener a Hawkmoon en nuestro poder, y la fuerza vital de la Joya Negra le devorará el cerebro.

Una lenta y satisfecha sonrisa se extendió sobre los labios de Meliadus.

—¡Oh, Kalan..., por fin!

Kalan obligó a Meliadus a tenderse sobre la camilla y untó los ojos cegados del barón con un ungüento, con el que se los frotó.

—Descansad ahora y soñad con vuestra venganza, viejo amigo. Ambos la disfrutaremos juntos.

De pronto, Kalan levantó la vista. Un mensajero acababa de entrar en la pequeña habitación.

—¿Qué ocurre? ¿Hay alguna noticia?

—Acabo de llegar del continente, excelencia —informó el mensajero, jadeante—. Traigo noticias de Hawkmoon y de sus hombres.

—¿Qué hay de ellos? —preguntó Meliadus inmediatamente, volviendo a incorporarse, con el ungüento resbalándole sobre las mejillas, sin preocuparle que un inferior le viera sin máscara—. ¿Qué noticias hay de Hawkmoon?

—Cabalgan hacia el puente de Plata, milord.

—¿Tienen intención de invadir Granbretan? —preguntó Meliadus con incredulidad—. ¿De cuántos hombres disponen? ¿Cuál es el tamaño de su ejército?

—Son quinientos jinetes, milord.

Meliadus se echó a reír.

12. La nueva reina

Kalan ayudó a Meliadus a subir los escalones que conducían al trono con el que se había sustituido el siniestro globo del trono. Sobre él se sentaba Plana Mikosevaar, con una máscara de garza real enjoyada, una corona sobre la cabeza y engalanada con las vestiduras de estado. Y ante ella se arrodillaron todos los nobles que le eran fieles.

—¡Contemplad a vuestra nueva reina! —exclamó Meliadus con una voz que resonó con fuerza y orgullo por el enorme salón—. Bajo la reina Plana seréis grandes..., más grandes de lo que jamás habíais soñado ser. Bajo la reina Plana florecerá una nueva era... Una era de alegre locura y rugiente placer, la clase de placer que tanto nos gusta cultivar en Granbretan. ¡El mundo entero será nuestro juguete!

La ceremonia avanzó. Cada uno de los barones juró su lealtad ante la reina Plana. Y cuando todo hubo terminado, el barón Meliadus volvió a hablar.

—¿Dónde está Adaz Promp, jefe de la guerra de los ejércitos de Granbretan?

—Aquí estoy, milord —contestó Promp con rapidez—, y os agradezco el honor que me hacéis.

Ésta era la primera vez que Meliadus mencionaba que a Promp se le había recompensado con el puesto de comandante sobre todos los comandantes, excepto el propio Meliadus.

—¿Queréis informar de cómo les van las cosas a los rebeldes, Adaz Promp?

—Quedan muy pocos, milord. Las moscas que no hemos podido matar se han dispersado, y su gran jefe, Jerek Nankenseen, ha muerto. Yo mismo le maté. Breñal Farnu y las pocas ratas que le quedan se han escondido en cuevas, en alguna parte de Sussex, y no tardarán en ser exterminados. Todos los demás se han unido en su lealtad a la reina Plana.

—Eso es muy satisfactorio, Adaz Promp, y me alegro de escucharlo. ¿Y qué sucede con la risible fuerza de Hawkmoon? ¿Continúa avanzando contra nosotros?

—Así lo indican los informes de nuestros ornitópteros de reconocimiento, milord. No tardarán en estar listos para cruzar el puente de Plata.

—Dejadles que lo crucen —dijo Meliadus riendo—. Que recorran por lo menos la mitad de la distancia. Después los barreremos del mapa. Kalan, ¿cómo andan vuestros progresos con la máquina?

—Ya casi está preparada, milord.

—Bien. En tal caso tenemos que ponernos en marcha hacia Deau-Vere para darle la bienvenida a Hawkmoon y a sus amigos. Vamos, mis capitanes, vamos.

Kalan volvió a ayudarle a bajar los escalones y le condujo a lo largo del salón, hasta que llegaron a las grandes puertas... que ahora ya no estaban guardadas por los representantes de la orden de la Mantis, sino por los guerreros de las órdenes del Lobo y del Buitre. Meliadus lamentó no poder verlos, y saborear así su triunfo un poco más.

Una vez que las puertas se hubieron cerrado tras ellos, Plana permaneció sentada en el trono, como helada, pensando en D'Averc. Había intentado hablarle de él a Meliadus, pero él no había querido escucharla. ¿Resultaría muerto en la batalla?, se preguntó.

También pensó en la carga que había caído sobre sus hombros. Entre los nobles de Granbretan, ella era la única, a excepción de Shenegar Trott, que había leído numerosos textos antiguos, algunos de los cuales eran leyendas e historias supuestamente acaecidas antes del Milenio Trágico. Creía que, fuera cual fuese el destino de ella misma y de Meliadus, presidía una corte que entraba en sus últimas fases de decadencia. Las guerras de expansión, las disputas internas..., todo eso no eran más que señales de una nación a punto de extinguirse, y aunque cabía la posibilidad de que esa extinción no se produjera en por lo menos doscientos años, o quinientos, o quizá mil, ella sabía que el Imperio Oscuro estaba irremediabilmente condenado.

Y rezó para que sucediera algo mejor que aquella condena.

13. «¿Qué veis?»

Meliadus sostuvo las riendas del caballo de su heraldo.

—No tenéis que abandonarme en ningún momento, muchacho. Tenéis que decirme lo que veis, y de acuerdo con eso haré mis planes para la batalla.

—Os lo diré, milord.

—Bien. ¿Están reunidas todas las tropas? —Lo están, milord. Esperan vuestra señal.

—¿Y ha aparecido ya ese bribón de Hawkmoon?

—Se han visto figuras que cabalgan hacia nosotros cruzando el puente de Plata. Se meterán directamente entre nuestras filas, a menos que huyan.

—No, no huirán —gruñó Meliadus—. Ese Hawkmoon no huirá... y menos ahora. ¿Los podéis ver ya?

—Veo un relampagueo como de plata, como una señal de heliógrafo... una..., dos, tres, cuatro..., cinco..., seis. El sol los hace brillar así. Es como si fueran seis espejos de plata. Me pregunto qué pueden ser.

—¿El sol que se refleja en las lanzas?

—Creo que no es eso, milord.

—Bueno, pronto lo sabremos.

—Sí, milord.

—¿Qué ves ahora?

—Ahora veo a seis jinetes, milord, que van a la cabeza de un grupo de caballería. Cada jinete parece coronado con plata refulgente. ¡Cómo! Milord, lo que brillan son sus cascos. ¡Sus cascos!

—¿Quieres decir que están muy bien pulidos?

—Son cascos que les cubren los rostros. Yo... casi no puedo mirarlos de tan brillantes como son.

—Es extraño. Pero no me cabe la menor duda de que esos cascos se partirán con rapidez bajo el peso de nuestras armas. ¿Les habéis dicho que deben apoderarse de Hawkmoon vivo, pero que pueden matar a los demás?

—Se lo he dicho, milord.

—Bien.

—Y también les he informado que habéis dicho que si Hawkmoon se quitara el casco y se llevara la mano a la frente, y empezara a actuar de un modo extraño, os lo deben comunicar de inmediato.

—Excelente —asintió Meliadus con una sonrisa—. Excelente. En cualquier caso, tendré mi venganza.

—Ya han llegado casi al extremo del puente, milord. Nos han visto, pero no se detienen.

—En ese caso, dad la señal para que empiece la carga —dijo Meliadus—. Tocad vuestra trompeta, heraldo.

—¿Se han lanzado a la carga, heraldo? —preguntó Meliadus poco después.

—Lo han hecho, milord.

—¿Y qué sucede ahora? ¿Se han enfrentado ya los ejércitos?

—Lo han hecho, milord.

—¿Y qué está sucediendo?

—Yo... no estoy seguro, milord... con los relampagueos que producen esos cascos y con... una luz rojiza muy peculiar que se está extendiendo sobre el campo de batalla... Parece que en el ejército de Hawkmoon hay muchos más hombres de los que habíamos pensado en un principio. Infantería... y algo de caballería. ¡Por los dientes de Huon...! Os ruego que me disculpéis, milord... ¡Por los senos de Plana! ¡Son los guerreros más extraños que he visto jamás!

—¿Qué aspecto tienen?

—Parecen bárbaros... primitivos..., ¡y son muy feroces! ¡Están penetrando entre nuestras filas como el carbón

encendido en la crema!

—¿Qué? No puede ser, Nosotros contamos con cinco mil hombres, y ellos sólo son quinientos. Todos los informes han confirmado esa cifra.

—Son muchos más de quinientos, milord. Muchos más.

—¿Quiere eso decir que todos los exploradores han mentido? ¿O es que todos nos estamos volviendo locos? Esos guerreros bárbaros tienen que haber venido con Hawkmoon desde Amarehk. ¿Qué ocurre ahora? ¿Qué sucede? ¿Se recuperan nuestras fuerzas?

—No se recuperan, milord.

—Entonces, ¿qué están haciendo?

—Se están retirando, milord.

—¿Retirándose? ¡Imposible!

—Parecen estar retrocediendo con mucha rapidez, milord. Al menos los que aún siguen con vida.

—¿Qué queréis decir? ¿Cuántos guerreros nos quedan de los cinco mil iniciales?

—Yo diría me unos quinientos hombres de infantería, milord. Y pequeños grupos desparramados de caballería.

—Decidle al piloto de mi ornitóptero que prepare en seguida su máquina, heraldo.

—Así lo haré, milord.

Y algo más tarde, volvió a preguntar:

—¿Está ya el piloto preparado para volar, heraldo?

—Lo está, milord.

—¿Y qué ocurre con Hawkmoon y los suyos? ¿Qué sucede con los que llevan los cascos de plata?

—Se dedican a perseguir a los restos de nuestras fuerzas, milord.

—Creo que he sido engañado de una u otra forma, heraldo.

—Como digáis, milord. Hay muchos muertos. Pero los guerreros bárbaros se dedican ahora a destrozarse la infantería. Sólo pueden escapar los pocos que aún quedan de la caballería.

—No puedo creerlo. ¡Oh, maldita ceguera! ¡Me siento como si estuviera inmerso en una pesadilla!

—Os conduciré al ornitóptero, milord.

—Gracias, heraldo. No, piloto... A Londra. Daos prisa. ¡Debo hacer nuevos planes!

Mientras el ornitóptero se elevaba hacia el pálido cielo azul, Meliadus percibió un gran relampagueo plateado ante los ojos y parpadeó, mirando luego hacia abajo. Y entonces, de pronto, pudo ver. Pudo ver a las seis figuras con las cabezas cubiertas por cascos relampagueantes que el heraldo le había mencionado; pudo ver las legiones destrozadas que había estado seguro serían capaces de destruir a las fuerzas de Hawkmoon; y pudo ver los restos de su caballería alejándose a una de caballo del campo de batalla para salvar sus vidas. Y escuchó las distantes risotadas que reconoció en seguida como pertenecientes a su más odiado enemigo.

—¡Hawkmoon! —exclamó blandiendo el puño—. ¡Hawkmoon!

La plata refulgió cuando un casco se giró para mirar hacia arriba.

—No importa los trucos que utilicéis, Hawkmoon, esta misma noche habréis dejado de existir. Sé que así será. ¡Lo sé!

Volvió a mirar viendo como Hawkmoon seguía riéndose. Buscó con la mirada a los bárbaros que habían destrozado a su ejército, pero no vio a ninguno de ellos.

Creyó que se trataba de una pesadilla. ¿O acaso el heraldo había estado en connivencia con Hawkmoon? ¿O es que los bárbaros de Hawkmoon eran invisibles para sus ojos?

Meliadus se frotó la cara. Quizá la ceguera, que acababa de desaparecer hacía apenas unos instantes, seguía dándole problemas de alguna forma oscura. Quizá los bárbaros estuvieran en alguna otra parte del campo de

batalla.

Pero no, allí no había bárbaros.

—Apresuraos, piloto —gritó por encima del rugido de las alas metálicas batiendo el aire — . Daos prisa...
¡Tenemos que regresar a Londra con la mayor rapidez posible!

Meliadus empezó a pensar que la derrota de Hawkmoon podía no ser tan sencilla como había supuesto en un principio. Pero entonces recordó a Kalan y su máquina de la Joya Negra, y volvió a sonreír.

14. El poder regresa

Algo impresionados por la victoria conseguida, en la que sólo habían perdido a doce hombres y otros veinte más ligeramente heridos, los seis se quitaron los cascos espejo y contemplaron los últimos jinetes en retirada.

—No se esperaban la aparición de la legión del Amanecer —dijo el conde Brass sonriendo—. No estaban preparados, se vieron sorprendidos y apenas si pudieron oponer resistencia. Pero cuando lleguemos a Londra ya estarán mejor preparados.

—Sí —asintió Hawkmoon —, y no cabe la menor duda de que la próxima vez Meliadus dispondrá en el campo a muchos más guerreros.

Se acarició el Amuleto Rojo que llevaba colgando del cuello y miró a Yisselda, que se estaba sacudiendo el pelo rubio.

—Habéis luchado muy bien, milord —dijo su esposa—. Habéis luchado como cien hombres.

—Eso es porque este amuleto me da la fuerza de cincuenta hombres. y vuestro amor me da la fuerza de otros cincuenta —dijo con una sonrisa.

—Jamás me habíais piropeado tanto durante nuestro noviazgo —replicó ella, sonriendo también.

—Quizá porque he llegado a amaros mucho más que antes.

D'Averc se aclaró la garganta con un ligero carraspeo.

—Será mejor que acampemos a unos pocos kilómetros de distancia de toda esta carnicería.

—Atenderé a los heridos —dijo Bowgentle.

Hizo dar vuelta a su caballo y regresó hacia donde se había reagrupado la caballería camarguiana. Los soldados habían desmontado y hablaban tranquilamente entre ellos.

—Lo habéis hecho muy bien, muchachos —les gritó el conde Brass—. Es como en los viejos tiempos, ¿eh? ¡Cuando luchamos en toda Europa! Ahora luchamos para salvar Europa.

Hawkmoon se dispuso a decir algo, pero en ese instante lanzó un terrible grito. El casco se le cayó de las manos, que se llevó a la cabeza, con los ojos muy abiertos y una expresión de profundo dolor y horror. Se balanceó sobre la silla y habría caído al suelo de no haber sido por Oladahn, que lo sostuvo.

—¿Qué os ocurre, duque Dorian? —preguntó Oladahn alarmado.

—¿Por qué gritáis, amor mío? —preguntó Yisselda, que desmontó con rapidez y ayudó a Oladahn a sostenerlo.

Hawkmoon, con los dientes fuertemente apretados y los labios pálidos, se las arregló para pronunciar unas pocas palabras:

—La... joya... La Joya Negra... me devora el cerebro. ¡El poder ha regresado!

Se volvió á tambalear y cayó entre sus brazos, con las extremidades totalmente flaccidas y el rostro terriblemente blanco. Al dejar caer las manos, poniendo al descubierto la frente, se dieron cuenta de que estaba diciendo la verdad. La Joya Negra palpitaba de nuevo, llena de vida. Había recuperado su fulgor, y brillaba ahora con malevolencia.

—¡Oladahn! ¿Está muerto? —gritó Yisselda llena de pánico.

—No —contestó el pequeño hombre sacudiendo la cabeza—. Aún vive. Pero no sabría decir durante cuánto tiempo. ¡Bowgentle! ¡Sir Bowgentle! ¡Venid, rápido!

Bowgentle acudió apresuradamente y tomó a Hawkmoon entre sus brazos. No era la primera vez que había visto al duque de Colonia en aquel estado. Sacudió la cabeza, pesaroso.

—Puedo intentar prepararle un remedio temporal, pero aquí no dispongo de los materiales que tenía en el castillo de Brass.

Llenos de pánico, Yisselda y Oladahn, y más tarde el conde de Brass y D'Averc, observaron el trabajo de

Bowgentle. Finalmente, Hawkmoon se agitó y abrió los ojos.

—La joya —dijo—. Soñé que estaba devorándome de nuevo el cerebro...

—Así ocurrirá si no podemos encontrar la forma de bloquear su poder con rapidez —murmuró Bowgentle—. El poder ha desaparecido por el momento, pero no sabemos cuándo regresará, ni con qué fuerza.

Hawkmoon se incorporó con un esfuerzo. Estaba pálido y apenas si se podía mantener en pie.

—Entonces, tenemos que seguir presionando a nuestros enemigos... Tenemos que seguir avanzando hacia Londra, mientras aún quede tiempo. Si es que queda tiempo.

—Sí, si queda tiempo.

15. Las puertas de Londra

Cuando los seis jinetes subieron a la cresta de la colina, a la cabeza de su caballería, las tropas formaban una ingente marea masiva ante las puertas de Londra.

Hawkmoon, enfermo por el dolor, acarició con los dedos el Amuleto Rojo. Sabía que aquello era lo único que aún le mantenía con vida, lo único que le ayudaba a contrarrestar el poder de la Joya Negra. En alguna parte de la ciudad, Kalan estaba manejando la máquina que alimentaba la vida de la joya. Para llegar hasta donde estaba Kalan tenía que apoderarse de la ciudad, tenía que destrozar a la multitud de guerreros que ahora le esperaban, con Meliadus a la cabeza.

Hawkmoon no dudó un solo instante. Sabía que no podía tener un momento de vacilación, pues ahora cada segundo de su vida era precioso. Desvainó la rosada Espada del Amanecer y dio la orden de lanzarse a la carga.

Poco a poco, la caballería camarguiana se extendió sobre la cresta de la colina y poco después descendía la suave ladera al galope, precipitándose contra una fuerza que le superaba muchas veces en número.

Desde las filas de los granbretanianos escupieron las lanzas de fuego, contestadas a su vez por el fuego de los camarguianos. Hawkmoon juzgó que el momento era oportuno y levantó al cielo el brazo que sostenía la espada.

—¡A mí la legión del Amanecer! ¡Convoco a la legión del Amanecer!

Gimió cuando el dolor pareció llenarle todo el cerebro y sintió el calor de la joya en su frente. Yisselda, junto a él, tuvo tiempo de gritar:

—¿Estáis bien, amor mío?

Pero él no pudo contestarle.

Se vieron inmediatamente inmersos en lo más nutrido del combate. Los ojos de Hawkmoon se hallaban tan vidriados por el dolor que apenas si podía distinguir al enemigo, y al principio fue incapaz de ver si la legión del Amanecer se había materializado. Pero allí estaban ahora, con sus auras rosadas iluminando el cielo. Sintió que el poder del Amuleto Rojo le llenaba todo el cuerpo, sintió la lucha que libraba en su interior contra el poder de la Joya Negra, y luego, poco a poco, sintió que iba recuperando las fuerzas. Pero ¿cuánto tiempo duraría aquello?

Se encontró en medio de una masa de caballos asustados, cuyos jinetes golpeaban a su alrededor. Eran guerreros que llevaban las máscaras de la orden del Buitre, armados con mazas de mango largo cuyas cabezas mostraban protuberancias, como las garras afiladas de aves de presa. Detuvo un golpe y lanzó una estocada. Su gran espada atravesó la armadura del guerrero y se introdujo en su pecho. Se giró en la silla para asestar un fuerte tajo contra el cuello de otro enemigo. Se agachó para evitar una maza que buscaba su cabeza y atravesó a su enemigo en la ingle.

El estrépito de la lucha lo llenaba todo y los hombres combatían con frenesí, histéricos. El aire olía a miedo y Hawkmoon pronto se dio cuenta de que aquélla era la peor batalla en la que había participado, ya que, conmocionados ante la aparición de la legión del Amanecer, los guerreros del Imperio Oscuro habían perdido los nervios y combatían salvajemente, habiendo roto sus filas y perdido el contacto con sus comandantes.

Hawkmoon sabía que iba a ser una lucha encarnizada y en la que, al final, quedarían muy pocos vivos. Empezó a sospechar que quizá no llegara a ver el final, pues el dolor de la cabeza volvía a aumentar de intensidad.

Oladahn murió sin que sus compañeros se dieran cuenta, aislado y de una forma horrible, destrozado por una docena de hachas de combate manejadas por la infantería de la orden del Cerdo.

Pero el conde Brass murió a su manera.

Se enfrentó él solo a tres barones: Adaz Promp, Nygel Holst y Saka Gerden (este último era el jefe de la orden del Toro). Lo reconocieron, no por su casco, que era sencillo, a excepción de la cresta, sino por su cuerpo y su armadura. Y se abalanzaron al unísono contra él, con las espadas en alto, dispuestos a destrozarle.

Pero el conde Brass levantó la mirada de su último oponente (que había matado a su caballo, dejándolo así desmontado), vio a los tres barones que se lanzaban con sus caballos contra él y sujetó su ancha espada de combate

con ambas manos. Cuando los caballos llegaron a su altura, balanceó la espada de un lado a otro, cortándoles las patas a los caballos, de tal modo que los tres barones salieron despedidos por encima de las cabezas de los animales, cayendo sobre el barro pisoteado del campo de batalla. Allí, el conde Brass se encargó pronto de liquidar a Adaz Promp, alcanzándole con una espada cuando se hallaba en una posición muy poco digna. A continuación, sin escuchar las súplicas de Mygel Holst, le separó la cabeza de! cuerpo con un certero tajo, y después se revolvió contra el jefe de la orden del Toro, Saka Gerden, dispuesto a enfrentarse con él. Mientras tanto, el barón Saka había tenido el tiempo suficiente para ponerse de pie, adoptando una decente posición defensiva, aunque sacudió la cabeza varias veces ante el casco espejo del conde Brass, cegado por éste. Al ver que eso le proporcionaba una ventaja, el conde Brass se quitó el brillante casco de la cabeza y lo arrojó al suelo, dejando al descubierto su enmarañado pelo rojizo y mostrando el poblado bigote con todo el orgullo y la cólera propias de la batalla.

—Me he librado de dos de una manera poco digna —gruñó el conde—, de modo que es justo que os dé la oportunidad de luchar abiertamente conmigo.

Saka Garden se abalanzó sobre él con la ferocidad del toro de su orden, y el conde Brass se hizo a un lado justo a tiempo, oscilando la espada de forma que, al golpear con fuerza, partió en dos el casco de Saka Gerden, atravesándole también la cabeza. El conde sonrió al ver caer a su enemigo, en el preciso momento en que una lanza impulsada por un jinete de la orden de la Cabra le atravesaba limpiamente el cuello. Incluso en ese instante, el conde Brass se volvió, arrancando la lanza de las manos de su enemigo y extendiendo la espada, que se introdujo en la garganta del guerrero, dando así, en aquel último instante, lo mismo que había recibido. Y así fue como murió el conde Brass.

Orland Fank fue el único que lo vio. Se había separado del grupo poco antes de que se iniciara la batalla, pero había vuelto a reunirse con ellos algo más tarde, produciendo considerables daños al enemigo con su hacha de combate. Vio morir al conde Brass. Poco después de esto, las fuerzas del Imperio Oscuro, al experimentar la falta de tres de sus más importantes jefes, empezaron a reagruparse más cerca de las puertas de la ciudad, y sólo el barón Meliadus pudo impedir que retrocedieran al otro lado de las puertas. Meliadus tenía un aspecto terrible, con su armadura negra, su casco negro de la orden del Lobo y su gran espada de combate, de hoja ancha.

Pero incluso el barón Meliadus se vio obligado a retroceder ante la presión de los pocos camarguanos supervivientes, dirigidos por Hawkmoon, Yisselda, D'Averc, Bowgentle y Orland Fank, así como por la extraña legión del Amanecer, con su peculiar lenguaje, en lucha encarnizada contra las bestias de Granbretan.

No hubo tiempo para cerrar las puertas antes de que los héroes de Camarga penetraran en la ciudad, y el barón Meliadus se dio cuenta de que, demasiado confiado una vez más en sí mismo, había subestimado el poder de Hawkmoon. Sabía que ahora ya no podía hacer nada más, excepto llamar a todos los refuerzos posibles y lograr que Kalan encontrara una forma de aumentar la fuerza vital de la Joya Negra.

Pero entonces su ánimo aumentó al ver que Hawkmoon se balanceaba en la silla, se llevaba las manos al casco plateado y parecía sufrir un gran dolor. El extraño hombre del gorro que le acompañaba le sujetó con fuerza. Después, extendió la mano hacia atrás, en busca del bulto de paño atado a la silla de Hawkmoon.

—Tratad de escucharme, ¿queréis? —le murmuró Fank a Hawkmoon—. Ha llegado el momento de utilizar el Bastón Rúnico. Ha llegado el momento de desplegar vuestra condición. Hacedlo ahora, Hawkmoon, o apenas viviréis un minuto más.

Hawkmoon sintió que la fuerza vital de la joya le devoraba el cerebro como si tuviera dentro una rata enjaulada, pero tomó el Bastón Rúnico cuando Fank se lo entregó, lo levantó en la mano izquierda y vio como las ondas y los rayos que emitía empezaban a llenar el aire que le rodeaba.

—¡El Bastón Rúnico! —gritó entonces Fank—. ¡El Bastón Rúnico! ¡Luchamos por el Bastón Rúnico!

Y Fank lanzó enormes risotadas, al tiempo que los granbretanianos retrocedían, atemorizados, tan desmoralizados ahora que, a pesar de su superioridad numérica, Hawkmoon ya empezó a sentir la cercanía de la victoria.

Pero el barón Meliadus no estaba dispuesto a ser el conquistado.

—¡Eso no es nada! —les gritó a sus hombres—. ¡Sólo es un objeto! ¡No puede haceros ningún daño! Adelante, idiotas... ¡Cargad contra ellos!

Pero ya era tarde. Hawkmoon, a pesar de que apenas se sostenía en la silla, logró mantener el Bastón Rúnico en alto, y así cruzó las puertas de Londra. penetrando en la ciudad donde todavía había un millón de hombres dispuestos a detenerles.

Después, como si se encontrara inmerso en un sueño, Hawkmoon condujo a su legión sobrenatural contra el enemigo, blandiendo la Espada del Amanecer en una mano y el Bastón Rúnico en la otra, conduciendo a su caballo con las rodillas.

La presión era tan sólida, rodeados por guerreros de las órdenes del Cerdo y de la Cabra, que trataban de hacerles desmontar de las sillas, que ellos apenas podían moverse. Hawkmoon vio a una de las figuras con el casco espejo luchando valerosamente contra una docena de bestias apretujadas contra su caballo, y temió que pudiera tratarse de Yisselda. Se sintió invadido por una creciente energía y se volvió, tratando de llegar hasta donde estaba su camarada, pero otro jinete con el casco espejo ya había llegado a su lado, lanzando mandobles a uno y otro lado. Hawkmoon se dio cuenta de que quien había estado en peligro no había sido Yisselda, sino Bowgentle, y que Yisselda había acudido en su ayuda.

Pero no pareció servir de nada. Bowgentle desapareció y las armas de las bestias, de los guerreros de las órdenes del Cerdo, de la Cabra y del Perro, se elevaron y descendieron por encima de su cuerpo, hasta que finalmente uno de ellos levantó un ensangrentado casco plateado... que sólo pudo sostener un instante, pues Yisselda le cortó la muñeca que sostenía el casco, convirtiendo el brazo en una fuente de sangre.

Experimentó otra oleada de dolor. Sin duda alguna, Kalan estaba aumentando la potencia de su máquina. Hawkmoon abrió la boca tratando de respirar cuando su visión se le nubló de nuevo, a pesar de lo cual consiguió protegerse contra las armas que buscaban su cuerpo, sin dejar de sostener en alto el Bastón Rúnico.

En un instante en que se le aclaró algo la visión pudo distinguir a D'Averc. que se abría paso con su caballo entre los granbretanianos, haciendo oscilar la espada en todas direcciones y dejando libre un camino ante él. Era evidente que seguía una dirección determinada. Y Hawkmoon se dio cuenta de lo que pretendía hacer D'Averc. Se dirigía al palacio... Deseaba llegar junto a la mujer que amaba, la reina Plana.

Y así fue como murió D'Averc.

De algún modo, se las arregló para llegar hasta el palacio, que seguía estando en las mismas condiciones en que lo había dejado Meliadus después de su ataque, de modo que pudo penetrar por los huecos abiertos en la muralla exterior y desmontar ante la escalera, desde donde se lanzó contra los guardias que custodiaban la puerta. Los guardias iban armados con lanzas de fuego. El sólo disponía de su espada. Se dejó caer al suelo, evitando los primeros fogonazos, que pasaron sobre su cabeza. Después, rodó para protegerse en una zanja excavada por el fluido verde de una de las burbujas de Kalan. Allí encontró una lanza de fuego, que asomó por encima del borde de la zanja y con la que disparó contra los guardias, derribándolos antes de que se dieran cuenta de lo que había sucedido.

D'Averc salió de un salto de su escondite, atravesó el umbral de la puerta abierta y echó a correr por los pasillos del interior del palacio, con las botas produciendo pesados ecos. Corrió hasta llegar ante las puertas de la sala del trono, siendo descubierto por un grupo de guardias que volvieron sus armas contra él. Pero D'Averc utilizó su propia lanza de fuego, derribando a sus enemigos, aunque fue ligeramente alcanzado en el hombro derecho. Después, abrió las puertas con un crujido y miró en el interior de la sala del trono. Allá lejos, al fondo, estaba la tarima, pero no pudo ver a Plana en ella. Por lo demás, el gran salón estaba vacío.

D'Averc echó a correr hacia el distante trono, al mismo tiempo que gritaba el nombre de su amada.

—¡Plana! ¡Plana!

Plana se hallaba sentada en el trono, sumida en sus ensoñaciones. Levantó la cabeza y vio a la diminuta figura recortada en la distancia, avanzando hacia ella. Escuchó su nombre, repetido por mil ecos en el enorme salón.

—¡Plana! ¡Plana! ¡Plana!

Y entonces reconoció la voz, pero creyó que aún no había despertado, que aún seguía sumida en sus sueños.

La figura se acercó más. Llevaba puesto un casco que refulgía, como si fuera de plata pulimentada, casi dando la impresión de ser un espejo. Pero el cuerpo... ¿No reconocía aquel cuerpo?

—¿Huillam? —murmuró indecisa—. ¿Huillam d'Averc?

—¡Plana! —La figura se arrancó la máscara de la cabeza y la dejó caer al suelo produciendo un gran estrépito sobre el mármol — . ¡Plana!

—¡Huillam!

Ella se levantó y empezó a descender los escalones hacia él.

D'Averc abrió sus brazos, sonriente, lleno de alegría.

Pero jamás volvieron a tocarse en la vida, pues en ese preciso instante un rayo de fuego descendió como un relámpago de la galería situada en lo alto. El rayo le alcanzó de pleno en el rostro y se lo quemó por completo. D'Averc lanzó un grito de agonía y cayó de rodillas. Un nuevo rayo de fuego le quemó la espalda y su cuerpo cayó hacia adelante, y allí murió, a los pies de su amada, mientras ella lanzaba grandes sollozos, con todo su cuerpo estremecido.

Y desde la galería llegó hasta sus oídos el sonido de una voz alegre que dijo:

—Ahora estáis a salvo, señora.

16. La lucha final

Las fuerzas del Imperio Oscuro seguían saliendo desde todos los agujeros de su intrincada ciudad, como un enjambre, y Hawkmoon observó con desesperación que la legión del Amanecer disminuía a ojos vistas. Ahora, cada vez que un guerrero moría su lugar no siempre era ocupado por otro. A su alrededor, el aire estaba lleno con el olor amargo-dulzón procedente del Bastón Rúnico, así como por los extraños dibujos de luz que emitía.

Entonces, Hawkmoon distinguió a Meliadus y en ese mismo instante sintió una oleada de dolor que se apoderó de nuevo de su cerebro, haciéndole caer del caballo.

Meliadus desmontó a su vez de su corcel negro y se acercó a Hawkmoon con lentitud. El Bastón Rúnico había caído al suelo y la mano sólo sostenía débilmente la Espada del Amanecer.

Hawkmoon se agitó, gimiendo. A su alrededor, la batalla continuaba con gran estrépito, pero parecía como si aquello ya no tuviera nada que ver con él. Sentía que la energía le abandonaba, que el dolor aumentaba de intensidad. Abrió los ojos y vio que Meliadus se acercaba con un gruñido procedente del casco, como en una expresión de triunfo. Hawkmoon tenía la garganta seca y trató de moverse, intentó extender la mano hacia el Bastón Rúnico, que yacía sobre el empedrado de la calle, entre ambos hombres.

—¡Ah, Hawkmoon, por fin! —dijo con suavidad Meliadus—. Y ya veo el dolor que sentís. Ya veo lo débil que estáis. Mi única desilusión es saber que no viviréis el tiempo suficiente para ver vuestra última derrota y a Yisselda en mi poder. — Meliadus hablaba con un tono de voz que era casi de lástima y preocupación—. ¿No podéis levantaros, Hawkmoon? ¿Acaso esa joya os está devorando el cerebro detrás de ese casco plateado que lleváis? ¿Debo acabar con vos ahora mismo, o debo concederme el placer de veros morir así? ¿Podéis responder. Hawkmoon? ¿No queréis, acaso, suplicar mi clemencia?

Hawkmoon hizo unos movimientos convulsivos tratando de tomar el Bastón Rúnico con la mano. La mano palpó el suelo ciegamente y entonces lo encontró y lo sujetó con fuerza. Casi inmediatamente sintió que la fuerza regresaba a su cuerpo... No era demasiada, pero sí lo suficiente como para ponerse de pie, aún tambaleante y permanecer allí, con las piernas separadas, todavía algo mareado. Tenía el cuerpo inclinado. La respiración era jadeante. Miró con ojos nublados a Meliadus en el instante en que el barón levantaba la espada sobre él.

Hawkmoon intentó levantar su espada para detener el golpe, pero no pudo.

Meliadus tuvo un instante de vacilación.

—De modo que no podéis luchar. No podéis luchar... Lo lamento por vos, Hawkmoon. —Avanzó hacia él—. Dadme ese pequeño bastón, Hawkmoon. Fue por él por lo que hice mi juramento de venganza contra el castillo de Brass. Y mi venganza es casi completa. Dádmelo ahora, Hawkmoon.

Hawkmoon dios dos vacilantes pasos hacia atrás, sacudiendo la cabeza con un gesto de negación, incapaz de hablar debido a la debilidad que sentía en todo el cuerpo.

—Hawkmoon..., dádmelo.

—No... lo... tendréis —balbuceó el duque de Colonia.

—Entonces, tendré que mataros primero.

Meliadus volvió a levantar la espada y entonces, de repente, el Bastón Rúnico palpitó en la mano de Hawkmoon con una luz más brillante, y Meliadus fijó la vista en sus propios ojos, por entre la ranura del casco de lobo, reflejados en el casco plateado de Hawkmoon. Al verse a sí mismo, Meliadus volvió a vacilar.

Y Hawkmoon, extrayendo más energía del Bastón Rúnico, levantó su espada, sabiendo muy bien que sólo tenía fuerzas suficientes para lanzar un golpe, y que ese golpe debía matar al hombre que permanecía ante él, como transfigurado ante el reflejo de sí mismo, hipnotizado por su propia imagen.

La Espada del Amanecer se elevó y descendió de nuevo. Meliadus emitió un grito terrible y agónico cuando la hoja penetró por la articulación del hombro y descendió por todo su pecho, hasta alcanzarle el corazón. Y sus últimas palabras, que aún logró pronunciar antes de exhalar el último suspiro, fueron:

—¡Maldita sea esa cosa! ¡Maldito sea el Bastón Rúnico! ¡No ha traído más que ruina sobre Granbretan!

Inmediatamente después, Hawkmoon se desmoronó y cayó al suelo, con la extraña sensación de que su propia muerte era segura y estaba cerca. Sabía que Yisselda moriría y que Orland Fank también moriría, pues ahora apenas si quedaban ya guerreros, mientras que los soldados del Imperio Oscuro seguían siendo muchos.

17. La reina triste

Hawkmoon despertó con una sensación de alarma y miró con fijeza la máscara serpiente del barón Kalan de Vitall. Se incorporó inmediatamente sobre el banco en el que estaba tendido, extendiendo una mano en busca de su espada.

Kalan se encogió de hombros y se volvió hacia el grupo de personas situadas detrás de él, entre las sombras.

—Os dije que podría hacerlo. Su cerebro ha sido restaurado, así como su energía y toda esa estúpida personalidad suya. Y ahora, reina Plana, os ruego me concedáis permiso para continuar con lo que estaba haciendo cuando me interrumpisteis.

Hawkmoon reconoció la máscara de garza real. La máscara asintió una sola vez y Kalan se alejó en silencio hacia la estancia contigua y cerró con cuidado la puerta tras de sí. Las figuras avanzaron, y Hawkmoon descubrió con alegría que una de ellas era Yisselda. La estrechó entre sus brazos y la besó con suavidad en la mejilla.

—Oh, tenía miedo de que Kalan nos engañara de alguna forma —dijo ella—. Fue la reina Plana quien os encontró, después de que diera órdenes a sus tropas para detener la lucha. Éramos los últimos que quedábamos con vida: Orland Fank y yo. Y pensábamos que habíais muerto. Pero Kalan os trajo de nuevo a la vida, os quitó la joya de la frente y desmanteló la máquina, para que ya nadie volviera a temer los terribles efectos de la Joya Negra.

—¿Y qué era lo que le habíais interrumpido, reina Plana? —preguntó Hawkmoon—. ¿Por qué parecía sentirse tan disgustado?

—Estaba a punto de suicidarse —contestó Plana con naturalidad—. Le amenacé con mantenerle vivo para siempre si no hacía lo que le pedía.

—¿Y D'Averc? —preguntó Hawkmoon, extrañado—. ¿Dónde está D'Averc?

—Muerto —contestó la reina con el mismo tono de voz natural—. Un guardia excesivamente celoso lo mató en el mismo salón del trono.

La alegría que sentía Hawkmoon se enturbió.

—¿Y también han muerto todos los demás... el conde Brass, Oladahn, Bowgentle?

—Así es —dijo Orland Fank—, pero murieron por una gran causa y liberaron a millones de seres humanos de la esclavitud. Hasta este momento, Europa sólo ha conocido guerras. Ahora, quizá, las gentes buscarán la paz, pues ya saben muy bien a qué conducen las guerras.

—La paz era lo que el conde Brass más deseaba para Europa —dijo Hawkmoon—. Pero me habría gustado que hubiera vivido para verlo.

—Quizá lo vea su nieta —intervino Yisselda.

—Ya no tenéis nada que temer de Granbretan mientras yo sea reina —les dijo Plana—. Tengo la intención de completar la destrucción de Londra y hacer construir mi nueva capital en Kanbery. La riqueza de Londra, que sin duda alguna es mayor que la del resto del mundo, será utilizada para reconstruir las ciudades de Europa, para volver a poner en funcionamiento las granjas, para hacer el bien y reparar todo el daño que hemos hecho, en la medida en que podamos. —Se quitó la máscara, dejando al descubierto su cabeza, grande, triste y hermosa—. Y también aboliré la utilización de las máscaras.

Orland Fank parecía escéptico, pero sus palabras no lo dejaron translucir.

—El poder de Granbretan se ha quebrado para siempre —dijo Fank—. Y el trabajo del Bastón Rúnico ya ha terminado aquí. —Acarició el bulto envuelto en lienzo que llevaba bajo el brazo—. Me llevo la Espada del Amanecer, el Amuleto Rojo y el Bastón Rúnico para conservarlos en lugar seguro. Pero si llegara el momento, amigo Hawkmoon, en que sintierais la necesidad de reunirlos con ellos, os reuniréis, os lo prometo.

—Espero que ese momento no llegue nunca, Orland Fank.

—El mundo no cambia, Dorian Hawkmoon —observó Fank con un suspiro—. Sólo se produce algún que otro desplazamiento ocasional en el equilibrio, pero si ese desplazamiento llega demasiado lejos en una sola dirección, el

Bastón Rúnico se pone a trabajar inmediatamente para contrarrestarlo. Ahora, quizá hayan pasado durante un siglo o dos los tiempos de los extremismos. No lo sé.

—Pues deberíais saberlo —dijo Hawkmoon sonriente—, puesto que sois omnisciente.

—Yo no, amigo mío —replicó Fank sonriendo a su vez—, sino aquello a lo que sirvo: el Bastón Rúnico.

—Vuestro hijo... Jehemiah Cohnahlias...

—Ah, existen misterios que ni siquiera el Bastón Rúnico contestaría. —Fank se acarició la nariz y les miró a todos—. Bien, debo despedirme de los que habéis quedado. Habéis luchado bien, y lo habéis hecho por la justicia.

—¿Justicia? —preguntó Hawkmoon a sus espaldas, cuando él ya se disponía a abandonar la estancia—. ¿Justicia? ¿Acaso existe?

—Puede ser producida en pequeñas cantidades —contestó Fank—. Pero tenemos que trabajar duro, luchar bien y utilizar una gran sabiduría para producir aunque sólo sea una pequeña cantidad.

—Sí —asintió Hawkmoon con un gesto—. Quizá tengáis razón.

—Sé que la tengo —insistió Fank con una sonrisa.

Y después se marchó. Pero su voz llegó a oídos de Hawkmoon una vez más, con una última observación:

—La justicia no es la ley, ni el orden, tal y como suelen hablar de ella los seres humanos. La justicia es equilibrio, la corrección de la balanza. Recordad eso, Hawkmoon. Recordadlo.

Hawkmoon puso un brazo alrededor de los hombros de Yisselda.

—Sí, lo recordaré —murmuró—. Y ahora regresaremos al castillo de Brass, para que las fuentes vuelvan a manar, para conducir los rebaños a los estanques, para volver a traer los toros, los caballos y los flamencos. Para conseguir que nuestra Camarga vuelva a ser la que ha sido siempre.

—Y el poder del Imperio Oscuro jamás volverá a amenazarla —dijo sonriendo la reina Plana.

—Estoy seguro de ello —asintió Hawkmoon—. Pero si algún otro mal se cerniera sobre el castillo de Brass, estaré preparado para enfrentarme a él, no importa lo poderoso que sea, ni la forma en que nos asalte. El mundo sigue siendo un lugar salvaje. La justicia de la que ha hablado Fank apenas si existe. Tenemos que procurar hacer un poco más en su favor. Adiós, Plana.

Plana se quedó mirándolos mientras ellos se marchaban. Y estaba llorando.

NOTA ACERCA DEL AUTOR

Michael Moorcock (1939), el más polifacético de los escritores ingleses contemporáneos, ha alcanzado la celebridad literaria por dos caminos diferentes, en ambos con efectos revolucionarios. Dirigió la revista *New Worlds* desde el número 142 (mayo/junio 1964) hasta el 201 (marzo 1971), gestando desde sus páginas el movimiento literario que se conoció como *New Wave*, el más influyente que puede recordar la ciencia ficción moderna. Como autor, con una obra prolífica en los campos de la ciencia ficción y la fantasía, ha llegado a convertirse en una de las firmas más populares del mundo por su creación del *Multiverso*, escenario en el que discurren numerosos ciclos de novelas, entre las que existen constantes referencias cruzadas que les confieren una complejidad global extraordinaria, sólo comparable, dentro de la narrativa fantástica, al *Gran Ciclo* de H. Rider Haggard.

Hacer una bibliografía del autor es una tarea imposible pero, ampliando la que aparece en el número 19 de la colección Fantasy, podría ser ésta (los títulos y fechas indicados corresponden a la última versión registrada de las obras. Cuando un cambio de título no viene acompañado de una revisión del manuscrito, se mantiene el año original):

CICLOS FUNDAMENTALES DE FANTASÍA

Erekosé:

- 1970 — *The Eternal Champion (El Campeón Eterno*, Ed. Martínez Roca, col. Fantasy núm. 4, Barcelona, 1985)
 - *Phoenix in Obsidian*
- 1987 — *The Dragón in the Sword*
- 1973 — *The Champion of Garathorn*
- 1975 — *The Quest for Tanelorn*

Elric de Melniboné:

- 1972 — *Elric of Melniboné (Elric de Melniboné*, Ed. Martínez Roca, col. Fantasy núm. 11, Barcelona, 1986)
- 1976 — *The Sailor on the Seas of Fate (Marinero de los mares del destino*, Ed. Martínez Roca, col. Fantasy núm. 19, Barcelona 1988)
- 1977 — *The Weird of the White Wolf (El misterio del lobo blanco*, col. Fantasy núm. 24, Ed. Martínez Roca, en preparación)
- 1970 — *The Vanishing Tower* (Ed. Martínez Roca, en preparación)
- 1977 — *The Bane of the Black Sword* (Ed. Martínez Roca, en preparación)
- 1968 — *Stormbringer* (Ed. Martínez Roca, en preparación)
- 1989 — *The Fortress of the Pearl* (Ed. Martínez Roca, en preparación)

Corum (ciclo de las espadas):

- 1971 — *The Knight of the Swords (El Caballero de las Espadas*, Ed. Miraguano, col. Futurópolis núm. 8, Madrid, 1988)
 - *The Queen of the Swords (La reina de las Espadas*, Ed. Miraguano, col. Futurópolis núm. 9, Madrid, 1988)
 - *The King of the Swords (El Rey de las Espadas*. Ed. Miraguano, col. Futurópolis núm. 10, Madrid. 1988)

Corum Jhaelen Irsei:

- 1973 — *The Bull and the Spear*
 - *The Oak and the Ram*
- 1974 — *The Sword and the Stallion*

Dorian Hawkmoon:

1977 — *The Jewel in the Skull* («La joya en la frente», en *El Bastón Rúnico*, Ed. Martínez Roca, col. Gran Fantasy, Barcelona, 1989)

- *The Mad God's Amulet* («El amuleto del dios Loco», en *El Bastón Rúnico*)
- *The Sword of the Dawn* («La Espada del Amanecer», en *El Bastón Rúnico*)
- *The Runestaff* («El Bastón Rúnico», en *El Bastón Rúnico*)

Conde Brass:

- 1973 — *Count Brass*
 - *The Champion of Garathorn*
- 1975 — *The Quest for Tanelorn*

OTROS CICLOS

Jerry Cornelius:

- 1968 — *The Final Programme* (*El programa final*. Ed. Minotauro, Barcelona. 1979)
- 1971 — *A Cure for Cáncer*
- 1972 — *The English Assassin*
- 1977 — *The Condition of Muzak*

Relacionados:

- 1976 — *The Lives and Times of Jerry Cornelius*, relatos
 - *The adventures of Una Persson and Catherine Cornelius*

Bailarines del Fin del Tiempo:

- 1972 — *An Alien Heat*
- 1974 — *The Hollow Lanás*
- 1976 — *The End of All Songs*

Relacionados:

- *Legends of the End of Time*, relatos
- 1977 — *The transformaron of Miss Mavls Ming*

Oswald Bastable:

- 1971 — *The War Lord of the Air*
- 1974 — *The Land Leviathan*
- 1979 — *The Steel Tsar*

Karl Glogauer:

- 1969 — *Behold the Man* (Ed. Júcar, en preparación)
- 1972 — *Breakfast in the Riins*

Serie de Marte:

- 1965 — *The City of the Beast*
 - *The Lord of the Spiders*
 - *The Masters of the Pit*

OTRAS OBRAS

- 1963 — *The Stealer of Souls*, relatos
- 1965 — *The Blood-Red Carne*
 - *The Fire Clown*
- 1966 — *The Shores of Death*
- 1969 — *The Black Corridor*
 - *The Ice Shoener* (*La nave de los hielos*, Ed. Acervo, Barcelona, 1979)
 - *The Time Dweller*, relatos

- 1970 — *The Chinese Agent*
 — *The Singing Citadel*, relatos
- 1971 — *The Nature of the Catastrophe*, con otros autores (*La naturaleza de la catástrofe*, Francisco Arellano Editor, Madrid, 1978)
 — *The rituals of Infinity*
- 1976 — *Moorcock's Book of Martyrs*, relatos (*El libro de los mártires*, Producciones Editoriales, Barcelona, 1976)
 — *The Time of the Hawklords*, con Michael Butterworth (*El Tiempo de los Señores Halcones*, Producciones Editoriales, Barcelona, 1976)
- 1978 — *Gloriana*
- 1979 — *The Golden Barge*
- 1980 — *The Russian Intelligence*
- 1981 — *The War Hound and the World's Pain* (*El perro de la guerra y el dolor del mundo*. Ed. Miraguano, col. Futurópolis núm. 3, Madrid, 1987)
 — *Byzantium Endures*
- 1982 — *The Brothel in Rosenstrasse*
- 1984 — *The Laughter of Carthage*
- 1985 — *Elric at the End of Time*, relatos
- 1987 — *New Worlds: An Anthology*
- 1988 — *Mother London*

PREMIOS

- 1967 — Nébulas por «Behold the Man» (incluido en *El libro de los mártires*)
- 1972 — August Derleth por *El Caballero de las Espadas*
- 1973 — August Derleth por *El Rey de las Espadas*
- 1975 — August Derleth por *The Sword and the Stallion*
- 1976 — British Fantasy por *The Hollow Lanas*
- 1977 — British Fantasy y Guardian Fiction por *The Condition of Muzak*
- 1978 — World Fantasy y John W. Campbell Memorial por *Gloriana*